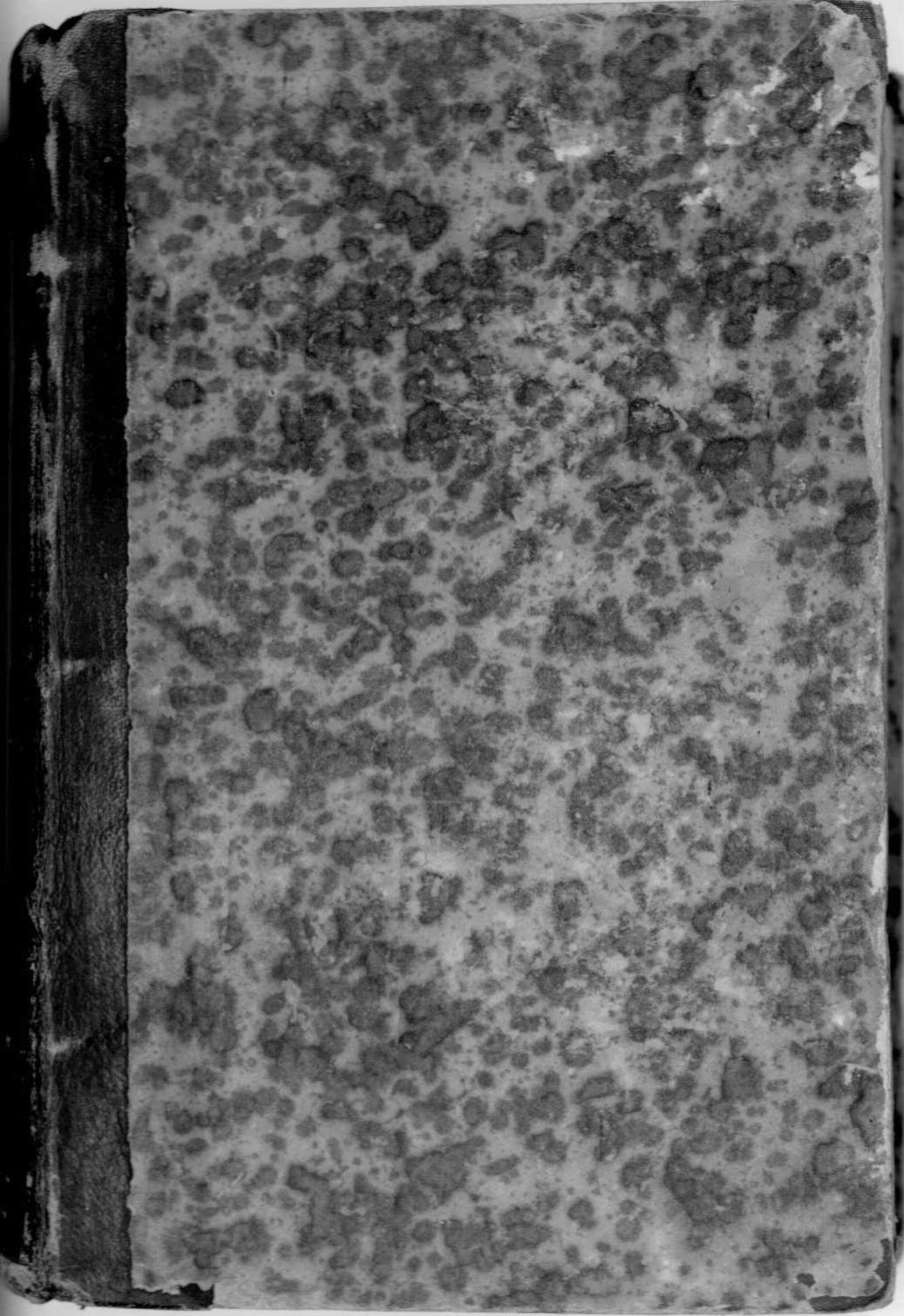
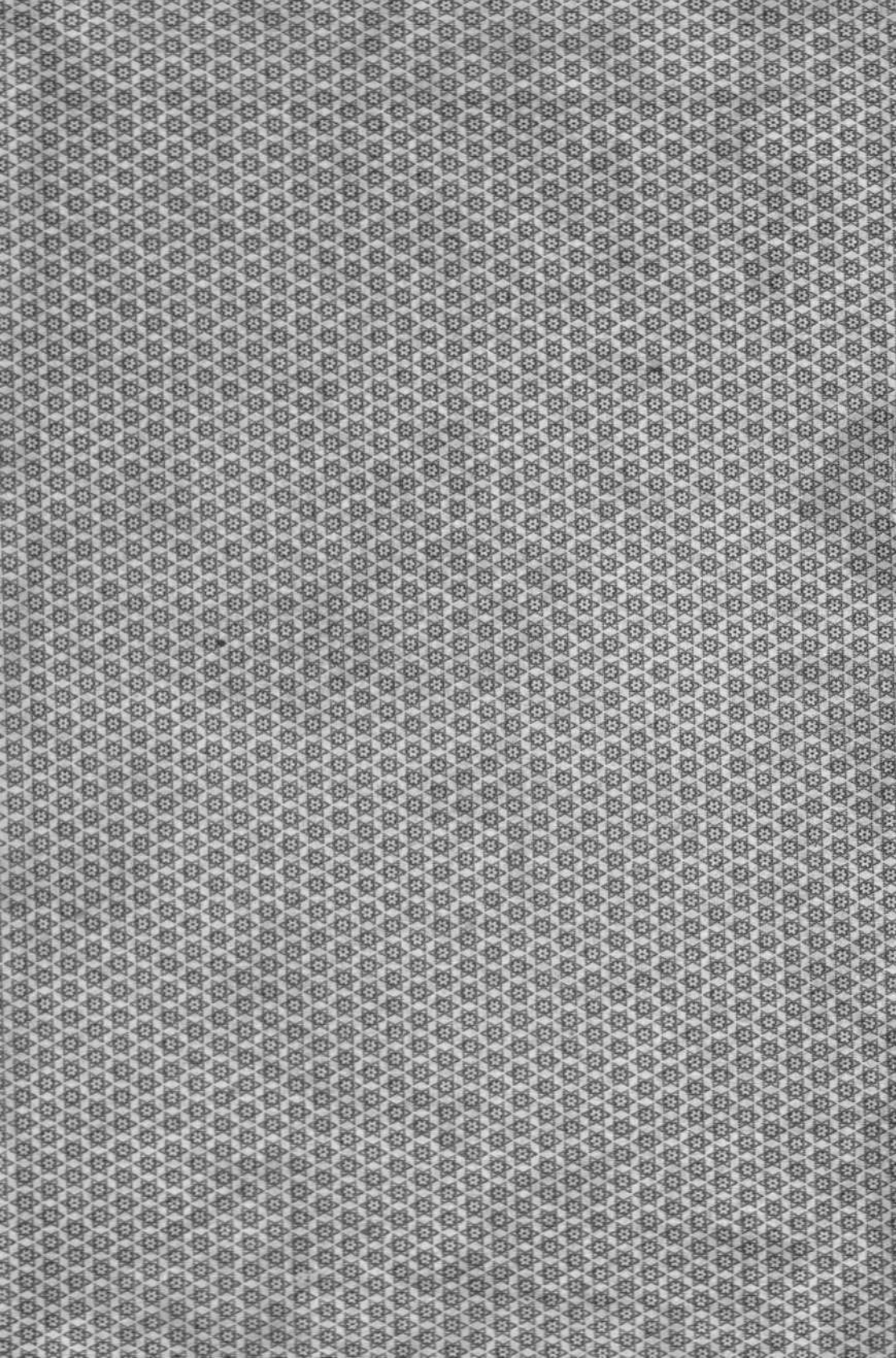
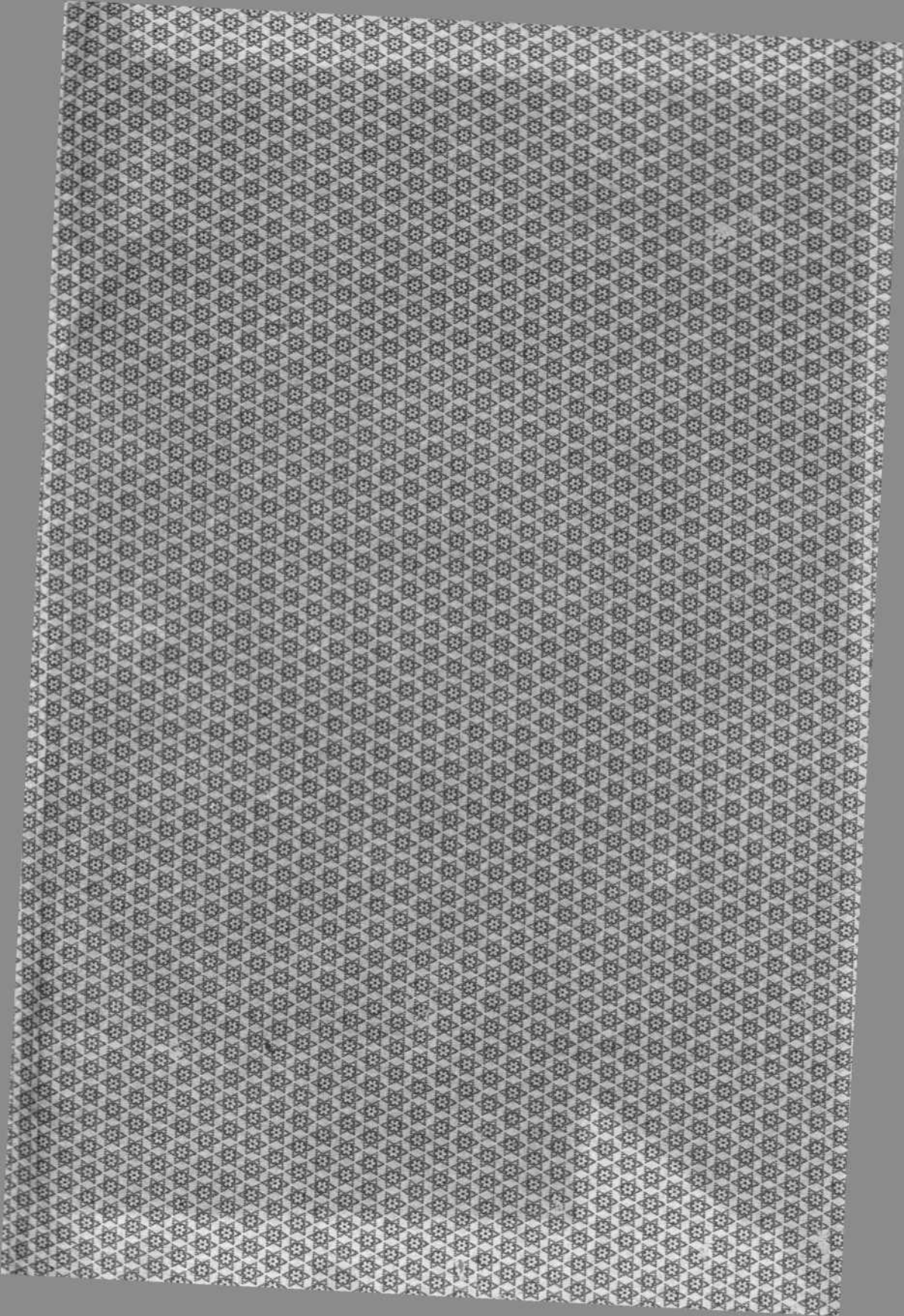










26
60. COM

2. t. en 1 vol.
11 lams. (de 12)

DANIEL,

ó

LA CORTE DEL REY ORDOÑO.

+ 1151358
C.

DANIEL,

6

LA CORTE DEL REY ORDOÑO.

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL

DE

DON EMILIO DE ALCARÁZ.

TOMO PRIMERO.

MADRID.

Imprenta de M. Tello, editor, calle de Preciados, núm. 86.

1864.

DANIEL

LA CORTE DEL REY ORDOÑO.

SHAW & BROTHERS, LONDON

DOZ ESTILO DE ALGUNA

TOMO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

La expiacion.

Era una noche del mes de Diciembre del año de gracia de 860.

Las calles de Oviedo, córte á la sazón del rey Ordoño, estaban tan desiertas como oscuras.

Sin embargo, un caballero, que tal lo parecia por el sonar de sus espuelas y por la cimera que ondulaba sobre su casco de guerra, salió de una casa de la calle de la Judería, y se dirigió á la plaza Real.

Veinte pasos no habria andado, cuando sonaron pisadas por el extremo opuesto, oyéndose á poco la voz de una mujer que pedia socorro, y un instante despues, el choque de diez espadas, el último ¡ay! de un hombre que dejaba de existir, la precipitada carrera de otros que huian, y el rudo golpe de una puerta que se cerraba. Luego, todo volvió á quedar en silencio. Ni el escándalo hizo abrir las ventanas á los vecinos, ni los que corrian se cuidaron de recoger al muerto.

Tales escenas eran muy frecuentes por desgracia, para que viniesen ni por un momento á despertar la curiosidad de la más insomne y despa- bilada dueña.

Los habitantes de la buena ciudad de Oviedo, por sus costumbres, hijas de la época, y por los hábitos impuestos por la clase privilegiada, estaban ya sobradamente familiarizados con las asonadas y los desórdenes, haciendo que al par que las intrigas y los enredos de córte, andasen los reveses y estocadas, toda vez que era un medio cómodo de deshacerse de un enemigo, sin que nadie, ni aun la justicia del reino, se molestase en buscar al matador.

Con que la familia del que perecia bajo el acero enemigo llorase amargamente su pérdida, y con que la primera ronda que acertase á pasar recogiese el cadáver, el asunto quedaba concluido, sin que todo ello tomase otras proporciones que las del más comun y vulgar de los incidentes.

.....

El embozado que poco antes se dirigia á la plaza Real, volvió á entrar en su casa llevando en los brazos una mujer desmayada.

—Silencio, Ortuño;—dijo á un escudero que al verle de aquella manera abrió la boca para formular una exclamacion;—silencio, y procura que Ildaura no despierte.

—¿Pero acaso necesitais?...

—Que me ayudes á colocar en mi lecho á esta dama, que al parecer está sin sentido.

—¡Oh!... no, señor, no;—replicó el escudero señalando el blanco vestido de aquella;—ved; hay sangre.

—Razon tienes ¡vive el cielo! Acaso esos miserables... pero démonos prisa; late su corazon; tal vez su herida sea un ligero rasguño.

Uno y otro pasaron á una pequeña cámara del piso bajo, en la cual acomodaron lo mejor que pudieron á aquella desgraciada.

Á la mañana siguiente, muy temprano, se depositaba un féretro en el cementerio de Oviedo.—Grano de arena en un inmenso océano; flor del desierto arrebatada por el vendabal furioso, aquel cadáver quedaba allí misterioso y de todos ignorado. Su último paso en la vida consistia acaso en un suspiro; su cortejo fúnebre se componia de cuatro fornidos hombres que le trasportaban, y de un caballero que cubierto hasta los ojos con su manto, volvió á internarse en la ciudad luego que la ceremonia quedó concluida.

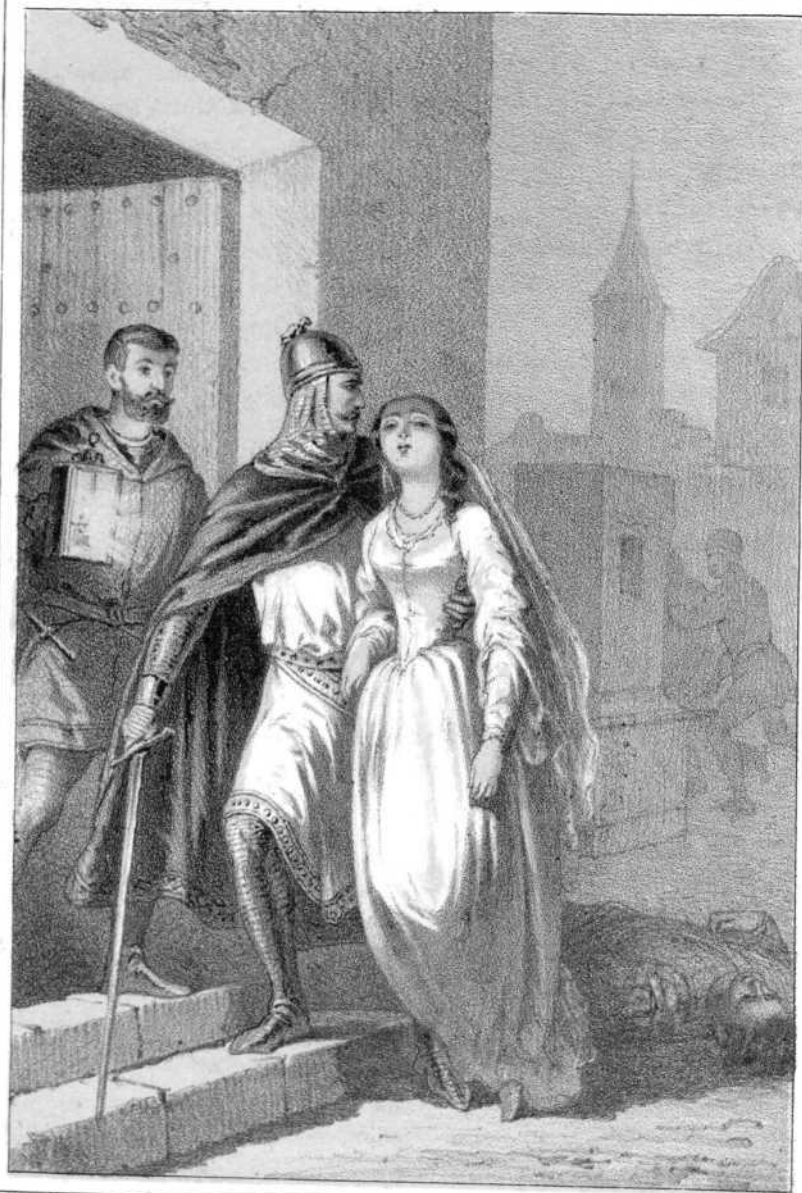
.....

Á las once de la noche de aquel mismo dia, sonaron fuertes y repetidos golpes en la puerta de una casa grande y sombría, mitad palacio y mitad fortaleza, habitada por un valiente hidalgo conocido en la corte por el nombre de D. Santos.

Un hombre de guerra demandó á la persona que llamaba el objeto de su visita.

—Decid á vuestro señor, respondió el de afuera, que soy mensajero de importantes nuevas referentes á su esposa doña María.

La puerta se abrió, y dió entrada al recién llegado, á quien examinaban minuciosamente doce ó catorce ballesteros que al parecer estaban



J. Cebrian Dib^o y Lit.

Lit Iberica Madrid.

El embozado que poco antes se dirigía á la plaza Real, volvió á entrar en su casa llevando en los brazos una mujer desmayada.

de servicio, con ese aire impertinente y pesado que hace creer ó que lo dicho es una grave inconveniencia, ó un acontecimiento grande, inesperado, trascendental.

Guiaron al mensajero por una ancha escalera á una cámara, en la cual entró despues de haberle anunciado, y donde le recibió con marcado aspecto de ansiedad el dueño de la casa.

Tendria D. Santos como unos cincuenta años de edad, y era robusto, de fisonomía arrogante, y de aspecto enteramente marcial. Sin embargo, las arrugas que cruzaban su frente, dos semicírculos azulados que rodeaban sus pequeños é inquietos ojos, y sus movimientos desiguales, impensados, nerviosos, explicaban una situacion de espíritu poco apetecible, y ese intranquilo afán que incesantemente llena el corazón de susto ó de impaciencia, haciendo que la materia decaiga y cese bajo el poder de la fuerza moral.

—Y bien,—dijo con acento breve despues de examinar algunos segundos el semblante del desconocido;—¿qué quereis de mí?

—Ya lo sabeis; mi mision tiene por objeto hablaros de doña María.

—¿Y quién sois vos? ¿Quién os envia?

—Soy hidalgo; mi nombre nada importa; me envia la persona que acabo de nombrar. Así pues, y con el fin de que podamos entendernos, prescindid si gustais por un momento de esa desconfianza, de esos recuerdos, de esos afectos encontrados que cruzan por vuestro corazón y que suben hasta vuestro rostro, y hablemos, D. Santos, en la firme inteligencia de que ni yo os soy enteramente extraño, ni el asunto de que vengo á daros cuenta es el que recelais.

—¿Que no me sois extraño? ¿Dónde, cuándo os he visto? ¿Qué hay de comun entre vos y esa historia que venís á recordarme?

—En esa historia de tristes recuerdos para vos, tengo yo una participacion terrible; en esa historia cuyo hilo voy siguiendo há doce años, día por día, minuto por minuto, nuestras penas, nuestras desdichas, nuestra venganza, corren juntas, unidas, inseparables, como el cuerpo y la sombra; como el crimen y el remordimiento.

—¡Doce años!...

—Sí, D. Santos. Pero dejemos memorias que pasaron; olvidemos aquel tiempo, en que al amparo del poder de D. Ramiro, siendo vos uno de sus mejores capitanes, perdiendo por sostener su trono vuestra sangre, vuestra fortuna, vuestra honra, hubiérais dado todo esto junto por tenerme en vuestro poder.

—¿Á vos!...

—Sí; yo entonces era un niño, pero hice cuanto pude por combatir vuestra tiranía.

—Oh!... no es posible; yo no recuerdo ni uno solo de los rasgos de vuestra fisonomía; yo no os he visto... ¡Ah!... no, no; teneis razon; vuestros ojos, vuestra voz... ¡pardiez!... creo que adivino... sois...

—Sí, D. Santos, sabedlo de una vez; soy vuestro enemigo; el que os persiguió sin tregua; el que os hubiera dado mil muertes á no comprender, andando el tiempo, que como él érais víctima de un miserable; de un cobarde, cuya causa hacia que os odiase; de un villano que á vos y á mí nos ha robado toda nuestra dicha, nuestro porvenir, nuestra existencia. Soy...

—Daniel!...

—Sí, Daniel; el paje de Bernardo del Carpio; el hombre que viene hoy á daros una nueva terrible, y á ofreceros una venganza más terrible aún.

D. Santos quedó absorto ante aquel hombre. Un mundo de recuerdos, de emociones, de desdichas, apareció en confuso tropel ante sus ojos; extraviada su mente, recorría presurosa aquel periodo supremo de su vida; veía cuál se levantaban uno tras otro los sangrientos episodios que conmovieron el reinado fatal de D. Ramiro, y veía entre ellos señalado su nombre con sangre, maldecida y despreciada su memoria. Durante aquel reinado, D. Santos, cual otros tantos nobles, habia manchado el lustre de sus armas por defender indigna y torpemente una dominacion rechazada por la nacion entera.

Al lado de su conducta, y como paralelo de sus mal encaminados esfuerzos, veía aparecer con colores sombríos la ingratitud del rey, la miseria de la corte, y la maldad de un noble, privado del monarca y á quien por amistad sacrificaba D. Santos su fortuna, su nombre y hasta su conciencia. El conde D. Vela hizole compañero suyo de combates; apropióse y armó sus castillos por la causa del rey: contempló indiferente cuál talaban sus campos y destruian su hacienda; hizole entregar para el mantenimiento de la guerra civil hasta el ultimo sextercio de sus arcas; y cuando le consideró arruinado, perdido, miserable, incapaz de prestar otra cosa que su acero y su vida, le abandonó á su suerte, quitóle el favor del rey, y acabó por apoderarse de su mujer, á la cual, segun cuenta la crónica, adoraba.

Ante este cuadro informe, desgarrador, tremendo, D. Santos se sintió desfallecer.—Doña María era la última figura que se presentaba á su excitada mente, y él, despues de doce años, despues de su deshonra

(porque con razon la suponía), despues de los tormentos á que se habia visto sujeto, la amaba aún con esa pasion ardiente, pura, grande, que hace sublime el alma más pequeña, y da fuerza y vigor al espíritu más abyecto.

El primer momento pasó; el caballero lanzó un suspiro, que simbolizaba una vida entera de amargura.

—¡Oh!... sí,—dijo por fin con voz sombría;—dejemos recuerdos que matan; memorias que hacen salir al rostro el rencor y la vergüenza. Todo pasó; contadme ahora los motivos que aquí os traen. Nombrásteis á una persona para mí en otros tiempos querida. ¿Por qué despertais en mí ese sentimiento, si no podeis decirme lo que desde una fecha muy lejana procuro descubrir?

—Justamente por esa razon; porque despues de mucho tiempo y de muchas pesquisas, aún ignorais lo que yo os voy á referir.

—¿Vos sabeis lo que ha sido de doña María? ¿Vos me lo podeis decir?

—Sí, D. Santos.

—Imposible.

—Escuchad. Vos creísteis que vuestra desgraciada mujer fué víctima del amor de D. Vela; al desaparecer ella de la côrte, recibísteis dos pergaminos en los cuales se os indicaba que el privado era el raptor de doña María.

Vos teniais la conciencia, el presentimiento de la verdad.—Los pergaminos eran míos.

Pedísteis explicaciones al conde, y el conde os rechazó indignado.

Hicísteis diligencias, y todas fueron infructuosas.

Yo salí de Oviedo, y vos desesperásteis de conseguir vuestro deseo.

He vuelto despues de doce años, y el acaso me ha hecho descubrir lo que á vos no os ha sido posible.

—¡Ah!... decid.

—Vuestra infórtunada esposa ha estado encerrada en el castillo de Albeida, por órden de D. Vela. Cansado de un amor cuya lucha ha durado tanto tiempo sin conseguir que el corazon de doña María se ablandase ni ante los ruegos ni ante las más feroces amenazas, mandó há cuatro dias que la trasportasen á Oviedo, con objeto de guardarla en las prisiones del alcázar real.

—¡Es posible!... ¡Ella!...

—Entró anoche en la côrte escoltada por doce hombres de los tercios del rey. Exasperada sin duda por sus sufrimientos y queriendo acaso jugar un albur desesperado, al cruzar la Judería pidió socorro á gran-

des voces, á pesar de los esfuerzos que sus guardas hicieron por contenerla; era ya tarde; un caballero se lanzó sobre ellos espada en mano, les dispersó dejando á uno muerto, y se llevó consigo á la dama hasta una casa próxima, donde se procuró hacerla volver en sí.

—Continuad, continuad,—prorumpió D. Santos lívido y tembloroso.

—Luego... con trémula mano trazó unos renglones, y encargó que se os entregasen...

—¿Y ese pergamino?..

—Vedle aquí.

D. Santos se lanzó al pliego que su interlocutor le presentaba, con el afán febril del tigre al arrojarle sobre su presa.

El enigma se iba á descifrar.

Aquella incertidumbre, aquella antigua duda pendía del contenido de algunas palabras trazadas por la débil mano de una mujer.

Abrió el pliego.

Sus ojos se dilataron; sus labios se enrojecieron; sus miembros se crisparon, y aquel hombre robusto, fuerte, capaz de sostener una lucha titánica sin desfallecer ni conmovirse, cayó desplomado, mortal, sin sentido en medio de la estancia, como herido súbitamente por una exhalación.

El otro, que ya conocemos con el nombre de Daniel, le contempló un instante triste y conmovido; luego, acomodándole lo mejor que pudo é introduciéndole el pergamino en la escarcela que de su cintura pendía,—mucho daño me has hecho,—murmuró;—pero yo te perdono, porque acaso tu desgracia es mayor que la mía, y porque tú servirás para mi venganza. Grandes fueron tus pecados, D. Santos; pero grande es también tu expiación.

Luego salió de la estancia, bajó la escalera y abandonó aquella casa, donde si bien aclaraba una terrible duda, dejaba en cambio un dolor inmenso.

CAPÍTULO II.

Doña Luz.

Sin embargo de que la noche entraba ya en su último tercio, y de que la buena ciudad de Oviedo no era ni la más segura ni la más agradable para andar á oscuras y á caza de intrigas ó galanteos, un rondador insistente y un si es no es sospechoso, paseaba lenta y cautelosamente por la calle de la Estrella. Y decimos sospechoso, porque su ademan, sus miradas, su atencion que toda entera se fijaba en los miradores de un magnifico palacio que á su frente tenia, revelaban de la manera más terminante al hombre que busca ó la forma de apoderarse de un tesoro, ó la ocasion de satisfacer un amor no muy autorizado.—Y dicho se está que amor ó tesoro, buscado á tales horas y con tal recato é impaciencia, ni muy seguro podia estar, ni el que lo pretendia era posible que dejara de infundir sospechas.

Trascurrió media hora.

El silencio más completo seguia reinando.

La impaciencia del rondador crecia.

Al fin, un ligero ruido hizo que levantara la cabeza.

—Gracias á Dios—murmuró.

Una de las grandes ventanas de la casa en que nuestro hombre se fijaba, giró sobre sus goznes. La luna, que á la sazón brillaba con esa pureza propia de los ojos de una vírgen, permitió que á sus destellos distinguiera el semblante de una mujer, velado por una rubia cabellera caída en profusos y sedosos rizos.

—¡Ah!—exclamó con voz temerosa la dama.—¿Sois vos, D. Sancho?

—El mismo, luz de mis ojos.

—Esperad.

Y se cerró el balcon, abriéndose poco despues la puerta, que dió paso al galan.

Aún no subiria este la escalera, cuando otro embozado oculto hasta entonces en el portal contiguo, salió de él perdiéndose en las callejas vecinas y murmurando:

—Ya puedo esperar algo; doña Luz le es infiel, y otro...

Aquí se dejaron de oir las palabras de aquel hombre, que apretando paso, no tardó mucho en desaparecer.

Sigamos á nuestro rondador, que conducido por una graciosa doncella, un tanto gentil, y no poco pizpireta, llegó por fin á una cámara suntuosamente alhajada.

Cuanto de fantástico y caprichoso forjaron el arte y la riqueza, estaba encerrado en aquel recinto, envidia de los libros orientales y afortunado rival de los suntuosos alcázares granadinos.

Tapices y perfumes; flores y calados; alegorías y emblemas, todo estaba enlazado con ese gusto y primoroso tacto que trasporta la mente á un sueño eterno de voluptuoso amor. Cuanto en aquella estancia se veia revelaba que su habitante era un opulento señor, dueño, si no de una corona, á lo menos de una fortuna de rey.

El caballero paseó una mirada investigadora en torno suyo, diciendo á la criada:—Esperaré.

Y al mismo tiempo que aquella desaparecia, fijóse él en uno de los tapices, del cual pendia un lienzo cuya pintura representaba un guerrero en traje de batalla, pero descubierta la cabeza y en actitud de profunda reflexion.

—Héle allí, murmuró; héle allí con la ambicion en el semblante y la traicion en los ojos. En nada ha variado; pasó el tiempo sin marcar una arruga en su frente y sin marchitar su tez descolorida. ¡Oh!... ¡y cómo sonrie!... El recuerdo de los males que ha ocasionado, dilata sus labios. ¡Cuánta ponzoña guarda el corazon de ese hombre!...

Aquí quedó cortado el hilo de sus reflexiones. Las ricas cortinas que cerraban la estancia se alzaron, y una mujer apareció en el fondo de aquel oscuro cuadro, con la blancura y transparencia de una Virgen de Murillo.

Era doña Luz.

Doña Luz, hermosa como la esencia de los amores; fresca como el lirio del valle, y suave como el rumor de la brisa al agitar las flores.

Doña Luz, tipo de la gracia más exquisita, con toda la voluptuosidad y lánguido abandono de la más perfecta hermosura.

Rubia cabellera, ojos de cielo, nevadas mejillas, mórbidas formas, airoso andar, y todo en fin lo que puede atesorar una criatura para deslumbrar y enloquecer al que la mira, lo reunia la que entonces se presentaba á los ojos de nuestro caballero, que al pronto quedó mudo de sorpresa, ó mejor dicho, de enagenacion.

—¡Oh!... ¡Bendita seais!—murmuró;—¡bendita seais, pues me permitis que sea un instante dichoso!

—¡D. Sancho!—dijo á su vez la dama abandonando una de sus manos al desconocido y haciéndole seña de que se sentase.

—Jamás os vi tan hermosa, doña Luz; jamás brillaron vuestros ojos como brillan ahora, ni vuestras mejillas tuvieron la tersura que en este instante.

—¡Sancho! ¡Sancho!...

—¡Ah! perdonadme, olvidad los extravíos de mi razon; ¡os amo tanto!

—¿De veras me amais?

—¿Y podeis dudarle? ¿Por quién sino por vos permanezco en Oviedo, donde me amenaza un peligro de muerte? ¿Por quién olvido mi porvenir, mi fortuna acaso, sino por vos que sois mi vida entera?

—Escuchadme, D. Sancho; esta es nuestra tercera entrevista, y en todas encareceis los peligros que os amagan en la córte; cierto, sí, que os he juzgado un cumplido caballero, aunque á decir verdad, ignoro quién sois; ahora bien, entre dos amantes, y ¿sabeis que lo soy vuestra, sienta mal tanta reserva y tanto misterio. ¿Quereis confiarme vuestros secretos? Tal vez pueda hacer por vos lo que no presumis.

—Solo os pido cariño, doña Luz; lo demás importa poco. Quereis saber mis desgracias; ¿y de qué os serviría? Sufro tanto, que al escucharlas sufririais tambien.

—¡No sois feliz!

—Tan solo al lado vuestro; por lo demás... soy el más desdichado de los hombres.

—Os compadezco, D. Sancho; conozco ese martirio; sé tan bien como vos lo que es sufrir. Pero ya que de esto hablamos, conviénenos conocernos y voy á daros el ejemplo diciéndoos quién yo soy; nos vimos poco há; nos amamos á un tiempo mismo, sin cuidarnos...

—De nada, doña Luz, más que de vuestra hermosura.

—Como yo, D. Sancho, tan solo de vuestra gentileza. Esto prueba nuestra fé, y la fuerza irresistible de nuestro amor; pero aún falta mu-

cho: falta la confianza, ese sentimiento que estrecha más y más dos corazones; por eso quiero tenerla con vos; quiero saber lo que os imagináis, y deciros cuál es la realidad.

—Es inútil, señora; es inútil que relateis vuestra situacion; harto por desgracia la comprendo.

—¡Que vos la comprendeis!

—Como vos misma.

—Explicaos, D. Sancho.

—Lo haré, pues lo quereis. Mirad; ¿veis aquel caballero...?

Y al decir esto, señalaba el lienzo pendiente del tapiz.

—¿Le conocéis? exclamó doña Luz sobresaltada.

—Doce años há.

—¿Y sabeis...?

—Que ese es vuestro marido.

—Es decir...

—Que sin que vos me lo digais, sé que sois la mujer del conde don Vela, favorito del rey.

—¡D. Sancho!...

—El amor, señora, es adivino: no extrañéis por lo tanto que un lienzo me revele el secreto que hasta este momento me guardásteis.

—¿Pero cómo sabeis...? Apenas me conocen en la corte; vos, segun me dijisteis, estais alejado por completo del círculo del rey, ausente, perseguido; ¿cómo pues, esta historia...?

—¿Llegó hasta mí? Escuchad. El reinado de D. Ramiro, tan fecundo en acontecimientos y revueltas, hizo que un poderoso caballero se colocara frente á frente del que hoy es vuestro marido. Lances, encuentros, batallas y desastres, todo emanaba de uno de estos dos hombres nacidos para odiarse. Yo seguia al valiente señor que os he dicho, el cual más que otra cosa fué mi padre, mi protector, mi todo en este mundo. Las circunstancias me hicieron luchar con vuestro esposo; ¡pero qué lucha!... encarnizada, á muerte, sin compasion, sin término. Nuestros corazones latian para aborrecerse, y nuestras cabezas pensaban solo en nuestra mútua destruccion.

—¡D. Sancho!... ¡me haceis estremecer!

—Escuchadme hasta el fin. En estas borrascosas aventuras pasé mi juventud, siempre con el peligro en torno mio, pero siempre tambien creciendo mi rencor hácia el privado. Ya la partida estaba próxima á terminar; el triunfo y la gloria nos sonreía, cuando una traicion infame vino á echar por tierra nuestras esperanzas. Venció vuestro marido,

y yo vivo desde entonces errante, fugitivo, sin más amparo que mi espada y sin otra ilusion que vos.

—Os compadezco.

—Sí, compadecedme; no sabeis cuánto merezco esas lágrimas que fugaces asoman á vuestros ojos.

—Pero decidme; ¿cómo á la muerte del rey, con tanta mudanza como el reino ha sufrido, no habeis procurado...?

—Fuera inútil; mi historia vive unida á otras historias; un hilo misterioso une aquel pasado con lo presente, y... no podria gozar un solo dia de libertad, sin que una mano poderosa viniera á confundir mi mísera existencia; mi dolor será muy duradero, y mi desgracia larga como mi vida. Solo un milagro, una cosa tal vez imposible de realizar, podria devolverme la alegría y el valor perdido há mucho tiempo.

—Y ese milagro...

—Es un secreto, doña Luz; un secreto que acaso algun dia os podré revelar.

—Como os plazca, D. Sancho.

—Acabaré mi historia, hasta demostraros cómo adiviné la vuestra. Pasado mucho tiempo desde aquel en que salí de Oviedo, llegaron á mis oidos los amores de D. Vela, con todos los detalles que alcanzar no podeis. Supe, aunque á gran distancia, que el conde, prendado de la hermosura de una noble dama venida poco antes de Navarra, habia pretendido su mano á lo cual la hermosa se negó, fundándose en sus ruines antecedentes; que el padre, por mandato del rey, doblegó la voluntad de su hija, obligándola...

—Á dar su mano al hombre que aborrecia.

—Teneis razon; todo esto supe y algo más; junto con el retrato de la dama, que corria de boca en boca con grande admiracion de su hermosura; y este era tan exacto; tan fielmente reproducian sus infinitas gracias, que aun sin ver ese testigo de la dicha del conde, hubiera presentido que érais vos la dama á que aludian. Hé aquí, hermosa señora, la razon que tuve para penetrar lo que vos queriais confiarme.

—¡Oh!... esa galante relacion carece de los más importantes pormenores. Oid el fin de mi desventura, y comprendereis cuán necesario me era un corazon enteramente mio. Caséme con el conde, y si bien mi honor hasta entonces sin mancha me dictaba una conducta ejemplar respecto del hombre que me confiaba el suyo, no pude evitar y encubrir la repugnancia que me causaba su sola presencia. Sus caricias eran

para mí un martirio, y sus palabras otros tantos sonidos que herian desgarrando mi corazon.

Comprendió un día el daño que me habia hecho, pero era tarde; pidióme una explicacion que no le negué; exigió una confesion, que yo sin dudar le hice; desde entonces, desde que le juré que jamás mi cariño seria suyo, nuestra existencia se resbala como un arroyo por el desierto, sin una flor á quien acariciar y sin un límite donde detener su interminable curso. ¡Oh!... yo tambien sufro, D. Sancho; yo tambien soy digna de vuestra compasion.

—¡Ah!... pero nos amamos, señora, y si la desgracia ha marchitado nuestros mejores dias, acaso hoy alcancemos por ella nuestra felicidad.

—Teneis razon: olvidemos tormentos ya pasados para ocuparnos solo de nuestro porvenir.

Y esto diciendo le abandonaba una de sus manos, en la cual D. Sancho estampó un beso de fuego.

Sentado á sus piés en un pequeño taburete, nuestro desconocido dió rienda suelta á su lengua, saboreando con delicia su plática de amores que adormecia cual un narcótico suave el corazon de su amada.

Y á decir verdad, D. Sancho era muy á propósito para cautivar á una mujer de suyo impresionable y ardiente, á una mujer que respirara por mucho tiempo bajo los rayos de nuestro hermoso sol meridional.

Contaria como unos treinta ó treinta y cuatro años; su barba y cabellera rubias daban á su fisonomía ese tono que aún se observa en los bustos que aunque desfigurados nos legaron las antiguas córtes godas. Sus ojos azules y rasgados tenian ese brillo chispeante, esa penetracion que sin esfuerzo alguno descubre y comprende hasta el fondo del alma más oscura. Sus finos y lucientes labios, algo dilatados y formando una curva imperceptible, demostraban instintivamente la energía tenaz é imparable de que era capaz. Su nariz franca y valientemente destacada, hacia suponer el atrevimiento y altivez que germinaban en su corazon.

Era uno de esos seres que nacen para dominar.

Una voluntad que, por decirlo así, no admitia réplica.

Un temperamento, que al desarrollarse con tanto vigor como su inteligencia, y al hallarse en perfecta armonía con una figura varonil, bella, expresiva, formaban de nuestro caballero un tipo, un conjunto imposible de desdeñar; y más que difícil de resistir.

El coloquio de los amantes duró aún algunos momentos.

Por fin, y como despertando de un sueño delicioso, dijo la dama:

—¡Ah!... es fuerza que nos separemos; la noche termina, y mi marido...

—No le nombreis, doña Luz; á su sola idea, que parece el anatema lanzado sobre nuestro cariño, me estremezco, sintiendo en mi corazon todo un infierno de martirio: yo quiero olvidar que sois de otro; quiero creer que sois sola, enteramente sola, y que el cielo ha formado para mí vuestras encantadoras gracias. Olvidad á mi lado á ese hombre, ó me matareis de pena.

—Perdonad, Sancho mio; mi boca no volverá á recordaros lo que para los dos es un tormento. Pero alejaos de aquí; acabe esta noche que habrá de parecernos eterna, y mañana...

—Volverá nuestra felicidad.

—Oh, sí. Yo lo deseo; estos momentos son la única esperanza de mi vida; mañana, á la misma hora, os esperará el pobre corazon que es todo vuestro.

Y de nuevo se repitieron las más dulces protestas, deslizándose á poco el recatado caballero por la solitaria calle de la Estrella, para perderse á breve espacio entre las sombras.

Siguió caminando con paso presuroso, llegando por fin á un portal, cuyos detalles á tal hora no se podian distinguir.

Sacó una llave, y abriendo la puerta por sí mismo y sin producir apenas ruido, entró.

Lo primero que se ofreció á su vista fué una dama como de unos treinta años de edad, de rostro tan hermoso como severo, completamente vestida de negro, y víctima por lo que la expresion de sus ojos y la palidez de sus mejillas indicaban, de un sentimiento pertinaz, grande, profundo.

Su cabeza ligeramente inclinada; sus brazos caidos con indolencia; su tocado falto de ese estudiado esmero tan familiar y necesario en las damas de la corte; su espíritu abatido y destrozado por un ejercicio acaso superior á su fibra, todo esto, en una palabra, llenando el alma de aquella mujer é irradiando y reproduciéndose en su parte material, explicaban desde el primer momento el triste y amargo estado de la persona que lucha inútilmente con la desgracia.

La fisonomía es por desgracia el espejo donde por lo comun se refleja con todos sus accidentes y detalles nuestra situacion moral. Si el estilo es el hombre, por regla general, la fisonomía es el espíritu.

—¡Señora!—exclamó al verla el que entraba;—¿levantada á estas horas? ¿No considerais que vuestra salud se resiente con tales y tan frecuentes excesos? ¡Oh!... permitid que mi cariño y mi respeto...

—Cesa, cesa. No creas que mi salud sufre por tan pequeña cosa. Soy fuerte y... ¡ojalá que mi corazón pudiera resistir tanto como mi naturaleza! Está tranquilo; mi cuerpo está bien; mi alma es la que sufre. ¡Si vieras mi ansiedad!... Si supieras mi impaciencia mayor cada día, si alcanzaras mi deseo cada vez más violento é irresistible, entonces... ¡Ah!... entonces, ni mi desasosiego febril te extrañara, ni este desorden en que vivo te sorprendiera. ¡Son doce años, doce años de tormentos!...

—Teneis razon; ese tiempo constituye para vos una vida entera de amargura, de luto, de desdicha. Quien como vos resiste ese tremendo período, es fuerte, y tiene una voluntad decidida. ¿Pero querreis acaso perder, destruir la grande obra por algunos momentos de impaciencia?

—¡Destruir nuestra obra!... ¡Nuestra obra es tan leve, tan dudosa, tan insegura!...

—¡Oh! no; estais en un error; nuestro trabajo no será infructuoso; cierto que no tenemos una señal segura, un dato exacto, una prueba irrecusable. Pero mi corazón, señora, no me engaña...

—¡Siempre ese presentimiento!...

—Sí; mi presentimiento, que es una realidad. Sabeis que no soy preocupado; sabeis que mi corazón honrado, firme, independiente, es el menos dispuesto á creer en el lenguaje de los astros ó en la adivinacion del porvenir. Pero de esto á creer en los movimientos de mi corazón, va una gran distancia, y tan firme es mi creencia en este punto, como lo es en que la buena fortuna y la fatalidad existen. Vuestro amante, señora, está en Oviedo, y su desgracia, su encierro, su amargura, son hijas de la envidia y el despecho del privado del rey; nacen de la maldad y la traicion del conde D. Vela.

—Pero ese hombre ya no me ama; si su loca pasion pudo arrastrarle en otro tiempo á cometer las mayores vilezas, hoy, trascurridos doce años, creyéndome muerta, curado de su feroz manía, casado con una mujer hermosa, nada puede llevarle al extremo de convertirse en asesino.

—¡Oh!... estais por desgracia equivocada. El conde D. Vela no sentirá cargar su conciencia con otro crimen más. Hay almas que se funden para la infamia, que con ella viven y de ella se alimentan, que no conocen ni la compasion ni el remordimiento, y la de ese hombre es una de ellas. Émulo hasta la miseria, teme el prestigio y valimiento de vuestro amante. Ruin y cobarde, tiembla al pensar que le pedirian cuenta de su conducta. Un deseo impuro le hizo cometer el crimen; el miedo hace

imposible la reparacion. Su sueño no se alterará por la cruel consumacion de esta infamia.

—¡Eso crees!

—Estoy seguro de ello. Esperad un poco más; el reino odia de muerte al favorito; la corte arde en deseos de destruir su influencia maldita; todos se disponen á demostrar con violencia su descontento; no falta más que un hombre... un hombre de corazon que levante la enseña...

—Y ese...

—Ese seré yo.

—¡Ah!... no por Dios; mi desgracia perdiéndote seria completa; tú, mi único y fiel amigo, mi apoyo, mi consejero, mi guia, no serás capaz de abandonarme, de exponerme á quedar sola y sin ningun amparo sobre la tierra. Tienes otros recursos...

—Que estoy poniendo en accion, como sabeis. Solo usaré la fuerza en un caso enteramente indispensable; entretanto, vos debeis comprender que trabajo en otro sentido, y no sin resultado.

—Esa mujer...

—Esa mujer es nuestra, y en sus manos está la suerte de nuestro prisionero. Aborrece á su marido, ó mejor dicho le desprecia... y tal vez... tal vez con tino y con prudencia, ella nos dé la clave de este misterio horrible. Además, esta noche, rica para mí de encontradas y raras emociones, proporciona á D. Vela un enemigo tan poderoso y temible como yo.

—¿Su nombre?...

—No es del momento, ni quiero ofrecer á vuestra excitada mente tristes historias que os robarian por completo el sueño. Reposad algunas horas, os lo ruego, y soñad con un porvenir tan feliz como vos le mereceis.

—Vana esperanza.

—No, señora. Hay un Dios grande, bueno y justiciero, que compensará vuestras penas y calmará vuestros sufrimientos.

—Él te oiga;—murmuró la dama levantando al cielo sus hermosos ojos, de los cuales brotaron dos lágrimas que al desprenderse se secaron con el ardor febril de sus mejillas.

CAPÍTULO III.

De cómo mandaba el rey, y gobernaba el privado.

D. Ordoño empuñó bajo los más felices auspicios el cetro de Castilla.

De condicion suave, modesto en sus costumbres, franco y leal como el mejor caballero, bien pronto se le aficionó su reino que de él esperaba el remedio de sus pasados males.

Y á tan alta empresa se dedicó el monarca, principiando por despertar el adormido espíritu de sus vasallos; reedificó las ciudades destruidas por el tiempo y por la guerra, entre las que se contaban Tuy, Astorga, Leon y otras, que á él debieron su prosperidad. Organizó de la mejor manera que á la sazón era posible la administracion del estado, cosa en todos tiempos muy difícil, tanto por la ignorancia de la mayor parte de los hombres á cuyo cuidado se encomienda, cuanto por el manejo é interés que resultan de su desconcierto para los que consideran el erario como patrimonio comun, del cual pueden y deben procurarse la mejor y más hermosa parte, y comenzó, digámoslo así, una era de felicidad para sus mal atendidos pueblos, que á durar algunos años, inmortalizara su nombre.

Pero como en nuestro malaventurado país solo los pobres fundan obras pias, como la desdicha de los reyes es tal, que presos generalmente en la torpe y odiosa red que la corte les tiende, rara vez logran sostener con firmeza su corona, sin apoyarla y mantenerla en elementos que la empañan, cuando no la destruyen, de aquí el que D. Ordoño, como otros tantos reyes, dueño de grandes condiciones favorecidas por el cielo desde el principio de su reinado, viera desaparecer como por encanto los bue-

nos auspicios con que aquel se inauguraba, acabando poco despues por sacrificar á sus vasallos, por ser inconsecuente, ingrato é indiferente para con sus pueblos, velando sin pena ni disgusto aquella página brillante de su historia, con hechos de lamentable y feo recuerdo.

El mal, como casi siempre acontece en estos casos, no partia precisamente del rey. Un hombre audaz, osado, y como osado y audaz egoista y miserable, valiéndose de la influencia que sobre D. Ordoño le proporcionaron pasados acontecimientos, procuraba dirigir su voluntad con arreglo á su conveniencia y poco honrados fines.—El conde D. Vela, que era el que con el rey privaba, ambicioso y cruel, como todos esos pequeños déspotas de los régios alcázares, creyendo reducidos todos los horizontes que ante sus ojos se extendían, procuraba ensancharlos quitando estorbos de su lado, aislando lo posible á su señor, destruyendo á los escasos, muy escasos servidores leales que rodeaban á tan alta persona, y esprimiendo hasta la última gota de sangre del paciente y sufrido pueblo, sangre que convertida en oro entraba en las arcas del rey para pasar más tarde y por malas artes á las suyas.

Si el triste renombre que logran siempre esos cínicos amantes del favor y la privanza no hubiera hecho célebre al buen conde D. Vela, bastaran á explicar claramente su tendencia ruin, su alma pequeña, sus malos manejos y sus abominables tendencias, un cuerpo raquítico y algo encorvado; unos ojuelos vidriosos, claros, blanquecinos, de mirar torbo é incapaces de fijarse de frente en los objetos; una boca algo sumida, de finos labios acostumbrados á proyectar una sonrisa tan insolente y provocativa como traidora y falsa, y un rostro demacrado, anguloso, repulsivo, que en sus inferiores infundia el terror pánico, y en sus iguales el desprecio instintivo.

Este hombre, favorito en otro tiempo del rey Ramiro padre de D. Ordoño, calculó y con razon, que una vez muerto aquel ó elegido por el pueblo otro monarca, su gracia y su poder acabarían, aborrecido como él lo era del reino entero.

Así, pues, pensó, y á la verdad con acierto, que si lograba hacer subir al trono á D. Ordoño, su valimiento continuaria como hasta entonces. Y dicho y hecho, probó al soberano que alcanzaria renombre eterno y fama imperecedera, haciendo la corona hereditaria en lugar del carácter electivo que hasta entonces tenia; y bien claro se ve que D. Ramiro acogeria la idea del privado con júbilo y agradecimiento. Así se hizo, y á la muerte de Ramiro, D. Ordoño fué rey.

Lleno este último de reconocimiento hácia D. Vela, le llamó á su lado,

depositando en él su entera confianza, y entregando en sus manos la administracion de su casa y gobierno completo de sus asuntos. Y hé aquí que los pueblos, entusiasmados por entonces con su nuevo soberano, tuvieron que sentir muy pronto su torpeza, considerando sus haciendas, sus vidas y hasta sus honras expuestas al capricho brutal de quien por mucho tiempo les hizo derramar amargo llanto.

Pero D. Vela no se ocupaba de los clamores del pueblo, y en cuanto al rey, sabido se está que no oiría sus rumores.

Los régios alcázares son elevados y profundos, y el pueblo necesita gritar desesperado si quiere ser escuchado por el monarca.

Este se echó en brazos de su favorito, y mientras su conciencia no se contaminó, interin sus sentimientos contaron como móviles su sola voluntad, la patria vió un tesoro de virtudes en aquel que mandaba, y la justicia, la razon, la equidad, tuvieron un digno asiento en la córte de España.

Algun tiempo despues, los maquiavélicos planes del conde y la debilidad de D. Ordoño hicieron á este adormecerse en el más sensible abandono, dando los primeros pasos hácia el mal y consumando actos que si pronto se conciben y ejecutan, tarde ó nunca se reparan y enmiendan.

Á la sorpresa que infundió en el reino el considerar la variacion de su monarca, siguióse la desconfianza y el resentimiento; de aquí surgió el general disgusto, precursor muchas veces de la tormenta, viniendo á resultar poco más tarde la ambicion de los partidos; la division del país; esa lucha fratricida cuyas consecuencias son siempre la sangre, el desconcierto y la ruina.

La guerra se extendió de la córte á las ciudades, y de estas á las aldeas y lugares; la paz terminó, y los moros, enemigos eternos de nuestra raza, aprovecharon los instantes de confusion y exterminio para entrar en nuestro territorio, talando quemando y destruyendo cuanto á sus atrevidas taifas se oponia.

Los combates se sucedian con rapidez asombrosa, y un mar de sangre bañaba constantemente nuestros campos fértiles entonces, y poco despues estériles y abandonados.

Lo que antes se evitara con prudente cautela, no tenia ya otro arreglo que la fuerza superior de las armas y el formidable regulador de las batallas.

El abandono y poca prevision de D. Ordoño le envolvian, le encerraban en un círculo de hierro, al rededor del cual se multiplicaban los alborotos de su país, las correrías de la morisma y las derrotas de sus soldados.

Aunque ya sin resultado, comprendió el rey el daño que á sí mismo se habia hecho, y trató de remediarlo en lo posible dando márgen á futuros tratados y arreglos que dejasen sus estados en sosiego, y aseguraran en sus sienas la corona.

Al efecto levó gente, armó ejércitos, nombró valientes capitanes, y levantando la enseña de Cristo, marchó contra el infiel incitando al reino á hacer lo mismo.

El apesadumbrado D. Ordoño queria acabar con las discordias civiles, iniciando una guerra nacional.

Pero el pueblo estaba cansado; los nobles descontentos, y todos con un ansia infinita de permanecer tranquilos en sus hogares; sin comprender que cuando por accidentes imprevistos se ve envuelto un estado en guerras y combates, se necesita luchar para vencer, y esto último, para gozar de una paz más ó menos duradera.

Así fué que el rey por una parte y sus vasallos por otra, lejos de mejorar, empeoraban mutuamente su situacion.

No tardó en comprenderlo el favorito, y en calcular que su estrella se eclipsaria siguiendo aquel estado de cosas; y como lo que á él le sobraba era malicia y travesura, pronto inventó un medio que pudiera servir de salvaguardia y escudo á su poder.

El rey es débil, se dijo; carece de voluntad cuando se hiere el flaco que le domina; procuremos satisfacerle, y el leon de España se adormirá haciendo mi señorío tan duradero como su vida.

Y así lo hizo.

Empezó por rodear al monarca de personas á la suya adictas, de manera que solo llegaran á él sus mismos pensamientos, traducidos por cien lenguas traidoras.

Mientras que se sucedian las derrotas en el campo de batalla, D. Ordoño estaba persuadido de que ganaba grandes victorias.

Interin que en Alvela, Pamplona y Álava los enemigos se ensañaban ofreciendo los más terribles cuadros de ferocidad y de rapiña, al rey llegaban avisos de repetidas conquistas, que aumentaban sus vastas posesiones.

Una policía activa é incansable perseguia á los malcontentos, y el monarca, vendados los ojos por D. Vela, solo veia escuchaba y comprendia lo que más le importaba al favorito.

Así pasaba el tiempo, lleno el rey de ilusiones, de quebrantos el pueblo, y de sueños de ambicion el privado.

Tal era nuestro estado, y tal el inseguro porvenir de España.

CAPÍTULO IV.

Una impresion.

Acaba de oscurecer.

En una de las habitaciones del régio alcázar, dos personajes miden á grandes pasos el rico tapiz extendido en el suelo.

Los dos son jóvenes.

Ambos llevan lujosos atavíos, que perfilan lo esbelto de sus formas y demuestran lo elevado de su rango.

En la fisonomía de uno de ellos está marcado claramente el disgusto.

En la del otro, la más viva curiosidad.

Levantó el primero la cabeza, y mirando al segundo fijamente—¿Sabéis, le dijo, que opino como vos? No temo yo las traiciones del conde; creo en su lealtad, y de ella tengo pruebas; pero comprendo esa abstraccion completa en que se encuentra y en que vos tambien os hais fijado, y veo que ella pudiera traer sobre mis reinos el mal que deseo vivamente alejar; creo que sus recuerdos, sus asuntos embargan su atencion de tal manera, que poco á poco y sin apercibirse abandona los mios, aun á riesgo de un contratiempo fatal.

—Libreme Dios de soñar en que pueda ser traidor D. Vela; lo imagino leal, é incapaz de haceros una felonía.

—¿Y qué llamareis, si á examinar vamos su conducta, á la especie de reclusion en que me tiene y al cuidado con que de los suyos me rodea?

—Eso, señor, se comprende muy bien; el poder hace al hombre ambicioso, y el temor de perderle crece cada dia más.

—¡El poder! ¡querreis decir el mal gobierno! Ved esas mismas noticias

que yo ignoraba, y que vos acabais de darme. Cuando yo imaginaba que mis soldados caminaban victoriosos derrotando al feroz agareno, vos me anunciáis que las armas españolas nada pueden contra los infieles, y... ¡pero qué más, conde Sabiniano! ¡Qué más quereis, decid, cuando hasta ignoro lo que sucede en Oviedo!

—Perdonad, señor; pero eso consistirá en que vos quereis ignorarlo; el rey es el dueño, y vos sois el rey.

—¡El rey! Solo en el nombre, conde Sabiniano, solo en el nombre; pero os aseguro que de hoy más lo seré de hecho. Oidme: puesto que hasta aquí habeis llegado y que me encuentre libre de mis espías, quiero convencerme de la verdad de esas noticias...

—¡Señor!...

—Quiero convencerme por mí mismo de que ínterin se me hace comprender que nuestras conquistas se suceden sin tregua, en la capital de mis reinos se elevan súplicas al Señor para que se apiade y proteja á las armas cristianas. ¡Por Santiago! Yo os juro que tamañas intrigas han de costar muy caras á D. Vela.

—Mirad que el conde me atribuirá el mal que podais hacerle.

—Lo ignorará todo, conde Sabiniano.

—Sus agentes sabrán antes de mucho nuestra salida del alcázar.

—Os repito que no.

Y esto lo decia el rey, cubriéndose bien con un manto, y tapando su rostro hasta las cejas. Luego abrió una puertecilla secreta que guiaba á una escalera interior, por la cual y seguido del otro personaje, salió á la calle.

El sitio en que ambos se encontraron era una callejuela estrecha, que desembocaba en uno de los más apartados ángulos de la plaza Real.

En la esquina inmediata, por la cual tenian que pasar precisamente nuestros embozados, habia un hombre que se ocultó cuidadosamente al verlos, incrustándose en un oscuro portal, lo mejor que pudo.

Y tal practicó su maniobra, que pasaron los otros sin hacer alto en aquel incidente, preguntando el rey á su acompañante:—¿Dónde se hace hoy la rogativa?

—En Santa María;—contestó aquel.

Y se perdieron en las sombras.

Entonces el que se habia ocultado salió de su escondite, siguiendo las huellas de los otros dos.

El conde Sabiniano era uno de los más encarnizados enemigos de D. Vela.

Amaba al rey, pero deseaba ver en él al verdadero monarca, libre, justo y bueno.

Sin ambicion de ninguna clase, trabajaba cautelosamente por el bien de su país, y si por acaso alguna vez conseguia la entrada en la cámara de D. Ordoño á tiempo que esta se encontraba libre de sus centinelas de vista, empleaba su saber y sus consejos, no en indisponer al rey con el conde, sino en explicar al primero el estado de los negocios públicos, iniciándole en los deseos del país.

Y á decir verdad, el conde Sabiniano era el único de quien el rey se fiaba, y al único tambien á quien de corazon creia.

Cuanto aquel le confiaba era para D. Ordoño un inviolable secreto; de manera que el favorito, jamás hasta entonces pudo comprender de dónde venian las quejas del rey, si alguna vez se atrevia á dárselas.

Y decimos que si alguna vez se atrevia, porque tal era el predominio que ejercia aquel sobre su natural señor, que este por lo general se contentaba con lamentarse á sus solas, sin resolverse nunca á mirar á D. Vela frente á frente para acusarle de sus faltas.

El recuerdo de que por él acaso ocupaba el trono; el letargo en que le tenia sumido por medio de los placeres, de los encantos y del esplendor; la astucia de que aquel hombre usaba, y la superioridad moral que supo alcanzar andando el tiempo, hicieron que el soberano sintiese tanto amor como debilidad hácia el que poco á poco labraba su ruina.

.....

Llegaron D. Ordoño y el conde Sabiniano á la iglesia de Santa María.

El concurso era grande, y las voces de los fieles unidas á las del ministro del altar, subian hasta el Señor pidiéndole la paz y el sosiego de los pueblos.

El rey y su acompañante atravesaron aunque con trabajo una de las naves del templo, colocándose en el rincon más oscuro, medio ocultos por una columna.

Cerca de ellos habia dos ó tres caballeros á quienes el rey conoció, y un poco más allá una figura de mujer vestida completamente de negro.

Esta mujer, por su inmovilidad, parecia estar sumida en hondas meditaciones, de las cuales no bastaba á sacarla ni el canto de los asistentes, ni las exhortaciones del sacerdote que oficiaba, ni los que por su lado pasaban, bien entrando ó bien saliendo de la iglesia.

D. Ordoño, de suyo impresionable, fijó desde luego los ojos en aquella dama misteriosa, pudiendo distinguirla más y más á tenor que se familiarizaba con la oscuridad del sitio en que se habia colocado.

Entonces pudo ver que el perfil de su rostro era bellissimo, y que su actitud revelaba toda la tristeza, todo el dolor de un alma combatida por los más amargos pesares.

Tenia la cabeza inclinada adelante, y más que criatura humana, parecia una estatua enclavada allí como símbolo del sentimiento.

En medio de su humilde postura, su talle aparecia tan esbelto como gentil y airoso, y no obstante su actitud austera y grave, resaltaba, digámoslo así, por encima de su manto el destello de una peregrina hermosura.

Esto es verosímil.

¡Cuántas veces por un talle atrevido, por una cabeza arrogante juzgamos de una mujer hasta el extremo de que sin ver su rostro exclamamos «¡debe ser hermosa!»

Esto nos ha sucedido á todos, y sucedió tambien entonces al rey Ordoño.

Sus miradas cada vez más escrutadoras y ardientes, solo eran para la dama; y tanto esta logró absorber su atencion, que de allí á poco, olvidado del objeto que al templo le llevara; borrado de su mente el nombre de D. Vela; la guerra con el infiel; los trastornos de su reino mismo y todo cuanto podia ocupar más altamente su atencion, solo quedaba un pensamiento, una idea, un objeto: saber quién era la tapada.

Mil veces hubiera revelado al conde Sabiniano el instantáneo sentir que le atormentaba; con la mayor efusion de su alma, hubiera depositado en un pecho amigo el secreto de aquel poderoso fluido, de aquella desconocida fuerza magnética que enlazaba los latidos de su corazon á los de aquella mujer; pero los reyes pueden confesarlo todo menos lo que constituye una debilidad, y lo era entonces el olvidar por una especie de sombra que se aparecia como llovida del cielo, los negocios de estado, los asuntos de más transcendencia para el reino.

El rey, pues, guardó un prudente silencio.

El conde de nada se apercibió.

Cerca de ambos hablaban dos caballeros, y su conversacion vino á colmar la curiosidad del monarca.

—¿La conoceis?—dijo uno de ellos.

—Creo que sí,—contestó el interrogado.

—Perspicaz sois por mi vida; pues por mi parte, os juro que ni aun á mi madre encontraria á través de esta oscuridad y de ese manto.

—Comprendo la verdad de lo que decís; pero la aureola que rodea á esa tapada es tal, tan grande la fuerza de sus dolores, que trasmitien-

dose á los que su historia conocen, la hacen adivinar no obstante su cautela.

—Pero... ¿quién es esa desconocida?

—Un alma creada para sentir.

—Os aseguro que no entiendo una palabra.

—Ni hay para qué.

—¿Es vieja?

—Contará treinta años.

—¿Sola?

—Su familia... no existe; toda pereció durante el reinado de Ramiro I.

—Asuntos de política...

—Sabeis que los reyes son por lo comun ingratos.

—Conspiraron tal vez...

—Sí; conspiraron para sostener la honra de sus soberanos. Desde Alfonso el VI hasta Ordoño I, los objetos más queridos de esa dama evitaron que corrieran muchos arroyos de sangre, haciendo temblar con sus aceros los poderosos califatos de Córdoba y Granada.

—¡Diablo!... ¿sabeis que lo que me decís es muy grave?

—Y sin embargo, hay mucho más de lo que os he contado. ¡Ah, los reyes!...

En aquel momento la ceremonia terminaba.

Cada cual de los asistentes dejó su respectivo lugar, encaminándose á la puerta principal de la iglesia, por la cual á puro empujón y trabajosamente podían salir.

Absorto D. Ordoño con las palabras que antes escuchara y con la atracción fatal que la tapada sobre él ejercía, tan solo tenía ojos para mirarla, é imaginación para dar mil vueltas á aquellos conceptos enigmáticos.

La nave se iba desocupando, y él seguía quieto, inmóvil, cruzados los brazos é inclinada la cabeza, sin apartarse un punto de aquella mujer, imán por entonces de su pensamiento.

Ansiaba por instantes verla levantarse y admirar la belleza que presentaba.

Temblaba al menor de sus movimientos, como si de ella dependiera su vida ó su fortuna, y entre este anhelo y el temor de verla desaparecer acaso para siempre, sufría D. Ordoño en una hora, por un objeto desconocido, sin nombre para él ni forma, los dolores más amargos y las impresiones más violentas.

En su insegura idea repasaba desordenadamente la influencia y el poder que la desconocida ejerció sobre su alma, con las frases vertidas por aquellos dos hombres; frases que levantaban una tradicion entera á través de los pasados tiempos y de sus ya muertos antecesores.

Porque para él era ya indudable que aquellos embozados se referian á la enlutada señora, convenciéndose cada vez más de que á ella le unian lazos de gratitud, de simpatía y de justicia.

Mientras esto pasaba por el rey, los dos caballeros que su atencion llamaron habian desaparecido.

La gente se apiñaba al lado del monarca y de su acompañante, pugnando por salir todos á la vez y en embrion.

Por fin llególe su turno á la dama, que se levantó tambien.

Al volverse, por la posicion que ocupaba, encontróse cara á cara con el rey.

Quedósele mirando un breve rato, pasado el cual avanzó mezclada entre el gentío.

El rey no pestañeaba.

Ella seguia mirándole de hito en hito.

Ya á su lado, y con voz clara y penetrante, que resbalaba desde el oido al corazon con inexplicable y magnética armonía,—Señor,—dijo; —que el cielo os ilumine.

Y pasó como una vision fantástica por ante los ojos del asombrado monarca, perdiéndose entre los demás fieles, que en sus frecuentes oscilaciones la envolvieron y ocultaron en su torbellino.

Cuando se apercibió D. Ordoño, ya era tarde.

Ansioso se lanzó á la calle; pero las sombras de la noche le impidieron encontrar lo que buscaba.

Tanta fué su inquietud, tal su desasosiego, que el conde Sabiniano se atrevió á preguntarle el motivo de su aparente pesadumbre.

Rehusó D. Ordoño una explicacion que descubriese su debilidad, y se limitó á ordenar á su acompañante el inmediato regreso al alcázar real.

Así lo hicieron, encontrándose á poco D. Ordoño solo con sus pensamientos, que se convertian insensiblemente en planes y proyectos irrealizables.

Y esto se comprende.

Todos en nuestra vida hemos conocido esos giros repentinos del espíritu; esas sensaciones vivas y del momento; esas simpatías profundas que en una hora truecan la expresion más leve, la mirada más ligera, la

sonrisa más indiferente, en una pasión volcánica y gigante, en un sentimiento desenfrenado, en un sueño febril que hiera con la velocidad del rayo, y arrastra y domina cual el torrente más impetuoso.

D. Ordoño era presa de uno de esos accesos en que, dominando el alma á la materia, el deseo á la inteligencia, se eleva y remonta como el águila en el espacio, olvidándose de su pasado, de su presente y de su porvenir.

Tal vez aquella noche, la más á propósito para pensar en los asuntos de su gobierno, en la paz de sus pueblos, en la tranquilidad de sus súbditos, estaba llamada á ser, por las circunstancias que en ella mediaron, el regulador que habia de marcar las huellas de su futuro destino.

Cual el piloto que en un día de borrasca deshecha ve perdida su nave en medio del proceloso mar, combatida por las ondas que cual montañas de granito se deshacen en sus costados, y azorado y lleno de invencible pavor abandona el timon, recoge las velas, cruza los brazos y se deja arrastrar por su fatalidad misma, así D. Ordoño, en sus revueltos pensamientos, en sus inconexas ideas, en sus mil deseos, por otros tantos inconvenientes combatidos, batallaba consigo mismo febril la mente y rendido el espíritu.

Tal era su situación cuando dos golpes dados en una puerta secreta de la cámara le hicieron levantar la cabeza.

—¿Quién va?—preguntó disgustado al ver que le interrumpian en sus meditaciones.

—Soy yo, señor,—contestó una voz un tanto desabrida y breve, apareciendo á continuación la figura de un hombre.

Al verle el rey, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

Por sus ojos cruzó un relámpago con una expresión viva, pero de imposible interpretación.

Su frente pareció despejarse, borrándose de ella instantáneamente la densa nube que parecía oscurecerla.

Una sonrisa dilató sus labios; pudiera decirse que aquel personaje era para el rey un recurso con que hasta entonces no habia contado.

El recién venido hizo ante el monarca una ligera reverencia, á la cual aquel contestó con un —¡Gracias á Dios!— que tanto explicaba la impaciencia por verle, cuanto su reconocimiento al cielo por hacerle concebir por medio de aquel hombre una idea que hasta aquel momento no se le habia ocurrido.

—Él guarde al rey,—replicó tomándolo por lo primero el conde don Vela, que no era otro el que acababa de entrar.

—Bien necesito de su ayuda,—prosiguió D. Ordoño haciendo un mohin, y queriendo mostrarse disgustado á los ojos del conde.

—Bien necesito de su ayuda,—prosiguió,—cuando los que se llaman mis más leales vasallos me abandonan.

—Ved que os equivocais, señor, si aludís á mi humilde persona.

—En verdad que sin pensarlo habeis dado en la frase, pues á juzgar por vuestro aire contrito, cualquiera pensaria que los moros han puesto cerco á Oviedo, ó destruido mis mejores capitales.

—De buen humor estais, señor;—contestó D. Vela sin saber qué pensar y alarmado por la intencion que suponía en las palabras del rey.

—Pues os engañais; y aun cuando así fuese, vuestra respuesta seria dicho, y nada más.

—Si por tal lo teneis, sírvame de disculpa el aseguraros sinceramente que no es una evasiva.

—Para el rey no las hay,—dijo D. Ordoño frunciendo el entrecejo;—luego añadió con más templanza:—mucho menos las habrá para el amigo.—Y todas estas palabras las pronunciaba tan calculadamente, que hacia perder al conde la paciencia.

—Perdonad,—murmuró hiriendo el suelo con la contera de su espada;—adivinar debí en vuestro semblante el enojo que os domina.

Estaba conseguido el objeto.

D. Ordoño derrotaba á su favorito.

Bien pronto vendrian las condiciones para reanudar la paz por un instante interrumpida.

—Sí, hoy estoy fatal; lo confieso.

—¿Y podré preguntaros la razon?

—Son mis presentimientos los que así me tienen; acechado por el califa de Córdoba, cercado por sus huestes mi ejército, imagino por do quier derrotas y desastres que solo con pensarlos me horrorizan.

Este nuevo golpe hirió en el corazon al favorito.

Ya imaginó que el estado del país no era un secreto para su soberano.

No obstante, intentó replicar.

—No encuentro,—dijo,—razon para que así os apureis; no os es desconocido el estado de vuestros pueblos.

—Lo sé conde; y sin embargo de vuestros proyectos y de cuánto me decís cada dia...

—Desconfiais.

—Sí; ¿á qué negarlo? Desconfío, y mi temor me hace presentirlo todo; todo... hasta mi misma tranquilidad en la córte.

—¡Soñais, señor!—exclamó D. Vela, convencido ya de que el rey ignoraba cuanto él había querido hacerle ignorar.—Soñais, porque ni en la guerra tendreis desastres sensibles que llorar, ni en Oviedo conspiraciones que temer; mis espías por sí solos bastarian á hacer fracasar cualquier intento.

—¡Oh!... Dios os escuche; pero los descontentos inventan de mil maneras la de ocultar sus maquinaciones, y acaso hoy, cuando menos lo pensemos...

—Pues dígoos, señor, que os engañais; que estais en un error; jamás estuvo la ciudad más tranquila, ni más satisfechos sus habitantes de su monarca, terror y espanto de las huestes agarenas.

—De manera, conde, que me respondereis vos de Oviedo...

—Con mi vida, señor.

—Es decir,—preguntó con notable candidez D. Ordoño,—que nada pasa aquí bueno ó malo, sin que al punto lo sepais.

—Es muy cierto.

—Y si hubiera por desgracia conspiradores, vos los descubririais; sabriais sus nombres...

—Todo, señor, y mucho más si era preciso.

—¡Oh!... me haceis ver las cosas de una manera...

—Como son en realidad.

—Si os equivocárais...

—Yo os juro que no.

—Me tranquilizais; mil veces me repetís lo mismo, y en esos momentos creo hasta que respiro con más fuerza, con más libertad. Pero hoy... hoy tengo un capricho, conde; os reireis, lo sé; ¡pero qué remedio! ¡Es tan pesada una corona! ¡Tan desconfiado un rey!...

—Decid, señor; ¿qué no haré yo por serviros?

—Pues bien; yo necesito convencerme de lo que tanto me asegurais; lo necesito y lo quiero; os exijo una prueba evidente, palpable, que me demuestre nuestro poder; el vuestro, mejor dicho.

El favorito guardó silencio, queriendo penetrar el pensamiento del rey.

Este se preparó á desorientar más y más á D. Vela.

Uno y otro se conocian lo bastante para sostener su juego sin descubrir el del contrario.

—No encuentro—dijo al fin el privado,—el medio de que he de valerme para convenceros.....

—Esa es cuenta vuestra,—respondió el rey aparentando la más completa impasibilidad.

—¿Quereis...—volvió á preguntar,—que os dé cuenta mañana de todos vuestros actos, palabras y ocupaciones de este día?

—Eso es muy fácil, conde; yo soy harto visible, y harto conocidas y públicas mis costumbres; si yo como vos me lanzase á aventuras é intrigas de otro género... ¡Oh!... entonces seria otra cosa.

—Teneis de mí una idea equivocada, señor.

—Bien sabeis que no es así; yo tengo tambien mis espías, y sé... por ejemplo, que sois un galanteador terrible.

—¡Señor!... ¡por piedad!

—Nada, no la hay en esto, buen conde; las damas os temen tanto como los infieles.

—¿Quereis que volvamos á la cuestion?

—Pienso que no habeis de conseguir lo que deseo.

—Crecerá la dificultad, en proporcion de lo descontento que os mostrareis á los medios que yo elija.

—Es que necesito de una cosa difícil, casi imposible.

—Indicad vos mismo el medio.

—Seria daros hecho la mitad del trabajo que os impongo.

—Para eso vuestra prevision supera en mucho á la mia.

—Acepto por esta vez la lisonja, pues no porque os indique el medio ha de ser menos costoso.

Y el rey parecia reflexionar.

—¡Ah!... sí,—dijo por fin,—recuerdo en este instante un ligero incidente que por sus circunstancias puede servir á mi intento.

—Decid, señor.

—Ya sabeis lo suntuosos y concurridos que fueron los últimos festejos celebrados por el triunfo de nuestras armas.

—Lo tengo presente.

—Pues bien; cuando regresábamos encontré á mi paso una dama cubierta con negro manto, que dijo á otra que la acompañaba ciertas palabras que llegaron á mis oidos.

—¿Recordais cuáles fueron?

Despues de meditar un momento el rey, dijo:

—Sí, no me cabe duda; aquellas palabras fueron: «Ilumine Dios al rey, como hasta aquí.»

—¿Y qué deseais saber?

—Desear... nada. Pero por via de curiosidad, y puesto que aquellas expresiones parece que revelan afecto á mi persona, quedaré satisfecho si me demostrais claramente quién fué la dama que así habló.

—Difícil empresa es á la verdad, con tal concurrencia y datos tan escasos.

—Pues ved cómo lo arreglais.

—Os aseguro que no lo sé en este instante; pero...

—¿Qué?

—Confío en que no es tan imposible como os lo imaginais.

—Vuestro crédito para conmigo sería completo.

—Dadme tiempo para hacer mis investigaciones.

—Indeterminado.

—Gracias por la fineza, señor; pero descansad, que no será mucho el que necesite.

—Confiado sois.

—Soy celoso servidor de mi rey.

—Pues dad desde luego principio á vuestros trabajos.

—Permitid para ello que me retire.

—Podeis hacerlo, conde.

—El cielo os guarde, señor.

Y el conde salió, aunque á decir verdad, sin llevarlas todas consigo.

CAPÍTULO V.

Revelaciones.

El caballero á quien la hermosa doña Luz llamara há poco D. Sancho, conversaba amistosamente con la misma dama que lo recibió á su regreso de casa de D. Vela.

—¡Oh!—le decia,—es necesario, señora, que desistais de vuestro proyecto; justo es que yo exponga mi vida; pero vos no debeis comprometeros jamás.

—¡Qué estás diciendo!—repuso la dama con aire altivo y ademan severo.—¿No es una misma nuestra causa, uno nuestro proyecto? Pues si es así, yo debo compartir con mis amigos los peligros de esta lucha tenaz, y la gloria que resultar pueda; yo sé tambien fingir; ¡ay! ¡He aprendido tanto en doce años de martirio!

—¡Torpe de mí!—exclamó de pronto el caballero como guiando su imaginacion á una cosa distinta de la que trataban.—¡Torpe mil veces! Mis recursos todos me han faltado; mis cálculos salieron fallidos; mis combinaciones fracasaron una en pos de otra; ¡yo solo tengo la culpa de que á estas horas no esté en libertad!...

—Calla; no prosigas, pues nadie como tú puede agradecer más á su fortuna; si el éxito no ha coronado tu deseo, no habrá sido por falta de sacrificios. ¡Oh!... no, no; todo lo has hecho; pobre, proscrito, perseguido, has luchado con ventaja; has levantado un ejército; has entrado en Oviedo; has hecho, en fin, lo que podia esperarse de tu valor y de tu audacia; pero... ¡qué quieres! Dios tendrá determinado

probar nuestras fuerzas, ó acaso en la falta absoluta de los indicios que buscamos consistirá...

—¡Ah!... ¡Cesad, por Dios! No acabeis, porque todo lo adivino, y os juro que si tal fuera, nada bastaría á satisfacer mi venganza. Pero no; todos cual nosotros creen que Bernardo del Carpio ha muerto; todos abrigan la firme creencia de que su suerte es la misma que cupo á su padre el valiente conde de Saldaña. Un encierro es el que guarda al infante; creedlo, señora.

—¡Pero doce años! ¡Doce años para descubrirle... y nada, ni el más pequeño rastro, ni la más leve huella!

—Un poco de paciencia aún; verdad es que han pasado los dias sin tener ni la más remota esperanza; pero hoy... hoy estamos cual nunca, y os lo diré al fin; confío.

—El cielo te escuche. Por mi parte, tambien trabajaré...

—¿Pero qué pensais hacer?

—No lo sé; tengo aquí un proyecto...

—Que no llevareis á cabo, porque, creedme, puede comprometeros.

—Pues no hay remedio; tengo que ponerlo en ejecucion.

—Al menos, comunicádmelo.

—Imposible por hoy; pero lo sabrás bien pronto.

—Haced vuestra voluntad, señora; pero tened presente que el colmo de mi desgracia sería...

—Descuida, Daniel.

—Ahora, si me lo permitis...

—Puedes dar principio á tus nocturnas intrigas; pero ten mucho cuidado...

—Sabeis que no me falta travesura.

Y el caballero á quien doña Luz dió el nombre de D. Sancho, y á quien la otra dama daba el de Daniel, salió de la estancia encaminándose á la calle.

Mientras esto pasaba, el buen conde D. Vela inventaba cien cosas distintas que demostraran al rey su actividad y deseo.

Una sombra rápida cruzó por su mente en uno de aquellos momentos en que intentó descubrir el oculto fin del soberano.

¿Amaría tal vez á la tapada?

¡Oh!.. no;—esto era imposible; conocia sobradamente á D. Ordoño para no comprender en su mirada, en su voz, una pasion mal encubierta.

¿Pero dónde habia visto á aquella mujer? ¿Qué habia ocurrido entre el rey y ella?

Porque era cosa segura que tal curiosidad contaba algun origen, y este origen lo ignoraba él.

D. Ordoño no salia jamás sin que el privado ó alguno de los suyos le acompañara, y todos, todos desconocian la aventura, porque de lo contrario, él la hubiera sabido sin tardanza. Aquí se perdía el conde en mil conjeturas á cual más desacertada.

Pero era lo cierto que se encontraba en un sério compromiso.

Por lo que ser pudiera, le interesaba altamente descubrir las huellas de la desconocida. ¿Y cómo? ¿De qué manera? Era imposible de todo punto, careciendo como carecia de antecedentes.

Y sin embargo, era preciso, forzoso satisfacer al rey.

Tal lucha sostenia el favorito, cuando Beltran, su secretario privado, un antiguo servidor que guardaba en su pecho los recuerdos de muchas intrigas y las historias de muchos crímenes, entró en su cuarto.

—Señor,—dijo;—Nuño desea hablaros.

—¿Qué busca á tales horas? Preguntó contrariado visiblemente el conde.

—Desea, á lo que parece, daros nuevas de la mayor importancia.

—Que pase al punto.

Nuño entró.

—¿Qué me quieres?—tornó á preguntar D. Vela.

—Señor, ya sabeis que por vuestra orden he hecho mi servicio en el postigo del alcázar.

—¿Y bien?

—Allí he pasado muchas horas sin que ocurra accidente que de contar sea.

—Pardiez que eso ya lo sabia.

—Pero creo que no sabeis lo restante.

—Acaba.

—Pasó el dia como ya os he dicho, y cerró la noche.

—Por Cristo que se apura mi paciencia.

—Concluyo. Con sus primeras sombras, salieron de palacio dos personas embozadas cuidadosamente en sus mantos.

—¿Quienes eran?

—El primero era el conde Sabiniano.

—¡Él!

—Sí, señor.

—¿Y dices que salia...?

—Por el postigo.

—¡Ira de Dios! ¡y nada se me ha dicho! ¿Y el otro? ¿Quién era?...

—El otro... el otro era... el rey.

—¡Nuño! tú te engañas.

—Os digo que los he visto; que los he oído; que los seguí, y...

—¡Acaba, acaba!

—Y que los dejé en el alcázar de regreso ya...

—¿De dónde?

—De la iglesia de Santa María.

Cual derretido plomo pesaron aquellas palabras en el corazón de D. Vela.

Todo lo sabía el rey.

Sabía que sus triunfos eran mentira; que derrotaba el infiel á sus soldados; que era fatal el estado de sus asuntos; y él... él, por lo tanto, estaba perdido; perdido en el ánimo del monarca.

D. Vela se confesó ya vencido; de todo se olvidó para pensar solo en su vacilante poder.

Fué aquel un momento de terrible ansiedad.

De pronto una idea luminosa cruzó por su abrasada mente.

—¿Estuviste muy cerca del rey?—interrogó de nuevo al hombre que le llevara la noticia fatal.

—Á su lado,—contestó aquel.

—¿Y no observaste...?

—Mucho.

—Cuenta, Nuño; tu fortuna se vá á medir por tus palabras. ¿Dónde se colocó D. Ordoño?

—En la nave de la derecha, en el último pilar.

—Y dime; allí...

—Había una tapada.

—¡Oh!...—exclamó sin poderse contener D. Vela.—¡Una tapada!

—En la cual se fijó á muy poco, para no volver á separar de ella los ojos.

—¿Y esa tapada...?

—Ignoro quién es; seguí al rey, pues tal era mi obligación.

—¿Y dices...?

—Que durante la ceremonia, tan solo en ella estuvo atento.

—¿Y despues?

—Despues, cuando todo terminó, la dama pasó al lado suyo, diciéndole estas misteriosas palabras: «Señor, el cielo os ilumine.»

—¿Y él?

—Nada contestó. Quedóse mirando á la dama, con una expresion, con un semblante, que yo no os podré explicar.

—¿La siguió?

—No; se quedó en la iglesia.

—¿Y conocerias tú á la dama si otra vez la encontrases?

—Tan bien como á vos, señor.

—Pues escucha, Nuño. Mañana á la misma hora, vas á situarte en la iglesia; ella asistirá, es lo probable; en tal caso, la sigues y averiguas su morada, su nombre, cuanto puedas en fin, ayudado de tu astucia sin igual; impórtame esto tanto, que de ello pende la seguridad mia, y tu fortuna.

—Haré lo que decis.

—No necesito encargarte el sigilo.

—Sabeis que soy mudo.

—En el momento me participarás...

—Cuanto ocurra.

—Si está el rey...

—¿Qué debo hacer?

—Dejarle, y ocuparte tan solo de la dama.

—Cual lo decis lo haré.

—Puedes retirarte, y te repito que haces tu suerte si cual deseo me sirves.

—Diez años há que me conoceis...

—Y estoy de tí satisfecho. ¡Ah!... se me olvidaba; ¿no recuerdas algunos pormenores de esa mujer?

—Pocos, señor; solo me fijé en su aventajada estatura, en su andar pausado, aunque gentil, y en lo erguido de su cabeza; por lo demás, su rostro estaba cuidadosamente cubierto, y...

—Basta.

El hombre salió.

Quedó solo D. Vela, y otra vez se entregó á sus penosos cálculos. Estos, sin embargo, habian cambiado de rumbo.

—Si el rey, —se decia, —sabe el verdadero estado de las cosas, y con tal destreza lo oculta, claro es que me necesita para una cosa de marcado interés.

Si persuadido esta vez de que le engaño me trata como amigo, y no me roba su confianza, es que quiere algo de mí, y este algo justamente es el que yo debo averiguar.

Una sonrisa vagó al decir esto por sus labios.

¿Habria encontrado lo que tan afanoso buscaba?

Esto no lo sabemos. Pero sí que acto continuo, y siempre saboreando su sonrisa, se dirigió sin demora á la cámara real.

Á la altura en que ya estaban las cosas, conveniale decidir las cuestiones pronto y bien; para ello contaba con dos terribles armas: su astucia, y el poder, la influencia, la fascinacion que sabia ejercer sobre D. Ordoño.

De vuelta en el alcázar, no dejó de extrañar al soberano su pronta reaparicion.

—¿Qué os trae de nuevo, conde?—le preguntó.

—Voy á deciroslo, señor;—repuso D. Vela con decidido ademan.—Há poco me hablásteis de una especie de aventura, si bien ocultándome detalles, y oscureciéndome los hechos.

El rey se sonrió; imaginaba haber puesto al favorito en un aprieto horrible, del cual no podria salir; su triunfo sobre aquel hombre le alegraba.

—Con razon os sonreis, señor; adivino por qué, y no quiero negaros que solo con las noticias que me dísteis, es imposible resolver el problema.

—¿Y vuestros espías?

—Señor... mis espías, no encuentran una sombra.

—¿Y vuestro ingenio?

—Puede alcanzar á lo natural, y no á lo sobrehumano.

—Segun eso...

—Encuentro que lo que pedís tiene inmensas dificultades.

—Pero no lo juzgais imposible.

—Las cosas imposibles son contadas; sin embargo, esta es de las más oscuras, y por lo tanto de las más complicadas.

—Pues os advierto que de ello pende vuestro crédito para conmigo.

—¡Señor!...

—Y acaso mi cariño tambien.

—¡Oh!...

—Y vuestra privanza.

—Pero eso es terrible.

—¿No sabeis lo que pasa en mis reinos?

—Sí, señor.

—¿No descubririais á un conspirador?

—Creo que sí.

—Pues esa mujer conspira; descubridla.

—Casi teneis razon.

—¿Cómo es eso?

—¡Oh!... Que si es lo que me figuro, debe en efecto conspirar.

—Conde, no os comprendo.

—Ya me comprendereis, señor; pero permitidme que os haga una pregunta, y contestadme, os lo ruego, con la franqueza conque siempre lo haceis.

—Decid pues.

—¿Es mucho vuestro interés por descubrir á esa dama?

—No imagino por qué quereis saberlo.

—Sí ó no, señor, porque de lo contrario, nada podré probaros.

—Y en mi respuesta...

—Está la clave misteriosa que yo busco.

—No alcanzo...

—Es natural; pero decidme, ¿os interesa ó no?

—Pues bien, sí; deseo saber quién es esa mujer.

—¿Há mucho que la visteis?

—¡Conde!...

—Os empeñais en no contestarme, cuando tal vez estoy ya enterado de lo que necesito.

—¿De todo, conde?

—Creo que sí, y aun me atrevo á aseguraros que muy en breve os diré quién es.

—Y ahora...

—Ahora me es imposible; porque si bien recelo, no estoy seguro de...—Y dando un giro repentino á sus ideas,—¿decis, volvió á interrogar, que esa dama es de elevada estatura, de gentil continente y porte altivo?

—¿Quién ha dicho eso?—exclamó el rey dando un salto y mirando á D. Vela como aquel que no acierta á darse cuenta de lo mismo que oye.

—Creí que lo decíais vos.

—Os habeis engañado.

—Pues lo siento, porque á ser así, estábamos ya en el hilo del asunto.

—¿De veras?

—Como lo ois; siendo cierto, solo una mujer, una sola podia...

—¡Ah!... decid, decid.

—¿Para qué, si no es la misma á que yo me refiero?

—¿Pero á cuál os referis, conde?

—¿Quereis á toda costa saberlo?

—Soy curioso, y podeis imaginaros...

—Es que vais á sentir lo que yo os diga.

—No le hace; quiero saberlo.

—Es una cosa que os ha de disgustar.

—Os la dispenso.

—Pues bien, señor; la dama á que yo aludo, es una infeliz monomaniaca, que pretende haberos hechizado en un momento.

—¿Qué estais diciendo?

—La verdad; se empeña en que os ha visto, y en que la lumbre de sus ojos os tiene fascinado.

—¿Pero dónde, cuándo, cómo?

—Jamás, señor; ya os dije que era uno de los delirios que asaltan su mente.

—¡Es extraño!—Y en los labios del rey se dibujaba una sonrisa nerviosa, que era para el conde la historia completa de la realidad que ansioso anhelaba.

—¿Y qué más?—Añadió luego, queriendo leer hasta en lo más profundo de aquel alma.

—Solo lo que os he dicho, señor.

—¿Pero dónde pretende haberme visto?

—En la iglesia de Santa María.

—¿Cuándo?

—Ayer.

D. Ordoño quedó mudo, extático de admiracion y asombro, ante aquel hombre que todo lo sabia, hasta sus más recónditos pensamientos; en aquel instante de solemne sorpresa no trató de disimular; presentóse tal cual era; admirado, absorto, pero muy presto trató de reponerse, y aun cuando estaba muy seguro de que el privado sabia su secreto, quiso, como él, tomarlo á juego.

—¡Bah! dijo. Y esa mujer...

—Cree ser dueña del amor del rey.

—¿Sabeis lo que decis?

—Ella es la loca, señor, ella sola lo dice.

—¿Sabeis que tambien esa mujer excita mi curiosidad?

—Sois muy impresionable, señor.

—En mí es antiguo ese mal.

Con un significativo movimiento de cabeza afirmó el conde el aserto del monarca; despues, queriendo acariciar la pasion que creia vislumbrar y que con efecto germinaba en el pecho del rey, exclamó con el

tono más indiferente que encontrar pudo en su incomparable é insolente falsía:

—Puesto que sopla el viento por ambos lados, tambien podemos si gustais conocer á la segunda dama.

—¡Ah!... ¿Creeis eso, conde?

—¿Por qué no? ¡Cosa más sencilla!...

—Vaya si lo es; nada pierdo en satisfacer tan pueril capricho; luego, si he deciros la verdad, me canso, me fastidio. Encargado vos de los negocios de estado que á vuestro saber y lealtad confio, el tiempo me sobra, y necesito como comprendereis ocuparme de algo.

—Y nada más justo, señor; nada más justo, siempre que vuestros pasatiempos sean tan inocentes como lo que acabais de proponerme.

—¿Verdad que sí, conde?

—Tal cual lo siento os lo digo.

—En ese caso estamos conformes; vos, D. Vela, os ocupareis de los negocios de estos reinos, que con tanto acierto dirigis; yo...

—De conocer á las misteriosas y recatadas damas, que se ocupan de vos con tanto empeño.

—Pues quedamos conformes.

—Ahora bien, señor; ¿quereis que tratemos un breve instante de nuestra complicada política?

—No, conde no. Al confiarla á vuestra discrecion, lo hago por entero.

—Es que un asunto grave me preocupa, y no puedo resolverlo por mi solo.

—Pues bien, yo os autorizo, sea lo que quiera.

—Necesito más.

—¿Más que mi autorizacion?

—Me es indispensable una órden que vos habeis de firmar.

—Y esa órden...

—Sabeis que nunca faltan descontentos.

—¡Y bien!

—Que las medidas de prevision son precisas...

—Pero acabad; esa órden...

—Ha de ser una sencilla órden de arresto.

—Gracias á Dios que os explicais; sabeis que esto me es siempre sensible; pero si conviene á la tranquilidad de mi reino...

—No lo podeis dudar.

—Hé aqui lo que deseais.

Y esto diciendo alargaba un pergamino á D. Vela, en el cual solo faltaba un nombre: el del delincuente.

—Previsor sois,—dijo el favorito tomándolo de sus manos.

—Tan frecuentemente me haceis semejantes peticiones, que me es forzoso tener siempre extendidos esta clase de documentos.

—Yo os doy las gracias por tanta bondad; pero el tiempo vuela, y es necesario no perderle.

—Sí, decis bien: seguid la pista á los conspiradores, y no os descuidéis en darme parte de aquello que se descubra.

Una sonrisa cambiaron el rey y el favorito.

El primero quedó más tranquilo de lo que poco antes lo estaba.

El segundo dió ensanche á su corazon, convencido de que volvía á reinar en el ánimo de D. Ordoño.

De allí á poco el conde Sabiniano era la víctima de la reconciliacion de los dos personajes.

El hueco que faltaba en la órden se llenó con su nombre, yendo á expiar su buen deseo hácia el soberano, en una de las prisiones subterráneas del alcázar.

CAPÍTULO VI.

La cita.

Mientras el rey y su favorito arreglaban de la manera que acabamos de ver, el uno la satisfaccion de su deseo y el otro el afianzamiento momentáneo de su privanza, tenia lugar un curioso relato entre nuestros dos misteriosos personajes de la calle de la Judería.

—¿Estais segura—preguntaba el caballero—de que era el rey el que visteis?

—Como lo estoy de que produjeron mis palabras el efecto que yo deseaba.

—Es decir, que estais resuelta á llevar adelante vuestro plan.

—Sí, decidida. Sabes cuán firmes son mis propósitos.

—Pero debeis comprender que nos exponemos; si por acaso os espian...

—Procuraremos desorientarlos. Me alienta el santo fin que me propongo; cuento en mi ayuda con la justicia de Dios.

—Sabeis tambien que mi vida es vuestra, señora.

—Escúchame, —prosiguió la dama, dejando entrever en su rostro una leve sombra de esperanza.—Acaso la impresion que ayer intenté llevar al ánimo del rey, sea por desgracia pasajera. Tambien acaso puede ofrecernos resultados ventajosos. Por lo tanto, lo que conviene en primer lugar, es saber lo cierto en este punto. Para conseguirlo, iremos por espacio de algunos dias á Santa Maria, toda vez que allí me ha visto D. Ordoño, y es lo probable, si fijó su atencion, que allí de nuevo le encontremos.

—Y bien...

—Si esto sucede, la fortuna se encargará de hacer lo demás.

Y diciendo esto, la dama se cubrió con su manto, haciendo que el caballero la siguiera á cierta distancia. La noche principiaba á cerrar, y ambos se dirigieron al templo. Ya dentro de él, y á pocos pasos, la dama distinguió la figura de un hombre. Era D. Ordoño. Este, por su parte, se fijó en ella desde el momento mismo en que entró.

Siguió la desconocida su pausada marcha y se postró de hinojos ante la imagen de la Virgen que se destacaba sobre el tabernáculo.

D. Ordoño devoraba, y séanos permitida la frase, los movimientos de aquella.

Momentos despues se deslizó una sombra con aire precavido por el opuesto lado al en que se encontraba el rey.

Su presencia disgustó al monarca, tanto más, cuanto que á través de los ténues resplandores que despedían las lámparas creyó adivinar una ligera y breve mirada de inteligencia en los que eran objeto de su observacion.

—¿Quién es ese hombre,—se decia,—que excita mi saña solo con su presencia en este sitio?

¿Es casual su venida?

¿Por ventura la mirada que he creído sorprender es de inteligencia, ó ha sido solo hija del acaso?

Es lo cierto que me martiriza ese hombre, y por primera vez en mi vida creo que tengo celos.

¡Celos, Dios mio! ¿Y de quién?

¡Por Cristo que estoy representando un bello papel!

¡Yo, D. Ordoño, cuya voluntad es omnímoda y cuya ley acatan centenares de pueblos, tendré por rival en la presente ocasion tal vez al más humilde de mis vasallos!

¡Triste cosa es ostentar en las sienes una corona real!

Lo que es dado al último de los hombres no es lícito ni permitido al rey, si ha de guardar el brillo de su diadema.

¡Y sin embargo, todos envidian mi poder y mi grandeza!

¡Qué poco conocen las amarguras que rodean al trono!

Debo y quiero salir del violento estado en que me encuentro; prolongar esta situacion es un martirio, y no me encuentro con fuerzas para resistirlo.

Así decia D. Ordoño dejando correr su fantasía por un mundo de conjeturas. Sus ojos vagaban y volvian de la tapada al que supuso que podría ser su rival, y de este á aquella.

Ya la noche habia cerrado por completo, cuando la dama se dispuso á salir de la iglesia.

El que la escoltaba y á quien el lector habrá reconocido en el tercer personaje que ocupaba el templo, se detuvo de intento para acechar al rey.

Vióle seguir presuroso á la tapada, y continuó él sus huellas á lo largo de la nave, esmerándose cuanto pudo en ocultarse á sus miradas.

Su evolucion, la escasa luz de aquellos sitios y la preocupacion de D. Ordoño le permitieron conseguir su objeto, pues este solo pensó en su desconocida, á quien habia resuelto hablar á toda costa.

Y así lo hizo.

Apenas puso aquella el pié en el pórtico, el rey se aproximó.

—Ah!—exclamó la dama al ver delante de sí un hombre; luego como reconociéndole, bajó los ojos, diciendo con acento entrecortado —Dios os guarde, señor,—é intentando continuar su camino.

—Deteneos, señora; deteneos, y no queráis aumentar una pena más á las que sobre mí pesan.

—Creo que os habeis equivocado, señor; no soy yo la que buscáis.

—¡Que no sois vos! Cuando vuestras palabras no me lo dijeran, me lo explicaria ese incomprensible misterio que os rodea; esa secreta atmósfera que en torno de vos se levanta, y que daria la mitad de mi corona por respirar.

—Y en ese caso, ¿en qué os puedo servir?

—En dejarme admiraros un instante; en permitir que escuche vuestra voz; en...

—Eso no es posible.

—¡Que no es posible! ¿Por qué?

—Porque las circunstancias que están enlazadas á mi vida, me prohiben escuchar las galanterías de un hombre, y mucho más si ese hombre...

—Sé lo que vais á decir; sé tambien que teneis que llorar amargos recuerdos que os ha legado el trono que yo ocupé; pero si la justicia de un rey os faltó, otro os la puede conceder y muy cumplida.

—¿Y vos, cómo sabeis?... exclamó sorprendida la dama al escuchar estas últimas palabras.

—Nada os extrañe en el que por vos se interesa cual me intereso yo; la casualidad me ha hecho descubrir parte de ese secreto que tan cuidadosa ocultais.

—Pues si es así, que lo respeteis os suplico, y que me digais el objeto que os habeis propuesto.

—Claramente os lo expliqué ya. Necesito veros, hablaros.

—Os repito que eso no puede ser.

—Es que mi empeño supera á vuestros deseos; sin conoceros os amo; estoy junto á vos, y os seguiré hasta el fin del mundo.

—No imagino que queráis perderme.

—¿Acaso otro hombre...?

—Nada puedo deciros; dispensad mi silencio.

—Pero al menos sedme franca; decidme si algo podré esperar; decidme si un afecto que nace de lo más íntimo del alma, si un deseo que no reconoce límites, sabrá captarse vuestra voluntad.

—Tampoco os puedo responder, señor; lo que sí os aseguro es que mi corazón os vive agradecido, y que sois el único cuyo recuerdo no me estremecerá.

—¡Oh! gracias mil; esas palabras me llenan de consuelo; no podeis calcular el bien que acabais de hacerme; pero sed generosa por completo; sabéis lo que es amar; lo que es sentir como un loco; yo siento así, y si alguna consideracion ó lástima os debo, os pido que accedais á lo que antes exigí.

—¿Y mi nombre? ¿Y mi honra?

—Por mí estarán ambas cosas bien guardadas.

—Vos no sois el mundo entero, señor.

—Pero vuestra voluntad será para mí omnímoda, y solo haré lo que vos queráis.

—En grave compromiso me poneis.

—Vos no me robareis esta última ilusion.

—Y bien, señor, ¿me jurais que mis consejos serán seguidos si accedo á que me veais alguna vez?

—Os lo juro.

—En tal caso, escuchadme; vendré aquí todos los dias, á esta misma hora; cuando yo me aleje, no me seguireis; y sobre todo, este secreto...

—Será inviolable; os empeño mi real palabra.

—Siendo así, mañana me vereis; entretanto, señor, que el cielo os guarde.

Y la dama se alejó del pórtico, dejando al rey henchido por entonces de ilusiones y formando mil distintas esperanzas para el siguiente día. Cuando la vió desaparecer, emprendió el camino de su palacio.

Daniel siguió á la dama, reuniéndose á poco con ella.

—¿Conseguisteis vuestro objeto? la preguntó.

—Sí, Daniel, y creo que aún más de lo que me figuraba.

—Dios nos ayude y nos permita salir con bien, señora.

Y continuaron marchando hasta su casa de la Judería.

En la puerta les esperaba un hombre que conoció á Daniel no obstante la oscuridad, y le entregó un pergamino, desapareciendo despues. Subieron la escalera. Apenas el caballero leyó lo contenido en aquel pliego, cuando dijo á la dama con semblante triste:

—Señora, vuestros proyectos deben aplazarse por algunos dias; se me anuncia que debo partir dentro de pocos instantes.

—¡Qué dices! ¿De nuevo vas á dejarme?

—Es indispensable, aunque con harto sentimiento mio.

—¡Ah!... Esos viajes...

—Acaso depende de este el éxito de nuestra empresa.

—Pero á lo menos, explicame su significacion, su objeto.

—Imposible, señora; á su tiempo todo lo sabreis; mas por ahora, debo guardar el más inviolable secreto. Mi ausencia en esta ocasion será corta, y en cambio, nuestra fortuna entera será la compensacion del sentimiento que nos causa.

La conversacion se prolongó aún algun tiempo. Despues la dama dejó solo á Daniel, que en pocos momentos hizo sus preparativos de viaje.

CAPÍTULO VII.

Algunos datos indispensables para esta verídica historia.

Tres horas trascurrieron, y nuestro conocido D. Sancho, ó Daniel como indistintamente se le llamaba, estaba tan impaciente como por lo comun lo está la persona que con ansia espera.

Conviénenos aquí, para desembarazarnos en nuestra historia, aclarar quién era este personaje, de dónde procedía, y lo que intentaba.

En otros tiempos, cuando la fortuna sonreía al hijo del noble conde de Saldaña, á aquel Bernardo del Carpio, tan galan como guerrero, y tan generoso como temido por sus enemigos, tenia este un hombre, mejor dicho, un niño en quien depositaba toda su confianza á la par que todo su cariño.

Con él hizo todas las campañas, y á su lado el mancebo aprendió á sostener con la lanza el trono de sus reyes, á deshacer los escuadrones moros, y á entrar á fuego y sangre en las ciudades y castillos rebeldes.

Pasó el tiempo, y creció su valor.

Vuelto á la corte el del Carpio, lo que lograr no pudieron los campos de batalla y el alfange agareno, logrólo la intriga, la maldad y el engaño.

El conde D. Vela, su enemigo más implacable, hizo rodar la desgracia sobre su cabeza, y aquel guerrero de tan alta valía perdió á un tiempo mismo su honra, su gloria, su libertad.

El rey Ramiro I decretó su prision, siendo desde entonces su destino tan ignorado como fatal.

Nadie pudo descubrir dónde lo ocultaban, resultando de aquí que un año y otro pasados, si alguien al recordarlo le lloraba, todos desistieron de su afán por salvarle de las garras del rey.

Solo un hombre juró no descansar hasta descubrir su prision. Solo un hombre se propuso consagrar su vida al noble empeño de dar la libertad al del Carpio.

Solo un corazon palpitaba ardientemente al recordar su ya pasada historia; al pronunciar su nombre ó al ceñirse su espada, que jamás abandonó, y en la cual creia ver un talisman precioso.

Aquel hombre era Daniel.

Desde que preso su señor se vió solo, abandonado, con cien espías que seguian sus pasos, y con el odio eterno que le profesaban los enemigos de aquel, huyó de Oviedo, dedicándose á aumentar el fuego de la rebelion que en España cundia, á correr de pueblo en pueblo excitando á los malcontentos, y á hacer más daño al trono que juntos le hacian los poderosos califas de Córdoba y Granada. Cuando la fortuna se lo permitia, regresaba á la côrte, con el solo objeto de averiguar el paradero de su señor.

Tal era Daniel, paje favorito de Bernardo del Carpio.

Tal era su propósito, y para conseguirlo no se paraba en peligros, dificultades ni asechanzas.

Sabido esto, volvamos á ocuparnos de su impaciencia en el momento á que nos referimos.

Leia y releia un pergamino, y á cada renglon golpeaba el pavimento con la planta, mirando porfiadamente hácia la puerta.

Por fin esta se abrió.

Daniel se desesperó de nuevo.

Quien entraba era la dama, á la cual daba por único nombre el de señora.

—Ya veis, dijo; aún estoy solo; ¡qué precioso tiempo se pierde!

—¡Oh! por Dios, Daniel; tal vez es ese un aviso del cielo; acaso es una traicion la que te se prepara; siento tu partida, y no quisiera que por esta vez te separaras de mí.

—Tranquilizaos; conozco la letra del que me escribe: mi impaciencia nace de la tardanza del hombre que aquí debe buscarme, y mi disgusto tiene por origen el dejaros privada de mis servicios. Sin embargo, Ortuño es leal, y sus buenos deseos me responden de que estareis segura.

—Aún así, Daniel, deseo con toda mi alma tu regreso.

—Mi ausencia durará pocos días.

—Quiéralo Dios.

—Entretanto, confío en que el rey...

—No descubrirá el misterio que nos rodea.

—Fío en vuestra promesa.

—Y ahora, ¿no me dirás el objeto que te hace salir de Oviedo?

—Perdonadme, señora; un juramento sagrado me impide complaceros; acaso de esta jornada depende la libertad de mi señor.

—El cielo te escuche.

—Doce años de trabajo, por fuerza han de dar un resultado, malo ó bueno.

Aquí llegaban, cuando el rápido galopar de dos corceles y los repetidos golpes que á la puerta sonaron, vinieron á interrumpir su animada plática.

—Ellos son;—dijo Daniel bajando la escalera y dando paso á los que entrar querian.

El primero que lo hizo fué Ortuño.

Este hombre, que contaria como unos cuarenta años de edad, era bastante por sí solo, á juzgar por su desarrollo y robustez, para defender aquella casa de cualquier ataque imprevisto.

Detras de él asomó otro personaje, asaz malcarado y sospechoso, pero al parecer atento, pues á la vista de Daniel se descubrió la cabeza, cuadrándose militarmente y como el que en silencio espera una orden superior.

—¡Ira de Dios! Si cual ahora tardais siempre,—exclamó el caballero dirigiéndose á él con nada templado acento,—lograreis desesperarme.

—Los corceles estaban cansados, señor; hemos corrido veinte leguas en siete horas.

—¿Podemos partir?

—Cuando gustéis.

Y Daniel subió de nuevo, seguido de Ortuño.

Poco despues el primero montaba á caballo saliendo á buen paso por la puerta *Grande* de Oviedo, escoltado por el que, más que escudero, podía tomarse por un salteador de caminos.

Dejémosles que sigan el suyo, y volvamos por un momento á ocuparnos del conde D. Vela.

Aquella misma noche, cuando el rey en alas de su deseo, que ya curiosidad no podia llamarse, volaba á la iglesia de Santa Maria, un hom-

bre oculto en una de las grandes columnas del templo, espiaba hasta sus más pequeños movimientos.

Poco despues, y cuando la dama regresaba habiendo contestado á las finas galanterías que le dirigiera D. Ordoño, el espía, desentendiéndose del segundo, siguió á la primera, no dejándola hasta saber su morada.

Un embozado iba en pos de la gentil señora, volviendo de vez en cuando la cabeza, con el fin, á lo que parece, de cerciorarse de si alguno acechaba sus pasos.

Sabe Dios cuánto trabajo costó á nuestro curioso el evitar ser descubierto.

Como una serpiente se deslizaba por esquinas y portales, hasta que una vez conseguido su propósito, volvió grupas atravesando como una exhalacion las calles que á su espalda dejaba.

Minutos más tarde estaba nuestro hombre en la cámara particular del favorito.

—Y bien, Nuño. ¿Qué hemos adelantado?

—Ver á la dama...

—¿Sola?

—En dulce coloquio con el rey.

—¡Ah! ¿y él?...

—No la acompañó; dejola en la puerta del templo, desde cuyo sitio ella siguió su camino guardada por uno, al parecer caballero, al cual en un principio no pude ver.

—En ese caso, tú solo eres el que ha descubierto...

—El nido de la paloma, señor.

—¿Habita?...

—En la Judería.

—La casa...

—Os la puedo mostrar cuando os plazca.

—Necesito que te asegures más; vuelve mañana á Santa María y repite tu maniobra.

—Harto difícil á la verdad, señor, porque su acompañante, más que dos parece que tiene cien ojos.

—Tú eres astuto como una raposa.

—Me haceis favor; mi destreza nace del deseo que de complaceros tengo.

—Sabes que recompenso tus buenos servicios.

—Sobradamente, y esto hace que por vos olvide hasta mi vida; pero es tarde, y vuestros asuntos reclaman mi atencion; si me lo permitis...

—Puedes retirarte.

—Mañana os daré parte de cuanto ocurra.

Y salió de la cámara del ya satisfecho conde, encaminándose al alcázar.

Entretanto la hermosa doña Luz pasaba sus ojos por un pergamino que su pajecillo de confianza le acababa de entregar, y en el que se leían las siguientes líneas:

«D. Sancho sale hoy de Oviedo; su regreso será de aquí á ocho dias; el cielo os guarde.»

Al dia siguiente, y cuando el rey buscaba en el templo á la tapada, una persona para él enteramente extraña se acercó, diciéndole estas palabras:—Inútilmente espera el caballero; mi señora no vendrá hasta de aquí á ocho dias.—Dicho esto, desapareció como una sombra.

El rey no sabia qué pensar; mil dudas se aglomeraban en su cabeza; mil temores lastimaban su corazon.

¿Qué podia ocurrir?

¿Acaso la dama, arrepentida huía de él y evitaba su presencia?

¿Pero á qué entonces una explicacion como la que acababa de darle, cuando sin ella se podia pasar?

¿Tendria su origen en las misteriosas palabras que pronunciaron los dos caballeros en aquel mismo templo la noche en que la viera por la primera vez?

Péro esto era imposible.

Su fatalidad hasta entonces procedia del trono, y á la sazón él y no otro era en España el rey.

Perdiase en conjeturas; confiaba y desconfiaba á un tiempo mismo, hasta tal punto, que olvidando el aviso, esperó por espacio de una hora á la que sabia ejercer tal influencia sobre su corazon. Trascurrida esta, y desesperanzado por completo, volvió el rey á palacio henchido de pena y ansiando por momentos ver á su favorito, por si este le proporcionaba algunas nuevas.

Y á la verdad que podia dárseles.

Su fiel Nuño habia espiado á la tapada, cerciorándose de que en efecto habitaba en la Judería.

Corrió á casa del conde y le participó el resultado de su trabajo, haciendo que una sonrisa vagara en sus labios.

Era la inequívoca señal de que se hallaba satisfecho.

Inútil por lo tanto era volver á la iglesia, toda vez que estaba averiguado el paraje donde la dama vivia.

CAPÍTULO VIII.

La prision.

Preso el conde Sabiniano por mandato de D. Vela, encontróse de pronto, y sin antecedentes que le explicasen su delito, en uno de los calabozos subterráneos del alcázar real.

Grande era su sorpresa, y mayor su despecho al considerar tan arbitraria medida con un hombre de su clase.

Su bien sentada reputacion poniale al abrigo de cualquier maquiavélica intriga; pero no era menos cierto que en los primeros instantes tocaba sus funestos resultados, porque solo á la falsía ó malquerencia de algun encubierto y poderoso enemigo podia achacar tanta contrariedad.

Que la órden de arresto partia del rey, era cosa fuera de duda. Pero que tal mandato fuese nacido solo de la voluntad real, se resistia el conde á creerlo.

Rebelábase á presencia de tan inicuo proceder, y pasábase de continuo las manos por los párpados, como aquel que duda si está despierto ó es presa de un sueño pertinaz.

—Imposible,—murmuraba;—yo tan leal y exacto en el cumplimiento de mis deberes; partidario del rey cual el que más, no obstante el conocimiento que tengo de su debilidad y flaqueza; yo que acato las leyes del estado cual ninguno, ¡preso con el rigor que tal vez no se emplearia con un reo de alta traicion! ¡Imposible, imposible!

De pronto, y con la rapidez del rayo, una nueva idea hirió su mente

inquieta. Nublóse su semblante sobrado contraído ya, y lanzaron sus ojos chispas de reconcentrada indignacion.

—¡Ah!—exclamó;—reconozco tu mano; todo es obra tuya, sí, obra tuya, conde D. Vela, que ves en mí una sombra que amaga sin cesar tu soberbio poder.

Temes que despierte el monarca del letargo en que le tienes sumido.

Recelas que puedo arrancarle la venda que cubre sus ojos, y te dispones á destruir al que presumes ser tu rival.

Ignoras... ¡miserable! que no envidio tu privanza. Noble soy; noble nací; como tal he de portarme durante los dias de mi existencia, y juro que si combato tu valía es solo porque haya justicia en el reino, para todos.

Tú que menosprecias la ley, que del gobierno haces un vil monopolio para tí y los tuyos que son pocos y lo son porque temen, tiembblas al pensar que la palabra de un hombre honrado haga conocer la verdad al rey.

Y esta verdad es para tí terrible, amarga, desoladora, y sus rayos te estremecen y anonadan, como estremece y deslumbra la clara luz del dia al que vive entre tinieblas.

Tiembla, sí, D. Vela; tu hora llegará, porque la verdad ostentará al fin su fulgores, y al poner de manifiesto tu falsía, estrellará sobre tu frente los males sin fin que has causado, y señalará tu última hora. Hora tremenda de justicia, que acabará tu criminal y empozoñada vida.

Entrecortadas eran las palabras del conde Sabiniano, y al pronunciarlas, ora tomaba su acento el eco profundo de lastimero quejido, ora se asemejaba á la lúgubre prediccion de quien invoca las iras celestiales.

Nervioso y febril, sus venas se inyectaban en sangre, amenazando estallar á cada paso ó á cada uno de los nuevos conceptos que expresaba, y que iban á sepultarse entre los fuertes muros de su prision.

Aterrador á veces, y á veces sublime hasta lo ideal en su justa indignacion, revelaba su labio incontestables verdades que fuera prolijo referir en tan pequeño espacio.

El estado del conde era por demás violento y agitado; deprimia su espíritu en medio de sus quejas, por adivinar de qué medio ó bajo qué pretexto habria arrancado D. Vela al rey una orden inícu.

Era aquella la lucha de la razon con la injusticia; lucha del hombre honrado que tiene la conciencia de lo que vale, con los manejos é intrigas de un cortesano tan hábil en su disimulo como en sus traiciones.

—¡Ay!—exclamaba luego desfallecido é impotente.—¡Á cuantos ma-

les dan origen los reyes por oir malos consejos! ¡Cuántas páginas de brillante historia ha eclipsado la sombra de sus favoritos!

¡Triste ejemplo de ello y amarga verdad es D. Ordoño! Dióle el cielo clara razon y humanos sentimientos; parecia llamado á regenerar esta devastada nacion, y por su mal halló en su camino á ese conde á quien el infierno confunda, y dióle su ilimitada confianza para baldon de propios y de extraños. He querido advertir al rey, y sigo firme en mi propósito, porque al fin y al cabo mi arresto debe ser momentáneo. Parientes tengo y amigos que de mi han de ocuparse, y quando esto suceda... ¡oh!... entonces... entonces...

Aquí llegaba de su discurso, quando un leve rumor llegó hasta él, fijando su atencion, y haciendo que la palabra espirase en sus labios.

Una especie de rozamiento sordo, extraño, y por pequeños intervalos interrumpido, era el que percibia. Y lo más particular consistia en que ni partia de arriba, ni de los lados de su calabozo. Situado este á más profundidad que la planta baja del edificio, el conde Sabiniano no podia explicarse quién ni con qué objeto podia producirle. Era indudable que el que trabajaba lo hacia con un cuidado especial, pues en sus interrupciones demostraba el temor de ser oido, ó el deseo de cerciorarse de que su maniobra no llamaba la atencion ni producía la alarma.

¿Seria otro prisionero el que aquel trabajo ejecutaba?

¿Seria un desgraciado que de aquella manera procuraba su evasion? ¡Qué obra entonces tan inútil! ¡Cuántos días, cuántos meses perdidos! El ruido era tan inmediato al calabozo del conde; estaba situado este de tal manera, que el resultado seria en todo caso hacer más grande el encierro, pero en manera alguna librarse de él. Á fin de cerciorarse más, Sabiniano se dirigió al punto que el misterioso trabajador le indicaba, se echó boca abajo en el suelo, y escuchó. Entonces comprendió que no se habia equivocado. Creyó percibir el ruido que producen algunas piedras al desprenderse de la pared; la pared se horadaba por el nacimiento del muro; la parte de donde el ruido venia era la prolongacion de las celdas; solo un preso podia ocuparse en su rompimiento; solo un preso podia intentar aquella empresa tan desesperada como infructuosa.

Lleno de ansiedad y de interés, el conde siguió escuchando.

Dejémosle por un momento en aquella situacion, y sepamos nosotros la verdadera causa de aquel ruido.

En una especie de cueva húmeda, oscura, profunda, contigua al calabozo que acabamos de ver, se distinguía el esqueleto, ó mejor dicho la

sombra de un cuerpo humano, pues no otra cosa parecía el desdichado que la ocupaba.

Un cadáver sin sepultura, una momia conservada á través de los siglos, no hubiera presentado mayor demacracion que la del preso.

Livido y desencajado el semblante; hundidos y amortiguados los ojos; larga y encrespada cabellera; revuelta y luenga barba; elevada estatura; envuelto en los restos del que debió ser en algun tiempo su vestido y que al presente no tenia ni forma ni colores que fuesen definibles, tal podia considerarse á aquella figura informe, mitad criatura humana y mitad fiera, de indefinible edad y de inexplicable condicion.

Sentado junto á uno de los muros de su encierro sobre un monton de paja, levantada una de sus rodillas, sobre esta apoyado el codo derecho, y descansando una de sus descarnadas mejillas en la palma de la mano, se presenta á nuestra vista el prisionero.

¡Cuán elocuente era su actitud en aquel instante en que su mirada vagaba sin cesar de un trozo de hierro que tenia á sus piés á un hueco de no muy grandes dimensiones que partia de la union del pavimento!

Contemplando el fruto de su trabajo y el instrumento de que se servia permaneció unos instantes, hasta que por fin elevó su mirada al techo, como si al través de este buscase el firmamento y pidiese ayuda á aquel que todo lo puede.

Un hondo suspiro salió de su angustiado pecho.

¡Dios mio!—dijo con apagada y casi desfallecida voz;—¡hasta cuándo ha de durar mi martirio!

¡Es esta la justicia de los hombres, hechos á vuestra imagen y semejanza!

¡Les disteis, Señor, un átomo de vuestro divino aliento para que así ejerzan en la tierra su injusticia, sus odios y venganzas!

¡En qué se diferencia el hombre de las fieras si no cumple vuestros santos preceptos!

Vos que veis desde vuestro excelso trono su maldad, ¿por qué no fulminais sobre sus cabezas el rayo de la justicia?

¿Acaso la inocencia habrá de ser siempre presa del vicio y la arbitrariedad de los que mandan ó del que puede más?

¡Triste es por cierto la humana condicion, muy triste, Señor! ¡Pero vos escogéis los que os son predilectos de entre aquellos que sufren!

Ante vuestra voluntad humillo mi frente, y acato vuestros inescrutables designios.

Sea por lo menos lícito al que padece buscar si puede los medios de eludir el rigor de los que le oprimen.

¡Pero cómo, Señor, de qué manera!

Mis fuerzas se abaten y extinguen cada dia; he perdido hasta la memoria del tiempo que estoy aprisionado.

Desespero ya de lograr mi libertad.

Este muro resiste mis esfuerzos hace ya largo tiempo; contra su espesor se estrellan mis cortos brios, é ignoro si alcanzo al fin taladrarle, á dónde me conducirá la brecha que practique.

Por otra parte, los medios empleados con mis implacables carceleros han sido infructuosos. Ni promesas ni amenazas han hecho efecto en ellos.

Duro trance es el mio; solo cuento en mi auxilio las eventualidades del acaso y este trozo de hierro, inseparable compañero de mi constante y quimérico deseo.

Veamos el estado de mi trabajo.

Dicho esto se postró de rodillas, y á favor de los débiles rayos de la pequeña lámpara que constantemente ardia pendiente de una cuerda fija en el techo, reconoció un agujero en forma de semicírculo, de unos tres palmos de circunferencia por cinco de profundidad.

Satisfecho en lo que cabia estarlo en aquellas circunstancias, amontonó parte de la paja que le servia de lecho, y cubrió el agujero con exquisito cuidado á fin de que permaneciese ignorado de sus guardianes.

Despues incrustó la barra entre otras que guarnecian la puerta de su prision, fijándola con dos clavos que habia logrado arrancar, Dios sabe cómo.

Tomadas estas precauciones se entregó al reposo, si tal puede llamarse el hecho de arrojarle sobre un monton de paja en podredumbre, y esperó la inmediata noche para proseguir su trabajo.

CAPÍTULO IX.

Hafsúm.

Estamos á veinte leguas de Oviedo, en el seno de un frondoso aunque pequeño valle rodeado de montañas, que tiene su entrada por un corte natural practicado en su parte más baja.

Por mitad de él atravesaba un rio poco profundo, pero de dilatadas márgenes, sembradas de verdes cañaverales y de espesos desiguales y frondosos árboles.

Fuera ya de aquel estrecho recinto, tan alegre y risueño, el paisaje variaba por completo, ofreciendo solo á la vista inaccesibles montañas, intrincados laberintos, y precipicios, barrancos y malezas.

El estridente ruido de fuertes y rápidas cascadas resonaba como su único rey en aquellos silenciosos montes, madriguera de malhechores, cuando no de fieras hambrientas.

Ya asomaba la aurora.

En el valle y al rededor de una inmensa hoguera, un crecido número de hombres se calentaban, sosteniendo á la vez una acalorada disputa.

El caminante que allí por un acaso se acercara, hiciera la señal de la cruz al ver aquellos rostros y aquellas figuras, á cual más imponentes.

Distinguíase aquí un hombre de gigantesca estatura, de cerdosa melena, medio cubierto el rostro por una barba más áspera aún, ceñido el cuerpo por una especie de túnico ceniciento, que caía cubriendo hasta la mitad unas musculosas y descomunales piernas.

Más allá, otro de fisonomía atezada, brusco en sus movimientos, feroz en sus miradas, cuya frente atravesaba un ancho surco semejante á una

profunda herida que iba á perderse en su erizada cabeza, como un cenagoso arroyo en un bosque impenetrable.

Á este tenor seguia aquella coleccion de figuras, que serian en número de ciento, todas armadas de ballestas, de anchas espadas y de afilados puñales.

Dijimos que disputaban, y vamos á averiguar la razon.

—¡Ira de Dios!—decia el de la frente partida;—¿quién de vosotros seria capaz de disputarme el mando, siendo yo el más antiguo de la cuadrilla?

—Aquí no sirve la antigüedad;—respondió lleno de furor el gigante;—aquí con lo que se cuenta es con el valor, y ninguno de vosotros puede medir el suyo con el mio.

—Mientes;—añadia un tercero;—que muchos hay que más que tú cuentan proezas, y que son por lo tanto más dignos de ceñir la banda de capitan.

—Calla, chorlito, y no digas sandeces; ¿quién seria el que á mí me disputase mis puños y mi fuerza?

—¿Pero estais locos?—añadió uno que hasta entonces guardara silencio;—aun suponiendo que las heridas de Hafsúm fueran mortales, ¿olvidais que su teniente le reemplazaria en el mando?

—Eso no, ¡voto á Lucifer!—ahullaron los contrincantes;—eso no lo consentiríamos nosotros.

—La eleccion de segundos pueden hacerla los capitanes libremente; pero esto no quiere decir que la plaza de jefe sea lo mismo.

—Pues claro está; luego, ese mozalvete no ha acreditado todavía su valor.

—Y á más, que sabe Dios dónde se encontrará á estas horas; un mes hace que desapareció, y aún no le hemos vuelto á ver.

—Y sobre todo, la muerte de Hafsúm no es cosa segura.

Aquí llegaban, cuando dos ginetes que venian há tiempo reventando sus caballos, bajaron la montaña más inmediata al valle, echando en seguida pié á tierra.

—Ataulfo,—dijo el más jóven de los dos ginetes;—vas á acercarte al valle y á anunciar á esa gente la muerte de su capitan; pero antes dime, ¿fué la última voluntad de Hafsúm el que yo me encargase de vuestro mando?

—Tales fueron sus postreras palabras; de manera que yo salí en secreto despues de su muerte para llamaros, ignorando los demás á estas horas cuanto ocurre.

—¿Estuviste tú solo á su lado?

—Hasta el momento mismo de espirar.

—¿Y no crees que se opongan los otros?...

—Encontraremos alguna resistencia, pero vos sereis nuestro caudillo.

—Pues adelante, Ataulfo; en marcha, y ten presente que te sigo á muy poca distancia.

Ataulfo partió, y tras de él su interlocutor, embozándose perfectamente en su manto hasta ocultar casi por entero el rostro.

Ínterin llegan al valle, digamos nosotros algo de Hafsúm, tan nombrado en este capítulo, cuanto desconocido hasta ahora para el lector.

Hablábase en tiempos del rey D. Ordoño de un terrible bandolero, célebre salteador de caminos, el cual se apoderaba sin remordimientos de la vida de sus semejantes, si bien hasta entonces no se le podía acusar de robarles su hacienda.

Las gentes contaban como cosa cierta que el tal Hafsúm no era otra cosa que un noble, poderoso en otro tiempo, y que á la sazón descontento del rey, vengaba de esta manera sangrientas injurias inferidas á su persona.

En cuanto á lo primero, nada pudo descubrirse.

Respecto á lo segundo, ó sea á sus riquezas, fácilmente se comprendian, pues á su costa mantenía aquella banda, que bien pudiera llamarse un pequeño ejército.

Observábase cierta hidalguía á través de sus actos feroces, pues si bien en España se sentía vivamente el peso de sus resentimientos ó venganzas, que á todos sin distincion se hacian extensivas, jamás contó con extraña ayuda para sostener esta guerra cruel.

Los moros, por ejemplo, conocieron esta verdad, pues lejos de encontrar en él un alivio en sus excursiones á tierra de cristianos, hallaron un implacable acometedor que los derrotó más de una vez, regando con su sangre las fronteras.

Cuantas pesquisas se hicieron en averiguacion de tan extraño personaje, fueron inútiles.

Si alguna vez le vieron los que le perseguian, fué con la cara cubierta, y muy ligeramente.

Otra de las versiones que acerca de él corrian, era la de negar su nobleza, convirtiéndole en descendiente de la extinguida raza judía, haciéndole aparecer como el genio vengador de sus antepasados.

Sus gentes no le conocian amigos ni allegados.

Solo una vez, hacia poco tiempo, vieron aparecer entre ellos á un man-

cebo de arrogante apostura, al cual Hafsúm nombró su segundo, distinguiéndole de todos con sus mercedes y continuas atenciones.

Esto, como todo lo demás, fué un misterio.

Hé aquí en breves palabras quién era el bandolero Hafsúm, y lo que acerca de él se sabia.

Llegó Ataulfo al valle.

Al verle se levantó un vivo rumor de aquel círculo de hombres, que á un tiempo preguntaban por el estado de su capitán.

—Os lo diré,—replicó el primero;—Hafsúm se ha ido agravando por momentos, y hace una hora que dejó de existir.

Todos guardaron silencio.

—Yo he recibido su último aliento.

—Y bien,—dijo el gigante, que era al parecer el más atrevido;—una vez muerto Hafsúm, la compañía se encuentra abandonada, y ante todo debemos buscar quien le reemplace.

Entonces el rumor se hizo mayor.

Todos se levantaron.

—Ya dije mi opinion,—exclamó el de la cicatriz.

—Ya te dije,—replicó el gigante,—que aquí todo cede á la fuerza, y que mis puños...

—Tus puños cederán á una buena ballesta;—ahulló el otro echando mano á la suya.

—Silencio,—gritó Ataulfo, poniéndose en medio de los que disputaban;—Hafsúm ha dispuesto del mando, y nombrado vuestro capitán.

—¿Y quién es ese? preguntaron con insolencia los bandoleros.

—Su teniente, que lleva desde hoy su mismo nombre.

—¡Imposible!—repitieron todos á coro.

—Ya decidiremos nosotros la cuestion,—añadió el Goliath de la cuadrilla,—y se llevará la plaza el que tenga más ancho el corazón.

—¡Por San Jorge!...—empezó á decir Ataulfo.

—Y cuidado, compadre, que esto tambien reza con vos.

—¡Miserable!...

—Ese nombre os va á costar una estocada.

Y desnudando su enorme sable, se vino hácia Ataulfo.

En el mismo momento una mano de hierroladeó á este, encontrándose el gigante frente á frente con un embozado.

Era el teniente de Hafsúm.

El bandolero no retrocedió.

Lejos de esto, dió un paso más, lívido de coraje.

—¡Sois vos,—dijo,—vos, que quereis arrebatarnos la presa!

Por toda respuesta, el interrogado hizo brillar su espada, diciendo á la vez con voz sorda:

—Defiéndete.

Los aceros chocaron; la lucha fué ligera, pero terrible.

Un silencio de muerte reinaba en el pequeño valle: los mandobles y estocadas se sucedían rápidos como el pensamiento.

Al fin un ruido como el que produce el desgarrar de la piel á impulso de un hierro, y un grito agudo lanzado por uno de los combatientes, vino á terminar la contienda.

El Goliath yacía por tierra, atravesado el pecho y revolcándose en su sangre.

El embozado, cual si nada acabase de pasar, miró á los circunstantes con faz serena y altiva frente.

—Veamos,—exclamó,—¿cuál de vosotros quiere continuar la partida? Nadie contestó.

Hubo un instante de solemne silencio.

Por último, el embozado, acercándose más á aquella gente,—desde hoy, continuó, me llamo yo Hafsúm, y cual él, pagaré á los que servirme quieran; los que no estén conformes, pueden recoger sus armas y apartarse de aquí.

Nadie se movió.

—Adelante: veo que no estais descontentos; entrad en la gruta y esperad en ella mis órdenes.

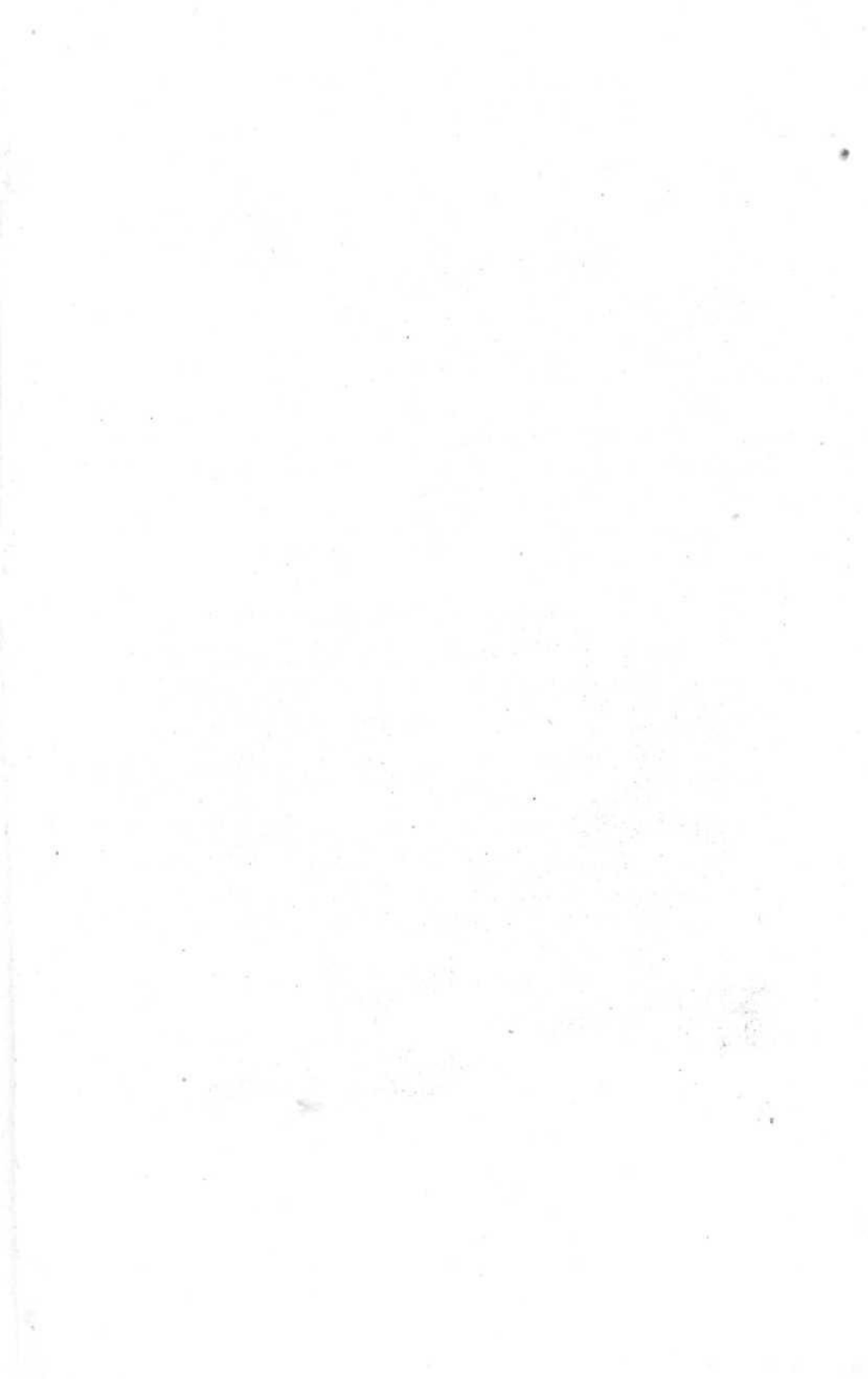
Todos se dirigieron á una estrecha boca, abierta en la montaña, en la cual uno tras otro se ocultaron.

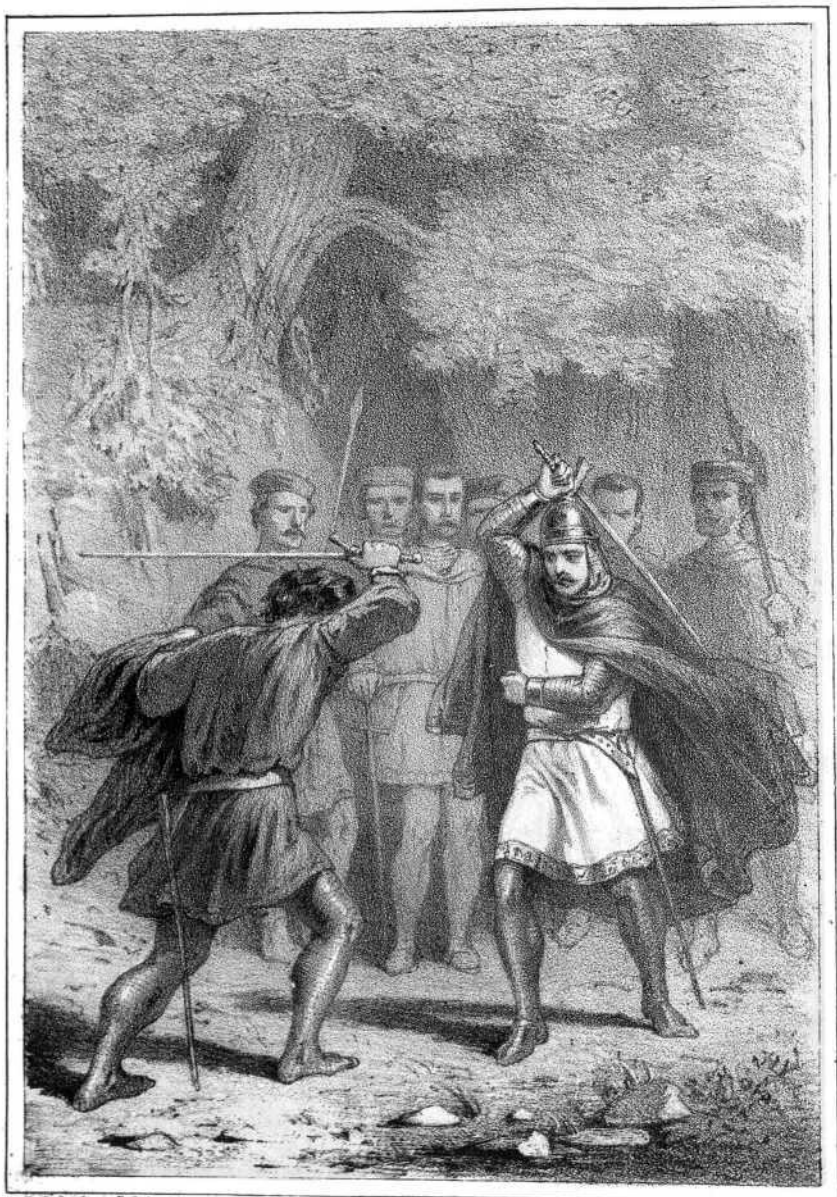
El reciente capitán quedó solo con Ataulfo.

Ya sin testigos, bajó el embozo de su manto.

Su rostro quedó descubierto.

El nuevo Hafsúm era Daniel.





J. Cebrian Dib.^o y lit.

Lil. Iberica Madrid.

La lucha fue ligera, pero terrible.

CAPÍTULO X.

En el que se demuestra que la punta de un venablo, puede cortar bruscamente el mejor de los argumentos.

Resuelto estaba el favorito á afianzar su poder con el monarca.

Y esto se comprende.

Descubierta la mal disimulada pasión de D. Ordoño, en ella tenía la nueva clave que había de asegurar su influencia.

Así pues, y seguro de que este medio era el único para cerrar sus oídos á las murmuraciones de los cortesanos, á las quejas del vulgo y al deseo de todos, resolvió averiguar quién era el afortunado objeto que imperaba en el corazón de D. Ordoño.

Cuatro días eran ya pasados.

Al caer la tarde, D. Vela decidió enterarse por sí mismo de lo que tan vivamente le interesaba.

Llamó á su servidor Nuño, y escoltado por él, se dirigió á la Judería.

Vacilaba, y con razón, entre espiar la casa, ó dirigirse desde luego á ella.

Lo primero era eventual.

Lo segundo, arriesgado.

Pensando en esto y sin acabar de resolverse, llegaron á la morada que buscaban.

—Ved la casa;—dijo Nuño mostrándosela al conde, que levantó los ojos para fijarlos en ella.

El edificio que tenía delante, no tenía abierta ni ventana ni resquicio.

La más completa soledad le rodeaba, y el silencio más absoluto tenía su asiento en aquel asilo.

En vano el conde trató de encontrar una huella que le indicara que allí habitaba alguno.

Ni una luz, ni una sombra; nada en fin se percibía.

Inútilmente procuraba encontrar lo que la soledad y aislamiento del edificio no podían en manera alguna concederle.

Fijóse por último en la puerta, que como lo restante, tenía algo de extraño.

Sólidamente asegurada por dentro, estaba defendida por la parte exterior por multitud de férreos clavos, que formaban una fuertísima capa susceptible de resistir los más extraordinarios esfuerzos que se hiciesen para quebrantarla.

Solo en su parte media había un pequeño trecho en que la madera resaltaba.

Era una especie de postiguillo por el cual los de dentro podían examinar, caso de ser preciso, á los que allí se acercasen.

—Resueltamente,—dijo D. Vela á su acompañante,—nos volveremos como vinimos, si no apelamos á un recurso extremo que sacie nuestra curiosidad.

—Pues no es muy fácil,—replicó Nuño,—á juzgar por la actitud que guardan los que dentro de esa jaula viven.

—Allá lo veremos; por de pronto vas á llamar á la puerta.

—¿Y con qué objeto, señor?

—Con el que vas á oír. Debes suscitar conversacion con la persona que salga á abrir, y tratar, por todos los medios que estén al alcance de tu ingenio, de saber quién es esa dama.

—Hum!...—murmuró Nuño;—me parece algo difícil la cosa.

—¡Estás loco! De otras peores has salido bien.

—Probaremos, señor; probaremos, aunque no podamos sacar nada en limpio.

Y esto diciendo, dió un fuerte aldabonazo en la maciza puerta, que retumbó largo espacio.

Al perderse el último eco, producido por tan violento choque, el postiguillo se entreabrió.

—¿Quién va?—preguntó una voz masculina un tanto bronca, y más desabrida que el semblante de una dueña jubilada.

—¡Ah! ¡perdonad amigo, no os había visto! ¿Y quien había de pensar que saldríais por esa rendija para recibir á los que á vuestra puerta llaman?

—¿Qué buskais?—replicó el de adentro.

—Ante todo, un poco de comodidad, porque así no lograremos entendernos.

—Decid lo que quereis, que el tiempo me falta.

—No estoy yo muy despacio que digamos, y sin embargo...

—Sin embargo, idos con dos mil de á caballo, que no estoy yo aquí para aguantar sandeces; explicaos ú os daré con la puerta en los hocicos.

—Mal humor gastais, compadre; no obstante, allá va mi pregunta, y contestadme si quereis, de la mejor manera.

—Os escucho;—respondió el de la voz avinagrada.

—Habeis de saber que mi señor, que es un rico y elevado personaje de la côrte, ha dado en la manía de querer construir una casa en este barrio; ya comprendeis, un capricho que satisfará á fuerza de oro.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—¡Oh! vaya si teneis que ver; como que pasando por aquí esta mañana, me dijo mi amo: «Mira, Fortun, este sitio me conviene;» y me señalaba al mismo tiempo el que ocupa esta casa. Ahora bien, ¿quereis decirme quién es su dueño?

—Yo;—contestó lacónicamente el de adentro.

—Pues siendo así, me doy la enhorabuena; porque partiendo de ese principio...

—Partiendo de ese principio, os deseo que paseis muy buena noche.

Y el postigo se cerró de golpe.

—Malo,—murmuró Nuño;—este sabueso ha conocido mi intento; mas por si acaso, vaya otro interrogatorio.

Y volvió á herir la puerta el pesado aldabon.

Nadie respondió.

Otro golpe más fuerte aun, hizo que de nuevo se abriera la estrecha rendija.

—¿Pero no quereis...?—princió á decir Nuño, cortando desde luego su argumento ante la respetable presencia de un afiladísimo venablo que harto sériamente amagó su pecho.

Á tan poderosas razones, nuestro curioso abandonó el lugar que ocupaba, decidido á no hacer más preguntas.

Marchó luego á incorporarse con el conde, que le preguntó al verle:

—Veamos, Nuño, ¿quién es el dueño de esa casa?

—El dueño de esa casa, señor, es un soberbio venablo dispuesto á ensartarme á la primera pregunta.

—¿Estás en tu juicio?

—Ni más ni menos que como oís.

—Pues dígame, Nuño, que esa casa es un prodigio.

—Y más aun de lo que os figurais; á mí ya no me cabe duda de que es una madriguera de conspiraciones ó una mancebía.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que siento, señor.

Y así en animada plática, el conde fué apartándose del sitio en que á la sazón estaba, hasta colocarse en la opuesta esquina de la calle, desde la cual dominaba el edificio sin que sus habitantes pudiesen observarle á él.

—Es preciso acabar de una vez, Nuño; así pues, estémonos en acecho hasta que salga esa dama.

—Es que puede no salir.

—Nosotros podemos esperar.

—Sea como queráis.

Uno y otro guardaron silencio, fijándose cada vez con más tenacidad en la puerta de la casa.

Á la sazón, nuestro ya conocido Ortuño subía la escalera refunfuñando y con pésimo humor.

La dama le esperaba impaciente.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué querían esos hombres?—Le preguntó toda trémula.

—Lo ignoro; pero es lo cierto que estuvo el que á mí se acercó muy porfiado, y que tuve que usar de ciertos medios para que se alejase.

—¡Oh! nos espían, Ortuño.

—Tal creo tambien; pero os aseguro que no han de quedar para chanzas si algo malo intentan. Yo no soy hombre de armas tomar, es cierto; sin embargo, amurallado y en servicio vuestro, ya vereis si sé despachar á la gente.

Seguia Ortuño hablando mientras que la dama hacia mil distintas conjeturas.—¡Qué idea!—se decia;—esto es sin duda; el rey, faltando á sus promesas, ha hecho seguir mis pasos.

Despues, y fija en este pensamiento, dijo al que le servia de único guarda:—¿Has visto si esa gente abandonó la calle?

Por toda respuesta, Ortuño entreabrió una ventana.

—No hay nadie;—respondió.

—Pues escúchame bien; es posible que vuelvan; y en ese caso, vas á seguirlos tú hasta averiguar la casa á donde á su vez habitan; me importa mucho, y acaso va en ello nuestra tranquilidad.

—¡Ay, señora! ¡Cuánto siento deciros que así voy á perder la mitad de mis ánimos! dentro de este recinto y á puerta cerrada haria las mayores heroicidades; pero fuera de él y en campo libre... ¡oh! en campo libre ya es otra cosa.

—Nada tienes que temer; tu mision se reduce solo á lo que he dicho.

—Es que pueden descubrirme, y entonces...

—Entonces evitas toda contienda; aquí lo que se requiere es una poca sagacidad, y tú la tienes.

—Si vos estais segura de ello...—murmuró Ortuño, que desconfiaba hasta el extremo de sí mismo.

—¡Vaya si lo estoy! Sé que harás mi encargo cumplidamente.

—Sea como querais; no tengo más voluntad que la vuestra: el señor Daniel me lo ha dicho, y cuando él lo dice, seguro de ello estará.

Aquí llegaban cuando volvieron á sonar fuertes golpes en la puerta. Señora y servidor quedaron inmóviles de sorpresa, sin atreverse á dar un paso para ver quién era.

—Dios mio!—exclamó al fin la dama;—acaso vuelven; ¿qué hacer?

—Pero esas gentes están empecatadas; aún no están contentos...

Y aunque á puro esforzarse y mover contra su voluntad las piernas, se fué acercando á la misma ventana que dejó entornada, y por ella miró.

—¡Ay!—prorumpió lleno de júbilo;—no os asustéis señora, no os asustéis; es mi mujer, Ortuña, que viene á visitaros y á pasar con nosotros algunos instantes.

Y alegre como una mariposa, bajó loco de contento á dejar franca la entrada á su cara mitad.

Entretanto dos personas hablaban en la opuesta esquina.

—¿Lo veis?—decia la una á la otra;—os repito que vamos á pasar la noche al fresco sin adelantar ni un solo paso.

—Voy creyendo que tienes razon.

—Y la tengo efectivamente que me sobra. Ved, ved, para que más nos consolemos; ahora llega otra persona, á la cual abren sin dificultad; ¡cuando os digo que tenemos para rato!

—¡Maldito cancerbero! Hacernos perder la pista cuando con una sola palabra...

—Escuchadme, señor; ¿quereis hacerme caso una vez al menos?

—Habla; ¿qué te se ocurre?

—Una cosa muy sencilla: retirarnos de aquí, esperar á mañana, y averiguar yo de nuevo cuándo, cómo y de dónde sale la tapada.

—¡Ya ves; dejar de asistir á Santa María!...

—Acaso esté enferma.

—¡No ver al rey en tres dias!...

—Tal vez tenga un marido ó un amante que se lo impida.

—Sea lo que quiera, es lo cierto que mi curiosidad crece al tenor que las dificultades se aumentan.

—Eso no lo extraño, es lo que siempre sucede.

—En fin, Nuño, apruebo tu opinion; retirémonos, y á tu cargo dejo el averiguarme lo que saber necesito.

Y cansados de esperar el conde D. Vela y su acompañante, tomaron el camino del alcázar.

Al llegar á la puerta se separaron, diciendo el primero al segundo:

—Ya es la hora de visitar á tus huéspedes; cuida bien de ellos, y con especialidad del último que te encargué.

—Descuidad; sabeis mi celo, aunque á la verdad, ese conde Sabiano...

—¡Chist!—le interrumpió el conde;—suprime los nombres propios, pues ya sabes...

—Fué un descuido, señor; quise deciros que no se hace muy acreedor á mis miramientos, pues tiene un genio infernal que me saca de quicio.

—Eso no es extraño; los primeros dias de cautiverio siempre exasperan. ¿Y en qué calabozo le colocaste?

—En el contiguo al del infante...

—Basta; ¿pero podrán oirse si alguno de ellos levanta la voz más de lo prudente?

—No, señor; las paredes tienen un espesor capaz de apagar los más fuertes ecos.

—Y de todas maneras, es lo cierto que aunque se escucharan no tendrían otro consuelo que el de conocer mutuamente su situacion.

Dicho esto se separaron á cual más satisfecho.

El favorito subió á la cámara del rey.

Su confidente bajó á las prisiones del alcázar.

CAPÍTULO XI.

La torre de Santiago.

Mientras que D. Vela procuraba ganar el terreno que perdía en su privanza, poniendo en juego los recursos de su inteligencia con todo el esfuerzo é interés de que es capaz el hombre que encontrándose á una altura inmensa de poder y fortuna, mira á sus piés el insondable precipicio en cuyo seno ha de sepultarse sin remedio, un caballero salía por la puerta *Grande* de la ciudad, encaminándose á una antigua fortaleza, á la sazón medio arruinada, y que se podía distinguir á algunos tiros de ballesta.

Por su paso receloso y cautelosas miradas, se comprendía que temía ser espiado. Pero su cuidado era enteramente inútil.

Todo estaba desierto; apenas en su camino se encontraba con algún transeunte que presuroso se dirigía á la poblacion, ansioso de evitar tanto la soledad de aquellos campos, cuanto los riesgos á que se estaba expuesto en época tan revuelta é insegura.

El que salía, continuaba sin embargo mirando y reconociendo el terreno.

Cuando se persuadió de que él solo cruzaba la pequeña llanura, apretó el paso, llegando muy pronto á la fortaleza.

Una vez allí, lanzó un silbido extraño, á cuyo eco repetido se abrió una estrecha puerta, apareciendo por ella otro hombre.

—¿Quién sois?—preguntó este último al que se acercaba.

—¿No me conocéis, conde Flavi?—contestó el segundo.

—Perdonad; las sombras de la noche no me permitían distingueros. Pasad.

Los dos entraron.

Un gran patio en cuyo suelo crecía con abundancia la yerba, y cuyas paredes estaban casi en su totalidad destruidas, fué lo primero que atravesaron, internándose después por una corta y estrecha bóveda que les guió á una desigual y empinada escalera, cuyo término consistía en una salita cuadrada que servía por lo común de morada á aquel habitante de las ruinas.

Ya en ella, el dueño encendió luz, y el otro bajó el embozo.

Era el primero de elevada estatura, flaco, sério, amarillento; contaría unos cuarenta años; pero su naturaleza, harto pronto cansada, ofrecía en su semblante una exagerada profusión de arrugas, y en su cabeza la nieve que brotaba de su corazón.

El segundo era D. Santos.

Sentáronse ambos personajes, uno enfrente de otro.

—Veamos,—dijo el conde Flavi;—¿cuál es hoy el objeto de vuestra visita?

—¡El objeto! ¿Cuál puede ser sino el de acordar de una vez la destrucción de nuestros enemigos? ¡Ira de Dios! ¿Ignorais, conde Flavi, los continuos desastres que á cada paso nos rodean?

—Nada sé, D. Santos; nada más que el cruel castigo que pesa sobre nuestros parciales. Pero como esto es tan común, y há doce años que nos persigue igual desgracia...

—¡Doce años! Teneis razón; pero mirad conde; cada día, cada instante crece más y más la persecución contra los nuestros; nuestra fatalidad se ha hecho contagiosa, y sin ir más lejos, hoy, hoy mismo tenemos que lamentar dos sucesos terribles.

—¿Qué decís?

—Escuchadme. El conde Sabiniano, nuestro más ardiente defensor cerca del rey, ha desaparecido.

—¡Él!

—Há tres días que no se le encuentra, y ya supondreis...

—¡Fatalidad!... ¿Pero y la otra? ¿y esa otra desgracia?

—Me toca á mí tan solo,—murmuró D. Santos, lanzando un hondo suspiro.—La historia que me unía al favorito acaba de terminar. ¡Ah! no bastaban los disgustos, el peligro, la ruina, para sellar mi amistad hácia ese hombre; se necesitaban doce años de martirio y una eternidad de re-

mordimientos. Todo se cumplió. El único objeto querido que me restaba, la única esperanza que sustentaba mi vida, acaba de desaparecer: porque... porque yo la amaba; olvidado de todo, hasta de la distancia que nos separó por culpa de ese hombre, mis suspiros volaban hácia ella, saliendo de lo más íntimo del alma.

—¿Pero qué estais diciendo? ¡Ah! vuestra mujer...

—Acaba de morir.

Y los dos quedaron breve espacio en silencio.

D. Santos continuó:

—Pero no hablemos de esto, conde Flavi; yo solo quiero llorar mis penas. Lo que importa, lo que yo pido, es que decidamos esta situacion violenta; si la intriga no sirve, si nuestros trabajos son inútiles, apelemos á las armas, que ellas nos darán la victoria. Esto es lo que yo necesito, conde Flavi; sabeis los antecedentes de mi vida, la ingratitud de D. Vela, el olvido del rey, y no dudo que teniendo esto presente, cual yo, os decidireis á arriesgar la postrera partida.

—Pero eso no es posible, D. Santos; nuestros parciales están desprevénidos; no hay un plan concertado; no hay una idea fija; ya veis, hasta nos falta el apoyo cerca de D. Ordoño; y si por una casualidad se descubriese uno solo de nuestros proyectos, nuestras cabezas rodarian cual la de otros tantos nobles. Si á lo menos nos hallásemos apercebidos y se presentase á la vez una ocasion favorable...

—Hagamos lo primero y busquemos lo segundo, que harto fácilmente lo podremos encontrar.

—Explicadme la manera si gustais.

—Todo ello es bien sencillo; oid. Nuestros elementos son muchos; contamos con amigos poderosos, que á la más pequeña indicacion secundarán nuestro pensamiento; aborrecen al favorito, y en nada repararán para derribarle. Este mismo sitio puede servirnos de punto de reunion; decís que carecemos de apoyo cerca del soberano: una idea se me ocurre que salvará tambien esa dificultad, sustituyendo con creces al desdichado conde Sabiniano.

—No os entiendo.

—D. Vela cuenta en palacio con un enemigo implacable, si bien falto de guia, y por lo tanto de fuerza; ese enemigo...

—¿Quién es?

—La reina.

—¡Doña Munia!

—Sí; doña Munia, que lo aborrece; que ve extraviado á su esposo,

gracias á su consejero maldito; que viéndose querida, se contempla á la vez abandonada.

—Sí, sí; creo que teneis razon; ¿pero de qué manera sabrá nuestro intento? ¿Cómo llegar hasta ella?

—Es muy fácil. Helbrando, que posee su entera confianza, es uno de los que nos ayudan en nuestros hasta hoy estériles planes; ahora bien; él nos puede servir cerca de la reina, y en cuanto á la ocasion que deseábais, tambien os la podré indicar; en breve ha de salir la corte para Astorga; en este punto contamos con la parte mayor de nuestras fuerzas; de manera, que el júbilo del pueblo reunido para recibir al rey, puede muy bien trocarse...

—En una rebelion.

—Cierto. Ya veis, pues, que podemos abrigar alguna esperanza.

—Pero necesitamos ante todo regularizar nuestros trabajos. Yo... lo estais viendo; solo, retirado en esta torre, donde cuidadoso oculto mi existencia á mis enemigos que me creen muerto, de nada sirvo ni nada puedo hacer; por lo tanto, vos sois aquí el llamado á dar la iniciativa; buscad el mejor medio para conseguirlo.

—Teneis razon; esperad hasta mañana, en cuyo dia vereis reunidos dentro de estos muros á los nobles con quienes hasta hoy contamos.

—Es decir...

—Que en la próxima noche se decidirá la suerte que ha de caber al favorito.

Ambos se despidieron, saliendo D. Santos de las ruinas para regresar á la ciudad.

Á muy poco tiempo, varios embozados la cruzaban en todas direcciones.

Su andar era ligero.

La evolucion que practicaban, curiosa.

Reduciase á llamar á ciertas y determinadas puertas.

Estas se abrian, y dando paso á los emisarios, se volvian á cerrar.

La comision de que estaban encargados era breve al parecer, pues muy pronto se les veia salir, para continuar de la misma manera su excursion.

Entre aquellas gentes distinguíase tambien á D. Santos; cual los otros, llegó á cierta casa en la cual estuvo largo rato, saliendo despues en direccion á la suya.

Entraba á esta sazón D. Vela en la cámara del rey.

—Veamos qué nuevas traeis,—dijo D. Ordoño al divisarle.

- Señor, pocas son, pero creo que han de agradaros.
- Principiad pues.
- He descubierto la morada de la persona que sabeis.
- ¿Y bien?
- Yo mismo he rondado la calle, y he hablado con el que, al parecer, es su tirano.
- ¡Bravo, conde!
- Pero ¡ay señor! la empresa es más difícil de lo que os figurais; aquella es la mansion del misterio; ocúltase la dama tan cuidadosamente, que tendré que aguzar todo mi ingenio, si he de serviros bien.
- Sin embargo, lo aguzareis; ¿no es verdad?
- Al menos, señor, trataré de hacerlo.
- Pues entonces no dudo que lo llegareis á conseguir. ¿Y dónde habita nuestra desconocida?
- En la Judería; en una casa cerrada como un castillo, y defendida por un grosero personaje, capaz de hacer una atrocidad á través de su pequeño ventanillo.
- No os entiendo; explicaos con más claridad.
- Digo, señor, que aquel salvaje habla solo por un estrecho resquicio practicado en la puerta, apoyando sus entrecortados y toscos argumentos en la punta de un afilado venablo, que se distingue aún más que la figura del que lo maneja.
- ¡Diantre! ¿Os amenazó?
- De una manera muy formal, que no dejaba duda de sus intenciones.
- Pero algo le diriais que le ofendiese.
- No señor; mi interrogatorio no salió de un círculo muy pequeño; reduciase á preguntarle quién era el dueño de la casa, para tratar con él de su venta.
- ¡Oh! y á eso...
- Á eso me amenazó con atravesarme el cuerpo de parte á parte.
- Ja, ja, ja, ja; ¡linda ocurrencia, conde!
- ¿Os reis, señor?
- El caso lo merece.
- Pues de seguro que no me sucedia á mí otro tanto en aquel momento.
- Os creo de buena voluntad; pero ya pasó, y debeis olvidarlo por completo.
- Sí, pero mañana...
- Mañana, ya encontrareis otro medio más seguro.
- Al acabar de pronunciar estas palabras, el rey creyó escuchar á su es-

palda un ruido casi imperceptible. Volvió la cabeza para averiguar la causa, pero nada vió.

Tan solo pudo contemplar los ricos y pesados tapices que cubrían la estancia.

—¿Qué os ocurre, señor?—Preguntó D. Vela.

—Creí... ¿No escuchásteis un ruido cerca de nosotros?

—No señor; ¿ni quién puede acercarse á este sitio?

—Decis bien; sin duda me engañé.

Pero no había tal.

En aquel momento se cerraba una puertecilla secreta que él sin duda desconocía, alejándose de ella por un pequeño corredor que conducía á las demás habitaciones del alcázar, una hermosa dama que desde un principio había estado escuchando la conversación del rey y de su privado.

En su semblante se pintaba la mayor agitacion.

Vacilaban sus pasos, y más de una vez tuvo que apoyar en la pared sus manos, porque su desfallecimiento no la dejaba seguir.

Por último, llegó á una habitacion en la cual esperaba un caballero de edad más que mediana, que se sorprendió al ver su estado, corriendo acto continuo á ofrecerle el apoyo de su brazo.

—¿Qué os sucede, señora?—la preguntó;—estais pálida, azorada; ¡por Dios! ¿qué sentís?

—Nada, Helbrando;—contestó la dama con temblorosa voz que acertaba apenas á salir de su pecho;—venid, venid y os diré la nueva infamia que forja ese hombre.

Y siguieron andando hasta llegar á una lujosa cámara.

Allí la dama dejóse caer abatida en un muelle sillón que en su respaldo ostentaba el escudo de España.

Cubrió el rostro con un fino pañuelo, y un mar de lágrimas corrió por sus mejillas.

—¡Oh!—dijo como hablando consigo misma;—ya me lo presumia; ese hombre acabará por perder al rey. Ni mis consejos, ni el afán de mi vida, nada basta á apartarlo del funesto camino que le hace seguir ese miserable. Ni conoce el daño que hace á sus pueblos, ni la zozobra cruel que sembrará en mi alma.

La que así hablaba era la hermosa doña Munia, mujer de D. Ordoño.

—¿Pero me direis al fin, señora, lo que tanto os aflige?—preguntó de nuevo Helbrando.

—Escuchad,—respondió la reina;—no basta al favorito secar el co-

razon de nuestros súbditos en fuerza de los sacrificios sin fin que les impone; no le es suficiente el que sin distincion de clases aborrezcan todos su privanza; no se conforma con encender la más terrible discordia en nuestros estados; necesita más: necesita herir cruelmente mi corazon de esposa, mi decoro de mujer y mi dignidad de reina, haciendo que el rey se extravíe, olvidándome acaso, mancillando su propia dignidad. No encontrando ya recursos para afirmar su ya dudoso valimiento, ha hecho...

—Decid, decid.

—Ha hecho, Helbrando, que D. Ordoño fije sus ojos en otra mujer.

—¡Señora!

—Así es la verdad.

—Pero parece imposible.

—No, Helbrando; no lo es.

—¿Estais segura?

—Acabo de oirlo.

—¡Vos!

—Yo misma.

—¿Pero cómo?

—En la cámara real.

—¿Estaban...?

—El rey y D. Vela.

—¡Miserable!... ¿Y decis...?

—Que lo perderá si no paramos el golpe.

—Se parará, señora.

—Difícil es, Helbrando.

—Yo os respondo de ello.

—¿Creeis, acaso...?

—Que podemos salvar al soberano.

—¡Ah!... ¿Cómo...?

—Destruyendo el favor de D. Vela.

—Para eso... se necesita derribarle... ¿Cómo perderle en el ánimo de mi esposo?

—Tengo un medio seguro.

—¿Vos, Helbrando?

—Sí, señora.

—¿Pero es tan eficaz como creeis?

—Lo será con vuestro apoyo.

—Si á nada me compromete...

—Á nada.

—Explicadlo pues.

—Temo que no accedais.

—¡Oh!...

—Se necesita valor, señora.

—Sabeis que le tengo.

—Decision.

—No carezco de ella.

—En ese caso...

—Hablad.

—Os obedezco. Esta noche...—Y Helbrando miraba á todas partes.

—Solos estamos,—díjole doña Munia.

—Pues bien; esta noche, señora, se me ha participado que los nobles descontentos desean vuestro apoyo para acabar de destruir la influencia de D. Vela; gran número de ellos esperan solo una palabra para desarrollar sus planes y arrojarle sobre el conde cual sobre su presa el leon.

—¡Oh! pero eso es expuesto, Helbrando.

—No lo creais, señora; un secreto bien guardado á nada expone, y yo os aseguro que este, á nadie absolutamente se ha de revelar.

—Esos nobles...

—Son sus más implacables enemigos.

—¿Y os consta?...

—Que ni uno tan solo nos ha de vender; todos tienen ofensas que vengar, y solo la falta de un amigo que supiera inclinar á su tiempo el ánimo del rey ha podido detener la terrible expiacion que amaga su cabeza.

—Si es cual lo decis, á todo dispuesta estoy para salvar, al menos, el amor de mi esposo.

—Y haceis muy bien, señora; el cielo os premiará esos sacrificios que redundarán en bien del rey y de vuestro pueblo.

—¿Quiénes son esos nobles?

—Solo á dos conozco, señora; los demás, podeis verlos mañana.

—¿Yo? ¿Y cómo?

—Es muy sencillo; mañana se reunen para tratar de la definitiva suerte del privado; ellos componen una gran parte de esa corte que de continuo os rodea; ahora bien, ¿no podeis verlos como los veis aquí, en vuestro palacio, á todas horas?

—Pero esa es una conspiracion, Helbrando.

—Ese, señora, es un consejo de nobles que ha de tender á la salvacion de su rey.

—¿Y dónde ha de celebrarse?

—En la torre llamada de Santiago.

—¡Fuera de Oviedo!

—Á distancia de un tiro de ballesta.

—Mucha confianza tengo en vos, ya lo sabeis.

—Sabeis en cambio que os pertenece entera mi vida.

—Mas hay que tener presente una cosa: si me conocieran, si vieran que yo salia del alcázar á esas horas...

—Es que de resolveros, saldríais en una litera sin armas ni divisa y escoltada solo por mí; de esta manera podríais pasar por la más humilde dama de la corte.

—Confieso que tengo miedo, Helbrando.

—Ya os lo decia yo.

—Es que lo que me habeis propuesto...

—Constituye vuestra paz y la del reino.

—¡Oh! si, lo sé, y por ello á todo me resuelvo; yo me presentaré á esos nobles y les diré: «La reina de España da la señal de interminable guerra contra el miserable valido.»

—¿Puedo decirles?...

—Lo que acabais de oir.

—¿Y mañana?...

—La reina doña Munia irá, os lo ofrezco, á la torre de Santiago.

CAPÍTULO XII.

El regreso.

Caía la tarde.

Una crecida tropa de ginetes costcaba la montaña, dando la vuelta hasta salir al llano.

Cuando este estuvo cerca y ellos próximos á Oviedo, los que cabalgaban hicieron alto.

Serian como unos ciento cincuenta hombres.

El que parecía mandarlos, llamó á uno de ellos y le dijo:

—Ataulfo, aquí va á quedar nuestra gente; de seguir todos juntos llamaríamos la atencion, pues á un ejército se asemeja más que á otra cosa; el bosque puede servir de guarida, mientras nosotros entramos en la capital á terminar el asunto que tanto me importa.

—Como gustéis.

—Esto resuelto, da tú las órdenes, y partamos.

Efectivamente, el escuadron desapareció como por encanto.

Los dos personajes á que hacemos referencia se tendieron al escape en la llanura, llegando á la ciudad poco despues.

Ambos se dirigieron á la Judería.

Apeáronse á la puerta de una casa.

Uno de ellos llamó.

En breve subian entrambos la escalera.

La casa no era otra que la de la misteriosa dama del rey.

El que á ella llegaba, era Daniel.

Al verse, las preguntas se multiplicaron por una y otra parte.

Parecia que habia pasado un siglo sin verse.

—¡Cuánto tiempo has tardado, Daniel! ¡Cuán impaciente me has tenido!

—Yo tambien ansiaba volver, señora; tambien los dias me han parecido años enteros; pero mi regreso era de todo punto imposible. Ahora bien, ¿qué ha ocurrido en mi ausencia? El rey...

—Al parecer me ha mandado espiar.

—¡Conque mi temor no era infundado! ¡Ah! ¡los reyes!... sus palabras son como el humo, señora; como la niebla sutil que al más pequeño soplo se deshace.

—Tranquilízate; nada ha sucedido de extraordinario, ni lo que yo creo pasa de ser una presuncion; un curioso se acercó á nuestra puerta, pero Ortuño ha sabido hacer que se aleje, acaso para no volvernos á molestar.

—¡Ah!... ¡buen Ortuño!

—¿Pero y tú? ¿Qué has hecho en este tiempo?

—Sufrir, señora.

—¡Sufrir! ¿Y por qué?

—Uno de nuestros más leales amigos...

—Concluye.

—Ha dejado de existir.

—¿Quién es...?

—Tiemblo decíroslo.

—Por qué razon?

—Porque sentireis el más vivo disgusto.

—¡Oh!...

—Él era el mejor aliado con que contábamos; vuestro protector más desinteresado; el más ardiente defensor de Bernardo del Carpio.

—Su nombre; su nombre, Daniel; más que nunca me devora la impaciencia. ¿Quién es? ¿Quién es?

—D. Íñigo. El inseparable compañero del infante.

—¡Tienes razon! Ese es el golpe que más vivamente nos podia herir.

—Siento daros esta mala nueva.

—¿Y tú le viste?

—Tal fué el objeto de mi salida de Oviedo, pero llegué tarde; solo pude contemplar su yerto cadáver y el último rasgo de su generosa hidalguía.

—No comprendo...

—Señora, D. Íñigo nos deja al morir dueños de su fortuna, para que la dediquemos á la salvacion de mi señor.

La dama lanzó un suspiro.

Dos lágrimas brotaron de sus ojos.

Daniel lo comprendió, y quiso dar un nuevo giro á aquellos tristes pensamientos.

—Vamos,—dijo;—basta ya de afligirse; gracias al cielo estoy aquí, más dispuesto que nunca á daros la felicidad que tanta falta os hace. En mi expedicion he adquirido los medios que tal vez me faltaban, y no vacilo en aseguraros que pronto, muy pronto sabremos á lo que cada cual debe atenerse.

—¡Ah! ¿qué dices? Por compasion, explícate, Daniel.

—Me está vedado en este instante; es un secreto que ni aun á mi mismo me debo revelar; pero tened confianza en Dios que ve lo justo de nuestra causa, y que nos protegerá haciendo que triunfemos al fin de nuestros mortales enemigos.

—¡Nada puedes decirme! ¡Siempre las mismas excusas!

—Es conveniente, creedme.

—¿Y me aseguras que muy pronto...?

—Sí, muy pronto debe pasar aquí algo grande y decisivo.

—Dios te oiga. Por lo demás, sabes que tengo en tí una fé ciega y sin límites.

Aquí llegaban, cuando Ortuño pidió permiso para entrar.

—¿Qué quieres?—le preguntó Daniel.

—Quería decir á la señora que de nuevo pasea nuestra calle el embozado que ya otra vez...

—Dime, Ortuño; ¿se divisará desde aquí á ese hombre?

—Asomándose á la ventana, con la mayor facilidad.

Daniel se acercó.

En la calle se percibian tres bultos que marchaban en opuestas direcciones, y que aún estaban á bastante distancia.

Dos de ellos iban armados de linternas que despedian hácia su frente una luz rojiza y nada escasa.

—¿Cuál de ellos es?—preguntó Daniel.

—El que está solo;—respondió Ortuño.

—Esa maldita oscuridad nada me deja ver; si á lo menos reflejara en él la luz de esas linternas...

Y dicho y hecho: en aquel momento reflejaron sobre la persona del desconocido las dos luces.

Daniel fijó los ojos en el embozado, y no pudo menos de lanzar una ahogada exclamacion de sorpresa.

—¡Dios mio!—dijo,—¡es él! El...

—¿Pero quién es?—preguntó la dama lanzándose á la ventana con la mayor ansiedad.

—No os asomeis; no os asomeis,—murmuró el paje, cuyos ojos chispeaban, queriéndose salir de sus órbitas, y rechinando los dientes de ira;—no queráis,—prosiguió,—recordar vuestros días de desgracia; no queráis ver al que ha causado todas vuestras desdichas; ese hombre...

—¿Quién es?—preguntó con potente voz la dama, resuelta ya á saber su nombre;—¿quién es?—repitió, creciendo su exaltacion cada vez más.

—Es...—respondió el paje pugnando por detenerla; pero ya estaba cerca de la ventana, y no tuvo Daniel otro recurso que exclamar:—Deteneos, por compasion; ese hombre, señora, es el conde D. Vela, favorito de D. Ordoño.

Al oir este nombre, la dama se detuvo; quedó inmóvil, y lanzando un grito de horror, cayó trastornada en los brazos del paje.

CAPÍTULO XIII.

Lo inesperado.

Daniel dejó á la dama en poder del fiel Ortuño, diciéndole á este:
—Cuando vuelva en sí, dile que he salido en busca de ese hombre;
que quiero cerciorarme de si es él mismo.

Y se lanzó á la escalera, cual una rápida exhalacion.

Salió á la calle, pero ya fué inútil.

La más completa soledad reinaba en ella.

El conde D. Vela, pues él era en efecto, habia desaparecido.

—¡Ah, maldito!—murmuró el antiguo paje dudando aún qué partido tomar;—no parece sino que se lo tragó la tierra para librarlo de mis manos.

Despues, y como si una idea iluminara de pronto su mente, corrió hácia el alcázar real, deteniéndose á cada bulto que veia, para examinarlo acaso con imprudente atencion.

Siempre con igual cuidado, llegó á la plaza, aunque sin encontrar al que buscaba.

Tambien aquel sitio estaba solitario; pero no tanto que no apercibiese apoyado en uno de los arcos que formaban su gran cuadrilongo, la figura de un hombre.

—¿Si será el mio?—se dijo, y echó á andar en línea recta al punto donde aquel se encontraba.

De repente se detuvo.

Una cosa que le llamó por demás la atencion, le hizo observar con más cuidado aún que antes.

Vió no sin extrañeza que aquel sugeto estaba inmóvil como una estatua.

Que á cada momento llegaban hasta él otros personajes.

Que despues de cambiar algunas palabras en voz baja, partian los segundos y todos por igual camino, quedando el primero enclavado, por decirlo así, en su sitio.

Daniel, curioso como una doncella, resolvió entonces enterarse de la maniobra que venian practicando.

Con tal propósito y con mucho trabajo, rodeando la mayor parte de la plaza y encogiéndose y andando de puntillas, consiguió al fin colocarse en el sitio opuesto, si bien en el mismo arco en que el otro se apoyaba.

Aún no habia acabado su evolucion, cuando otro embozado se acercó.

—Munia,—dijo el del arco.

—Santiago,—contestó el que venia.

El otro le dió un objeto que Daniel no pudo distinguir.

Vinieron despues otros y otros, y todos decian las mismas palabras y tomaban al parecer el mismo objeto.

Daniel estaba como el que ve visiones.

—¡Diablo!—se dijo al fin;—esto es más sério de lo que parece; más que á otra cosa, me huele á conspiracion; y si es así, ¡voto á sanes!... que debo yo enterarme.

Dicho esto, volvió á abandonar su puesto, á dar la vuelta á la plaza y á embozarse bien en su manto.

Luego se dirigió con resuelto ademan al que esperaba, y que al verle llegar pronunció el mismo nombre que antes.

—Munia,—murmuró.

—Santiago,—contestó resuelto el caballero.

Acto contínuo tuvo en sus manos lo que tan indispensable era al parecer.

—¡Ah!—dijo para si;—era una contraseña;—y se alejó sin esperar á más.

En aquel mismo instante cruzó por su cabeza un pensamiento en que hasta entonces no se habia fijado.

Reflexionó que no podia ir adelante, toda vez que ignoraba el camino que debia seguir.

Así, pues, se ocultó en el rincon más oscuro, con el fin de esperar la llegada de otro nuevo comitente.

No se hizo este esperar mucho, ni Daniel dudó en seguirle.

El que marchaba delante, cruzó las calles de Oviedo.

Llegó despues á una de las puertas que facilitaban la salida de la ciudad.

En breve se encontraron en el campo.

—Pero esta gente está loca; —decia Daniel, acomodando su paso al del que le precedia.

Así, uno detrás de otro, se acercaron insensiblemente á la torre de Santiago.

El que hasta entonces sirvió de guia á Daniel, entró sin detenerse un solo punto.

El paje no vaciló en hacer lo mismo.

Lo primero con que se encontró, fué una galería enteramente oscura en la cual solo podia entrar un práctico consumado.

Cualquiera otro que nuestro conocido, hubiera vuelto pasos atrás; pero él, muy lejos de esto, alargó con más seguridad las piernas hácia delante.

Ya iba á extender los brazos para reconocer en lo posible el terreno, cuando una voz que salió de en medio de las tinieblas, dijo enteramente á su lado:

—Munia.

—Santiago,—respondió más que de prisa el paje empuñando maquinalmente la daga que de su cinturon pendia.

Pero cuando trataba de proseguir su marcha, una mano le detuvo, diciéndole la misma voz que escuchó antes:—Deteneos, y entregad la contraseña.

—Tomad;—contestó el recién llegado, sacando la que poco antes le dieran, y entregándola á su vez al que se la pedia.

—Ahora,—añadió este,—podeis seguir; diez pasos de frente, y torcer á la derecha.

Y así lo hizo, encontrándose de repente en una habitacion pobre por lo desmantelada, é incómoda por lo fria.

Allí otro conspirador pidió de nuevo el santo y seña, indicando en seguida otra pequeña puerta que guiaba más adelante aún.

Una vez dentro, Daniel no pudo menos de quedar asombrado.

En un salon inmenso, lleno de magníficas arcadas y de costosos adornos, si bien todo ello maltratado por el tiempo, habia multitud de caballeros, recatados los rostros y hablando quedo, formados en pequeños corrillos.

La luz era poca, por cuya razon el sitio y los que en él estaban ofre-

cian un no sé qué de original y fantástico, que contribuía á hacer más imponente el motivo de tan numerosa reunion.

Veíanse cabezas que por sí solas descubrían la altivez de sus dueños, y á muchos nobles se les podia adivinar á través de sus anchos tabardos.

El paje les pasó revista uno por uno, abriendo desmesuradamente los ojos en muchas ocasiones, y ahogando en otras un grito de sorpresa que apenas acertaba á contener.

Así pasó una media hora escasa.

Al espirar, descorriéronse unas grandes cortinas que en el fondo del salon habia, y tras de ellas pudieron ver los conjurados una especie de trono, elevado del suelo como unos tres piés, teniendo á su derecha y á su izquierda cuatro sillones más bajos, y desocupados hasta entonces como el primero.

Á la par que esto, un caballero aparecia en lo alto del entarimado que dividia aquella parte reservada del resto del espacioso local.

Venia descubierto, y su vista causó no poca sensacion.

Era el conde Flavi.

El conde Flavi, alejado por espacio de quince años de la côrte, y tan variado, que sus mismos amigos tuvieron que hacer un esfuerzo para reconocerle.

Miró por breves instantes á la silenciosa asamblea, y con voz hueca y temblorosa en fuerza de la emocion que de él se habia apoderado,—señores, dijo; me cabe el honor de recibiros en mi pobre morada; quince años han pasado sin que muchos de nosotros nos hayamos visto; las calamidades que se agruparon sobre mí durante tan largo tiempo, hacen que mi conciencia se haya purificado, si es que alguna falta he cometido. Todos sabeis mi lealtad hácia los reyes y mis sacrificios por sostener el trono; y sin embargo, por las intrigas de un miserable se manchó mi nombre, y por la debilidad de un rey se lastimó mi honra. Cada cual de vosotros tiene una ofensa que vengar; cada cual debe una reparacion al país, sacrificado por la ambicion desmesurada de un noble mancillado, que ni repara en crímenes para afianzar su poder, ni economiza los atentados más violentos para cegar al desapercibido monarca.

El evitar su odioso y despótico gobierno es el objeto que aquí nos trae; si en mi creencia no me engaño, desde luego podeis hablar.

Al oir al conde Flavi, al ver que él era el primero á descubrir su rostro arriesgando antes que todos su cabeza si eran denunciados cerca de D. Vela, hicieron los demás lo mismo, apareciendo de repente los sem-

blantes de la mayor parte de los nobles y caballeros que por entonces formaban la corte de D. Ordoño.

Solo uno dejó de hacerlo, permaneciendo aislado y medio escondido entre las sombras.

Era Daniel.

Cuando el conde Flavi hubo pronunciado su ligerísimo discurso, uno de los de la asamblea se adelantó.

—Sí,—dijo,—nuestro propósito está bien claro, conde Flavi; las iniquidades que por el favorito pesan sobre el pueblo, hacen ya precisa de todo punto una determinación firme y enérgica, que acabe de una vez con los daños sin término que ocasiona. Esta conferencia debe demostrarnos los medios que tenemos para conseguir la idea hasta ahora concebida; nadie mejor que vos puede ponerlos de manifiesto.

—No,—añadió un tercero avanzando á su vez;—no es necesario que los explique, pues sencillamente se nos presentan; la nobleza entera de España está aquí reunida, y ¡vive Dios! que por sí sola bastaría, si tal lo decidiera, á derribar al miserable privado de D. Ordoño.

—Os haceis ilusiones,—repitió el que antes hablara;—D. Vela tiene hoy fuerza suficiente para contrarestarnos, y no debemos en su consecuencia aventurar un lance en el cual es muy posible que perdiéramos.

—Decís bien,—exclamó el conde Flavi;—vuestra razón es poderosa, aunque no todo lo que debiera, porque aún hay un inconveniente mucho mayor.

—Decid, decid;—prorumpieron los circunstantes.

—Escuchad, señores; si mañana se alzase el estandarte de la rebelión, por más que en su torno se agrupasen los más leales servidores del trono, estos quedarían como traidores si no contaban con un poderoso apoyo cerca del rey; nuestra causa sería la peor si no se presentaba como justa á sus ojos, y en tal caso, ¿qué habríamos adelantado? ¿De qué serviría este nuevo sacrificio?

—Pero entonces lo que esperais es un imposible, y una locura el intentarlo; ¿quién ha de sostener nuestra causa haciendo que á ella se incline el ánimo del soberano? La única persona que lo haría, ha desaparecido...

—Os engañais,—le interrumpió el conde;—nos queda otra más importante todavía; ved si con las fuerzas que reunir podeis nos es fácil rechazar las fuerzas del privado, que en cuanto á lo demás, yo os respondo del éxito.

Un murmullo sordo, pero intenso, recorrió todos los ángulos del dilatado salon.

—¡Fuerza!—añadió el primero que contestara á Flavi;—¿quién dudará que la tenemos? Yo no soy de los más poderosos, y sin embargo, ofreceré cincuenta ginetes que competirán ventajosamente con los de D. Ordoño; ofrezca cada cual lo que pueda, y el resultado explicará mejor que nosotros el éxito que deberá obtenerse.

Inmediatamente se pasó á hacer lo que el noble proponia, resultando de allí á poco que los conjurados contaban con un ejército, no solo capaz de destruir á D. Vela, sino tambien de poner en riesgo la corona.

Cuando este punto se creyó suficientemente aclarado, otro caballero se dirigió á Flavi.—Veamos,—le interrogó;—ya sabeis los soldados que podemos contar á nuestras órdenes; ahora, por lo tanto, os toca á vos; ¿quién es la persona que ha de secundarnos en el alcázar?

El conde dudó un momento; vacilante y luchando, tanto con el deseo de decirlo cuanto con el temor de dejar escapar un nombre de sus labios, titubeaba y temblaba al mismo tiempo sin resolverse á nada.

La pregunta iba á ser repetida.

Los conjurados aguardaban ansiosos.

Una puerta se abrió.

Un nuevo personaje gritó con voz sonora:

—La reina.

Y apareció doña Munia.

—¡Demonio!—refunfuñó el paje;—esto es más serio de lo que parece; ¿tambien la reina se anda en conspiraciones?

Y aguzó más los oídos.

Un levísimo rumor se levantó, para cesar de nuevo.

—Ved, señores,—dijo entonces el conde;—me pediais un nombre, y hé aquí que la reina viene por sí misma á contestaros.

—¡Viva la reina!—gritó por toda respuesta la asamblea, cual movida por un solo impulso.

—Gracias;—contestó doña Munia afectada por aquella demostracion de respetuoso cariño;—mis nobles pueden contar con la cooperacion de su reina, si es tal cual el mio su pensamiento.

—Señora;—se apresuró á expresar el conde Flavi,—todos los que en este momento tenemos la honra de estar en vuestra presencia, queremos la paz de vuestros reinos, la tranquilidad de vuestro esposo, y la caida de su infame privado.

—¿De qué fuerza disponeis para llevarlo á cabo?

—Contamos con un ejército, señora.

—Y si yo me encargase de ofreceros la ocasion de apoderaros del conde D. Vela, ¿cuál de vosotros se encargaria de la empresa?

Todos vacilaron un instante.

—¿Cuál?—volvió á preguntar la reina.

—Yo;—contestó un embozado cuyo rostro estaba cubierto enteramente con su manto.

Todos le miraron con la mayor sorpresa.

Hasta entonces no se habian apercibido de su presencia.

Nadie le conocia.

Tras la sorpresa, vino la curiosidad, y más tarde, la urgencia de conocer al incógnito conspirador.

D. Santos fué el primero que dió un paso para acercársele.

—¿Quién sois?—le preguntó en tono un tanto airado.

—¿No me conocéis, D. Santos?

—No; y mal puedo conoceros cuando aun en presencia de vuestra soberana, y faltando al respeto que le debeis, os cubris el rostro...

—No prosigais; yo no temo descubrirme en presencia de la benéfica doña Munia; si algun crimen hubiera cometido, me valdria como sagrado el permanecer aquí por su interés. Motivos muy altos me lo impiden: respetad mi deseo.

—Asegurais,—dijo doña Munia abrazando á aquel hombre con una mirada,—que estais aquí solo por interés mio, y yo quiero que os expliqueis.

—Es bien sencillo, señora.

—Decid, pues.

—Lo explica el objeto que nos trae.

—Podrá ser, pero yo no os entiendo.

—¿No se trata de la salud del reino?

—Sí.

—¿Y de la caida del favorito?

—Pero...

—Pues ved, señora, mi único propósito al ofreceros mi vida y mi espada; deseo, si me lo permitís, dar el primer paso para la perdicion de ese miserable.

—Cada uno de los que están aquí,—prorumpió colérico D. Santos,—es un noble; ¿entendeis? Y cada noble ofrece al trono, no su brazo y su espada, sino los elementos con que cuenta.

—¿Y qué elementos son esos?

—Existe caballero que ofrecerá á su reina hasta ochenta ginetes y peones, prontos á lanzarse á la pelea.

—Bien poco es: yo ofrezco á doña Munia doscientos soldados aguerridos, que se apoderarán de la capital llegado el caso, mal que pese á los ballesteros y hombres de armas del rey.

Todos le miraron al oír tal oferta.

Doña Munia fué la primera á romper el silencio.

—Y yo aceptaria gustosa, si para ello no fuera indispensable saber el nombre del que tal cooperacion promete á nuestra causa.

—Y decís bien, señora;—añadió D. Santos;—porque no basta que sus seguridades y propuestas sean más ó menos ventajosas; lo esencial es conocerle y saber de qué manera entró en este sitio, pues á él...

—Nadie me ha traído ni nadie me ha invitado; ¿qué quereis? Pero esa no es razon para impedirme que tenga un buen deseo, una voluntad tan firme como la vuestra, y una resolucion que no cambiará por nada en este mundo.

—Sí, pero vuestro nombre...—empezó á interrogar doña Munia.

—Perdonadme; no puedo revelarlo.

—¿Cómo es eso?

—Lo impide una causa poderosa.

—No os comprendo.

—Ni es fácil en verdad.

—Siendo así...

—Ved si soy leal; mandadme que ahora mismo me apodere de D. Vela, y vereis si yo sé cumplir lo que os he ofrecido; en cuanto á conocerme, si os soy fiel, no hace al caso.

—¿Pero quién me responde?...

—¿De mí? Os lo diré. Os responde ante todo, el odio que profeso al favorito.

—Yo lo ignoro.

—Y yo, señora;—afirmó D. Santos.—Este hombre ha entrado aquí de una manera extraña; su nombre es un misterio, y no seria difícil...

—Que fuese algun traidor, ¿no es esto? Pues bien, D. Santos; ya veis que yo os conozco; voy á daros una prueba de la confianza que me inspirais. Vos mismo vais á responder de mí.

—Y volviéndose á los demás y dirigiéndose especialmente á la reina, —estoy pronto,—dijo,—á revelar mi nombre á este caballero; pero á él solo; ¿os satisface esta prueba? Á ella sujeto el derecho que asistirme pueda para estar allí donde se trate de destruir la influencia de D. Vela.

—Me conformo,—contestó doña Munia;—podeis confiarle vuestro secreto; su parecer dictará mi resolucion.

Daniel se acercó á D. Santos.

—Oídme bien,—murmuró á su oído;—tengo elementos para abrasar á Oviedo y para vengarme de vos si por desdicha revelais mi nombre; como honrado y leal que sois, deposito mi vida en el fondo de vuestro corazon. Si alguno hay que odie más que yo al privado, decídmelo, y partiré de aquí. Ahora, miradme.

Y bajó el embozo.

—¡Vos!—exclamó D. Santos sorprendido.

—Sí, yo; pero tened presente que se me persigue, y que mi existencia pende del cuidado y secreto más exquisito.

—No prosigais,—le interrumpió el caballero;—hace algunas horas que sois dueño de mi amistad, y por lo tanto, podeis contar conmigo. Yo soy quien en realidad necesito de vuestro apoyo. Necesito hablarlos.

—Me tendreis mañana en vuestra casa. Ahora, concluyamos.

—Teneis razon. Señora,—prosiguió en alta voz dirigiéndose á doña Munia;—respondo del caballero, como puedo responder de mí mismo; dificilmente se puede encontrar un amigo más leal á nuestra causa, y un enemigo más implacable del favorito.

—En ese caso, que sea de los nuestros;—dijo doña Munia levantándose y disponiéndose á salir; luego añadió alzando la voz para que todos la oyeran:—Os reunireis aquí cada noche; Helbrando os dará cuenta de lo que en el alcázar se adelante.

La reina desapareció.

Los demás fueron desfilando poco á poco, hasta quedar desierto el gran salon.

El primero que salió fué nuestro caballero, que entró á buen paso en Oviedo, dirigiendo su rumbo á la Judería.

Al entrar en ella distinguió un bulto que hacia él venia; Daniel se quedó parado de repente.

Aquella figura le era muy conocida.

Con toda la rapidez de que era susceptible su vivísima imaginacion, oprimió su cabeza, evocó todos sus recuerdos, y sin duda aquella prueba le dió sus resultados, pues inmediatamente volvió piés atrás, siguiendo de lejos al nocturno paseante.

—No hay duda,—pensaba;—es el mismo, y él, sin remedio, debe tener algun antecedente que á toda costa necesito.

Y uno y otro, entretanto, proseguian su marcha, sin reparar el pri-

mero en que le seguian, y el segundo sin apartar de él los ojos ni un instante.

Así llegaron hasta la plaza del alcázar.

—Hola,—murmuró el caballero;—parece que vamos á la madriguera; no le hace; ofrecí no entrar en ese sitio más que con un objeto, pero esta vez y acaso por quebrantar mi propósito alcanzaré lo que me proponia.

Y siguieron.

El primero se dirigió á la callejuela que estaba al lado de palacio, y entró por una pequeña puerta que ya há tiempo conocemos.

El otro hizo lo mismo.

El personaje cuyo rostro aún no hemos visto, entró en una habitacion de la cual salió á poco rato, llevando en una mano una linterna, y en la otra hasta una docena de llaves de gran tamaño.

Su semblante podia á la sazón distinguirse.

Era Nuño.

Daniel, sin embargo de que se lo presumia, estuvo á punto de denunciarse lanzando una exclamacion de sorpresa.

Á duras penas se contuvo.

Mil distintas emociones agitaron su alma, presa en aquel momento de un vértigo indefinible.

Su cabeza ardia; sus pasos eran vacilantes; cien fantasmas horribles cruzaban y volvian ante sus ojos presentándole con sus negros colores una historia entera de fatalidad que en vano rehusaba recorrer.

Muchos años de martirio le recordaba Nuño.

Muchos años de fiera desesperacion y de acerbos dolores.

El reinadô de D. Ramiro se le ofrecia entero, cercado de desastres, de desgracias y de lágrimas.

Ante tan continuadas desventuras, la rabia de Daniel no tenia límites.

Su diestra apretaba la empuñadura de su daga, y hubo un instante supremo, en que ciego quiso lanzarse sobre Nuño y hundirsela en el corazon.

Pero ¿qué adelantaba?

Su propósito era descubrir la prision de Bernardo del Carpio.

Tal era su mision en la tierra, y él la queria cumplir aun á trueque de perder su propia vida.

En su pecho, en todo su ser no habia más que un fin, un deseo, una imágen, y esta era la de su señor, la del hijo del conde de Saldaña.

Por él se dominó de nuevo, y siguió sin respirar acaso, las huellas del servidor de D. Vela; de aquella especie de sima donde de mucho tiempo atrás venían sepultándose los más horrendos crímenes, confiados siempre á su puñal y á su astucia.

Bajaron estrechas escaleras; atravesaron tortuosas y largas galerías; descendieron por angostas y empinadas rampas, hasta llegar á un prolongado pasillo.

Eran las prisiones del alcázar.

Daniel no conocía aquellos sitios.

Acostumbrado un poco á la oscuridad, pudo distinguir á Nuño abriendo una maciza y férrea puerta, por la cual desapareció.

Su ansiedad crecía enormemente.

Fijándose más, vió al lado del calabozo que se acababa de abrir un gran nicho alto y profundo, que bien podía dar cabida á un hombre sin riesgo de que se le viese, gracias á la completa oscuridad que en él reinaba.

Sin pararse en más, se posesionó de aquel sitio, que le garantizaba una gran seguridad.

Pero le importaba ante todo saber el lugar en que se encontraba, y especialmente aquel en que Nuño había penetrado.

La puerta del que á Daniel se le figuró desde luego un calabozo, si bien no estaba cerrada por entero, no le permitía tampoco ver lo que dentro pasaba.

Pero si aquello era imposible, no lo era tanto el aplicar cuidadosamente el oído, y escuchar todo lo que en voz alta se hablase.

Así lo hizo, y el éxito colmó su deseo.

—Vamos,—decía Nuño;—no os impacientéis tanto, ¡por vida de mi abuela! cada día estais más incorregible, y esto ya cansa, creedme.

—¡Miserable!—dijo otra persona, á cuyo sonido el paje se estremeció; aquel acento, aquella voz, era sin duda la del infante Bernardo.

Lo que entonces pasó por Daniel no sería posible explicarlo.

Se necesitaria identificarse con él, para acertar á comprender el combate que en pocos minutos sostendría.

Ya imaginaba la resolucion que debería tomar, cuando los cerrojos sonaron, desapareciendo Nuño por aquel oscuro laberinto.

El paje quedó solo.

Solo con su dolor, con su deseo, con su pensamiento.

Ya vuelto en sí, y persuadido de que nadie en aquel sitio podría observarle, se decidió á hacer la última prueba.

A este efecto, se acercó á la puerta de la prision, y en ella dió un golpe con la empuñadura de su daga.

Nadie le contestó.

En su consecuencia, repitió con más fuerza la señal.

Reinó el mismo silencio.

Entonces, aplicando ambas manos á la boca, y esta á la cerradura de la puerta,—señor,—dijo;—si por acaso reconoceis mi voz á través de los años y de la desgracia, respondedme; respondedme por compasion.

Algunas pisadas resonaron en el interior del calabozo, á la vez que las palabras del caballero.

El preso, por lo que aquel pudo comprender, estaba en la puerta.

—¿Quién sois?—preguntó despues con apagado acento.

—¡Oh! ¿no me conoceis? ¿no conoceis mi voz?

—Sí, en mi oido resuena como un antiguo y buen recuerdo; pero esta puerta... ¡ah!... esta puerta es sobrado gruesa para que llegue á mis oidos clara y distinta.

—Sin embargo, señor, fijaos bien; solo un hombre os ha sido leal en el espacio de doce años; reunid vuestras ideas; consultad vuestro corazon, y él os dirá que soy...

—¡Daniel!—gritó el preso con voz potente que resonó en los ángulos del calabozo; ¡Daniel! repitió.

—El mismo, señor; el mismo, que despues de tanto tiempo os encuentra, y que despues de ese tiempo, va á salvaros al fin.

—¡Gracias Dios mio!—Murmuró el del Carpio cayendo de rodillas.

—¡Ah, señor! ¡Cuánto habreis sufrido; cuán mudado estareis!

—El cuerpo, Daniel, se ha quebrantado un poco; pero mi alma es la misma, como verás en la hora de la expiacion. Pero dime, ¿qué has hecho tú?

—Buscaros.

—Y hasta ahora...

—Fué imposible descubrir vuestra prision; mis desvelos, mi infatigable afan, mi incesante trabajo, se estrellaron en el misterio que os viene rodeando, en el impenetrable secreto que respecto de vos se guarda.

—Te creo, buen Daniel, te creo. Pero dime; ¿nada más tienes que anunciarme?

—Sí, señor, mucho más; Ildaura ha estado á mi lado todo este tiempo, y os espera.

—¡Pero cómo podré salir de aquí, cómo, Dios mio!

—Dejad eso á mi cuidado, y confiad como siempre en mi lealtad.

—Sí, Daniel; no repares en nada para salvarme; si eso sucediera...

—Podeis estar tranquilo; ahora me vais á permitir retirarme; mañana repetiré mi visita.

Y con mil protestas á cual más expresivas, se despidieron hasta el siguiente dia.

Daniel buscó la salida.

Subió la primera rampa que se ofreció á su vista.

Á fuerza de trabajo, logró llegar hasta la escalera, por donde en un principio bajó.

Al pisar el último peldaño, Nuño, que salía de la misma habitacion en que le vimos entrar hacia poco tiempo, fijó en él sus ojos con tanta insistencia, que Daniel apresuró su marcha saliendo á escape de palacio.

—¡Hum!...—refunfuñó el buen servidor del privado;—juraria... pero ¡quíá! no puede ser: sabe Dios dónde estará á estas horas; aunque no seria difícil... Por si acaso, pondrélo en conocimiento de mi señor, y que él tome sus medidas, porque á decir verdad, ese paje es el diablo en persona.

Y corriendo los cerrojos y guardando cuidadoso la llave, se encaminó á casa de D. Vela.

CAPÍTULO XIV.

Explicaciones.

—El rey.—Anunciaba un criado de palacio en la puerta de la cámara de doña Munia.

Esta se levantó para recibirle.

Estaba pálida.

Sus ojos empañados explicaban claramente que acababa de derramar algunas lágrimas.

Una ligera convulsion decia, más alto aún que su deseo, lo que en aquel instante padecía.

Entró D. Ordoño, y su emocion no se le pudo ocultar.

Cogió una de sus manos, y el temblor que la agitaba le demostró que la reina sufría mucho.

Miróla fijamente por espacio de algunos segundos, y en seguida con amoroso acento,—sentaos,—le dijo;—sentaos, y decidme lo que os pasa; encuentro en vuestro semblante la huella de un dolor para mí desconocido, y esto me pesa, Munia. ¿Tal vez os he faltado involuntariamente? ¿Habré yo sido causa de ese pesar que definen vuestros húmedos ojos? Decidlo por favor, porque os juro que me teneis en la mayor ansiedad.

—Callad, Ordoño; no me preguntéis la razon de mi pena; verdad es que sufro; yo no puedo mentir; pero mi pecho devora en silencio su amargura, y ni me quejo de vos, ni tampoco de mi mala estrella.

—No os comprendo, señora; ¿acaso se os ha disgustado por causas

á mí ajenas? ¿Habré dado motivo sin saberlo, para que se enturbien vuestras brillantes pupilas á fuerza de llorar? Esto no lo creo; siempre amante me veis; siempre fiel á la fé que os he jurado; si alejado estoy de vos, culpado á nuestros pueblos, que el tiempo me arrebatan; pero no á mi voluntad, que entera es vuestra.

—Os suplico que ahorreis explicaciones; un rey no debe darlas, y mucho menos vos que estais rodeado de tan graves asuntos; dejad que yo esprima el corazon en mi retiro, mientras que vos dirigis los asuntos de vuestro reino.

—¡Teneis celos, Munia!

—¡Celos!... ¿Y de quién? ¿Existe en la tierra mujer alguna que pudiera despertarlos en mi alma?

—Ciertamente que no.

—Pues entonces, ¿á qué lo preguntais?

—Cuando se ama...

Y D. Ordoño quiso coger de nuevo una mano, que doña Munia retiró.

—Segun eso, vos me amais, D. Ordoño.

—¿Cuando pudisteis dudarlo?

—Nunca; pero me permitireis que os haga una pequeña observacion.

—Decid.

—¿No temeis decir en alta voz esas palabras?

—¿Y por qué?

—Repasadlo en vuestra mente.

—No os entiendo.

—Creo que sí, D. Ordoño.

—Hacedme el favor de explicaros.

—Me explicaré.

—Pensais...

—Que en vuestro pecho se alberga otro amor á más del que á mí me concedeis.

—¿Qué decis?—Interrogó el rey mudando de color;—¿cuál es ese cariño?

—El que consagrais á vuestro privado.

—Por Dios, Munia; ¿es posible que digais...?

—Oidme, señor, y ya que de esto hablamos, ved al menos lo que pasa en mi alma, por más que luego hagais aquello que mejor os parezca; me preguntais si siento esa afeccion que os une al conde D. Vela. Me duele, y mucho; seríame indiferente, si esa ofuscacion que por él sentís no trajera consecuencias terribles; pero esto no sucede: ese hom-

bre hace la desgracia de nuestros pueblos, y al cabo logrará que el odio, el rencor que hácia él guardan nuestros súbditos, se levanten hasta el trono que ocupa un rey querido, del cual esperaban su entera salvacion.

—Munia, por Dios; sabeis que me disgustan estas conversaciones, que tienden por lo comun á indisponerme con el hombre que gobierna mis estados; así, pues, hablemos si gustais...

—No, D. Ordoño, porque no es esto solo lo que tengo que deciros; yo pasaria gustosa las faltas de ese hombre si no comprendiera que su pensamiento va más allá de los negocios públicos.

—¡Qué decis!

—Sí; llegará un dia en que no solo sacrificará vuestra corona alejándoos de todos aquellos nobles que os aman, sino que tambien me robará vuestro afecto, haciendo que vuestro corazon sienta por mí la más fria indiferencia.

—Callad, callad, Munia; no sabeis lo que esas palabras significan.

—Significan la verdad, Ordoño; significan que comprendo las maquinaciones de vuestro favorito.

—Y yo repito que os equivocais.

—Acaso sea verdad; pero entonces no soy yo sola: se equivoca tambien la côrte; se equivoca el reino entero.

—Pues bien, todos se engañan; tal vez con una dañada intencion que no comprendo, quieren desprestigiar al conde y arrebatarlo de mi lado.

Excusado seria decir que el rey estaba muy lejos de sentir los conceptos que expresaba.

Él conocia el mal estado de España.

Comprendia que su esposa tenia razon.

¡Pero cómo decírselo!

¡Cómo confiarle el secreto que cuidadoso guardaba, y del cual hizo depositario al mismo que tan sin compasion acusaba la reina!

Esto no podia ser.

Si de una parte veia lo justísimo de las observaciones que se le hacian, de la otra consideraba un capricho convertido en deseo, y que crecia al par que los inconvenientes de que se veia rodeado.

Por esto y nada más, adoptó como sistema el defender en aquella ocasion al conde.

—Concluyamos,—añadió doña Munia á la resuelta contestacion de su esposo;—vos quereis dar por patrimonio á vuestro ministro la salud de

vuestros pueblos, la tranquilidad de vuestra familia, vuestra misma honra tal vez.

—¿Estais en vuestro juicio?

—Porque lo estoy os lo digo; no ignoro lo que proyecta ese hombre funesto; sé bien que trata de sustraeros á mi cariño; estoy enterada de todo; pero yo os juro que me opondré á sus malvados designios.

—¿Pero qué es lo que sabeis, Munia? ¿Os he ocultado algun secreto mio?

—Mejor que yo lo sabeis.

—Os extravía vuestra misma exaltacion.

—Os engañais, Ordoño.

—Estoy seguro de ello.

—De lo que vos estais seguro es de que os digo la verdad de cuanto está pasando.

—Os ruego que no hablemos más de esto.

—Yo no puedo ocuparme de otra cosa.

—Apurais mi paciencia.

—Es que vuestro amor es para mí lo primero.

—Jamás dejé de sentirlo.

—Hasta hoy no; pero no lo sentireis mañana.

—No estais en vos.

—El conde llegará á conseguirlo.

—Os repito que no tengo calma para seguir tratando esta cuestion.

—Siento deciros que no me será posible ocuparme de otra.

—En ese caso, os dejo.—Y se levantó en un acceso de despecho, disponiéndose á salir.

—Señor, podeis hacer lo que os plazca; os he hablado con el mejor deseo, y os habeis negado á escucharme; os doy un buen consejo, y lo despreciais; os pido un pequeño sacrificio, y todo lo preferís con tal de no hacerlo.

El rey arqueaba y fruncia las cejas, señal inequívoca de que estaba terriblemente contrariado.

Á las últimas palabras de la reina, avanzó hasta la puerta, abriéndola de golpe.—Cuando esteis más razonable,—dijo,—vendré de nuevo á ofreceros mis respetos.

Y salió.

Mientras que á su cámara se encaminaba, Nuño corria á casa de don Vela, que ya por su parte se preparaba para hacer una visita al rey,

Entró el buen servidor, y no sabemos si por la expresion especial de su fisonomía ó por lo extraordinario de la hora en que se presentaba, conoció el valido que ocurría alguna novedad.

Ello es lo cierto que al verle preguntó con viveza:

—¿Qué sucede?

—Poco, señor, pero importante.

—Habla, pues; ¿qué te detiene?

—Solo el temor de haberme equivocado, y de que podais por lo tanto acusarme de torpeza.

—Al asunto Nuño, dime el objeto de tu venida.

—Conste, señor conde, que yo tengo mis dudas.

—Acaba con dos mil de á caballo, que me estás consumiendo con tu calma.

—Pues os lo diré sin más ambages; hace poco salia yo del alcázar, de visitar á nuestro antiguo prisionero, cuando delante de mí, con el rostro muy tapado y con ligero andar, vi deslizarse una sombra, que á decir verdad...

—¿Qué?

—Me da mucho en que pensar, señor.

—La razon, Nuño.

—En otro tiempo, ese mismo sugeto nos dió que hacer más de lo necesario.

—Pero ¿quién es?

—El paje de Bernardo del Carpio.

—Eso es imposible; te has equivocado.

—Podrá ser; pero se parecen como dos gotas de agua; ya sabeis que soy buen fisonomista.

—¿Se habia de atrever á venir á la côrte, sabiendo la suerte que en ella le esperaba?

—No es el paje hombre que repare en esas cosas; si ha descubierto que el infante esta aquí, de seguro que intenta alguna de las suyas para libertarle.

—Aun dado caso que así fuera, ¿qué habia de conseguir?

—Mas si es cierto lo que yo os digo, ¿por qué no tomais alguna medida que deje á salvo mi responsabilidad?

—Lo haré como desees, ya que tal es tu temor.

—No lo tendria, á no conocer al hombre de quien se trata.

—Pues mira, para quitarte todo recelo, voy á poner á tus órdenes seis ballesteros; con su apoyo, puedes convencerte de cuanto quieras;

se emboscarán en tu misma habitacion, y cuando haya entrado esa persona, si es que vuelve, se colocarán en la puerta del alcázar, reconociéndole en tu presencia.

—Es cuanto necesito, señor.

—Pues retírate, y está tranquilo, que mañana conocerás á ese hombre.

Y Nuño, confiado en la promesa del conde, se alejó de allí, dando sin embargo cien vueltas en su mente á aquella repentina aparicion, que lo ponía en un cuidado harto grave.

D. Vela se dirigió entretanto á la cámara de D. Ordoño.

Encontróle triste, y esto, á la verdad, hizo que en su corazon despertase de nuevo la incertidumbre.

—El cielo os guarde;—pronunció con voz un tanto indecisa.

—Y á vos, D. Vela. Habeis tardado más de lo regular.

—Difíciles asuntos, señor, han ocupado mi atencion hasta este momento.

—¡Siempre vuestros negocios! ¿Y no son antes los míos? Aislado como estoy, ni aun en las horas de mayor disgusto encuentro un corazon amigo que sepa consolar mis penas.

Cualquiera que hubiese podido leer en el pecho del monarca, hubiera alcanzado fácilmente el sentido de sus palabras.

Ellas revelaban todo el sentimiento de que entonces estaba poseído.

Porque el rey, sin embargo de sus caprichos, de sus deseos, de la debilidad de su alma, y de la malhadada influencia que D. Vela sabia ejercer en su ánimo, amaba á su esposa por instinto y por naturaleza.

La amaba, porque era un ángel de virtud, de bondad y de mansedumbre.

La amaba, porque sus mejores sueños, sus horas de placer y la tranquilidad de su espíritu, muchas veces nacian para él de aquella Munia tan bella como amable, tan cariñosa como santa. Por fuerza D. Ordoño, en medio de sus extravíos, habia de sentir un cruel remordimiento.

Pero la naturaleza es débil, y en los reyes más débil aún.

Sobrado sabemos lo que son esos seres oprimidos por una pesada atmósfera, encerrados en un círculo de hierro, sin luz y sin horizonte, que las más veces carecen de voluntad porque la depositan de buen grado en el más ruin de sus cortesanos, que los lanzan sin gratitud ni miramiento de desventura en desventura, de precipicio en precipicio.

Y entonces... ¿de qué servirá el remordimiento?

¿De qué le servia á D. Ordoño estar unido á una mujer casta, amante y hermosa?

Serviale de mayor tortura.

Serviale de punzante aguijon, porque al cometer una falta, se le hacia más negra y criminal, cuanto más seguro estaba del dolor que por ella devoraria su esposa.

Esto, unido á que como antes dijimos, la amaba allá en el fondo de su corazon, tenia al monarca perplejo y disgustado, figurándosele un siglo cada segundo que pasaba sin tener á su lado al favorito, único que acertaba con sus malos consejos á tranquilizarle un poco.

Y esta era una nueva lucha para el rey.

Sabia que D. Vela le engañaba.

Sabia que su perdicion estaba eslabonada, por decirlo así, á aquella alma perversa; y sin embargo, el auxilio que le prestaba era un lenitivo en tales ocasiones, porque su cinismo le hacia ver como cosa sencilla y pasajera lo que acaso constituia un crimen.

En tal estado, el rey prosiguió:

—¿Sabeis, D. Vela, que por solo un capricho deseo conocer á esa dama de que há poco tiempo nos ocupamos?

—¿Y bien?...

—Vos mismo avivásteis este deseo, pintando el asunto como la cosa más pueril; no obstante, ¿creeis que esto podria mañana reportarme la alteracion de mi paz doméstica?

El conde miró al rey con el fin de averiguar por su semblante el objeto de aquella pregunta.

Bien pronto conoció que era una cosa natural y sin consecuencias.

—No comprendo,—dijo entonces,—lo que quereis decirme.

—Si por un evento se descubriese; si interpretando mal nuestro propósito, se dijese que el rey andaba en amorosas aventuras descuidando sus más santos deberes...

—¡Oh! no prosigais, señor; ni el pueblo se apercibe, ni vos faltais á vuestras obligaciones sagradas.

—Explicadme eso;—exclamó más animado D. Ordoño.

—Es bien sencillo; no es amorosa ni mucho menos la aventura á que os referís; quereis probar mi actividad en todos los negocios, y para ello pedís que se descubra la morada y el nombre de una mujer enteramente desconocida para mí; yo lo averiguo, pero para convenceros de la verdad, necesitais cotejar las personas y ver palpablemente si vuestro ministro se ha equivocado. ¿No es cierto?

—¡Vaya si lo es! ese mismo es mi argumento; proseguid, proseguid.

—Pero supongamos ahora que fuéseis más allá; concedamos que un capricho de amor os impeliese hacia esa dama. ¿Se os podría acusar por esto de la más ligera falta? ¿No sois un buen rey y un buen esposo? ¿No sois tan buen padre de vuestro pueblo como de vuestra familia? Cubriendo con esto las apariencias, nadie tendría el derecho de acusaros; repito que esta es una suposición, señor; pero aun siendo la realidad, jamás pasaría de lo que os he dicho.

—Teneis mil razones conde; ¡ah! esta cabeza mía es mi más capital enemigo; aquí me teniais sumido en mil cavilaciones, imaginándome cuando menos el más pequeño y ruin de todos los hombres.

—Mal hecho, señor; muy mal hecho; si dais en pensar en tales cosas, conseguireis quebrantar vuestra salud y perder por entero vuestra tranquilidad; procurad dominar el espíritu, y alcanzareis la calma que tanta falta os hace; entretanto, os daré yo cuenta de mis últimas averiguaciones.

—Sí,—dijo el rey;—ocupémonos de asuntos que nos distraigan.

—He estado en la Judería.

—¿Y habeis logrado...?

—Nada por hoy; aquella casa parece cosa de encantamiento; pero si sale bien un proyecto que tengo aquí, en mi mente, poco tardaremos en conseguir nuestro empeño.

—Decidme qué pensais.

—Permitidme que por ahora me lo reserve. Es un plan en embrion que al par que puede darnos un buen resultado, puede fracasar, y dejarnos por lo tanto sin ninguno. Así pues, señor, hacedme la merced de respetar mi secreto, y ateneos solo á la consecuencia que pueda producir.

—¡Oh!... sois terco.

—Lo que soy, señor, es vuestro servidor más fiel.

—Ya lo sé, y voy á daros una prueba, fiándome en un todo en lo que me decis; trabajad de la manera que creais más acertada, con la única condicion de que no tarde mucho ese resultado de mí tan apetecido.

—Descuidad; acaso venga antes de lo que vos creeis.

—Allá lo veremos.

En aquel momento uno de los funcionarios de palacio entró en la cámara, y puso en manos de D. Ordoño un pergamino.

—¿Quién le ha traído?

—Un caballero, indicando que su contenido es de gran importancia para el rey.

Este abrió el pliego.

El favorito demostró en su fisonomía la ansiedad que para él encerraba aquel incidente tan insignificante en la apariencia.

Pero no había remedio; el monarca lo había leído.

Solo contenia estas palabras: «Mañana, en Santa María.»

Los ojos de D. Ordoño brillaron con tal expresion de contento, que el conde no pudo menos de apercibirse.

—¿Qué será?—Se preguntó.

Pero las indagaciones que se preparaba á hacer quedaron frustradas, pues el rey, dominando acto continuo su repentina emocion,—id,—le dijo;—procurad averiguar lo que tratado tenemos, pues ya sabeis cuánto D. Vela, me importa.

—¿Y nada más teneis que encargarme?

—Nada más por ahora.

—Segun eso, ¿puedo retirarme?...

—Sí, conde; yo tambien necesito descansar; los negocios me abruma, y quiero olvidarme de todo por algunos momentos.

—Siendo así, señor, que el cielo os guarde.

—Hasta mañana, conde.

Y este se alejó del alcázar, mohino y disgustado.

El pliego que levara D. Ordoño le daba en que pensar, sin poder explicarse la razon.

CAPÍTULO XV.

Deducciones.

Á la hora de costumbre, Nuño hizo su visita á los prisioneros.

Al entrar en el calabozo de Bernardo del Carpio,—ahí teneis vuestra cena,—dijo, disponiéndose á salir del calabozo.

—Espera, si es que existe en tí un resto de humanidad;—dijo el prisionero.

—¿Qué me quereis?—replicó el otro con avinagrada voz.—Os he dicho y os repito una vez más que me está prohibido hasta el hablaros, é incurso en grave responsabilidad infringiendo mi consigna.

—No temas que insista en mis antiguas pretensiones. Sé que mis ofertas se estrellarán en el glacismo de que haces alarde. Y sin embargo, más de un noble envidiaria tu fortuna si me abrieras las puertas de esta prision.

—¿Qué quereis? Estimo más mi cabeza que todo el oro que pudierais darme. Cada uno ve las cosas á su modo, y yo las miro por el lado que me trae más cuenta.

—Está bien; sé que nada conseguiré de tí. Pero toda vez que mi desgracia no tiene remedio y que este encierro ha de ser mi tumba, exhalando entre sus sombrías paredes la escasa vida que me resta, sepa yo al menos en que época vivo al presente.

—Á nada conduce vuestra curiosidad; el recuerdo del tiempo pasado seria un nuevo tormento para vos. Y ya que no me es dado mejorar vuestra suerte, tampoco quiero agravarla haciéndome más odioso á vuestros ojos.

Sobrado tengo con ser vuestro carcelero.

—Ya sé que tú eres solo un instrumento del que te manda; por lo mismo, mi indignacion no llega hasta tí.

Deseo solo saber si reina aún D. Ramiro; si el infame D. Vela sigue siendo su favorito.

—Dispensad, no contestaré á vuestras preguntas.

—¡Hombre de mármol, corazon de nieve! ¡qué pierdes por tener un poco de condescendencia hácia un desgraciado!

—Pierdo, cuando menos, el tiempo que me es necesario para cumplir mis deberes. Así pues, buenas noches, y que el cielo os ayude.

Tal contestó el endurecido guarda de las prisiones, acompañando á sus palabras un brusco movimiento.

Seguidamente salió del calabozo, que cerró con escrupuloso cuidado.

—Oye, espera;—gritó el prisionero indignado de tanta rudeza. Pero sus palabras fueron á estrellarse en la puerta del calabozo, cuyos cerrojos hacian sentir su estridente chirrido al rozar por las argollas á que se ajustaban.

—¡Huye, miserable, huye!—clamaba el preso con voz ahogada por el coraje.—Corre y dí á mis verdugos que aún respiró y tengo alientos para maldecir su aborrecida memoria.

¡Cobardes, asesinos! hé aquí la obra de vuestras manos.

Ved qué resta del hombre á quien nunca os atrevísteis á mirar cara á cara.

Guardadlo bien, porque si llega á verse libre, os aplastará bajo sus piés cual ponzoñosos reptiles.

¡Ay de vosotros si vuelvo á dar al aire mi bandera! ¡No sucederá por mi daño! Teneis aprisionado al leon, y estais á cubierto de sus garras.

Aumentóse en un instante la lividez del preso, y cayó desvanecido sobre su lecho.

Sus débiles fuerzas no pudieron resistir la sobreexcitacion que de él acababa de apoderarse.

Dejémosle en tal estado, y trasladémonos al contiguo calabozo.

Allí está el conde Sabiniano, de frente al carcelero, que á la sazón acababa de penetrar en el encierro.

Su aspecto ante el conde era un tanto respetuoso.

Acaso la posicion de su prisionero en la côrte le obligaba á ello, temiendo el instante en que recobrase su libertad.

Quizá las instrucciones que acerca de él tenia no eran tan severas como las que hacian referencia al del Carpio.

—Señor,—dijo,—como habeis comido tarde, venia á preguntaros lo que quereis tomar en la presente noche.

—Nada necesito,—replicó el conde;—sobrado tengo con la frugal comida que me has servido. Dime: cuando en estas prisiones se encierra á un hombre, cualquiera que sea su gerarquía, ¿pasa mucho tiempo sin que se le diga cuál es su delito y se oiga su exculpacion y defensa?

—Eso es segun y conforme, señor.

—No te comprendo. Habla pues, y cuenta con mi gratitud.

—Poco puedo deciros, señor conde, porque es severa mi consigna. Pero nada aventuro al aseguraros que hay ocasiones en que con la misma facilidad se arresta á un individuo que se le pone en libertad, sin decirle cosa alguna.

—Y dime; ¿es permitido saber el sitio en que me encuentro?

—Es imposible: va en ello mi cabeza.

—Bien está. Presumo por lo menos que hay otros presos no lejos de mí, porque juraria haber oido una cosa á manera de quejidos.

El conde trataba por este medio de recoger datos que le aclarasen en lo posible el extraño rumor que en la noche anterior llegara á su oido, y que no se habia vuelto á repetir hasta aquel momento.

Pero suspicaz en todo, procuró desvanecer toda sospecha en su carcelero.

—En efecto, no os habeis equivocado en vuestra creencia, pues en la próxima estancia existe há largo tiempo otro preso.

—Todo es relativo en este mundo; al que pierde la libertad, los dias le parecen años.

—Doce hace ya que ocupa su encierro el preso del número 2.

—¡Doce años de prision!—exclamó asombrado el conde.

—Ni más ni menos.

—¿Tan grave es su delito?

—Es reo de lesa magestad.

—¿Y su nombre?

—Es un secreto de estado.

—Guarda pues tu secreto;—dijo el conde Sabiniano con aparente indiferencia, si bien en su interior se habia despertado cierto interés por el desconocido.

—Si me dais vuestro permiso...

—Puedes retirarte cuando quieras.

—El cielo os guarde, señor.

—Él te dé su ayuda.

Salió el carcelero, cerróse la puerta, y todo quedó en profundo silencio.

El conde, con los brazos cruzados y la barba inclinada hácia el pecho, recorría su prision del uno al otro lado, absorto en hondas meditaciones.

Sus pasos eran lentos y acompasados.

—Grave es mi situacion, sin duda alguna,—dijo.—¿Pero qué es ella si la comparo con los tormentos del infeliz que aún respira al otro lado de ese muro?

¡Doce eternos años de cautiverio, soportados dia por dia, hora por hora, minuto por minuto!

¡Cuántos ratos de agonía habrán pasado por él!

¡Infeliz, infeliz!

Doce años son toda una vida. La vida de un hombre, su suerte, su fortuna.

Hace doce años, tenia en Oviedo su córte el rey D. Ramiro, y entonces como ahora D. Vela era el privado del monarca.

Veamos; recorramos la memoria de aquellos tiempos de continuas revueltas.

Ellos tal vez me den luz, aunque vaga, respecto de ese preso.

Lancémonos en el terreno de las suposiciones y conjeturas.

Así decia invocando sus recuerdos y entregándose á profunda meditacion.

Pasados unos instantes continuó:

—Una figura colosal, la primera sin duda alguna de aquella época, se presenta á mi memoria.

Ella fué blanco de mil intrigas y persecuciones, y desapareció de la escena política de una manera imposible de aclarar.

Acaso el prisionero...

Pero no puede ser.

¡Tan bárbara venganza con un hombre cual él! Se me resiste creerlo.

El veneno ó el puñal darian fin á su existencia.

Sí, esto es lo más probable en sus implacables verdugos.

Pero si no es él, ¿quién puede ser este preso?

Un criminal cualquiera habria sido ya juzgado.

Por otra parte, su nombre es un secreto de estado. Así lo ha dicho el miserable que acaba de salir de aquí.

Luego es un reo de importancia.

¡Ah! ¡si fuese él, Dios mio!

¡Doce años! Es precisamente la fecha en que desapareció.

¡Cuán terrible es la duda!

Pero si la Providencia conserva sus dias, ¡de qué puedo servirle, misero de mí, en la impotencia á que me veo reducido!

¡En qué circunstancias llego á descubrir su existencia!

¡Compadeceos, Señor, de él y de mí!

¡De él tan animoso, tan leal, tan caballero!

Ante sus penas olvido yo las mias, y...

Repetidos golpes dados en el sitio mismo que la noche anterior vieron á interrumpir los pensamientos del conde.

Los golpes continuaban y se hacian cada vez más perceptibles.

No cabia duda: el preso trabajaba con el intento de abrir brecha en el muro.

CAPÍTULO XVI.

La emboscada.

La fisonomía de Daniel tomaba cierta maligna expresión siempre que su mente concebía algún plan, que como suyo, era las más veces arriesgado.

Á medida que su desenlace se aproximaba, era más visible la expresión que en él se distinguía.

Á juzgar por tan ligero precedente, no cabía duda de que algún acontecimiento de importancia se aproximaba en la ocasión de que nos ocupamos.

Jamás Daniel dudaba de sus empresas, por árduas que fuesen.

La fortuna había coronado siempre su proverbial temeridad.

Fiado en ella, se lanzaba con ánimo tranquilo y resuelto, con la seguridad de vencer obstáculos y allanar dificultades.

En el momento á que nos referimos, dirigíase presuroso, cruzando plazas y calles, al alcázar real, donde penetró por la misma puerta que ya le vimos entrar en la noche anterior.

Pocos minutos después salió de su habitación el carcelero Nuño, seguido de seis hombres de mala catadura y siniestro continente.

Aquellos hombres se pusieron en acecho á la parte de afuera de la puerta misma por donde el paje acababa de desaparecer.

¿Cuál era pues su intento?

¿Acaso Daniel había sido descubierto, y se le preparaba una asechanza?

Crítica era su situación si tal sucedía; pues aun en el supuesto de que

seis bravos mandados por Nuño no fuesen número que inspirase gran inquietud al paje, la verdad es que sus proyectos fracasaban no pudiendo continuar sus furtivas visitas al alcázar.

Otros cuatro hombres se dejaron ver en la callejuela, ocupando sus opuestas esquinas.

Sus miradas recelosas y precavidas decían de una manera ostensible que su presencia en aquellos sitios no era casual.

Favorecidos por la oscuridad, y pegados á las tapias cual si en ellas estuviesen incrustados, permanecieron inmóviles.

La tostada tez de sus semblantes, su apostura y sus largos y poblados mostachos, no dejaban duda de su profesion.

Aquellos cuatro hombres eran soldados sin duda alguna.

¿Á quién servían pues? ¿Qué esperaban?

Cosa es esta que no hemos de tardar en saber, á poco que continúemos nuestra narración.

Es lo cierto que ni Nuño ni los suyos se apercibieron de su presencia por entonces.

Dejemos que cada cual ocupe el lugar en que le tenemos colocado, y sigamos á Daniel.

Cruzando corredores, atravesando galerías y bajando rápidas y multiplicadas escaleras, logró por fin, no sin gran dificultad, llegar á la prisión del infante.

Tomó aliento y llamó á la puerta del calabozo.

—Soy yo, señor,—dijo despues aproximando sus labios á la cerradura.

¡Daniel!—contestó el del Carpio;—te esperaba impaciente, lleno de zozobra el corazón.

—Dad lugar en él á la esperanza. Acaso no tarde en sonar la hora de libertad para vos.

—Difícil lo creo, si no imposible. En tí cifro mi esperanza, y siento renacer mi vida al oír tu voz en estos lugares solitarios.

¡Pero quién me asegura que no serás al fin descubierto, y que tu empresa no fracase por mi mal!

—Fío en mi buena estrella, señor.

—Y yo temo por tu vida, Daniel.

—¿Qué es mi vida sin la vuestra? En este mundo de falsía, donde es preciso estar en guerra continua con los miserables que tienen vinculado el poder en sus manos, nada quiero sin vos. Ó vivo á vuestro lado. Ó cubierto con la losa de vuestra tumba;—dijo el noble paje, despren-

diéndose de sus párpados ardiente lágrima de profundo reconocimiento á su bienhechor.

—No, Daniel, no. Es preciso vivir. Vivir por ella; vivir para vengarme si al fin sucumbo en lucha tan desigual.

—Venceremos, señor, no lo dudeis. El cielo nos dará su ayuda.

—Largos años he pasado invocando su auxilio;—replicó el infante con voz dolorida.

—Es que la justicia diyina da á veces treguas á la perversidad de los hombres. Pero aunque esta prevalezca algun tiempo, vencen al fin las causas santas y justas.

—Así lo creo, y solo esta esperanza ha dilatado mi amarga vida hasta hoy.

—Esperad, señor; el momento se acerca, y el éxito no es dudoso á lo que presumo. Me ocupo de vos sin tregua ni descanso, y llegado el instante apetecido, cuando sea necesario obrar con energía, estad firmemente persuadido de que no he de dejaros nada que desear.

El paje desprendió en esto la dagá de su cinto, é introduciéndola por debajo de la puerta, prosiguió:

—Acaso tendreis necesidad de hacer uso de ese arma. Guardadla, y en todo evento servios de ella; en vuestras manos, debe ser fatal para vuestros verdugos.

—Gracias, mi buen Daniel. ¡Quiera el cielo que en mi salvacion no haya derramamiento de sangre! ¡Harta corrió ya por la ceguedad de mis implacables enemigos!

—Ellos fueron siempre sedientos de la vuestra.

—Y sin embargo, han respetado mi vida.

—Porque así os dan más dura muerte.

—¡Es verdad!

Pronunciadas estas palabras, llegó á oidos de Daniel el rumor de lejanos pasos.

—Gente se acerca, —dijo.—El cielo os guarde, señor; debo partir para no ser descubierto.

—Adios, pues, y él te ilumine. ¿Cuándo volverás?

—Pronto; mas no me es dado deciros en qué instante.

Rápido como el viento subió la escalera próxima el intrépido paje, y al vencer el último escalon descubrió á lo lejos varios hombres de armas, que marchaban con paso lento y uniforme.

Era la ronda que hacia el primer cuarto de servicio.

Ocultóse Daniel, y dejólos pasar para seguir tras ellos luego que des-

aparecieran, pues recorrían en aquel instante los sitios que él debía atravesar.

Á poco se extinguió por completo el eco de la marcha que repetían en direcciones opuestas las espaciosas bóvedas de aquellas galerías.

Seguro de no ser descubierto por entonces, prosiguió su camino, lanzándose en el intrincado laberinto que ya el lector conoce.

Por fin distinguió la puerta de salida, y se dispuso á salvarla para dirigirse á la callejuela en que dejamos á Nuño con los demás que le acompañaban, y á los otros cuatro que se apoderaron de las opuestas esquinas.

Ya se disponía á marchar, cuando vió á pocos pasos de él hasta unas siete sombras que se deslizaban á derecha é izquierda de la pared, procurando por medio de esta ingeniosa evolucion dejarlo en el centro.

Por de pronto no acertó á explicarse este incidente, y creyó que la casualidad más bien que la intencion, lo produjera.

Pero inmediatamente pudo convencerse de lo contrario, pues al detenerse, movido de su primer impulso, tambien los bultos se detuvieron, pegándose digámoslo así á los muros, como buscando sombra en ellos para no ser descubiertos.

En su consecuencia, nuestro paje que tan pronto y rápido era en sus hechos como en sus cálculos, quiso encontrar la solucion y desenlace de aquella escena, muda hasta entonces, y comprendió que de ninguna manera lo conseguiria mejor que provocando el conflicto con una demostracion clara y terminante.

Y así fué.

Ínterin que estudiaba la distancia que lo apartaba de aquellos hombres por entrambos lados, dió con la ligereza de sus acerados músculos un salto colosal, que de golpe lo colocó en el frente, desde donde ya podia guardarse un tanto de ellos, si por acaso enemigos suyos eran.

Acto contínuo se vió rodeado de espadas que brillaron en la oscuridad como otras tantas serpientes de plata prontas á esconderse en su seno.

Pero antes de que sus asesinos pudieran dar la primera embestida, vieron cruzar anté sus ojos una chispa luciente que silbaba hiriendo el aire con la rapidez del rayo, y que no era otra cosa que la punta de la larga tizona de nuestro caballero.

—Él es; él es.—Murmuraba uno de ellos, animando á los suyos, que quedaron por de pronto parados.—Á él, y que entregue la espada, ó deje en vuestras manos la vida.

—Despacio, despacio, corderos míos;—exclamó tranquilamente Daniel, que oyó con sobrada claridad estas palabras.—En cuanto á si soy ó no el que buscaís, no sabré responderos; pero en cuanto á dejar espada ó vida, os diré que ni una cosa ni otra. Por otra parte, como estoy de prisa y es muy tarde, os pediré con la mayor cortesía que me deis franco el paso, ó me veré en la precision de conseguirlo, abriéndoois á alguno de vosotros la cabeza.

—¡Ah!... ¿conque no me he engañado?—prosiguió el que poco antes hablara;—¿conque sois vos, buen paje, tan alegre y fanfarron como siempre? ¿Conque sois vos, que aun en la boca del lobo amenazais? Vaya, vaya; ahora vereis cómo no es tan sencillo decir como hacer.

Y dando un paso adelante arremetió con los suyos á aquel hombre, que los recibió describiendo un círculo terrible, que terminó en el cráneo del que más cerca tenia.

Los asesinos dieron hácia la espalda el paso que adelante aventuraron.

—Os dije, —volvió á replicar el paje, —que estaba muy de prisa; aún hay tiempo de dejarme pasar. Conque así, abridme calle, y no querais visitar á Satanás antes de tiempo.

Por toda respuesta, Daniel recibió tres rudos golpes en su espada, que resistió, sin duda por milagro.

Vista su insistencia, cruzó el acero con el que enfrente tenia, y esquivando lo mejor que pudo su cuerpo de los que con más fiereza le amenazaban, se tendió á fondo, pasando de parte á parte el cuello de su adversario, que cayó sin lanzar un gemido.

Los otros habian formado un semicírculo que dejaba á nuestro paje en el centro mismo, y arrimado de espalda á la pared.

Al caer el segundo enemigo, la compacta fila abrió brecha por aquella parte. Brecha á la cual se lanzó Daniel con la agilidad del tigre, encontrándose por un momento á retaguardia de los que le acosaban, teniendo tiempo antes de que se volvieran, no solo para ganar alguna distancia, sino que tambien para lanzar un sonido penetrante con un pequeño silbato que de su cuello pendia.

Los otros combatientes volvieron grupas, y de nuevo se arrojaron sobre el que en tan pocos momentos habia dado buena cuenta de los dos más valientes.

Pero cuando ellos calculaban encontrar al caballero, hé aquí que se hallan rodeados de unos cuantos pequeños gigantes, que sin más explicaciones y sin andarse en rodeos, descargaron á la vez en sus espaldas

una nube tal de cintarazos, que tanto los aturde como los estropea, no dejándoles accion ni aún para defenderse.

Á tan recio estrépito y ruido, las ventanas se abren, iluminánse todas, la gente acude, y las voces de «¡traidores, asesinos, socorro!» mezcladas con la confusion de golpes é imprecaciones, arman un desórden de harto difícil explicacion.

Quiere acudir la guardia del alcázar; pero cuando penetra en la estrecha callejuela, el rumor de las espadas ha cesado, los secuaces del favorito han huido, y sus apaleadores, mezclados con los concurrentes á aquella escena, faltan ya del lugar del combate.

Presentóse Nuño al conde, corrido y avergonzado, y al darle aquel la noticia, frunció este el ceño de una manera que explicaba muy claramente el descontento de que estaba poseido. Pero no quedaba otro remedio, y se contentó con calcular los recursos de que podia valerse, á fin de apagar aquellos chispazos precursores quizá de futura tormenta.

Despidió á Nuño, y ya solo, se entregó con más libertad á sus reflexiones.

Al mismo tiempo, se curaban en el alcázar los heridos que resultaron de la refriega; Daniel se entretenia contando á Ildaura la chanza pasada que jugarle quisieron, y corria de boca en boca hasta la cámara de D. Ordoño la voz de que el partido de Bernardo del Carpio volvía de nuevo á levantar la cabeza.

Pero persuadidos todos de que las circunstancias por que entonces pasaban no eran las más oportunas para dar al rey esta noticia, se redujo todo á los comentarios y murmuraciones palaciegas, que al siguiente dia hicieron por olvidar, pues de llegar á los soberanos oídos, podian comprometerse, y sabido se está que esto es lo único que no desean los amigos de los reyes.

La policía no se ocupó del asunto, y las cosas siguieron su rumbo natural y ordinario.

CAPÍTULO XVII.

La aparicion.

Han pasado veinticuatro horas desde que dejamos al conde Sabiniano formando aventuradas suposiciones acerca del preso del número 2 de los calabozos del rey.

Sigue en sus conjeturas, y siguen los golpes repetidos en el muro que separa los dos calabozos.

Una circunstancia se presenta digna de atencion.

Los golpes son claros y muy perceptibles en la presente noche.

Es evidente que si no son más sonoros, solo es debido á la precaucion del que trabaja.

La pared se resiente visiblemente de tan continuo martilleo.

El conde Sabiniano ve desprenderse porcion de fragmentos á cada nuevo golpe.

No cabe duda; el trabajo toca á su término, y en breve quedará la brecha practicada.

Sabiniano contiene los precipitados latidos de su corazon.

Desea y teme á la vez el instante en que van á aclararse sus dudas.

El preso del número 2 suspira lleno tambien de incertidumbre.

La obra de sus manos va á verse pronto coronada respecto al materialismo de la brecha. Pero ¿qué hay de la otra parte? ¿Qué le espera al terminarla?

¿Donde le conducirá su estrella?

Un momento aún; los golpes suenan más huecos; la pared cede; rueda un ladrillo.

El conde Sabiniano apaga la luz de su prision, resuelto á esperar el desenlace de aquella aventura.

El preso del número 2 exhala un ¡ay!

Aquel ¡ay! profundo, inmenso y sublime, es un poema entero de esperanza y temor.

Las vibraciones de voz del que lo articula, lo revelan así.

¡Cuánta ansiedad manifestaria el rostro de aquellos dos presos si la oscuridad permitiera distinguirlos!

¡Qué momento tan terrible para ambos!

¿Lucia la aurora de libertad para el uno?

¿Llegaba para el otro el instante de reconocimiento del que él suponía víctima de la más horrible venganza?

Pasados breves instantes y á costa de ligeros esfuerzos, rodaron uno en pos de otro varios ladrillos y piedras del muro.

La brecha quedó enteramente practicable.

Así lo comprendió el conde Sabiniano, que de pié y apoyado en la opuesta pared, contenia su respiracion, por no causar recelo en el que trabajaba.

Era su intento el mostrarse luego que la obra estuviese completa y no hubiese medio de retroceder, á fin de cerciorarse con la vista del prisionero de si eran ó no acertados sus juicios.

Llegó el momento supremo, y cuando advirtió que aquel se esforzaba, arrastrándose por el suelo para salvar la pared, habló así:

—Cualquiera que vos seais, pasad. El infortunio tiene sagrados títulos para mí. Fíad en la palabra de un hombre honrado.

Las primeras palabras del conde, helaron hasta la médula de los huesos del otro prisionero.

Todo estaba perdido para él, puesto que no solo no se veia libre, si que tambien se hallaba descubierto.

Su primer impulso fué el de retroceder.

Mas bien pronto trocóse en asombro su sorpresa.

En aquellas palabras, dichas con acento de bondad, habia algo más para el preso. Habia un recuerdo.

Aquella voz le era conocida. Era la voz de un amigo; pero en tal momento y tras tantos años, no era fácil adivinar quién fuese.

Tendido en tierra, con la cabeza y los brazos por la parte del calabozo del conde y el resto del cuerpo en el pavimento de su prision, abierta la boca y desencajados los ojos, cuyas pupilas dilataba intentando abarcar de una mirada un mundo entero, cuando menos el recinto que se

presentaba ante él envuelto entre tinieblas, permaneció el preso algunos minutos.

Pasados unos instantes, —esperad, —dijo; —me entrego á vos de buen grado y con ilimitada confianza.

Con la rapidez del rayo, se interna en su prision, y coge la lámpara que ardia pendiente del techo. —Tomad, —dice á Sabiniano; y antes que este la recogiese y depositara en una tosca mesa, que por singular deferencia habian colocado en su encierro, pasa la brecha y se coloca delante del conde con los brazos cruzados y guardando profundo silencio.

Míralo Sabiniano y retrocede aterrado unos pasos.

Imposible le parece que en aquel ser humano haya animacion y vida.

Mira, y no comprende lo que ve. Tiene delante de sí un fantasma que le asombra y entristece á la vez.

No conoce aquel semblante, lívido y demacrado.

Su larga barba y descomunal cabellera ocultan casi por completo los detalles de su rostro.

Y sin embargo, en el fondo y á través de todo ello habia algo que despertaba sus recuerdos.

—¡Sabiniano, no me conoceis! —dijo el preso con profundo acento de amargura.

Al sonido de aquella voz se estremece el conde, fija más y más su mirada, crece su ansiedad, duda una vez más, da un paso hácia el preso, y cae doblando una rodilla en tierra.

—¡Señor, Señor! ¡Gracias, Dios mio!

El conde besaba la mano al infante Bernardo del Carpio.

—¡Sabiniano, amigo mio!

—¡Señor, en qué estado os encuentro!

Aquellos dos seres se confundieron en un estrecho y prolongado abrazo.

—Hablad, conde, hablad, —dijo el infante. Necesito oiros para convenirme de mi dicha, que por tal tengo el encontraros. No sé cuánto tiempo cuento ya en mi prision. Solo sé que es mucho, ¡mucho, buen conde!

—Teneis razon, señor. Há ya doce años que fuisteis robado á vuestros amigos.

—¡Doce años, Sabiniano! —contestó con asombro el infante.

—Esa es la época en que desaparecisteis de la escena política. La misma que estais prisionero, segun supe anoche por vuestro carcelero.

—Y si sabiais mi prision, ¿por qué vuestro asombro?

—No se me dijo vuestro nombre. Pero ciertas indicaciones me hicieron recelar que podriais ser vos.

Me apercibí de vuestro intento de evasion, y deploré vuestro error y fatal sino, puesto que al salir de vuestro encierro, no lograbais más que entrar en otro.

—Así es por mi daño, amigo mio; pero dulcifica mi pesar la dicha de encontraros.

—Gracias, señor.—Como os decia, comprendí vuestro designio. Mas juzgué que si antes de estar la brecha practicada os hablaba, acaso os retraeriais de vuestro empeño y no se aclararian mis dudas. Con este fin he esperado el momento critico, segun habeis visto, y bendigo al cielo por el favor que me dispensa.

—¡Mucho os ha costado el reconocerme!

—Mi corazon os presentia, mas mis ojos no os adivinaban.

¡Honda huella han dejado en vos los sufrimientos!

—Ni sé cómo vivo, conde.

—¡Lo comprendo, señor!

—Mas decidme, ¿cuál es la razon de vuestro encierro?

—La ignoro. Hace tres dias que fui arrestado.

—¿Por orden de quién?

—Del rey.

—Siempre fué injusto D. Ramiro.

—Os equivocais, señor, respecto á la persona. No es D. Ramiro quien ocupa el trono.

—¿Ha muerto?

—Murió, y le ha sucedido D. Ordoño.

—Pues sigue, á lo que presumo, las huellas de su antecesor.

—No es él, sino D. Vela, que le aconseja mal.

—¡Siempre ese hombre!—Exclamó el infante.

Multitud de pasos lentos y acompasados se dejaron sentir á lo lejos en el calabozo.

—Es la media noche, señor, y esa es la ronda, á lo que infero, por lo que he observado en mi corta permanencia en este sitio.

—Así es en efecto;—contestó el infante.—Separémonos por esta noche, y quede lo demás para mañana.

—Espero vuestras órdenes, señor, hasta donde pueda cumplirlas en este lugar.

—Gracias, conde; nos veremos; adios.

Un instante despues, reposaban ambos presos en sus respectivos lechos, habiendo cuidado de cubrir la brecha que les servia de comunicacion.

CAPÍTULO XVIII.

En el que se demuestra que más hace el que quiere que el que puede.

Al día siguiente, y al caer de la tarde, cuando ya las sombras empezaban á oscurecer el horizonte, D. Ordoño salió de palacio perfectamente encubierto, y solo, cual un simple caballero.

Cruzó calles y calles, entrando por último en la iglesia de Santa María.

Pero tan abstraído seguía su camino, que no observó que á pocos pasos lo seguía otra persona, con todo el recato de aquel que teme ser visto.

Una vez asegurado del sitio en que quedaba D. Ordoño, aquel hombre volvió atrás, emprendiendo una precipitada carrera.

El primero se internó en las solitarias y oscuras galerías del templo.

Acercóse á una de las columnas que sostenían los arcos, y esperó.

Diez minutos serian transcurridos cuando un embozado entró también, colocándose frente por frente al sitio que ocupaba D. Ordoño.

Momentos despues apareció una dama.

La seguía un cuarto personaje.

El rey se acercó á ella.

—¡Gracias á Dios!—exclamó al verla;—ya creía que no volvería á encontraros.

—Mis palabras, señor, son sagradas.

—Me convenceis, y esto me place en extremo; pero mi ansiedad era grande, y ya sabeis cuánto se sufre cuando vivamente se desea.

—¿Y vos, señor, deseábais...?

—Veros otra vez; escuchar vuestra voz; sentir la lumbre de vuestros ojos.

—Pase por una galantería...

—Que vos creereis firmemente.

—Tal vez no, señor...

—No expresariais la verdad de lo que sentis.

—No sé por qué.

—Pues es bien claro; ¿se os puede ocultar el interés que me inspira?

—¡Oh, señor! Ese interés podeis sentirlo de mil distintas maneras; yo sé sobradamente lo que vos no me podeis decir.

—¡Vos!

—Tengo pruebas que bastan á convencerme.

—Juro que no os comprendo.

—Ó no quereis comprenderme, D. Ordoño.

—Explicaos, señora, porque vuestras palabras trastornan á mi pesar mi mente; no entiendo esos misterios de que estais cercada, y os aseguro que esto me desespera.

—Señor, escuchadme; me visteis, y sin saber por qué, me hablasteis.

—¡Sin saber por qué! ¡Oh... no digais eso! ¿Por qué el arroyo manso busca con afan la verde y pintada pradéra? ¿Por qué el ruiseñor busca el seno del bosque? ¿Por qué las flores se abren á las perlas de la aurora? Yo, señora, os deseé, porque mi corazon os amó desde que mis ojos os vieron; os busqué, porque hace algun tiempo, desde que oí vuestro acento y me abrasé en vuestras miradas, sois mi vida entera y mi pensamiento único; porque en fin...

—Permitidme, señor; ¿y suponiendo que un rey se hallase en el caso que decis, debería ser fiel y leal con la mujer á quien en silencio amase, cumpliendo religiosamente una palabra empeñada, ó quebrantar su fé mostrando un espíritu egoista en lugar de ese respeto que señala siempre una verdadera pasion?

—Me volvereis loco sin que logre entenderos.

—Oid. Recordareis, señor, que ante vuestro empeño por verme, ante vuestro ademan respetuoso y delicado, á nada me negué; pero tambien recordareis que os exigí vivamente que ni me habiais de seguir, ni habiais de averiguar nada respecto de mi persona.

—Os comprendo;—la interrumpió el rey;—os comprendo, y os pido que admitais mis excusas; cierto, sí, que el dia primero en que aquí por dicha mia os encontré, ansié vivamente saber de vos y di órdenes...

—Que se han cumplido, pero que al dia siguiente debieron dero-garse.

Á este argumento, nada pudo replicar D. Ordoño.

—Perdonad,—dijo;—perdonad, pero yo al dia siguiente estaba loco, y solo pensé en la dicha que me concediais.

—Aun á riesgo de perderla por esa ligereza...

—De que me absolveis...

—Á medias.

—¡Oh!... sí, porque yo os respondo de que será la última; me dispensais, porque algo merece el delirio que por vos siento.

—Dejad, os lo ruego, esas palabras para otra ocasion; conformaos por hoy... que en mi sistema de vida, no es poco, creedme, hacer lo que por vos hago.

—Es decir, que aun me impedis...

—No os impido que me veais mañana.

—¡Pero siempre aquí!

—¿Quereis que me arrepienta?

—¡Oh!... ¡no por Dios!

—Pues siendo así, hasta mañana, señor.

—¿Tan pronto me abandonais?

—Es preciso.

—Bien, yo os obedezco; pero voy á pedir os un favor, que no me negareis.

—Decid cuál es.

—Pensad que el negármelo me haria sufrir horribilmente.

—Siendo justo, ¿por qué no he de concedéroslo?

—¿Me lo ofreceis?

—Ya lo he dicho.

—Quiero ver vuestro rostro.

—Y lo vereis.

—¡Oh! me haceis el más dichoso de los hombres.

—Acompañadme hasta el pórtico.

—Ya os sigo.

Llegados allí, la dama descubrió el más hechicero semblante que jamás viera el enamorado monarca.

—¡Cuán hermosa sois! exclamó arrebatado y delirante, mientras que á su frente se oía una exclamacion de sorpresa, que aunque real y positiva, y más fuerte de lo que acaso convenia, no distrajo la atencion de nuestra pareja.

Aquel grito medio ahogado lo lanzaba el incógnito que los estuvo espiando durante su corta conferencia.

—¡Ildaura!—fué lo único que dijo;—¡Ildaura!—Y salió de la iglesia con la más viva impresion pintada en el semblante, y con la sangre toda agolpada á su corazon.

Al mismo tiempo, y á ser posible que la luz descubriese ó permitiese descubrir ciertos detalles, habria podido verse la irónica y maliciosa sonrisa que vagó por los labios del otro que al parecer seguia á la dama, y que con ojos de lince habia examinado toda la escena que antecede.

La dama se despidió del rey.

Este partió.

La primera, seguida siempre de su acompañante, regresó á su morada; y el conde D. Vela, que no era otro el de la anterior exclamacion, se dirigió á la suya.

—Y bien,—dijo el acompañante de la dama.

—Exigente está el rey,—respondió ella,—pero tambien comedido. Quiere verme, pero en este sagrado recinto, conforme á mi voluntad; me exige que le ame, y como esto, Daniel, es imposible, quédale el solo recurso de darme á mí su amor, que es lo que deseamos.

—¿Y creéis que lo conseguiremos?

—Son de fuego sus miradas, y son sus palabras nacidas al parecer del corazon.

—Es decir...

—Que si el instinto de mujer no me engaña, la voluntad del rey será nuestra.

—Pues consiguiadlo pronto, señora,—dijo Daniel con marcada intencion,—porque el tiempo urge, y pudieran las circunstancias complicarse.

Sobrado conocia la dama al paje, para no adivinar que sus palabras no carecian de misterio. Y como el desgraciado convierte en daño propio todo aquello que presiente y que ignora, juzgó que algun nuevo mal se presentaba. En esta inteligencia, y aunque con cierto temor, que ya su espíritu no acertaba á resistir más contratiempos, dijo mirando á Daniel atentamente:

—Por tus palabras alcanzo que nuestra situacion empeora. Algo sucede, que tú sin razon me ocultas; pero yo debo saber cuanto pasa, y así...

—No interpreteis mal, señora, lo que únicamente es una prevencion. El tiempo pasa, y se nos hace apremiante el terminar de una ú otra manera. Nuestro objeto es perder al favorito, y para esto nos valemos de

cuantos recursos pone la fortuna en nuestras manos. El dia en que vuestro poder con el rey sea tal como lo deseamos, verá su libertad vuestro amante, y alcanzaré yo la más dulce de todas las venganzas. Hé aquí, señora, el verdadero sentido de mis palabras; la verdadera expresion de mis creencias.

En esta y otras pláticas llegaron hasta la Judería.

Entretanto, D. Vela se encerraba en su habitacion, cayéndose más bien que sentándose en el primer sillón que encontró á mano.

En su semblante lívido, en sus brillantes é intranquilos ojos, en su frente nublada en la cual se plegaban mil arrugas, se despertaban todas sus antiguas pasiones, y se retrataban tantos sentimientos distintos que apenas el que mejor lo conociera habria podido definir uno tan solo.

El rencor, la envidia, el odio, los celos, todo allí se presentaba de tropel en rudo remolino, desarrollando de una manera poderosa en aquella alma, caverna oscura de traiciones y crímenes, todos los planes imaginables, con tal fuerza, saña y maquiavelismo, que el mismo infierno se hubiera admirado de la obra, siendo esta suya.

Una á otra sucedíanse las ideas, y sin interrupcion cruzaban y volvían pensamientos á cual más tenaces y sombríos. Ya para él no quedaba sino muerte y exterminio: reproducido su anterior sistema, identificado otra vez con sus antiguos deseos, presa de sus pasados delirios, en movimiento aquellos formidables resortes que impulsaban su sistema desequilibrado, sus instintos viciados y miserables, solo vertía su corazón veneno, y solo ansiaba emponzoñar y consumir cuanto á ese brutal apetito se oponia.

La pasión más violenta de su vida; la pasión á que todo lo habia sacrificado; aquella locura por la cual habia corrido todos los azares, penalidades y peligros, volvía con más furor que nunca; volvía tras doce años de hallarse contenida; despues de un largo periodo, en que día por día y hora por hora la habia guardado y alimentado en su seno.

Esta trasformacion se obraba á la sazón en el conde. Transformacion que no solo habia de consumir la escasa tranquilidad que le quedaba, si que tambien aguzando sus recelos, habia de echar por tierra todos los proyectos por los demás concebidos, dando nuevo rumbo á todos los planes que existian, y preparando nuevos y fatales acontecimientos.

Rotos en el choque violento que sus pasiones acababan de sufrir los lazos que con el resto de los vivientes le unian, desapareció de su mente el recuerdo de su mujer, del rey, de la ambicion, del gobierno,

quedándole solo dos ideas fijas, constantes, imperecederas: su amor á Ildaura, y los obstáculos que de ella podían separarle.

Pero lo segundo era para él hasta cierto punto secundario.

Secundario, porque para salvarlos saltaría por todo. Abandonaría su casa, su familia, su rey, su patria; porque aquella mujer era su condenación, sus esperanzas, su martirio, su vida.

Sin ella el cielo ó con ella el infierno, no era dudosa la elección, porque todos los peligros imaginables no eran suficientes á arredrar la voluntad empedernida de aquel hombre, que en pos de un deseo lanzaba el destino, el porvenir, la existencia, dominándolo hasta tal punto, que adorador de los mayores crímenes, borraba de su mente la última y más pequeña idea de compasión y generosidad.

Un nuevo giro tomaron á su maligna influencia los sucesos que ya se preparaban, y un resultado maldito debía acompañarlos muy en breve.

Concebidos con la más pasmosa claridad los más inicuos y criminales cálculos, acto continuo los puso en práctica, pensando solo en su resolución, y aceptando de antemano todos los medios, con tal de que lo condujeran al fin apetecido.

Rodeado como él lo estaba de una turba de asesinos, fieles á su servicio, porque esta fidelidad conservaba sus cabezas, pero perdidos y miserables hasta el punto de olvidar todos los principios que constituyen á un hombre en sociedad para dar cabida á todo lo que de cínico y malvado puede haber, á ellos apeló en primer lugar el conde. Llamó á Nuño, y dióle orden para que incluso él, todos al momento se le presentaran.

Cumplió el servidor su cometido, y antes de una hora su habitación estuvo llena de hombres, que á buen seguro daban por un sextercio romano su alma y su conciencia al mismo diablo.

En presencia ya del favorito, este reflexionó un momento, diciendo despues:

—Mira, Nuño, desde hoy vas á situarte en la puerta de la callejuela; por nada del mundo te moverás de allí. Para los asuntos que andar requieran, elegirás dos hombres de tu confianza, que te acompañarán y estarán á tu servicio.—Tú, añadió dirigiéndose á otro de los secuaces, irás á emboscarte en las galerías de las prisiones, y escoltado y ayudado por seis más, sorprenderás á cualquiera que allí penetre sin orden mia.—Y tú, prosiguió encarándose con un tercero, irás á colocarte... pero no; dijo interrumpiéndose de pronto; eso lo haré yo mismo, acompañándome vosotros. Así, pues, lo que hareis es ocultaros y rondar en

la Judería, estando prontos siempre á una seña de mi silbato, para cuanto yo disponer pudiera. Despues, uno de vosotros correrá los puestos, y cada noche me dará cuenta exacta de todo lo que ocurra, y recibirá mis mandatos y disposiciones.

Despues de esto los despidió, quedando él rodeado de desesperacion y de recuerdos.

En brevísimos instantes su atormentado pensamiento recorrió de un solo golpe un periodo de tiempo dilatado, triste, doloroso, en el cual aparecian con ardientes reflejos tantos nombres y figuras, que con trabajo bastaba su abrasada cabeza á contenerlos.

Allí una traicion para con sus reyes; más lejos una doncella deshonrada en medio de su sueño; más allá un hombre aprisionado que ligado á sus cadenas lo maldice; despues, una mujer sujeta de por fuerza á su voluntad, y sacrificada á sus torpes caprichos. Todo se arremolinaba y unia para atacar aquella conciencia de demonio, que á nadie se subyugaba ni á nada se conmovia.

Apoyada la cabeza en sus manos, parecia que sujetaba sus ideas haciendo por ahogarlas y esprimirlas. Pero saltaban á su pesar bullendo en su cerebro, y cuando por su dicha lograba borrar unas, otras ciento de colores más negros se le representaban.

Aquel hombre no tenia ni un buen recuerdo en que fijarse. Lleno de horror hacía sí mismo y comprendiendo que ni aun con una eterna expiacion lograria redimir sus pecados, levantóse con torva faz y encendidas pupilas, y cual inspirado por los espíritus del averno, —no,—dijo;—imposible; mi suerte está echada; mi destino está escrito; trazada la senda que debo seguir, y en la cual no me es dado retroceder. Maldito de Dios, de los hombres, de mí mismo, debo al menos vengarme de cuanto mal me hicieron. ¡Ah!... ¡Dios! ¡Dios! ¿Acaso su clemencia y su justicia consisten en atar á una criatura al carro de su martirio negándole lo que le concedió al ser más despreciable? ¿De qué me sirven la honra, los honores, la riqueza... si no tengo aquí en mi pecho una sola expansion de alegría, un solo átomo de felicidad? ¿Acaso es mi condicion peor que la del más infeliz pechero? ¿Acaso nací en hora tan menguada que en ella el goce no existia y el cielo del amor cerraba sus puertas? ¡Oh!... ¡maldita esa fatal estrella que señaló mi destino; maldita la senda que encontré al abrir mis ojos, que solo guardaba para mi porvenir perdicion y miseria!

Y aquel hombre blasfemaba porque Dios no ayudaba sus crímenes, y se maldecia á sí mismo, por arrojarle sin cuidado en brazos del mal.

—Sí,—prosiguió midiendo su estancia á grandes pasos;—me vengaré; laharé al fin mia, ya que el infierno me la enseña de nuevo. ¡De qué servirían dcoe años de martirio! ¡Doce años de incertidumbre y de amargos dolores! No, jamás; mataré á ese hombre; engañaré al rey; abandonaré á mi mujer; á esa mujer á quien yo no amo; la arrebataré mal de su grado, y huiré de Oviedo, de España, para vivir á su lado y saciar este deseo de mi vida.

Y esto diciendo, ceñíase la espada, y salía de su casa con direccion á palacio.

CAPÍTULO XIX.

Medidas preventivas.

El rey era feliz.

Solo faltaba para que su dicha fuera completa, que su hermosa desconocida le hiciera una confesion que á cada instante se le hacia más necesaria.

¡Pero qué suponía una poca más de tardanza!

Cuestion era para él resuelta la de su amor, toda vez que los unió la simpatía, y toda vez tambien que por ella la dama consentia en verle y en hablarle.

Á D. Ordoño no le era por entero desconocido el corazon de la mujer, y por lo tanto, no ignoraba que en pos de aquellas concesiones vendrian otras mayores, siendo su consecuencia el hacerse dueño de aquella voluntad.

Pero aquella voluntad, para el rey inestimable, requeria un poco de paciencia por su parte, y una consecuencia clara y patente, sin la cual, perderia lo adelantado.

Convencido de ello, estaba más que dispuesto á combatir y contener su impaciencia, hasta tanto que las circunstancias aconsejasen lo que hacer debia.

Á esta altura llegaba en sus ideas, cuando la puerta se abrió, y apareció el favorito.

—Dios os guarde, conde. ¿Qué nuevas me traeis?—Preguntó el rey.

—Á juzgar por vuestro semblante, no deben ser muy agradables; vues-

tra frente se contrae, y vuestras facciones están terriblemente alteradas; señal inequívoca de tormenta; ¿no es verdad?

—Conforme, señor.

—¿Qué quiere decir ese *conforme*, conde?

—Quiere decir, que si os referís á los asuntos que atañen á mi humilde persona, os habeis equivocado por vez primera.

—En ese caso, me referiré á los míos.

—Y será distinto, aunque más acertado.

—Vamos; ¿tan mal creéis que se encuentran?

—No digo tanto.

—Pero quereis decirlo.

—Señor...

—Sabeis que os conozco, conde.

—Es bien fácil.

—No tanto, según cuentan.

—Soy leal y franco para con mi rey.

—Quiero creer que teneis razon.

—Á lo menos, he procurado probarlo siempre.

—Y lo agradezco. Pero vamos, ¿sucede algo hoy que debe disgustarnos?

—Temo...

—Acabad.

—Temo decir que sí.

—¿Habeis descubierto alguna cosa de...?

—Decid, señor.

—De esa misteriosa dama...

—¡Oh!... no en verdad; otros asuntos son los que me preocupan...

—No infiero de lo que quereis hablarme.

—Si me lo permitis...

—Decid luego, conde.

—Sabeis, señor, que me teneis encomendado vuestro gobierno.

—¿Y bien?

—Esto os explicará que sobre mí pesan los más graves asuntos.

—Sí, lo sé.

—Y por lo tanto, comprendereis fácilmente que los cuidados del ministro tienen á veces que sobreponerse á los deseos del confidente.

—Del amigo, conde.

—¡Oh!... gracias por ese favor.

—Pero no alcanzo...

—Tened á bien escucharme.

—Muy grave debe ser lo que teneis que decirme...

—Sí en verdad; grave, por más que en este instante no lo sea mucho.

—Pues bien, contadme pues.

—Ya sabeis que las guerras continuas que nos vemos en el caso de sostener, agotan, no solo los soldados, sino las arcas reales, abiertas siempre para acudir á las necesidades más urgentes.

—Proseguid.

—De manera, que si no están exhaustas les falta muy poco, y con un acontecimiento contrario á nuestras esperanzas, nuestro poder habria fracasado.

—¡Conde!

—Rudo es el golpe, pero debo deciros la verdad.

—Es que, á lo que me parece, exagerais.

—Permitidme que os diga que lejos de exagerar, os refiero un hecho positivo.

—¿Pero qué sucede? Acabad de una vez.

—Sucede, señor, que la guerra se empeña más cada dia, y que es hora de servirnos de cuantos recursos tenemos para terminarla.

—¿Y qué mas?

—Que los partidarios de doña Munia se quejan en alta voz de vuestra conducta...

—¡Qué decis!

—Acusándoos de vuestro desvío para con la reina, y acusándome á mí al mismo tiempo, como instrumento principal de vuestros disgustos.

—En eso se engañan, conde.

—Pero lo dicen, y no se puede convencer á todos de lo contrario.

—Prosigue.

—La política empeora; el espíritu público se extravía; la administracion entorpece su marcha...

—¿Y por qué razon?

—Por la absoluta indiferencia que cree os domina, y que segun ellos, los autoriza...

—¡Vive Dios!

—Los autoriza á echar por tierra todo el trabajo que en desarrollarla empleamos.

—¿Y qué más, conde?

—Surgen las conspiraciones á tenor que aparecen descontentos, y

presienten que solo una revolucion dará al actual sistema una solucion conveniente.

—Conveniente segun sus deseos; ¿no es verdad?

—Exactamente.

—Pero vos...

—Yo, señor, no puedo hacer nada por mí solo; en el terreno de la concesion ó el rigorismo, vos solo...

—Os tengo para todo autorizado.

—Sin embargo...

—¿Qué?

—Hay medidas violentas que no puedo, que no debo tomar.

—¿Y esas medidas?...

—Son las que generalmente reprimen la rebelion.

—¿Pero acaso vos creéis que sea eso posible?

—¡Ah, señor! ¿Y quién es capaz de saberlo?

—Vos, conde; ¿quién sino vos?

—¡Oh!... si yo me atreviese...

—¿Y por qué no? Contádmelo todo; decidme lo que puedo temer y lo que puedo esperar.

—Pues bien, señor; en Oviedo se conspira; en la capital, al lado de nosotros, los descontentos y revoltosos se aprovechan de lo mismo que fuera del reino pasa, para organizar una cruzada que ha de dar por resultado la revolucion y la ruina. Ansiosos de poseer elementos á cualquier precio y condicion que sean, parece que se han asociado á un hombre...

—¿Á cual?

—Á Hafsúm, el terrible bandido que hoy recorre una parte de España talando, robando y destruyendo cuanto á su paso encuentra.

—Eso es imposible.

—Y yo os aseguro que nada hay más cierto.

—¿Quién os responde de ello?

—Mis espías.

—Sin duda sueñan.

—Pues vos sabéis que no acostumbran á equivocarse.

—En esta ocasion...

—Me dicen la verdad, como en las restantes.

—¿Y serian tan audaces?...

—La historia y la tradicion os lo dirá por mí.

D. Ordoño pareció meditar por un momento.

—¿Conque tan grave es el asunto?—Exclamó de nuevo mirando al conde fijamente.

—Tan grave;—contestó este sin pestañear.

—Pero vos tendreis el medio...

D. Vela movió la cabeza.

—¿No hallais el remedio para es os nuevos males que presentís?

—Uno tan solo.

—Decidlo y acabemos.

—Yo me atreveria á aconsejaros que gobernárais el reino por vos mismo, dedicándoos á él con todas vuestras fuerzas; acaso de esta manera y con la omnimoda voluntad de que como rey os hallais revestido, lograriais conjurar la tempestad que nos amenaza.

—¿Conque tan fatal está mi reino?

—Siento tener que confesarlo.

—Pero hasta hoy...

—Hasta hoy no he podido descubrir lo que os he dicho.

—Bien, conde. ¿Y qué se necesita hacer?

—En mi concepto, se deberia encomendar el gobierno de las provincias á hombres de mayor confianza y más seguros, pues casi todos ellos están bajo el dominio de la reina, y comprendereis que esto no es conveniente.

—¿Qué más?

—Despues de esto, mandaria vigilar muy de cerca á los partidarios de doña Munia, y no los dejaria ni un momento, á fin de evitar en lo posible sus reuniones y sus proyectos.

—¿Y despues?

—Despues... dictaria eficaces medidas que hiciesen conocer á los revoltosos que no se ocultan los planes que concertar intentan; y por último...

—Por último...

—Os aconsejaria que por algun tiempo os ocupáseis, como antes dije, de la administracion del Estado. Para estos asuntos graves bajo todos conceptos, se necesita un poder supremo...

—Que ya os tengo dado há mucho tiempo.

—Señor...

—¿Qué más quereis?

—No es bastante.

—Gobernad á vuestro antojo.

—Mi conciencia...

- Yo la dejo á salvo.
- Mi responsabilidad...
- De ella os eximo.
- El pueblo...
- Manejadle como mejor os parezca.
- Si recela...
- Vos lo hareis confiar.
- Si se resiste...
- Os autorizo para usar de la fuerza.
- Me veré en un conflicto.
- Yo os sacaré de él.
- Señor...
- ¿Os negais?
- No puedo aceptar lo que me proponeis.
- ¡Conde!
- Os lo repito; el país está sobreexcitado, y es inminente el peligro.
- Creo haberos dicho que lo conjureis como mejor os parezca.
- Es que el país no tiene en mí confianza.
- La tengo yo, y es lo bastante.
- Señor, creedme; no insistais; gobernad por ahora á vuestros vasallos.
- Terco sois, conde.
- Quiero vuestra felicidad, señor.
- Y yo quiero vuestros servicios.
- Es que...
- Es que yo os lo exijo.
- Pero...
- Es que os lo mando. No tratemos más del asunto. Soldados, dinero, poder, todo lo pongo en vuestras manos, y si preciso fuera, os autorizaria para mucho más.

D. Vela sintió un vértigo espantoso.

Quería por este medio distraer al rey, pero no lo conseguía.

Ante sus ojos habia agravado la situacion de las cosas, las habia por decirlo así sacado de su quicio, y todo ello para alejarse más de su objeto, para que el soberano le dispensase de ciertas cosas que le convenian por demás.

En adelante, ni le haria el instrumento de sus investigaciones, ni el depositario de sus amantes secretos.

Creyéndole entregado á los asuntos áridos de su gobierno, ó se val-

dria de sí mismo para sus devaneos, ó se valdria de un tercero, lo cual seria mucho peor.

Acaso en la partida jugaba la realizacion de sus deseos, y esto, de más está el decir que le hacia un daño terrible.

Aquel hombre, que sin saber por qué, sin antecedentes de ninguna clase y á impulsos de sus presentimientos, alcanzaba á través del mayor misterio las cosas que se venian preparando, y todo por llamar la atencion del rey hácia otro objeto de aquel en que estaba fijo noche y dia, equivocó los medios, los recursos de que debió valerse, y calculando una completa libertad en sus proyectos, se vió envuelto de pronto en la mayor y más completa esclavitud, poniéndose él mismo en manos de su negro fatalismo.

La discusion siguió aquel rumbo por espacio de una hora, al cabo de la cual, D. Vela salió del alcázar mucho más desesperado de lo que en él entró.

Las horas que á la noche le quedaban, fueron para él siglos enteros de tormentos é inquietudes.

Vino el alba, y con ella volvió á arraigarse en el corazon del privado su firme y único propósito: el de destruirlo todo para realizar sus sueños de baldon y deshonra.

Salió muy temprano, y fué á recorrer los puestos en que estaba distribuida su gente.

Encontróla cual deseaba, y en su consecuencia resolvió dedicar algunas horas al espionaje y acecho de la Judería.

CAPÍTULO XX.

En el que se ve que Daniel principia á aguzar el ingenio.

Daniel se paseaba en su pequeña habitacion, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

Ildaura lo miraba atentamente, como si quisiera leer lo que en su alma pasaba.

Ambos guardaban el más absoluto silencio.

El paje lo rompió al fin.

—Sí,—exclamó parándose de pronto;—sí, eso es.

Ildaura le interrogó con una mirada.

—Quiero decir, señora, que si yo no soy un mísero ignorante, cobarde y tímido por añadidura, imagino que he encontrado lo que andamos buscando.

—Ojalá, Daniel.

—Pues creed que no desconfío de salir bien.

—¿Y qué es ello? Veamos.

—Os lo diré; pero sentemos antes precedentes.

—Empieza.

—Mirad; mi estancia en Oviedo ha sido descubierta, á lo que parece.

—Sí, por nuestro daño.

—No tanto, señora mia, no tanto.

—¡Ah! dichoso tú que te haces ilusiones.

—Voy á convencerlos de que no. Os decia que mis enemigos me habian descubierto; pero de poco les ha de servir, toda vez que en nuestro encuentro les he matado dos hombres, sin que por el pronto sepan ellos el sitio en que yo me oculto.

—Es verdad.

—Poca ventaja es esta, porque fácilmente se me hallará sabiendo dónde estais vos.

—Cierto que sí, pero nos queda el recurso...

—Decid.

—De abandonar esta casa.

—¿Y qué adelantariamos? Muy pronto nos encontrarían.

—¿Qué hacer entonces?

—Lo que yo voy á deciros. Es efectivamente muy fácil que el conde D. Vela dé conmigo, y no es imposible que pueda proporcionarnos muy malos ratos. Para evitarlo, debemos dirigir todos nuestros esfuerzos á hacerle perder su influjo con el rey; y para esto, disponemos de muchos recursos, señora. Ahora bien, como clave de toda nuestra intriga, contamos con un personaje, que aunque humilde, basta por sí solo á dar que hacer á la côrte entera.

—Y ese...

—Soy yo, señora; yo, que soy desconocido para el rey, y que poseo por otra parte toda vuestra confianza.

—Pero no comprendo...

—Es muy sencillo. Esta tarde vereis á D. Ordoño; os hablará de su amor, de vuestra indiferencia, de su ardiente delirio...

—Calla, calla, Daniel.

—Señora, el oir estas palabras con paciencia es el sacrificio que yo os he impuesto.

—Y es cruel, muy cruel.

—Pero guíá á la salvacion del infante.

—¡Oh!... y yo lo acepto y lo bendigo solo por eso.

—Pues adelante. Él os instará, os suplicará á fin de que le deis mayores pruebas de afecto.

—¿Y en ese caso?...

—Le respondeis con todo el sentimiento de que podais revestiros, que vuestro dolor es grande, pues lejos de complacerlo en cuanto pide, os veis en la necesidad de darle el adios postrero.

—Pero la razon...

—Es clara como la luz del dia. Un hombre á quien estais obligada,

sin decirle que sea hermano, amante ó marido, ha recelado de vos, y os persigue sin tregua.

—Pero es que entonces...

—Entonces se desesperará, y dirá que va á hacer una de las suyas. Pero vos lo conteneis, y despues de mil dificultades, tratais de conciliarlo todo.

—¿Cómo?

—Buscando un medio... así, como si dijéramos, una persona intermedia que mutuamente pueda daros noticias sin riesgo de publicar vuestros secretos.

—¿Y esa persona?...

—Ya creo que os lo dije; seré yo.

—Bien, pero hasta ahora...

—No veis el resultado de mi enredo.

—No en verdad.

—Pues eso consiste en que aún falta lo mejor.

—Concluye pues.

—El conde D. Vela va á seguir vuestros pasos sin discrepar de ellos un solo punto.

—¡Oh! esa idea me horroriza.

—Quizá eso mismo nos salve por completo.

—No te entiendo.

—El sacrificio es duro; la prueba amarga; la forma de que quisiera valerme, cruel; y sin embargo...

—¡Ah!...

—Me atreveria á rogaros de rodillas que lo hiciérais.

—¿Qué vas á exigirme?

—Lo que más os puede desesperar en esta vida.

—¡Daniel!

—Voy á pedirlos lo que os ha de costar más caro; aquello que más os ofende, que más daño os hace, que más esfuerzo necesita. Voy á pedirlos en fin, la libertad de Bernardo del Carpio, que pende acaso de una entrevista vuestra con el favorito del rey.

—¡Jesus! ¡Jesus mil veces!—gritó Ildaura levantándose, perdiendo el color y retrocediendo cual si acabara de morderle una víbora.—Tú estás loco, Daniel, loco, loco, cuando te atreves á nombrarme siquiera á ese miserable.

—Tranquilizaos; ya os dije que sabia el efecto que mis palabras iban á producir en vos.

—Preferiria mil muertes, mil tormentos...

—No prosigais, que vuestro temor os extravía. ¿Quereis ver al hijo del conde de Saldaña?

—Todos los sacrificios de mi vida serian pocos en comparacion de esa dicha.

—¿Quereis salvarle?

—Diera en cambio de su libertad, mi existencia.

—¿Quereis verle feliz?

—Por conseguirlo, apuraria toda clase de desventuras.

—Pues todo lo podeis hacer con mucho menos.

—El medio; dímelo.

—Teniendo una pequeña conferencia con el conde D. Vela.

—Pero si eso no puede ser; si la presencia de ese hombre me mataria.

—Decis que dariais vuestra vida por la libertad de vuestro amante.

—Es que esa prueba es superior á mis fuerzas.

—¿No os empeñariais en mayores sacrificios, solo por verle?

—¡Oh!... ¡Daniel! Yo no puedo vencer el horror que me inspira ese infame.

—Por ver feliz al infante, ¿no agotariais todas las amarguras indecibles?

—Calla, calla por compasion.

—Os recuerdo solo vuestras palabras.

—¡Ah!... ¿qué quieres de mí?

—Que me concedais el medio de daros la felicidad. ¿Acaso podeis dudar un momento de mis intenciones?

—¡Dudar, Daniel! ¿Dudar yo de tí, cuando solo por tí vivo? Jamás; no dirás que viste en mi frente una duda, una lágrima en mis ojos, ni un átomo de miedo en mi corazon; haz desde ahora cuanto quieras; prepara, dispon á tu capricho, que mientras la fortuna á mi lado te deje, poco, muy poco temor podrá tener Ildaura.

—¡Oh!... ¡señora!...—princió á decir el paje, asomando á sus ojos dos lágrimas de agradecimiento.

—En tus manos deposito mi suerte próspera ó adversa; y pues tan santa es la mision que hoy tenemos en la tierra, obremos, Daniel, como quien somos.

—Gracias, señora; gracias en nombre de aquel que tanto os ama. Ya que estais decidida, no olvideis el encargo que os he hecho; hablad al rey en ese sentido, y dejad lo demás de cuenta mia.

—Así lo haré. Pero ¡ay Daniel! no me abandones un momento.

—Yo os juro, señora, que mi daga estará siempre interpuesta entre vos y el favorito.

—¡Oh!... Es que tiemblo cuando te apartas de mi lado.

—Haceis mal, porque la puerta es fuerte en demasía, y Ortuño tiene una magnífica ballesta para defenderla; además, que yo os respondo de que á esta casa no han de acercarse á mucha distancia sin un riesgo excesivo.

Y no hablaba así sin fundamento, pues desde su llegada tenia apercebidos y ocultos en las cercanías á los valientes que tan buena cuenta dieron de los hombres de D. Vela en la pasada noche.

Apenas acabó de convenir con Ildaura lo que se debía hacer en las circunstancias por que iban atravesando, pasó á su habitación, y llamó á su buen Ortuño.

—Veamos, hostelero de mis pecados;—le dijo al entrar, perfilando en sus labios la más amable de todas las sonrisas;—¿te fastidia mucho la clase de vida que estás haciendo?

—Ni pensarlo, señor Daniel.—Respondió Ortuño correspondiendo á la sonrisa de aquel con el movimiento de hombros más natural, y con la mirada más franca y desinteresada que puede caber en un hombre de bien de esos que llaman á *carta cabal*.

—Sin embargo, mi generoso amigo, estás separado de tu mujer...

—No lo creais; viene todas las noches á verme, y nos parece que de esta manera nos queremos doble. Si viérais, tengo para mí que estos estados excepcionales han de ser muy buenos para los maridos y para las mujeres.

—Pero harás falta en tu hostería.

—Tampoco; porque Ortuña es la piel del diablo, y la misma falta le hago á ella, que ella le puede hacer al señor obispo de...—Ortuño no concluyó de vaciar su idea, porque ya comprendia que la comparacion no era del todo exacta, y á falta de ingenio para conocerlo, se lo hubiera explicado muy á las claras una nueva sonrisa de Daniel.

—¿Es decir,—interrogó este pasado un instante,—que con mil amores te entregas al servicio del infante?

—Con alma, vida y corazon, señor Daniel. Recordareis que antes de verle desgraciado, cuando él era feliz y poderoso, cuando no se acordaba de que en el mundo existia un pobre hombre que se llamaba Ortuño, ya sentia yo afecciones, que sin saber por qué fueron poco á poco aumentando.

—Si, es muy cierto.

—Yo, señor Daniel, soy bueno por naturaleza; mi pobre casa ha recibido constantemente el auxilio y el bien que vuestro señor le ha hecho; así es que cuando supe su mala ventura me enternecí, y cuando vos me buscásteis, vi el cielo abierto y me faltó tiempo para ofreceros mis servicios, mis recursos, y todo aquello de que yo puedo disponer. Juzgad por mis palabras, y vereis si yo me arrepiento de lo que hago.

—Y no te arrepentirás, Ortuño; te lo fio.

—Dejaos de esas cosas, que me ofenden. Soy vuestro en cuerpo y alma, y ya vereis de cuánto soy capaz cuando de buen grado ofrezco.

—Veamos; ¿y si yo necesitase que en obsequio del infante prestaras aún otros servicios?...

—Con saber lo que quereis que haga, estaria concluido.

—Pues escucha, y procura no perder una sola de mis palabras.

—Decid.

—Esta noche, bien cubierto con tu manto, y por el menos frecuentado sitio, te dirigirás á la torre de Santiago.

Ortuño hizo una mueca imperceptible, y se rascó de una manera significativa la punta de la nariz.

—Irás,—prosiguió el paje,—á esa torre, á cuya puerta encontrarás un embozado. Te acercarás á él, y cuando pronuncie á tu oido el nombre de la reina...

—Munia.

—Exactamente. Cuando este nombre diga, contestarás:—Santiago,—y le entregarás esta contraseña; así tendrás libre la entrada. Seguirás adelante, te se presentará un segundo embozado, dirá el mismo nombre, reproducirás tú la respuesta, y le pedirás que avise á D. Santos, porque desees hablarle en aquel sitio.

—Pero...

—Cuando este caballero salga, pondrás en sus manos el pergamino que te entregaré, y te ofrecerás á sus órdenes.

—Mas...

—Procurarás fijarte mucho en lo que él te diga, observando á la vez cuanto veas y oigas, y vendrás á darme cuenta.

—¡Virgen Santa!—exclamó el hostelero sin poderse contener.—¿Sabéis, señor Daniel, que eso que me encargais es lo único que me hace estremecer? ¡Solo por esos campos, expuesto á mil percances!... ¡Ah! es una cosa superior á mi espíritu; es una cosa que á mi pesar hace que me estremezca.

—¡Ortuño! ¿Qué dices?

—Sí, señor, os lo confieso, ese es mi flaco; decid que vengan treinta ballesteros á asaltar esta vivienda; dejadme á mí una buena ballesta á mano, y estad tranquilo; pero no me deis una espada; no me pongais en campo libre, porque os lo aseguro, señor Daniel, os lo aseguro; soy hombre muerto.

—Pero ven acá, infeliz. ¿Crees que te mando á que dés cintarazos y estocadas? Es un negocio que requiere prudencia, pero en el que no derramarás una sola gota de tu sangre.

—¡Ah!...—exclamó Ortuño lanzando un suspiro capaz de conmover á las piedras.—Siendo así...

—Ya varía la cuestion; ¿no es eso?

—Y tanto como varía; si á eso se reduce...

—¿No tienes confianza en mí?

—¡Pues no! y completa; ya sé yo que sois tan hidalgo como el que más. Pero dadme si quereis ese pergamino, que el tiempo avanza, y vos tendreis, como siempre, vuestros quehaceres.

Y dejando en este punto los temores y recelos, Daniel escribió unas cuantas líneas que entregó al honrado hostelero.

Luego se fué en busca de Ildaura para acompañarla á la iglesia, y por último, repitió á esta cuanto ya le tenia encargado.

Ambos partieron.

Empezaba á oscurecer.

Ildaura se adelantó como siempre, y el paje la siguió á alguna distancia.

Al verla, se destacó de la opuesta esquina un bulto, que principió desde luego á seguirla.

Daniel lo observó, y sin detenerse, dijo algunas palabras á otro hombre medio oculto en un portal, que á su vez se puso sobre las huellas del primero.

En este orden entraron unos en pos de otros en la iglesia.

El rey esperaba en el sitio de costumbre.

Al ver á Ildaura, se acercó.

—Dios os guarde, mi hermosa dama;—le dijo posando en ella una mirada de indefinible amor.

—Él os ayude, señor;—respondió Ildaura.

—Ya me desesperaba al ver vuestra tardanza; ¡cómo se conoce que no pensais en el brevísimo momento que me concedeis!

—Perdonad, pero no teneis razon.

—¡Oh!... bien sé que vuestra posicion será distinta á la mia; sobrado

comprendo que vos no sereis dueña de vuestra voluntad. ¿Pero acaso ignorais lo que es amar, y mucho más aún si á este amor va unida la incertidumbre y la impaciencia?

—Señor...

—Sí, os lo repito; ¿de que servirá entre nosotros ese disimulo que tan mal nos sienta? ¿De qué, decid, esa indiferencia aparente, esas formas pálidas y fingidas? No; ya es justo que pronuncie el labio lo que siente el alma; ya es razon que exprese mi lengua el tormento de mi corazon; ya, en fin, es de absoluta necesidad tener en vos la fé que por mi mal me falta. Os amo, señora; vos lo sabeis; no vayais á negarlo, porque entonces creeria que os burlábais de mí muy cruelmente.

El rey calló.

La dama dió por respuesta un ahogado suspiro.

—Y bien,—prosiguió D. Ordoño con acento cada vez más expresivo;—ya veis que deseo terminar el ansia que noche y dia me devora; si es que sentís cual yo siento, si el acceder vos á estas entrevistas tiene por origen una simpatía que aún no habeis querido confesar, sed franca al menos y evitadme el enojo que esta incertidumbre me ocasiona.

—No me habeis comprendido, señor.

—¿Qué decis?

—La verdad.

—¡Siempre misterios!

—No, que es claro y terminante lo que voy á deciros. Me pedis franqueza, y de ella usar quiero; una explicacion, y os la daré cumplida. Que no me sois indiferente, lo explica bien mi estancia en este sitio. Que he calificado á mi rey de prudente caballero, está justificado en la conducta que con él observo; y que lo tengo en gran valía, lo demuestran las palabras que estoy pronunciando. Pero ¡ay! dijisteis bien; mi posicion es distinta á la vuestra, y á riesgo de lastimar esa afeccion que por mí habeis sentido, el principal objeto de mi venida hoy era deciros...

—¡Qué! ¡acabad!—murmuró precipitadamente el rey, temblando como un niño y tornándosele pálido el semblante.

—¡Oh! no me atrevo, señor.

—¿Pero acaso es tan grave?...

—Sí, si me amais.

Y aquí la dama hizo un supremo esfuerzo para pronunciar esta palabra.

—¡Que si os amo! ¡y vos lo preguntais! Decid al sol que se detenga en su carrera; decid al mar que acalle el murmullo de sus ondas; decid al dia que sea eterno como los siglos, y á ser posible una de esas cosas,

dejaré yo de adoraros como al aliento de mi vida; pero por lo mismo que así os amo, os exijo que habléis; decidme, decidme á qué nuevos infortunios debo prepararme.

—Puesto que es llegado el momento de las explicaciones y debo confesaros mi verdadera situación, oidla. Yo no soy libre; mi voluntad está sujeta no solo á la de un hombre que lo ha sido todo para mí, sino á una dilatada carrera de misterios que á nadie, señor, le es dado penetrar; de esta manera vivo subyugada á un destino imposible de destruir. Ahora bien; recelo, y no sin fundamento, que nuestras inocentes entrevistas han sido descubiertas, y en su consecuencia...

—Acabad, no dudeis.

—Estas conferencias se hacen de todo punto imposibles.

Un rayo que cayera á los piés del monarca; la pérdida de sus tesoros y ejércitos; el imperio que se desplomara sobre su corona, no le habria lastimado tan cruelmente como aquellas sencillísimas palabras pronunciadas por una mujer.

Por algunos minutos, su lengua no acertó á articular una frase.

El rey D. Ordoño parecia una estatua de mármol, afianzada á una columna del templo.

Repuesto en lo posible, miró á la dama con toda la amargura del hombre que verdaderamente ama.—¡Oh!...—la dijo;—gracias, señora; gracias, porque me habeis enseñado que el dolor tiene un límite. Yo creia que era muy desdichado, porque no pensaba que habia de conoceros. Ahora sin embargo comprendo que era feliz, porque veo el hondo abismo á que me habeis lanzado.

—Señor, me ofendeis.

—No, no os ofendo. ¿Es culpa vuestra no amarme? ¿Acaso podeis dominar vuestras inclinaciones? ¿Podeis aunque querais aumentar una simpatía que en lugar de dictaros el consuelo, el remedio del mal que ha de sentir el hombre que verdaderamente os ama, os dicta el más duro desenlace, el uso del arma más terrible, el desengaño, la desesperación?

—No os comprendo, no sé lo que decís.

—¡Ay! no me comprendéis; también os creo; vos no encontráis en vuestra mente un recurso que me salve á través de esta borrasca deshecha; no adivinásteis que para un amante leal, que suspira por vos, que siente porque vos sentís, que se alimenta con la lumbre de vuestros ojos, cualquier medio es aceptable, menos aquel que ha de separar por siempre nuestras almas.

—¡Oh!... por piedad, señor; no penseis...

—¡Y qué he de pensar, sino que mi cariño ha sido un sueño! ¡Qué he de pensar, sino que vos distais tanto de amarme como yo de poder olvidaros!

—No; no pensareis tal cosa, porque si no os amara, seria desagradecida, y el desagradecimiento no tiene cabida en mi corazon.

—Es decir...

—Que conmigo habeis sido tan leal, tan generoso, tan bueno, que mi reconocimiento superaria á mi indiferencia, aun en contra de mi misma voluntad.

—No me lo digais; tened por Dios la lengua, pues dejándome adivinar ese cielo de suprema dicha, me hareis doblemente desgraciado. Decid, señora; ¿ha de ser eterna vuestra esclavitud? ¿No tendreis nunca un instante que dedicar á este hombre desdichado? Y si esto ha de suceder, ¿no habria entretanto un medio cualquiera que me permitiese saber si guardábais para mí un pequeño lugar en vuestra memoria? ¡Oh!... sí, sí, una luz en vuestra ventana, un signo cualquiera que me revelara ó recordara vuestro nombre... sí; pensad, discurrid... me dariais una vida de que ahora carezco.

—Me comprometeis, señor; me exponeis á una segura desgracia.

—¡Desvarío! Guardando un secreto absoluto...

—Pueden descubrirlo.

—¿Y quién?

—El destino; ese acaso á que llamamos fatalidad.

—Jamás; no lo creais.

—La más leve imprudencia...

—¿Y quién la ha de cometer?

—¡Oh!... yo misma.

—Locura; ya tendreis cuenta con lo que haceis.

—¿Y vos, señor?

—Seré mudo como los sepulcros.

—Pero vuestros ojos si por casualidad me veis, vuestro rostro si por evento me encontrais...

—Os respondo de mi impasibilidad, señora; sabré que pensais en mí, y estaré tranquilo.

—¡Oh! en cuanto á eso, podeis estar seguro; mucho pensaré en el más generoso de los reyes.

—¡Siempre el rey!...

—Escuchadme, que el tiempo vuela, y debo abandonar este sitio.

—¡Tan pronto!

—Quizá es demasiado.

—Me resigno; mas... decid.

—¿Sabreis, según decis, guardar el secreto que voy á confiaros, solo por complaceros?

—Os lo juro.

—¿Por vuestro amor?

—Por la fé de caballero.

—Pues bien; un hombre de confianza tengo, al cual podeis fiarle cuanto queráis que llegue á mi noticia.

—¡Será posible! ¿Y vos consentiríais...?

—Nada me preguntéis; puedo ofreceros esta pequeña muestra de mi reconocimiento, y lo hago.

—Gracias, gracias; sois la mujer más adorable, el ser más santo y bueno que he conocido. ¡Oh!... ¡cuán feliz me hubiera hecho vuestro amor sin obstáculos y sin inconvenientes! pero descuidad; que si de humano esfuerzo depende...

—No ofrezcais.

—Pero...

—Ni soy egoísta, ni vos estais en el caso de hacer por mí más de lo que puede hacer un galante y fino caballero. Y pues que estamos convenidos, adios, señor, y que el cielo os guarde.

—¿Pero cuándo tendré noticias vuestras?

—Mañana si así lo deseais.

—¡Que si lo deseo! ¿Posible es que lo pongais en duda? Sí; quiero saber de vos mañana mismo. Vuestro emisario puede entrar en el alcázar, y presentando este anillo que vos le entregareis, llegará sin tardanza á mi presencia.

Y entregó á la dama, al decir esto, uno primorosamente cincelado, en el cual estaban grabadas las armas reales.

—Sereis complacido,—le respondió Ildaura tomando aquella joya de su mano, al par que el rubor asomaba á su rostro.

Y se separaron despues, ella con el corazon más que nunca agitado, y él conmovido hasta el extremo de olvidarse de todo cuanto le rodeaba, si lo que le rodeaba no acertaba á hablarle de su amor.

D. Ordoño se perdía en aquel nuevo laberinto de sueños y de ideas.

Ildaura terminaba la primera parte de lo que Daniel le aconsejara.

El hombre que poco antes siguiera á la dama y al paje, desandó otra vez, continuando su tarea, el camino que antes siguió.

El otro, á quien Daniel dijo algunas palabras á su paso, y sin detenerse, espió sin gran trabajo todos sus movimientos.

En esta disposicion, los ùnos llegaron á la Judería, y el otro entró en el alcázar.

Así las cosas, veamos lo que entre tanto hacia el conde D. Vela.

Despues que siguió á Ildaura, pues él era el desconocido á que nos referimos, se retiró á su casa, donde esperó otros acontecimientos, que no tardaron en presentársele.

Apenas pasada una hora, dos de sus hombres aparecieron.

—¿Qué ocurre? Hablad pronto;—les dijo con tono poco suave á la verdad y sin mirarlos.

—Vengo del alcázar;—contestó con laconismo el primero que entró.

—¿Y bien?

—El rey salió al espirar la tarde.

—¿Y qué más?

—Se perdió entre las oscuras bóvedas de la iglesia de...

—Adelante; sé lo que vas á decir.

—Ya más oscuro, doña Munia...

—¡La reina!

—Salió tambien escoltada por un caballero...

—¿Quién era?

—El embozo me impidió conocerlo.

—Prosigue.

—Metióse la reina en una litera, montó á caballo su acompañante, y ambos se apearon en la torre de Santiago.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Y tanto, señor conde.

—Está bien. ¿Es eso todo lo que tienes que contestarme?

—Todo por hoy.

—Bien. Retírate á tu puesto, y si se repite la salida, procura ante todo conocer al caballero.—Y dirigiéndose al segundo matasiete, lo interrogó de la misma manera.

—Señor; como vos me encargásteis, he seguido de acecho enfrente de la casa...

—Adelante.

—Salió de ella un hombre perfectamente encubierto...

—¡Ah!... ese es justamente el que yo necesito.

—Y se encaminó á buen paso...

—¿Dónde?

—Al mismo sitio de que ahora hablaba mi compañero.

—¿Á la torre de Santiago?

—Allí mismo.

—¿Pero qué hay de extraño en esa antigua y medio arruinada fortaleza?

—No os lo sabré decir; pero á juzgar por las apariencias...

—¿Qué puede calcularse?

—Que en ese castillo pasa algo extraordinario.

—¡Por Cristo! ¿Y qué es lo que puede pasar?

—¡Quién lo sabe!

—¿Pero qué has visto?

—En primer lugar, la puerta bien guardada; en segundo lugar, unos misterios capaces de poner en alarma al menos lince. Y en tercer lugar, un gran número de caballeros bien cubiertos y aun más desconfiados que uno á uno y previas ciertas formalidades, penetraban en su recinto.

—¡Diablo!—murmuró el conde prestando más atencion.—Es decir, que una gran parte de la poblacion de Oviedo se reune de noche en ese torreón desvencijado.

—Sí, señor.

—Curiosa y de importancia es la noticia.

—Si quereis...

—¿Qué?

—Volveré á seguir la pista...

—Es lo que te iba á encargar.

—Podeis en ese caso estar tranquilo, que ya cumpliré yo con mi obligacion.

—¿Y no sabes el tiempo que esa reunion ha durado?

—Como no creía que era indispensable averiguarlo...

—Quizá estén aún en ella.

—Bien puede ser. ¿Quereis...?

—No; retírate, y cuida de descubrir cuándo regresa á la Judería el que de ella salió para ir á la torre.

—Bien está.

—Mañana me dirás lo que ocurra.

—¿Teneis otra cosa que mandarme?

—Solo esto.

—Pues guardaos Dios, que yo regreso á mi puesto.

Y salió de la misma manera que habia entrado, si bien dejando en D. Vela más incertidumbres y sobresaltos de los que antes tenia.

Mientras esto pasaba en la casa del favorito, un hombre acechaba con miradas penetrantes y seguras cuantos objetos encerraba la callejuela del alcázar real, descubriendo entre otras cosas tres ó cuatro bultos, que si bien no le pusieron en cuidado, le dieron que sospechar.

Hecha su observacion,—vámonos,—dijo;—por esta noche es inútil esperar.

Y malhumorado y mohino, volvió á doblar la primera esquina de la plaza, desapareciendo de aquellos sitios.

Era Daniel, que apercibido de los hombres que guardaban aquella puerta, volvia á su casa, revolviendo en su imaginacion todos los recursos imaginables que pudieran conducirle á entrar en el alcázar.

CAPÍTULO XXI.

La tormenta arrecia.

—Os digo que me han seguido,—repetía Ortuño á Daniel mientras que Ildaura los escuchaba temblando;—me han seguido, ó yo soy un zopenco desde los piés hasta la cabeza.

—¿Pero con qué objeto te habia de seguir ese hombre?

—¿Y cómo quereis que yo lo sepa?

—¿Te vió salir de esta casa?

—Creo que sí.

—¡Ah!...—dijo el paje reflexionando.—Y luego,—prosiguió,—¿se fue en pos de tí?

—Exactamente.

—¿Hasta la torre?

—Hasta la torre.

—Has cometido una imprudencia.

—¡Yo!

—Tú, Ortuño.

—¿Pero por qué, señor?

—Porque debiste variar de rumbo, y desorientarlo.

El hostelero reflexionó.

Aquella idea no se le habia ocurrido.

—Diablo,—dijo pasado un breve rato;—creo que teneis razon.

—¿Y á tu regreso?

—Á nadie he visto.

—¿Estás cierto?

—Ciertísimo.

—¿Crees que se habrá limitado á saber dónde te dirigias?

—Eso á lo menos presumo.

—Del mal el menos. Si eso es así, no todo se habrá perdido.

Daniel pensaba en aquel momento en los otros conjurados, á quienes D. Vela, pues él calculaba el paje que seria el hombre que siguió á Ortuño, podria haber visto entrar y salir, llamando su atencion el crecido número y el sitio á que acudian, así como alcanzaba, y con bastante fundamento, que á él, y no al hostelero, era á quien se figuraria seguir el conde.

—Y bien,—se atrevió á preguntar Ildaura;—¿crees que de esto puede resultarnos algun daño?

—Ninguno, señora; á llevar ese hombre otra intencion que no fuera la de espiar los pasos de Ortuño, habria logrado tan solo entorpecer algunos dias más nuestros proyectos; por lo demás, podeis estar tranquila.

—¿Volveré yo á la torre?—Preguntó Ortuño con más miedo que interés por saber la respuesta del paje.

—Mañana;—contestó este.

—¿Y en caso de que se repita?...

—Corre de mi cuenta, y debes fiar en mi palabra. Ahora, lo que más interesa es que vigiles la calle desde tu ventanillo, y que no dejes acercar á nadie á la puerta.

—¿De nuevo te separas de mí?

—Señora, es preciso. Conviénenos estar dispuestos á todo, y á mí me quedan por hacer algunos preparativos importantes.

El paje, en lugar de dirigirse á la puerta, precavido como era, y no queriendo que á traicion pudieran apoderarse de un secreto suyo, saltó por una ventana que á espaldas de la casa caía, y bien embozado, desapareció en la oscuridad.

Poco despues hacia la seña convenida, abríase la puerta de la casa del favorito, y encontrábase el paje en el fantástico gabinete, al lado de la hermosa doña Luz, que le recibió con lágrimas en los ojos, dándole quejas harto justas en verdad, pues no estaban acordes las protestas de amor del caballero con la extraña conducta que seguia.

Él se disculpó lo mejor que pudo, procurando despues atraer á su dama á un terreno que pudiese darle algun resultado positivo.

Doña Luz estaba á la sazón deslumbradora con su hermosura; y sin embargo, aquello no hizo impresion en Daniel, que ante su obliga-

ción y ante el recuerdo de sus compromisos, se olvidaba hasta del sentimiento más sublime que puso Dios en nuestro corazón, para atender exclusiva y únicamente á los intereses del infante su señor.

La entrevista dió por resultado lo que más adelante tendremos ocasión de averiguar.

Al siguiente día se presentó Daniel en palacio, enseñó cierto anillo, y vió al monarca.

Al retirarse, pasó cerca de la callejuela, y allí vió dos hombres inmóviles como estatuas.

—¡Hum!...—murmuró;—estos deben ser los guardianes; estaría gracioso que no pudiese verle tampoco esta noche.

Y siguió su camino.

Al doblar la esquina, estuvo en muy poco que no tropezara con D. Vela.

Daniel le conoció.

El conde iba sobrado distraído para reparar en el paje.

Cada vez más absorto y preocupado, solo pensaba en los medios de que se valdria para alcanzar lo que constituia el mayor de sus deseos.

Y no podia descuidarse. Las cuestiones tomaban un rumbo altamente difícil, y acaso le faltaria tiempo para obrar.

Esto era lo que principalmente le desesperaba.

Si las cosas públicas empeoraban; si sus enemigos vencían; si al fin le hacían perder la privanza del rey, ¡oh!... entonces ya no le quedaba otro recurso que la infamia, tal vez la muerte, y todo esto sin el logro de sus afanes.

Imposible; aquella situación violenta no podia durar. Á costa de todo, debía el conde resolverla.

Veía las nubes que allá en el horizonte se agrupaban.

Oía la tempestad ruiendo sobre su cabeza, y el resultado no podría ser otro que estallar más ó menos pronto, haciendo que su valimiento se desplomase de un solo golpe.

Todo esto preveía. Pero estaba decidido á arrostrar las consecuencias, á aceptar todas las fatalidades que cercarlo pudieran, con tal de conseguir uno, uno tan solo de sus propósitos.

En tal disposición de ánimo, entró en la cámara de D. Ordoño.

Este estaba sentado en un ancho sillón, con las piernas cruzadas, y con la barba apoyada en su diestra mano.

Por su postura indolente y descuidada, sus medio cerrados ojos y su

inmovilidad completa, conociase que estaba profundamente sumido en sus pensamientos.

—Guárdeos el cielo, señor;—dijo al entrar D. Vela, quedándose parado á la mitad de la cámara.

—¡Oh!... sois vos, conde; pardiez que os haceis desear; há muchas horas que no os veo.

—Los negocios de gobierno y vuestros asuntos particulares, me tienen lejos de aquí más tiempo del que yo quisiera. Pero no hay otro recurso; el que como yo, tiene la fortuna de merecer vuestra confianza, y quiere ser tan buen consejero como fiel amigo...

—Sí, teneis razon; comprendo que el estado de las cosas públicas debe ocuparos mucho, y por esto os dispenso.

—Gracias, señor.

—Y decidme; ¿habeis descubierto nuevas maquinaciones y planes revolucionarios?

—Más de los que se necesitan para estar muy sobre aviso.

—¡Hola! Contad, contad, buen conde.

—Señor... ¿para qué quereis que os diga cosas que os han de disgustar y para las cuales tengo yo preparado el remedio?

—¿Creeis acaso que me asusta el estruendo de las armas? ¿Olvidais que me llamo Ordoño y que más de una vez he desenvainado mi acero para defender mi patria y el trono de mi padre?

—Lo sé, señor.

—Pues si no lo olvidásteis, ¿por qué ese temor, conde?

—Está bien; os daré parte de los últimos sucesos.

—Fuera de mi reino...

—Se ha sublevado Muza...

—Ya lo sabia.

—Pero no sabiais que habia entrado por tierra de Toledo, de Zaragoza, de Huesca y de Valencia, apoderándose de las cuatro ciudades.

—¡Diablo!

—Ni sabiais que corriéndose á tierra de Francia, ha salido vencedor en dos encuentros, cautivando á los capitanes enemigos, precisando al rey Cárlos Calvo á pedirle la paz con ricos presentes y amistosas ofertas.

—¡Por Santiago! ¿Eso ha hecho el rey de Francia?

—Como lo ois, señor.

—Pues es muy grave, conde.

—Más de lo que parece.

—Necesitais tomar fuertes medidas.

—Así lo hago; y con mucha más razon, quando á juzgar por sus hechos y por los rumores que circulan, sus deseos en la actualidad son los de revolver contra nosotros.

—Bueno, bueno; venga Muza, y veremos si es tan fácil asustar al rey Ordoño como al buen rey Cárlos Calvo.

—Descuidad en esa parte.

—Y bien, eso en cuanto al exterior; en el reino...

—Tratan de aprovechar esa coyuntura, y conspiran más de lo que al rey conviene.

—Pero vos...

—Les sigo muy de cerca la pista, y á ser verdaderos los antecedentes que se me han dado, yo os juro que los sabré escarmentar.

—Bueno, bueno; estando en pormenores, fácil será contenerlos, y si preciso fuera, castigarlos.

—Perded cuidado por eso.

—¡Ah!... ¡pobre conde! Os compadezco; ¡y yo que queria daros aún otras ocupaciones quando tan atareado estábais en mi servicio! No me perdonaré nunca el haber distraido vuestra atencion algunos momentos, haciéndoos perder el precioso tiempo que necesitábais para la salud del Estado.

El conde deseaba esta ocasion para sacar á plaza el negocio para él de más cuantía. Así es que contestó sin vacilar.

—Señor; al que sirve bien, le sobra el tiempo para todo.

—No, conde; vos sois una excepcion, y aun así, apenas debeis tener el indispensable.

—Os repito, que dispongo á mi placer de algunas horas, y os las dedico.

—Vamos; ¿y qué habeis hecho por mí en esos instantes?

—Poco, señor; pero más no he podido.

—¿Os referís?...

—Á un encargo...

—¿Mio?

—¿De quién pudiera ser?...

—¡Ah! ¿Tal vez concerniente á cierta casita de la Judería?

—Cabal.

—Teneis razon; ya no me acordaba.

—¿Que no os acordábais?—Preguntó D. Vela mirando al rey de hito

en hito y abriendo cuanto le era posible los ojos, sin atreverse á dar crédito á lo que escuchaba.

—¿Que no os acordábais?—Repitió.

—¿Qué tiene esto de extraño? ¿Es tan importante una cuestion de simple curiosidad, comparada con las árduas noticias y complicados asuntos que nos rodean? Os aseguro que tenia totalmente olvidada á la misteriosa dama.

Y esto lo dijo con una naturalidad, con una indiferencia, que muy poco faltó para que D. Vela le diese entero crédito.

Pero como á D. Ordoño le era de todo punto imposible sostener la situacion á la altura que la colocara; como al querer desorientar á su favorito, visto que ya en tal cuestion no lo necesitaba, se olvidó de que esta conversacion era para él su aliento, su delicia, su existencia, de aquí que por un lado intentaba realizar lo que se proponia, y por otro daba claros indicios al conde de que esquivando explicaciones por su parte, y provocándolas á la vez, queria ocultarle lo que antes le habia confesado.

Esto llamó más su atencion, como se puede inferir.

La fuerza de los celos hizo latir violentamente su corazon, y ya creia todo lo que su imaginacion quiso en aquel momento sugerirle.

El rey vino á tranquilizarlo.

—Pero esto—dijo alisando sus cabellos con mal disimulado descuido,—no es un inconveniente para que tratemos de nuestra aventura. Veamos; ¿qué habeis hecho...?

—Bien poco, aunque ya estaba en camino de hacer mucho.

—¿Mucho?—Exclamó el rey sin poder ocultar su sobresalto.

—Sí, señor.

—Hablad, hablad.

—Temo fastidiaros...

—¿Y por qué?

—Ocupado como estais en otros cuidados...

—Ya trataremos despues de ellos.

—Si os distraeis...

—No lo temais.

—Si persistís...

—Hay tiempo para todo.

—¿No deciais que faltaba?

—Pero vuestras razones me convencen de que sobra.

—¡Ah!... ¡gracias á Dios!

—¿Qué decis?

—Nada, sino que ya me sorprendía el que no hiciesen eco en vos mis observaciones.

—Conque es decir...

—Que estamos de acuerdo.

—¿En qué?

—En que el tiempo es una cosa inapreciable.

—¿Por qué razón?

—Porque es tan elástico, que falta ó sobra según nuestro capricho.

—¡Oh! sí; decis bien.

Y el rey se sonreía, mirando con placentera expresión á su favorito.

—Pues si así lo confesais, conste, señor, que yo no me había equivocado en mis cálculos, por más que en ellos me hiciérais dudar algunos segundos.

—Conste de muy buena gana; y ahora, contadme lo que de nuevo ocurre.

—Con mucho gusto.

—¿Esa dama?...

—Es hermosa como el sueño de los amores.

El rey se ruborizó de alegría.

—¿La habeis visto?

—Solo un momento.

—¿Es libre?

—El misterio más completo la rodea.

—¡Ah!... ¿todo eso sabeis?

—Y algo más, señor.

—Contad, contad.

—Se ignora quién es, de dónde procede, y...

—¡Todo eso se ignora!...

—Sí señor; pero en cambio...

—En cambio...

—No ha podido ocultar que un hombre...

—¡Su padre acaso!

—Es joven.

—Será hermano; ¿quién lo duda?

—En ese caso debería vivir en su compañía.

—¡Oh!... y ese...

—Ese, señor, no vive.

—Continuad, conde.

—Día y noche, para él únicamente se abren las puertas de aquella casa, que se cierran herméticamente para todos los demás.

—Vos soñais sin duda.

—Os digo la pura verdad.

—Vuestros espías...

—Podrian engañarse.

—Lo confesais...

—¿Y por qué no?

—Entonces...

—Entonces, quiere decir que en vuestros asuntos...

—Decid.

—No me fio de gente extraña, y...

—¿Y qué?

—Los evacuo por mí mismo.

—Así, pues...

—Yo mismo he visto lo que os estoy diciendo.

—¿Y vos creéis que ese hombre...?

—Yo nada creo aún, señor; pero bien pudiera suceder que ese hombre fuera uno de vuestros más encarnizados enemigos, y esa dama la amante de ese hombre.

—¡Por Santiago! Teneis una manera de ver las cosas...

—Yo siempre me pongo en lo peor.

—¡Seria gracioso!

—Seria expuesto.

—¿Y por qué?

—Porque en ese caso, no creo que fuera prudente seguir teniendo curiosidad por conocerla.

—¿Y quién dice que yo la tenga hoy?

—Muy bien obrariais, señor.

—Pero como vos teneis la facultad de matar en mí un capricho para despertar otro con más fuerza, es el caso, que ahora me propongo saber quién es ese amante...

—¡Señor!

—Y lo conseguiré.

—Será muy difícil.

—¿No lo habeis logrado vos?

—Estamos en muy distinta posicion.

—¿Y por qué distinta?

—Vos sois nada menos que un rey, y yo...

—La segunda persona despues del soberano.

—Pero...

—No admito observaciones.

—Ved que el correr yo un riesgo, es cuestion de poca monta.

—¿Y pensais que lo he de correr yo?

—Es que de otra manera...

—Vamos, conde; ¿creeis que yo no tendré medios de averiguarlo?

—No lo dudo; pero á decir verdad, no los encuentro, á no ser...

—Que yo mismo os ponga en camino de hacerlo.

—La manera...

—Es muy sencilla. Vuestra policía puede apoderarse de ese hombre, y traerlo al lugar que yo designe.

—¡Ah!... De esa suerte...

Y el conde vió que efectivamente, el rey no solo podria conocer á aquel hombre, sino tambien quitarle á él un grave obstáculo, conociendo como conocia á Daniel.

Aceptó, pues, el nuevo giro que tomaba la conversacion, y contestó:

—Por ese medio, claro es que podeis satisfacer vuestro deseo.

—Mi curiosidad.

—Eso quise decir.

—Adelante, conde.

—Decia que ya es más fácil obrar, contando con que vos me autoriceis...

—Para todo.

—Si se descubriese...

—Cuidareis de hacerlo con reserva y por cuenta propia...

—Se entiende.

—Á fin de que lo último que á cualquiera se le ocurra...

—Sea el nombre del rey.

—Estamos conformes. —¿Creeis que será fácil...?

—¿Apoderarnos de él?

—Sí.

—No será imposible.

—¿Sin que se aperciban...?

—Tal creo.

—Pues no os descuideis, y disponedlo todo como creais más oportuno.

—Estoy enterado. Ahora bien; en cuanto á lo que antes os dije...

—Armad ejércitos; levantad empréstitos; fortificad nuestras plazas

fronterizas; agotad el tesoro; manejaos como vuestro ingenio os dicte, que á todo os autorizo con tal de que me sirvais tan bien como yo deseo.

Este fué el desenlace de aquella entrevista, que á entrambos ponía, segun ellos pensaban, en el verdadero camino de realizar sus sueños.

El rey deseaba ver libre á la dama, toda vez que contaba con su amor.

El valido alejaba á su más encarnizado enemigo, quedándole á él expedito el campo para maniobrar á su antojo.

El rey estaba, pues, satisfecho.

Pero ambos en aquella ocasion se equivocaban.

Otro genio más suspicaz y activo, revolvía medios y hacia brotar recursos de su fecunda mente para desbaratar la fuerza de sus contrarios.

Veamos cómo intentaba lograrlo.

CAPÍTULO XXII.

De cómo calculaba el infante, y se preparaba Daniel.

Bernardo del Carpio esperaba inútilmente la visita de su antiguo paje. Ignoraba que la noche anterior habia sido descubierto, y que habiendo tratado de prenderlo, tuvo que poner en dispersion á los hombres de D. Vela.

Las horas pasaban, y desesperábase el infante.

Cuando se convenció de que Daniel no venia, lanzó un gran suspiro, y se dirigió al oscuro rincon en que habia practicado su brecha.

Apartando la paja y los objetos que delante tenia para cubrirla, y asomándose cuidadosamente á ella, vió al conde Sabiniano solo, y acostado en su lecho.

Persuadido de que nadie le espiaba, entró.

—¿Dormis, Sabiniano?—Preguntó en voz muy baja.

—¡Ah!... sois vos, infante;—dijo su compañero levantándose.

—Sí, conde; yo mismo, que busco un consuelo en vuestra amistad, y en nuestra comun desgracia.

—¿Pero es posible, señor, que en tan largo tiempo de cautiverio no hayais encontrado un medio, una idea para salir de este estado infernal?

—¡Ideas!—respondió Bernardo con amarga sonrisa.—¿Pueden ocurrirse otras que la que yo he puesto en práctica? ¿Os parece poco esta abertura hecha en el granito, el trabajo ímprobo invertido en ese muro espeso, y que en lugar de conducirme á otro sitio, no hizo más que en-

sanchar mi calabozo? ¡Ideas! aquí no se pueden tener, conde. Cuando para guardarlas hay un carcelero cruel, cuando para oprimirlas hay cuatro paredes estrechas, y para inutilizarlas existen fuertes puertas llenas de cerrojos y pestillos, cualquiera tentativa se hace inútil, cualquier proyecto fracasa.

—Teneis razon; pero sin embargo, en doce años, ¿no habeis tenido una oportunidad, una ocasion para escaparos?

—¡Y cómo!

—¡Oh!... Infante, esto es fatal.

—No lo sabeis bien. Vos estais aquí breves dias; teneis alimento; agua, luz; vuestro calabozo no es húmedo ni infecto; en vuestro rostro se nota aún el fresco del ambiente que acabais de respirar; en vuestro pecho hay esperanza, y vuestros ojos verán aún el sol y las flores. ¡Pero yo! Yo estoy aquí doce años, segun decís, porque en mi memoria se ha borrado la fecha de mi encierro; yo he pasado hambre, sed; ni he visto luz, ni mis piés se han secado una sola vez del agua que despide el suelo de mi lóbrego calabozo; mi rostro está pálido, demacrado y marchito, y en mi alma... ¡ah!... en mi alma solo hay una esperanza...

—Callad, infante, callad, que la idea sola de lo que decís me indigna y me horroriza. Yo os juro que en un caso igual, hubiera arrojado por todo.

—¿Y qué habriais hecho?

—¡Qué sé yo! Hubiera suplicado, hubiera comprado á mis guardianes...

—Todo eso lo he probado, y nada he conseguido.

—¡Oh!... Entonces... entonces... hubiera matado á mi carcelero, huyendo luego á donde me deparase la fortuna.

—¡Conde!

—Os digo la verdad.

—Acabais de darme una idea que jamás se me habia ocurrido; nunca se presentó ante mis ojos tal recurso, y sin embargo...

—Ya veis que no es imposible.

—Lejos de eso...

—Infante, creo que habeis perdido el tiempo.

—No recordé que un hombre pudiera matar á otro á traicion.

—Cuando el que ha de hacerlo es Bernardo del Carpio, y cuando este se encuentra como vos...

—Entonces, conde, decís bien; no se duda de su valor ni se le puede acusar de felonía. ¿No es así?

—Exactamente.

—Mas para llevarlo á cabo...

—Sé lo que vais á decir; para llevarlo á cabo se necesita un objeto; un arma cualquiera...

—No, no es eso.

Y el infante mostró al conde la daga que Daniel habia puesto en sus manos.

—¿Teneis un puñal?

—Sí, ya lo veis.

—¿Pero quién os lo proporcionó?

—La Providencia.

—¿Y qué mas necesitais en ese caso?

—Necesitaria, que de resolverme á ese atentado, os aprovecharais de él conmigo, recobrando vuestra libertad.

—Eso no, infante; yo aprecio en lo que vale esa prueba de afecto que me ofreceis; pero recordad que no existiendo causa para tenerme encerrado, bien pronto me sacarán de aquí.

—Eso mismo creia yo, y sin embargo, han pasado doce años.

—Si lo que os digo no sucediera, sé que no os olvidarais de mí.

—Dejemos esto, conde; tal vez tengamos nuestra libertad sin necesidad de apelar á miserables medios.

Y el infante al decir esto pensaba en Daniel.

—¿Es posible que abrigueis esperanzas?

—¿Y por qué no? ¿No me he alimentado de ellas en todo este tiempo?

—¿Y por ventura las habeis realizado?

Bernardo bajó la cabeza.

Aquella gran verdad derribaba de un golpe todas sus ilusiones.

Pero reanimándose de pronto y mirando á Sabiniano con una expresion de indefinible tranquilidad,—oid,—le dijo;—yo os prometo á fé de honrado y leal, que si mañana á esta misma hora no está resuelto lo que ha de ser de mí, antes de tres dias cabalgaré hácia mi castillo del Carpio ó habré dejado la vida en manos de mis enemigos.

—¡Infante!

—Ya os lo he dicho, conde.

Y como quiera que al acabar de decir estas palabras sonara la acompañada marcha de una ronda, los presos se separaron, acomodándose cada uno en su lecho y fingiendo que dormian, lo mejor que pudieron.

De esta manera pasó la noche, apareciendo muy en breve la aurora.

Con ella se levantó nuestro paje, y montando á caballo salió de

Oviedo, encontrándose poco despues de media hora en un sitio apartado, en medio de un crecido número de hombres robustos y bien armados, y que eran ni más ni menos los que le acompañaron algunos dias antes.

—Y bien,—dijo al que al parecer hacia de jefe;—¿qué ha ocurrido desde que me ausenté?

—Nada, mi capitan, á no ser la impaciencia de nuestra gente por la inaccion en que aquí la dejais; echan de menos sus antiguos combates, prefiriendo las penalidades de la guerra á la tranquilidad y regalo de que ahora disfrutan.

—Segun eso,—volvió á interrogar Daniel,—no les disgustaria probar el actual temple de sus armas.

—¿Disgustarles, voto á briós, cuando apenas recuerdan el uso que se hace de ellas? Dadles que hacer, y ya vereis el afan que tienen por servirlos.

—Que me place; porque ese era hoy el objeto de mi venida.

Un murmullo de alegría corrió desde el primero al último de aquellos valientes, que se acercaron y rodearon á Daniel para no perder una sola de sus palabras.

—Sí,—prosiguió este;—el momento se acerca de elevar el nombre de Hafsún tan alto como él merece. La más propicia ocasion se os viene á las manos, y me prometo que habeis de aprovechar con creces el tiempo que habeis perdido.

—¡Viva, viva!—exclamaron á coro los bandoleros, al escuchar lo que su jefe les decia.

—Nada de bulla,—repuso este,—y recordad que estamos en las puertas de Oviedo, y separados de nuestros hermanos. Ahora bien, el golpe que yo medito es de mucha gravedad y requiere tanta fuerza como energía; sóbranos la segunda, mas carecemos de la primera, y de aquí el ser necesario que dos de vosotros partais sin deteneros y hagais venir á todo el escape de sus caballos el resto de nuestra gente; vosotros,—é indicó á dos de ellos,—desempeñareis esta comision; vosotros,—y designó á otros ocho,—hareis lo que voy explicaros.

Los primeros montaron á caballo y partieron á galope.

Los segundos se acercaron más á Daniel, que les habló de la manera siguiente:

—Vais á entrar en Oviedo por distintas puertas, y á dirigiros cada cual por vuestro lado al alcázar real; á su lado, á la izquierda, hay un callejon, en el cual vereis algunos hombres embozados; necesito que los espieis sin que os vean, y que me digais lo que allí hacen, á qué hora

van, cuándo se retiran, y sobre todo cuántos son. ¿Estais bien enterados?

Los ocho hombres hicieron con la cabeza una señal afirmativa.

—Pues partid,—añadió el paje,—y quietos allí hasta que yo os avise. No esperaron á que se lo repitiesen segunda vez.

Todos se pusieron en movimiento, entrando en la capital casi á un tiempo mismo.

Tambien Daniel regresó llevando consigo dos hombres más. Ya en la Judería,—mirad,—les dijo;—en aquella esquina estan dos de vuestros compañeros, y otros dos en la opuesta; reforzad ambas, y cuidad hasta del más pequeño incidente que en la calle ocurra; encargadlo así en mi nombre á los otros, y el oido atento á mi silbato.

Hizose todo cual lo mandaba, y él siguió disponiendo su verdadero plan de ataque.

Aún no tendria tiempo de llegar á su cuarto, cuando dos embozados entraron en la calle, examinando cuidadosamente si algun otro habia en ella.

Hecho el registro, se ocultaron en un portal oscuro y estrecho.

No obstante, seis hombres los atisbaban, y seis dagas estaban prontas á dar buena cuenta de ellos.

CAPÍTULO XXIII.

La promesa.

El espionaje desplegado por D. Vela, se puso en accion al anocheecer de aquel mismo dia.

Helbrando era seguido por Ortuño, al dirigirse al castillo de Santiago.

Ortuño iba escoltado por otro de los que en la Judería acechaban; y este, á su vez, era observado por otro de los hombres de Daniel.

Así esta comitiva llegó al mismo punto á que se dirigia la primera pareja.

Helbrando y Ortuño entraron casa del conde Flavi.

Los otros dos se quedaron ocultos entre las sombras.

Los demás conjurados llegaron unos en pos de otros.

Daniel, que como ya sabemos acostumbraba á salir por la ventana en lugar de hacerlo por la puerta, llegada que fué la hora de poner en práctica sus importantes asuntos, se embozó bien en su manto, apretó el cinturon asegurando en él espada y daga, saltando luego á la callejuela, y encontrándose bien pronto en el alcázar.

Subió la escalera, llegó á la antecámara, y acercándose con mucho desembarazo al cortesano que hacia la guardia á D. Ordoño,—ved este anillo,—le dijo.

—¿Sois el que espera el rey?

—Yo no sé si D. Ordoño me espera ó deja de esperarme; cumplo con hacer lo que me tiene encargado, y nada más.

—Podeis verlo.

—En ese caso...

—Entrad.

Y abriendo una hoja de la puerta que á su espalda tenia, facilitó al paje el camino que debia conducirle hasta el rey.

Ya en la cámara, lo primero que distinguió fué al soberano.

—¡Ah!...—exclamó este al verle;—impaciente me habeis tenido, por quien soy.

—Lo siento sobre mi alma, señor; pero cuando las cosas dependen de la voluntad de otros...

—¿Que ha sucedido pues?

—Nada que de contar sea.

—¿Y vuestra tardanza?

—Consiste en que mi señora no ha podido hablarme hasta ahora mismo.

—¿Servis á esa dama?

—Como humilde criado y fiel amigo.

—¿Ambos títulos poseeis?

—Ambos, señor.

—¿Há, segun eso, mucho tiempo que la conoceis?

—Desde la niñez.

—Y decidme; ¿será un obstáculo vuestro cariño y respeto para que sirvais bien á vuestro rey?

—Por él diera mi vida, y por él he derramado mi sangre en cien combates.

—¿Guerreásteis?

—Ese es mi oficio, señor.

—Y con tal ocupacion, ¿cómo pudisteis ofrecer á esa dama vuestros servicios?

—Señor, yo no me he separado nunca de ella.

—Explicádmelo pues.

—Es muy sencillo; guerreaba á las órdenes de... de su padre, que la amaba demasiado para apartarla del lado suyo.

—¿Quién es ese guerrero?

—Permitid que calle su nombre.

—¿Secreto lo haceis?

—Lo es, toda vez que no se me ha encargado que lo revele.

—Prudente sois.

—Igual haria en los asuntos de mi rey.

—Que me place; pero en cambio, decidme lo que os haya encargado vuestra señora para mí.

—Díjome que os advirtiese que por ahora le es imposible veros; que su estado violento sigue siendo el mismo, y que hasta desaparecer los obstáculos que sin cesar la rodean...

—¡Pardiez! ¿pero qué obstáculos son esos que le roban hasta el átomo más pequeño de libertad?

—Señor...

—Vos debeis saberlo.

—Nada sé.

—No podeis ignorarlo.

—Pues lo ignoro.

—Imposible; sois, como vos decís, su confidente, su amigo.

—Sin embargo, señor, aunque así fuera, la mejor prenda del confidente, es la reserva; la mejor cualidad del amigo, la discrecion.

—De manera que mi único recurso es dejar de ver á vuestra señora.

—Ya sabeis lo que para vos me encargó.

—Pero eso no puede ser; vos mismo debeis comprenderlo.

—¿Y qué hacer, señor?

—Vos mejor que nadie lo sabeis; por mi parte, voy hablaros con entera franqueza.

Los ojos del paje lanzaron un destello de alegría.

Iba á traer la discusion al terreno que más le acomodaba.

El rey continuó:

—Estadme atento, y respondedme como hombre de corazon en lugar de hacerlo como humilde vasallo. Yo amo á vuestra señora; vos lo habeis conocido, y no seré yo quien lo niegue; dejarla de ver me es imposible, y justamente esta es la pena que ella me ha impuesto; de suerte que con un amor como el que yo siento, tendria que hacerme una violencia superior á mis fuerzas para no hacer las mayores locuras, que ni sentarian bien á un rey, ni favorecerian mucho el nombre de una mujer.

—Duro es el caso, señor.

—No tanto como pensais, y voy á demostrarlo: ¿creeis que un rey se olvide de su palabra? ¿Comprendeis que falte á sus promesas? ¿Calculais que pueda infamarse quebrantando un sagrado juramento?

—El que eso pensara, señor, seria un villano. Pero á decir verdad, no alcanzo...

—Esperad un poco; si tanta fé teneis en las promesas de vuestro so-

berano, si tal concepto os merece D. Ordoño, vos mismo vais á ser el que me proporcione ver á vuestra señora.

El paje pareció quedar aturdido.

Lo que estaba en realidad, era henchido de alegría.

—Y cuidado,—prosiguió el rey,—que ese favor que os pido ha de tener un objeto más costoso de lo que os figurais; yo sé que en vuestra casa entra un hombre á quien me importa mucho conocer; un hombre que motiva todo el dolor, los celos, la pena que me devora, y yo quiero conocerlo, ¿lo entendéis? Quiero conocerlo con la sola idea de saber su nombre.

Daniel seguia inmóvil.

—¿Nada me respondeis?—interrogó el monarca.

—Señor, habeis dicho *quiero*; ¿qué puedo contestar á un mandato del rey?

—¿Me prometeis...?

—Os prometo sacrificar por vos mi honra, única herencia que adquirí de mis padres.

—Os ofrezco que no, y he de cumplirlo; encontrad vos el medio, que yo me encargaré de lo demás.

—¿Estais resuelto...?

—Á todo.

—Mis excusas...

—Serian de todo punto inútiles.

—En tal caso sereis obedecido; pero permitidme que os imponga una condicion.

—Decid cuál es.

—La de que no hareis más que ver el rostro de ese hombre sin pretender averiguar lo restante.

—Os lo juro.

—Siendo así, estad prevenido, que yo os pondré delante la ocasion.

—Si lo cumplís, hecha está vuestra fortuna.

—El amor y respeto á mi señora, y la obediencia á mi rey, son mis dos premios mejores.

—Desde ahora vais á tenerme impaciente.

—Estad tranquilo, señor, porque jamás faltó á lo que ofrezco.

Con esto se despidieron, alegre el rey por la victoria ganada, y satisfecho el paje con el triunfo obtenido.

En breve veremos las consecuencias de esta, al parecer, insignificante conversacion.

CAPÍTULO XXIV.

El asunto principia á complicarse.

—Venid aquí,—decia el favorito á sus lebreles reunidos hacia gran rato en su cámara, sentándose en su sillón, y con entonacion que revelaba la satisfaccion más viva.

—Venid aquí, y contad con una buena dosis de escudos de oro si haceis lo que voy á deciros.

Cada cual aguzó como pudo sus orejas, y se dispuso á recibir en sus bolsas aquella nube de monedas que el generoso conde les ofrecia.

—Es el caso,—añadió cuando hubo fijado la atencion de sus oyentes,—que en cierto sitio de Oviedo se reunen ciertos sugetos á quienes yo quisiera asegurar sin mucho ruido; si mis noticias se confirman esta noche, quiero que deis el golpe sin tardanza. En este concepto, y como quiera que necesitaré aumentar vuestras fuerzas, desde ahora vais á encargaros de reclutar hasta sesenta hombres más, valientes y resueltos, que os ayuden en el negocio. Los tendreis armados y prevenidos, cueste lo que cueste, y ya hecho me dareis cuenta. Conque no perdamos el tiempo, y cumplid de aquí á pasado mañana vuestro cometido.

Todos desfilaron, ladeándose el último para dar paso á otro recién venido.

Era uno de los que vigilaban en la callejuela del alcázar.

—¿Qué has hecho?—preguntó el ministro.

—Seguir al favorito de la reina, que ha ido á hacer una visita á la torre de Santiago.

—¡Ah! le has conocido al fin.

—Como ahora os conozco á vos.

—¡Conspirador el bueno de Helbrando!

—Tal parece.

—¿Y qué más observaste?

—Que muchos otros caballeros entraban despues que él.

—Está bien; retirate y espera mis órdenes.

El espía salió.

Acto seguido, entró otro.

—¿Qué has adelantado?

—Muchas cosas, señor.

—¿Volvió á la torre?

—Y á buen paso.

—¿Solo?

—Como la vez anterior.

—¿Y regresó á la Judería?

—Hace un momento.

—¿Tu compañero?...

—Oculto en la calle.

—Seguid allí hasta mi nueva órden.

Y desapareció el último ganapan, y con él el rumor que hubo hasta entonces en la cámara.

Inmediatamente el conde salió á la calle.

Á los pocos momentos, se oyó una seña.

La puerta tornó á abrirse.

Daniel entró.

—¡Oh!... gracias á Dios, D. Sancho! —murmuró á su oído la hermosa doña Luz.

—¿Deseábais verme?—dijo Daniel doblando una rodilla y besando la mano que se le presentaba.

—¡Y tal me preguntais sabiendo cuánto os amo! ¿Habeis por ventura olvidado mi ardiente y fiel cariño? ¿Ya no recordais que vos haceis la felicidad de mi vida? ¿Qué seria de mí sin vuestro amor, D. Sancho?

—Sabeis que lo teneis entero, doña Luz; y si algo me pesa, si alguna nube hay que empañe este dulce sueño en que mi existencia resbala, es la tristeza que leo en vuestro divino semblante; el surco de las lágrimas que descubro en vuestros hechiceros ojos.

—No me lo digais; porque si alguna pena me embarga, de seguro viene al recordar cuán feliz, cuán dichosa seria con vos, á vuestro lado.

—¿Y no lo estais, mi hermosa doña Luz?

—Sí, es verdad, lo estoy... ¡pero cómo! Llena de inquietud, de miedo, de zozobra.

—¡Y por eso llorais!

—¿Creeis que solo siento mis temores?

—¿Pues que más podeis sentir?

—Mis desgracias sin número. Yo soy orgullosa, D. Sancho; soy altiva, y por más que ese hombre no me dé un amor que yo rechazo, me desespero al mirar su insultante desprecio. Luego su nombre, su nombre que tambien lo es mio...

—Acabad.

—No sé por qué, pero imagino que ha de ser infamado y...

—¡Que decís, señora!

—Nada; no me preguntéis, D. Sancho; habladme de vos, que es lo único que consolarme puede.

—¡Oh!... sí; teneis razon; pero yo os amo, y no puedo ver con indiferencia vuestra desgracia. Preveeis un mal que por desgracia es cierto, y yo debo, por vuestro amor, evitarlo.

—Me asustais, D. Sancho; ¿qué peligro es el que amenaza al conde? Decid, decid, porque aun cuando yo lo presentí, os aseguro que todo lo he ignorado.

—Pero á lo que yo entiendo, no careceis de algun antecedente.

—¡Oh! ¡antecedentes! Solo poseo los de su conducta; hablan por él su semblante, sus miradas, y os juro que de algun tiempo á esta parte, su semblante es lívido y sombrío; su conducta extraña y misteriosa, y sus miradas torvas y terribles.

—Sí, sí; todo eso lo comprendo.

—Vos sabeis...

—Más de lo que quisiera, Luz mia.

—Pero decidme, decidme por piedad cuál es el peligro que nos amenaza; pensad que yo le pertenezco, que soy suya; que su desventura traerá la mia, y que tal vez...

—¿Y por quién sino por vos quiero salvarlo?

—Pero vuestras palabras...

—Os deben explicar, cuál era esta noche el principal objeto de mi venida.

—Pues adelante, D. Sancho; creo en vos, y estoy pendiente de vuestros labios.

—Oid, y no me pidais explicaciones, porque imposible me fuera dá-

rosas. La libertad del conde está en gran riesgo; sus enemigos trabajan noche y día para derrocar su poder, y el mismo rey conocerá en breve el odio de que es blanco, eterno su favorito. Aún, puedo asegurarlo, nada sabe, y sería tiempo de prevenir su caída, si bien es imposible el evitarla. D. Ordoño, os considera; tenía en grande estima á vuestro padre, y no dudo que si vos quisiérais seguir mis consejos, le salvaríais; para ello, deberíais ver al rey, y pedirle de rodillas... el destierro de vuestro esposo, exigiendo su palabra al rey de que ningún otro daño se le haría: podríais decirle cuanto acabais de oír; y si le faltaba una prueba, si no le bastaban vuestros ruegos y quería convencerse de la deslealtad de vuestro esposo, podríais hacer que os empeñara su palabra de rey y de caballero, para que si dentro de cinco días y por cualquiera medio se persuadía de la verdad de vuestras palabras, os otorgase lo que le pedíais, sin pasar más adelante su venganza.

Doña Luz pasaba de la más hermosa blancura á la lividez más completa.

Oprimiase el corazón con una mano, y pasaba la otra por su tersa frente fría como el mármol.

—¿Conque... tan grave, tan inminente es el peligro?

—Tal vez no, pero bueno será que lo conjuremos. Ahora, doña Luz, creed que esta es la prueba más grande que de mi amor daros puedo. Y adios por hoy, que reclaman mi presencia asuntos del mayor interés...

—¡D. Sancho!

—Del mayor interés, tal vez para vuestro esposo.

—¿Pero cuándo veré al rey?

—Mañana, señora; mañana, que el tiempo vuela, y es preciso aprovecharlo.

—Sí; le veré, le veré;—balbuceó la hermosa dama mientras que el paje se alejaba y ella caía trastornada en un sillón.

Daniel regresó á la Judería, y trepando por la consabida ventana, se encontró en su cuarto, frente á frente de uno de sus bandoleros.

—¿Qué hay?

—Dos hombres espían esta casa.

—Y bien.

—Esta noche salió de ella un tercero, que pienso no érais vos.

—Adelante.

—Fuése hasta la torre de Santiago, y hasta aquí el mismo sitio lo siguió uno de los dos espías.

—¿Y tú?

—No perdí de vista al segundo.

—¿Esperó á que saliera el primero?

—Ni más ni menos, así sucedió.

—¿Y entretanto?

—Él y yo vimos llegar uno tras otro hasta unos treinta embozados.

—¡Ira de Dios! ¡Están vendidos!

—Como no me disteis otras órdenes...

—¡Torpe de mí! Tienes razon. ¿Y no será tiempo?...

—Creo que no.

—¿Y por qué?

—Porque mi hombre habló apenas con el que de centinela quedó ahí enfrente, volviendo á marcharse más que á paso.

—De manera...

—Que sabe Dios dónde estará á estas horas.

—¡Infierno!—gritó el paje dando una fuerte patada en el suelo;—baja, ¡ira de Dios! debe dirigirse á la casa del favorito del rey; ya la sabes; conoces á ese tuno; corre, por mi vida, corre, y si lo alcanzas... envaina tu daga sin piedad en su corazon.

El bandolero demostró que si no alas, tenia unas piernas que daban el mismo resultado.

En un segundo ganó la escalera, y en menos de otro se encontró en mitad de la calle, emprendiendo una carrera que envidiarían nuestros mejores andarines.

Daniel se consoló, ó mejor dicho, procuró consolarse, jurando y perjurando que cortaria las orejas al bergante.

No se perdonaba aquella imprudencia, tal vez la primera que cometió en su vida.

CAPÍTULO XXV.

La visita.

Todo lo tenia prevenido el favorito para dar lo que hoy se llama un golpe de estado.

Su plan era vasto, y ya no era difícil su ejecucion.

Faltábale solo los hombres que á sus secuaces habia encargado, y que debia tener al día siguiente.

Hecho esto, sin perder momento, se habian de ejecutar cuatro cosas que por entonces, salvaban su situacion.

Eran estas, el cambio de calabozo del infante Bernardo, por si el suyo á la sazón habia sido descubierto; la captura de Daniel, á quien con razon tenia por su mayor y más astuto enemigo; la prision de los conspiradores, y el raptó y desaparicion de Ildaura á los ojos del rey.

Bien concebido estaba el plan, y debia dar felices resultados; pero el paje no se descuidaba, y tenia tomadas sus medidas.

Cuando Ortuño le dió cuenta de los últimos trabajos hechos en la torre de Santiago; cuando le dijo que Helbrando era el encargado de dirigir el plan de ataque, y que habiéndose resuelto dar el golpe decisivo de allí á cinco ó seis días aprovechando la ocasion de pasar el rey una revista á las tropas, este habia tomado en una gran lista los nombres de los conjurados para avisarles con anticipacion, designando á cada uno el puesto que habia de ocupar, el paje le despachó un emisario que le entregó un pergamino, en el cual se leía lo siguiente:

«No os reunais en el castillo; os espían, y no tardariais en caer en

manos del infame D. Vela. Prudencia, y dad la señal, que al primer grito, todos responderemos.»

Despues preparó á Ildaura para la escena que de antemano tenia preparada.—Cuidad,—le repitió, —de estar serena aun cuando sepais que el conde D. Vela está á tres pasos de distancia de vos en vuestro mismo aposento.

Cuando tal decia, un emisario le avisaba que el resto de su tropa, llegaba por distintos caminos á las cercanias de la capital. Y por último, iba á disponer cerca del rey el desenlace de aquel drama.

Como á la mitad del siguiente dia, el paje se dirigió á la casa misma del privado, si bien dejando cerca de ella una docena de sus soldados, con órden expresa de que pasada una hora sin verlo salir, pegasen fuego á la casa, avisasen á sus compañeros, y si preciso era, que entrasen á saco en la ciudad.

Subió la escalera, y preguntó por el conde.

Contestáronle que estaba en su cámara, y á ella se encaminó.

Repitió la pregunta, y lo guiaron á su presencia.

Estaba en aquel momento despachando asuntos graves de gobierno; así fué que ni siquiera levantó los ojos para mirar al que llegaba.

—¿Que quereis?—fué todo lo que preguntó.

—Hablaros.—Respondió con sequedad y con igual laconismo el interrogado.

—Hacedlo, pero pronto, pues ya veis que estoy de prisa.

—Lo siento, por que debe ser despacio, y quiero disponer de mucho tiempo.

—Por Santia...—Santiago iba á decir el conde; pero la última sílaba; se atravesó en su garganta. Acababa de levantar la vista, y se encontraba cara á cara con Daniel, risueño y burlon como lo era doce años antes.

D. Vela quedó petrificado, mudo, absorto.

—¿Qué os pasa, señor conde? ¿Sentis ver á vuestros antiguos amigos, por ventura?

—¡Rayo del cielo! ¡Conque sois vos!

—En cuerpo y alma.

—Y venis hasta aquí, hasta mi propia casa... sin adivinar...

—¿Que vos no querriais que saliera de ella? Si tal; me fio mucho en vuestra fé de caballero, y ahí estan para dar fé de mis palabras los hombres valientes y leales que rodean vuestro palacio, y á los cuales debo reunirme dentro de una hora justa sin que le falte un minuto.

D. Vela dió un rujido de rabia.

—¡Villano!—murmuró;—¡siempre lo mismo!

—Siempre resuelto á solicitar vuestra amistad, si vos quereis cederme.

—¡Miserable!

—Cuidad de no insultarme, pues sabeis que yo soy comedido por naturaleza.

—Pero ¿qué buskais, hombre de Lucifer? ¿de dónde salis, y qué es lo que quereis?

—Os busco á vos; salgo... Dios sabe de dónde, y quiero, como ya os he dicho, algunos momentos de audiencia; pero dejad, señor conde, dejad de mirar á la puerta de esa manera, pues os repito que la gente que me acompaña es sobrado atenta para abandonarme á la mitad del camino; abreviemos, pues son muchos, y si se cansan de esperarme, y murmuran, podrán armar tanto ruido que nos molesten.

El conde se mordió los labios, hasta hacerlos brotar sangre.

—Acabemos; decid, por el apóstol Santiago, á qué se reduce vuestra extraña visita.

—Os lo explicaré en dos palabras. Señor conde; una guerra fatal por espacio de doce años, os demostrará que soy hombre consecuente en mis empeños.

—Demasiado.

—Pues bien; uno solo era y es aun hoy mi propósito: sacar de vuestras manos al hijo del conde de Saldaña; primero quise conseguirlo matándoos en buena ley; esto no pudo ser, porque... porque no nos encontramos jamás.

D. Vela palideció aun más de lo que antes lo estaba.

—Despues,—añadió el paje,—varié mi sistema; quise mataros...

El privado se tornó pálido.

—Y tampoco fué posible, porque supisteis guardaros de una manera poco comun. Hoy quiero derrotaros, hundiros, arruinaros, y he llegado á creer que lo consigo.

El favorito tembló á su pesar.

—Pero como esto puede tardar algunos dias, y á mí me falta el tiempo, vengo á proponeros un arreglo amistoso. Si os conviene, lo hacemos; si no, paciencia, y cada cual á su negocio.

—¡Vive Dios!...

—Nada de excusas ni vacilaciones; decid sí ó no, y adelante.

—¿Y qué me propondeis?

—Todo, con tal de que me entregueis á Bernardo del Carpio.

—¡Todo!—Repitió maquinalmente el conde.

—Todo, hasta mi honor, hasta mi vida. Juzgad, pues, si podremos entendernos á ser vos razonable; mi casa es más segura que la vuestra, y en algunos minutos de conferencia...

Daniel habia puesto el dedo en la llaga.

El conde interpretó sus palabras de la manera que el astuto paje pretendia.

—Es decir...

—Que el tiempo pasa, y desearia que dijérais vuestra voluntad.

—Y de acceder yo á esa entrevista...

—De ceder vos, honrariais *nuestra* humilde morada, que si bien no muy rica, es al menos muy tranquila y segura.

—¡Oh!... Y pensais...

—Que ireis, señor conde. ¿Y por qué no? ¿Acaso no es este vuestro palacio? ¿No estoy yo en él? ¿No entro solo y descuidado? Por otra parte, si mis intenciones no fuesen sanas y leales, ¿no podria aprovechar la ocasion, teniéndoois aquí desprevenido y sin armas, para acabar de una vez? Mal me conoceis, señor; muy mal me conoceis.

Estas razones convencieron á D. Vela, pues conocia mucho al paje, y sabia que todo aquello era verdad. Sin embargo, vaciló.

—No dudeis, y hacedme más justicia. Decid sí ó no, que es cuanto os he pedido.

—Pues bien,—respondió con resolucion D. Vela;—iré á vuestra casa.

—Gracias, señor; veo que aún pueden algo las palabras de un hombre honrado.

—¿Cuándo nos veremos?

—Muy pronto, si gustais.

—Vos me avisareis.

—Vendré yo mismo á buscaros en ocasion oportuna, y siempre, sea hoy, mañana ó pasado, será al oscurecer.

—Os esperaré.

—Confio en la lealtad de vuestra promesa. Todo resentimiento cesa entre nosotros, hasta el momento en que resolvamos lo que ha de suceder.

—Está dicho á fé de caballero, pero no olvideis tampoco la que acabais de hacerme...

—¿Cuál, señor conde?

—Vuestra casa...

—Os repito que es tranquila y segura.

—Pues podeis retiraros, que no lo olvidaré.

—Aun sin daga y sin espada, señor, no tendriais que temer á fé mia.

—Lo cual probaria más confianza por mi parte, de la que vos haceis en mí, por la vuestra.

—Estais en un error.

—No os entiendo.

—Cuando yo hago las cosas, las sé hacer por completo.

—Vos...

—Vedme aquí, señor conde.

Y quitando el embozo de su manto, mostró su talle esbelto, ceñido por un negro cinturón, del cual no pendia espada ni daga.

Daniel entró desarmado en la casa de su más implacable enemigo.

Sabia que desde luego habia de conseguir una tregua más ó menos duradera.

En su consecuencia, persuadido como lo estaba, quiso dar un golpe diplomático, haciendo conocer hasta dónde rayaba su valor y su arrogancia.

Aquel último rasgo acabó de decidir al conde, que tendiéndole una mano, le dijo con cierto tonillo de franqueza:

—Amigos ó enemigos, sabré en adelante que no he de esperar de vos traicion alguna.

—Eso será conforme y segun,—dijo el paje con una picaresca sonrisa, despidiéndose del conde hasta el siguiente día, y dirigiéndose después al alcázar real, donde el rey lo esperaba con su acostumbrada impaciencia.

CAPÍTULO XXVI.

Incidentes.

Fácil es suponer si doña Luz se daría prisa á presentarse al rey.

Á la mitad del día entró en palacio, y muy poco despues, en la cámara real.

D. Ordoño la recibió con todo el agasajo debido, preguntándola, no exento de extrañeza, el motivo de su visita.

Hecha por la dama la relacion que ya sabemos, la sorpresa del monarca fué tan grande, como el misterio de que todo aquello se hallaba rodeado.

No obstante, despues de media hora de conferencia la puerta volvió á abrirse, oyéndose distintamente la voz del rey, que decia:—Id tranquila; si dentro de los cinco primeros dias tengo una prueba de esas palabras, á fé de caballero, obtendreis lo que me habeis pedido.

Doña Luz, despues de esto, volvió á salir encaminándose á su morada.

De allí á poco, D. Ordoño atravesó los corredores que conducian á las habitaciones de doña Munia, que le recibió como siempre cariñosa, si bien un tanto grave.

—Antes de ir á mi consejo,—dijo el rey,—he querido besar vuestra mano.

—Y ojalá siempre hiciéseis otro tanto, pues sabeis el amor que os profeso.

—Lo sé, Munia; lo sé, y por tal razon aprovecho los pocos instantes que mis cuidados me dejan, para pasarlos cerca de vos.

—¡Oh! muchas gracias, Ordoño;—respondió doña Munia vagando en

sus labios una sonrisa de amargura que no pasó desapercibida para su esposo.—Muchas gracias,—prosiguió,—por esas palabras que teneis la bondad de dirigirme; yo aprecio en lo que vale vuestra galantería.

—No tal, Munia, no tal.

—¿Qué quereis decir?

—Que calificais ligeramente lo que nace tan solo de mi afecto.

—¡Vuestro afecto!

—¿Acaso no os le tengo?

—Preguntadlo antes que á mí, á vuestro corazon.

—¡Siempre lo mismo, señora! ¿Es culpa mia el estar rodeado de graves negocios, de asuntos del mayor interés?

—¿Y quién os culpa?

—Vos á lo que parece.

—No lo creais; digo lo que siento, y nada más.

—Jamás lograremos entendernos.

—Vuestra será la culpa.

—¡Mia, doña Munia!

—Sin duda.

—Es decir, que yo me empeño en atormentaros.

—Peor aún; en atormentaros á vos mismo.

—No encuentro la razon.

—Pues es bien clara.

—Explicádmela, si no os molesta.

—¿Para qué, si mil veces os la he dicho?

—¡Á mí!

—Á vos.

—Pues ó mi memoria me engaña, ó jamás me habeis indicado cómo debo arreglarme en nuestro cariño.

—Es que esa cuestion va unida á otras á que nunca os avenís.

—¡Ya se ve! quereis confundir unas con otras, cosas extrañas y distintas...

—Menos de lo que pensais.

—No, doña Munia.

—Dígoos que sí, señor.

—Creed cuanto gusteis...

—Con tal de que os deje tranquilo, ¿no es cierto?

—Veo que nada podemos adelantar, y me resigno.

—¡Oh! acaso la fatalidad haga algun dia aquello que vos con tanto empeño me negais.

—¡Munia!

—¿Qué quereis? El tiempo puede más que los hombres, y Dios tiene la facultad de imponer á los reyes aquello que es mejor.

—¿Qué decis?

—Señor... la verdad; se cumplirán mis deseos; entonces y no ahora, apreciareis en lo justo mis consejos.

—¿Pero intentais volverme loco? ¿Qué consejos son esos?

—¡Y no los recordais!

—No á fé mía.

—¿Cuántas veces habré de repetiros que elegis una senda fatal para vuestro reinado? ¿Cuántas os habré de explicar que vos mismo sacrificais vuestra dicha, vuestro porvenir, vuestra fama, al capricho de otros hombres?

—Soñais, Munia.

—¡Que sueño! ¿Quereis convenceros de lo contrario? Pues bien: mirad el estado del país; escuchad el clamor cada vez más creciente de vuestro pueblo; consultad el corazon de vuestra esposa, y el resultado de esas observaciones os dirá que marchais por una senda funesta, á la cual os impelen contra vuestro mismo deseo.

—¿Pero sabeis lo que estais diciendo?

—Tan bien, D. Ordoño, como vos sentis esos mismos temores dentro del alma. Sí; vos los presentis, por más que no los expliqueis; los calculais, aunque sin comprenderlos por completo; pero mañana no os servirá esto de disculpa, porque yo, vuestra mujer, el ser que más os ama y os compadece, os lo está diciendo.

—Por piedad, Munia; dejad esas acusaciones que me lastiman. ¿De dónde quereis que venga el mal que presumis?

—¿Y lo ignorais vos? ¿Por ventura no sois el rey?

—¿Tan malo es mi gobierno?

—¡El vuestro! El vuestro no, porque no gobernais; pero sí el de otros, que os sacrifican en aras de su desmedida ambicion.

—¿Y quiénes son esos otros, señora?

—Mil veces os lo he dicho.

—Y otras mil os contesté que estábais en un error.

—Lo creéis así.

—Segun eso...

—Estais comprometido, engañado, vendido, por un hombre que al fin os perderá.

—Ese hombre...

—Ya lo sabeis; es el infame D. Vela.

—Por piedad, señora.

—Quiera el cielo que no toqueis muy pronto las consecuencias de esa incredulidad. Ved sin ir más lejos el aspecto sombrío del país; amenaza una lucha sangrienta; vuestro trono vacilará en breve...

—¡Por Santiago! Eso es lo que falta ver, señora. ¿Me tomáis á mí por un hombre vulgar, incapaz de defender á estocadas mi corona? ¿Presumis que D. Ordoño es un ente á quien los demás pueden quitar y poner la corona á su antojo? Si es así, estais en una mala inteligencia.

El rey se levantó.

—Dios os ayude;—murmuró doña Munia con sentido acento viéndole salir.

—Ya tendreis tiempo de calcular todo el error en que estábais.

—Cuidad, sin embargo, de cuanto yo os he dicho; la tormenta rueda sobre nosotros, y no un enemigo, sino el amor de vuestra esposa os lo previene.

Doña Munia quedó sola.

Casi al mismo tiempo que esta discusion tenia lugar entre los reyes, el conde Flavi, D. Santos y Helbrando, se reunian en casa del primero. Todos tres estaban agitados.

El último tenia en sus manos un pergamino.

Era el que Daniel le enviara poco antes.

—Nada,—decia Helbrando;—la suerte está echada, y no estamos en el caso de perder tiempo. Resolvamos, y acabe de una vez esta lucha cruel.

—Ya lo veis,—proseguia D. Santos dirigiéndose al conde Flavi, que parecia dudar;—nuestros proyectos se han descubierto; ese desconocido de quien todo lo esperais, teniendo en cuenta las indicaciones que os he hecho, y de las cuales no podeis dudar, conoce los proyectos del privado, y juzgad cuáles serán ellos, cuando resuelve precipitar de esta suerte los acontecimientos. Si queremos conservar nuestra libertad, nuestra vida, nuestra honra, debemos seguir puntualmente los consejos de nuestro aliado, y levantar sin dilacion nuestra bandera.

—Sabeis,—contestó con grave acento el conde Flavi,—que no abrigo en mi corazon temor alguno; si vacilo es por vosotros; si tiemblo, es por el riesgo á que nuestra patria se expone. ¿Creeis que podemos salvarla? Pues luchemos. ¿Pensais que aún podemos defendernos, sorprender al favorito, y alcanzar la victoria? Pues demos mañana la señal de

la pelea, y cúmplase la voluntad del cielo. Vosotros teneis las instrucciones; resolved.

—¡Oh... sí; no os quepa duda,—añadió D. Santos;—la ocasion es oportuna, y aún hay tiempo de sorprender á ese miserable privado, causa de nuestras desdichas. ¡Oh! mañana... mañana... apenas tendrá tiempo de defenderse.

—Aún hay más,—añadió Helbrando;—vosotros no sabeis que á estas horas estará probablemente ardiendo en guerra toda España.

—¡Qué decis!

—Sí; acaba de llegar un correo de la Rioja, con el cual uno de nuestros parciales me advierte que el terrible Muza intenta penetrar por la frontera, y destronar á D. Ordoño.

—¡Por Santiago!

—Á ser cierta la noticia...

—El valido no tendrá más recurso que entregarse á la fuerza de su destino.

—¿Están dispuestas nuestras gentes?

—Lo estarán á la primera señal.

—Nuestro aliado desconocido...—Preguntó Helbrando á D. Santos.

—Ya lo veis; tiene á nuestras órdenes una fuerza de cuatrocientos hombres aguerridos, que á parecerse á él, tomarán la ciudad por sí solos.

—Pues adelante, y no se hable más del asunto. ¿Sois de nuestra opinion, conde Flavi?

—Os pertenezco en cuerpo y alma.

—Entonces, avise cada cual á los suyos, y mañana cuando Oviedo esté envuelto en las sombras de la noche...

—Entendido,—respondió D. Santos.

—¿Cuál será nuestro puesto?

—Vos, D. Santos, atacareis la casa de D. Vela; el conde Flavi se apoderará de todas las puertas de la ciudad, y yo me encargaré del alcázar.

—La seña...

—La dará la campana del alcázar, á la hora de la queda.

—Está bien.

—Ahora, separémonos, y que Dios nos proteja.

Como se ve, los conjurados no perdian tiempo.

En el fondo de aquella formidable cruzada se percibia una cosa tradicional ya en semejantes casos. Todos consideraban que conseguian

su objeto, y sin embargo, todos, sin excepcion, cedian á una voluntad, obedecian á un impulso ageno, se doblegaban á la presion de un hombre: Daniel les hacia seguir su camino sin que de ello se apercibiesen; les sacrificaba á su causa; les guiaba á un fin que solo él conocia y deseaba. La idea, la accion, el objeto, los medios, todo cuanto en aquellos momentos debia acaecer, reconocia un origen, un motivo: Daniel. Él era el alma de la empresa; él la emanacion de los sucesos; él, en fin, la revolucion.

Helbrando fué derechamente á dar cuenta de lo ocurrido á doña Munia.

—Todo está pronto, —le dijo;—las fuerzas son crecidas, y la caida del conde, segura.

—¿Cuándo se dará el golpe?

—Mañana.

—¡Ah! tiemblo por el rey.

—Yo me encargo de custodiarlo; y por otra parte, el huracan solo arrastrará al privado.

—¿Quién dará la señal?

—Yo mismo, señora.

—No os separéis por Dios de nosotros, Helbrando.

—No pienso abandonar vuestro palacio; desde aquí, si lo permitis, dictaremos las oportunas órdenes, y...

—Sí, Helbrando; haced cuanto gustéis, y que el cielo bendiga vuestros proyectos, en bien del rey y del estado.

Efectivamente, de allí á pocos momentos, los jefes de la conspiracion recibian la orden de lanzar á la siguiente noche, á la hora de la queda, el grito de «abajo el privado.»

Tambien Daniel recibió la suya.

—¡Diantre! —murmuró el travieso mozo haciendo un gesto de sorpresa;—muy de priesa se deciden esos señores. Adelante, y salga lo que saliere.

Diciendo esto, montó á caballo, y preparó á su gente como convenia. Los bandoleros no disimularon su salvaje júbilo al saber que al inmediato dia podrian dar y recibir cintarazos.

El paje regresó inmediatamente, tomando su rumbo hácia el alcázar, donde encontró emboscados á sus hombres.

—¿Cuántos?—Les preguntó con laconismo.

—Tres.

—¿Permanecen en la callejuela?...

—Siempre.

—¿Y la dejan?...

—Ni un solo minuto.

—Bueno; vigilad sin descanso hasta mañana por la noche; á la hora de la queda, clavad vuestras dagas en sus gargantas.

En los rostros de aquellas fieras se reflejó un vivo destello de alegría.

Despues subió la escalera de palacio.

El rey le esperaba.

—¿Qué nuevas me traeis?

—Las mejores.

—Decidlas.

—Voy á cumpliros mi promesa.

—¡Cuándo!

—Mañana.

—¡Oh!... ¿qué decis?

—Que yo cumplo á mi rey lo que le ofrezco.

—Gracias, gracias; ya vereis cómo sé agradecer.

—Solo deseo una recompensa.

—Concedida, concedida desde luego. ¿Cuál es?

—Que no olvideis vuestro ofrecimiento.

—Recordádmelo.

—Vais á conocer al hombre á quien mi señora teme más en el mundo; pero una vez que le veais...

—Estaré satisfecho.

—Pues está dicho, señor; mañana, al oscurecer, estareis servido.

—Os esperaré.

—Y yo seré tan puntual como acostumbro.

Despues de esto, se separaron.

El rey quedó cada vez más contento de su fortuna.

Daniel salia diciendo por lo bajo:

—Mañana, D. Ordoño, os prometo que no sentireis mucho la caida de vuestro favorito.

CAPÍTULO XXVII.

La asonada.

Cerró la noche, y amigos y enemigos se entregaron de lleno á sus temores y esperanzas.

D. Vela esperaba noticias de los conjurados.

Sus espías aguardaban en vano incidentes que contar á su señor. En vano, porque ni del alcázar salió nadie, ni nadie entró en la torre, ni alma viviente atravesó el portal de la casa de la Judería.

Daniel daba la última mano á sus proyectos, comunicándolos en parte á Ildaura.

En las prisiones del alcázar tambien se debatían cuestiones de importancia, pues el infante, de acuerdo con el conde Sabiniano, resolvía dar el golpe convenido á la siguiente noche, si hasta entonces no tenía noticia alguna que lo contuviese.

Y por último, para que este movimiento febril y misterioso no fuera solo en la capital, con direccion á ella, por el camino de la Rioja, venían tres ginetes á todo el escape que permitían sus fogosos corceles, cubiertos de sudor y espuma, cual un torrente que baja despeñándose hasta la llanura.

El infante esperó sin resultado.

Daniel se acostó con el firme propósito de dar al día siguiente la libertad á su señor.

Los ginetes siguieron su fantástica carrera.

D. Vela calculó que los conjurados se habían apercibido de que él seguía sus huellas.

En su consecuencia, y decidido á concluir de una vez con todos los obstáculos que se oponian á su marcha, dió órdenes terminantes para que con sigilo, y sin que nadie absolutamente se apercibiese, se apoderaran sus gentes de Helbrando, allanando su casa, y practicando en ella un reconocimiento escrupuloso.

Así se hizo; y al asomar la aurora, si bien no pareció Helbrando, porque como ya dijimos no se separó un momento de doña Munia, encontraron en su morada una gran lista de nombres, que eran ni más ni menos los de los conjurados.

La hora no podia ser más á propósito, y D. Vela quiso aprovecharla, haciéndolos prender acto continuo; cosa que se verificó con tal cuidado, orden y sigilo, que á poco más de dos horas, las prisiones subterráneas del alcázar guardaban en su seno centenares de hombres, sin exceptuar á D. Santos y al conde Flavi, que ni aun tuvieron tiempo de defenderse.

El privado juzgó que todo estaba hecho, y se felicitó á sí mismo por su obra; no obstante, entrado el dia, y especialmente al caer la tarde, llamó su atencion la no comun concurrencia que iba acudiendo á las calles y plazas de la capital, por las que se deslizaba silenciosa, con esa gravedad que anuncia un cercano acontecimiento.

Pero él calculó que todo provendria de haber descubierto el populacho la prision de sus caudillos. Y lo que era un plan bien concebido, por efecto de la ignorancia en que aún se hallaban, tomólo el conde por un plan desconcertado y deshecho.

Entretanto que hacia estas observaciones, el rey y el paje entraban en la casa de la calle de la Judería.

Abrió Daniel la puerta del piso bajo, y en él hizo que se ocultase don Ordoño.

—Bien está, señor,—le dijo;—ahora, tendreis la bondad de esperar un momento.

—Sí, esperaré.—Contestó el rey lleno de impaciencia, dejándose caer en un sillón mientras que Daniel salia de nuevo.

Pocos instantes habian pasado, cuando la puerta se volvió á abrir, y el paje volvió á aparecer.

—Venid, señor, venid;—dijo al oído de D. Ordoño,—pero por Dios, tened prudencia si no quereis perderme.

—Os he dado mi palabra.

—Pues tenedla muy presente, porque lo necesitais á fé mia.

Estas palabras de Daniel las interpretó el rey de una manera distinta á la en que aquel las pronunció.

Así uno en pos de otro, y conteniendo ambos la respiracion, subieron por una escalera estrecha y oscura, que terminaba en una puerta tras de la cual habia un pequeño gabinete sencillamente alhajado. Á la izquierda vió D. Ordoño otra puerta, cubierta por un tapiz, á través del cual penetraba un rayo de luz.

—¡Y bien!—preguntó el rey, cuyos labios estaban apretados y cuyo cuerpo temblaba como el azogue.

—¡Por piedad!—respondió el paje con voz ininteligible;—veis que os cumplo lo ofrecido.

—Acabemos; teneis mi fé de caballero.

—¡Oh!... si la sorpresa...

—¡Por Santiago! ¿Y de qué he de sorprenderme?

—Pues mirad,—dijo Daniel separando el tapiz que cubria la puerta, y mostrándole la habitacion inmediata.

Una exclamacion sofocada; un grito ahogado en el pecho, se escuchó: poco despues, las palabras de—¡Por compasion, por piedad! me perdeis irremisiblemente,—y el rumor de pasos que se alejaban, y el ruido que hicieron al descender por la escalera que conducia á las habitaciones bajas, en las cuales entró D. Ordoño, pálido, demudado, nervioso, y Daniel que dejaba vagar por sus labios la más intencionada de sus sonrisas.

—¡Miserable! ¡traidor!—Exclamó el rey sin poder contener sus celos y su rabia.

—Silencio, señor, silencio.

—¡Dejadme, por Santiago! Era él; él, que me vendia y engañaba villanamente. Él, que robaba á su rey la joya de más valía. Juro por mi nombre...

—No jureis, señor; no jureis.

—Callad. Yo os ofrecí no revelar este secreto, y lo cumpliré por quien soy; pero tambien os prometo que esa traicion la ha de pagar con su sangre.

Una contraccion nerviosa apretaba los temblorosos labios del rey; señal la más inequívoca de que el furor habia llegado al extremo más terrible.

El paje procuró primero calmarlo, diciéndole despues:

—Señor; tomad por hoy mi consejo, y retiraos. Antes de media hora sonará la señal de la queda, y debeis para entonces estar en vuestro palacio.

—¿Y qué importa...?

—Mucho, señor: hay en Oviedo quien os ama leal y desinteresadamente; esa misma persona os habla en este momento, aunque de vos esté distante; hacedlo por ella...

En aquel mismo momento se oyó un rumor lejano, parecido al de la tempestad que se acerca.

—¿Qué es eso?—Preguntó D. Ordoño irguiéndose, mirando fijamente á su interlocutor.

—Esa, señor, es la voz de vuestro pueblo, que os aconseja volver al alcázar.

—¡Vive Dios!... Ese rumor...

—Os he dado una prueba de adhesion, que acaso hubiera negado á mi padre; ahora os suplico que hagais lo que sé que os conviene.

—Es que segun parece...

—Sé lo que vais á decir; segun parece, los habitantes de Oviedo se amotinan.

—¡Es una traicion!

—No, rey Ordoño; vuestros vasallos no son traidores; pero retiraos á palacio; seis hombres de confianza os acompañarán, y creedme, bajo el más sagrado de todos los juramentos; el rey nada tendrá que temer en la presente noche.

—¡Ira del cielo! ¡Mi pueblo se subleva!

—Silencio, señor; silencio, y no olvideis todo lo que hoy han visto y verán vuestros ojos.

De allí á un instante salian siete hombres de la Judería, entrando á los pocos minutos en el alcázar, de donde seis de ellos regresaron á la casa de nuestro paje.

Este fué á reunirse con D. Vela.

Al verle entrar, el favorito le dirigió una mirada penetrante.

—Mucho comentais vuestra lealtad,—le dijo;—muy segura pintábais vuestra morada, y sin embargo...

—Callad, señor conde; mi lealtad fué la que ocasionó mi tardanza, y la seguridad que os ofrecí es la que en este momento me obliga á deciros: «Poneos en salvo; la ciudad se levanta contra vos, y en este instante llena con sus rumores el espacio.»

—¡Ah!... ¡miserable! ¿Qué me decis? Ese lejano rumor...

—Mal se avienen vuestras palabras con las mias; al citaros aquí, ignoraba el tremendo incidente que se preparaba; si quisiera perderos, me bastaria dar un grito, hacer una seña, porque... mirad.

Y lo llevó á una de las ventanas.

El conde lanzó una exclamación de sorpresa: Oviedo estaba henchido de gente, y el confuso clamoreo de que el favorito no se apercibiera con bastante claridad, llegó á sus oídos como otras tantas acusaciones que arrojaban contra él.

—Decidme ahora,—añadió el paje,—que no soy leal, y que no cumplo lo que ofrezco.

—¡Ah!... ¡y qué hacer! lejos del alcázar; sin mis valientes soldados, solo, sin defensa...

—Eso no; mientras que esteis á mi lado, estareis muy seguro; pero como vos tendreis que adoptar vuestras medidas, decidme dónde quereis ir, y yo os prometo que vuestra voluntad será cumplida; en cuanto á nuestra entrevista, ya estareis persuadido de que por hoy es imposible; aplacémosla para despues de la asonada, y... Dios entretanto nos ayude.

—Bueno; me entrego á vos sin vacilar; quisiera que me facilitáseis el medio de llegar á palacio.

—Ahora mismo, señor conde.

Y el paje hizo sonar su silbato.

Acto continuo se presentó un hombre en la puerta.

Daniel le dijo algunas palabras en voz baja.

El bandolero inclinó la cabeza.

—Podeis partir, D. Vela; yo os respondo de vuestra seguridad hasta el alcázar.

—Pero vos...

—Ya comprendereis que mi primera obligacion está aquí.

—Sí; pero nos veremos...

—Salvémonos esta noche, que tiempo habrá para todo.

Conforme el paje lo ofreció al privado, este llegó á palacio, atravesando por medio de un gentío inmenso, compuesto en su mayor parte del populacho de la capital, pero sano y salvo, y sin tropiezo alguno.

Sin perder tiempo, Daniel se mudó de trage; ciñó su cinturón de cuero; prendió de él una espada de grandes dimensiones y ancha hoja; aseguró despues una daga con guarnicion tosca de hierro; caló en su cabeza una caperuza de malla, y dejando en su casa doce bandoleros mandados por el de más confianza, fué á tranquilizar á Ildaura, y á reunirse despues con su crecida tropa, que le esperaba en la plaza contigua.

Poco podia detenerse.

La hora se acercaba.

Al sonar la campana de la queda, le era indispensable encontrarse en la plaza Real.

Esta y las avenidas de palacio estaban cuajadas de hombres del pueblo, armados hasta los dientes.

Las puertas del alcázar estaban cerradas.

Los guardias y ballesteros del rey formaban en los patios interiores, prontos á la primera orden de acometer.

En la callejuela que ya conocemos se ocultaban con cuidado los servidores del privado.

Las esquinas estaban guardadas por las gentes de Daniel.

Doña Munia rezaba fervientemente por la salud de su esposo, mientras que Helbrando se dirigia á la torre, donde estaba la campana terrible, que habia de sonar como la hora postrera del favorito del rey.

Este, finalmente, se habia encerrado en su cámara, y los guardias tenian orden expresa de no dejar entrar á nadie.

Sin embargo, tal orden no rezaba con la reina, que acabadas sus oraciones, se fué á ver á su esposo.

—Pasad, señora; pasad;—exclamó al ver á doña Munia;—ya veis el estado en que me encuentro; mi pueblo...

—Ya lo sé, y con harto dolor...

—Sí; teniais razon, ¡loco de mí! Teniais razon, lo confieso; me ha vendido, me ha engañado; pero ¡por Cristo...!

—Pensad ahora en conjurar la tormenta.

—¡Oh! no os separeis de mí, Munia; no me dejeis; necesito de vos, de vuestras palabras, de vuestros consejos.

—Aquí me teneis, Ordoño; tranquilizaos, y tratad solo de remediar el mal.

—¿Qué debo hacer? Mandaré que prendan al infame; que lo encierren...

—No, D. Ordoño; eso demostraria vuestro temor, lejos de parecer una justicia del rey. El pueblo se subleva contra el privado; dejad pues que el privado se defienda. Á más, que en las actuales circunstancias, nadie hay que pueda proveer á lo necesario, más que el conde. Vuestros amigos están lejos de aquí; vuestros soldados solo á él obedecen...

—Yo soy el rey.

—Pero en tales momentos, el rey debe tener mucho cuidado de su corona.

—Segun eso, opinais...

—Que no manifesteis vuestro resentimiento, hasta pasada la tor-

menta; que dejeis correr los acontecimientos, y veais antes de obrar, su resultado.

—¡Oh!... ¿Y habré de mirar cara á cara á ese hombre sin llamarle traidor?

—Sí, D. Ordoño.

En aquel momento sonó en la torre del alcázar la primera campanada de la queda, á la cual contestó un grito unánime lanzado por muchos centenares de hombres.

El rey quedó inmóvil.

La reina cayó de rodillas, cruzando las manos, y levantando al cielo sus hermosos ojos.

CAPÍTULO XXVIII.

La evasion.

El infante y el conde Sabiniano estaban reunidos desde el anochecer.

Ambos con el oído atento, procuraban explicarse lo que significaban las idas y venidas, los murmullos é imprecaciones que se oían á través de las macizas puertas de sus encierros.

—Parece,—decía el infante,—que conducen á estas prisiones á la mitad de la poblacion.

—Silencio; ¿no oís? Á lo lejos se escucha un rumor confuso y apagado, como el del mar en una noche tranquila.

—Algo pasa en la ciudad; es indudable; ¿pero qué será? ¿Qué diablos estará sucediendo?

Y Bernardo andaba de una parte á otra como una fiera en su jaula.

—¡Si yo estuviese libre!—repetía;—si yo me pudiese mezclar con las turbas populares... porque no hay duda; es un levantamiento el que se está haciendo en Oviedo; es la revolucion que deja oír sus ecos poderosos; ¡maldicion! y aquí encerrados; imposibilitados de esgrimir una espada... pero... ¿quién será el vencedor? Aunque me viera libre... ¿qué podría yo hacer? Mis parciales me creen muerto; no me conocerían aunque les dijese: «soy yo;» y luego... luego, tres noches pasadas sin saber de Daniel; ¡ah!... si el infame privado fuese el vencido, ya estaría él aquí para sacarnos de nuestras prisiones. ¡Es tan valiente, tan leal, tan decidido!... no; por fuerza que el infierno ayuda tambien en esta ocasion á ese miserable. Pero si tal acontece, nuestra desgracia será mayor. Si yo me decidiera...

—Hacedlo, hacedlo, infante; estando vos libre, nada habrá que temer; la hora se acerca; nuestro carcelero no tardará en venir; creo que oigo sus pasos...

—Callad.

—No; es el rumor que se aumenta.

—Si me atreviese...

—¡Por Santiago!... ¡no dudeis!

—Me llamarán traidor.

—¿Y quién tal nombre osará dar al del Carpio?

—Me tendrán por asesino.

—Sobrado saben que no lo sois.

—Dudo, conde...

—¡Por Cristo!... y lo decis...

—¡Ah!... no... no me exalteis... porque mis sienes laten, renacen mis antiguos brios, y pienso que voy á labrar mi libertad aun á trueque de sacrificar una existencia.

—Hacedlo, infante, y España os deberá su salvacion; adelante; oid los pasos de nuestro carcelero.

—¡Conde!...

—Adelante, os repito; salvad el poco camino que ya os queda: recordad vuestro juramento, vuestra promesa solemne; recordad tambien á vuestro padre, á vuestra patria, á vuestra...

Bernardo no lo dejó concluir; de un salto penetró en su calabozo. La puerta se abrió.

Solo hubo tiempo de escuchar el ruido que hizo al girar en sus goznes, y un grito penetrante que heló la sangre en las venas del conde Sabiniano.

Nuño caía, atravesado el corazon por la daga del infante.

—Adios, conde,—gritó este;—ó moriré muy en breve, ú os daré la libertad.

Y se lanzó por la galería adelante, blandiendo el arma terrible que Daniel puso en sus manos.

En aquel momento fué cuando la campana del alcázar avisó á los conjurados que era tiempo de principiar la contienda.

Y principió efectivamente por aquel grito imponente lanzado por la muchedumbre que llenaba la plaza real, y que fué contestado sucesivamente hasta el último rincon de Oviedo.

Á las voces de «abajo el favorito, muera el traidor D. Vela,» apareció en la plaza una fuerza de trescientos ginetes, vestidos de muy extraña

manera, y cuyo aspecto feroz bastaba para alarmar y llenar de espanto.

Los capitaneaba un hombre vestido con una especie de camisote de malla que se prolongaba hasta formar un capuchon de lo mismo, por el cual asomaba el extremo de una poblada barba negra, y unos ojos ardientes y perspicaces que en tanto se dirigian á su gente, en tanto á las ventanas de palacio.

El clamoreo siguió por mucho tiempo, sin que una puerta del alcázar se abriera, y sin que humana cabeza asomara á sus ventanas. Y ya el pueblo se disponia á hacer más ostensibles sus propósitos, cuando una noticia que corrió de boca en boca y que llegó hasta el último de los sublevados, cambió por completo la situacion, que á la verdad, no podia ser más alarmante. «Estamos vendidos,» decian unos y otros mirando á todas partes, como si ya entre sí desconfiasen y temiesen. «Vendidos, vendidos, repetian; los que debian dirigirnos y mandarnos no parecen, y tal vez á estas horas estén al lado del conde D. Vela para salir contra nosotros.»

Y estas y otras cosas parecidas, diseminadas y difundidas entre el vulgo, bastaron para que empezase un flujo y reflujo, un ir y venir, una barahunda y desórden tal, que nadie se entendia, ni pensaba más que en la manera de salir de aquel atolladero.

En este estado las cosas, el jefe de la tropa que antes mencionamos, sin reparar siquiera en el nuevo giro que tomaban los acontecimientos, se habia adelantado con los suyos hasta cerca de la puerta principal del alcázar, diciendo á los centinelas que tras ella estaban y que miraban la multitud á través de los ventanillos:—Decid al privado del rey, al conde D. Vela, que venimos por el infante Bernardo del Carpio á quien tiene encerrado hace doce años; decidle que nos lo entregue, ó de lo contrario, entraremos nosotros á buscarlo.

Por toda contestacion, los centinelas prepararon sus ballestas, y gritaron con fuerza «atrás» al atrevido guerrero.

—¡Hola!—respondió este adelantándose algo más;—parece que vuestro deseo es ver si cumplo lo ofrecido; ¿no es esto? pues adelante, caballeros; adelante, y sea lo que el cielo disponga.

Instantáneamente aplicó espuelas á su caballo, mientras que los demás hacian otro tanto, produciendo aquella arremetida el efecto que era natural.

Trescientos corceles que parten al escape; los gritos de los que más cerca de ellos se arremolinan y separan; el estruendo de armas, de ga-

lopes y carreras, y el estado en que ya se encontraba el espíritu público, dieron al traste con los buenos deseos del pueblo, que salió á la desbandada en todas direcciones, creyendo por lo menos que tenia á sus espaldas las picas aceradas de todo el ejército del rey.

Pocos momentos despues, apenas quedaban en la plaza tres docenas de hombres que ayudaran á los ginetes y á su caudillo.

Pero este no estaba en disposicion de ver lo que ocurría.

Con una acha en la diestra mano, y rigiendo su bridon con la siniestra, se preparaba á abrir camino á través de la puerta que defendía la entrada del alcázar.

Los centinelas dispararon sus armas.

—Adelante;—gritó entonces el guerrero redoblando los golpes y alentando á los suyos á que hiciesen lo mismo, cosa que á la verdad no necesitaban ellos ni con mucho.

El pueblo continuaba en retirada.

La tropa que asediaba el alcázar no hacia alto en ello.

De pronto y cuando ya amenazaban caer en astillas, las puertas se abrieron, y la guardia del rey y todos los soldados y hombres de armas de palacio aparecieron formados en buen orden, y arremetieron decididos á los que con tanto furor atacaban.

—¡Ah!... ¡gracias á Dios!—exclamó el desconocido guerrero del camisote dividiendo una cabeza en dos partes, asestando á otro una estocada y magullando á otro de un revés.—Á ellos, valientes, á ellos, y no dejéis uno solo para contarlos.

Y esto diciendo, y encargando la direccion de la refriega á un segundo, tomó un buen número de hombres, sin pararse á considerar que los sublevados habian huido, quedando solo en la plaza el reducido número de sus soldados para lidiar con quintuplicadas fuerzas, y se entró por la callejuela próxima, por la cual penetró en los calabozos del alcázar.

Al llegar á ellos, oyó muchas voces, que á más y mejor gritaban: «¡Traicion! se ha escapado; ha huido.» Y vió abierta la prision del infante, á la luz de las antorchas que aquellos blandian; ligero como el pensamiento, lanzóse espada en mano sobre ellos, dispersándolos y acuchillándolos sin compasion.

Ya con los suyos, y aguijoneado por la sorpresa que le causaron las exclamaciones que antes oyera, plantóse de un salto en el centro mismo del calabozo.—Señor,—gritó;—infante.—Pero solo contestaba el eco repetido por las sombrías bóvedas del calabozo.

Furioso como el tigre, revolvió á todas partes, registrando con brillante pupila hasta el último rincon del encierro. Pero aquel estaba solo; el infante Bernardo salia en aquel mismo momento por una de las puertas de la capital, emprendiendo una marcha precipitada, sin direccion ni punto fijo.

Avanzaba más y más á través de bosques y malezas.

Ni sabia dónde iba, ni dónde se encontraba.

La idea de que ya estaba libre, borraba en su razon hasta el vestigio del más insignificante cálculo.

El guerrero volvió á la plaza ruiendo de ira, y dispuesto, al parecer, á cobrar en enemiga sangre la desaparicion de Bernardo; al salir del alcázar, sin embargo, mandó abrir los calabozos, facilitando la libertad á todos los que en ellos se encontraban.

Daniel volvió con tal arrojo á la pelea, que los cadáveres se hacinaban á su paso, llegando á persuadir á los que le veian de que su brazo se multiplicaba para dar á los demás la muerte.

Pero sus soldados estaban solos.

Solos, peleando uno contra cinco.

Hacian verdaderos prodigios de valor, pero se encontraban agobiados, ahogados por el número de los otros.

Aun así hubieran disputado mucho tiempo la victoria, haciendo que un mar de sangre corriera por Oviedo, si á la vez que por las del alcázar, no hubiesen sido atacados por otras dos fuertes columnas, que á un tiempo y con nuevos brios asomaron y embistieron por retaguardia, formando con los primeros un triángulo de hierro, imposible de destruir.

Aquello era un turbion, un infierno, un torrente de soldados, que se despeñaban sobre un puñado de valientes.

—¡Ira de Dios!—gritaba el jefe;—en retirada, en retirada; estamos vendidos, y debemos replegarnos.

Pero imposible; las tropas reales estrechaban sus filas, y no era fácil avanzar ni retroceder.

—Ved,—decia entretanto el rey.—Ya ceden los sublevados. ¿Pero qué diablo de gente es la que se está batiendo? ¿Quiénes son esos montaraces que ni aun figura humana tienen?

—Tampoco lo sé,—respondió doña Munia,—pero sin adivinar la razon, os aseguro que me dan miedo.

—Mirad; mirad aquel condenado de las barbas y qué mandobles da á mis pobres soldados. ¡Por vida!... me va á dejar sin mis guardias.—

Pero... ¿no veis? ¡Ah!... bien calculado estuvo eso; ved cómo asoman por aquella parte otros refuerzos que van á decidir la jornada; ya quieren retroceder; mirad, mirad.

Efectivamente, este era el momento en que los extraños ginetes, obedeciendo la orden de su jefe, empezaban á oscilar.

—No los dejes; no los dejes,—gritó en el mismo instante el conde D. Vela que todo lo examinaba desde el dintel de la puerta de palacio, caballero sobre un potro andaluz tordo rodado.—Estrechad el círculo; que no quede uno con vida.

—¡Bien!—exclamaba el rey;—podrá ser un traidor y desleal mi privado; pero por Santiago, que ha sabido preparar bien el negocio.

D. Ordoño deponia todo su enojo, para recordar que habia sido guerrero, y admirar la prevision del conde y el valor de sus tropas.

—¡Ira de Dios!—bramaba el caudillo de los montaraces (como el rey los llamaba)—¡Ira de Dios con los buenos habitantes de Oviedo! Romped por esas filas de muñecos, y salgamos, vive Cristo, de este berenjenal. Adelante, adelante; Hafsún, y cerremos con ellos.

Cual si aquel nombre encerrara en sí un poder mágico, los ginetes afianzaronse en sus sillas, enarbolaron sus tremendos sables, y al grito de «¡Hafsún, Hafsún!» se arrojaron como una cuadrilla de leones sobre sus sorprendidos contrarios, que mal de su grado les abrieron campo, pasando todos por él con la ligereza del viento y la ilusion de una turba fantástica.

—Á escape, á escape; pero cada cual por su lado, y á reunirse en el bosque.

Y tambien el escuadron obedeció esta orden, desapareciendo como por encanto.

—Perseguidlos, perseguidlos,—aullaba D. Vela.

—Imposible;—contestó el jefe que mandaba las fuerzas.

—¿Y por qué?

—Porque montan mejores caballos que los nuestros, y será tiempo perdido.

Despues de esto, el privado se dirigió á ver al rey, pero se detuvo al ver que de la cámara salia un correo sudoso y lleno de polvo hasta las cejas, y al notar que los cortesanos iban y venian todos como aturridos.

—¡Ah!—exclamaron al verle.—¡Qué desgracia, conde! entrad; entrad pronto; el rey os espera.

D. Vela pasó á la cámara precipitadamente.

—¿Qué sucede, señor? ¿Qué pasa?—preguntó azorado.

—¡Fuego del cielo!—gritó el monarca, lívido y desencajado el rostro.

—¡Qué sucede! Lo peor, conde; lo peor que nos podia suceder.

—Pero explicadme...

—Ni aun para eso hay tiempo. Montad á caballo; reunid mis tercios; partid sin tardanza á la Rioja; Muza ha entrado en mis tierras llamándose rey de España, y sus huestes arrasan y destruyen mis campos y mis ciudades.

—¡Señor! ¡Qué me decis!—murmuró el conde palideciendo.—¿Y será necesario...?

—¡Y lo preguntais! ¿Sabeis que estoy tentado de ponerme yo mismo al frente de mis ejércitos? ¿Qué os detiene en Oviedo?—preguntó dejándose por un instante dominar de un pensamiento por breves instantes olvidado.

—Á mí, señor...

—Silencio, D. Vela; ya os mandé que montáseis á caballo, y... vive Dios que aún os estoy viendo aquí.

—Perdonad...

—Salid, conde; salid, y pensad que el rey os envia á lavar su honor y á levantar su honra.

—Pero partiré...

—Sin demora; en el instante, conde; no hay tiempo para más.

Á tan terminante mandato, el privado bajó la cabeza, y salió.

El acento, el ademan, el semblante del monarca, daban en qué pensar al favorito.

En su cabeza trastornada por tanto y tanto acontecimiento distinto, bullia una idea aterradora, que sobreponiéndose á todo lo demás, oprimia su corazon como un anillo de hierro.

—Si el rey,—pensaba,—ha descubierto que yo trato de robarle la joya que al parecer tiene en gran estima, entonces... ¡oh!... entonces... todo lo habré perdido. Si yo encontrase un medio... un recurso que desbaratase de un golpe los planes que tener pueda el rey... Sí... sí... hay uno; esa mujer irá donde vaya su amante, y su amante... ¡vive el cielo que lo habia olvidado!

Al decir esto, estaba en la escalera.

—Capitan,—dijo al que mandaba la guardia;—disponed en nombre del rey que se reunan las mayores fuerzas posibles de peones y caballos, y que se dispongan á partir dentro de dos horas.—Y vosotros,—dijo á siete ú ocho soldados que estaban á dos pasos,—seguidme.

Y bajó con ellos á las prisiones.

—Nuño, Hernando,—gritó;—aquí pronto, y abrid estas malditas puertas.

Nadie le contestó.

—¡Por Santiago! ¿Dónde está mi gente? ¡Qué significa esta puerta abierta! ¡Por Cristo! Un hombre muerto. ¡Nuño! ¡Ah!... este es el encierro, el encierro del infante... y está abierto, y solo, y su alcaide sin vida. ¡Infierno! Se ha escapado; le han dado libertad; ¡miserables!

Y el conde se mesaba los cabellos livido de coraje.

Al siguiente día, dos grandes noticias circulaban por Oviedo, llenando de terror á sus habitantes.

Muza, el terrible Muza, habia traspasado las fronteras, con objeto de destronar á D. Ordoño.

Esta era una de ellas.

La otra, que la asonada de la noche anterior la habia ocasionado Hafsún, el temible bandolero, terror entonces de todas las comarcas.

Esto lo decian con la mayor candidez los mismos que lanzaron el primer proyectil, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: «Muera el favorito, abajo el conde D. Vela.»

CAPÍTULO XXIX.

Las pesquisas.

El jefe de los ginetes que asediaron el alcázar, siguió su rumbo hacia la Judería.

Allí hizo alto, ató su caballo á un anillo de hierro, y entró en una casa que ya conocen nuestros lectores.

Llegado que hubo al piso alto, quitóse su poblada y postiza barba, y echóse atrás la capucha.

Entonces pudo verse el semblante de Daniel, rojo aún por la ira y el cansancio.

Ildaura también apareció de allí á muy poco.

Al verla, el paje se tapó el rostro con las manos.

—Nada me preguntéis, señora; nada me preguntéis,—le dijo.—Soy un miserable, un imbécil, que me he dejado engañar como un niño, y vencer como un cobarde.

—¡Daniel, Daniel!... temo comprenderte.

—Y con razón, señora; nos han abandonado, vendido, humillado. Ese infame conde sabía cuanto en Oviedo pasaba, y mientras el pueblo huía, á mis gentes las atacaba todo el ejército real. ¡Oh!... vos no sabéis, no sabéis de qué traición hemos sido víctimas.

—¿Pero nada has hecho por él? ¿nada has podido...?

—Señora...

—Habla, habla; ¿qué te detiene?

—Pues bien, os lo diré: en el calor del combate, en medio de la re-

friega, he entrado en el alcázar; he llegado hasta la prision del infante; he penetrado en ella, y...

—¡Acaba!

—Señora...

—¡Acaba!

—El infante habia desaparecido.

—¡Cielos!

—Pero tranquilizaos; es una desgracia preferible á la que sobre nosotros pesaba.

—¡Oh!... ¡eso dices!

—Sí, y os lo repito, señora. No es que ha muerto el infante; se ha fugado, matando para conseguirlo, á su carcelero.

—¿Es cierto lo que dices? ¡ah!... no me engañes, Daniel; no me engañes, porque todo es preferible á esta cruel ansiedad.

—Señora, la verdad solo os digo; sus mismos guardianes se desesperaban por el atrevido golpe del infante.

—¡Oh!... Dios sea loado; á lo menos, ya no estará bajo la odiosa voluntad de ese hombre; á lo menos... pero ¡ay... que inútilmente espero!... á estas horas lo perseguirán, lo acosarán... y sabe el cielo la suerte que se le prepara.

—Tranquilizaos; Bernardo del Carpio no es hombre que se deje coger de nuevo tan fácilmente. Mas callad; ¿no ois ese rumor que hasta aquí llega?

Y el paje palidecia sin saber por qué, y echaba maquinalmente mano á la espada.

El rumor, efectivamente, crecia.

Asomóse Daniel á una de las ventanas, y divisó un grupo de hombres parados en su puerta.

—¿Qué sucede, compadre? ¿Se vuelve á armar jarana?

—Sí, pero ahora va más de veras.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, que Muza al frente de un formidable ejército acaba de pasar nuestras fronteras, y que nuestras gentes salen esta misma noche á resistirlos.

—Pues ya nos ha caído que hacer; porque Muza es hombre que si se empeña en recorrer nuestras tierras, lo hará aunque le pese al rey Ordoño.

—¡Ira del cielo, que no sucederá!

—Ya lo vereis, compadre.

—Ya lo escuchais, señora;—dijo el paje volviéndose á Ildaura;—el cielo protege por esta vez al infante. Con la terrible noticia que acabo de oir, no tendrán tiempo ni pensarán siquiera en ir en su seguimiento.

—¿Pero y nosotros? ¿Qué hacemos entretanto?

—¡Oh!... si vos quisiérais...

—Todo, Daniel; todo, en cambio de salir de esta situacion que me mata.

—Pues venid si tal es vuestra voluntad; venid, y ayúdenos el santo apóstol.

Mientras esto convenian y hablaban Ildaura y el paje, dirigiase un hombre camino adelante de la Rioja.

Los que á su paso le encontraban, quedábansele mirando y cuchicheando, y á la verdad que esto no era extraño, porque su original figura se prestaba tanto á la observacion como á los comentarios.

Su cabeza cubierta de una melena enorme que le caia á mitad de la espalda, y que por efecto de ir descubierta presentaba el aspecto más repugnante y enojoso; una barba entrecana que desigual y en grandes crenchas bajaba ocultando su pecho; unos ojos negros, inquietos y desconfiados, que se movian en sus órbitas rápida y constantemente; una especie de túnico morado, hecho girones y desceñido, que apenas era bastante á cubrir los muslos medio encerrados en un ajustado calzon color ceniza, tal era ligeramente bosquejado el retrato de aquel sugeto, que muy justamente fijaba la atencion de todos.

Seguia como antes dijimos su camino; pasadas dos horas, se internó en el monte, y descansó.

—¡Ay!—dijo;—ni aun fuerzas me quedan; mis miembros se niegan á prestarme aquella agilidad y fortaleza de mis primeros años. ¡Maldicion! ¿Y qué haré si me siguen? ¿Cómo podré defenderme si me atacan? Locura; esto es solo dilatar mi martirio; la hora que para su venganza debian haber preparado. Sí;—prosiguió mirando al cielo.—El sol calienta; con él vendrán mis enemigos... y entonces... entonces... me conocerán mis verdugos, y volveré á aquel horrible calabozo, á aquel terrible encierro en que he perdido mis ilusiones, mi juventud, mi vida. ¡Ah! si-gamos, sigamos hasta que el aliento acabe.

Y continuó su jornada, pero de distinta manera.

Internóse en un dilatado bosque que se extendia á la izquierda, y haciendo esfuerzos supremos, continuó aún su penoso viaje por espacio de tres horas.

Poco más ó menos, á aquella misma hora, dos ginetes recorrian á

toda brida las puertas de Oviedo, haciendo á sus guardianes preguntas tan estrambóticas como raras.

Llegados á la última, uno de ellos repitió la operacion, diciendo á uno de los centinelas:—Amigo, ¿habeis visto salir mucha gente por este lado durante la noche?

—¡Vaya! No han dejado de entrar y salir durante toda ella ginetes tan bien montados y armados como vos.

—No os pregunto yo por ginetes, sino por peones, y caballeros por añadidura.

—¡Ah!... lo que es eso, no; ni un solo caballero he visto desmontado desde que estamos haciendo la guardia.

—Y de entre todos los que habeis visto, ¿no os ha llamado ninguno la atencion por su aspecto, por su apostura?...

—¡Ja, ja, ja! Vaya si ha llamado mi atencion una figura endiablada que más parecia vision que hombre de carne y hueso; pero ese, ni era caballero, ni pechero, ni nada. Era lo que ya os he dicho, un vestiglo, capaz de dar miedo á la misma noche.

—¡Oh!... bueno, bueno,—repuso con ansiedad el ginete;—ya esto es algo. Y decidme, amable compañero; ese vestiglo, ó lo que vos querais que sea, ¿iba solo?

—Sí, y con mucha priesa al parecer.

—¿Desarmado?

—Tengo para mí, que no llevaba arma alguna; más bien parecia un preso acabado de salir de su encierro, no libre por la justicia, sino huyendo de ella y con ahinco.

—Bien, no es ese el que yo busco; gracias, y bebed á mi salud.—Dijo con precipitacion marcada el caballero, dando una moneda de oro al soldado, y saliendo de allí al camino, seguido de su acompañante.

Rodearon los dos un poco, y llegado que hubieron á cierto sitio,—ea,—dijo el que interrogó al centinela;—encomendémonos al cielo, pues si no me engaño, seguiremos la pista al fugitivo antes de tres minutos.—Esto diciendo, llevó á sus labios un silbato de bronce, del cual salieron unos cuantos silbidos que se desvanecieron en el monte.

Aún vibraba el último de sus ecos, cuando de la espesura empezaron á salir hombres armados oprimiendo los hijares de poderosos corceles, y reuniéndose hasta formar un crecido escuadron, que se adelantó al caballero.

—En marcha;—dijo este lanzando su caballo al galope por el camino que á su frente tenia.

Los demás hicieron otro tanto.

Cinco minutos despues, una espesa nube de polvo los envolvía.

El caballero se levantó sobre sus estribos, y midió con la vista las mayores distancias posibles.

Su compañero hizo otro tanto, y un hondo suspiro salió de su pecho.

Sin hablar, sin atreverse siquiera á mirarse, prosiguieron su camino algunas horas más.

La noche se anunció.

La cabalgata hizo alto.

El caballero y su acompañante guardaron silencio.

Los soldados se situaron como convenia, á fin de que nadie pasase por aquel sitio, sin que de ello se apercibiesen.

Inútil.

Solo allá, en la madrugada, creyó ver un centinela una sombra fantástica que cruzaba por lo más enmarañado del bosque.

Creyó verla, y aun estuvo á punto de dar la voz de alto y disparar en caso su ballesta.

Pero la sombra se habia desvanecido, no quedando de su aparicion el rastro más leve.

En su consecuencia, el soldado creyó que era una vision óptica; acaso un vértigo ocasionado por los vapores de cierto líquido encerrado en un frasco que con frecuencia acercaba á sus labios.

Esto decimos que pensó, y acto continuo se debió persuadir de ello, pues desarmó su ballesta, y dando media vuelta á su caballo, púsose á mirar hácia otra parte.

CAPÍTULO XXX.

La llegada.

Algunos días despues, el ejército real se posesionaba de una inmensa llanura, en la Rioja, donde Muza hacia grandes algaradas con sus gentes, entregadas al asesinato y al robo.

Cercanos ambos ejércitos hasta darse vista, se ordenaron y dispusieron de la mejor manera, para venir á las manos á la primera señal.

El lugar ocupado por el ejército de Muza era tan fuerte como pintoresco.

Cercábalo en un inmenso rádio una cordillera de montes cubiertos de verdes pinos.

La llanura, tapizada de abundosos arroyos que en todas direcciones se cruzaban como anchas cintas de plata, y que tenian su origen en un rio que la partia en dos, daba á su vegetacion una lozanía asombrosa, haciendo remontar el lentisco y los arbustos á considerable altura.

Al entrar por la cortadura ó boquete que establecia la comunicacion con el dilatado valle, divisábase en primer término, á la derecha, un pequeño caserío alegre, risueño, con sus blancas casas, su puntiaguda torre, sus cercos y labranzas. Más allá, en el fondo, una poblacion considerable, con sus correspondientes fortificaciones, consistentes en un buen castillo, espesas murallas, ancho foso y buenos puentes. Y por último, allá en el horizonte, completaban tan sorprendente perspectiva multitud de vistosas tiendas, bajo las cuales reposaba el ejército invasor, dueño de toda la comarca, incluso el pueblo y el castillo.

Las avanzadas coronaban los dos puntos que servian de entrada, y

un crecido escuadron cerraba por completo aquella puerta formada por la naturaleza en la montaña.

Los tercios reales acamparon al lado opuesto del valle, enfrente de la cortadura.

D. Vela reunió á sus capitanes, y les pidió consejo acerca del plan que deberian seguir.

La unánime opinion fué que se habrian de perder muchos hombres y muchos dias para lograr entrar en el valle; y que una vez dentro, tendrian que destruir los formidables tercios de Muza, orgullosos por las victorias que llevaban alcanzadas, y tomar despues el castillo, para el cual se necesitaban tambien no pocas fuerzas.

Esta fué, repetimos, la general opinion de los capitanes del rey, al ver las posiciones de los contrarios; llegando algunos de ellos á asegurar, á fuer de prácticos y experimentados, que de empeñar de aquella suerte el combate, era más que probable la derrota.

Este parecer, esta negra prediccion, exasperó, como se puedé comprender, al favorito, que ansiaba con todo su corazon concluir la campaña para regresar á Oviedo.

Retiróse á su tienda dispuesto á apurar todo el catálogo de recursos que le ofreciera su mente, para penetrar de cualquier manera en aquel círculo de montañas defendido por el ejército de Muza.

En esto pensaba el conde, cuando por el lado del monte que sus tropas dejaban libre, vióse trepar á un hombre, pararse, observar y subir de nuevo, llegando al cabo de una hora y despues de improbos trabajos á la cúspide, de la cual descendió de la misma manera, hasta penetrar en el valle.

Sin vacilar examinó cuanto á su vista se ofrecia, y despues, con seguro paso echó á andar hácia el campamento que detrás de la fortaleza se extendia.

—¿Quién va?—preguntó á gran distancia un centinela.

—Un hombre que viene desde Oviedo buscando á Muza vuestro general.

—¿Y que le quieres?—volvió á interrogar el centinela admirado de la figura y el aspecto del recién llegado, y disponiendo su arma para estar en todo caso prevenido.

—Verle, si quereis vosotros llevarme á su presencia.

—Muza celebra ahora consejo; pero tú no te moverás de aquí, sean las que quieran tus intenciones; si quieres alistarte en sus banderas, serás bien venido; si eres un espía...

—No prosigas, que tú no has de juzgar de mis intenciones; llama á quien pueda llevarme á la presencia de Muza, que es al que yo quiero ver.

Con efecto, el centinela llamó al jefe de la guardia, que no menos que el otro, se quedó admirando por algunos momentos al huésped que la casualidad les ofrecia, y que era, ni más ni menos, el mismo que noches antes salió de Oviedo, á pié, y llamando la atencion de cuantos le miraban.

El jefe de la guardia lo interrogó acaso con una poca impertinencia, pero al fin le condujo delante del caudillo.

—¿Quién es ese hombre?—dijo Muza encarándose con el subalterno.

—Señor,—respondió este;—se ha presentado en nuestro campo pidiendo con instancia licencia de veros.

—Pues hablad, que estoy de prisa, y solo os concederé un brevísimo espacio.

—General,—respondió el cristiano;—he venido desde Oviedo á pié, descalzo, con frio y á través de bosques espesos y elevados riscos, con el solo objeto de veros y obtener de vos una audiencia; comprendereis por esto que mi presencia aquí no es tan sencilla como os lo parece.

—Pues bien, decid.

—Será bueno el que yo hable tan solo con vos.

Muza hizo una seña.

El jefe de la guardia salió.

—Y bien...

—Sé que Muza es un gran general, un guerrero leal y de corazon, y por esto no he temido ni un solo instante venir á su presencia.

—Está bien; pero decid el objeto que os trae.

—Deseo alistarme bajo vuestras banderas.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y qué adelantareis? Sóbranme soldados, y por otra parte, vuestro puesto está al otro lado de las montañas.

—Eso es para despues, valiente Muza; por ahora responderé á vuestra primera indicacion. Decis que os sobran soldados, y yo creo que no sobran jamás cuando se combate en este país; España ha enterrado en sus campiñas numerosos y aguerridos ejércitos.

—Esos tiempos pasaron, y atravesamos otros muy distintos.

—No tanto que impidan tener valientes capitanes y sufridos solda-

dos que diezmarán los vuestros si no les dais un guía que sepa conducirlos á la victoria.

—¡Cristiano!

—Ya os lo he dicho.

—¿Olvidais que vencí á los de Valencia, Toledo y Zaragoza?

—Pues yo os digo que aquí no vencereis.

—¿Quién lo impedirá?

—Yo.

—¡Traidor! ¿Acaso te enviaron?...

—No prosigais; me decis que os sobran soldados cuando á ofreceros vengo mis servicios, y yo os contesto que con solo ofrecerlos á D. Ordoño, vuestras huestes saldrian de la Rioja.

—Estais loco; solo un hombre pudiera haber dicho lo que vos, y acaso con razon; solo él hubiera puesto terror en las taifas moras, porque él ha sido el genio verdadero de los reyes de España.

El desconocido se sonrió.

—¿Y quién es ese hombre, valiente Muza?

—Bernardo del Carpio.

—¿Le conocisteis?

—¿Quién es el guerrero que no ha conocido á Bernardo?

—¿Y de veras creéis que ha muerto?

—¡Oh!... ¡es indudable!

—Pero si viviera...

—Entonces, no vacilaria en contestaros que creeria dudosa la victoria.

—Eso seria sosteniendo el del Carpio la causa de su rey.

—No podria hacer otra cosa; Bernardo no ha sido traidor jamás.

—Pero si ese guerrero no hubiera muerto; si lejos de esto su muerte hubiese estado enlazada á la mayor y más negra de las ingratitudes; si el premio que los reyes le hubiesen dado consistiera en un estrecho y horrible calabozo que por espacio de muchos años guardara su miseria, sus dolores y todas las amarguras de su alma, ¿creeriais que era traicion el que este guerrero viniera á buscaros y os dijera... Muza, miradme bien; ved en mis ojos el brillo que admirábais en Valencia; ved mi frente tostada por el sol del Mediodía; conoced, en fin, al que tantas veces ha medido su acero con los vuestros, y dadle lugar para contribuir con sus esfuerzos al destronamiento del rey Ordoño; ¿seria esto traicion? Responded, Muza.

El caudillo moro dió un paso á la espalda, y miró con espantados ojos á su interlocutor.

Creyendo que era presa de un sueño penoso, pasóse la mano por la frente, y volvió á mirar, cada vez más aturdido y en mayor confusión.

—¡Por Alá!—exclamó al fin acercándose á aquel hombre;—¡por Alá que aún no me atrevo á dar crédito á mis ojos! ¿Seria verdad lo que decís? ¿Seriais vos?... ¡Oh!... y en efecto; creo conoceros; mucho ha variado esa fisonomía... pero... ¡no hay duda! ¡Sois Bernardo del Cárpio, sois el mismo!

—¡Gracias á Dios! no se habrá perdido todo si Muza conoce al fin al antiguo guerrero.

—Sí, sí; ya no me cabe duda; ¡pero infante! esa cabeza, ese rostro cubierto por vuestra luenga y despeinada barba...

—¿Queriais que en nada se conociesen doce años de prision?

—¡Doce años! ¿Y cómo os hallais en libertad?

—Maté á mi carcelero; huí, y aquí me teneis.

—Bien venido seais, infante; tomar podeis el mando de mi ejército; apoderaos si ese es vuestro afán de la corona de España, pues mi venida aquí no tiene por objeto más que dar otro rey á este desdichado pueblo.

—Bien, Muza; haced lo que querais, pero antes quiero que ambos deslindemos bien nuestras respectivas posiciones. Yo solo quiero de vos lo que vais á oír. Deseo guardar el incógnito; deseo combatir hasta quedar muerto en el campo de batalla, ó dar en tierra con mi mortal enemigo; una vez que esto último se consiga, cada cual de nosotros quedará en libertad, y podrá hacer lo que más le conviniere.

—Conformes, infante; hagamos causa comun en contra de D. Ordoño, que es por ahora el único objeto que me propongo.

—Ved mi mano, y con ella recibid el juramento que os hago, de nó parar hasta arrebatar la corona á ese monarca traidor.

Y los dos guerreros enlazaron sus diestras, con toda la efusion de dos almas grandes, que en breves momentos se comprenden é identifican.

Prepararon una tienda al infante, al lado de la de Muza; diéronle armas, caballos, vestidos y escuderos, y si bien los soldados ignoraban su nombre, no abrigaron ya duda de que el cristiano era un hombre de pró.

Al día siguiente, el conde D. Vela resolvió dar la primera embestida.

Formó sus escuadrones, hizo que avanzaran los ballesteros, y se acercó cuanto pudo á la entrada del valle.

No lejos de su campo, y en el lindero del bosque, se divisaba un

hombre que atento y cuidadoso seguía todos estos movimientos, como si calculara los resultados que habrían de dar.

Cuando ya los tercios estuvieron en buen órden, empezó á rodear la montaña, midiéndola á cada instante de abajo á arriba.

De esta manera anduvo largo tiempo.

Súbitamente se vió detenido por un obstáculo con que no contaba.

Las vertientes de la sierra que allí se reunían por ser la parte más baja de aquel anillo granítico, habían formado una especie de cascada grande, elevada, y furiosa, que bajaba despenándose de roca en roca hasta perderse en la llanura y ocultarse en el bosque.

Para seguir costeanado el monte, se hacia indispensable formar una curva prolongadísima; de otra manera, era imposible continuar el camino.

El hombre se detuvo.

Registró con minuciosidad aquella escarpada ladera, que á la simple vista era mucho más agria, penosa é inaccesible que las restantes.

Sin embargo, á sus labios asomó una sonrisa; frunció las cejas, y se adelantó hasta sentir en su rostro los átomos de espuma que el aire arrebatava á las aguas.—Aquí está,—dijo;—aquí está lo que yo buscaba; cualquiera otro pensaria que este es el sitio más escabroso... y no obstante, de este sitio acaso pende la salvacion del rey Ordoño.

Y empezó á trepar.

Efectivamente, con las frecuentes y grandes avenidas, se habia ensanchado como una vara el cauce de la cascada, que al disminuir, dejaba aquel sobrante en seco.

En este pequeño espacio, mezclado y confundido con lo restante, un ojo experto podia descubrir una escala natural formada por el tiempo y por las aguas, que con sus repetidos y fuertes golpes, lamiéndola de continuo y trabajándola, se hacia á cada momento más practicable, hasta al punto, que ya sin grave dificultad podían ascender dos hombres á la par hasta lo alto.

Hecho esto, lo restante era más sencillo, pues arriba se hacia la superficie más plana, pudiendo si era necesario rodear el monte en toda su extension.

Estas observaciones y muchas más iba haciendo nuestro curioso; pero lo que aún más le llenó de sorpresa, tanto que estuvo á punto de lanzar un grito de alegría, fué el encontrarse al dirigir sus miradas á la parte opuesta tan próximo á la plaza, que casi se podia decir que tuvo que retirarse para no ser visto.

Así era la verdad; pueblo y castillo estaban á sus piés dominados por completo, y tan cerca, que sus voces podian llegar hasta los de abajo.

Adelantándose un poco vió las torres; las casas; los soldados; todo, en fin, lo que constituia el campo, la fuerza y los recursos del caudillo Muza.

Quedó admirado al ver los aprestos y defensas, murmurando despues lentamente:—Si, no me queda duda; sin mi auxilio perecerá hasta el último de los soldados cristianos.

Practicado el reconocimiento volvió á bajar, y se dirigió al mismo punto de donde habia partido.

Ya en el bosque, entró en una choza formada poco hacia de ramas de arbusto y hoja, incómoda, sí, pero bastante á guarecer de la lluvia y el aire.

Á su alrededor habia esparcidos á grupos de cinco y seis, hasta unos trescientos ó cuatrocientos hombres que hablaban de los acontecimientos del dia.

En la miserable choza que antes dijimos, nuestro curioso paseante se encontró con otro compañero, que lo esperaba con marcadas señales de impaciencia.

CAPÍTULO XXXI.

De cómo un pájaro se atrevió á dejar su nido.

Demos la vuelta á Oviedo, pues no es razonable que lo abandonemos cuando en él suceden cosas que importan mucho á nuestra historia.

En él dejamos al rey, furioso contra el favorito.

La fuerza de los acontecimientos arrastraron á D. Ordoño á encubrir sus resentimientos con el conde.

Su última deslealtad le hizo ver ya con imparcialidad y sangre fría su funesta marcha, su administracion fatal, lo insufrible de su gobierno; pero atravesando por un periodo violento y amenazador para la corona, no encontraba, no podia encontrar otro medio que echarse en brazos de aquel hombre.

Los personajes más ilustres de su corte estaban desterrados, gracias á la envidia de su privado.

Los capitanes más insignes, presos ó resentidos por la conducta del rey, que así lo creían, para con ellos.

No tenia ni amigos, ni parciales, ni consejeros; no tenia á nadie, en fin, como no fuese á aquel privado, á aquella sombra importuna, á aquel D. Vela de repugnante tradicion.

De aquí la necesidad de aplazar para despues su descontento, y la precision de confiar al odioso consejero el porvenir de su reinado.

Teniale impaciente, exacerbado, la incertidumbre de si sería ó no derrotado su ejército.

Cuando en esto se fijaba, mudábasele el color del rostro, y sus manos se crispaban con fuerza,

Todo lo temía, y todo á la vez le desesperaba.

Proponíase, y tal se lo decia á doña Munia, única persona que lealmente le amaba, variar por completo las cosas del reino, que gobernaría en adelante por sí mismo, si sus soldados lograban derrotar á los de Muza.

Formaba mil planes para lo por venir... y sin embargo... ¡solo se ocupaba á medias de lo presente!

Y esto decimos, porque en medio de aquel mar borrascoso, de aquella política destructora, en su corazon habia un deseo creciente é inevitable, que apartándolo con tenacidad de las contrariedades de que su poder estaba rodeado, y sacándolo mal de su grado de en medio de la atmósfera en que debía vivir, lo arrastraba á proyectos y planes muy distintos, haciéndole imaginar que de su realizacion estaba pendiente la mitad de su vida.

El rey amaba más que nunca á su desconocida, de quien nada sabia á contar desde la noche del motin, en la cual tambien sorprendió el engaño de su favorito.

Esto en cuanto á D. Ordoño.

Bajemos luego á las prisiones, y veamos lo que en ellas pasa.

El conde Sabiniano habia interrogado repetidas veces á su carcelero acerca de lo ocurrido en la capital, aunque siempre era contestado con evasivas.

El dia á que nos referimos era uno de aquellos en que la desesperacion sucede á la calma y la ira reemplaza á la resignacion.

Á la hora de entrar el carcelero, el conde Sabiniano se paseaba de un lado á otro, con todas las apariencias del hombre que piensa tomar una resolucion heroica en medio de un trance supremo.

El alcaide, que si bien no era el antiguo, guardaba la misma forma que su antecesor, hizo la operacion de siempre. Dejó la linterna que le servia para andar por aquellos oscuros corredores, cerró la puerta por dentro, y á la vez que extendia un mantel en una mesa, y que desocupaba una cesta que llevaba en el brazo,—el cielo os guarde, señor conde,—dijo.

—Contigo venga.

—¿Hay apetito?

—Ninguno.

—¿Os desesperais?

—Más de lo necesario.

—Vamos, que otros tienen más razon que vos.

—Lo dudo.

—Presto saldreis de esta incómoda morada.

—Es que no debí entrar en ella.

—Es tan mala la política...

—¿Y quién te mete á tí en eso?

—Decis mucha verdad; perdonadme, señor conde, y ved que vuestro modesto refrigerio se enfria.

—Está de más; no tengo ganas.

—Sin embargo, no podeis estar así; há dos dias que no comeis.

—¡Oh!... yo me alimento de otra cosa.

—¿Y puedo saberla, señor conde?

—Sí; me alimento de la esperanza, de la esperanza de vengarme.

—¿Pero de quién os quereis vengar?

—De aquellos que tienen la culpa de mi desgracia.

—¡Oh!... pues entonces no será de mí, que la siento sobre mi corazon.

El carcelero, como todos los hombres, tenia miedo al más fuerte.

Servil y adulador como todos aquellos que habitan en las casas reales, por más que figuren en la más miserable de las gerarquías, se adaptaba admirablemente al sacrosanto principio de la conveniencia individual; y como sabia de una manera casi indudable que el conde Sabiniano volveria más ó menos pronto al lado del rey, queria no perder en lo posible su gracia.

Así era que en aquel calabozo aparecia con humildad el que en los otros era más despótico y cruel que un desalmado verdugo.

—Creedme,—repitió;—me duele tanto vuestra prision...

—Guárdate esas mentidas palabras para otro; yo no busco ni deseo tu compasion.

—Mis intenciones...

—Son malas.

—Señor...

—Y te convenceré de ello si quieres.

—¡Ah!... no acierto...

—Mira, voy á ser generoso contigo, aunque estaba de más el que te guardara la más pequeña consideracion.

—Decid, señor conde.

—Escucha. Yo necesito ver al rey; y como para verlo y que me haga justicia debo salir de aquí...

—Quereis hacer conmigo lo que han hecho...

Y el carcelero, sin concluir de expresar su idea, dió dos pasos á la espalda, empuñando violentamente su puñal.

Pero Sabiniano permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, y mirándole con desden.

Lo habia comprendido.

El carcelero se referia á su digno compañero Nuño.

—Tranquilizate; no sé lo que quieres decir, pero de seguro no adivinas mi propósito.

—Pues hablad.

—Escucha; repito que me es muy necesario salir de aquí; pero como no sé aún de que medios habré de valerme, y como por otra parte no quisiera tomarme la molestia de buscarlos, deseo hacerte un partido que te será ventajoso. Tú apenas ganas con tu vil oficio para atender á tu sustento; no puedes esperar una fortuna, porque está tan distante de tí como lo estará el cielo cuando tu alma abandone tu cuerpo; pues bien, yo te daré la primera, y con ella podrás ponerte acaso en camino del segundo. Si te acomoda, adelante; si no, ya estás prevenido.

—Os lo agradezco; pero no puedo ni debo cambiar mi cabeza por una fortuna, y pienso ganar mi salvacion por otros medios. En cuanto á vuestra necesidad de salir de aquí, creed que lo deseo tanto como vos; pero siento deciros que sin una orden del rey...

—¿No podré conseguirlo?

—No, de seguro.

—Allá lo veremos.

—Con harto disgusto mio, porque no soy tan duro como parece, os llamaré la atencion hácia esa puerta, que es gruesa en demasía, y resistirá á vuestros ataques sin conmoverse.

—Bueno, bueno; en ese caso...

—¿Qué sucederá?

—Que perderás tu cabeza y tu fortuna.

—No soñeis, señor conde.

—Te convencerás cuando el mal sea inevitable.

—Os creeré, si teneis poder bastante para filtraros por las paredes; y para esta operacion puedo aseguraros que necesitariais veinte años, teniendo un arma á propósito. Es el parecer de los inteligentes.

Y al dar este consuelo al prisionero, golpeaba con el puño cerrado, sin que sus golpes produjeran el menor ruido.

—Ya lo veis, el muro se niega á responder. ¡Oh!... son unas habitaciones hechas á conciencia.

—Está bien; cada loco con su tema, y cuida tú de que tu cuello esté bien seguro en tus hombros.

—Pardiez que lo cuidaré, ya lo creo;—contestó el carcelero volviendo á sacar los objetos que habia entrado y dando vuelta á las llaves y echando los dobles cerrojos de la puerta.—Sin remedio,—añadió,—está loco el buen conde; ¡ja, ja, ja! ¡Pensar que puede salir de aquí! ¡Bueno, bueno!

Y desapareció por las galerías como el genio del mal.

Todo quedó en silencio.

La noche cerró, y en aquellos lóbregos lugares no se oía otra cosa que el ruido de alguna cadena, que chocaba violentamente contra el suelo.

Pasó una hora más.

En el calabozo que dias antes ocupaba el del Carpio, se oyó un golpe seco que no volvió á repetirse.

Despues una respiracion ahogada y como temerosa.

Por último, allá en el rincon más oscuro, apareció una cabeza.

Luego fué saliendo poco á poco la figura completa de un hombre.

Este hombre era el conde Sabiniano.

La puerta de la prision que ocupó el infante estaba abierta, como sucedia con todas las que quedaban vacantes; y esto se hacia con el fin de que se ventilaran, pues aun así ni eran sanas ni saludables.

Sabiniano habia hecho esta observacion, gracias á la tronera que ponía en comunicacion ambos calabozos.

Al encontrarse enfrente de aquella galería que abria campo á su ardiente deseo, vagó una sonrisa por sus labios.

—¡Libre!—exclamó;—¡libre y en presencia del rey!...—Pero al decir esto palideció.

—¿Y si me descubren?—se dijo.—¡Oh!... aún falta mucho para salir de estos malditos lugares; ¡pero qué diablo! adelante.

Y asomó atrevidamente el rostro para reconocer el campo.

—¡Nadie! Avancemos un poco.

Y salió.

Aquellas galerías conducian á dos distintos sitios.

Una era la que terminaba en las habitaciones del carcelero, dando paso á la puertecilla de la callejuela.

Otra iba directamente á la cámara del favorito.

Sabiniano conocia las dos.

En su consecuencia optó por la última.

Con un cuidado que solo puede comprender el que en su caso se ha encontrado, echó á andar el temeroso conde, pareciéndole que su respiracion habia de despertar á todos los centinelas del alcázar.

Á través de la oscuridad, que crecia al tenor que se internaba, y extendiendo los brazos, ganó la estrecha escalera cilíndrica que guiaba á la cámara de D. Vela.

Siguió andando, y sus manos tropezaron despues de algunos minutos con el marco de una puerta embutida en la pared.

—Aquí está, aquí está,—murmuró.

Y puso el oido tan cerca, que le hubiera sido posible oir cuanto de la otra parte pasaba.

—¡No hay nadie, nadie! ¡ah!... veamos el resorte; este es, ya le tengo.

Y apretó un botoncito de bronce.

Giró la puerta.

El despacho del favorito estaba efectivamente desierto.

Sabiniano siguió avanzando.

Levantó uno de los tapices y abrió otra puerta.

Entró, y á los dos pasos hizo alto y esperó.

En aquel departamento habia un hombre sentado delante de una mesa, vuelto de espaldas al sitio donde el conde se quedó, y abstraído completamente. Con mano convulsiva y ademan impaciente trazaba algunos renglones en un pergamino, que muy luego dobló y ató con un cordon morado.

Á este tiempo el conde Sabiniano hizo ruido con el mueble que más próximo tenia.

—¿Quién va allá? ¿quién es?—preguntó el que escribiendo estaba.

—Soy yo, señor,—contestó Sabiniano.

—¿Vos?—interrogó otra vez el otro volviendo la cabeza, extrañando, como no podia menos de suceder, que hubiesen entrado sin haberse él apercebido.—¡Vos!... ¿pero qué veo? ¡Conde! ¡Conde Sabiniano! ¿De dónde salis á estas horas y de esa manera? ¡Qué trage! ¡qué peinado! ¿De dónde venis? Hablad.

—Señor, ¿sois vos quien lo pregunta?

—¡Que si soy yo! Pues claro está.

—¿Ignorais?...

—Vive Cristo, que por eso os interrogo.

—¿No sabeis?...

—Yo solo sé que faltais de palacio há muchos dias.





J. Galiani dib.^o y lit.^o

En Gueiza Madrid

El Rey Ordoño 1.^o

- ¿Y no os han dicho?...
 —Sí, me han dicho que habiais salido para uno de vuestros castillos precipitadamente, y... nada más.
 —¿Puedo saber, señor, quién os ha dado esa noticia?
 —¿Qué inconveniente hay? Me la dió el conde D. Vela.
 —¡El conde D. Vela!
 —Sí.
 —Pudo él mejor que nadie deciros la verdad.
 —Explicaos, pues por Santiago, que estoy de veras impaciente. ¿Qué pudo decirme el conde?
 —Que estaba preso.
 —¡Preso!
 —En uno de los calabozos del alcázar.
 —¡Vos!
 —Por orden vuestra...
 —¡Estais loco!
 —Comunicada por vuestro favorito.
 —¡Rayos del cielo!
 —Es tan cierto como que yo tengo ahora el honor de decíroslo.
 —Pero esto ha sido una infame sorpresa.
 —Tal creo yo, señor.
 —Sí, me ha engañado; me ha sorprendido; me ha burlado. Y decid, Sabiniano, ¿desde cuándo?...
 —Desde el dia que os acompañé á cierta iglesia...
 —¡Ah! sí, eso es; me arrancó una orden de prision con el achaque de que era conveniente á la tranquilidad del estado. Quiso hacerme comprender que era para un conspirador furibundo, y, necio de mí, no dudé un momento en entregársela. ¡Villano! ¿pero qué razon ha tenido para usar con vos de tamaña felonía?
 —Os juro por quien soy, que lo ignoro.
 —Os creo, Sabiniano; os creo, y me alegro de que vengais á alentarme; justamente ahora le escribia, y no quiero que tarde un momento en saber mi voluntad. ¡Por Santiago! Veremos quién es aquí el rey.
 —Segun eso, ha tenido la desgracia de disgustaros.
 —Y mucho, conde; pero es para más despacio: ahora me urge mandarle este pliego.
 Esto diciendo, llamó á su primer escudero.
 —Al instante,—le dijo,—que monte un hombre á caballo, y que entregue este pliego al conde D. Vela. Si es preciso, que se le entreguen

tres de mis mejores corceles en el camino que ha de seguir, y que no pare hasta reventarlos.

El escudero desapareció.

—Segun lo que he oido, el conde está...

—En la Rioja, haciendo la guerra á Muza, que ha tenido el atrevimiento de traspasar nuestras fronteras. Pero ya nos ocuparemos de todo esto; por el momento, solo quiero que me expliqueis los incidentes de esa historia, que yo ignoraba mal de mi grado.

D. Ordoño volvió á sentarse, y precisando al conde á hacer otro tanto, se preparó á escuchar los incidentes de aquella reciente fechoría de su buen privado.

El conde, efectivamente, principió á hacerle la relacion exacta de lo ocurrido.

CAPÍTULO XXXII.

Propósitos de una reina.—Preliminares de una batalla.

Doña Munia seguía el inútil empeño de atraer á su esposo, comprendiendo que cuando más, el secreto que entre él y su privado había sorprendido no pasaría de un ligero capricho, que estaría muy próximo á borrarse de su memoria.

Por otra parte la opinion de su consejero Helbrando hacia que á cada momento se persuadiese más y más de que estribando por entonces el favor de D. Vela en esta pequeña intriga, con ella se desvanecería, siendo en su consecuencia mucho más fácil el encontrar un medio que facilitara su caída.

En tal creencia, solo apesadumbraba sus espíritus la desaparicion repentina de todos sus amigos y aliados, de cuya suerte sin cesar se ocupaban, sabiendo de una manera positiva que aquellos solo podian estar presos, pues á otra cosa no se hubiera atrevido D. Vela.

Helbrando en persona, por sí y por orden de la reina, estaba encargado de registrar hasta el último rincon de Oviedo, y con tanto gusto lo hacia, y con tal minuciosidad, que en el momento á que nos referimos ya tenía por cosa segura haber acertado la verdadera suerte que á sus amigos cabia.

Fué sin perder momento á la habitacion de doña Munia, que á su vez le esperaba impaciente, y que por un impulso natural se levantó al verle entrar.

—Qué nuevas traeis?—le preguntó sin darle tiempo para nada.

—No tan malas como otras veces, señora.

—¡Oh!... no os detengais; hablad, hablad.

—Nuestros amigos están en Oviedo.

—¿Libres?

—En este momento sí; pero han estado presos, y aun á estas horas no se atreven á presentarse en la córte.

—¡Ah!...

—Los calabozos del alcázar les guardaron por órden del privado.

—¿Y aún correrán peligro?...

—Sí, teniendo presente la mala voluntad del conde.

—¡Helbrando!

—Señora, ese hombre no los dejará, si puede, con vida.

—¡Qué horror!

—Es una gran desdicha.

—Vos creéis...

—Que tendremos que luchar con graves dificultades para salvarlos.

—Pero yo tengo aún el poder bastante para que el rey...

—Guardémonos bien de llegar á él; necesitamos que no desconfíe, y de esa suerte no lo conseguiríamos.

—¿Por qué razón?

—Porque seria revelarles claramente que nosotros tenemos un partido numeroso capaz de hacer frente á su gobierno, y él, primero que otro alguno, temeria que este partido se declarase en contra de su voluntad.

—Decis bien.

—Por lo tanto, señora, mi opinion es que salvemos á toda costa á nuestros parciales, pero sin contar con nadie más que con nosotros mismos.

—¿Pero qué podemos hacer?

—¡Ah!... eso no es seguro, señora; tengo aquí, en mi mente, una idea que pienso poner en práctica sin pérdida de tiempo, pero cuyo resultado estará en relacion de los incidentes que puedan sobrevenir.

—¿Podeis confiármela?

—Concededme para complaceros un dia no más.

—Bueno, mañana...

—Mañana sabreis si es posible tener alguna esperanza.

—Ahora, Helbrando, tratemos de otra cosa. ¿Habeis visto al rey?

—Hace muy pocas horas.

—¿Y qué habeis comprendido en sus palabras?

—Que es más creciente á cada instante el enojo que siente hácia D. Vela.

- ¿Lo nombró?
- Ni una sola vez.
- ¿Y en la côrte?
- Lo han comprendido, y guardan el más absoluto silencio.
- Señal de una próxima tormenta.
- Tal creo.
- ¿Hay noticias del ejército?
- Ninguna.
- ¿Y el rey, sale del alcázar?
- Tampoco.
- Segun eso, tambien por este lado...
- Calculo que podeis estar tranquila.
- Dios os oiga y se compadezca de mí.
- ¿Teneis alguna otra cosa que preguntarme?
- Nada, Helbrando.
- En ese caso...
- Sí; retiraos, y no descanséis hasta demostrar á esos leales que no olvidamos sus generosos sacrificios.

—Sabeis, señora, que mi vida os pertenece toda entera.

—¡Oh!... lo sé, lo sé, Helbrando.

El favorito de la reina Munia, salió de la cámara.

Dejemos á Helbrando á vueltas con sus planes de garantir la libertad de los nobles que dias antes promovieron el alboroto que debia dar por resultado la caida de D. Vela, y ocupémonos de este, que á la sazón se disponia, segun dijimos, á dar la primera embestida al enemigo campo.

Reunido con los principales jefes de su ejército, se resolvia el método que debia seguirse en el ataque.

—Ya lo ois, señores;—decia él á los suyos;—deseo que al lucir la próxima aurora, marchemos sobre Muza y terminemos la empresa que el rey nos ha confiado. Cada cual de vosotros diga su opinion respecto del plan que juzgue más acertado; el mio se reduce á marchar sobre él entrando por la única puerta que la naturaleza nos ofrece.

—Creo,—repuso un anciano guerrero que habia peleado en antiguos combates al lado de D. Alfonso II y de D. Ramiro I,—que seria mucho mejor provocar una batalla decisiva, proponiéndole á Muza que dejase sus posiciones y viniera á esta llanura á disputar los laureles que desea; porque de lo contrario la mitad de nuestra gente quedará en esa maldita montaña, y la otra mitad, suponiendo que pase, no será bastante á poner cerco á la plaza.

—¿Y ¿creeis que Muza abandone su puesto solo porque nosotros se lo pidamos? Eso seria hacerle ver que tememos una derrota, y bastaba para que adquirieran más aliento sus gentes, y disputasen el paso con doble coraje. No adelantariamos más que descubrir nuestra flaqueza sin resultado.

—Yo opino,—dijo otro de los capitanes que entre los suyos tenia fama de prudente,—que deberiamos dar tregua á nuestra impaciencia, buscando entre tanto el modo de trepar por la montaña; lograríamos hacernos dueños de posiciones ventajosas, y si bien esto nos costaria trabajo y gente, tambien nos facilitaria las operaciones, pues dominariamos terriblemente al enemigo.

—Teneis razon, pero nuestros exploradores aseguran que es de todo punto imposible el acceso, y siguiendo vuestros pareceres perderiamos dias preciosos, en los cuales esos perros infieles tomarian nuevo brio. Pasados esos dias, no nos quedaria otro recurso que atacar el campo de Muza, del mismo modo que yo os he propuesto.

—Arriesgado me parece, señor conde.

—Lo sé.

—El ejército de Muza es numeroso.

—Valiente es el nuestro y aguerrido; eso está compensado.

—Si la desgracia trajera sobre nosotros una derrota...

—¿Y cuál de vosotros, señores, seria el que primero volviese caras al enemigo?

Todos guardaron silencio.

El rubor cubrió aquellos semblantes tostados.

Bien se podia decir que allí no habia un solo corazon que conociese el miedo.

Un momento de deliberacion bastó para que todos aprobasen el atrevido pensamiento del conde.

Poco despues cundia por el campo cristiano la noticia de que á la siguiente mañana se empeñaria el combate.

Llegó la noche, y con ella mil sueños distintos asaltaron las cabezas de aquellos infelices soldados que en breve iban á derramar su sangre para redimir los pecados de su rey.

Las avanzadas se doblaron, batiéronse tiendas, y á campo raso, tendida la tropa, reinó el más completo silencio, interrumpido solo por el alerta de los vigías y centinelas.

Acabado el consejo penetró en el bosque inmediato, uno de los ginetes que anteriormente vimos reunidos en torno de una cabaña miserable.

—¿Quién vá?—gritó otro de ellos oculto en la maleza.

—Hafsun,—respondió el que venia.

Y siguiendo adelante, entró en la cabaña.

—¡Gracias á Dios!—exclamó uno de los que dentro estaban.

—En este momento termina el consejo de capitanes.

—¿Y bien?

—Al asomar la aurora empezará el ataque.

—¡Ya era tiempo!—dijo el otro exhalando un fuerte suspiro;—y dirigiéndose á su compañero, como siempre mudo y cabizbajo,—ya lo ois,—prosiguió;—mañana el ejército del rey será derrotado, y nosotros inclinaremos definitivamente la balanza á la parte que nos convenga.

Despidió en seguida al soldado y llamó acto continuo á su teniente.

Nuestros lectores habrán conocido en este personaje á Daniel, y en su compañero á una mujer disfrazada de paje; esta mujer era Ildaura.

Más tarde veremos lo que significaba su estancia en el bosque, y el deseo del mancebo porque se diera la batalla.

CAPÍTULO XXXIII.

El pergamino.

Dos horas antes de amanecer conversaban tres hombres al pié de la montaña, junto á la cascada que ya antes de ahora conocimos.

—¿Estás seguro,—preguntaba uno de ellos,—de que Muza no saldrá de sus posiciones?

—Eso se asegura en el campo del rey.

—¿Y sabes tambien que los exploradores no han encontrado lugar accesible en la montaña?

—Positivamente.

—Entonces, adelante.

—¿Qué disponeis?

—Que queden los caballos á cuarenta pasos de este sitio, y vengan aquí doscientos hombres.

El que recibia la órden desapareció.

—Vamos, señora, tened aún un poco de paciencia; no os doblegueis á la fatalidad; recursos nos quedan, y sabremos aprovecharlos.

—Sí, Daniel; cuando menos perderemos la vida; esta idea me consuela, y ya me parece que es más pequeño mi dolor.

—¡Eh!... Dejaos ahora de malos pensamientos; si este es el camino que ha seguido el infante, dad tiempo al tiempo, que lo conozco, y no todo se habrá perdido. Si echó por otra parte, os juro que de algo nos han de servir los dias que aquí hemos acampado. ¡Oh!... lo que yo siento con toda mi alma es que vos corrais los azares de esta campaña; ¡si por acaso os conociesen!...

—Piensa solo en tu señor, Daniel; déjame á mí, que nada temo á tu lado. Á la sazón vieron aparecer á los bandoleros.

—Bueno,—dijo Daniel interrumpiendo su plática y adoptando su ademan arrogante.—Venid aquí; mirad bien la soberbia y cómoda escalera que la montaña nos ofrece; arriba, y que no oiga yo el rumor de vuestras pisadas.

Pocos minutos habian pasado cuando un gran cordon de hombres se tendia desde la cúspide al pié del monte.

Una hora más, y la alta superficie se veia coronada por dos centenares de foragidos, que brincaban de contento al descubrir á sus piés tantos miles de hombres en los cuales saciarían bien pronto su coraje, en cambio de la derrota de Oviedo.

Detrás del último, aparecieron Daniel é Ildaura.

—Bueno, bueno;—murmuró el primero examinando y haciéndose cargo del terreno;—extendeos en línea, así á ló largo, y replegaos bien hácia este lado para que no os vean esos malditos jayanes; basta, basta; ahora echad el cuerpo á tierra y no os movais. Tú, volverás al bosque y tendrás mucho cuidado con las señales que marque mi silbato; conquese así, andando y Dios nos la depare buena.

El teniente bajó, colocando la tropa restante de conveniente manera.

Unos y otros guardaron despues silencio, y esperaron los primeros albores de la aurora.

Por fin se anunció el sol con sus rosadas tintas y ténues reflejos, precursores de un día sereno como las auras del verano.

Los espías y escuchas de Muza diéronle parte de que los cristianos avanzaban, y en su consecuencia colocó y ordenó sus gentes para disputar el terreno que sin grandes dificultades habia conquistado.

El conde D. Vela montó á caballo, y ló mismo hicieron los otros capitanes.

Pusiéronse en movimiento los tercios; ya iban á traspasar la línea marcada para su atrincheramiento, cuando un hombre de armas entró por el campo á toda brida, preguntando á cuantos encontraba por el conde D. Vela.

Habiéndosele señalado, á él se dirigió, y echando pié á tierra,—tomad,—le dijo;—el rey D. Ordoño me encargó poner este pliego en vuestras manos.

Tomó el conde el mensaje del rey, é ínterin sus escuadrones formaban con arreglo á sus órdenes un triángulo, cuya punta se situaba frente de la entrada del montuoso anillo, abrió y leyó lo que en él se contenia.

Apenas recorrió sus renglones primeros, cuando pudo observarse la terrible contraccion que se marcó en su semblante y la palidez mortal que lo cubrió.—¡Rayos del cielo!—murmuró mordiendo sus labios hasta que brotó de ellos la sangre.—¡Ira de Dios! ¡Esto me dice el rey Ordoño cuando tengo en mis manos su corona y la salvacion de su trono en la punta de mi espada! ¡Ingrato! ¡Villano! No sabe dispensar una sola falta al hombre que por él tambien ha seguido todos los eslabones de la infamia. Y no hay duda; él lo dice: «La mejor razon que podeis alcanzar para que yo perdone vuestras maldades, es la destruccion del ejército invasor; cuidad que no penetre más en mis tierras, pues de lo contrario... ¡ay de vos!»

Esto decia el rey.

D. Vela rasgó el pergamino, revolviendo al tiempo mismo su caballo y lanzándolo al escape.—Adelante,—rujió con aspecto de tigre.—Yo demostraré al rey que no se me insulta impunemente.

Y en seguida,—¡adelante!—repitió á su gente, que compacta y unida se lanzó á la pelea.

Un terrible alarido resonó en el valle, reproduciéndose inmenso y prolongado en la montaña, y á la vez viéronse multitud de soldados que rodaban por el suelo cubiertos de sangre.

Por un momento retrocedieron los del rey, claras sus filas y desordenados los escuadrones; pero instantáneamente se llenaron y cubrieron las primeras, ganaron terreno los segundos, y el combate se hizo más encarnizado y sangriento.

Sucedianse las cargas; repetianse los ataques cada vez con más fuerza; pero los moros parapetados en sus posiciones, hacian una defensa tenaz y una matanza horrible en los cristianos.

Unos tercios reemplazaban á otros; los jefes se confundian con los soldados; todos hacian prodigios de valor; pero las especiales circunstancias del terreno les impedian avanzar un paso, y el ejército de Muza era sobrado valiente para no aumentar aquellos naturales y poderosos obstáculos.

Corrieron horas y horas sin obtener ventaja alguna los del rey.

Desesperábase D. Vela, y culpaba á sus pobres soldados de la tardanza en apoderarse del campo contrario.

—Cobardes,—gritaba;—cobardes, que aún no ganais un dedo de tierra y ya vuestras filas están diezmadas y vuestros brazos rendidos de fatiga. ¡Adelante por Cristo! Á ellos, ú os hago apalear como á viles esclavos.

Las injuriosas é inmerecidas palabras del valido irritaban á sus tropas, que no por esto adelantaban más camino.

Los infieles, al comprender el cansancio que ya se apoderaba de sus enemigos, variaron de táctica para hacer más estragos en sus grandes masas.

Á un grito atronador de Muza, las taifas que lanza en mano defendian la entrada se separaron súbitamente, apareciendo en su lugar una apiñada muchedumbre de arqueros formados en columna, que descargó una nube de saetas sobre los que al otro lado estaban; hecho esto por los primeros, arrojábanse al suelo, repitiendo los de atrás la misma operacion, y así sucesivamente hasta los últimos y más lejanos.

Fácil es comprender el efecto que haria aquella granizada en el ejército real.

Ni bastaban hombres para cubrir aquella tronera, ni los que venian quedaban en disposicion de avanzar un paso.

El terror cundió por todas partes, y este fué el momento decisivo; momento que supo aprovechar Muza.

Á la última descarga, y cuando más despejado quedó aquel estrecho paso, vióse salir por él espada en mano y á todo escape un lucido cuerpo de hasta mil ginetes, que arremetió en buen orden á las consternadas tropas, no dejándoles tiempo ni aun para defenderse.

Mandaba estos soldados un guerrero de gallarda apostura, que tan bien manejaba el caballo como la lanza, y que sin vacilar corrió por entre los del rey hasta medir su acero con los primeros capitanes del escuadron sagrado, en cuyo centro ondeaba el pendon real.

Tras él siguieron algunos de los suyos, ínterin que los otros sembraban el terror y la muerte en los deshechos y fugitivos tercios de D. Ordoño.

—¡Diantre!—exclamó un mancebo que desde una elevadísima eminencia seguia todos los movimientos de los enemigos campos.—¡Diantre!... mirad, señora; ved aquel guerrero; hace más daño él solo que todos esos jayanes reunidos. ¡Ah!... lleva cubierto el rostro, no se ve en él ni empresa ni divisa; ahora se lanza al escuadron sagrado. ¡Bien! ¡Soberbio! De una estocada ha tendido al primero, y de un revés ha partido al segundo. Mirad ahora cómo arremete á los otros... Mas... esperad... esperad... Creo que intenta apoderarse del estandarte... se defienden como tigres; ¡vive Dios que va á quedar en la estacada! ¡Magnífico! Ha saltado su caballo por encima de todos; tiende su espada hácia el que tiene delante... ¡Ya le cogió, ya le cogió, suyo es el estandarte! Y lo persiguen... ¡Ah!... gracias, Dios santo; sale á la carrera; los suyos

le defienden; los del rey huyen... Se salvó. ¡Cuerpo de Cristo! ¡Buena tunda han llevádo los de Oviedo!

El que así hablaba era Daniel.

Á su lado estaba Ildaura.

Las sombras de la noche empezaron á extenderse, ocultando los últimos resplandores del sol, que hasta entonces lucieran, y los valientes tercios de Muza se replegaron á sus tiendás, llenos de laureles y satisfechos, toda vez que inauguraban su campaña con una señaladísima victoria.

No así el conde D. Vela, que con trabajo veia reunirse en su torno los restos sangrientos de su antes fuerte ejército, y qué recordaba con vergüenza y horror la historia de aquel día fatal para su patria.

Horas bien tristes fueron aquellas para él, pues en un solo punto, solo de un golpe, veia perdida su influencia con el ejército, su valimiento con el rey, su poder con el pueblo, y lo que es más, la esperanza que por entonces alimentaba su vida, pues si estribaba esta en su amor á Ildaura, ¿cómo podría acercarse á ella, apoderarse de aquel tesoro para él inapreciable, si la órden recibida de D. Ordoño le preparaba el más miserable y angustioso porvenir?

Sus consideraciones le hacian ver de una manera más agravante cada vez la situacion en que se encontraba.

Amante como él lo era de las resoluciones rápidas; adorador de los partidos extremos, ni aun le restaba energía para elegir un camino pronto y decisivo, que pudiera sacarle de aquel insondable y negro abismo.

Fluctuaba entre mil y mil ideas, sin optar al fin por ninguna.

Tal era, ligeramente trazada, la actitud del conde D. Vela, en la noche que se siguió á aquel día de sangre y de derrota.

Paseábase con precipitacion é incertidumbre por su tienda, cuando un hombre de armas entró apresurado á decirle que un caballero que al campo acababa de llegar pedia hablarle.

—¿Quién es?—preguntó el conde.

—Lo ignoro.

—¿Dijo su nombre?

—No quiso revelarlo.

—En ese caso...

—Dice que el asunto que lo trae es grave...

—¿Viene de Oviedo?

—Tampoco expresó lo que deseais saber.

—Que pase, y aguardad á corta distancia mis órdenes.

De allí á un instante apareció el caballero.

CAPÍTULO XXXIV.

Presentimientos.

Cuando entró la noche y se dividieron los combatientes, Daniel se sentó junto á Ildaura, asaz pensativa y silenciosa, como tenia por costumbre desde las últimas aventuras de Oviedo.

—Vamos,—díjole el paje con el más cariñoso acento;—apuesto cuanto puedo perder á que estais pensando en lo mismo que yo.

—¡Ah, Daniel! ¡Cuán fácil es comprender lo que pasa en mi mente!

—En efecto, tratándose de mí, que procuro adivinar en vos hasta lo más leve. ¿No pensais ahora en el apuesto caballero á quien con tanto brio hemos visto hoy combatir?

—No, porque ¿qué de comun puede haber entre Ildaura y ese desconocido?

—Más tal vez de lo que al decirlo imaginais.

—Sueñas, pobre Daniel.

—No seré yo el que os lo niegue.

—Entonces...

—Decid.

—¿Á qué conduce alimentar irrealizables esperanzas?

—Puede suceder lo que decís; puede muy bien ser un sueño; pero... ¿qué quereis? tiene uno tales y tan repentinos presentimientos...

—¿Y cuál es el que ahora te preocupa?

—Temo confesarlo.

—Yo te lo ruego.

—Luego me acusareis...

—Te juro que no.

—Pues bien, señora; en ese guerrero...

—Acaba.

—En ese guerrero he creído ver al infante Bernardo; á vuestro amante.

—¡Ah!... ¡Cuánto le amas!

—¿Qué decis?

—Sucédete lo propio que á mí, Daniel; en todas partes me figuro que le veo... y sin embargo... los dos soñamos.

—No lo afirméis tanto, señora, que pudierais fácilmente equivocaros; conozco al infante entre mil, aunque esté más encubierto que ahora; y por otra parte... ¡qué quereis! El haber él tomado este camino... porque no hay duda; era el infante... vamos... os repito que estoy en mis trece, y que hasta no convencerme...

—Y aunque así fuera, ¿cómo lo lograrías?

—Es muy sencillo.

—Explicámelo.

—Imposible; tengo acá mi plan...

—¡Oh!... ¡Cuántas reservas, Daniel!

—Dejadme hacer, señora, y ateneos solo á los resultados.

—Puedes en tal caso principiar.

—Empezaré, por vida mía, que poco ó nada pierdo en ello. Y á este fin vais á bajar al bosque, á nuestra pobre cabaña, y en ella esperareis.

—¡Ah!... ¡Otra vez sola!

—Por brevísimos momentos; guardada estareis como á mi lado.

Después separándose un poco y llamando á uno de los bandoleros:—
¿ves,—le preguntó,—aquella tienda en que brilla una luz tenue y oscilante?

—Sí, la veo.

—¿Alcanzas desde aquí á distinguir aquel pequeño barranco, que partiendo desde esta punta de monte va á terminar casi en su misma puerta?

—Perfectamente.

—Pues bien; vas á llevar contigo ocho hombres de confianza...

—¿Y qué más?

—Y á apoderarte del guerrero que está en ella.

—Lo haré.

—Los medios...

—Corren de mi cuenta.

—Me esperarás á la entrada del bosque cuando regreses de tu expedicion.

—Está bien.

—En cuanto á ese guerrero, excuso decirte que le habeis de tratar como á mí mismo.

—¿Y dónde le tendremos hasta vuestra venida?

—En este mismo sitio, sin permitirle que grite ni alborote.

—Sereis obedecido puntualmente.

Daniel se reunió con Ildaura, bajando ambos al bosque.

Quedóse la segunda en su incómoda guarida, y él, embozándose en su manto, se dirigió al campamento cristiano.

El bandolero eligió ocho hombres, y todos juntos se deslizaron por la rápida y difícil pendiente de la montaña, hasta tocar con sus piés la tierra conquistada por el feroz ejército de Muza.

Dejamos á D. Vela en el momento en que entraba en su tienda el desconocido que con insistencia pretendia hablarle.

Cuando este se presentó, hizolo embozado hasta los ojos, y sin pronunciar una sola palabra.

El conde le miró largo rato, queriendo adivinar quién era aquel hombre, y qué objeto hasta allí le llevaba.

Pero fué inútil.

Inmóvil como una estatua, esperó á que el privado rompiera el silencio.

—¿Quién sois?—preguntó al fin.

—Ya lo veis, señor conde; un soldado.

—¿Á quién servís?

—Á mí mismo, y bastante mal á lo que presumo.

—No os entiendo.

—Pues la cosa es bien clara; soy soldado de fortuna, y me bato por mi cuenta, cuando me viene en agrado.

—¿Y qué buscáis?

—Busco muchas cosas, señor.

—Y pareceme que una de ellas es el quitarme el tiempo y apurarme la paciencia.

—Os equivocais.

—¡Pardiez! ¿Pues cuál es vuestro objeto?

—Otro enteramente distinto.

—Decidlo de una vez, por Santiago.

—En primer lugar, vengo á sacaros de la angustiosa situacion en que os encontrais.

—¿Yo?

—Vos.

—¿Por qué lo decis?

—Por muchas razones. Hoy habeis sufrido una derrota...

—De la cual me desquitaré mañana.

—Ni vos lo creéis así, ni es posible.

—¡Ira de Dios!

—No os alarmeis; os dije que venia á salvaros, y cumpliré lo ofrecido.

—Seguid.

—En segundo lugar, voy á haceros una confianza.

—¿Me importa acaso?

—Y mucho.

—Continuad.

—Por último, voy á imponeros una condicion.

—Pardiez que es donosa la ocurrencia.

—Fio en que os lo parecerá.

—¿Pero no alcanzais que yo no puedo dar crédito á vuestras palabras, sean las que quieran?

—La razon...

—Dicta, caballero, que no me fie de un desconocido, y mucho menos cuando este desconocido se recata con tal cuidado el semblante.

—¡Oh!... Teneis razon.

—Así, pues...

—Hablairemos, si gustais, de otra manera.

—Es lo más acertado, á mi entender.

—En ese caso...

—Decid.

—Ved mi rostro.

—¡Vos!... ¡Vos aquí!

—¿Qué os extraña?

—¿Qué venis á hacer á la Rioja?

El lector comprenderá fácilmente que el caballero en cuestion no era otro que nuestro paje.

—Tened más calma,—contestó Daniel que veia en los ojos de D. Vela toda la ansiedad que encerraba su corazon;—tened más calma,—prosiguió,—que para todo habrá tiempo, y ya llegará el turno á lo que preguntais.

—Pero entretanto...

—Entretanto, ocupémonos de lo que más importa; el reino sucumbe si los moriscos avanzan un paso más, y vos estais perdido irremisiblemente, si no ofreceis al rey la victoria en esta difícil jornada.

—Tened presente que aún me quedan aguerridos soldados para poner á raya al agareno.

—Sobrado sabeis, señor conde, que el ejército contrario ganará mañana el sitio mismo en que vos acampais.

—¡Por Santiago!

—Sé lo que me direis; comprendo que antes que vuestro puesto perdereis la vida; comprendo que ínterin os quede un solo hombre de armas, será vuestro el terreno que ocupais; pero no por eso la derrota será menos segura; ¡ay de D. Ordoño si el ejército infiel rasga mañana sus banderas!

—Y bien, si eso sucede...

—Es que jamás debe suceder lo que os digo, D. Vela.

—Por eso lucharemos...

—Y os vencerán.

—Muy seguro estais de lo que solo decidirán las armas.

—¡Oh!... el resultado es muy positivo; vos lo sabeis tan bien como yo. Solo un milagro, una cosa extraordinaria, podria cambiar vuestra situacion desesperada.

—¿Y cómo?...

—No faltaria, á quererlo vos, quien se encargara de arreglar las cosas de manera...

—¿Os burlais?

—No á fé mia.

—En tal caso, confesaré que no os entiendo.

—Ni es muy fácil.

—¿Decis que poseeis el recurso de destruir el ejército enemigo?

—Y de dar al vuestro la victoria.

—De ser eso cierto, sin contar conmigo debiérais hacerlo en provecho de la patria y del rey.

—¡Oh!... Poco á poco; yo hago há mucho tiempo la guerra á vuestro rey, y aunque mi corazon me llama á donde el reino pelagra, un juramento sagrado me impide acudir en su auxilio. Yo necesito alcanzar el fin á que he consagrado mi existencia, para salvar la vacilante corona de D. Ordoño.

—¿Qué decis?

—La verdad, conde D. Vela; el instante supremo que esperaba ha llegado por fin; el trono se desquicia á los golpes de las lanzas moras, y en mi mano tan solo está su salvacion; pero para conseguirlo...

—¡Acabad!

—Necesito la libertad del infante Bernardo.

—¡Su libertad! ¿Y me la pedis cuando una traicion se la concede?

—Traicion no, vive el cielo, que si salió el infante del alcázar, harta sangre costó á sus buenos servidores; no pido yo el alzamiento de su prision; lo que yo exijo, es la vénia del rey para que pueda vivir tranquilo donde mejor le plazca.

—¡Oh!... Eso es imposible.

—¡Y vos lo decis!

—Sí, y lo repito; ni vos teneis fuerza bastante para dar la victoria á mis soldados, ni el rey consentirá en perdonar á Bernardo del Carpio.

—¡Que no tengo poder para dar la victoria á D. Ordoño!...—repitió Daniel sonriendo con sarcasmo.—¡Que no tengo poder!... Mirad, don Vela;—y lo llevó hasta una ventana desde la cual se descubria la inmensa mole de rocas que abarcaba el campo enemigo;—venid,—prosiguió,—y decidme si podreis ganar esa posicion defendida por un ejército valiente y triple en número que el vuestro. Decidme si no necesitarian vuestros soldados convertirse en águilas para salvar la cumbre de esos montes, y confesad, mal de vuestro grado, que el valle tomado por Muza no lo recobrará vuestro deseo. Ahora bien; lo que vos no habeis logrado; lo que acaso otro mortal no intentara; la completa destruccion de uno de esos ejércitos, está en mi mano, y ¡ay... si mi voluntad es contrariada!

D. Vela comprendió que las palabras del paje, aunque de oculto sentido, guardaban algo de terrible para uno de los dos bandos. Ante la seguridad y sangre fria del mancebo, el favorito dudó.

—Y bien,—preguntóle el paje;—¿qué resolveis? ¿qué decidis?

—Ante todo demostradme que lo que me decis es la verdad.

—Lo que me pedis es imposible.

—¿Y quereis que yo con tanta inseguridad obre?

—No pretendo yo tanto.

—Entonces...

—Oid; yo os diré los medios que necesito para dar término á mis planes; pero antes, me ofrecereis, me jurareis, que de ser favorable la fortuna, alcanzaré del rey lo que ya os he pedido.

—La libertad de Bernardo... y el perdon de sus faltas.

—Quédese para más tarde el juzgar al del Carpio. Decid solo...

—¿Y por su libertad me dareis la victoria?

—Os lo he ofrecido.

—Pues bien, lo conseguireis; no fio mucho en vuestras ilusiones, pero os concedo lo que pedis, en nombre del rey.

—El que dudeis ó no, no es cuenta mia; tengo vuestra palabra, y á mi cargo queda el que la cumplais. Oidme. Al lucir la próxima aurora, cargará el ejército cristiano asediando la posicion que el infiel ocupa; pero con tanto brio ha de darse el ataque, que no se ha de vacilar ni un solo instante. No temais lanzar á la vez todas vuestras fuerzas, pues yo necesito que las contrarias se agrupen en un solo punto, y todas á un tiempo á ser posible.

—Sabreis, buen paje, que el ataque solo se puede dirigir á un solo punto; ese valle no tiene más entrada que un boquete abierto entre las rocas...

—Y justamente aquella posicion es la que me conviene que ocupe en masa el ejército morisco.

—Pues bien, la ocupará.

—Es cuanto deseo. Ahora preparad cuanto juzgueis necesario, y adios, conde D. Vela, que la noche avanza, y el tiempo es para mí muy precioso.

—Nos veremos...

—Con la aurora.

—Pues id, y quiera el cielo que vuestros vaticinios sean seguros.

—Creed, D. Vela, que mañana os acariciará la fortuna.

Daniel salió.

El conde D. Vela, que durante la conversacion con el paje habia tenido fija en su mente la eterna y abrasadora idea de la mujer que le enloquecia, formó su composicion de lugar para conseguir lo que quizá podia costarle una sangrienta derrota.

Aunque no confiaba en el paje, se propuso hacer lo que queria, con tal de seguir el otro rumbo que saciase el brutal apetito que lo consumia.

En su consecuencia, llamó á uno de los suyos, en el cual por entonces depositaba su confianza, y mostrándole con el dedo la sombra de Daniel que aún se proyectaba á poca distancia de aquel sitio,—pronto,—le dijo;—sigue á ese hombre; toma diez soldados que te ayuden en la empresa; veas dónde se alberga; espíalo; con él hay una mujer, de la

cual necesito que te apoderes sin que nadie, á ser posible, se aperciba, guardándola en mi tienda con cuidado hasta mi regreso si en ella no estuviera. Parte, y ten presente que en tu buen acierto estriba tu fortuna.

Así lo verificó el servidor, sin aguardar á que le repitiesen la orden.

Despues, el favorito de D. Ordoño se reclinó en su lecho, combinando el plan de ataque para el siguiente dia, y esperando el resultado de aquella aventura, basada en una nueva traicion.

CAPÍTULO XXXV.

Un golpe de mano.

Por la falda de la sierra y hácia la parte que miraba al valle ocupado por los moros, se deslizaban como culebras, venciendo obstáculos, rocas, y malezas, y ocultos por las sombras de la noche, unos cuantos hombres de traza sospechosa, armados hasta los dientes, y silenciosos como si de lengua careciesen.

Evitando lo posible el acercarse á los sitios donde velaban los centinelas del ejército infiel, fueron poco á poco descendiendo hasta pisar el valle.

Ya en él, se perdieron entre las tiendas de los dormidos hijos de Mahoma.

En una de ellas, levantada en el centro del campo y á muy poca distancia de la de Muza se divisaba, gracias á la luz que en ella ardía, y á uno de los lienzos, que levantado en parte estaba, á un gentil caballero, que apoyada en la mano la mejilla, parecia absorto en hondas meditaciones.

Sus labios se movian, á impulsos sin duda de un efecto nervioso, dando paso á entrecortadas palabras, que dificilmente podian comprenderse.

—¡Ay!...—murmuraba;—el destino lo ha querido; la posteridad maldecirá mi nombre; ¡yo, Bernardo del Carpio, rasgando las armas de España al frente de una turba infiel!... ¡Maldicion!... ¡maldicion sobre aquellos que ocasionan mi desgracia y la de mis hermanos!... ¡Sobre ese rey villano, más ingrato aún que sus antecesores! Y á todo esto, no

sé qué es de Daniel; tal vez esté en Oviedo pensando en mí, y creyéndome aún sepultado en mi calabozo. Si yo pudiera...

Y aquí se detuvo.

Cerca de él se oyó un leve ruido semejante al que produce un cuerpo al rozar con un lienzo flotante; Bernardo levantó la cabeza, pero á nadie vió; creyó que aquel roce lo ocasionaria alguno de los espías del campo, y lo olvidó, para volver á sus desgarradoras memorias.

Pero se engañaba.

El poco perceptible ruido que llamó su atencion, tenia otro origen.

La tela que formaba su pabellon se levantó por uno de los rincones, dando paso á la cabeza de un hombre, que reconoció al primer golpe de vista todo lo que allí dentro habia.

Despues se deslizó como una sombra al interior de la tienda, siguiéndole otros tres que de igual manera entraron.

Ya en esta situacion, se fueron acercando al infante, y se arrojaron sobre él sin darle tiempo para nada, sujetándole con una fuerza descomunal, y tapándole á la vez la boca para ahogar del todo sus gritos.

Hecha esta operacion con el mayor cuidado y con cierta delicadeza, si bien resistiendo á sus desesperadas sacudidas y á su resistencia de gigante, cargaron con él, sacándolo mal de su grado de la tienda.

Fuera de ella, volvieron á trepar por las empinadas rocas, entre cuyas quebraduras se perdieron.

La noche, á todo esto, avanzaba; la primera alborada iba á aparecer muy pronto en el horizonte.

Daniel salió del campo real, llegando sin dificultad á donde Ildaura y los suyos le esperaban.

—¿Y bien?—le preguntó aquella al verle entrar.

—Mañana le daremos la victoria al rey Ordoño.

—Pero...

—No os asombréis; nuestro generoso esfuerzo nos valdrá el perdon de las faltas achacadas al infante.

—¡Ah!... ¿Y de qué nos sirve ese perdon tardío?

—¿De qué nos sirve?... Permitid, señora, que aplace para de aquí á una hora mi respuesta.

—¡Siempre esperanzas!

—Desdichado del que sin ellas vive; ¿acaso sin ese recurso inapreciable se conoce el consuelo, la resignacion, la fé? Ánimo, señora; acaso dentro de muy poco conozcais la verdad de mis palabras; entre tanto, tened valor; estad tranquila, y no os asuste nada de lo que ver y

escuchar podais; yo voy á rondar algunos momentos por estas cercanías, pues imagino que se prepara algun acontecimiento para nosotros importante.

—Quiéralo el cielo;—murmuró Ildaura mientras el paje salía.

Una vez en el bosque, dióle orden á uno de sus bandoleros de que guardase la humildísima choza que les servia de abrigo, y para que en caso necesario hiciese una señal convenida, trepando despues por la montaña, hácia el lugar que los suyos ocupaban.

Casi al mismo tiempo se deslizaban unos cuantos hombres con el mayor silencio por la parte opuesta de la choza, sin que nadie se apercibiera de ello.

Ínterin uno espiaba, otro que parecia ser el jefe, se acercó á la cabaña procurando advertir por sus rendijas lo que en el interior habia.

—¡Diablo!...—murmuró viendo á Ildaura que de espaldas á él estaba, y que ceñia su talle, como recordará el lector, con un elegante vestido de paje.—El conde se ha equivocado de medio á medio; aquí no hay mujer alguna, como no esté, que lo dudo, paseando por el bosque. Á no ser... ¡bueno estaria! que se haya disfrazado... pero ¡quía! eso se conoce á tiro de ballesta. Sin embargo, ese paje tiene mucho de gentil y de esbelto; si pudiese ver su rostro... ¡bien! eso es; ahora lo distingo, y... vive Dios que tiene razon D. Vela. Es mujer, y hermosa por vida mia. ¿Pero qué viene á hacer aquí de esa manera? ¡Qué diantre! Manos á la obra; lo demás no me importa, ni estamos para gastar el tiempo en reflexiones; con esto y con que despues saliéramos equivocados acerca de su sexo... buen viaje habiamos echado, y buen recibimiento tendríamos. Adelante, y terminemos nuestra empresa, que á lo que parece importa, y no estamos para muchas dilaciones.

Esto diciendo, separóse de la cabaña, dió á sus gentes algunas órdenes, con arreglo á las cuales sin duda, el que acechaba al centinela fué reforzado por otro compañero, retirándose los demás á prudente distancia.

El bandolero, entretanto, se habia sentado en el añoso tronco de un pino, sin reparar en que á su espalda y á pocos pasos tenia tal vez una muerte segura; en efecto, sus dos espías lo miraban con la tenacidad de la pantera, arrastrándose más bien que andando hácia el sitio en que se encontraba.

Cuando estuvieron cerca de la víctima, sus brazos se extendieron, y... pasó una escena horrible. Dos dagas se hundieron en su corazon,

sin permitir que saliera de su pecho un solo gemido; al primer golpe el bandolero quedó muerto.

Hecho esto, volvieron á reunirse con los otros, penetrando todos en la morada donde Ildaura con entero descuido se albergaba.

Apoderáronse de ella á viva fuerza, sofocaron sus gritos, internáronse en el bosque, y montándola en uno de los caballos que á prevención tenian, y dándole escolta otros cuatro más, se encaminaron al campo de D. Vela.

La aurora estaba próxima á aparecer.

Los soldados infieles ocupaban ya sus respectivos puestos, y los del rey empezaban á formar en fuerte columna para principiar en breve su ataque, que debía ser decisivo para el reino.

Las descubiertas de uno y otro ejército salian á hacer sus reconocimientos, y los jefes de los dos bandos, montados en briosos corceles, corrian de un lado á otro dando órdenes y repitiendo instrucciones á fin de asegurar más segun sus planes el éxito de la batalla.

Los raptos seguan, como antes dijimos, su rumbo, en exacto cumplimiento de las órdenes que antes recibieron, eligiendo para ello el camino más corto que á sus posiciones conducia.

Ya en medio del bosque, y cuando se iba haciendo más fácil la senda que cruzaban, oyeron un confuso tropel de caballos que se dirigian en sentido opuesto.

Como de seguir la via que en su marcha trazaban debian por precision encontrarlos, y como la mision de que estaba encargado el servidor de D. Vela llevaba impreso el carácter de reservada, aquel quiso esquivar un encuentro que podia ser cuando menos inoportuno, y en su consecuencia, empezó á dar un rodeo, harto incómodo por la naturaleza del terreno, y largo por la inmensa curva que tenian que trazar.

Pero el asunto lo requería, y no quedaba otro recurso, ni se ofrecia más camino.

Así, pues, el que hacia de jefe picó espuelas en distinta direccion, y lo mismo hicieron los restantes.

El bosque por aquella parte era dilatado.

La vegetacion era tan lozana, espesa y frondosa, que para dar salida al llano habia tenido que abrir la mano del hombre una especie de sendero que desde cierto punto facilitase el paso hasta la extremidad.

Por este lado se encaminó la cabalgata, más cuidadosa al tenor que se desviaba de la ruta que antes siguiera, pues á su pesar aquel sitio estaba más próximo de lo que prudente era al campamento de los moros.

La luz del dia iba clareando el bosque.

Los soldados del rey avanzaban en silencio.

En rededor, solo se oia el murmullo de la brisa, que se deslizaba blandamente por entre las empinadas copas de los árboles.

Un rumor lejano, confuso, prolongado, armonizaba con los repetidos trinos y gorjeos de los pájaros, que anunciaban la venida del sol.

Aquel rumor era producido por las aguas del torrente inmediato.

Los raptos aligeraron en lo posible la marcha de sus corceles.

De pronto la voz de «alto,» la aparicion de un peloton de infieles, y la gritería y confusion que armaron arrojándose sobre ellos con furibunda rabia, hizo que detuviesen su marcha, quedándoles apenas tiempo para apercibirse á la defensa, que no podia ser muy formidable, atendido el número de los que atacaban, superior en gran manera á los de los guerreros de España.

Los soldados de D. Ordoño habian caido en una emboscada.

Su peligro era por demás inminente.

Con la brusca acometida de los infieles, los corceles se espantaron, encabritándose y dando fuertes y repetidos botes, que embarazaban más y más la posicion violenta de los cristianos, dando nueva ventaja á sus enemigos.

En medio de aquel laberinto de voces, de carreras y cuchilladas, el corcel que montaba Ildaura, más que los otros aturrido, ó menos castigado por el freno y el acicate de su dueño, emprendió una carrera desesperada, arrastrando á la asombrada dama á través de la selva, con la rapidez del pensamiento, y sin que ella supiera darse cuenta de la extraña aventura por que estaba pasando.

Dominada por el terror, ni acertaba á detener su caballo, ni se atrevia por otra parte á hacerlo, temerosa de caer en manos de sus raptos ó de los soldados de Mahoma. Ambas cosas le infundian un terror invencible, y preferia en su tremenda posicion todos los riesgos de lo desconocido, á una perdicion, á una desgracia peor para ella que la muerte misma.

Sosteniéndose en la silla más que por otra cosa por milagro, se dejó arrebatat en la fantástica carrera, que prosiguió el corcel por espacio de una hora, devorando el camino, erizada la crin, arrojando sangrienta espuma y cruzando con desesperado furor valles, caminos y dilatadas llanuras.

Al fin la naturaleza fué vencida; las piernas del veloz animal se entorpecieron, y sudoso y rendido, contuvo su marcha, acercándose pausa-

damente y como por instinto al primer edificio que se divisó en aquella extensa comarca.

Al llegar á él, el animal se detuvo, respiró con fuerza, é hirió el suelo con su férreo casco, cual si llamara á sus moradores.

Ildaura descendió al suelo; pero al obrar en ella la reaccion, el trastorno, la angustia, el terror debilitaron sus fuerzas; sus brazos se extendieron; vaciló su cuerpo... y cayó desmayada.

Las emociones experimentadas en tan poco tiempo, eran más fuertes de lo que resistir podia su fatigado espíritu. Su suerte, su porvenir, más que nunca dudoso y oscuro, obraron en ella una revolucion capaz de matar el espíritu más fuerte y decidido.

CAPÍTULO XXXVI.

De lo que entretanto acontecia en la corte.

En Oviedo tambien se dejaban sentir los acontecimientos, obrando en distinto sentido en aquellos á quienes bien ó mal, más de cerca interesaban.

Doña Munia, seguia en su sistema de atraer á su esposo por medio del cariño, de la reflexion y del consejo, si bien por su estado especial no alcanzaba el resultado que se proponia.

El rey, desesperado por el estado de su reino y sus amores, pasaba horas crueles, ya deseando victorias que no alcanzaba, ya buscando á su desconocida dama, que por ninguna parte parecia.

En cuanto á la corte, tambien presentaba un aspecto no comun.

Los principales personajes de ella se ocupaban de los asuntos del dia, corriendo voces y alarmas, que traian al vecindario en continuo desasosiego.

Solo un hombre, Helbrando, el confidente de doña Munia, se dedicaba á asuntos de verdadero y mayor interés, sin descuidar por ello el servicio de sus reyes.

Dispuesto como sabemos á salvar á toda costa á los nobles que con él conspiraron en la torre de Santiago, no descansaba para conseguirlo.

Amigo leal y servidor fiel de su soberano, no le preocupaban los asuntos de la guerra hasta tal punto, que le hiciesen prescindir del interés que inspirarle debia el porvenir de su patria, venturoso destruyendo el mal que dentro de la misma corte se arraigaba, y desdichado y fatal si continuaba preponderando la influencia del valido.

Queriendo allanarlo todo, al par que creaba y difundía la conveniente atmósfera en pró de doña Munia y sus parciales, procuraba averiguar qué suerte cabía á estos últimos, buscando medios para dirigirse á ellos y organizar de nuevo un plan, al parecer, enteramente abandonado.

Con cautela, perseverancia é interés consiguió lo que se proponía, y poco á poco reuniendo antecedentes y noticias, consiguió comunicarse con sus amigos, trasmitirles el verdadero estado de la situación, y hacerles saber que la voluntad de la reina era verles otra vez en su cámara, y no ocultos, fugitivos y humillados.

Después de algunas conferencias habidas parcialmente entre Helbrando y los nobles, una vez organizado de nuevo el plan de ataque respecto del válido, y el pensamiento noble y grande de libertar al reino de la vergonzosa tutela en que se le colocaba, y al rey, aun en contra de su voluntad, de la presión cruel é inexcusable en que le tenía sumido el conde, el leal confidente de doña Munia les indicó la conveniencia de presentarse en palacio, no ya cual rendidos y temerosos, sino satisfechos, contentos, tranquilos, porque aquel episodio no era más que una invención de D. Vela para verse libre de todos y de una sola vez, y él tenía la conciencia de que en la corte hacían suma falta, aun á trueque de que el mal aconsejado monarca les mirase con prevención.

Esto se convino, acordando que irían á palacio á ofrecer á los pies del trono su lealtad y sus espadas.

En efecto; al siguiente día todos juntos, y á la verdad en buen número, subieron á las habitaciones de los reyes.

Doña Munia sintió una profunda emoción al ver delante de sí á sus valerosos defensores, que ella creía para siempre perdidos.—Después de saludar al rey, que les recibió frío y ceremonioso, pusieron de acuerdo, resolviendo reunirse en las habitaciones mismas de palacio, para celebrar sus conferencias.

El estado de las cosas, y el mal ánimo de D. Ordoño respecto de D. Vela, hicieron creer á todos que aquella era la manera más sencilla y menos arriesgada de celebrar sus reuniones.

En su consecuencia así se acordó, despidiéndose todos hasta el siguiente día.

CAPÍTULO XXXVII.

Victoria por D. Ordoño.

—Adelante por Cristo;—decía Daniel á los suyos, que con esfuerzos supremos amontonaban en un punto determinado de la montaña cuantas piedras enormes y voluminosos pedazos de rocas encontraban á mano.—Pronto, pronto; acabad de desprender ese trozo de monte; apilad aquí esos troncos malditos, y preparaos á hacer vuestra obligacion no dejando en el valle un perro infiel. La aurora va á asomar, y con ella empezará la batalla. Bueno, valientes; ya basta; con lo prevenido teneis para dar buena cuenta de esa chusma. Ahora, que suban aquí los del bosque, guardando algunos de ellos los caballos, y bajad doscientos de vosotros hasta el final de ese barranco que llega hasta el campo de la morisma. Ocultaos bien, y aguardad en silencio hasta que yo os dé orden de atacar.

Acto continuo, veíanse en la montaña dos cordones de hombres en direcciones opuestas.

Los unos bajaban al valle.

Los otros subían á incorporarse con Daniel.

Ya iba á desaparecer el último de aquellos, cuando otro de sus compañeros, que á la carrera venia por distinto lado, lo detuvo, preguntándole en voz muy baja por el capitán.

—Míralo;—dijo el otro siguiendo su camino, ínterin su agitado interlocutor se acercaba á Daniel. Ya á su lado,—oid, capitán,—exclamó.

—¿Eres tú, bergante? ¿Cómo has desempeñado tu cometido?

—Como deseábais.

—El guerrero...

—Está á cien pasos de aquí.

—¡Oh!... exclamó Daniel mudando de color visiblemente: ¡está en mi poder!...—Y luego reponiéndose,—bien, añadió; vigiladle con cuidado; no os apartéis de él un solo instante; vosotros me respondeis de ese guerrero.

Poco despues se empeñaba el combate, atacando las tropas reales el boquete que servia de entrada al campo enemigo, con un furor desesperado, y con el arrojo natural en los soldados españoles.

El favorito del rey mandaba la accion, y en su rostro, en sus miradas, se advertia la ansiedad de que se hallaba poseído.

—Cargad, cargad hasta el último;—gritaba lanzando su caballo á la carrera y acercándose y animando á todos los tercios.—No aflojeis, firme, firme; que avancen más los ginetes, pues de este encuentro pende nuestra victoria. Á ellos, á ellos. ¡Bien; la primera fila ha penetrado en el campamento de los infieles! Avanzad, avanzad; un esfuerzo más, y la jornada es nuestra.

Y en efecto, nuestros soldados adelantaban; todas las fuerzas contrarias no eran bastantes á contenerlos; el mismo Muza tuvo que acudir acero en mano á parar aquella furibunda arremetida de nuestros corceles. Inútil empeño; el empuje era desesperado, y el primer tercio habia roto y penetrado por las filas sarracenas.

Visto por el general este espectáculo fatal para los suyos, mandó avanzar todo su ejército, cercando al atrevido escuadron cristiano.

Era de ver cómo se estrechaban los infieles en fabuloso número, para detener la marcha de un puñado de hombres, que hacian en ellos una atroz carnicería.

Era de ver tanto y tanto centenar de guerreros reunidos en un pequeño espacio, defendiendo y atacando aquella brecha fatal que apenas daba paso á veinte hombres de frente.

Los prodigios de valor se sucedian; pero tarde ó temprano los cristianos tendrian que ceder al número.

Conforme nuestros soldados deshacian una muralla de enemigos, otra más fuerte se formaba.

Vuelta á combatirla, y vuelta á aparecer de nuevo.

Aquella lucha tan desigual, no podia ser duradera.

D. Vela se desesperaba.

Creía ya una negra traicion la promesa del paje.

Pensaba que lejos de lo ofrecido, acaso se encontraría entre las tantas moras, aumentando su número para procurar su derrota.

Sin recordar él su conducta, acusaba de traidor á Daniel, y se proponía vengarse de él terriblemente.

Estas reflexiones hacia, cuando sus haces empezaron á sentir el cansancio de tan pesada lucha, y por lo tanto á ceder de su ímpetu primero.

El conde hizo oír su voz animando el valor de sus soldados.

¡Imposible! El número de enemigos los agobiaba; mataban muchos, pero sin resultado.

La desconfianza se apoderó de todos, é involuntariamente empezaron á retroceder.

—Ánimo, ánimo, ¡por Santiago!—gritaba desesperado el conde al ver claramente su derrota;—combatamos para morir, si no para vencer. ¡Ah!—exclamaba con ira observando el abatimiento de los suyos,—preferis que vuestro rey os llame cobardes, á disputar la victoria al enemigo; ¡por Cristo!...

Aquí llegaba, cuando un grito espantoso lanzado por los infieles, y un ruido infernal que del interior del valle salía, llamaron su atención al par que la de sus soldados.

Los de Muza volvieron instantáneamente sus armas hácia el lado opuesto, como si trataran de defenderse de un nuevo enemigo, y las voces de «¡traicion, traicion!» se escucharon distintamente.

Los cristianos veían caer á los infieles heridos por contrarios invisibles, y con sorpresa poco comun vieron oscilar en el aire rocas y maderos enormes lanzados con furia sobre sus consternados adversarios.

Ante tal espectáculo, lanzáronse los guerreros de España sobre los agarenos, con tal ardor y denuedo, que á poco lograron penetrar en el valle lanza en ristre y destruyendo cuanto se les oponía.

La lucha se hizo entonces sangrienta.

La matanza, espantosa.

Unos y otros se batían ya á la desesperada, sin ocuparse de defender sus vidas.

Los proyectiles seguían cayendo de la montaña y abriendo anchos círculos en las filas de la morisma.

Sin embargo, Muza lograba tranquilizar á sus gentes, y como estas eran muchas y aguerridas, la victoria se volvía á hacer muy dudosa.

Ya se iba regularizando la acción, cuando otro incidente inesperado vino á dar el rumbo definitivo á la batalla.

Una banda de foragidos, que tales parecían por sus trages, apostura y fiereza, atacaron por la espalda y de improviso á las haces mahometanas, al grito de «España, España,» cerrando con ellas cual una manada de hambrientos lobos.

Puñal en mano, sin órden ni concierto, mezcláronse entre los combatientes de tal manera, que á los pocos minutos, espantados los infieles, se pronunciaron en completa derrota, sin que á detenerlos bastaran los esfuerzos de sus jefes, el reducido número de enemigos, ni las enérgicas amenazas de su general.

En confuso tropel se desbandaron, terminando así una lucha en la cual creían momentos antes ser los vencedores, y cuya gloria cedieron á un puñado de valientes que supieron apoderarse de ella.

Los guerreros cristianos creyeron que solo la voluntad divina los salvaba de una situacion tan crítica y desesperada.

El conde D. Vela, por su parte, guardábase muy bien de revelar un secreto que queria hacer enteramente suyo.

CAPÍTULO XXXVIII.

El encuentro.

Una vez terminada la accion, el favorito recorrió sus tercios, y en buen orden, tomó posesion del valle y de las fortificaciones todas, precipitadamente abandonadas por Muza, que loco á su vez por tan imprevisto contratiempo, y observando que el del Carpio no habia parecido durante la batalla, empezó á creer que tal derrota era obra suya.

El favorito, una vez instalado en aquellos lugares, mandó á un ginete para que hiciese venir á su presencia á los que por la madrugada se encargaron de espiar á Daniel y apoderarse de Ildaura.

Por su parte, el paje, una vez terminada su empresa, voló al encuentro de los soldados que no tomaron parte en la refriega, preguntándoles con ansia por el guerrero que de su orden guardaban.

—Ahí está,—respondió uno de ellos, y bien desesperado por más señas, por la sencilla broma que le habeis dado. Jura y perjura que el nombre del terrible Hafsúm le es enteramente desconocido, y clama porque se le deje ir á sostener á la gente de Muza.

—Bien;—replicó el paje embozándose cuidadosamente en su manto; —guiadle á mi presencia, é id vosotros en seguida al bosque.

Á los dos minutos Bernardo y Daniel estaban solos y frente á frente.

—¿Sois vos el llamado Hafsúm?—Preguntó el primero.

—El mismo, infante.—Respondió el interrogado.

—¿Y me conoceis?

—Podeis comprenderlo; os distinguí ayer en medio de la batalla.

—Ignoro, sin embargo, dónde nos hemos visto, pues hasta vuestro nombre me es desconocido.

—No es extraño: encerrado en las prisiones del alcázar real de Oviedo, el nombre del bandido Hafsum, hoy tan formidable en estos reinos, no puede haber llegado á vuestros oídos.

—¿Y qué lazos pueden uniros á mí? ¿Por qué os permitisteis sorprenderme de una manera villana y sacarme de los reales de Muza?

—Es muy sencillo, infante; vos estábais con los infieles, y yo no podía hacer lo que me habia propuesto, defendiéndolos vos.

—¿Qué os proponiais?

—Derrotarlos.

—¡Vos!...

—Yo.

—De esa manera...

—Decid.

—¿Teneis un ejército?

—Sí, infante; tengo tres centenares de diablos, incapaces de hacer cosa buena.

—¡Os chanceais!

—Nada de eso.

—¿Qué lograreis atacando á Muza?

—Lo he atacado ya.

—Luego el estruendo de armas que há poco ha terminado...

—Sí; era el de la batalla.

—¡No os entiendo, por mi vida! ¿Qué batalla cabe entre las fuerzas que decis y las de Muza? ¿Ni qué puede resultar de ella?

—¡Oh!... poco á poco, infante; haced más honor á la bravura de mis soldados; de esa batalla puede resultar la derrota del ejército infiel, consiguiendo que los restos del ejército real se apoderen del campo enemigo.

—Eso es imposible.

—¿Lo dudais?

—¿Y qué he de hacer, por Cristo, más que dudarlo?

—Pues bien, subid conmigo y os convencereis de la verdad.

Y en efecto, ambos treparon hasta una eminencia, asombrándose el del Carpio al ver la realidad de lo que sucedia.

El valle estaba en poder de los cristianos, y en los muros y en las fortificaciones flotaba el estandarte de D. Ordoño.

Bernardo miraba alternativamente al valle y al desconocido que delante tenia.

—¡Imposible parece!...—murmuró al fin pugnando por adivinar lo que habia sucedido.—Pero sea como quiera,—exclamó despues irguiendo la cabeza y encarándose con su interlocutor,—vos me debeis una explicacion y vais á dárme la.

—Haré cuanto gustéis. *

—Necesito saber qué objeto os proponiais al sacarme del campamento.

—Es muy sencillo; queria justificaros ante el reino entero, devolviéndoos vuestros derechos perdidos por la ingratitud y perfidia de los reyes.

—Vos sabeis...

—Tanto como vos mismo.

—Vuestro interés...

—Es una obligacion sagrada.

—No alcanzo...

—Quería volveros la amistad de D. Ordoño.

—Por Dios que de nada me sirve, ni para nada la quiero.

—Lo comprendo; pero á lo menos, querreis obrar á vuestra libertad, y tener las facultades de que careciais.

—Y bien...

—Es la condicion que he impuesto para dar la victoria al soberano; á ese soberano que lo hubiera dejado de ser mañana; sus armas estaban vencidas, sus huestes deshechas, y Muza era desde hoy rey de España, á no terciar yo en la contienda.

—¡Vos!... ¡siempre vos!... ¿Pero quién sois... por Saldaña?

—Un hombre que os debe su vida, su porvenir, su ambicion; un hombre que por vos ha respirado, sentido; un hombre, en fin, á quien habeis modelado á vuestro antojo, haciendo de él lo que es y lo que puede ser. No más ficcion, infante, conocedme; ved mi semblante... soy yo... Daniel.

—¡Tú!... ¡mi paje!... Por Santiago... que no sé lo que por mí pasa; yo estoy soñando; acaso es ilusion de mi deseo; habla, di que no sueño, que estoy... pero... ya lo comprendo todo; ahora comprendo la derrota de Muza; con tu genio, tu corazon, tu brio, nada hay imposible, Daniel.

—¡Gracias al cielo, infante! Hartas lágrimas nos cuestan vuestras desdichas. Pero en fin, por fortuna cesaron, y habremos de olvidarlas, pa-

ra ocuparnos solo de vuestra felicidad. ¡Ah!... venid, infante; venid sin tardanza á dar la vida á quien sin vos no puede existir.

—¡Oh!... Ildaura...

—Está cerca de vos, os espera; corramos.

—Sí, Daniel; corramos en pos de una dicha completa; doce años há que soñaba con ella en el seno de un calabozo. ¡Ah!... doce años para perder hasta la última sombra de mi esperanza, y un solo instante para recuperarla con exceso. Pienso, Daniel, que voy á morir de alegría, que tambien mata la felicidad que no se espera. Corramos, amigo; corramos, que los instantes me parecen siglos.

Y los dos descendieron hácia la llanura llevando en el semblante la alegría, y rebosando dicha el corazon.

CAPÍTULO XXXIX.

El hombre propone...

Dijimos que el conde D. Vela mandó llamar á sus sicarios inmediatamente que vió el triunfo seguro y consideró que ya nada tenia que hacer para brindar al rey el mejor de sus triunfos, y para demostrar á la nacion entera que si por sus malas artes era aborrecido y menospreciado, por su buena estrella en la campaña que acababa de hacer, ofrecia un servicio de tanta importancia, cuanto que de su terminacion dependia el sostenimiento de sus libertades y de su independendencia.—Esto debia neutralizar las malas pasiones que en contra suya estaban encendidas, dándole por resultado si no el amor de aquellos que por instinto y con razon le odiaban, á lo menos el reconocimiento de los pueblos, que á él y á su victoria debian la conservacion de sus derechos, y el íntegro mantenimiento de su nacionalidad. El rey tambien contendria sus enojos, y su poder adquiriria la savia, digámoslo así, que ya le faltaba. Si echar no podia hondas raices, por lo menos le podia conservar por entonces, y hé aquí sus sueños, el afan que le consumia. Podia realizarlo y quedaba satisfecho. El porvenir no tenia para él significacion. Su vida, su deseo, su esperanza, estaban reasumidas para aquel hombre en lo presente.

Los hombres á quienes llamara, se le presentaron. Ellos debian darle la mejor de todas las noticias. Ellos debian haber realizado lo que significaba para él más que su grandeza, su favor con el rey, su triunfo sobre el agareno. Aquellos hombres debian proporcionarle la posesion de Ildaura.

Ya saboreaba adquisicion tan apetecida. Ya soñaba con una amorosa elucubracion encerrada en su pecho á través de los tiempos y de las vicisitudes. Ya creia contar los latidos de aquel corazon que jamás podia ser suyo; devorar las miradas de aquellos ojos nunca para él enamorados; escuchar el blando y suavísimo rumor de amantes frases que jamás para él se habian de pronunciar. Sus sienes latian; comprimiase su pecho; soñaba con las delicias de aquella amorosa manía, y la fiebre que le embargaba hacia que se dibujasen en su frente todos los movimientos, los deseos, los impulsos que agitaban su infernal espíritu.

Apenas divisó á los soldados, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Acertásteis con el nido?

—Sí, señor conde,—le respondió uno de ellos.

—¿La dama...?

—Estaba en él, aun cuando no con el traje que le correspondia. Estaba disfrazada de paje.

—¡Ah!... pero es igual. ¿Se hallaba sola?

—En la casa sí, pero cerca de ella velaba un soldado...

—¿Os estorbaba?

—Y mucho.

—Debísteis...

—Quitar el estorbo.

—Exactamente.

—Eso hicimos, señor conde.

—Despues...

—Nos apoderamos de la persona que nos indicásteis.

—¡Magnifico!—exclamó lleno de júbilo D. Vela poniéndose de pié, mirando hasta con amor á aquellos hombres.—Os portais como quien sois, y vive el cielo que mi recompensa será tal que complete vuestra fortuna.

—¡Oh!... aún no, señor conde; cierto que vuestras órdenes fueron fiel y exactamente cumplidas; pero lo dicho hasta aquí no es todo, y falta...

—¿Qué falta?

—Lo principal.

—¿No os apoderásteis de ella?

—Sí, señor... pero...

—¿No inutilizásteis el único inconveniente que contrariaros podia?

—Sí, señor... pero...

—¿No llevásteis á cabo la empresa en la oscuridad de la noche y sin testigos?

—Sí, señor... pero...

—Entonces...

—Entonces fué cuando el plan fracasó.

—¿Qué decis?

—La verdad, señor conde.

Tornáronse pálidas las mejillas del privado; sus ojos inmóviles querían penetrar y leer en el fondo de aquellos instrumentos de su infamia; sus manos se cerraban á impulsos de una contraccion nerviosa, y las palabras espiraban en sus labios.

—Es decir...—murmuró.

—Que cuando ya el asunto estaba terminado, en nuestro poder la dama, y todos en camino del campamento, vino á sorprendernos un escuadron de lanzas enemigas, un formidable peloton de ginetes moriscos, que acorralándonos y deshaciéndonos, nos obligaron con tanto disgusto como vergüenza á abandonar nuestra presa, poniéndonos en el caso fatal, como veis, de no poderos dar ni aun noticias de lo que de esa persona ha sido. En el calor del combate desapareció como por encanto, sin que todo nuestro cuidado y nuestras pesquisas hayan sido bastantes á descubrir sus huellas.

El conde quedó petrificado.

Apenas acertaba á darse cuenta de lo que oía.

—¡Pérdida!—exclamó al fin.—¡Pérdida, cuando tan sencillo parecia hacerme dueño de ella!

En el acto y sin más preguntas despidió á sus hombres.

Calculó que desbaratado su proyecto, Ildaura no permanecería un instante siquiera en aquel pais. Comprendió que, segura con el amor del rey, se dirigiria á Oviedo con el objeto de prevenir las asechanzas que preparársele pudieran.—En esta firme creencia, y más empeñado que nunca el favorito en resolver de plano una cuestion que tantos sinsabores le costaba, decidió dar alcance á la fugitiva, apoderándose de ella antes de que llegara á la capital. Á este fin llamó al más autorizado de sus capitanes y le ordenó que marchase sobre el enemigo, persiguiéndole incesante hasta verle pasar la frontera. Ínterin él, con el mayor secreto, sin revelar á ninguno lo que proyectaba, y acompañado únicamente de doce soldados de su entera confianza, montó á caballo y se lanzó á toda rienda en direccion de Oviedo.—¡Empeño inútil, recurso ineficaz! Al emprender lo que para él constituia su mayor deseo, lograba únicamente excitar más y más un sentimiento ya por cierto exagerado. Al correr en pos de Ildaura, falto de razon, ébrio, frenético, no

hacia más que aumentar la angustia de su alma, dando vida y calor á una pasion tan criminal é insolente como imposible y arriesgada.

Su situacion, su estado, el odio que aquella mujer le profesaba, el amor del rey, los recelos que en su corazon se habian despertado, todo colocaba al conde en los mayores compromisos, formando un problema del cual dependia su honra, su porvenir, su vida.

El, sin embargo, prescindia de las contrariedades, de los peligros, de la fatalidad, para reasumir en su tenaz obcecacion cuanto podia guiarle á la satisfaccion de su deseo.

Dejémosle, pues, bajo esta presion, caminando rápidamente hácia Oviedo, y volvamos nosotros al teatro de la guerra, donde acontecen pequeños, pero interesantes y preciosos detalles que hay que tener en cuenta para el curso de nuestra verídica narracion.

El ejército de Muza ganaba la frontera en marcha forzada. Los restos de sus huestes aguerridas, que restos podian llamarse atendidas las considerables pérdidas que habian tenido, se retiraban en el mejor orden que podian guardar, dadas las condiciones en que se encontraban.

El jefe que interinamente quedó mandando las fuerzas españolas, queriendo cumplir y observar exactamente las órdenes de D. Vela, marchó en persecucion del agareno, picando su retaguardia con la más sangrienta insistencia durante muchas horas.

Esta continuacion, este episodio de la batalla fué tambien fatal para Muza, pues durante los repetidísimos ataques que tuvo que sostener hasta abandonar la tierra de España, vió diezmar á sus soldados, rasgar sus estandartes, perder sus pertrechos, é inmolar tal vez impunemente muchos escuadrones, presas ya del pánico más horrible, é incapaces por lo tanto de defenderse.

Lo que momentos antes era un campamento lleno de guerreros, cubierto de andaluces corceles, animado por el belicoso estruendo de los marciales instrumentos, agitado por las maniobras de la infantería, por las carreras de vistosos y ligeros escuadrones, trocábase en breves instantes en un campo de destruccion y soledad, lleno de cadáveres, de armas, de trofeos. El más imponente silencio; el entrecortado suspiro del moribundo; el águila meciéndose sobre aquellos montones de hombres; el buitre sepultando sus aceradas garras en un pecho donde poco antes latia un corazon noble y valiente; el arroyo con sus blandos murmullos; el torrente con su estruendo portentoso; las flores salpicadas de roja sangre... todo se unia y agrupaba para venir á componer el cuadro más triste, más angustioso, más desolador. En aquellos parajes donde

todo yacia por tierra, donde se contemplaba á la creacion humillada por la cruel é injustificada voluntad de dos razas enemigas, solo dos hombres, dos tan solo respiraban y existian; únicos seres que la vista alcanzaba; excepcion asombrosa entre tantos millares de víctimas.

Con una velocidad increible, con la expresion más marcada de ansiedad é impaciencia, llegaron á una pobre cabaña que ya conocen nuestros lectores.

Al aproximarse á su puerta, á la sazón entornada, ambos se pararon como temerosos de salvar el dintel.

—¡Oh!...—dijo uno de ellos.—Mi corazon desfallece; toco la felicidad, y tiemblo ante ella como ante un peligro desconocido. La considero cerca de mí... y no obstante, me parece ilusion, mentira, el poder alcanzarla.

—Preocupaciones, señor, hijas sin duda de vuestras pasadas desgracias. Para vos principia hoy la tranquilidad, la dicha, y debeis aprovecharla sin recelo, sin incertidumbre. Vamos, un paso más; la mujer que os adora, está allí; necesita de vos tanto como de su vida. ¡Si supiérais cuánto ha sufrido! ¡Si supiérais cuánto os ama!

—Sí, sí; me ama con el delirio que tambien la amo yo. ¡Pobre Ildaura!... Sola, abandonada, sin familia, sin fortuna, sin otro norte que mi amor, sin otro apoyo que mi brazo; sin otra esperanza que mi cariño... ¡cuántas penas habrá devorado! ¡Cuántas lágrimas habrán vertido sus ojos!

—Señor... que recuerdeis os ruego...

—Tienes razon; sé lo que vas á decirme, sé que mis palabras han ido á herir tu noble corazon. Ella no ha estado sola, es cierto; la has sostenido; has sido acaso el móvil principal de su fortaleza, de su resignacion; pero ¡ay!... ¿quién puede darle la felicidad, la calma, la confianza, más que el hombre que como yo la adora?

—Decis bien; pero creed que he hecho cuanto he podido...

—¡Quién lo dudará!...

—Acabemos, señor; demos en un solo instante á ese afligido espíritu el consuelo que necesita tras doce años de tormento.

Y se acercaron más.

En la cabaña no se oía ni el más leve rumor.

—¿Dónde estará?—Se preguntaron.

Con el cuidado posible, ambos procuraban distinguir el interior de aquella humilde morada.

En vano. Nadie habia en ella.

El rostro de uno de ellos se tornó pálido.

El otro se aproximó aun más.

—Nada se oye; á nadie se distingue. ¿Habrá salido?

—No,—replicó el primero;—durante mi ausencia, ella permanece siempre aquí. ¡Oh!... ¡qué cruel incertidumbre! Entremos.—Y los dos penetraron en la choza.

—¡Ildaura! ¡Ildaura!...—gritó uno de ellos con un acento que explicaba su afán y su impaciencia. Pero sus voces se perdieron en el silencio que por todas partes reinaba.

—¡Ildaura!—¡Señora!—Volvieron á exclamar simultáneamente los dos. De nuevo sus ecos llenaron aquel pequeño espacio, sin obtener contestación.

—¿Qué es esto? ¿Dónde está Ildaura?

—¡Señora! ¡Señora!—Gritó ya el otro con toda la fuerza de sus pulmones abandonando la cabaña y dando algunos pasos hácia el bosque.

De pronto sus ojos se dirigen á un objeto: queda inmóvil; crispáanse sus manos; se adelanta, y lanza un grito de asombro y de terror. Á sus piés yacía un hombre sin vida; en su pecho se veían dos anchas y profundas heridas, por las cuales aún brotaba sangre.

—¿Qué sucede?—prorumpió su compañero al oír aquel grito desgarrador; expresión inequívoca de alguna cosa grande, tremenda.

—¿Qué sucede?—Volvió á preguntar.

El interrogado, por toda respuesta, le mostró el cadáver que á sus piés tenía.

—Y bien, ¿qué explica...?

—Explica, señor... que la obra de la iniquidad se ha consumado; indica que una maldición eterna pesa sobre nosotros; indica que el objeto que buscamos no está aquí.

—¡Oh!... ¿Qué dices?

—La verdad. La angustia que oprime mi pecho; la agonía que abruma mi alma... os lo dicen... ¡vive Dios!...

—¡Ella!... ¿Y dónde puede estar? ¿Qué puede haber sucedido?...

—¡Y no lo presentis!...

—¿Piensas acaso?

—No me cabe duda.

—Tal vez el privado...

—Es el autor de esta infamia.

—¿Sabía él acaso?

—Pudo sospechar que estaba aquí, conmigo.

—¡Ira de Dios! ¡Si fuera cierto!...

—Pronto lo sabremos.

—¡Á caballo, á caballo, y marchemos en busca de ese infame! Si tu sospecha es cierta... yo te juro que de una vez para siempre conocerán quién yo soy.

Al concluir estas frases, ya entrambos cabalgaban. Uno de los dos aplicó á sus labios un silbato que produjo un estridente sonido. Como por encanto se vieron rodeados de una crecidísima tropa, dispuesta á todo y para todo prevenida.

—Esta gente...

—Es mi ejército, señor; ejército que os aseguro que destruirá el palacio real cuando os viniera en mientes. — Á escape, — prosiguió dirigiéndose á los otros, — y estad prontos á entrar á sangre y fuego en el campo real.

Partieron.

Al dejar el bosque y dar vista al campamento y posiciones que ocupaban hacia poco los tercios enemigos, se detuvieron asombrados. La soledad más absoluta, el más completo abandono se observaba en ellos.

Á lo lejos, muy lejos, una espesa polvareda indicaba la marcha de un ejército.

—¡Allí están! — exclamaron nuestros dos caballeros; y aplicaron á sus corceles las espuelas.

El lector habrá comprendido, que los dos guerreros, no eran otros que Bernardo del Carpio, y su antiguo paje.

CAPÍTULO XL.

Un enemigo tenaz.

Volvamos á Oviedo, y ocupémonos de un personaje al cual hemos abandonado con harto sentimiento, no obstante que sus condiciones le colocan en preferente lugar en nuestro relato.

Hacemos referencia á D. Santos.

Desde la malograda conmocion, que él más que ninguno, ó tanto como el que más habia procurado promover, estaba desesperado, aburrido de sí mismo, y luchando con su impotencia y con la imperiosa necesidad de su venganza.

En la imposible realizacion de sus proyectos encontraba un tormento insoportable; y á toda costa, bajo cualquiera forma, fuera el que quisiera el medio, él buscaba, queria, contemplaba indispensable acabar con su mortal enemigo.

La existencia de aquel hombre no aceptaba más que un punto de partida, no podia avenirse más que á una terminacion; el total exterminio de D. Vela.

Solo á este fin se dirigian sus pensamientos, sus desvelos, sus recursos. Solo vivia para odiar, y odiaba para alcanzar su eterno deseo.

Agotados sus intentos, infructuosos por entonces sus proyectos, buscaba con la fé perseverante de aquel que sabe concretar su vida á un solo fin, el modo y la oportunidad de alcanzar lo que queria.

No pudiendo desplegar el sistema de fuerza, revolvía en su imaginacion la forma de exterminarle en secreto, pero con seguridad.

Su honra mancillada necesitaba mancillar á su vez la honra de su enemigo; amargada su existencia, le era indispensable rodear de tormentos la del conde. Sin ilusion, sin esperanza, sin porvenir, no veía ni soñaba otra cosa que la más negra y desgarradora amargura para su enemigo.

Tal era la situacion, el propósito de D. Santos en el momento á que nos referimos.

Midiendo á grandes pasos una de las habitaciones de su casa, repasaba y escogía los golpes que con mejor éxito pudiera asestar.

Conseguir que el rey le destruyese, era en aquellos instantes de lucha y de peligro, punto menos que imposible.

Aplazar la cuestion para más tarde, valiéndose de las intrigas y miserias palaciegas para lanzarle en el abismo, era dar treguas á un asunto que para él no admitía dilacion ni espera. La figura del privado podia elevarse otra vez sobre su pedestal; sus victorias y hechos de armas podian fascinar y adormecer al pueblo, dispuesto por lo comun á adorar y á rendir culto al último ídolo que se le ofrece; el rey podria olvidar por agradecimiento lo que hasta entonces por un movimiento de indignacion y desconfianza veía, y en tal caso... él podia convertirse en la víctima de aquel ser aborrecido; podia llegar á ser estéril é irrealizable el propósito á que con toda su alma estaba consagrado.

En tal concepto, se decidió á hacer una prueba, para la cual poseía el principio de un secreto, la sombra de una sospecha, la vislumbre de un misterio que para sus planes podia ser grande y fecundo.

Su resolucion debió ser completa, por cuanto en el acto se dirigió á su cuarto, se cubrió bien con su ancho tabardo, y salió á la calle haciendo rumbo hácia el palacio del favorito.

La noche habia cerrado. La luz de la luna se desvanecía á través de las densas nubes que se iban agrupando. Las calles estaban desiertas, y solo nuestro caballero atravesaba por ellas.

Llegó donde se proponia, y se ocultó lo mejor que pudo en el portal que estaba enfrente de los balcones de la fachada principal del palacio.

Pasó una hora, y nada vino á turbar la calma, la soledad y el silencio.

D. Santos siguió impassible en su puesto.

Pasó otra hora, y al fin de ella se oyó un ligero ruido en los balcones de la casa. Uno de ellos se abrió, y D. Santos pudo distinguir la forma de una mujer, aunque sin conocerla. Despues de algunos instantes, se escuchó distintamente el rumor de un suspiro, el balcon volvió á cerrarse, y todo quedó de nuevo en silencio.

Entonces nuestro rondador salió de su escondite y tomó otra vez el camino de su casa, murmurando casi ininteligiblemente:—El galan faltó esta noche; pero lo indudable es que existe, y por mi fé que este asunto ha de costar la vida á ese infame. Honra por honra, yo destruiré la suya, pero de manera que ni remedio admita, ni esperanza le deje.

Y á su cabeza febril, se agolpaban cien y cien proyectos á cual más desesperado.

Todos y cada uno de ellos, solo tenían un norte, un propósito, un fin: el exterminio; la destruccion; la venganza.

CAPÍTULO XLI.

La incertidumbre.

Mejor aún que el rey; mejor que sus más encarnizados enemigos, comprendia doña Luz la apurada y difícil situacion de D. Vela. Una vez interesado en ello no su amor, su cariño, ni siquiera su simpatía, sino su amor propio, la estimacion de su nombre, puesto que mal ó bien llevaba el de su marido, nada pudo evitar ni impedir que con ese instinto especial, con esa incomparable comprension, con ese exquisito acierto que guia por lo comun el ingenio de las mujeres, se explicara á sí misma todo lo que se exponia, todo lo que pasaba, y todo lo que se podia esperar.

Para ella el desenlace estaba conocido, y más ó menos tarde debía acabar su influencia, su poder, su fortuna; todo esto veia doña Luz, aunque sin atreverse á pensar el fin que tras de todo aquello esperaria al que por espacio de mucho tiempo habia sido el verdadero rey de España. Sus deducciones cesaban allí donde entreveia la fatalidad, y á pesar de su horror, de su resentimiento, de su antipatía, temblaba por el porvenir de aquel hombre, á quien de hecho consideraba completamente perdido.

Al contemplarse tan sola, tan desdichada, formaba un paralelo entre lo que era su vida y lo que pudo ser.

Este nuevo giro de sus ideas, hizo asomar las lágrimas á sus ojos.

¡Lo que era! ¡Lo que pudo ser! Hé aquí la historia de la humanidad. En estas dos frases se encierra por lo general la dicha ó la desgracia, la

calma ó la desesperacion, la ventura más incondicional ó la infelicidad más absoluta.

Entre lo que pudo ser y lo que es, existe siempre un exceso de dolor, una falta de compensacion, un vacío, que rara vez satisface á aquel que repasa las vicisitudes de su vida.

Doña Luz pensaba, aun en contra de su deseo, en el destino que á su amor cupiera. ¡Cuánta felicidad pudo alcanzar, y cuán desgraciada se sentía!

La imágen de un hombre querido, de un hombre formado para ella, se le aparecía; y á su pesar, su ilusion, su deseo, su esperanza se lanzaban impetuosamente en pos de él, crecía y tomaba grandes, incomparables proporciones, y al formar el paralelo entre la suerte que le estaba reservada y la que aquel hombre podía depararle, su dolor y su arrepentimiento rayaban en lo infinito.

Aquel hombre, aquella ilusion, aquel sueño fascinador, era Daniel; D. Sancho, como ella le entendía.

Le amaba con todo el ardor, con todo el entusiasmo, con toda la fuerza que ya conocemos; y sin embargo, en aquellos instantes doña Luz estaba celosa. ¡Pero qué celos!... Bien podian llamarse temor de ser olvidada.

Pasaban los dias sin verle, y aquel amante ingrato, aquel amante cuyas palabras sin discusion convencian, cuyas miradas se imploraban y á cuyo fuego nada resistia, ni se ocupaba al parecer de ella, ni la daba la más pequeña noticia de su existencia. ¿Qué habia sido de él? ¿Qué podia motivar tan repentina ausencia? Sabia que le adoraban, y era ingrato; sabia que el conde D. Vela estaba ausente de Oviedo, y sin embargo, no aprovechaba la ocasion de verla, de hablarla, de repetirla su amor. ¿Pesaria sobre su amante alguna desgracia? Ella recordaba que hacia poco la indicó D. Sancho su delicada posicion en la corte de España; que la habló de temores por su libertad; que la repitió que crueles é implacables enemigos amenazaban su vida. ¡Ah! de acontecerle una de las dos cosas, doña Luz perdería el juicio.

Tranquilizábala un tanto la idea de que siendo su amante un apuesto y principal caballero (que aun su posicion y origen ignoraba), hasta sus oidos hubiera llegado un suceso que alguna impresion pudiera ocasionar en la ciudad. Pero esta deduccion se destruía ante un argumento que en aquel momento asaltó su memoria. ¿Habria perecido en el motin que tuvo lugar no hacia mucho? Esta desgracia seria superior á sus fuerzas, irresistible para la hermosa dama.

En la lucha de tan distintas emociones, entre la necesidad de una esperanza y el dolor de su incertidumbre, pasaba doña Luz uno y otro dia.

Entretanto, ni sus fervientes votos por ver al hombre amado se realizaban, ni su ansiedad y martirio cruel disminuian.

Esperaba y esperaba siempre en vano, cual el triste cautivo que sueña con su redencion; cual el náufrago que distingue la orilla sin lograr alcanzarla; cual el peregrino que sediento y fatigado en los ardientes arenales del desierto, no acierta á calcular el término de su viaje.

CAPÍTULO XLII.

Misterio.

Bernardo del Carpio y su antiguo paje corrían entretanto á rienda suelta, ansiosos de alcanzar al ejército real.

Con efecto, despues de dos horas de rápida y no interrumpida marcha, llegaron al sitio en que las fuerzas hacían alto para reponerse con el descanso de algunos instantes, y seguir despues la persecucion de Muza.

Nuestros caballeros preguntaron con viva ansiedad por el privado, pero con asombro oyeron decir que este se había separado del ejército, ignorando todos el rumbo que hubiera tomado.

El estupor que produjo en ellos tal noticia fué completo, y la sospecha de que todo aquello tenía algo, tal vez mucho que ver con la desaparicion de Ildaura, se hizo más viva. Convencidos de que lo que les decían era verdad, consultaron lo que debían hacer, decidiendo volver grupas y dirigirse á Oviedo.

Hiciéronlo así, y efectivamente llegaron á la capital sin que nada viniera á indicarles ni el camino que el conde había seguido, ni la suerte que á la dama caberle pudiera.

Al mismo tiempo que ellos entraban en Oviedo, D. Vela se apeaba á la puerta de su palacio.

Dando alguna tregua al dolor y al coraje que sentían, y á la violencia é incertidumbre en que la desaparicion de Ildaura les colocara, Daniel y Bernardo entraron en explicaciones, que el primero tenía necesidad de dar, y el segundo deseaba ardientemente oír.

Daniel refirió lo que en los doce años de prision habían hecho, los

azares por que habian atravesado, y los riesgos sin cuento que habian corrido. Contó tambien la historia de D. Íñigo, sus resentimientos con el rey y la corte, sus desengaños, la traza á que habia apelado para ocultar su existencia á la vez que para hacerse temible, su muerte, y la herencia que de sus elementos y su fortuna les habia tocado.

—Desde vuestra desaparicion de la corte,—decia Daniel,—cuando todos creian que habiais muerto víctima de la villanía y traicion del conde, D. Íñigo, conocido por amigo y parcial vuestro, fué perseguido y humillado de la manera más cruel, negándole hasta el más justo de los derechos que concederse deben al último pechero. Exasperado por tanto rigor, y seguro de que el odio del conde se dejaria sentir por completo en la ocasion primera, determinó ponerse á salvo, pero siempre con el propósito firme de exterminar á su enemigo. Á este fin se fingió bandidero; formó un pequeño ejército; desmembró para ello una buena parte de su fortuna; adoptó el nombre de Hafsúm, y desde entonces no hubo tregua: se sucedieron los combates; se atizó la discordia de los partidos; se atemorizó al rey; se precipitó la guerra civil, y no se disfrutó en el país ni un instante de paz.

El infante oia á Daniel con la mayor atencion.

—De manera,—dijo,—que esas gentes que te rodean...

—Son los restos de las antiguas huestes de D. Íñigo. Puesto yo de acuerdo con él, y en la mejor inteligencia para valerme de sus propios elementos en bien de mi señor, necesitaba verle con frecuencia entre sus mismas gentes. Para no dar que sospechar y hacer que apareciera justificada nuestra conducta y continuos conciliábulos, presentéme á aquellos hombres como su segundo, haciéndome reconocer de ellos cual superior y jefe. Al morir, dispuesto y decidido como él lo estaba á influir poderosamente en vuestro favor, dejó á mi señora lo que restaba de su fortuna, nombrándome á la vez capitán de la falange que habeis visto, capaz de entrar á sangre y fuego en Oviedo, si tal es vuestra voluntad.—Ahora, señor, pues sabeis la situacion en que nos encontramos, vos direis lo que debemos hacer.

—¡Oh!... No lo sé. La incertidumbre me ahoga. Yo quisiera acabar de una vez con todo, vengando los ultrajes de mi raza, y castigando al mismo tiempo las injusticias del rey y los crímenes del privado. Pero esto es en las actuales circunstancias imposible. ¡Ildaura!... ¡Ah!... Mi pobre y desgraciada Ildaura necesita nuestros auxilios, y ante todo debemos ocuparnos de ella. Ordena á tus hombres que se oculten bien, y veamos entretanto nosotros lo que es de tu señora.

Hizo Daniel lo que Bernardo le decia, y despues cada cual se retiró á su aposento con el fin de buscar algunos instantes de reposo.—Empeño bien inútil; su agitado espíritu no les dejaba un solo minuto de quietud ni sosiego. La materia se rendia; pero el pensamiento, agitado siempre, solo les dejaba ocasion de calcular sus desdichas y la manera de remediarlas.

Daniel ni siquiera ocupó su lecho.

Cruzando la estancia á grandes pasos, volvía y revolvía en su mente las rarísimas circunstancias de la desaparicion de su señora, y calculaba, aunque en vano, los medios de que podría valerse para descubrir alguna luz sobre el particular.

En estas dudas, aceptando y desechando recursos, pasó una y otra hora.

De pronto se paró, dióse una palmada en la frente, y cubriendo su cabeza con el casco de batalla, y embozándose despues hasta los ojos en su manto, salió á la calle y se dirigió al palacio de D. Vela.

La noche era fria y oscura.

Apenas se distinguían los objetos, aun á muy poca distancia.

Nuestro caballero se puso á pasear delante de los balcones, sin reparar que en un portal inmediato se ocultaba otro hombre.

Despues de pasada media hora, uno de los balcones se abrió, oyéndose distintamente la exclamacion de una mujer.

—¡Ah!...—dijo;—¿sois vos?

—Sí, doña Luz.

—Pasad.

Y á los pocos momentos estaba Daniel en el mismo elegante y lujoso aposento que ya conocen nuestros lectores.

—¡Vos, D. Sancho!... ¡Vos en esta casa, despues de tan larga ausencia! Mentira parece que seais tan ingrato.

—¡Ingrato!—Yo aceptaría vuestras quejas por mi ausencia, doña Luz, y las aceptaría con doble orgullo, toda vez que ellas revelarían vuestro amor y vuestro sentimiento por no verme. ¡Pero llamarme ingrato! Suponer que pueda serlo el hombre que os ama con toda su alma, es injusto y cruel.

—Si me amáis como decís, D. Sancho, sabrías apreciar mi cariño, mis sacrificios, y no me haríais sufrir el tormento de vuestra ausencia, ni el temor que por vuestra suerte he pasado.

—Bien, señora; yo agradezco cual merece ese cuidado, ese interés. Pero oidme un instante, y comprendéis que sin razón estais ofendida, y que yo sin culpa os he faltado.

Daniel la contó entonces su precipitada y forzosa expedicion, la campaña que acababa de terminar, aunque ocultándola como era natural la forma en que la habia hecho. Refirióla los sinsabores y amarguras que habia experimentado, y concluyó por demostrarle que su primer cuidado al regresar á Oviedo habia sido ofrecerla su amor.

—Segun eso, hace poco que estais en la capital;—interrogó doña Luz.

—Solo algunos instantes; pero tal era mi afan por veros, que ni aun me he despojado de mi trage de guerra.

—¡Oh!... gracias; me dejais en lo posible satisfecha; no veais en mis palabras otra cosa que la pasion que las inspira, y el hondo pesar que me embarga al presentir que puede llegar un dia en que me olvideis.

—Eso nunca, hermosa doña Luz. Nunca, porque para que semejante cosa aconteciera, necesitaria dejar de latir mi corazon, y de discernir mi mente. Este amor puro, grande, noble, que siento por vos, se conoce una sola vez en la vida; se siente para no olvidarle nunca. Este amor será tan consecuente como duradero, y tan inquebrantable como la fé que en vos deposito.

—No ignorais que está bien guardada, D. Sancho. Virgen mi corazon, sabeis que por nadie habia aún sentido. Entregada de por fuerza á otro hombre, dueño fué de mi mano, pero jamás de mi alma, que vagaba libre en el vacío, huérfana y sola, sin una emocion, sin un deseo, sin un sueño de felicidad. Mi primer amor ha sido mi primer delito; el encontrar lo que en vano he deseado hasta aquí, ha constituido mi primera falta. Ved si en una mujer honrada, que por solo su amor olvida sus deberes, que por solo su amor pisa y afrenta su nombre, estará segura vuestra fé y guardado vuestro cariño.

—Sí, mi adorada doña Luz; sé que todo es verdad, y por esta razon soy vuestro sin condiciones. Probad en lo que yo os aprecio; pedidme insuperables sacrificios; disponed de mi voluntad, y vereis si yo sé idolatraros, vereis si vuestra pasion puede exceder á la mia. Pero dejemos esto y habladme de vos. Decidme qué ha sido de vuestra vida durante mi ausencia.

—¡Oh!... ¡Mi vida! Mi vida, D. Sancho, es siempre triste.

—¡Siempre!...

—Excepto cuando estais á mi lado.

—Vuestro esposo...

—Partió como sabeis á la Rioja, y no he vuelto á saber de él hasta que de nuevo regresó.

—¿Qué decis? ¿D. Vela está en Oviedo?

—Sí, llegó hoy. Como siempre misterioso, original como de costumbre; una vez derrotado el agareno, se apartó del ejército, y se dirigió á la capital.

—Pero ahora...

—Está en el alcázar; acababa de partir cuando llegásteis vos.

—¿Y cómo al terminar una batalla, cuando apenas el ejército invasor repasa las fronteras, cuando aún pudiera sobrevenir un desastre, abandona su puesto y deja en grave riesgo á sus soldados?

—Nada sé.

—Su conducta es particular.

—Y tanto.

—El rey, quizá desaprobará lo hecho por el conde.

—El rey acaba siempre por dar la razón á mi marido.

—Esa es precisamente la desgracia del privado.

—Decis bien. Yo preferiría que al rogarle á D. Ordoño por consejo vuestro que alejase á mi esposo de la corte, hubiera cumplido lo que me ofreció.

—En aquellas circunstancias se salvó por un milagro; quiera Dios que en lo sucesivo pueda yo velar de igual manera por su vida. ¡El conde, el conde! En ese fondo misterioso nadie es capaz de leer; pero es lo cierto que no sigue el buen camino...

—¡Oh!... me asusta esa idea. Me asusta, y sin embargo, comprendo que es una gran verdad cuanto me decis. Su semblante, sus palabras, hasta sus sueños... encierran cosas que ni me sé explicar, ni siquiera, os lo juro, comprender.

—Yo no alcanzo...

—En el momento de llegar, y á los pocos instantes de estar á mi lado, se encerró en su aposento. Yo habia observado su semblante decaído, sus inquietas miradas, sus palabras, expresion viva de la más incomprendible distraccion; pero lo atribuia todo á los dias de trabajo y pesadumbre por que acaba de pasar. Sin embargo, al pasar yo de uno á otro aposento le oí hablar...

Doña Luz se detuvo.

—Continuad.

—Le oí, y por un instinto de curiosidad me detuve, y escuché. ¡Ay!... ¡Pluguiera al cielo que no lo hubiera hecho! Mi angustia se hizo mayor, mi zozobra más cruel, mi incertidumbre más terrible.

—Me asustais, doña Luz.

—¡Si vos supiérais!...

—Proseguid.

—Tal vez no encontrareis explicacion á sus palabras.

—Pero si tanto misterio encierran... ¿por qué sin comprenderlas os alarmais?

—Porque... porque allá en su fondo, D. Sancho, encuentro una cosa que, aunque inexplicable, me aterra. No es mi amor, ya lo sabeis; no mis celos, no mi interés; sino la estimacion de su nombre, que es el mio; su desgracia, que á mí me afecta; su deshonra, que á mí se hace extensiva, es lo que me hace temblar; es lo que me hace más desgraciada... si aún más lo puedo ser.

—Decidme, doña Luz, decidme esas frases que no entendeis; acaso yo...

—Pues bien: su situacion al parecer era angustiosa; hablaba de remordimientos, de traicion, de amores; culpaba á su mala estrella del mal desenlace que habia tenido no sé qué proyecto en el cual cifraba su eterna ventura; apostrofaba al rey; se encolerizaba, maldecia... ¡ah!... no os podeis figurar qué frases, qué desesperacion, qué presentimientos cruzaban por su mente. Yo creí que su juicio se perdía... que su inteligencia habia sufrido un hondo extravío.

Excusamos decir la ansiedad con que Daniel escucharia el relato de la dama. Fijos sus ojos en ella, pendiente de la más sencilla frase, temblando y queriendo comprender á través de tan entrecortados conceptos los más pequeños detalles de la historia que por entonces le preocupaba, Daniel no respiraba, y pudiera decirse que hacia paralizar hasta los latidos de su coraron.

—Continuad, continuad, por favor, exclamó, al ver que de nuevo vacilaba la dama.

—Nada más pude comprender que lo que en conjunto os he dicho; despues volvió á salir, dirigiéndose al alcázar.

—¡Oh!... No hay duda, no hay duda. ¡Esa desaparicion, ese disgusto, ese trastorno!...

—¿Acaso sabeis?...

—Sí; pudiera ser que yo interpretara los actos de vuestro esposo.

—Contad, decid...

—No; no es posible en este momento; necesito...

—¡Oh!... Hablad, por compasion.

—No puedo, doña Luz. De sospechas no pasan lo que yo juzgo, y no quiero aumentar vuestra zozobra con indicaciones que tal vez no tengan nada de positivas ni de reales.

—No, no; vos sabeis la verdadera situacion del conde; vos conoceis su vida mejor que yo; vos, por razones que por completo no me habeis explicado, le seguís paso á paso, apoderándoos de todos sus secretos; de todos los detalles de su existencia.

—Os equivocais.

—No, D. Sancho; vos lo habeis dicho; el odio entre él y vos es grande; el más impenetrable misterio os rodea; á vos se os amenaza; vos haceis en cambio una guerra cruel, guerra que sin serme conocida me asusta. ¡Tal vez de vos, D. Sancho, penda su salvacion!...

—¡Doña Luz!... os engañais.

—¿Y aún lo repetís?...

—Sí, mil veces.

—¡D. Sancho!...

—Escuchad. Durante la campaña he descubierto, sí, un nuevo extravío de vuestro esposo. Sé que ha acometido una empresa superior á sus fuerzas. Yo comprendería fácilmente su desesperacion, si conociese á fondo el resultado que aquel proyecto habia obtenido; pero yo ignoro esta parte, y si bien tal asunto puede ser la causa de esa sobre-excitacion, tambien es cierto que pueden producirla anteriores disgustos, razones que él solo conozca, causas que solo están á su alcance. Y en esta duda, ¿creeis que fuera acertado el que yo revelara sus secretos ni aun á vos misma, secretos que hicieran más profunda la mala inteligencia que existe entre él y vos? No, doña Luz; yo debo ser superior á cosas tan pequeñas, si en mi amor hacía vos he de ser grande.

—¡Cosas pequeñas, D. Sancho! ¡Cosas pequeñas aquellas en que estriba la honra, la libertad, la vida del que en contra de mi voluntad es mi esposo! Pensad, D. Sancho, que su nombre es tambien el mio; pensad que el baldon que le empañe no aumentará el lustre de mis armas; pensad que vos me amais y conoceis esos riesgos, y decidme despues á fuer de hidalgo que sois, si yo debo procurar por mi propio decoro; decidme si yo debo saber esos secretos; decidme, en fin, si vos teneis el deber de contármelos.

—¡Ah!... ¡Me haceis sufrir!

—Es que vos no teneis en mí confianza.

—¡Doña Luz!...

—Lo repito, D. Sancho. Vos considerais los peligros que me rodean...

—Y por vos, por vos tan solo procuro conjurarlos. Bien podeis decir que habeis sido y estais siendo aún el ángel de salvacion de ese hombre.

—No basta eso.

—¿Pues qué más quereis?

—Quiero, debo conocer cuanto pasa.

—Es mejor que lo ignoreis, doña Luz.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que lastiman; y vos al fin teneis, si no amor para vuestro esposo, sentimiento al menos de vuestra propia dignidad.

—No os comprendo.

—Más vale así.

—¿Qué tiene que ver mi dignidad con los asuntos de mi esposo?

—Mucho, doña Luz.

—Pues bien; hablad si es que me amais, ó creeré...

—No prosigais. Os repito que hay detalles que lastiman, y el asunto á que yo me refiero es uno de ellos. Suponed que la desesperacion del conde...

—Seguid.

—Tuviese su origen en una falta de respeto hácia vos; en ese caso...

—No me sorprenderia, porque esa falta de respeto ha existido siempre.

—Suponed que procediese del olvido más completo de la mujer que el cielo le destinara...

—No me extrañaria, porque jamás su memoria le hace recordar mi nombre.

—Suponed... que emanase de otro amor...

—¡Ay!... No me afectaria, porque sobrado sé que nunca me le ha tenido. En su corazon y en el mio, solo existe la más fria, la más cruel, la más amarga indiferencia.

—Vuestro amor propio...

—Desapareció ante las ofensas del conde; el amor propio solo existe cuando en el alma queda un resto de amor, de amistad ó de respeto. Entre él y yo solo queda, por mí, la resignacion; por él... el hastío. No os pareis en esto, D. Sancho; no se trata aquí de sentimientos que solo viven en corazones grandes. Trátase tan solo de salvar el nombre, la reputacion, la fama, y para ello es preciso agotar hasta el último de los recursos.

—Todo eso se hará; acaso se consiga...

—Pues entretanto, y contando con que vos tambien hareis lo que de vuestra parte dependa, decidme sin rebozo lo que sabeis.

—Bien, doña Luz; todo os lo diré, pero juradme antes que guardareis el más completo silencio.

—Os lo juro.

Entonces Daniel refirió á la dama el amor de su esposo hácia Ildaura, y aunque reservando el nombre, la enteró de cuanto desde mucho tiempo atrás venia pasando. Díjole todo lo que el conde habia hecho por alcanzar la posesion de aquella dama, y las locuras y los medios extremos que habia empleado para conseguirlo. Explicóle despues el amor que el rey sentia por aquella misma persona, y el mortal y sordo antagonismo que por esta razon se habia despertado entre el monarca y su privado. Le refirió la aparicion de la dama cerca del campamento y la tentativa del conde para apoderarse de ella, y acabó por indicarle, aunque en términos convenientes, que toda la cuestion se reducía á saber si la dama estaba ó no en su poder. Si lo primero acontecia, su desesperacion debia dimanar de otras cosas que él á la sazón ignoraba; si lo segundo, no podia caber duda de que su disgusto nacia de la contrariedad que habia sufrido.

De esta suerte, Daniel conseguia dos cosas: gastar más el poco y mal acuerdo que entre los desdichados esposos quedaba, y procurar saber por doña Luz si Ildaura estaba en poder de D. Vela. Sobrado calculaba que la esposa trataria de sorprender este secreto, prueba evidente y clara de que todo entre ellos habia terminado.

—Presto saldremos de dudas,—continuó doña Luz.—Yo os prometo que antes de mucho sabremos á qué nos debemos atener. Ahora bien, D. Sancho, es tarde y debemos separarnos.

—¡Tan pronto!

—No hay otro remedio.

—Pasa tan rápido el tiempo á vuestro lado...

—Gracias. Sin embargo, procurad vos no perderlo como hasta aquí. Mañana...

—Vendré á ofrecer á vuestros piés todo mi amor y todo mi respeto.

Al pronunciar estas palabras, Daniel depositaba un beso ardiente en la torneada y blanca mano que se le ofrecia.

Despues salió.

Su figura se perdió entre las sombras de la noche.

La puerta volvió á cerrarse sin producir el más leve ruido.

De un portal contiguo á la casa de D. Vela, salió entonces otro hombre que tambien se perdió en la oscuridad.

Nadie volvió despues á turbar la tranquilidad y el silencio de aquellos sitios, á tales horas desiertos.



J. Cebrian dib^o y lit^o

Lit Iberica Madrid

¡Y tal me preguntais sabiendo cuanto os amo!



CAPÍTULO XLIII.

El regreso.

La corte estaba reunida en el alcázar.

Desde la escalera hasta el último salon, una muchedumbre inmensa se apiñaba y revolvia dando señales evidentes de que algo extraordinario pasaba.

En la plaza tambien se iba aglomerando el pueblo, formando grupos, y charlando de la manera que la gente del pueblo sabe hacerlo cuando se apodera de un acontecimiento de cierta magnitud.

—Eh, comadre;—decia un moceton robusto y colorado poniéndose de puntillas y tocando en el hombro á una especie de fea Matusalen que peroraba en medio de otros diez ó doce desarrapados;—¿me direis, vos que debeis estar bien enterada porque sois el cronicon de la ciudad, si es cierto lo que de público se cuenta?

—Sí, hijo mio,—contestaba la vieja granujienta y apergaminada dándose cierto airecillo de superioridad sobre aquel ignorante vulgo.—Todo ello es cierto, y aun algo más que yo te diré para que no lo ignores.

—¿Es verdad que ha vuelto el conde D. Vela?

—Sí que lo es; y tanto, que hace media hora ha mandado decir al rey que en breve tendria la honra de ir á su presencia para darle cuenta de su expedicion, que ha sido de las más afortunadas que vimos en nuestros tiempos.

—¡Es mucho hombre!

—¡Y luego dicen que es tan malo! Él será lo que se quiera, pero lo cierto y seguro es que ha dado á los moriscos una soberbia tunda, y que sin su esfuerzo y valor, Muza sería á estas fechas dueño de la mitad de España.

—Verdad, verdad;—exclamaron á coro los circunstantes.

—Proseguid, comadre, proseguid.

—Pues señor, él derrotó á Muza, le arrebató su puesto, le quitó sus banderas, le mató sus soldados, que dicen que eran de los más grandes, barbudos y montaraces que jamás hicieron algarada en tierra de cristianos, haciéndoles marchar más que á paso camino de la frontera, y ganando en pocos dias más gloria para el rey Ordoño, que ganaron nuestros ejércitos juntos durante muchos años.

—¡Muy bien, comadre! Soy de la misma opinion. Ese conde de los demonios se guarda bonitamente nuestros sextercios romanos, esprime la sangre del pueblo, nos chupa y aniquila como al pájaro la serpiente. Pero en cambio sabe sacarnos de un aprieto, y demostrar á esos reyezuelos de la media luna, que allí donde tremola el estandarte de España no hay más que estarse quietos y darse por vencidos.

Aquí llegaban, cuando por el opuesto lado de la plaza se notó cierto movimiento producido por aclamaciones que confusamente se percibian, y por la aproximacion de otros grupos que iban acercándose y aumentando notablemente la concurrencia.

Á poco, un ginete seguido de una docena de soldados, apareció abriéndose calle por entre la multitud hasta llegar al alcázar, en cuya puerta se apeó, entrando despues solo.

Era el conde D. Vela.

Aquel mismo pueblo que poco tiempo antes le apostrofaba y maldecia, ahora le aclamaba con entusiasmo, solo porque le consideraba triunfante y vencedor.

Bien pronto acaso aquella muchedumbre caprichosa volveria á pedir al rey la cabeza del privado, sin recordar aquellos mismos laureles que á la sazón frenética aplaudia.

Llegó el conde á la escalera del alcázar.

En ella las felicitaciones, las alabanzas, los plácemes, se sucedian. Subió, y en la antecámara pudo ver, si por acaso lo ignoraba, la verdadera índole de aquella córte falsa y corrompida. Vió semblantes de irreconciliables enemigos, que á su paso se inclinaban hasta el suelo, dibujando sus labios una sonrisa mezclada de adulacion, de odio y de miedo. Oyó frases hipócritas que acariciaban sus triunfos, á la vez que

las manos buscaban la empuñadura de una daga, y los ojos el sitio seguro donde poder herir.

En todo ello y mucho más reparaba D. Vela, y si bien aquel cuadro fiel y exacto de los rencores que contra él se levantaban le hacia dirigir una mirada á lo futuro, no dejaba tampoco de satisfacer su amor propio la humillacion de sus enemigos.

Entró por último en la sala de audiencias.

Allí, el rey, la reina, los altos dignatarios, los más ínclitos capitanes, lo escogido, en fin, de la corte y la nobleza, le esperaban tambien para hacer resbalar en sus oidos algunas frases satisfactorias.

El monarca fué el primero á felicitarle por sus triunfos, dándole gracias en su nombre y en el del reino entero, por la manera enérgica con que habia sabido defender al Estado, castigando la audacia del caudillo Muza, y destruyendo el poderoso ejército morisco.

La reina á su vez, dirigió algunas palabras de pura cortesania al favorito de su esposo, diciéndole entre otras cosas: «Que le felicitaba por sus hazañas, y que creia que el general que habia salvado á su patria, destruyendo un poder tan formidable, mejor sostendria y con más facilidad la paz interior del reino, asegurada en aquel instante por el espíritu de nacionalidad que la pasada invasion habia despertado.»

Dió D. Vela las gracias á la reina, sin dejar de comprender por esto la sangrienta intencion que aquellas frases encerraban.

Terminó el acto, retiróse la corte, pasó á su cámara doña Munia, y el privado quedó solo con el monarca.

—No os quejareis de vuestra fortuna, conde; —dijole D. Ordoño.— Pronto y bien concluisteis vuestra campaña.

—Esto, señor, me proporciona la dicha de estar á vuestro lado y de velar por vos aun más de cerca.

—Poco tengo que temer hoy, conde D. Vela. Los últimos acontecimientos han venido felizmente á torcer el rumbo de nuestra desastrosa política. Las disensiones han cesado en el país, y hoy, solo se necesita una administracion prudente y previsora...

—La vuestra lo fué siempre, señor.

—Os engañais. Pero olvidemos errores pasados, para ocuparnos solo de lo presente. Os decia que solo se necesita una administracion previsora para guiar los negocios públicos al fin más conveniente, y para hacer de mi reinado una época de grandeza y de felicidad para mis pueblos.

—Regidlos, señor, en vuestra sabiduría, de la manera que vuestro corazon os sugiere.

—Mi deseo es el que os he expresado. Á vos, conde, os toca ponerle en práctica.

—Ignoro, señor, si podré conseguirlo.

—Sí, lo conseguireis.

—El país me rechazaba no hace mucho.

—Hoy os acepta, como habeis observado.

—Para cambiar mañana.

—Procurad que comprenda lo que valeis, el buen deseo que os anima; que muchas veces el pueblo no es tan malo como se le cree, así como otras no es tan paciente ni tan ignorante como se nos figura. Hoy no tenemos grandes asuntos que arreglar; la guerra va cesando; el tesoro puede allegar recursos; la política puede entrar en su verdadero cauce. Es fácil, en fin, que recupereis lo perdido, logrando méritos para el Estado, honra y buen recuerdo para vos, y ventajas para el rey.

—Quéralo el cielo; por mi parte os juro que pondré cuanto pueda.

—Lo espero. Pero decidme, conde; parece que las pérdidas de nuestros pobres soldados han sido grandes.

—Desgraciadamente, señor. Las fuerzas enemigas eran muy superiores; los triunfos que venian alcanzando les ponía en el caso de hacer titánicos esfuerzos por derrotarnos, y el resultado de todo ha sido alcanzar para vos una victoria que cuesta mucha sangre á vuestros pueblos.

—¡Oh!... ¡Qué desgracia!

—No podia ser de otra manera.

—Malos dias nos dió Muza.

—Procuraremos compensarlos.

—¡Ay!... ¿Cuándo, conde D. Vela, llegará para mí un momento de verdadera felicidad? ¡Desdichados son los reyes!...

—Vuestra mision, señor, es tan grande y elevada, que lleva de por fuerza consigo la intranquilidad, la incertidumbre.

El conde habia comprendido la intencion del soberano.

Este no queria volver á tratar de ciertos asuntos con su antiguo favorito; queria evitar á toda costa el debatir cuestiones que despertasen la ilimitada é inconveniente confianza que tanto le habia perjudicado anteriormente, y de la cual, con la más imprudente licencia, habia abusado. Sin embargo, á su voluntad, á su propósito se oponia una fuerza irresistible, un elemento en el cual el rey no mandaba: su deseo. Su deseo, que le impelia mal de su grado hácia un objeto que en su alma ejercia un imperio absoluto. Hácia un deseo mucho más superior

que su decision misma. Hácia un ensueño de fascinacion y delirio, que en manera alguna podia borrar ni resistir.

Ínterin la ocasion no se le presentaba, formaba mil proyectos de olvido, de indiferencia, de resignacion. Pero una vez en posibilidad de satisfacer aquella eterna aspiracion de su espíritu, nada bastaba á contenerle, y sus proyectos se desvanecian en el acto como el humo.

Al contemplar en su presencia á su favorito, se establecia en su pecho una lucha tenaz. Dos fuerzas distintas impulsaban sus intentos. Una, la pasion, que hacia de él un juguete. Otra, los celos, aún mal curados, que aquel hombre le infundia. No le era posible olvidar los ofrecimientos que respecto de su amor le hiciera D. Vela, á la vez que la negra deslealtad que habia consumado, haciendo suyo, al parecer, el objeto que el rey pretendia.

Miraba al conde, y se reproducia en su mente aquella triste noche en que guiado por Daniel á la casa de su amada con el único objeto de conocer al hombre que contrariaba su cariño, se habia encontrado con que aquel no era otro que su privado, su confidente, su amigo.

Todo esto se le ocurría, y un rojo aunque ligero tinte subia desde su corazon á su rostro.

Por fin su amor pudo más que su interés, y decidió entrar en materia con D. Vela.

D. Ordoño tenia en medio de todo una ventaja inestimable, cual era el que D. Vela ignoraba que su visita á la Judería se habia descubierto, é interpretado fatalmente su estancia en la morada de la dama.

Este incidente producía una actitud en lo posible reservada por parte del rey, y una posicion difícil y violenta para el privado.

El primero volvió á romper el silencio.

El segundo se propuso hacer alarde de toda su cautela en el asunto que presentia iba á reproducirse.

CAPÍTULO XLIV.

El empeño del rey.

—Y bien,—exclamó despues de un breve instante D. Ordoño;—en el tiempo en que no estuvísteis á mi lado, nada habreis sabido de los negocios de la córte.

—Segun tuvísteis á bien decirme, se encuentran todos en el mejor estado. Por mi parte, señor, debeis suponer que apenas he tenido tiempo de ocuparme de otra cosa que de los asuntos de esa guerra desastrosa, en la cual se arriesgaba...

—Mucho, lo sé. Pero yo no me refiero precisamente á los asuntos políticos que me tienen abrumado. Yo os preguntaba, conde.....

—Decid, señor.

—Por otros acontecimientos olvidados por vos al parecer, y que sin embargo, nos interesaron vivamente en otro tiempo.

—No tengo la fortuna de comprenderos.

—Parece imposible.

—Pues no obstante, os aseguro...

—Vamos, conde; recordad, recordad...

—Si no os dignais hacerme alguna pequeña indicacion, será imposible.

—¡Indicaciones!... ¿Acaso olvidásteis?..

—Acabad.

—¿Á cierta dama cuyos antecedentes tuvimos empeño en conocer?

—¡Oh! Teneis razon. La habia olvidado completamente.—Y al

pronunciar estas palabras, apenas encontraba el conde el modo de formular su negativa.

—¡La olvidásteis!...

—Era lo natural.

—Yo juzgaba que no.

—Si quisiérais decirme la razon...

—Es muy sencilla.

—No la alcanzo.

—El deseo del soberano, el capricho más leve, el más insignificante empeño, debe ser cuestion de importancia para vos.

—Y lo es con efecto.

—Sin embargo, acabais de expresar...

—Una cosa que no podia dejar de suceder.

—Explicaos.

—Ausente de Oviedo, ya no me encontraba en aptitud de obrar en el asunto á que os referis. De manera que el trabajar por él mi mente, distrayéndose de la importante empresa que tenia á mi cargo, hubiera sido tan ineficaz como inconveniente.

—Decis bien; pero ya en Oviedo...

—Es otra cosa, y puedo...

—Ocuparos de la pasada historia.

—Ocuparme de lo que al rey convenga.

—Pues bien, conde. La situacion es la misma que antes de vuestra salida. Mi curiosidad crece con el misterio que á esa dama rodea, y quiero que de una vez terminemos.

—Vos me direis...

—Que aguceis el ingenio, á fin de no dar muchas treguas á la realizacion de mi deseo.

—Mi inteligencia, mi voluntad...

—Sé que son mias.

—Por entero, señor.

—Pues empleadlas bien, que no os habrá de pesar.

—Harto disgusto seria el mio, si no alcanzase...

—Es de todo punto indispensable que lo consigais. Vuestros medios, vuestros recursos de hoy son los mismos, y...

—Pero debéis considerar que esa dama pudo advertir lo que yo pretendia, y desconfiada y recelosa, adoptar medidas y precauciones capaces de hacerme perder el tiempo y la paciencia.

—¿Suponeis...?

—Todo puede suceder, señor.

—No es lo probable.

—Acaso vuestra buena fé os hace caer en un error.

—Sin embargo, conde; averiguad, inquirid, y dadme cuenta sin tardanza de cuanto adelantar consigais.

—Lo haré como decis.

—Sed activo, conde; que no deposite yo en vos inútilmente toda mi fé, toda mi confianza.

—¡Oh!... me confundís.

—No obstante, es la verdad.

—Contad, señor, con que en lo posible,—y el conde dió un timbre especial á estas palabras,—haré cuanto sea de vuestra voluntad.

—Espero que así ha de ser.

—Ahora, si me lo permitís...

—Sí, podeis retiraros.

El conde salió.

En su cara llevaba pintada la angustia más terrible.

D. Ordoño le hacia emprender una lucha imposible, á la vez que le recordaba su desdicha; la muerte de un amor que al fin debia consumir su existencia.

D. Ordoño, por su parte, quedó algunos instantes pensando en el disimulo y reserva con que su ministro trataba aquel asunto. Su desconfianza, por lo tanto, crecia á la par que su empeño. No era solo su amor el que á la sazón le movia: era tambien su dignidad de hombre, su amor propio de rey.

Ya se disponia á salir de su cámara, cuando un alto funcionario apareció en la puerta, mostrándole un objeto que el rey tomó en sus manos.

Era un anillo.

Los ojos de D. Ordoño se dilataron, sus miradas vagaban desde la sortija al emisario, y desde este á la puerta.

—¿Quién le trajo?—preguntó.

—Un caballero para mí desconocido.

—Os dijo...

—Que le era indispensable ver al rey.

—Guiadle á mi presencia.

El funcionario salió.

Á los pocos instantes apareció de nuevo.

Á continuacion entró otro personaje.

El rey despidió al primero.

—¿Sois vos?—exclamó cuando quedaron solos.—¿Sois vos? Pardiez que no me explico vuestra ausencia, ni la absoluta falta de noticias en que me habeis tenido.

—Señor, perdonad. Cuando me justifique me dareis la razon, por más que al dárme la experimenteis un sentimiento, si acaso es cierto que por nosotros os dignais interesaros.

—¿Que os daré la razon? ¿Que tendré un sentimiento?

—Sí, señor.

—No os comprendo.

—Os lo explicaré.

—Vuestra señora...

—¡Ah!... no sabeis...

—Solo sé que se burló de mí.

—Ni lo penseis, señor.

—No puedo juzgar otra cosa.

—¡Si pudierais calcular cuán desgraciada es!

—Pero no por culpa mia.

—No, es cierto. Su destino es solo el que motiva sus desdichas.

—¿Más que la sucede? ¿Qué la ocurre?

—Lo ignoro.

—¿Que lo ignorais!...

—Sí... y ojalá que lo supiese.

—Decidlo de una vez.

—Pues bien; sabed que mi señora ha desaparecido.

—¿Que decís!...

—La verdad.

—Ella...

—No parece, señor.

—¿Pero estais en vuestro juicio? ¿Cuál puede ser la causa de su desaparicion?

—Lo ignoro. Hace algunos dias que me vi en la necesidad de salir de Oviedo por algunas horas; dejé un hombre de mi entera confianza guardando á mi señora. Volví... y calculad cuál seria mi sorpresa, mi asombro, al encontrar la casa enteramente sola y á aquel fiel servidor...

—Concluid.

—Asesinado.

—¡Cielos!...

—Inmediatamente procuré averiguar, descubrir lo que aquello significaba. ¡Imposible! Ni el más pequeño vestigio, ni la más ligera señal que indique lo que ha podido ser de mi señora.

—¡Vive Dios!...—exclamó D. Ordoño consternado, sin atreverse aún á dar crédito á lo que oía.—Lo que me contais es extraño, incomprensible; esa desaparicion solo puede tener por origen una causa grave, muy grave.

—Lo considero de la misma manera.

—Vos mejor que nadie tendreis antecedentes; tendreis algun recelo; sospechareis...

—Nada, señor. Mi señora era un ángel de bondad, y creo imposible que existiera una sola persona que quisiera hacerla daño.

—Pero si no daño precisamente, pudiera haber un hombre que resentido ó celoso...

—¡Ah!... ¡quizá acerteis!... ¡Qué luz me dais, señor!

—Tal vez...

—Tal vez por una casualidad hayais acertado. Sí... sí... me parece que eso es lo seguro.

—Veamos, contestad;—dijo D. Ordoño, que en aquel momento abrigaba un recelo grande de que D. Vela anduviese en el enredo.—Contestad, pero para ello es preciso que os fijeis bien hasta en los incidentes que juzgueis más insignificantes.

—Preguntad.

—¿Cuándo salisteis de Oviedo?

—Esperad; no lo recuerdo á punto fijo; pero...

—¿Fué antes ó despues de marchar el ejército que iba á resistir á los moros?

Daniel comprendió al golpe la manera de ver el rey la cuestión. Era lo que él queria. Así fué que contestó sin vacilar:

—Antes, señor, antes.

—¿Pero mucho?

—El dia anterior; despues de nuestra entrevista.

—Entrevista en la cual me descubristeis un secreto...

—¡Ah!...

—Bien está. El rey os obligó, y vos debiais obedecer al rey. ¿Y cuándo regresásteis de esa expedicion?

—Á la noche siguiente.

—Y decis...

—Que ya mi señora habia desaparecido.

—¿Creeis que la persona que estaba en vuestra casa la noche en que yo entré quiere mucho á esa dama?

—¡Que si la quiere!...

—Sí.

—Creo poder aseguraros que no hay en el mundo sentimiento que supere al amor que siente por ella.

—¿Tan grande es?

—Tan grande, que raya en locura.

—¿Y vuestra señora le corresponde?

—Mi señora...

—Decidlo, que así conviene.

—Mi señora tiembla solo con verle.

—¿Él es celoso?

—¡Ah!... No lo sé, señor.

—¿Creeis que seria capaz de atentar á vuestra señora, si comprendiese que otro hombre la amase?

—En tal caso no creo que atentase á ella.

—¿Pues?

—Porque era lo lógico que atentase á su rival.

—Teneis razon. Pero ¿y si ese rival era grande, fuerte, inviolable?

¿Si ese rival era...?

—¿Quién?

—El rey.

—¡Es verdad!

—En ese caso...

—En ese caso, creo que él arrostraria por todo.

—¿Hasta por lo que os he dicho?

—Sí, señor.

—¿Pensais que le arrebatase su albedrío, su derecho, su libertad?

—Y aún más.

—¿Aún más?

—Exacto.

—No alcanzo qué más pudiera hacer.

—Capaz seria, antes que consentir que otro la amase, de arrebatarla, no solo su libertad, sino su vida.

—¡Oh!... ¡Callad!...—le interrumpió D. Ordoño con una inexplicable expresion de horror.—Eso seria duro, cruel, infame.

—¿Conoceis bien á ese hombre?

—¡Harto, por mi desgracia!

—¿Y dudais?...

—Teneis razon; nada se debe dudar.

—Cesa en él el raciocinio, cuando de su amor se trata.

—Pero es que ahora, mal que le pese, se trata tambien del mio; y ¡vive Dios! que no ha de obrar á su capricho impunemente.

—Gracias, señor; gracias mil por vuestro buen deseo.

—En el instante mismo vais á ocuparos por vuestra parte de este asunto. Nada economiceis. Hombres, dinero, todo lo que pueda conducir al descubrimiento de este misterio ponedlo en juego, participándome frecuentemente cuanto ocurra.

—Pero vos...

—Yo haré lo que debo, no solo porque cual á rey me cumple saber lo que en mis estados pasa, sino porque tambien mi corazon está interesado. Partid, y no os descuideis, que en ello va... más de lo que vos suponeis.

—¡Ah! Estad tranquilo, y creed firmemente que amo yo mucho á mi señora para perder un solo instante en lo que á su servicio y felicidad importa.

Daniel salió.

D. Ordoño quedó meditabundo, triste, agobiado bajo el peso de aquel rudo golpe, que iba á matar hasta la última de sus esperanzas.

CAPÍTULO XLV.

El veterano.

Daniel habia calculado bien.

Habia calculado con aquella seguridad y acierto que su buen ingenio le permitia.

Sin faltar á la verdad, habia confesado al rey el amor de D. Vela, y la repugnancia, el horror que hácia esta pasion criminal sentia Ildaura.

Dado caso que el favorito fuese el autor de aquella felonía, nadie mejor que el rey podia descubrirlo, y no solo descubrirlo, sino castigarlo.

Mucho le daban que pensar las poco latas explicaciones de doña Luz. Claro es que si su proyecto se hubiese realizado cual él deseaba, ni habia por qué desesperarse, ni tenia que dolerse de su mala estrella.

No obstante, si por un lado el conde maldecia de su fortuna, era lo cierto que por otro, Ildaura no parecia.

¿Cómo resolver el problema?

Por todo evento, bueno y del caso era prevenir al rey, que en cuanto á las indagaciones que á él tocaban, mucho tenia que hacer el privado para que de algun resultado no fuesen.

Así pensaba Daniel. Tales eran sus dudas, y á la verdad que habia motivos para tenerlas.

Despues de todo lo que le hemos visto hacer, regresó á su casa, donde pensaba acabar de resolver sus proyectos.

Entretanto, veamos nosotros lo que es de Ildaura, á quien dejamos en el suelo riojano, perdida, desmayada, y sin acertar á darse cuenta de lo ocurrido.

Al ruido que produjera la desesperada carrera de su corcel, una de las ventanas del edificio, ante el cual sudoso ya y cansado se habia detenido, se abrió, apareciendo en ella las rosadas y frescas mejillas de una labradora, que miró con curiosidad lo que pasaba.

Al ver al noble y magnífico animal, y al contemplar el porte y lujoso atavío de su ginete, no pudo menos de lanzar una exclamacion.

—Padre, padre,—gritó.—Venid, venid, y vereis lo que acontece.

La respetable fisonomía de un anciano apareció tambien en la ventana.

—¿Qué es, hija mia? ¿Qué es lo que produce ese alboroto á tales horas?

—Mirad, ese mancebo ha caido del caballo; acaso...

—Tienes razon; bajemos; no es cosa que suceda una desgracia por no prestar con tiempo los auxilios necesarios.

Y padre é hija bajaron inmediatamente, trasladando con extraordinario esmero al ginete á una de las habitaciones del piso bajo.

Ildaura estaba sin sentido.

Al ver la expresion infantil de su bello rostro, padre é hija quedaron mudos de sorpresa.

—¡Ah!... ¿No ves, María? Parece un niño; es imposible que con esas manos delicadas, con ese talle, con esa cara, pueda manejar la espada, ni regir el corcel.

—Teneis razon; más que valiente guerrero, parece una apuesta dama.

—Dejémonos de comentarios, hija mia; el doncel no vuelve en sí, y esto justamente es lo que debemos procurar á toda costa. Tráete un poco de agua; refresquemos su frente, que acaso de esta manera...

María no le dejó terminar.

Trajo lo que su padre queria, y con él fin de rociarle un poco las sienes, desprendieron de su cabeza el gracioso y elegante gorro que la cubria.

En aquel momento la sorpresa de los sencillos huéspedes se trocó en admiracion.

El cuello y los hombros del que parecia un hermoso mancebo se cubrieron de una sedosa y brillante cabellera, que venia de improviso á desvanecer todas las dudas, y á poner de manifiesto una verdad que los otros habian presentido.

—¡Ay, padre!... ¡Es una mujer!

—Apenas vuelvo de mi asombro.

—Ved, ved qué hermosa cabellera.

—Cierto que sí, hija mia; pero más que eso, llama mi atencion tan extraña aventura.

—Tampoco yo sé qué pensar.

—¿Por qué motivos, por qué razon esta dama, que parece de elevado linaje, se presenta á nuestras puertas en tal ocasion y en semejante forma?

—Sí, sí, teneis razon; es...

—Es extraordinario.

—¿Pensais?...

—¡Hum!... pienso... pienso muchas cosas.

—¿Creeis que su estancia aquí pudiera comprometernos?

—¡Qué sé yo!...

—Entonces, no debemos...

—Sí debemos, hija mia; el dar hospitalidad al que la necesita, es la primera obligacion del que por honrado se estima. Aun quando fuera una princesa real; aunque huyera de la côrte; aunque su ocultacion en mi casa hubiera de costarme un riesgo grande, yo la ampararia, y vive Dios que habia de costar trabajo el hacerla la más pequeña violencia, interin se encontrara al amparo de este techo.

—¿Segun eso, recelais?...

—Sí, recelo que en todo esto hay algo de extraordinario; el ejército real se está batiendo á muy poca distancia; en él militan los primeros caballeros de la côrte; esta dama no ha podido llegar hasta estos lugares sino por una razon poderosa, especial. ¡Ah!... ¡La côrte, la côrte! ¡Pasan en ella tantas cosas! ¡Tantos lances!...

—¡Jesus, padre! Os aseguro que la côrte me horroriza.

—Y eso que no la conoces. Yo que he vivido en ella tantos años; que he servido á las órdenes de los primeros capitanes; que he guardado con más frecuencia de lo que yo deseara las puertas del alcázar real, he tenido ocasion de comprender historias que contadas, te parecerian pura invencion. Mas silencio. Parece que ya vuelve del desmayo; cubramos de nuevo su cabeza, y procuremos no revelar indiscretamente el secreto que al parecer le importa guardar.

En aquel instante, y quando precisamente María volvia á dejar sobre el almohadon su linda cabeza, abrió Ildaura los ojos.

—¿Dónde estoy?—fueron sus primeras palabras.

—En mi casa, que es la vuestra, caballero;—respondió el veterano inclinándose con ademan respetuoso.

—¿Pero qué ha pasado por mí? Apenas recuerdo...

—Es bien sencillo; vuestro corcel sin duda se espantó, y saliendo de estampía os condujo contra vuestra voluntad hasta este sitio, donde mi hija os vió caer...

—¡Oh!... sí, sí;—le interrumpió la dama, que hizo un grande esfuerzo para dominarse, comprendiendo que por un momento olvidó su papel.

—¡Caf!... decis bien; mi caballo tropezó, y con la agitacion, con el cansancio, con el aturdimiento consiguiente á un dia de batalla terrible...

—No es de extrañar ese percance. ¿Y... decis que os batisteis?—Preguntó su interlocutor de la manera más sencilla y con el tono más natural del muudo.

—Sí;—respondió la dama mudándosele un tanto el color del rostro.

—¿Y cómo dejásteis la batalla?

—Indecisa.

—¿Creeis que el ejército del rey pueda destruir al agareno?

—Es muy dudoso. Los soldados de España son valientes, pero son pocos. En cambio los de Muza son numerosos.

—¡Oh!... No consiste del todo en los soldados el perder ó el ganar una batalla. Caudillos son los que nos faltan; ¡vive Dios que en mi tiempo no se hubieran los moros enseñoreado en nuestras ciudades y aldeas, sin que antes hubieran cubierto nuestros campos con los cadáveres hacinados de nuestros guerreros!

—¿Peleásteis?

—Desde mis más tiernos años.

—¿Y juzgais que los capitanes del antiguo ejército hubieran adelantado más que se adelanta hoy?...

—Uno solo bastara para destrozar á Muza.—El veterano pronunciaba estas palabras con todo el fuego, con todo el entusiasmo de la juventud.—¡Pardiez, qué buena cuenta hubiera dado de los infieles! ¡Qué espada! ¡Qué genio! ¡Qué brio! Aún pienso verle dirigiendo el combate en la célebre batalla de Clavijo: el infiel llevaba la mejor parte; la jornada debia decidirse pronto; nosotros retrocediamos paso á paso, regando el campo con nuestra sangre y adivinando nuestra derrota. No quedaba recurso; el rey D. Ramiro, de triste memoria, abandonaba sus reales, y muy pronto el resto del ejército tendria que declararse en dispersion. Yo estaba cerca del rey. De pronto se acerca á él un guerrero.—¿Permitis, señor,—le dice,—que haga yo la última prueba cargando sobre el enemigo?—Imposible,—respondió el monarca;—la accion está perdida, y dentro de muy poco... solo quedará el recuerdo de mi reinado.—Entonces,—prosiguió el guerrero,—nada se aventura en que yo

pierda mi vida.—Y sin dar tiempo á que el rey contestara, vuélvese á nosotros, y mostrándonos en su mano el pendon real,—soldados,—exclama;—la patria necesita vuestra sangre; no es la fortuna ni la victoria la que vamos á conquistar entre las lanzas agarenas; es la sombra que ha de cubrir la vergüenza, el rubor del vencimiento. ¡Sus! Santiago y cierra España;—y al lanzar este mágico grito, arrójanse sin contar los que le seguian, sobre el ejército infiel; pero de tal manera, con tal furia, que pasada una hora los soldados españoles eran dueños de toda la comarca, sin que en ella se alcanzasen á distinguir otros soldados agarenos que los que sin vida quedaban sobre el campo de batalla.—¿Creeis que en la actualidad se hagan semejantes milagros?—No, por mi vida; eso solo en mis tiempos sucedia.

—Con entusiasmo lo recordais.

—El asunto lo merece.

—¿Y ese guerrero no ayuda á D. Ordoño?

—¡Oh!... ¡Ese guerrero!... Ese guerrero... no existe.

—¿Murió?

—Morir precisamente... no se sabe. Pero poco despues de aquella jornada desapareció, sin que hasta hoy...

Ildaura le escuchaba con interés; pero este creció con las últimas palabras del viejo soldado, y sin poderse contener, sin reparar ya en que su extravío podia descubrirla, y acaso perjudicarla, le preguntó:

—¿Quién era ese guerrero? ¿Cómo se llamaba?

—El infante Bernardo del Carpio.

—¡Oh!...—exclamó Ildaura agolpándose las lágrimas á sus ojos.—¡Vos guerreásteis con él!

—Mucho tiempo, y con un amor comparable solo al que hoy siento por mi hija; yo os juro que si con mi sangre pudiera haberle rescatado, no hubiera dudado verterla.

—Sois valiente y sois leal. ¿Vuestro nombre?

—Andrés, caballero.

—Pues bien, Andrés; la revelacion que acabais de hacerme, merece que yo deposite en vos toda mi confianza. El hombre que ama al del Carpio tal cual le amais, no podrá negar un servicio á su memoria.

—Ponedme en el caso de probarlo, y ya vereis si yo dudo. Viejo soy; no resta fuerza alguna á mi brazo; solo mi voluntad existe; pero no obstante, mi corazon alienta todavia, y es inmejorable su intencion. Pero acabad de expresar vuestra idea. ¿Decis que puedo ser útil á la buena memoria de aquel ilustre guerrero?

—Sí.

—Explicádmelo.

—Lo haré.

—Retirate, hija mia.

—No; no es necesario.

—Si secreto es lo que habeis de decirme...

—No importa que vuestra hija le conozca,

—En tal caso...

—Escuchad.

—Decid.

—El del Carpio amó con delirio á una mujer...

—Lo sé.

—¿La conocisteis?—Exclamó sobresaltada Ildaura, creyendo que si esto habia sucedido, podrian encerrar una segunda intencion las palabras del soldado.

—Conocerla precisamente, no; pero esa historia era de todos sabida. El nombre de Ildaura iba unido siempre al del infante, así como nadie ignoraba que de aquel amor procedia el odio que al del Carpio profesaba el conde D. Vela, favorito del rey.

—Todo eso es cierto; Andrés, teneis buena y feliz memoria, y por esa misma razon debeis tambien recordar que al desaparecer el infante, se procuró hacer creer en su muerte.

—Decis bien, se procuró, aun cuando el que más y el que menos, abrigara sus dudas, sus sospechas.

—Y el que las alcanzó á abrigar, acertaba.

—¿Por qué?

—Porque Bernardo del Carpio existia.

—¿Quién puede saber eso?

—Yo.

—¡Vos!

—Sin duda alguna.

—¿Qué fué de él?

—Le aprisionaron.

—¿Dónde?

—En los calabozos del alcázar de Oviedo.

—Perdonad que lo ponga en duda.

—¡En duda!

—Sí.

—La razon...

—Es muy sencilla. De saberlo, sus amigos le hubieran salvado.

—¿Y quién os ha dicho que esto no sucedió?

—¿Salvar al infante?

—Cierto.

—Eso, caballero, no lo dudo; eso... es imposible.

—Sin embargo, Andrés, yo os repito que es cierto.

—¡Poco ruido hubiera dado el del Carpio á hallarse en libertad!

—No tardará en suceder lo mismo que presentis.

—¡Peregrina historia!... El que os la contó, mancebo, debia tener un incomparable humor.

—Es que nadie me lo ha contado.

—Entonces...

—Entonces... es que yo mismo le he visto.

—¿Al del Carpio?

—Sí, al del Carpio, brioso y valiente como nunca; al del Carpio, disponiéndose á llevar la victoria allí donde guie sus pasos; al del Carpio, tan resuelto y arrogante como vos le vísteis en la memorable batalla de Clavijo.

—¡Me dejais asombrado!... Vive Dios que no lo creyera, á no haberlo visto vos. Pero en fin, lo afirmais, y no hay más que daros crédito. Continuad, pues, vuestra historia, y veamos lo que con ella pretendéis.

—Decia que Bernardo amaba con extremo á esa dama de quien oísteis hablar. Al saber la desaparicion, al ignorar la suerte que al objeto de su cariño podia caberle, calculad cuánto seria el dolor de Ildaura, su desesperacion, su angustia.

—¡Ya lo creo!

—Hizo esfuerzos supremos para aclarar el misterio, y tras doce años de incertidumbre, de penas, de afliccion, consiguió descubrir la amarga situacion de Bernardo. Entonces, no hubo dificultades, escollos, peligros que ella no salvase, para darle la libertad.

—¿Y lo consiguió?

—Á punto de ello estaba; pero él, desesperado, sin poder hacer más duradera una resignacion que iba á matarle, adoptó un medio extremo... y alcanzó su albedrío.

—¡Ah!

—Circunstancias forzosas y del momento le pusieron en la imprescindible necesidad de salir en el acto de la côrte, sin poder dar el más leve aviso á Ildaura; á noticia de ella llegó la ruta que el infante se-

guia, y tambien se puso en camino. La fatalidad apareció de nuevo, y cuando estaba próximo el instante de encontrarlo, hé aquí que le vuelve á perder.

—Pero decidme,—exclamó el soldado, ya receloso y presintiendo quién era la persona con quien hablaba;—decidme si gustais. ¿Qué consecuencias vais á sacar de esa historia, y qué tiene que ver con nuestro asunto tan extraña aventura?

—¡Oh!... Más de lo que calculais.

—¿Dónde está el infante? ¿Dónde se encuentra?

—En el campo de D. Ordoño.

—¡Ah!...

—Sí.

—¿Y la dama? ¿Dónde está? ¿Qué es de esa Ildaura?

—Esa Ildaura... esa dama... soy yo.

—¡Vos!

—La misma, que á favor de este disfraz he llegado hasta el ejército; la misma, que perseguida tenaz y cruelmente por nuestro implacable enemigo el conde D. Vela, me he podido salvar gracias á la ligereza de mi caballo.

—¡Qué horror!...

Y el anciano y su hija miraban á la dama con curiosidad, á la par que con un cariñoso respeto. Aquellas almas sencillas admiraban la hermosura, rendian tributo á la superioridad, y respetaban la desgracia.

—Y bien; ¿qué quereis de mí?—interrogó el anciano.—Mi hacienda y mi vida son vuestras; os las cedo con todo mi corazon.

—Gracias, buen Andrés, gracias;—respondió conmovida la dama.—No exijo tanto de vos; os dije que os pediria un favor en nombre de vuestro capitan, y os lo repito; pero este servicio es más sencillo que lo que decis, si bien será muy molesto para vos.

—¡Oh!... Callad, si no quereis ofenderme. Deseo que me mandeis, pues yo seré el honrado y feliz sirviéndoos.

—Pues bien; os diré lo que deseo. De volver yo al campamento, de seguro seré descubierta; deseo que Bernardo del Carpio conozca el sitio en que me encuentro, á fin de que pueda buscarme y defenderme. Para conseguirlo, os ruego que busqueis una persona de vuestra entera confianza que pueda, con la velocidad y el secreto que me conviene, llevar al infante un pergamino.

—¡Una persona de mi confianza! ¿Y quién mejor que yo? Gracias al cielo, aún puedo cabalgar; además la distancia es corta y me proporciona

el placer de contemplar tras de tantos años al primer guerrero de nuestro siglo. Dadme ese pergamino, que ya vereis, señora, si estoy pronto de vuelta, y con vuestra comision exactamente cumplida.

No queria Ildaura consentir este sacrificio á un hombre de tan avanzada edad; pero no hubo medio; las instancias de Andrés fueron imposibles de combatir, y al fin tuvo que ceder.

Escribió, lió y lacró el pliego; Andrés le recibió, montó á caballo, procuró retener las señas que le dieron, y partió.

CAPÍTULO XLVI.

Era tarde.

Seis horas de mortal impaciencia habían pasado, y el honrado Andrés no volvía. Ildaura estaba inquieta, y María se asomaba de continuo al camino, miraba, oía... y rezaba para que nada malo aconteciera á su anciano padre.

Por fin se oyeron las pisadas de un caballo que á buen paso venía. Á poco, Andrés se apeaba de él y abrazaba á María, que en la puerta le esperaba. El pobre hombre venía mustio y disgustado. Ildaura lo comprendió.

—¿Qué nuevas traeis? ¡Ah! malas deben ser segun indica vuestro semblante.

—Malas precisamente, no.

—¿Llegásteis al campamento?

—Sí.

—¿Y encontrásteis?...

—Á nadie; solo vi los restos de una sangrienta batalla; el ejército había desaparecido.

—¿Os acercásteis entonces á la cabaña que os indiqué?

—Sí, señora.

—Y allí...

—Me sucedió lo que en el campamento, estaba sola; y por más vueltas que di y por más pesquisas que hacer quise, nada; ni alma viviente logré encontrar.

—¡Dios mio! ¿Pues qué ha sucedido en tan corto tiempo?—exclamó Ildaura alarmada.

—Á juzgar por el aspecto que ofrece toda aquella còmarca, los ejércitos contrarios la abandonaron. Respecto de la choza y sus habitantes, la primera allí está; en ella descansé media hora; los segundos... ya os lo dije, no parecen.

—¡Desdichada de mí! ¿Y qué hacer ahora? ¿Qué resolucíon adoptaré, sola, expuesta, sin un pecho amigo que me sostenga y aliente? ¡En hora aciaga vine al mundo!

—Tranquilizaos, señora. Ya os dije que viejo y todo, estaba dispuesto á prestaros los servicios que de mi persona dependan, y á fé de quien soy lo cumpliré. Decidme, pues, lo que quereis hacer, y se arreglarán las cosas de manera que yo pueda complaceros, y vos logreis sin peligro la terminacion de vuestros pesares. ¿Cuál es vuestro deseo?

—¡Ay!... no lo sé; ignoro qué partido tomar, y no quisiera que vos hiciéseis otros sacrificios.

—No me ofendais, señora; que al serviros, estoy excesivamente recompensado. Vos tendreis parientes, amigos...

—Ni un solo individuo queda de mi familia; amigos sí, pero desconfío de encontrarlos. Justamente eran los que á buscar fuísteis, y sabe Dios, Andrés, lo que de ellos habrá sido.

—Pero en fin, señora, algun recurso os quedará...

—Sí, hay uno, á trueque de exponerme á ser descubierta y perseguida.

—¿Cuál es?

—El partir á Oviedo, donde resido, y esperar allí noticias de los que pueden defenderme, salvarme.

—Bien; si es eso lo que decidis, yo os acompañaré.

—¡Vos, Andrés!... eso no puedo consentirlo; sois necesario á vuestra hija, y yo no me perdonaria jamás...

—No se hable más de esto; descansad ahora, y al rayar el dia partiremos.

Ni obstáculos, ni lágrimas, ni peligros, pudieron hacer que el noble y entusiasta veterano volviera atrás de su empeño. Se habia propuesto consagrar la ofrenda de sus servicios al recuerdo de su antiguo caudillo, y lo cumplia con esa hidalga perseverancia, frecuente en los hombres de aquellos tiempos..

Retiráronse á sus respectivos aposentos, y dejaron pasar las horas pensando cada cual en su situacion.

Al mismo tiempo que esto sucedia, el conde D. Vela seguia calculando lo que Ildaura podia haber hecho para librarse del lazo que él le tendió. Por más que registraba en su memoria los detalles de aquel mal afortunado incidente, no encontraba medio que satisfactoriamente le explicase la desaparicion de la dama, ya en poder de sus soldados, sorprendida, asustada, sin defensa que en su auxilio venir pudiera.

Le preocupaba, y mucho, la memoria de Bernardo, pues comprendia que una vez al lado de su amada, era empresa más que difícil el apoderarse de ella. El favorito era tan audaz y osado al tratarse de Ildaura, como prudente y comedido al recordar al del Carpio; este achaque en él era ya antiguo.

En tales pensamientos se encontraba embebido, cuando penetró en su cámara un hombre que era ni más ni menos que el mismo á quien el conde encargara en la Rioja el rapto de Ildaura.

—Vienes á tiempo,—exclamó el favorito.

—Lo celebro, señor conde; ¿qué teneis que mandarme?

—Nada por el momento; pero tus observaciones pueden servirme de mucho.

—¿Mis observaciones?

—Sí.

—Os escucho.

—¿Has logrado tú explicarte lo que pudo hacer aquella dama para huir de tí y ocultarse de la manera que se oculta?

—No, señor; y tan no me lo explico, que si yo fuera asombradizo ó preocupado, creeria que esto era cosa de encantamiento.

—De manera...

—De manera que su desaparicion me asombra tanto como á vos, y no encuentro de qué arte pudo valerse para esconderse en tan pequeño espacio, sin que nuestros hombres dieran con ella á los pocos instantes.

—¡Parece un sueño!

—Sí, señor conde; es cosa inexplicable y capaz de marear á la mejor cabeza. Por mi parte os aseguro...

—¿Qué?

—Que habiendo tenido en ello grande interés, no tan fácilmente hubiera abandonado el asunto.

—¿Qué hubieras hecho?

—Muy sencillo; hubiera dejado allí algunos hombres que vigilasen sin descanso; porque de seguro, señor conde, esa dama no ha tarda-

do en salir de su escondite, que debia estar cerca, muy cerca de nosotros.

—Tienes razon; de todo me olvidé en aquellos momentos. Sin embargo, ¿crees tú que temerosa como lo debe estar de que se le espia, haya tenido valor bastante para abandonar el lugar que tan discretamente la guardó?

—¡Qué sé yo! Pudiera, sin embargo, suceder que acertárais. Mujeres, y al parecer tímida, y no seria de extrañar que en ella obrase con más eficacia el temor que la conveniencia.

—Eso juzgo yo; y en su consecuencia, vas á montar á caballo, llevando contigo otros ocho compañeros; seguireis el camino más recto, y hareis lo que aquí hemos acordado. Si en la travesía la encontrais...

—Eso será cuenta nuestra, señor conde.

—Y mia el hacer tu fortuna, si me presentas á esa mujer.

—Es mi ardiente deseo.

—Pues procura realizarlo.

—He de partir...

—En el instante.

—En ese caso, con vuestra licencia...

—Puedes marchar.

—¿Y en el caso de que la encontrásemos?

—La conduces á tu misma casa.

—Está bien, señor.

El hombre desapareció.

Como se ve, D. Vela no cedia un solo punto de su empeño.

Despues de esta pequeña, pero acaso trascendental conferencia, llamó á otro de sus secuaces.

—Escúchame,—le dijo,—y procura guardar bien en tu memoria cuanto voy á decir.—En la Judería hay una casa cuyos moradores son altamente sospechosos (y le dió las señas de la morada del paje); vigila noche y dia cerca de ella, y dame con frecuencia cuenta de las personas que allí concurran, y de cuantas novedades puedas observar y merezcan la pena de saberse. ¿Estás bien enterado?

—Sí, señor conde.

—Pues da principio á tu servicio desde ahora.

—¿Nada más?

—Nada más.

El segundo hombre salió tambien, y detrás de él el conde, que se dirigió al alcázar.

Al mismo tiempo que pisaba sus umbrales, nueve ginetes, que tanto tenían fachas de soldados como caras de asesinos, abandonaban la capital para seguir camino adelante hácia la Rioja.

Dejemos á cada cual en la forma y manera que les vemos, y entremos por algunos instantes en la cámara del rey.

En aquel momento le acompañaba el conde Sabiniano, cuyas visitas eran más frecuentes desde que salió de las prisiones del alcázar, y más expansivas durante el tiempo que el privado no se había encontrado en la còrte, en el cual no pudo ejercer su exquisita y continua vigilancia sobre el monarca.

CAPÍTULO XLVII.

El aviso.

—Pues creedme, señor,—decía Sabiniano á D. Ordoño.—No es cosa que debeis olvidar, pues el del Carpio es temible, y sus resentimientos antiguos y grandes.

—Nada se ha vuelto á saber de él desde su evasion.

—Sin embargo, creed, señor, que no perderá el tiempo.

Aquí llegaban, cuando entró un empleado de la casa con un pergamino que puso en manos del rey.

Este le abrió, y despues de leerle, miró con estupor á Sabiniano.

—Pardiez,—le dijo,—que teniais sobrada razon. Leed ese pliego, y decidme si yo debo perdonar á quien de esa manera desafía mi poder, ultrajando su patria.

Sabiniano leyó.

«Dos enemigos implacables combaten vuestro trono. El conde D. Vela, que adormece vuestro corazon, para hacerse dueño del reino. Bernardo del Carpio, que se venga de antiguas y crueles ofensas, buscando en las lanzas agarenas el desquite de los sinsabores que le ocasionara el rey.

»Si quereis conservar vuestra corona, desterrad al privado. Si quereis guardar la paz en vuestros pueblos, dad al del Carpio seguridades y garantías para lo por venir.»

El conde á su vez miró atentamente al soberano.

—¿Qué juzgais del aviso?

—¡Qué he de juzgar! Que nuestra situacion se calmó por pocos días,

y que apenas pasaron las circunstancias más difíciles, las discordias vuelven á aparecer, con nuevos y más terribles elementos que antes.

—¡Ah!... ¡Bernardo! ¡Bernardo!... No se equivocó mi padre cuando á todo trance trató de destruir tu raza. ¡Valiente eres, por mi vida! Pero interin cuentas un solo día de existencia, no estará segura mi corona.

—Creo que exagerais, señor. Permitid que con franqueza os lo diga un servidor leal, que sabría consagrar á su rey hasta la última gota de su sangre.

—¡Que exagero! ¿No es cierto acaso lo que digo?

—Conforme se considere.

—La guerra que hizo Bernardo á mis pueblos antes de su prision...

—Fué cruel, muy cruel. Genio del mal para vuestro estado; ángel exterminador para vuestra familia, su voluntad y su espada se convirtieron en azote de este alcázar. Muchas veces por él vaciló el trono, y solo su castillo de Saldaña ha hecho perder á vuestro padre más soldados que cien batallas dadas al agareno.

—¡Oh!... no me lo recordeis.

—Sus banderas fueron durante cierto tiempo la más sangrienta y segura señal de la rebelion, y su marcha por lo regular se distinguía por la matanza y por el exterminio.

—¡Infame!...

—Todo lo que acabo de expresar es cierto. Pero señor, vos tan justo, tan bueno, tan imparcial, ¿podeis dar al olvido las causas que produjeron aquellas conmociones tremendas?

—¡Sabiniano!

—De mis labios, señor, solo escuchareis la verdad. Enmudecieran si yo alcanzara que otra cosa debía hacer. Á trueque de contrariaros, á trueque de perder vuestra gracia, yo por agradecimiento y por conciencia, seré aquí el único, el solo hombre que hablará al rey el lenguaje puro y sencillo de la verdad, de la franqueza.

—¡Qué quereis decir!

—Quiero decir, señor, que aun cuando un vasallo jamás tiene razon para levantarse hasta el monarca, hay ocasiones en que estos actos llevan consigo...

—¿Una disculpa?

—No, pero sí una excusa.

—¿Y al del Carpio?...

—Se le puede excusar, en mi concepto.

—Jamás.

—La libertad de su padre...

—Su padre fué un traidor para el mio; manchó el lustre de su corona y...

—Pero escuchad. ¿Vuestro mismo padre, no ofreció al del Carpio la libertad del conde de Saldaña?

—¡Oh!...

—¿El rompimiento del ominoso tributo de las Cien doncellas, no fué la condicion que se le impuso al hijo para alcanzar la salvacion de su padre?

—Eso cuentan; pero...

—¿Y sabéis como se cumplió aquella promesa? ¿Sabéis qué presente se ofreció al infante, cuando al regresar del campo de batalla pidió el premio de su victoria?

—Sí, se le dió lo ofrecido; se le dió...

—El cadáver del conde de Saldaña, asesinado vilmente por mandato del conde D. Vela.

—Y aunque esa desgracia aconteciera, ¿qué culpa podia tener el rey de los crímenes de su privado?

—Dispensad, señor, que las apariencias en ciertas ocasiones...

—¿Y qué ocasiones,—le interrumpió con arrogancia D. Ordoño,—pueden autorizar á un noble á calificar de infame la conducta del rey?

—Pensad, señor, que era un hijo...

—Un hijo que, por mi fé, se vengó con usura del pecado que lanzó impremeditadamente sobre la frente de mi padre. Un hijo que faltando á lo que las leyes del honor ordenan, sale hoy fugitivo de su encierro para combatir mañana al lado de Muza contra su patria y sus hermanos. Un hijo, ¡vive Dios! que prescindiendo de su resentimiento conmigo, quiere regar los campos con sangre cristiana, con sangre española.

—¡Oh!... Tranquilizaos por Dios, señor.

—No, conde Sabiniano; la defensa que hicisteis de ese guerrero, es injusta. Él ha quebrantado todas las prescripciones que cumplen á un caballero. Ha faltado á las obligaciones que con su patria contrajo. Ha insultado y ofendido mortalmente el honor del rey... y no hay para él tregua ni perdon. Yo debo exterminar esa raza, y por mi nombre os juro...

—¡Ah!... ¡No jureis, señor! Acaso un dia ese mismo guerrero pueda ser el mejor sosten de vuestro trono.

Los dos guardaron silencio.

El rey fué el primero en romperle.

—¿Y qué juzgais,—dijo con cierta expresion de sarcasmo,—de las indicaciones que hacen respecto á D. Vela?

—No me atrevo á decíroslo, señor. D. Vela es mi enemigo, y mis palabras pudieran parecer apasionadas.

—Vos sereis justo, y más aún si es á mí á quien expresais vuestra opinion.

—¡Oh!... De hecho que mis resentimientos con ese hombre no harán que respire en mi pecho una saña cruel como la suya. En fin, señor, ¿quereis que os diga lo que de ese aviso creo?...

—Sí; decídmelo con entera franqueza.

—Pues bien; yo comprendo que la calma que hoy observamos en derredor es ficticia, momentánea, contenida solo por el espíritu de nacionalidad que la guerra ha despertado. Creo, señor, que están próximos, muy próximos, acontecimientos importantes y de trascendencia que no podemos en el momento prever, y que antes de mucho seguirán otro rumbo los asuntos públicos, tomando una nueva fisonomía, un aspecto distinto, una nueva forma de ser, vuestro reinado. El espíritu público avanza sin sentir; está ganoso de libertades y derechos; necesita un rey justo, bueno, cuidadoso, pero independiente y conocedor de sus pueblos. Quiere garantías para sí, y una administracion sabia y prudente, que en vez de servir de rémora á sus adelantos, se trueque en nuevo impulso para su desarrollo y engrandecimiento.

—¿Y vos creeis?...

—Que sois ese rey; pero preveo que la rémora que rechazará con energía vuestro pueblo, es...

—¿Quién?

—D. Vela.

—¿No creeis en su enmienda?

—No; os lo confieso.

—Es decir, que vos encontrais la dificultad de nuestros asuntos...

—En la fatalidad y poco acierto de nuestra administracion. El pueblo, señor, se ilustra; sus conocimientos ensanchan, y el raciocinio viene á explicarle el bien y el mal que de las cosas resulta. Comprende que en este desgraciado país viene predominando, enseñoreándose una política desastrosa, hija de la ambicion, del odio, del deseo de hacerse poderosos; alcanza fácilmente que esta política lleva consigo dos males terribles, fatales: las discordias civiles y la ruina del país; y al convenirse de estas grandes verdades, pide la paz, el sosiego, la confianza, el crédito, seguro de que solo por estos medios pueden los pueblos ser

grandes y producir buenos resultados para sus hijos. ¡Me preguntais si creo en la enmienda del conde! ¿Creeis vos que los rios pueden variar su corriente? ¿Creeis que pueden cambiar de orden las estaciones? ¿Creeis que los astros marcharán alguna vez en opuesto sentido? Pues tan fácil como cualquiera de estas cosas, encuentro yo que D. Vela abandone su sistema de gobierno.

—¡Oh!...Vuestras palabras desconsuelan.

—Es la amarga realidad, en mi juicio.

—¿Cómo evitar los males que preveis, por más que yo no los encuentre tan inmediatos?

—Tomando vos una parte muy activa en los negocios; haciendo que comprendan los pueblos que si ese hombre permanece á vuestro lado, no es por eso dueño de vuestra voluntad. Entiendan ellos que solo es el brazo que ejecuta mientras el rey es la cabeza que piensa y la autoridad que manda, y bien pronto se trasformará el aspecto del país, y se guiará la corriente de la opinion por el camino que nunca debió perder.

—Acaso tengais razon.

—Pienso que os lo ha de demostrar el tiempo.

—Dejemos que las cosas sigan su curso; veamos lo que el conde imagina, que yo calculo que con mi experiencia y vuestro consejo, todo se ha de remediar.

—¡El cielo os escuche!

Y el conde, satisfecho de sí mismo, como debe estarlo el hombre que con entera conciencia y con inquebrantable fé expone la fiel expresion de sus sentimientos cuando á ellos se apela, salió de la cámara del rey.

Apenas habia desaparecido, cuando una puertecilla secreta se abrió, apareciendo en su dintel doña Munia.

¡Ah!... ¡Sois vos!—exclamó al verla D. Ordoño.—No os esperaba á tales horas. ¿Á qué debo la dicha de teneros á mi lado?

—Es bien sencillo, Ordoño. Desde que sabeis la terminacion feliz de la guerra, y desde que aquella principió, estais tan preocupado, que apenas tengo el placer de veros un instante á solas, para ofreceros la fé de mi alma y las protestas de mi amor.

—Gracias, gracias, Munia mia. De hoy en adelante ya podré dedicar más tiempo á nuestro cariño. ¡Vos no sabeis cuánto lo deseo! Solo comprendiendo lo que en mi pecho pasa, podriais valorar lo que el no veros me contraría.

—Os agradezco ese buen deseo, Ordoño. ¡Quiera el cielo que vuestro

ofrecimiento se realice, pudiendo concederme algunos momentos más de felicidad!

—¡Oh! Sí; estad segura de ello; la paz se asegura ya en el reino, y por dicha podremos disfrutar de alguna quietud, de algun reposo.

—Permítalo Dios, que buena falta nos hace. Pero ¡ay, Ordoño, que temo que no suceda tal cual vos lo decís!

—Temor infundado, Munia.

—No es mi temor, sin embargo de que por vos siempre le tengo; es la tradicion que á través de los tiempos se levanta; son los presentimientos de este corazon que nunca me ha engañado; es, en fin, la desconfianza que ha logrado apoderarse de mí.

—Pero esa desconfianza debe tambien tener su término. ¿Cuándo?...

—Cuando desaparezcan para siempre los obstáculos que se oponen á nuestra completa felicidad; cuando vea desvanecidos los inconvenientes que luchan tenaces con la buena suerte que caber debiera á nuestros pueblos; cuando vea saltar á la monarquía sobre el insondable precipicio que amenaza absorberla.

—No os comprendo, Munia; ¿de qué precipicios, de qué tradicion hablais? Dad lo pasado al olvido, y decidme con ingenuidad si la situacion pasada puede compararse á la presente. Han cesado las antiguas rencillas de la corte. Procuro arreglar en lo posible la administracion del Estado. Pienso en reedificar ciudades, en levantar templos, en hacer justicia igual á todos mis vasallos. Las conspiraciones y planes de sedicion han terminado con esta gloriosa campaña. En una palabra; la situacion es favorable, y creo que podré afianzar de una vez la paz y la seguridad de los pueblos. Solo una cosa me afectaba, y esa la he encontrado tambien. Nadie queria en la corte ni fuera de ella á ese infeliz á quien sin razon llaman mi favorito.

—¿Acaso no lo es?

—No, doña Munia.

—¿Qué es entonces?

—En realidad, solo el instrumento de que quiero valerme para acabar de organizar mis planes.

—¡Ah!...

—Pero no queda aquí. Os decia que el país odiaba anteriormente á D. Vela, y hoy... ya veis, le aclaman, le respetan; esperan de él algo bueno.

Doña Munia oia á su esposo, pareciéndole un sueño cuanto escuchaba. Mirábale con marcado asombro, y sus ojos procuraban encontrar una

señal siquiera que protestase contra aquellas palabras. Pareciale mentira que D. Ordoño pudiera expresarse en aquellos términos, conociendo, como ya conocia, á su privado. Observó el rey lo que por su esposa pasaba, y una amarga pero imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Conque tan felices son los pueblos; tan querido D. Vela; tan distintas las circunstancias?

—Sí, querida Munia; verdad es todo eso, ó mienten por completo los indicios que lo hacen creer.

—¡Ay, Ordoño! Ignoro en este momento si vuestra alma encierra otro sentimiento; no sé si vuestra lengua expresó toda la verdad de vuestro corazon; pero sea como quiera, os diré con franqueza que no considero tan estable la paz y seguridad del reino.

—¡Siempre lo mismo!

—No.

—¡Siempre recelosa y llena de temores!

—Eso consiste, Ordoño, en que conozco á nuestros enemigos.

—¿Creeis que los podemos tener?

—Implacables.

—¡Qué preocupacion!

—Vuestros enemigos y los mios son los mismos precisamente que reciben más beneficios. Aquellos que debiendo estar fuera de nuestros reinos, por perjudiciales al Estado y traidores al rey, se ven considerados, llenos de honores, de distincion. Esos, señor, son los que sin duda alguna nos hacen más daño, y los que poco á poco y villana y misteriosamente procuran aminorar el esplendor y brillantez de vuestro trono.

—No delireis, Munia.

—Esto, en cuanto á los hombres. En cuanto á las cosas, tampoco puedo desgraciadamente abrigar la confianza que vos.

—Vuestra manera de considerar estos asuntos...

—¡Oh!... Es que yo tambien tengo mi experiencia; y por ella alcanzo á deducir que estas circunstancias han de pasar rápidamente, sucediéndose lo que siempre constituye mi temor, lo que siempre á mi pesar me asusta.

—¿Y puedo saber?...

—Sí; la guerra civil; las sublevaciones, que forman, por decirlo así, una necesidad en nuestro pueblo. Esta calma aparente no es más que el silencio precursor de la tormenta. Creedme por mi amor, Ordoño; tratad de conjurarla, que acaso aún tengais tiempo.

—Veamos, Munia. ¿Y qué recelos son los vuestros? ¿En qué los fundais?

—En señales inequívocas, en pruebas irrecusables. Las maquinaciones de los espíritus revoltosos é inquietos no cesan, y los trabajos que conducen á la perturbacion existen.

—¡Oh!... No tanto, Munia.

—Os repito que sí.

—¿Teneis vos esas pruebas?

—Á ofrecéros las venia.

—Hacedlo.

—Vedlas aquí.

Y doña Munia presentó al rey un pergamino, que este leyó con profunda atencion.

Cuando hubo terminado,

—Decid,—le preguntó;—¿cómo ha llegado á vuestras manos este escrito?

—En mi misma cámara lo he encontrado; señal evidente de que el que allí lo ha puesto habita entre nosotros, vive en nuestra misma casa.

—Comprendereis, sin embargo, que esto es una fábula.

—¡Ay!... No, por desgracia.

—Pues no debeis dudarlo, doña Munia.

—Mi corazon me dice lo contrario.

—Vanos presentimientos.

—¿Vos lo creéis así?

—Qué deducciones sacais de este incidente?

—Las que puede sacar una mujer que os quiere con locura. Si solo se tratara en ese escrito de mi amor; si lo que se refiere á vuestros misteriosos amores hubiera yo de juzgar, aun cuando sufriera lo que debeis suponer, creeria que su autor queria valerse de esta traza con algun fin siniestro. Pero aquí hay más : se trata de cosas que no son ficcion ; se sientan precedentes y se citan hechos que, en lo porvenir, más ó menos pronto, han de dar los resultados que en ese pergamino se aseguran.

—¿Cuáles son?

—La lucha que al fin ha de estallar entre el rey y Bernardo del Carpio. La mala ventura que ha de caer al Estado por las malas artes del favorito.

—Dejad que el primero se atreva á interponerse en mi camino, y vereis cómo le pulveriza mi poder. En cuanto al segundo... creed... creed que no avanzará ni una sola línea de lo que yo me he propuesto.

—¡Ah!... Quiera Dios que el mal no sobrevenga.

—El cielo, Munia, me ayudará á conjurarlo.

—Por mi parte, Ordoño, he cumplido con lo que mi amor y mi deber me imponen. Vos hareis lo demás.

—Estoy sobre aviso, y no me dejaré sorprender por imprevistos acontecimientos.

—Escúcheos Dios,—dijo doña Munia disponiéndose á salir.

—Él nos conserve la razon, amada esposa, para defendernos de nuestros enemigos y hacer la felicidad de nuestros pueblos.

—Entretanto...

—Entretanto... tendré presente este aviso.

Doña Munia salió.

D. Ordoño guardó los dos pergaminos.

Sus labios seguian dibujando la misma sonrisa que momentos antes servia de contestacion á los argumentos de su esposa.

CAPÍTULO XLVIII.

El meson.

Un pequeño peloton de ginetes se dirigian al caer de la tarde camino adelante de la Rioja.

Otros dos, uno viejo y jóven otro, venian en direccion opuesta, desde la Rioja á Oviedo.

Los primeros escudriñaban con ojos de lince hasta las más pequeñas sinuosidades del camino que recorrian, como si con insistencia pretendiesen encontrar á alguno.

Los segundos, con los ojos fijos en el horizonte, y con el oido siempre atento, procuraban huir encuentros y evitar tropiezos que acaso les pudieran ser perjudiciales.

De esta manera, á unos y á otros les sorprendió la noche.

Los primeros aligeraron el paso con objeto de llegar cuanto antes á una venta, que solo distaba diez minutos del sitio en que á la sazón se encontraban.

Los segundos hicieron otro tanto con el mismo fin, si bien para conseguirlo habrian de tardar cuando menos una hora.

Llegaron nuestros dos ginetes, y pidieron habitacion y cena para ellos, y plaza para sus cabalgaduras.

El ventero, hombre que sin duda debia entender bien su oficio, al ver al jóven lujosamente ataviado, y al anciano que le trataba con un marcado respeto, echó sus cuentas y se propuso no perder enteramente su tiempo.

—Siento, mis nobles señores, que la casa esté ocupada casi en su

totalidad. Sabeis que la campaña contra los moros ha terminado, y aún pasan por este camino multitud de guerreros que inundan mi posada. Sin embargo, procuraré acomodaros del mejor modo posible, á fin de que no quedeis del todo descontentos.

El primer extremo del discurso del ventero no hizo mucha gracia á nuestros viajeros.

Al segundo contestó el viejo:

—Daos prisa, que lo que más importa es el descanso, por más que no podais proporcionarnos mullidos lechos en que nuestros miembros reposen.

—Al instante, señor, al instante.

Y el huésped encendió una sucia candileja, conduciendo en seguida á sus dos víctimas, que no otra cosa es el que en España, tanto entonces como ahora, se ve en la necesidad de detenerse en esta clase de mesones, por una desvencijada y carcomida escalera, á un corredor largo, estrecho, oscuro y dismantelado, en el cual se veian hasta diez y ocho ó veinte puertas, á derecha é izquierda. Todas estaban cerradas, á excepcion de tres, dos á la derecha y una á la izquierda.

Las primeras daban á unas celdas feas, pequeñas y destartalladas. La otra correspondia á un gran pajar, donde todo se podia encontrar menos la paja.

—Hé aquí, nobles caballeros, las únicas habitaciones que hoy os puedo ofrecer. Dos lechos caben en cualquiera de ellas...

—No; las dos necesitamos.

—En ese caso, no hay más que hablar; de esa manera estareis más cómodos, que para uno solo espaciosas son y desahogadas. La cena...

—Podeis servirla al punto.

El posadero lo hizo cual sus huéspedes demandaban, y una hora despues ambos se recogian, cada cual á su aposento.

Algunos momentos más tarde, rendidos por el cansancio y agobiados por las fatigas del espíritu, dormian.

Á la sazón entraban en la posada ocho hombres, mitad soldados y mitad bandidos, ínterin que otro quedaba en la puerta al cuidado de un número igual de cabalgaduras.

—¡Por Santiago!...—gritó el que al parecer hacia de jefe.—Posadero de los diablos; patron de Lucifer; ¿piensas tener hora y media de plan-ton á ocho mozos de nuestras fachas y de nuestras prendas? Vengan cuartos, cuadra y paja, ó harás que nos oigan los sordos.

Siguió la batahola y el estruendo, y más aún hubiera continuado, á

no acudir el amo de la casa más que á paso, gorra en mano y haciendo cortesías á aquella coleccion de fantasmones capaces de dar un susto al más pintado.

—Perdonad, caballeros, perdonad. Estaba en la bodega ocupado en arreglar mis pipas, porque el corazon me decia que esta noche habria en mi morada gente tan aguerrida y gentil como vosotros lo sois.

—¡Bravo por el ventero!

—Él será pesado; pero es un pillo de calidad.

—¡Sus pipas! Buen bautizo habrán sufrido.

—Y aun más, con semejante presentimiento.

En estas y otras chanzonetas prorumpió aquella endiablada cuadrilla.

—Vamos, un cuarto;—continuaron.

—Y la cena.

—Y algun vino.

—Y mucho aguardiente.

—Todo eso y más tendreis, con solo una pequeña excepcion.

—Ninguna, ninguna;—ahulló la compañía.

—Pero caballeros, seamos razonables. Yo os daré con amor, aguardiente, vino y cena.

—Pero entonces...

—Faltan, como podreis observar, habitaciones.

—¿Quieres acaso que durmamos al sereno?

—Libreme Dios de exponer al furor de un catarro tan delicadas personas. Lo que únicamente queria yo haceros comprender era que mis habitaciones todas están ocupadas, por efecto de la concurrencia que aquí se nota con motivo de la guerra. Por lo demás, mi casa está á vuestra disposicion.

—¡Donosa ocurrencia! Á nuestra disposicion, y no cabe en ella un alfiler.

—Yo lo siento; pero ofrezco lo que en este momento es mio.

—¿Y dónde cenaremos?

—En cuanto á la cena, este zaguan me parece cómodo y espacioso.

—¡Pues es verdad!

—No habia reparado.

—Bravo por el zaguan.

—Pasemos á otra cosa.

—¿Dónde dormimos?

—¡Ah! eso es más grave.

—Pero no por eso es menos necesario para nuestros cuerpos.

—¡Diablo!...

—No hay remedio. Necesitamos dormir.

—Pero señores...

—Á lo dicho me atengo.

—Camas, camas,—gritó desaforada aquella legion, armando un estrépito capaz por sí solo de despertar desde el primero hasta el último de los parroquianos.

—¡Por Dios, señores; por la Virgen santa!—Exclamó el posadero, que aunque ducho en tratar á cada cual de la manera conveniente, se encontraba apurado en aquel instante, por la situacion en que le colocaban aquellos foragidos, que á poco más pondrian en revolucion la casa, haciendo que su crédito y acaso sus intereses sufrieran menoscabo.—Por al Virgen santa,—continuó,—tened en cuenta...

—Camas, camas.

—Bien; las tendreis; pero callad... con doscientos de á caballo.

—¿Y dormiremos?

—¿Y comeremos?

—Como obispos.

—¿Y beberemos?

—Hasta las heces de mis toneles.

—Pues al avío; cerramos el trato. Que arreglen nuestros caballos, y Barrabás sea con todos.

El posadero salió refunfuñando, aburrido, mareado.

Los caballos fueron metidos en la cuadra.

—Quiera el cielo que te mueras de muermo,—dijo amarrando el último.

Despues ajustó sus cuentas, y resolvió, visto lo apurado del trance, y despues de pasar y repasar en su memoria el acomodamiento que podria dar á los alborotadores, colocarlos como Dios le diera á entender, en el pajar que ya nuestros lectores han visto al paso.

Luego les preparó la cena, y por último se la sirvió.

CAPÍTULO XLIX.

Sobre la pista.

Con inmejorable disposicion, los soldados principiaron las libaciones, y con ellas la conversacion.

El posadero les servia, atento á las menores indicaciones, inmóvil al lado de la mesa.

—Conque tanta gente, ¿eh? Soberbio negocio os espera, por vida mia.

—No tanto; este dia no compensará la mala temporada por que venimos pasando.

—Vamos, que no será tanto.

—Lo mismo que os lo digo.

—¿Teneis muchos cuartos?

—Muchos. La casa es grande, eso sí.

—Y todos ocupados.

—¿Todos absolutamente?—preguntó con intencion el jefe recordando una vez más que se les habia ofrecido que dormirian.

—Todos... á excepcion del vuestro. Otros dos me quedaban, en los cuales hubiérais podido estar tan cómodos como el mismo rey en su palacio; pero pocos momentos antes de llegar, los ocupó un jóven caballero, con otro que al parecer es su escudero ó cosa por el estilo, á juzgar por el respeto con que le trata. Ya veis, en estos momentos de apuro para mi posada, que yo tuve buen cuidado de advertirles, no han permitido ocupar una sola habitacion.

—¡Bergantes!... y nosotros somos nueve, y aún nos parecerá ancha.

—¿Y qué facha tienen esos viajeros?—preguntó el jefe.

—Son un viejo y un niño...

—¿Soldados?

—No. Parece gente de corte, en particular el pajecillo.

—¿El pajecillo decís?

—¡Oh!... si no podeis calcular la edad que representa. Parece más una tierna y delicada doncella, que un hombre destinado á dar botes de lanza.

El jefe de aquella partida, frunció las cejas.

—¿Y llegaron hace poco?...

—Dos horas escasamente.

—¿Qué camino traian?

—Lo ignoro; no les vi llegar.

—¿Y esos son nuestros vecinos?

—Tienen precisamente los dos cuartos que hay situados enfrente del vuestro.

—¡Ya!...

Y aquel hombre guardó silencio, pero se comprendia que su mente estaba preocupada por un repentino pensamiento.

Concluyeron de cenar y de beber, y precedidos del posadero, se posesionaron de su camaranchon.

Cuando todos dormian, el que capitaneaba á aquella tropa se levantó poco á poco, y procurando no hacer ruido ni despertar á sus compañeros.

Insensiblemente se fué deslizando, hasta encontrarse en el corredor.

Ya en él, y á favor de la oscuridad, pudo percibir los ténues reflejos de luz que salian á través de los resquicios de algunas puertas.

Se acercó á la más próxima.

Á los pocos instantes la abandonó.

En aquella habitacion no encontró lo que se prometia.

De puntillas, y con el mismo cuidado y precaucion, se acercó á la inmediata. Miró por la cerradura, y tampoco quedó satisfecho. Sobre la mesa ardía una pequeña lámpara. Sobre la cama, inquieto é intranquilo, dormía un viejo.

Se situó al fin nuestro hombre delante de la que estaba precisamente frente á frente del pajar, y allí la fisonomía del sicario varió completamente.

Sobre el lecho reposaba un mancebo de hechicero semblante. Su vestido y su apariencia se veian desmentidos á poco que se fijara la atencion.

Su cabeza, hermosa y voluptuosa, estaba adornada por una cabellera negra, rizada, brillante, que se destacaba viniendo á cubrir descuidadamente sus hombros y su pecho.

Ante aquella figura, hombre al parecer y ángel en realidad, nuestro curioso se quedó absorto. La fortuna le servía mucho mejor de lo que él se imaginaba.

Sus labios se entreabrieron; sus ojos se dilataron, y de su pecho quiso escaparse una exclamación.

—¡Ah!...—murmuró en tono imperceptible.—Mi fortuna está hecha si el conde cumple lo que ofrecido tiene. Es ella, es la misma,—dijo, volviendo á mirar al interior del cuarto.—Es la misma; la reconocería entre otras mil. ¡Está en mi poder! Con un pequeño esfuerzo, con un insignificante trabajo, la puerta cederá. Y está sola, enteramente sola. Sin embargo, el posadero se refería sin duda alguna á ella, y dijo... dijo que la acompañaba una especie de escudero. ¡Bah! Con un poco de esmero la cosa se hará que ni pintada, y cuando quieran recordar, la paloma estará lejos.

Y esto diciendo volvió donde sus compañeros dormían, despertándoles uno por uno.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué nos despiertas á estas horas?

—Esto es una picardía.

—¿Cuando aún no han pasado los hervores del vino!

—No parece sino que el conde...

—Silencio, borrachos desalmados, que me vais á echar á perder el negocio con vuestras voces.

—¿Pero qué negocio es ese?

—¿De qué se trata?

—Del encargo que en Oviedo se me encomendó.

—¿Pues no debíamos evacuarlo?...

—Sí, en la Rioja.

—Entonces...

—Nos quieren ahorrar la mitad del camino.

—¡Ah!...

—Eso es otra cosa.

—Ved, en ese cuarto de enfrente...

—¿Qué?

—En ese cuarto está el sugeto de quien debemos apoderarnos.

—¿Ahí?

—Justamente.

—¿Y qué debemos hacer?

—Es muy sencillo.

—No tanto, que alborotaremos la posada.

—Procuraremos evitarlo á toda costa.

—Pero si no lo conseguimos...

—Pegaremos fuego al meson, y el escándalo será completo.

—Me parece lo mejor.

—Antes intentaremos otro recurso.

Los foragidos, que tal parecian, aplicaron el oido á las instrucciones que el que los mandaba iba á formular.

—Tú, —dijo á uno de ellos, —baja á ensillar los caballos; pero hazlo de manera...

—Que nadie se entere.

—Eso es.

Y el hombre desapareció.

—Vosotros estad prevenidos, y cuando yo abra la puerta de esa celda, acercaos á ella con el mayor silencio posible.

—Entendido.

—Cuidado, que de vuestro sigilo pende el buen éxito de la empresa.

—Si alguno viene...

—No chistais.

—Si nos descubre...

—Le imponeis silencio.

—Si se resiste...

—Le mandais con Lucifer.

Dicho esto, y sin detenerse un solo punto, se encaminó de nuevo á la puerta.

Sus dedos buscaron las uniones de la cerradura.

La llave estaba echada.

Considerando que podia perder el tiempo en tentativas inútiles, dejóse de reconocimientos y se propuso hacerla saltar.

Á este fin sacó su daga y la introdujo por entre aquella y la madera.

Á los dos minutos la puerta se abria, y el comisionado especial del conde D. Vela estaba al lado de Ildaura.

Á una y otro habrian conocido ya nuestros lectores.

Nuestro hombre dudaba aún sobre lo que haria, cuando sus compañeros se le acercaron.

—Tápale la boca, —dijo uno de ellos.

—Eso pensaba,—contestó el jefe.

Acto seguido estuvo hecha la operacion, y suspendido en el aire el delicado cuerpo de la dama.

Despertó.

Al verse conducida de aquella manera, por aquellos hombres, en los cuales reconoció á sus raptos de la Rioja, su corazon se comprimíó, quiso lanzar un grito, pero la voz se ahogó en su garganta y solo pudo comprender que estaba perdida.

Entonces cedió á su terror; la mujer apareció tal cual era, débil y temerosa; su cabeza fué á descansar sobre el hombro de uno de aquellos feroces soldados; sus ojos se cerraron, y quedó sin sentido.

Poco despues se oyó distintamente el ruido que producian nueve corceles al escape.

Los habitantes del meson despertaron sobresaltados.

Los emisarios del favorito del rey se alejaban como un escuadron fantástico entre la sombras de la noche, llevando en su poder la prenda, el talisman precioso que debia constituir su fortuna.

CAPÍTULO L.

Preocupaciones.—Andrés.

D. Ordoño llegó á persuadirse de que los consejos de su esposa, las indicaciones del conde Sabiniano y los avisos que tanto la primera cuanto él mismo habian recibido, eran una verdad. Pasados los primeros momentos de despecho, D. Ordoño se dejaba arrastrar hácia la preocupacion de una manera exagerada; y cuando esto sucedia, lejos de encontrar las cosas fáciles, asequibles, inferiores á su poder y á su voluntad, las consideraba peligrosas, temibles, oscuras, llenas de riesgos, de inconvenientes, de escollos, que hasta podian regular el porvenir de su destino. Entonces bullian en su cerebro los pensamientos más tristes, más desconsoladores; y entonces aquel monarca de tan risueño porvenir al ceñirse la corona; aquel rey en cuyos nobles sentimientos depositaron los pueblos su fé entera; aquel soberano de cuya alma podia muy bien decirse que estaba envuelta en luz y sombra, perdia la conciencia de sí mismo, miraba con miedo hácia adelante, y temblaba por su corona. Corazon grande, pero que ocultaba en sus pliegues los vicios y la ignorancia de la época, sabia inundar los consejos de proyectos acertados; los campos de batalla de cadáveres enemigos; el país de mejoras materiales, y algunas de ellas imperecederas, al mismo tiempo que su espíritu desfallecia ante el oculto poder de un presentimiento, ante la idea fascinadora de un presagio, ante un signo cualquiera, forjado muchas veces por su capricho.

En los momentos á que nos referimos, D. Ordoño se encontraba bajo esta presion.

El recuerdo de Bernardo del Carpio le atormentaba á su pesar.

La suerte que cupo al conde de Saldaña, su padre, muerto en su mismo encierro durante el reinado de D. Ramiro; el dolor de aquel hijo, víctima inocente del extravío de su padre y de un crimen horrible; la influencia de aquel guerrero, querido de todos y terror de las huestes enemigas; la injusticia que con él se habia ejercido, teniéndole hasta el momento de su evasión en un encierro, sin otra causa que el haber hecho armas contra el rey difunto, en desagravio de la muerte de su padre; todo esto que algunas horas antes encontraba el monarca como la cosa más natural, sencilla y lógica, trocábase ahora en temor para lo presente y recelos para lo porvenir.

Ignoraba qué hacer para cortar el vuelo á aquella nueva idea de la revolucion, y por más que hacia, todos sus cálculos terminaban por un arreglo imposible, ó por un impedimento irrealizable.

Á esta sazón entró D. Vela en la cámara.

Su palidez era mayor que de costumbre.

Su mirada más sombría, más cavernosa, más inquieta que nunca.

El rey lo advirtió.

—¿Estais enfermo, D. Vela?—le preguntó.

—No, señor, gracias al cielo.

—Vuestro rostro...

—Si le veis de comun marchito, culpád solo á los afanes y cuidados que me rodean. Mi salud, á Dios gracias, es inmejorable.

—¡Oh!... Yo os agradezco ese desvelo, ese afan que teneis por las cosas del reino.

—Cumpló con mi deber y nada más. Para no cuidar con solícito esmero de cuanto á vuestros pueblos atañe, mi mision tendria necesariamente que terminar.

—Decis bien. Y á propósito de mis pueblos, veamos, conde; ¿qué efecto creéis que pueda producir en ellos la existencia de Bernardo del Carpio y su odio para conmigo?

—Señor... la pregunta es de solucion muy difícil.

—¡Oh!... Lo sé, conde, y porque lo comprendo, os lo pregunto.

—El del Carpio es rencoroso y arrogante.

—¿Y vos calculais?...

—Calculo que pretenderá devolveros con usura el daño que ha recibido.

—Amargo legado me dejásteis con ese hombre, conde D. Vela; si tuvisteis el valor del castigo... ¿por qué no tuvisteis la energía de terminar este gérmen de funesta lucha?

—Perdonad, señor; yo...

—Vos, D. Vela, habreis hecho en esta historia lo que ni yo quiero adivinar, ni vos debeis decirme. Pero es lo cierto que ni los antiguos odios ni las venganzas presentes son culpa mia, y sin embargo, de por fuerza he de aceptarlas, si he de salvar á mis estados de una guerra sangrienta y fratricida, tal vez muy próxima á estallar.

—¿Eso juzgais, señor? ¿Tan cercano é inminente veis el peligro?

—Sí, muy inmediato; muy inminente, y terrible y fatal, despues de todo, para mi reinado.

—Ignoro absolutamente los motivos que tendreis para abrigar ese recelo.

—¡Que lo ignorais! ¿No sabeis acaso que el del Carpio se encuentra en libertad? ¿No sabeis que su influencia, su prestigio con el pueblo es grande? ¿No sabeis que el odio ha de ser el regulador de su conducta? Pues si todo esto sabeis, es fácil deducir que tal vez en este instante se estará preparando la destruccion de la monarquía.

—¡Oh!... No tanto, señor; debeis tambien suponer que tamaños trabajos no se disponen sin que algun indicio venga á revelarlos.

—¡Indicios! ¿Los teneis por ventura del sitio donde mi enemigo se oculta? ¿Sabeis lo que ha sido de él?

—Con entera seguridad no lo sé aún; pero tengo motivos para creer que el del Carpio, antes de lanzarse á una lucha en que segun mi opinion perderia, intentará pedir al rey seguridades, que una vez concedidas, podrán hacer de él un fiel vasallo.

—Jamás se las concederia. Las seguridades que á él se le diesen, se convertirian en otros tantos motivos de traiciones y asechanzas. Ese hombre nunca perdonará á quien, con culpa ó sin ella, ha labrado gran parte de su desgracia.

—Es decir, señor, que aun cuando él buscara una reconciliacion...

—Yo se la negaria.

—Es decir, que si implorase la compasion y el olvido del rey...

—Creeria yo, ó que Bernardo del Carpio me engañaba, ó que habia perdido el último resto de su valor y dignidad. Hay cosas, D. Vela, que no se olvidan; hay razas que solo viven odiándose.

—¿En tal caso, quereis?...

—Quiero solo conseguir hoy lo que ayer no se ha realizado; quiero

vivir tranquilo á lo menos un dia; quiero que desaparezca ese enemigo de mi sangre y de mi honra. Por primera vez en mi vida siento en mi corazon este deseo; por primera vez me ahoga la sed de exterminio; por primera vez necesito la desaparicion de un hombre.

Y esto lo expresaba D. Ordoño convulso, extraviado, con una especie de vértigo sangriento que, como decia muy bien, jamás habia sentido.

El privado le contemplaba con miedo, porque para él era una cosa de todo punto extraordinaria aquella fiebre, aquella exaltacion que rayaba en delirio.

Calló D. Ordoño, y el conde por su parte no se atrevia á romper aquel silencio.

Pasados algunos instantes, el primero prosiguió, aunque ya más re-
puesto y más tranquilo:

—Comprendereis por lo que acabo de indicaros, que necesito concluir á toda costa con este nuevo gérmen de discordias.

—Para serviros, señor, espero vuestras órdenes.

En aquel momento D. Vela no era el favorito audaz que ejercia sobre el soberano una influencia irresistible. En aquel momento era solo un hombre subyugado por una voluntad superior; un hombre que consultaba su conciencia, y ella le decia que aquel conflicto era una consecuencia más de su conducta torpe y culpable; un súbdito que de una parte veia su delito, y de otra consideraba su ambicion, sus deseos.

—Mi voluntad,—continuó el rey,—se reduce á una fórmula enteramente sencilla.

—Decidla, si gustais.

—Quiero que averigüeis en un término breve, perentorio, el paradero de ese hombre.

—Sereis servido.

—Este será un nuevo lazo que os captará mi aprecio, mi estimacion.

—¿Qué no haré yo, señor, por conservar un sentimiento que es el único deseo de mi existencia?

—Pues no se hable más del asunto.

—Procuraré que quedeis tan bien servido como deseais.

Quedó solo el rey, y el privado se dirigió á su morada.

Al ganar la esquina de la plaza, un hombre le salió al encuentro.

—Señor conde,—dijo con cierto misterio.

—¿Quién va?

—Soy yo.

—¿Estás de vuelta?

—Ya lo veis.

—Pronto me parece.

—Y con buena suerte.

—¡Con buena suerte!

—Inmejorable.

—¡Ah!... Tu comision...

—Está cumplida.

—¿Y con buen resultado?

—Cual podiais apetecer.

—¡Dios mio!... ¡Será posible!... Al fin...

—Cual me ordenásteis, la dama está en mi casa...

—¡Silencio! ¡Silencio!—exclamó D. Vela, con una emocion imposible de explicar.—Sígueme, que estas cosas necesitan mucha discrecion y reserva.

Y los dos, uno en pos de otro, siguieron su camino.

De la misma manera subieron hasta la cámara del privado.

Al mismo tiempo un pobre viejo se acercaba á un hombre fornido y vigoroso, mal fachado y de peor semblante, que se paseaba cruzado de brazos y con aire distraido, cerca de una de las puertas de la ciudad.

—Decidme, compañero, ¿sois de Oviedo?

—En este momento, sí.

—¡Oh!... No os pregunto yo por sandez lo que acaso pueda interesarme mucho.

—Pues si tanto os interesa, preguntad, y yo os contestaré.

—¿Conoceis en la capital á un tal Daniel, servidor de una dama que ha estado por capricho ó por extravagancia en las últimas jornadas de la Rioja?

El hombre miró de hito en hito á su interlocutor.

—¿Sabeis,—le contestó,—que con esas señas no es fácil daros razon de lo que buskais?

—¡Oh!... ¡Por Santiago!—exclamó el viejo con desesperacion,—ya sospechaba yo que no seria cosa muy corriente el dar con ellos. ¡Si á lo menos aquel maldito hombre no hubiese abandonado tan pronto su cabaña!... ¡Todo desde ese instante se nos trastornó!

—¿De qué hombre y de qué cabaña quereis hablar?—preguntó con curiosidad el otro.

—Nada hace al caso. Me referia á la choza en que ese Daniel ó diablo moraba durante la campaña.

—¿En la Rioja?

—Cierto.

—¿Estuvisteis allí?

—Por mi desgracia, que ya mi edad cansada no me permite andar en estos trotes.

—¿Decis que ese Daniel ocupaba una choza?

—Sí, y por cierto situada de una manera que creí imposible encontrarla.

—¿Estaba en el bosque?

—En el lugar más intrincado.

—¿En medio de la maleza y cerca de un precipicio?

—Sí, y por añadidura al pie mismo de una montaña inaccesible.

¿Pero acaso vos?...

—¿Qué?

—¿Estuvisteis también?...

—Por casualidad.

—¿Y visteis á ese sugeto?...

—Un poco, si es el mismo á que os referis.

—¡Oh!... De seguro lo es.

—Dijisteis que con él...

—Sí, iba una dama.

—Entonces, es otro.

—¿Por qué?

—Porque á este no le acompañaba mujer alguna.

—¿Iba solo?

—No, tenía á su servicio un paje...

—¡El mismo! ¡El mismo!... ¡Ah!... Vos le conocéis; decidme, ¿sabeis dónde está? ¿Qué ha sido de él?

—Creo que está en Oviedo.

—¿Sabeis su casa?

—Me parece... me parece que sí.

—¿Y podriais guiarme á ella? ¿Designármela al menos?

—Con mil amores; pero si la persona que yo me figuro es la que vos buskais, temo que no podais verle en muchos días, pues...

—¿Qué?

—Está rodeado de graves ocupaciones, y solo siendo lo que teneis que tratar una cosa muy urgente...

—¡Urgentísima! Tanto, que acaso por ella esté desesperado el caballero.

—¿Se refiere acaso?...

—Decid.

—¿Al paje?

—¡Ah!... ¿Vos sabeis?—dijo receloso el viejo, mirando con insistencia á su interlocutor.

—Yo, buen viejo, no sé más que lo que os he dicho; pero seguidme si quereis, que os guiaré de buen grado á la morada del sugeto que buskais.

—Ya os sigo, y que el cielo os lo premie.

Y esto diciendo, el viejo y su acompañante penetraron en Oviedo.

Á los pocos minutos llegaron á la Judería.

Ya en el portal de la casa, el que iba delante lanzó un silbido.

La puerta se abrió.

En el dintel apareció otro hombre.

—¿Eres tú, Arnaldo?—preguntó al que llegaba.

—El mismo,—respondió el interpelado.

—¿No vienes solo?

—No.

—El que te acompaña...

—Es un hombre que segun dice llega ahora de la Rioja.

—¿Qué quiere?

—Ver al capitan.

—En este momento es imposible.

—¿Duerme?

—Departa con el otro...

—Pues escucha.—Y Arnaldo le dijo algunas palabras al oido.

—¡Ya!—murmuró su compañero por toda contestacion, subiendo al mismo tiempo la escalera más que á paso.—Un minuto no era pasado cuando volvió á aparecer.

—Podeis pasar,—dijo;—mi señor os espera.

El viejo subió.

Al final de la escalera le esperaba Daniel, que sin más preámbulos le condujo á una pieza inmediata, preguntándole con brevísimo acento:

—¿Venis de la Rioja?

—Sí, señor; de allí vengo.

—Me traeis nuevas...

—Importantes, á ser vos la persona que yo busco.

—Sospecho que soy el mismo.

—Sin embargo, no habiéndoos encontrado en el sitio en que primero

os busqué, lo cual me habria dado una entera seguridad de que no me equivocaba... preferiria...

—Acabad.

—Ver á vuestro lado...

—¿Á quién?

—Á otra persona á quien conozco mucho, y por la cual he dado en otro tiempo mi sangre.

—No os entiendo,—le interrumpió Daniel, que se desesperaba ante aquellos preámbulos.

—Pues es bien fácil entenderme.

—¿Vos venis?...

—Mandado por otro.

—¿Ese otro es?...

—Un paje á quien debeis conocer.

—¡Oh!... Sí, sí; acabad, decid; ¿qué ha sido de él?

—¿Esperais nuevas suyas?

—Me desesperaba por no tenerlas.

—Bien; probad que sois vos el que yo busco...

—¿Pero cómo probarlo? ¿No os basta mi palabra?...

—¿Á mí, sí; pero...

—¿Seré yo bastante garantía para que digais lo que sabeis?—exclamó otra voz róbusta y varonil á la espalda del mensajero, que se volvió como movido por un resorte.

—¡Gracias, Dios mio!... ¡Ah!... ¡Vos sois, señor! El viejo soldado morirá al fin con el consuelo de haberos visto; de haber besado vuestras manos.

—¿Era yo esa persona á quien queriais ver?

—¡Sí, vos, señor! Sabia que al fin os habiais librado de vuestros enemigos; sabia que estábais al lado de este buen caballero.

—Pues ahora, hablad.

—Lo haré, lo haré de buen grado, por más que mi venida os ocasione un disgusto.

—¿Qué decis?—exclamaron á un tiempo Bernardo y Daniel.

—Sí; soy mensajero de malas nuevas; pero al menos no ignorareis lo ocurrido, y yo cumpliré lo que á la dama ofrecí.

—¿La habeis visto? ¿Sabeis?...

—Todo, todo me lo ha confiado.

—Pues si es así, hablad; hablad pronto, porque esta incertidumbre nos tiene sin vida.

Entonces Andrés, que ya nuestros lectores le habrán conocido, contó á los dos caballeros, que afanosos le escuchaban, cuanto habia sucedido desde el momento mismo en que Ildaura llegó á su morada, hasta el en que desgraciadamente desapareció.

Á falta de otros detalles, les refirió punto por punto los que el posadero pudo proporcionarle respecto á los raptos, su número y su porte.

Cuando terminó, los caballeros continuaron guardando silencio. Bernardo del Carpio fué el primero que habló.

—Cumplisteis como honradísimo soldado. El servicio que hoy me haceis, es de esos que tan solo se recompensan con una gratitud profunda, infinita. Ved en qué puedo complaceros, y á vuestra vez sabreis cómo sé yo agradecer.

—Gracias, señor, gracias. Como hombre, la satisfaccion de mi conciencia me remunera. Como soldado, el haberos consagrado un pequeño sacrificio constituye mi mejor galardón. Solo siento...

—Os creo; pero el destino es superior á la voluntad de los hombres.

Dicho esto, rogó á Andrés que descansara algunas horas si de nuevo se habia de poner en camino. Pero este se negó, ante la idea de que su hija se habia quedado enteramente sola. Despues de mil protestas de gratitud y afecto volvió á salir de la ciudad, y montando en su caballo, que á prevencion dejó en un meson próximo, se encaminó á buen paso hácia su vivienda.

CAPÍTULO LI.

Precauciones.

Bernardo y Daniel ya no tenían fuerzas para sufrir. La resignacion se agotaba, y el espíritu, enteramente cansado, decaía.

Doce años de continuos sufrimientos, para perder en un solo instante el móvil de todas sus aspiraciones, era un golpe asestado con sobrada fuerza para que con impasibilidad pudieran resistirlo.

Ni acertaban ya á convenir los medios de salvacion de que disponer podian, ni veian la manera de torcer el rumbo á su fortuna. La fatalidad era más fuerte que ellos, y no habia defensa para aquellos ataques imposibles de contrarestar.

Daniel seguia pensativo.

—Ya lo ves,—le dijo el del Carpio;—inútil parece el que nos afanemos, cuando está escrito que seamos siempre desgraciados.

—¡Quién sabe!

—¡Oh!... No lo dudes. ¿Acaso no te persuade de esta verdad el considerar que se pierde la dicha en el instante de tocarla? ¿No encuentras en todo esto la accion de una fuerza irresistible, mayor, mucho mayor que la nuestra?

—Yo, señor, veo á mi manera las cosas...

—Es decir que lo que hoy pasa...

—Encuentro que pudiera ser un bien para nosotros, dada nuestra situacion primera.

—No te entiendo, Daniel.

—Me explicaré. ¿No perdimos á Ildaura en la Rioja?

—Sí.

—¿No ignorábamos lo que le podía haber sucedido?

—Sí.

—¿No contábamos como empresa punto menos que irrealizable el averiguar su paradero?

—Sí; todo es verdad.

—Pues con que compareis la falta absoluta de antecedentes que antes deplorábamos, con los que ese hombre nos acaba de suministrar, comprendereis que ha mejorado nuestra situación de una manera notable.

—Piensas...

—Que no peligrando el honor de mi señora, porque ambos la conocemos bien, para no dudar que antes perdiera la vida, encontrarla es cuestión de días, siendo para ello lo principal el estar seguros de su suerte.

—Pues que está en poder de nuestro enemigo, es indudable.

—Tanto, que á él se ha de dirigir desde ahora nuestro cuidado. Pero se me ocurre otra cosa.

—Dila, pues.

—Mirad; los desvelos del privado, no solo se dirigen á apoderarse de mi señora. De seguro, lo que más le apesadumbra en la actualidad, es el que vos esteis vivo, y en libertad de obrar. Él no estará tranquilo ínterin vos existais.

—De manera, Daniel...

—De manera que hará lo imposible por encontraros, y una vez conseguido...

—Acaba.

—Procurará hacer ineficaz vuestro ataque.

—Eso, Daniel, lo veremos. Si ellos olvidaron de lo que soy capaz, por quien soy, que se los recordaré...

—No lo dudo. Pero entretanto, bueno será que vivamos prevenidos, contra todo evento. Acaso á estas horas se nos espía, y pardiez que este seria un contratiempo. No debimos entrar aquí.

—¿Qué hemos de hacer? ¿Dónde hemos de ir?

—Lo vereis muy pronto.

Daniel salió.

Poco despues volvió, rogando á su señor que le siguiera.

En lugar de conducirlo á la puerta, Daniel mostró á Bernardo la ventana que en otras ocasiones le habia servido para sus misteriosas excursiones.

—Por de pronto, señor, es preciso que si á estas horas se nos vigila, dejemos desorientados á nuestros enemigos.

—Y para eso...

—Es prudente que salgamos por aquí.

—¡Daniel!

—Ved; la altura es insignificante, y las sombras de la noche impedirán que nos conozcan.

—Mas...

—No vacileis, señor; vuestra seguridad lo exige, y es preciso que por ella sacrifiquemos algo.

—¡Algo!... Dirás que principiaremos por sacrificar nuestro valor.

—Pero reparad que es solo con el fin de emplearlo en cosa de más provecho que en esperar aquí tranquilamente las maquinaciones de ese traidor.

—Sea como quieras, Daniel.

—Pues acabemos.

Daniel saltó el primero.

Bernardo le siguió.

—¿Quién queda ahí dentro?—preguntó el segundo.

—Dos hombres de entera confianza, que nos participarán instantáneamente lo que ocurra.

—¿Pero dónde vamos?

—Presto lo vereis.

Y siguieron andando.

Rodearon por las más excusadas callejuelas hasta llegar á la plaza Real.

—¿Pero dónde diablos quieres que vayamos?—repitió Bernardo á Daniel.—¿Acaso pretendes que entremos en el alcázar?

—No tanto, señor.

—¿No ves que en estos sitios es la cosa más fácil que alguno nos conozca?

—Embozaos bien, que ninguno ha de recelar que somos nosotros, por lo mismo que á estas horas deben buscarnos con incansable afán.

—Pero en fin, ¿qué pretendes?

—Que os instaleis en lugar seguro, y muy cerca á la vez de los mismos que os persiguen.

—No lo entiendo.

—Ya lo entenderéis.

En aquel momento Daniel dió tres golpes en una pequeña puerta.

—¿Qué haces?

—Lo vereis.

—¿Es esta la casa?...

—La misma.

—¿Quién la habita?

—El dueño de la hostería de *La Estrella de Oro*. Esta puerta solo se abrirá para nosotros; la de la hostería es aquella otra.

En la puerta apareció entonces Ortuño.

Bernardo reconoció á aquel antiguo servidor.

—¡Ortuño!...—murmuró.

—El mismo, infante. Ortuño, que considera este dia el más feliz de su existencia, toda vez que puede ofrecerlos su casa, su hacienda y su vida, en testimonio de su agradecimiento, de su cariño.

—Gracias, gracias por tu lealtad.

—Vamos; pasad si gustais, que se pierde el tiempo, y puede conoceros algun impertinente curioso.

Subieron todos por una estrecha escalera de caracol que terminaba en un departamento espacioso, limpio, alegre, independiente del resto de la casa, á la cual se unia y comunicaba por medio de un surtidor, que Ortuño inutilizó al indicarle Daniel su propósito de hospedar allí á Bernardo.

Las ventanas daban frente por frente á la fachada principal del alcázar.

Aquel cuerpo de casa constaba de dos grandes habitaciones con sus correspondientes dormitorios. El primero era destinado al del Carpio. En el segundo se instaló Daniel. En este precisamente era donde estaba la puertecilla que daba paso al resto del edificio.

—Pardiez,—dijo Bernardo á Daniel,—que ahora comprendo cuánta razon tenias.

—Ya lo veis, señor; aquí...

—Estaremos por lo menos seguros.

—Á no dudarlo. Y sobre todo, dominareis cual podeis desear el alcázar.

—Pero Ortuño se compromete,—dijo el del Carpio á Daniel.—Si algun dia se descubre que estamos aquí, su libertad corre el mismo peligro que la nuestra.

—Dejaos de eso, señor,—respondió el aludido.—Dejad tales pensamientos, que los hombres no solo han de estar para recibir mercedes. Lo que importa es que esteis bien y contentos, que lo demás importa

poco. Y ahora, con vuestro permiso, saldré un momento á cuidar de mis parroquianos.

Dicho esto, dejó solos á sus nuevos huéspedes.

—¿Pero qué vamos á adelantar estando aquí encerrados? ¿No ves que así es enteramente imposible atender á la salvacion de tu señora?

—Estad tranquilo, que previsto está lo que decis.

—¿Previsto?

—Completamente.

—¿De qué manera?

—Siguiendo al privado los pasos, como desde este momento se le siguen, por uno de nuestros hombres.

—Todo lo calculas; á todo te adelantas, Daniel.

—Es que esto y algo más se necesita en la violenta y difícil situacion que atravesamos.

—Es verdad. ¡Quiera el cielo que pronto se resuelva este eterno problema de mi vida!

—Se resolverá, por quien soy. Pero ved, ved lo que pasa en aquella cámara del palacio real.

Bernardo se acercó á la ventana.

CAPÍTULO LII.

La cacería nocturna.

Una de las habitaciones del alcázar estaba iluminada de manera, que á la distancia no pequeña que se encontraban nuestros caballeros, podia verse con facilidad lo que en ella pasaba, y distinguir sin gran trabajo la fisonomía de los que en ella estuviesen.

El que á la sazón la ocupaba era D. Vela. Enfrente de él, y en actitud respetuosa, se encontraba otro hombre.

Al parecer medió entre ambos un pequeño diálogo.

El hombre saludó al privado, y salió.

Otro ocupó su lugar.

Poco despues la puerta del alcázar dió paso á dos embozados.

Pasó otro instante, y el favorito tambien abandonó el palacio.

—Sigámosles,—dijo Bernardo disponiéndose á salir.

—Si me lo permitis, señor, os diré que lo juzgo inconveniente. Lo hecho no tiene más que un medio.

—¿Cuál es?

—La resignacion y la paciencia.

—Acaso de esos hombres pende la solucion de este misterio.

—Pues estad tranquilo, que no habrán dado veinte pasos sin que estén mejor espiados que lo estarian por nosotros.

Como siempre, las reflexiones de Daniel pesaron en el ánimo de Bernardo, que se separó de la ventana para no pensar más en seguir á D. Vela ni á sus secuaces.

.....

Dejamos al privado y á su agente especial encargado de apoderarse de Ildaura, subiendo la escalera del palacio en que el primero habitaba.

Apenas entraron en la cámara donde aquel recibia tales visitas, el enamorado caballero creyó que el tiempo le faltaba, y preguntó:

—¿Dices que está en mi poder? ¿Estás seguro de que es ella? ¿Dónde, cómo la has encontrado?

Al verse interrogado de aquella suerte, el soldado no supo por donde principiar.

Al fin, á puro tropezon y trabajo relató lo sucedido, ínterin que sin pestañear, y pendiente de sus labios, le escuchaba el conde. Y tan distraído estaba con la narracion de aquellos para él extraordinarios sucesos, que no se apercibió de que una pequeña puerta secreta se abría, y de que una tercera persona se enteraba de su secreto.

—¿Es decir,—prorumpió el conde,—que no queda duda de que es mía?—Y en sus ojos, en sus labios, en el carmin de sus mejillas se revelaba el estado de delirio de aquel hombre, dominado por su pasión, agobiado por el deseo febril, por la emoción que inesperada y repentinamente se le ofrecía.

—¡No queda duda!...—volvía á exclamar.

—Ninguna, señor conde.

—¿Dices que está?...

—En mi casa.

—¡Oh!... Este acontecimiento la tendrá trastornada.

—El mayor abatimiento la postra. Llorar, y dice que prefiere la muerte al estado en que se encuentra.

—¿Cuándo podré verla?

—En el momento que querais.

—¡Oh!... Ahora; en el instante.

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

El conde, aturdido, y con una precipitación que en él pocas veces se notaba, se dispuso á salir.

—Guia,—dijo á su servidor; y los dos se pusieron en marcha.

Andaron mucho, y por fin se detuvieron á la puerta de una humilde y pobre vivienda, próxima, muy próxima á los muros de la ciudad.

Entraron.

Ni uno ni otro advirtieron que otros dos, tal vez curiosos, les vinieron siguiendo, emboscándose cerca de allí y dispuestos, según su actitud, á esperar.

Pasó un rato, y los que ya más que curiosos podían parecer espías, se impacientaban.

—¡Malditos!—murmuró uno de ellos por lo bajo.

—Capaces serán de tenernos toda la noche al sereno, y por fin y postre, sin resultado.

—Calla, lengua de escorpion; misterio habrá y no poco en el asunto, cuando el capitán nos dió esas instrucciones.

—Mira; ¿sabes lo que te digo? Que el capitán puede equivocarse como el más pintado, haciendo cosas que no conducen á nada.

—Tú te entenderás.

—Y vaya si me entiendo.

—Pues yo te aseguro que estoy á oscuras.

—Lo que quiere el capitán es enterarse de la gente que entra y sale en casa del...

—Sigue adelante.

—¿Pero no es verdad lo que digo?

—Así á lo menos parece.

—Estamos conformes.

—¿Y qué más?

—Luego... lo que el capitán desea, es saber dónde esta misma gente se dirige.

—Bien.

—Ó lo que es lo mismo, conocer sus guaridas.

—Adelante.

—Pues bien; ¿no les vimos salir?

—Sí.

—¿No les vimos entrar?

—Claro.

—Pues hé aquí que nuestra comision ha terminado; y cuando menos, somos aquí enteramente inútiles.

—Tienes unas conclusiones enteramente estúpidas, hijo mio.

—¡Canario!

—Ni más ni menos que lo que te digo.

—Eso significa...

—Que no ves más allá de tus narices.

—Y que tú...

—Entiendo estos negocios de otra manera.

—Hombre... explícamelos.

—Muy fácilmente.

—Veamos.

—Supon que nosotros abandonamos la calle.

—Seria lo más derecho.

—Supongamos que esa puerta vuelve á abrirse.

—Y bien...

—Que salen de nuevo los embozados...

—Prosigue.

—Y que se dirigen á otro lugar, que puede ser el que importe al capitán.

—¡Oh!...

—Entonces...

—Entonces...

—Te convencerias de que, como antes dije, habias raciocinado en tonto.

—¡Hum!—Refunfuñó el aludido, mientras que su compañero daba media vuelta y miraba con grande atencion la casa.

—Oye;—dijo despues de aquel ligero exámen.—Te vas á quedar aquí, y si por casualidad salieran, haces tú solo la obligacion de los dos.

—¿Pues qué piensas ahora, loco de los diablos?

—Tomar desde la otra parte algunos puntos de vista que me son indispensables.

Y dicho y hecho; dejó solo á su comitente, y rodeó hácia la espalda de la casa.

Todo continuó en el mismo ser y estado por espacio de largo rato.

Al fin el espía regresó, aunque de mal talante.

—¿Y las vistas?—preguntó el otro.

—Tan escasas como tu meollo.

—En ese caso...

—No he podido sacar ninguna.

La puerta se abrió de nuevo.

Los que antes por ella entraron volvieron á salir, encaminándose al mismo punto de donde partieron.

Los otros dos los siguieron en la misma forma que al venir.

CAPÍTULO LIII.

El amante.

El favorito temblaba.

Aquel hombre, avezado en la intriga, ducho en los peores y más feos manejos, fuerte en los campos de batalla al frente de un ejército, sentía cuál la duda, la vacilación, el miedo cundía en su corazón, y helaba su sangre.

Los latidos de su pecho se percibían duros y precipitados, como si la empresa que afrontaba fuera muy superior á sus condiciones y energía.

Con paso inseguro, ahogando la respiración y procurando borrar la idea de lo que en aquel momento intentaba, seguía á su conductor, que maldito si calculaba que la deshonra de aquella pobre mujer iba á pesar también sobre su conciencia.

Ni el uno ni el otro la tenían.

Ni el conde ni su servidor eran capaces de fijarse en las consecuencias que en un alma como la de Ildaura produciría su negra é infame traición.

El favorito solo alcanzaba, solo veía su deseo realizado; su aspiración conseguida.

El servidor soñaba con un buen puñado de oro, que pronto vendría á llenar su bolsa de cuero.

Uno y otro llegaron al final de la escalera.

El segundo se paró delante de una puerta; sacó una llave, y se la presentó al conde.

—¿Y bien?...—preguntó este.

—Abierta esa habitacion, en ella encontrareis el objeto por quien venis aquí.

Y sin pararse á más, dejó solo al favorito, que conmovido hasta el último extremo, no acertaba á traspasar el dintel de aquella puerta.

Por fin vino la reaccion; D. Vela levantó la cabeza; un movimiento nervioso, brusco, vino en su ayuda. La puerta estaba de par en par, y el privado se encontraba en medio del aposento.

En él estaba tambien Ildaura.

Asombrada, sorprendida por tan inesperada y odiosa aparicion, quedóse inmóvil, mirando á su enemigo, sin acertar á dar un paso, ni á hacer el más leve movimiento, ni á pronunciar una frase.

D. Vela, con los brazos cruzados, los labios entreabiertos, secos, abrasados, la contemplaba tambien, mudo, admirado.

¡Era tan bella!

Su talle, ceñido por aquel elegante disfráz con que partió á la Rioja, y que delineaba las purísimas formas y acabados contornos de su hermosa figura; sus cabellos, negros como el ébano, que iban á cubrir por mitad sus hombros y su espalda; unos ojos negros tambien, secos apenas del llanto que derramaron; la palidez de sus mejillas tersas y suaves, capaces de hacer brotar un deseo del alma más oscura é insensible; todo se reunia, todo se juntaba para que el primer choque, la primera impresion, fuera más terrible, más fuerte, más eficaz en aquel loco.

Pasada la sorpresa, conociendo Ildaura su posicion arriesgada y difícil, y queriendo ser la primera á despejarla arrostrando por todo, procuró dominarse, reponerse, y buscando un valor que en aquel instante le faltaba, y una arrogancia que estaba muy lejos de tener, dió un paso hácia el conde.

—¿Quién sois? ¿Qué quereis?—Le preguntó.

Al sonido de aquella voz se estremeció el privado, no acertando por el pronto á contestar.

Ildaura quiso sacar partido de aquella situacion.

—¿Qué buskais?—repitió.

—¡Lò que busco!—balbuceó el conde maquinalmente.—¿Tal vez lo ignorais vos?

—Sí, lo ignoro. Solo sé, que por la más infame de todas las villanías, me encuentro en este sitio, de donde á toda costa necesito salir.

Á aquel imperioso mandato; al sonido de aquella voz, fuerte, segura,

vibrante, el encanto, la fascinacion, el aturdimiento de D. Vela desapareció.

Irguió la cabeza; los vapores del sueño pasaron; la presion tenaz y enojosa se desvaneció, y contempló la realidad tal cual era.

Aquella reaccion debia perjudicar á la dama.

—¡Salir de aquí!... ¿Sabeis lo que decís, señora? ¿Salir de aquí... cuando he consagrado mi pensamiento, mi perseverancia, mi vida, á lograr este instante que me proporciona el placer de hablaros; que me facilita la ocasion de que me escuchéis; que realiza el más querido de mis sueños? No lo digais por Dios. Pedidme mi sangre, mi honra, mi fortuna; pero no pidais que renuncie al verdadero instante que debe resolver mi destino.

Ildaura guardaba silencio.

—¿Callais?—prosiguió el conde.—Bien; con tal de que presteis oído á mis palabras, no desearé otra cosa de vos. ¿Quereis, á lo menos, escucharme?

—La fuerza hará que lo consigais. Ni ignorais que entre los dos existe un abismo, ni habreis olvidado que Ildaura os odia siempre.

—Pero es un odio inexplicable; es un aborrecimiento incomprensible.

—¡Incomprensible!...

—Sí.

—¡Y aún teneis el valor de repetirlo! Basta; haced de mí lo que querais; disponed de mi vida; robadme la libertad; sepultadme en el encierro más sombrío; hacedme apurar toda clase de amarguras, todo género de tormentos; pero libradme de una vez para siempre de vuestra presencia.

—¡Ildaura!

—Os lo repito; no temo vuestro poder; no me asusta vuestra venganza; temo solo escuchar vuestro nombre; solo me asusta miraros ante mí.

—¡Oh!... sois cruel.

—Soy honrada, D. Vela. Mi raza entera, las personas á quienes más amaba, han perecido bajo el puñal de vuestros sicarios; habeis expuesto mi honor, mi nombre, mi fama, á peligros que no os perdonaré jamás. ¿Y aún quereis...?

—Sí, Ildaura; quiero que no me juzgueis tan ligera y despiadadamente; quiero que os fijeis más en los detalles de mi vida; de esta vida que ninguno conoce, y que será juzgada por la posteridad, más indigna

y duramente de lo que en realidad merezca; quiero que entre mi intencion y la fuerza de mi destino, sepais lo que me ví obligado á hacer, acaso contra mi voluntad.

—Imposible.

—Me oireis.

—Os digo, que primero...

—Escuchadme, señora, que aún la víctima escucha á su verdugo.—
Soñaba yo laureles, grandeza, poder. Jóven aún, un rey halagaba mi deseo, poniendo ante mis ojos con exceso, aquel porvenir de oro, de luz, de gloria, que yo en mis delirios contemplaba. La córte admiraba mi ingenio; el pueblo excitaba mi osadía; el rey... el rey aceptaba aquella atmósfera, y me empujaba hácia lo que algun dia debia ser mi desgracia. Me hizo su confidente, su amigo. Desde aquel momento, mi poder no reconoció límites.—Habia por entonces en la córte, un hombre que ocupaba una elevada posicion. Despues del soberano, no quedaba en el reino otro poder que el suyo.

Extendióse á poco un rumor, que era para él una acusacion fatal. Súpolo el rey, y al considerar su honor en duda; al creer manchado su nombre; al pensar en su honra escarnecida, el furor, los celos, la venganza brotaron en su pecho, y juró el exterminio del noble.

Ya os dije que yo era su confidente.

Me llamó el rey, depositó en mí su secreta intencion, y exigió de mi lealtad que yo fuese en su ayuda; hice cuanto quiso... y me perdí.

El castigo de aquel hombre, impuesto por mandato de D. Ramiro, fué el anatema que desde entonces viene pesando sobre mí.

Contra mi deseo, me ví rodeado de enemigos que me insultaban y ofendian, colocándome en la imprescindible necesidad de atacar para defenderme. Sin que mi corazon se haya contagiado por el mal, he tenido que apelar á él en muchas ocasiones por salvarme; y odiándole con toda mi alma, he necesitado, sin embargo, hacer de él una segunda naturaleza.

Cuando un noble me ha engañado, comprometiendo mi dignidad, mi fortuna, nadie ha sostenido mi derecho; pero al hacerle yo prevalecer, todos han murmurado de la soberbia del favorito.

Cuando los conspiradores han brotado en derredor, de ciento en ciento, todos han guardado silencio ó alimentado la conjuracion, cual si el conde D. Vela viniese obligado á perder con fria impassibilidad su cabeza.

Pero cuando descubierto el complot he querido á toda costa sal-

var el país, salvar el trono, entonces... ¡oh!... entonces todos han lanzado una maldicion; todos han pronunciado una sentencia.

Me he visto solo, cercado de traidores; sobre mis hombros el odio entero de un reino; sobre mi frente la indeleble mancha de la impureza; acosado, luchando brazo á brazo con el destino, con la fatalidad, con mi conciencia; y siempre, señora, el privado ha sido el traidor, el inicuo, el infame. Mi estrella lo ha querido así; yo me resigno, como se resignó el Crucificado á llevar sobre sus hombros la cruz de la humanidad.

D. Vela guardó silencio.

Ildaura seguia escuchándole, con la cabeza inclinada y sin conmovirse.

Aquel hombre no podia despertar un solo destello de sentimiento, un impulso de generosidad, un átomo de conviccion.

—Pero sobre todas mis desdichas,—continuó,—se levantó una grande, irresistible, funesta, ante la cual doblé mi frente, siendo esclavo de su presion fascinadora. Para que nada restase á mis dolores, á mi suerte, á mi violenta situacion, sentí en el alma un gérmen fecundo, una fuerza desconocida, un misterio ignorado hasta entonces; el amor.

Pero no un amor pasajero; no una idea que hoy aparece para borrarse mañana; no un capricho susceptible de fácil olvido ó inmediato abandono. Lo que yo he sentido, lo que siento aún, lo que sentiré durante mi vida, es una pasion profunda, superior á todo, que por todo arrostra; fuerte como el añoso roble; inmutable como el curso de los siglos; segura é imperecedera como el espíritu que la ha encarnado en mí. Pasion contrariada, antigua, terrible, que crece en mí á tenor que se la rechaza, y que abruma y corroe mi corazon al par que se desvanece su encanto. Esta, señora, es mi mayor fatalidad; este es mi verdadero peligro.

Volvió D. Vela á guardar silencio.

Ildaura seguia en la misma actitud.

—Este es mi estado, señora;—prosiguió el conde.—Os he dicho los accidentes generales de mi vida; os he mostrado mi pecho con toda la verdad que la grandeza y la lealtad de mis sentimientos me inspiran. ¿Creeis que, cuando no de amor, seré digno de lástima?

Ildaura tampoco respondió.

—¿Nada respondeis?

—Sí; os responderé.

—Ved que con ansiedad lo espero.

—Pues bien, señor conde; buscad en el juicio de Dios el perdón de vuestras faltas, ó la recompensa de la fatalidad que deplorais.

—Pero vos...

—Yo no puedo juzgar lo que solo al poder divino corresponde.

—¡Ah!... ¿Creeis tal vez?...

—Que entre vos y mi raza existe un insondable abismo.

—No, Ildaura.

—Que hicisteis derramar sangre inocente, cuyas gotas humean aún rojas en vuestras manos.

—¡Señora!...

—Que perseguísteis á vuestras víctimas...

—¡Callad! ¡Callad!

—No como el hombre por su mala estrella precisado...

—¡Silencio, por piedad!...

—Sino como el tigre que desfallece de placer al devorar su presa.

—¡Ah!... no prosigais; ved que aún queda en mí un resto de virtud.

—¡Virtud!... ¿Vos la comprendeis?

—Preguntádselo á mi amor.

—¡Á vuestro amor!... Decid más bien á vuestro venal capricho.

—Considerad...

—Antes vos debéis comprender que sientan mal los ruegos del verdugo sobre las ruinas del cadalso donde inmoló á sus víctimas. Señor conde; yo pudiera muy bien no amaros, y respetar en cambio vuestras penas, si ellas fueran el triste patrimonio de un corazón honrado y leal. Pero entendedlo bien; al que como vos ha sacrificado sin piedad á mi familia; al que como vos ha destruido uno por uno los objetos que más apreciaba mi alma; al que como vos, impasible y fiero, no ha temido atentar á lo que una mujer por más sagrado tiene, á mi honra, yo solo puedo repetirle una vez más estas palabras: «Os aborrezco.»

Al oír estas palabras, se realizó en D. Vela una trasformación completa. De la humillación, pasó á la altanería; del rendimiento, á la crueldad; de la súplica, al mandato.

Irguióse altivo, colérico, temible, ante aquella mujer débil é indignada, y sus pupilas despidieron los destellos de un fuego sombrío, precursores de una recia tormenta.

—Es decir,—murmuró con una concentrada entonación,—que mis razones son para vos una farsa.

—¡Más aún!

—¿Despreciais mis ruegos?

—Sí.

—¿Me aborreceis cuando yo me disculpo?

—Sí.

—¿No me dejais ni aun vislumbrar una esperanza?

—¡Jamás!

—Pues bien, señora. Yo seguiré siendo lo que hasta hoy he sido; yo ahogaré en el fondo de mi pecho hasta el último resto de consideracion y de hidalguía; pero en cambio, os juro que alcanzaré, sea como quiera, lo que vos con tanta soberbia me negais.

—Imposible.

—¡Oh!... Presto lo vereis.

—La justicia de Dios será en mi ayuda, y ¡ay de vos... si el cielo al fin se cansa!

—Él nos juzga á los dos, y ve que hice cuanto en mi mano estuvo para enmendar mis extravíos.

—Vuestros crímenes, dijérais mejor.

—¡Ah!... Callad; callad, señora, y no querais que á más de mi amor propio, se despierte y estalle mi despecho. Callad, porque al escucharos la ira abraza mi alma, y pudiera ser que en este acceso...

—Herid sin compasion. No juzgueis que aunque mujer, vacilaré, don Vela, ante la muerte.

—No es la muerte la que aquí os amenaza; para doblegar vuestros rigores, recursos tengo yo superiores á esa amenaza que nunca, como podeis comprender, se cumpliría.

—¡Recursos!... Todos los tormentos, todas las pruebas imaginables, no han de bastar á extinguir el horror que me inspirais.

—¡Todas!...

—Sin excepcion.

Una sardónica sonrisa se dibujó en los labios del privado.

—Lo veremos; pero no me culpeis mañana de que he manchado mis manos con nueva sangre inocente. Recordad que al romper el único obstáculo que puede servir de aliento á ese odio que sentis, me defiendo de una pasion que me mata, y que vos, señora, avivais con vuestro desden injusto.

Ildaura comprendió la idea del conde; y á pesar suyo, la sangre se la heló en las venas.

Tembló por Bernardo, por Daniel, únicos seres amados que le restaban en el mundo.

Quiso articular algunas frases, y su voz no acertó á salir del pecho.

Quiso borrar la mala impresion de sus palabras, y no encontró manera de expresar las ideas.

Quiso dirigir una súplica á D. Vela, pero D. Vela habia desaparecido.

Calculado el golpe, herida Ildaura en lo más vivo de sus afecciones, preciso era dar tiempo á la reflexion, al raciocinio, á la comprension de unas consecuencias que ella á toda costa procuraria rehuir.

El efecto estaba meditado. El objeto propuesto debia conseguirse.

CAPÍTULO LIV.

El marido.

Desde la casa de su servidor, se encaminó D. Vela á la suya.

Su mente ardía; su corazón palpitaba con violencia.

Disputábanse en él un lugar preferente los celos, la ira, el deseo.

Le enfurecía el pensar en Bernardo.

Le indignaba el recordar los insultos que momentos antes había devorado.

Ante la idea de Ildaura, desfallecía de amor.

Bajo estas distintas impresiones entró en su cámara.

Al pisarla, en su rostro se pintó la expresión más viva de sorpresa.

No estaba solo.

Ante sí, seria, pálida, demudada, contempló á doña Luz.

—Guardeos el cielo, señora;—murmuró el privado sin saber qué pensar.—Vuestro semblante me indica, ó que vuestra salud no es completa, ó que acontece algo de extraordinario.

—Lo acertásteis. Algo extraordinario acontece; algo grande, supremo, decisivo.

—Me alarmais, doña Luz.

—Es bien sencillo lo que voy á deciros, por más que en ello vaya envuelta la terminación de nuestro ya de por sí pequeño afecto; es bien sencillo, por más que en mis palabras termine de una vez para siempre esta historia de hastío y desencanto. Es bien sencillo, por más que sobre nosotros haya de pesar por completo una desdicha que yo jamás he buscado.

D. Vela estaba absorto.

Escuchaba á su mujer, presentia cercana la tormenta, pero aún no podia adivinar el rumbo que aquella discusion tomara.

Encontraba doña Luz las señales de una contrariedad profunda, intensa, incomparable. Sus palabras, su semblante, su ademán, le daban indicios de que habia adoptado, por razones que hasta entonces ignoraba, una resolucion terminante, decisiva, invariable.

¿Qué acontecia? ¿Qué nuevo incidente venia á deprimir más y más aquel espíritu, agobiado por sus mismas culpas? Esto era lo que inmediatamente debia esclarecer.

—Bien, doña Luz, —dijo el conde procurando encubrir la zozobra que sentia;—yo encuentro en vos una excitacion extraordinaria; notable debe ser la causa, y podeis comprender que deseo conocerla.

—¿Recordais, D. Vela, el origen de nuestra union?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Teneis presente que ni vuestro corazon ni el mio encerraban allá en el fondo esa simpatia, ese afecto, ese amor que debe ser la base, el fundamento, el principio de la felicidad del matrimonio?

—El amor crece con la aficion, y el matrimonio es la mejor de las razones para procurarla.

—¡Ah!... Vos sabeis que todo el tiempo y todos los cuidados imaginables son poco para despertar un sentimiento que no puede existir.

—Pero decidme; ¿qué tienen de comun con vuestro estado esos inoportunos recuerdos?

—Presto lo vais á ver. Mi franqueza no os ocultará ni el más pequeño detalle de la situacion por que los dos pasamos. Yo no os amaba.

—¡Oh!...

—Vos lo sabeis. Vuestro empeño por darme un nombre que yo no apetecia, os ha ocasionado la desventura eterna...

—¡Exagerais!...

—Al par que á mí me perdió. Yo no me quejo de mi suerte; no lloro vuestro desvío; no lamento la triste realidad que me rodea; no deploro el alejamiento y el despecho en que vivimos. Antes de ahora presentí lo que debia suceder, y las consecuencias... estaban aceptadas.

—Proseguid.

—En mi retiro no oigo apenas pronunciar vuestro nombre; sola y aislada como el suspiro que se pierde en el espacio, confundida y envuelta en mi existencia triste, como la gota de rocío entre las ondas del

mar, ni vuestra continua ausencia me exaspera, ni vuestro abandono me hiere. ¡Sé que no me amais! ¡Sé que no os amo!

—Continuad.

—Hay sin embargo, D. Vela, una cosa superior para mí á vuestro amor, á mi tranquilidad, á mi dicha. Lo segundo, una vez resignada, poco me importa; lo primero, una vez apercibida, me importa mucho,

—¿Y eso, doña Luz?...

—Eso, señor conde, es mi nombre, es mi honra.

—No os comprendo.

—Os lo voy á explicar. Al ser vuestra, vos adquiristeis el derecho indisputable de hacerme feliz ó desgraciada; vos adquiristeis el indisputable poder de mostrarme un cielo de ventura, ó de precipitarme por entero en un insondable abismo de aflicciones y desengaños. Todo esto alcanzásteis, es verdad; pero nunca el derecho de manchar, de escarnecer, de cubrir de oprobio y de baldon el honrado y puro nombre que me dieron mis padres por herencia.

—¡Baldon! ¡Oprobio!... ¡Por Santiago!... ¿Sabeis, señora, lo que esas frases significan?

—¡Que si lo sé!

—¡Sí, por mi vida!...

—¡Oh!... ¡Por desgracia mia! Yo no os pido amor, ni consecuencia, ni fidelidad, ni siquiera la calma y la quietud que á esperar tenia derecho; os pido únicamente, os exijo de la manera más terminante, que sigais solo vuestro camino, dejando mi reputacion á salvo de la deshonra que á vos os está reservada.

—¡Doña Luz!...

—Todo lo sé, D. Vela; cuando solo á vuestra desastrosa vida os lanzábais; cuando vuestra desgracia solo podia consistir en el alejamiento de la corte, en la pérdida del favor del rey, yo miraba con indiferencia mi destino, porque me era enteramente igual vivir lejos del bullicio, que, en lugar de complacerme, me lastima. Hoy... la situacion ha cambiado, y vos...

—Acabad.

—No caereis por el monarca, sino por la justicia del reino.

—¡Vive Dios! ¿Sabeis lo que estais diciendo?—prorumpió D. Vela lleno de ira, pálido, convulso, al escuchar tales palabras.—¿Sabeis, doña Luz, que ó habeis perdido el juicio, ó no meditásteis bien lo que acabais de decirme? ¡Mi destino! Aun cuando todos los reyes de la tierra se empeñasen en torcerlo, yo os juro que les seria difícil. Mas por mi nombre

y mi fé de caballero os aseguro, que á pesar de sublevarme ante frases tan atrevidas como las que acabo de escuchar de vuestros labios, no comprendo...

—Comprendedlo de una vez. El amor de otra mujer os consume; desesperado de no alcanzar la reciprocidad que buskais, habeis resuelto consumir un crimen, para alcanzar por él lo que no podeis por otros medios. Esa pasion bastarda, esos odiosos recursos os ponen fuera de la ley, colocándome á mí en un lugar indigno, que estoy dispuesta á rechazar con toda mi alma.

D. Vela quedó absorto ante aquella revelacion. Miró á su mujer con asombrados ojos, sin encontrar por de pronto una frase que oponer á lo que oia.

—Así, pues,—prosiguió la dama,—ved lo que ha de ser, que resuelta me encuentro á arrostrar por todo.

—La imprudencia que acabais de cometer,—prorumpió al fin el privado, con voz apenas inteligible y concentrado furor,—va á resolver nuestra suerte. Pero antes de todo; antes de deciros yo lo que ha de ser; antes de expresaros mi voluntad, vais á decirme quién os ha revelado ese secreto de mi corazon.

—¡Vuestro secreto!...

—Sí; secreto que es una verdad, una verdad que yo no niego, que absorbe mi vida entera. Una verdad que habrá de levantarme al cielo, ó me arrojará, como decís, en el abismo.

—¡Y aún lo dice!

—Sí; ese amor ha sido el verdadero norte de mi existencia; esa mujer ha sido el resúmen de mis aspiraciones. Todo es cierto, todo os lo confieso; no retrocederia ante el obstáculo más insuperable; pero decidme vos, decidme quién ha sorprendido lo que á nadie, absolutamente á nadie he confiado. Alguno ha espiado mis acciones, alguno...

—No prosigais; ese secreto...

—Acabad.

—Lo he sorprendido yo.

—¡Vos, doña Luz!

—Sí.

—Está bien; en ese caso vos sola habeis sido la que ha completado la obra de la fatalidad.

—Ahora...

—Me toca á mí. Teneis razon en decir que nunca nos amamos. Á pesar de todo, yo he procurado que no tengais ocasion de echarme en

cara una falta de respeto, que hoy vos misma habeis creido deber arrojarse entre los dos como la señal de un odio inextinguible.

—Es verdad.

—Pues bien. Mis propósitos para que nunca se convirtiera en ofensa lo que solo era falta de sentimiento, han sido inútiles. Yo necesitaba dar á mi corazon una vida de que con vos carecia; yo necesitaba una voluntad que no podia ser la vuestra; yo necesitaba una expansion, un cariño, un afecto sincero que vos no me podiais ofrecer, ni yo, señora, debia pedir. Con vos traté de borrar una pasion antigua, voraz, irresistible; al no alcanzar por vos este deseo, aquella pasion ha despertado de nuevo, y de nuevo tambien ha surgido en mi corazon con una fuerza incomparable. El primer amor que he sentido vive aquí, en mi pecho, y es imposible ni que vos trateis de contrariarlo, ni que yo desee tenerlo.

—Podeis amar en buen hora; pero...

—Escuchad, doña Luz. Mi voluntad será por vos respetada. Viviremos como hasta aquí...

—Eso, nunca.

—Viviremos como hasta aquí, el uno lejos del otro. Seré por vos respetado como vos lo sereis por mí, y esta historia que viene á aumentar nuestra indiferencia, permanecerá dentro de nosotros, como un pecado mio si quereis; pero como un pecado que para vos constituye un inquebrantable secreto.

—Esa violenta imposicion tras de tanta iniquidad, será por mí rechazada. Vos, D. Vela, podreis hacer de mí vuestra víctima, pero jamás vuestra cómplice.

—Os repito...

—Es inútil.

—Guardareis el secreto.

—Pero será lejos, muy lejos de aquí.

—Evitemos el escándalo, señora.

—Lo prefiero á mi deshonor.

—Soy dueño de vuestra voluntad.

—Yo sabré apelar de vuestra tiranía.

—¡Vos!...

—Sí.

—¡Por Santiago!... ¿Y á quién apelareis?

—Á D. Ordoño.

—¡Al rey!... ¿Estais en vuestro juicio? ¿Habeis olvidado de lo que soy

capaz? ¿Ignorais que quiero guardar á toda costa mi secreto, y os atreveis?...

—Sí, D. Vela; me atrevo.

—¡Ah!... Callad; no pronuncieis su nombre, no repitais semejante amenaza, porque tambien se turbará mi razon, como vos habré de volverme loco... y no quisiera... no quisiera...

—Podeis hacer lo que os plazca; la muerte no me hace temblar; ese sueño eterno, pero tranquilo é inalterable, es preferible, y mucho, á mi estado, á mi situacion.

—No olvideis, señora, que sin necesidad de la muerte hay otros medios que sellen vuestros labios.

—Pensad el más seguro.

—¡Doña Luz!

—Pensadlo.

—Meditadlo mejor. Ved con espacio que mi cólera y mi venganza no reconocerian límites contra aquel que, apoderándose traidoramente de mis secretos, intentase con ellos labrar mi perdicion. Conoceis mejor que nadie el estado de mi espíritu; sabeis hasta dónde podria arrastrarme esta pasion violenta. El resultado... vos lo podeis alcanzar.

Dicho esto salió de la estancia, sin dar tiempo á que doña Luz le hiciese otra objeccion.

El genio del mal batia sus alas sobre aquella dorada mansion de las desdichas.

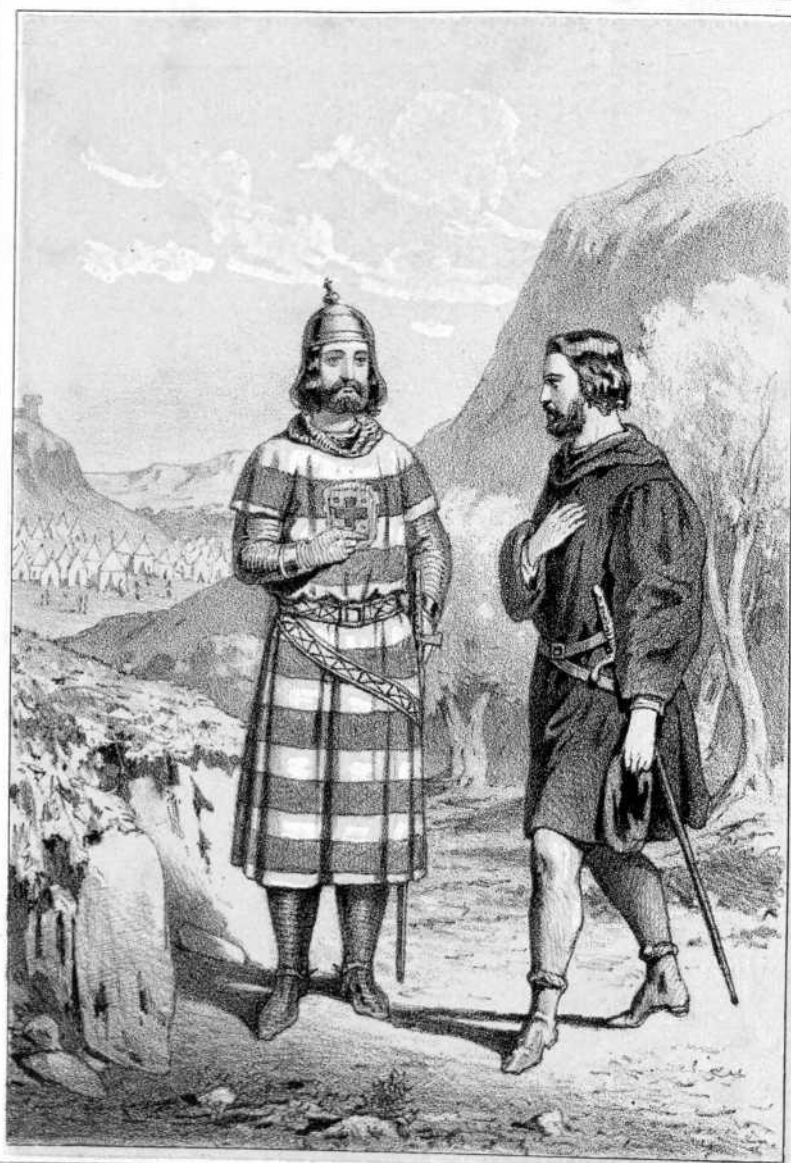
D. Vela buscaba en aquel instante el fin de su carrera; la solucion del problema de su vida; la completa realizacion de su destino.

Separado por un inexplicable espíritu de repulsion del mundo entero, concentrado dentro de sí mismo, sin un guia, sin una afeccion, sin un amigo, acababa de romper de un solo golpe lo único tal vez que le quedaba en la tierra, el único bien que podia mitigar la angustia de su pecho, el último refugio, compensador acaso de sus dolores en tiempo no lejano.

Acababa de romper los sagrados lazos de la familia.

Desde aquel instante ya no se abrigaria para él ese purísimo é inapreciable afecto; desde aquel instante ya no habria para él ni amor, ni aficion, ni amistad. Desde aquel instante se convertia por entero en un ser, de los unos aborrecido, despreciado de los otros; apreciado, por ninguno.

La estrella precursora de su destino se eclipsaba para siempre en aquel cielo manchado, nebuloso.



J. Cebrian dib.^o y lit.^o

Lit Iberica Madrid

¿ Sois vos el llamado Hafsum ?
- El mismo, Ynfante.

CAPÍTULO LV.

Daniel demuestra que durmiendo, se oye tanto como despierto.

—Bien, Arnaldo; veo que no te descuidas;—decía Daniel á uno de sus hombres, que al oír estas frases se sonreía como satisfecho de sí mismo.

—Capitan... Hago lo que puedo...

—Por acreditarte conmigo.

—Por serviros bien.

—¿Aprendiste la casa?

—Perfectamente.

—¿Dices que es humilde?

—Tan miserable, que parece mentira que un caballero, y bien portado por añadidura, pueda entrar en ella, á no ser con ánimo de cumplir alguna penitencia.

—¿Estuvo mucho tiempo ese caballero dentro de la casa?

—Como cosa de media hora.

—Al cabo de la cual...

—Salió con el otro.

—¿Se dirigieron luego...?

—Al mismo punto que mandásteis vigilar.

—Bien: ¿y qué hiciste durante tu permanencia en aquel sitio?

—Examiné el edificio, y observé sus ventanas.

—En ellas...

—No habia luz. ¡Oh!... En ese caso...

—¿Qué?

—La situación hubiera cambiado.

—¿Cómo?

—Sabiendo yo cuanto en el interior pasaba.

—¿Había medio?

—Eficaz.

—¿Y cuál era?

—El más sencillo. Á veinte pasos de la fachada se levantan algunos árboles, desde cuyas ramas, á las cuales me subí...

—Se ve...

—Se puede ver perfectamente cuanto pasa en el fondo de aquel chiribitil.

—Magnífico, Arnaldo; nada más se puede pedir; me has hecho quizá un servicio, y te lo agradezco.

—¡Capitan!...

—Serás mi hombre de confianza, y harás tu fortuna.

—Os lo agradezco; por ahora solo tengo una ambición.

—¿Y esa?...

—Consiste en servirlos.

—Prémietelo Dios, Arnaldo. Pero veamos; ¿y la gente?

—Hace vida de obispo, pero algunos de nuestros más valientes se quejan de la pereza que se va apoderando de sus brazos.

—¡Oh!... llegará el día en que les sobre ocupación.

—Eso desean, y si he de deciros la verdad...

—¿Tú también?...

—Sí; yo también quisiera no estar parado.

—Pues os podeis preparar, que á fé mía antes de mucho hemos de hacer nuestro oficio, y de manera que nada os deje que desear.

—Mañana se me figura tarde.

—Entretanto...

—Mandad.

—Procura no perder de vista á nuestros hombres, y repara con cuidado hasta el más leve de los incidentes que ocurran.

—Descansad en cuanto á esto. ¿Teneis otra cosa que disponer?

—Nada, Arnaldo.

—En ese caso, os dejo.

—Hasta mañana.

—Dios os guarde.

Arnaldo salió.

Daniel entró en su aposento.

Sirviéndose de una pequeña palanca de hierro que pidió á su huésped, puso otra vez en estado de servirse de ella la pequeña puerta que con el resto de la casa comunicaba.

Hecho esto, colocó en su rostro una lengua y bien poblada barba. Cubrióse con su tabardo, calóse hasta los ojos una ligera gorra, y bajó á la hostería.

Estaba oscureciendo, y era precisamente la hora en que los menestrales y los soldados disfrutaban de un rato de solaz, los unos antes de buscar el descanso, y los otros para despedirse de su libertad por aquel dia.

El establecimiento estaba por lo tanto muy concurrido.

Ortuño corria de mesa en mesa sirviendo á sus parroquianos, y su mujer le secundaba desde el mostrador, con una prontitud y maestría digna de nuestros tiempos modernos.

Al ver á Daniel, Ortuño se le acercó, y señalándole una mesa,—sentaos allí si gustais,—le dijo.

—Pensaba...

—Ocupad aquel sitio, os lo ruego.

—¡Ah!... ¿Es conveniente?

—Y mucho.

—¿Por qué?

—Porque deseo que escucheis lo que aquellos hombres hablan.

Y le designaba con la vista á dos soldados que colocados en un rincón, charlaban de cosas de interés, á juzgar por la atencion con que mutuamente se oían.

Daniel no dejó que el hostelero repitiera su indicacion. Fué derecho á la mesa que Ortuño le designara, y tomó posesion de ella.

En seguida llamó, y pidió que le sirvieran un jarro de vino.

Los soldados guardaban silencio.

El paje no dudó que aquella interrupcion la ocasionaba él.

Por un momento sospechó que el buen deseo de Ortuño iba á ser completamente inútil.

Todo lo indicaba así.

La verbosidad de aquellos dos hombres terminó como por encanto.

¿Qué hacer?

Á Daniel no se le ocurría.

Sirviéronle entretanto el vino, y entre sorbo y sorbo examinaba á aquella gente y pensaba en el medio de que se valdria para hacerles hablar.

Esto era punto menos que imposible.

Sin embargo, en aquella imaginacion lozana y fecunda debia quedar un recurso para semejante caso.

No era posible que él quedase con una duda.

Necesitaba saber de qué se ocupaban.

De improviso sus párpados se entornaron, sus ojos languidecieron, su boca se abrió desmesuradamente, y un bostezo prolongado interrumpió sus frecuentes libaciones.

Su cabeza osciló dos ó tres veces, y cansado sin duda de luchar y defenderse, y por otra parte, sin precisa ocupacion que al parecer le distrajera, colocó los brazos sobre la mesa, sobre aquellos reclinó su frente, y á los pocos instantes un sonoro ronquido indicó que aquel hombre dormia con el envidiable sueño de los justos.

—¡Cáspita con el vecino!—refunfuñó uno de los soldados;—tras de hacernos la mala obra de venirse tan cerca, aún querrá deleitarnos con su música infernal. ¡Cuidado y cómo ronca!

—Hombre, no estoy conforme contigo. Cada uno debe tener el derecho de dormir á su manera.

—Tienes razon; pero no cuando ese sueño puede incomodar y muy mucho, á los vecinos. Por mi parte te aseguro que me dan ganas...

—¡De hacer un disparate!

—De mandarle dormir la mona en su casa.

—Si la tiene.

—Pues si no, en las cuevas de los muros.

—Déjale; ¡pobre hombre!

—Es que me fastidian los importunos.

—¡Importuno!... ¿Nos oye acaso? Déjale que tan sin cuidado duerma, que esto lejos de perjudicarnos, nos favorece.

—¿Á nosotros?

—Claro está.

—¿Por qué?

—Porque él evita que otros ocupen el sitio.

—¿Y esos otros?...

—Acaso no dormirian.

—Es verdad.

—Ya ves cómo despues de todo, ese hombre viene á hacernos un favor.

—¿Pero si por desgracia no durmiera y escuchara lo que ni á tí ni á mí nos conviene?...

--Ves visiones. ¿Qué interés ha de tener él en nuestros negocios?

Los ronquidos de Daniel eran en aquel momento más perceptibles que nunca.

—Ya ves, ya ves qué trazas tiene de enterarse de lo que para nada le importa.

—Pues si de buena fé crees que duerme, sea lo que tú quieras, y continuemos nuestra interrumpida plática.

—Te decia que esta vida me va cansando.

—Y á mí tambien.

—El servicio es duro, inaguantable.

—Capaz de dar en tierra con el más sufrido.

—Los riesgos son frecuentes, y es pasmoso el que pasen quince dias sin que contemos algun agujero en la piel.

—Cuando no son dos.

—En cambio los beneficios son tardíos...

—Y tras de tardíos, insignificantes.

—Hace mucho que oigo decir al conde...

—¡Chist!...

--No nombro partes. Desde hace mucho tiempo, cuando me encarga de una empresa difícil, le oigo decir: «Cumple bien, y tu fortuna está hecha.»

Trabajo, le sirvo, él queda airoso, pero en cuanto á la fortuna...

—¡Oh!... la fortuna nunca viene.

—Ese es el caso.

—Caso que á mí no me hace gracia, porque al fin y al cabo todos somos hijos de Dios, y bueno seria que despues de tantas penalidades, quedásemos en situacion de vivir tranquilos.

—Pues hijo, te aseguro que esto va despacio, si es que alguna vez ha de llegar.

—Á tu razon me atengo.

—Ya ves; servicio como el que acabamos de prestar, no se presentará en mucho tiempo.

—Y sin embargo...

—Sin embargo, aún no nos ha dicho «esta boca es mia.»

—Dices muy bien.

—Revienta caballos; pasa las noches en vela; busca con afan una espada que te atravesie de parte á parte; apodérate de...

—Silencio; no acabes tu relacion.

—¿Pues no he de acabar, si hay para desesperarse?

Nuestros hombres habian á todo esto apurado dos sendos jarros de cuatro azumbres.

El espumoso licor surtia el correspondiente efecto, y aquellas cabezas se adormecian, al par que las lenguas se despertaban.

Á la altura en que se encontraban uno y otro, la exasperacion no podia dar más que un resultado.

Este no se hizo esperar.

—¡Maese Ortuño! ¡Maese Ortuño!—Gritó uno de los dos.—Traednos otro par de azumbres, que nuestros gaznates se secan y no podemos resistir mucho tiempo este abandono en que nos dejais.

—Y de lo tinto, maese Ortuño.

—Del que reservais en el último rincon de vuestra bodega.

Un segundo despues estaban servidos, y ellos apuraban su tercer jarro.

—Pues como te decia, ya ves que nuestra comision no pudo tener mejor resultado.

—Es claro.

—Cuando menos lo pensaba, se encontró en nuestro poder, camino de Oviedo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y sabes que no puedo olvidar una cosa?

—¿Cuál es?

—La cara que pondria el viejo al encontrarse sin la otra.

—Creeria que se la habian llevado las brujas.

—Vive Dios que tendria que ver.

—¿Pues y el mesonero, cuya cuenta tenemos aún que liquidar?

—¡Ja, ja, ja!...

—Bravo negocio hizo con nosotros.

—Él se tuvo la culpa.

—Justamente.

—¡Hacernos la cena en el zaguan!

—¡Y tener que acostarnos en el pajar, expuestos á que las cucarachas nos impidiesen cerrar los ojos!...

—Fué un castigo bien merecido.

—Pero te soy franco; de todo, lo que más me incomoda, es la ruina de nuestro señor. Despues de lo que en esta aventura hemos pasado...

—Aún nos tiene á la cuarta pregunta.

—Y lo peor es...

—Que con las glorias se le irán las memorias, y al fin y á la postre, para él solo habremos trabajado.

—Pues por mi parte te aseguro que esto no ha de durar mucho tiempo. Si él da en mandar y yo en no servir, uno ú otro nos cansaremos, y con todo ello cargará el diablo.

—Eso no, porque en nuestra situacion, dificilmente encontrariamos otro amo. La justicia nos reclama de muy antiguo, y solo por su respeto no estamos los dos en altos lugares.

—Desengáñate, que más tarde ó más temprano, eso vendrá á suceder.

—Pero entretanto...

—Entretanto, lo que el conde hace, no es lo tratado.

—Hombre, no lo tomes tan á pecho. Ya ves que todos tenemos nuestra buena dosis de paciencia. Aquí me tienes á mí, que despues de trabajar bien y cobrar mal, me he metido á destetar niños...

—¡Caramba! ¿Eres acaso el guardian?...

—Ni más ni menos.

—Pues eso te faltaba. Con tu pan te lo comas, que aún te arruinará ese noble señor, despues de exponerte á morir á manos del...

—Cuidado con las bromas pesadas.

—Todo puede suceder, que segun mis barruntos...

—¿Qué?

—Esa historia no es tan clara como yo quisiera. Y si por un acaso sucediera que se descubriese el negocio...

—Acaba.

—No querria encontrarme en tu pellejo.

—Eso no es fácil. Tengo adoptadas mis medidas, y muy ladino ha de ser el que descubra el rastro.

El lector puede suponer con cuánta ansiedad escucharia Daniel un diálogo en que, sin embargo de no citar nombres ni determinados hechos, se explicaba de una manera significativa mucho más de lo que á aquellos hombres convenia.

No le quedaba la más ligera duda de que aquellas gentes pertenecian á la casa del privado, y de que la cuestion que debatian no era otra que el golpe de mano dado por aquel, respecto de Ildaura.

Poco á poco, y de la manera más natural, hizo como que despertaba, y lanzando un bostezo capaz de dar envidia al más robusto gañan:—Hostelero de mis pecados,—gritó, dando á la vez un puñetazo en la mesa.—Dame vino, mucho vino, que este maldito sueño me marea, y quiero tener despejados los sentidos.—Dios les guarde, caballeros,—murmuró despues dirigiéndose á sus vecinos.

—Y á vos tambien, camarada. Parece que el sueño es para vos un alimento preciso.

—Conforme y segun. Cuando no trabajo procuro pasar el tiempo durmiendo. Esto me distrae; pero cuando trabajo... ¡oh!... entonces necesito dormir para descansar.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Donosa ocurrencia.

—¿Es decir que vos dormis siempre?

—Casi, casi. Pero en cambio tengo una ventaja.

—¿Y cuál es?

—Que ronco.

—Buen humor gatais.

—Esto me sucede siempre que tengo cerca de mí gente tan bizarra como vosotros.

—Me hace gracia este truhan.

—¡Hum!... Pues á mí no me gusta mucho esa cara.

—Ea; aquí tenemos vino; hacedme la merced de echar conmigo un trago.

—Con mil amores.

—Yo pago; y os he de advertir que tengo repleta la bolsa.

—¡Dichoso vos!

—Tengo buen oficio.

—¿Sois?...

—Cazador.

—¿Cazador?

—Precisamente.

—¡Ya!...

—¿Y ejercéis vuestra profesion?...

—En las propiedades ajenas.

—¡Diablo!...

—Ahí vereis.

—¿Y eso da?...

—Un resultado mediano. Ved por ejemplo el dia de hoy.

Y mostró un cinto rebosando oro.

—Camarada, os confieso que me dejais asombrado.

—¡Ja, ja, ja! Parece que os es completamente desconocido el ejercicio de la caza.

—Es la primera vez que se me ocurre que con él pueda vivir un hombre.

—Y vamos. ¿En qué os ocupais vosotros?

—¡Oh! nosotros en cosas de muy poco provecho. Estamos al servicio de un alto personaje, que nos paga bien por trabajar poco, pero cuyo salario solo alcanza á dejar pasar el dia.

—Buen provecho os haga.

—¿Qué?

—Vuestro salario y vuestro servicio.

—Vos...

—Yo soy libre como el pájaro.

—Y decidnos si no hay dificultad, ¿dónde ejercéis vuestra industria?

—Esa es buena. Yo ejerzo mi profesion allí donde lo requiere el caso.

Esta noche, por ejemplo... me toca cazar...

—¿Dónde?

—En las cercanías del alcázar.

—¡Cuernos de Lucifer!... Pues es una cosa que no entiendo.

—Lo motiva la ignorancia.

—Cazar en poblado...

—Y animales por cierto bien dañinos.

—¿Á qué casta pertenece?...

—¿El de hoy? Es una pantera.

—¡Aprieta!

—Una pantera escapada no hace mucho de su jaula, á la cual he descubierto la pista, y cuya piel me valdrá mucho más oro del que ganareis vosotros en diez años.

Los soldados abrieron desmesuradamente los ojos.

—¿Tanto?—Exclamaron á la vez.

—Y aun más.

—Imposible parece.

—Y sin embargo, nada hay más cierto.

—¿Podeis explicarnos el sistema?

—Es muy fácil.

—Veamos.

—Se reduce á lo siguiente. Figuraos, por ejemplo, que esto de aprovechar mis servicios es cuestion de capricho ó de necesidad.

—Bien.

—En el primer caso, ya comprendereis que no se regatea.

—¿Y qué?

—En el segundo, se paga lo que se pide. ¿Entendeis?

—Si os he de ser franco...

- Sedlo cuanto querais.
- Pues os diré que no lo veo muy claro. ¿Y tú?
- Yo tampoco.—Respondió el compañero.
- Eso consiste en que hay alguna niebla en vuestro cerebro.
- Yo creo que consiste en que vuestras explicaciones son algo oscuras.
- Pues no encuentro otras á mano.
- Pudiérais...
- Decid.
- Mostrarnos un caso práctico.
- Es verdad.
- Así seria bien sencillo.
- Pues no tengo inconveniente en complaceros.
- Bien; demostradlo de esa manera, que yo os juro que procuraré traducir la más insignificante de vuestras palabras.
- Y yo.
- Mucha afición mostrais.
- Pudiera suceder que abrazáramos vuestro oficio.
- Eso no me conviene.
- ¿No?
- Seguramente.
- La razon...
- Porque cuanto menos moros más ganancias; yo necesito tener este privilegio.
- ¡Por Santiago, que teneis buen ingenio!
- No, que seré tan inocente como vosotros.
- Vamos al grano, si quereis, que el tiempo se pierde, y vos debeis probarnos que en vuestro oficio no se regatea.
- Vais á verlo claro como la luz del dia. Suponed que el rey...
- ¡Diablo!
- ¿Por qué os extrañais?
- Porque principiais muy alto.
- Yo nunca empiezo por menos.
- Siendo así, continuad.
- Suponed, pues, que el rey tiene una magnífica coleccion de fieras, entre la cual se cuenta... una pantera.
- Conformes.
- Este animal sangriento, terrible, feroz, se escapa de su jaula, y amenaza hacer mil estragos, mil atrocidades en la corte y fuera de ella.

—Pero hombre, ¡qué demonio! Se os ocurren unos ejemplos...

—Todo puede suceder, compadre.

—Bien, continuad.

—Pues como os decia; el rey, temeroso de que llegue semejante caso, me llama.

—¡Á vos!

—Ni más ni menos.

—Permitid que lo dude.

—No por eso será menos cierto.

—Qué, ¿os llamó?

—Tal vez.

—¡Oh!... entonces ya es diferente.

—Me llama, y me pide al feroz animal. Le pondero los riesgos á que me expongo.

—Yo lo creo.

—Le exagero el peligro por que voy á pasar.

—Que en realidad, no es poco.

—Le presento lo difícil de la empresa...

—Que lo es.

—Y le pido una pequeña fortuna, que en el acto me concede.

—¿Y despues?

—Cazo la fiera como si fuera un chorlito, y Cristo con todos.

—Sin embargo, paréceme que no se caza una pantera así, en dos por tres.

—Es la caza más fácil.

—Vos lo haceis...

—Por medio de un lazo...

—¡Diablo!

—Un lazo muy ingenioso. Pero ved, ved á vuestro compañero; el sueño se ha apoderado de él.

—Dejémosle. Despues de todo, es incapaz de comprender el mérito de lo que decis. Un estorbo menos.

—De modo que él no serviría...

—Para maldita la cosa. Ya lo estais viendo; se habla de un asunto que merece atención, y se echa á dormir á pierna suelta. Pero proseguid vuestro cuento. Deciais que por medio de un lazo muy ingenioso...

—Observo que os aficionais á mi industria.

—¡Y vaya si me aficionaria! Dadme el medio de ponerla en práctica,

y vereis si soy hombre de provecho. Al fin y al cabo, esta vida me cansa, y si no á la caza de piezas mayores, me dedicaré al servicio de algun obispo.

—¡Cáscaras! Mala vida debe ser la vuestra.

—Peor de lo que yo quisiera.

—Vamos; todo estriba en que tengais corazon y puños.

—Sóbrame de lo uno y de lo otro.

—Pues todo es cuestion de tiempo.

—¿Hablais formalmente?

—Sí.

—De manera que yo podria...

—Procuraros una tranquila vejez.

—¡Ah!... es mi ardiente deseo. Pero para conseguirlo...

—Os diré el medio.

—Principiad.

—Yo me harto de esta vida. Soy rico y feliz, y esto de acechar, madrugando, pasar las noches en claro y muchas de ellas expuesto á un percance de mayor calibre, no sienta bien al que puede vivir como el mismo privado del rey, cercado de servidores, de damas y de placeres.

—¿Á esa altura os encontrais?

—Y creed que no exagero.

—De manera...

—De manera que si yo tuviera un auxiliar, un hombre de confianza, valiente y determinado, que supiera secundar lo que yo vengo haciendo...

—Ese hombre...

—Levantaria una fortuna, á la vez que acrecentaba la mia.

—¿Y podria ser yo?...

—¿Por qué no? Me gusta vuestra apostura; vuestro ademan revela al hombre que ni teme ni debe...

—Verdad.

—Y acaso entendiéndonos...

—Es la cosa más fácil.

—No tanto como os parece.

—¿La razon?

—Antes de todo, es preciso contar con que el sistema os agrade.

—Despues...

—Es necesario tratar la participacion que llevareis.

—Y luego...

—Por último, es indispensable que me cerciore yo si servis para el caso.

—Pues estoy dispuesto á terminarlo todo en el instante que queráis.

—Me parece bien.

—¿Cuándo podeis decirme la forma y manera en que yo he de abrazar vuestro oficio?

—Mañana.

—¿Dónde nos veremos?

—Aquí.

—¿Á esta misma hora?

—Exacto.

—Pues que el cielo os guarde, y no apalabreis á otro para que ocupe el puesto.

—Tengo palabra de rey, y os prefiero ya á cualquiera otro.

El presunto cazador de fieras despertó á su compañero, y ambos, despidiéndose de Daniel como si fueran antiguos camaradas, se dirigieron á la puerta, por la cual poco despues desaparecieron.

Daniel llamó á Ortuño.

—Sube—le dijo—á nuestra habitacion, y di al infante que no se impaciente por mi ausencia.

En seguida se embozó perfectamente, y marchó tras sus nuevos conocidos.

Á poca distancia los distinguió.

Fuéles siguiendo poco á poco, hasta llegar á un miserable casuco, muy próximo á los muros de la ciudad.

Á la puerta se despidieron.

El uno siguió la calle adelante.

El otro entró, cerrando tras sí la puerta.

—No hay duda,—murmuró Daniel.—Este es el hombre de D. Vela, y esta la casa de que Arnaldo me habló. Una vivienda pobre, muy pobre; á espaldas de ella, algunos árboles desde los cuales se puede ver su interior. Probemos si los árboles existen.—Y esto diciendo, rodeó la casa.—Exactamente, allí están. De manera que por esta vez la batalla va á ser decisiva, pudiendo determinar el camino que debemos seguir.

Y sin hacer más averiguaciones, nuestro paje, saboreando la imperceptible sonrisa que dilataban sus labios cuando estaba satisfecho, regresó á la hostería de la Estrella de Oro.

CAPÍTULO LVI.

La sentencia.

Los agentes del favorito tampoco se descuidaban.

Poco despues de recibir el encargo de su señor, volvieron á darle cuenta de sus trabajos.

De ellos resultaba que de la casa de la Judería habia salido alguno, dirigiéndose á la hostería de Ortuño.

El privado no dejó pasar la advertencia, y desde el momento mismo resolvió indagar por aquella parte.

Al cabo de dos dias sus sospechas aumentaron hasta tal punto, que decidió dar cuenta de todo al rey.

En su consecuencia se presentó en el alcázar.

D. Ordoño le esperaba impaciente.

Su zozobra, su desconfianza, no cedia.

Bernardo del Carpio era su pensamiento, su pesadilla; y de tal manera habia logrado preocuparle, que de todo se olvidaba, de todo, hasta de sus amantes recuerdos, para fijarse en aquel guerrero, en cuyo prestigio y valor creia adivinar la ruina de su estado.

D. Vela entró en la cámara.

—Dios os guarde, señor;—dijo con acento respetuoso.

—Él nos conserve, conde. ¿Qué nuevas me traeis?

—No tantas como yo deseo; pero alguna que os debe interesar.

—Pues no os detengais; hablad.

—Cumpliendo con vuestro encargo, he procurado averiguar el paradero de Bernardo del Carpio.

—¿Y habeis conseguido?...

—Algo, aun cuando ya os dije que no tanto como yo imaginaba.

—¿Está en Oviedo?

—Calculo que sí.

—¿Pero no estais seguro?

—Aún no.

—¿Vuestros espías?...

—Han cumplido mis instrucciones fiel y exactamente, dando por resultado sus trabajos, que en el caso de estar en la ciudad solo puede ocultarse...

—¿Dónde?

—Muy cerca de aquí. En la misma plaza del alcázar; en la hostería de la Estrella de Oro.

—¡Oh!... ¡Si eso fuera cierto!... Es preciso saberlo á toda costa; sin tardanza, id allí y apoderaos de él, sea como quiera. La tranquilidad del reino lo exige, y no quiero diferirlo ni por un solo instante.

El rey se exaltaba; en su rostro aparecia la expresion de la más viva impaciencia, hasta hacer comprender que fijaba en la realizacion de aquel deseo la seguridad de su corona.

—Calmaos, señor. Mi creencia, mi sospecha no es todavía una realidad, y acaso una medida violenta, precipitada, pudiera darnos un resultado enteramente contrario al que nos proponemos.

—No, conde; peor seria que de un momento á otro dejase la ciudad, y entonces... ¡ah!... entonces, por quien soy os juro que no me perdonaria semejante torpeza.

—Señor, yo haré cuanto gustéis; pero tened presente que de estar en esa casa, la evasion es imposible.

—¿Tal vez contaís con los medios necesarios para impedirla?

—Con medios seguros, indudables. Lo que sí pudiera suceder es que no se encontrase en ese sitio, y si damos un golpe inútil, nos exponemos á que él entonces haga lo que decís.

—¡Conde!... Esta duda me desespera, esta incertidumbre me mata. Yo necesito, yo quiero, yo exijo que se aclare, que despeje, que termine esta violenta y terrible situacion. La gloria, la poca gloria que cabe á mi reinado va á ser empañada por ese hombre. Tal vez su espada se dispone en estos momentos á romper con inaudita crueldad la paz de mis pueblos, á herir traidora y sangrientamente el trono de mi padre.

—La exaltacion á que da cabida vuestra mente os lleva, señor, más

lejos de lo que yo juzgo que debíais ir. Soldados teneis, y muy leales servidores, que darian gustosos su sangre antes que consentir en que ese guerrero levantara hasta su rey los ojos.

—No me hago ilusiones, conde. Conozco la situacion en que mi reino se encuentra, y conozco aún más la atmósfera en que respiro. No quiero esperar confiadamente en mis fuerzas, pues pudiera suceder que el mejor dia me encontrara á merced de mi enemigo.

—¡Señor!...

—Esto es lo cierto, y en su consecuencia necesito que en un término breve, perentorio, termineis vuestras indagaciones; en la inteligencia de que en la noche próxima quiero yo concluir cuestion para mí tan enojosa.

—Se hará como decis.

—Adoptad las medidas que juzgueis más prudentes, disponiéndos por todo evento á lo que os voy ahora á indicar.

—Os escucho.

—Mañana...

Y D. Ordoño, antes de continuar, se acercó á todas las puertas, á fin de cerciorarse de que ningun otro que su privado le oia.

Tenia miedo, mucho miedo de que sorprendiesen las palabras que se iban á escapar de sus labios.

—Mañana,—prosiguió,—cuando las sombras de la noche se extiendan por Oviedo, cuando la ciudad esté dormida, cuando nadie de ello pueda apercibirse, ordenareis que veinte de mis mejores hombres de armas penetren en esa casa.

D. Vela no pestañeaba.

Su corazon presentia que la voluntad real iba á imponerle por la primera vez un crimen inaudito.

Las palabras de D. Ordoño caian una tras otra en su pecho, como otras tantas gotas de plomo hirviendo.

—¿Y despues?—preguntó, viendo que el monarca se detenia.

—Despues,—prosiguió aquel,—intimareis al del Carpio la orden de venir á mi presencia.

—¿Creeis que accederá?

—No; estoy seguro; pero quiero en lo posible dejar á salvo mi conciencia.

—¿Si se niega?...

—Entonces os valdreis de todos los medios imaginables para apoderaros de él, reduciéndole á prision, y le restituís al calabozo que aban-

donó valiéndose para conseguirlo del puñal del asesino, que no de las armas del caballero.

—¿Recordais que el del Carpio es valiente?

—Sí, por desgracia.

—¿Si tambien á esto último se resistiera?...

—En ese caso, conde, cúmplase la voluntad de Dios. Si desobedece mis órdenes; si sordo á un mandato del rey; si ciego por ese encono irremediable, osara atentar al último de mis soldados...

—¿Qué debo hacer?

—Cumplir mis órdenes, haciéndoos dueño de su persona... sea como quiera.

—¿El resultado?...

—Le tengo previsto. Antes que todo debo mirar por la salud de mis pueblos.

La sentencia estaba dictada.

El ejecutor de la orden terrible, dispuesto.

No faltaba más que una cosa: la víctima.

CAPÍTULO LVII.

En que se dan al lector algunos detalles, muy del caso para nuestra historia.

Doña Luz estaba decidida á sostener con resolucion inflexible cuanto habia dicho á su marido.

Habia llegado el momento supremo, y su martirio no debia, no podia ser absoluto, sino condicional.

Vacilaba entre usar con el conde de la persuasion, y en caso necesario hasta de la amenaza, ó dirigirse desde luego al rey, explicándole lo que sufria y reclamando su proteccion en contra del que tan despiadadamente la ofendia.

Lo uno era punto menos que imposible para aquella mujer tan altiva, tan orgullosa.

Lo otro le parecia ruin, pequeño, poco noble, toda vez que semejante queja podia producir la inmediata perdicion de D. Vela, precipitando tal vez una ruina que ella no debia en conciencia facilitar.

Doña Luz fluctuaba entre una y otra cosa, y siempre concluia por no resolverse por ninguna.

Su marido no volvió á verla.

Ella permaneció tambien sola y retirada hasta que la ocasion de obrar se presentase, ó hasta que al fin decidiese lo que habia de suceder, una vez examinada la situacion real y positiva en que muy pronto se la debia colocar.

Más lejos, en el alcázar real, otra mujer, no como aquella, desdeñosa y fria, sino amante, desesperada, loca, lloraba tambien sus celos, su

aislamiento, la indiferencia del hombre á quien sobre todas las cosas amaba.

Doña Munia seguia interpretando las acciones, la conducta, la fisonomía del rey, deduciendo de todo ello que el favorito volvia á prenderlo en sus redes, guiándole de nuevo á la pendiente de que por breves instantes se habia separado.

Sus cálculos de una parte, y de otra las conferencias á que furtivamente asistia, oculta siempre tras la secreta puerta que ya nuestros lectores conocen, le demostraban de la manera más terminante el secundario lugar que á su amor consagraba el corazon de D. Ordoño, y esto significaba para aquella reina infeliz un martirio superior á la muerte, bien que para ella no era otra cosa el vivir alejada de su esposo.

Reproducianse en su pecho los temores que dias antes indicó á aquel, y á su pesar crecian y se aumentaban, tomando proporciones que todos los argumentos de sus amigos no conseguian hacer disminuir.

Ella estaba persuadida de que sus presentimientos llegarían á ser una verdad.

Ella soñaba con la próxima desgracia del rey.

Ella no separaba sus ojos del trastorno que en dias muy cercanos debia pesar sobre el reino.

Tenia razon.

En la côrte se verificaba una reaccion imperceptible, lenta, sorda, pero no por esto menos completa de lo que doña Munia, aunque sin datos seguros, calculaba.

La tormenta rugia profunda y conmovedora, agitada é impelida por una turba numerosa de nobles descontentos.

La atmósfera se iba formando de nuevo poco á poco, agrupando las diseminadas fuerzas, procurando allegar los más encontrados elementos, y haciendo que se anudase una secreta y general inteligencia, rota momentáneamente, ya por el mal resultado que produjo el primer alarde de sedicion, ya por la especie de paralización ó tregua política que por lo general produce una guerra.

De entre todos, no era el elemento menos eficaz nuestro conocido D. Santos.

Firme é invariable en su propósito de derribar de un solo golpe al privado del alto y brillante pedestal en que se alzaba, impasible y frio como el destino, ni cedia en su perseverante empeño, ni desmayaba ante los obstáculos, muchas veces insuperables, que para alcanzar su fin tenia que vencer.

Paso á paso, átomo por átomo, aquel genio vengador de tantas víctimas iba reuniendo, agrupando todos los elementos que en determinado instante debían apruparse y caer de golpe sobre la cabeza del favorito.

D. Santos era la sombra, el espíritu, la voluntad, que vigorosa, fuerte, invariable, conducía y arrastraba á su enemigo por oscuros é ignorados caminos á la más espantosa de las desgracias.

D. Santos suspendía al privado en las alturas, en el límite posible de espacio, para hacerle rodar luego en un abismo sin fin, despedazando sus miembros y despidiéndole en aquel derrumbamiento interminable, infinito, con los ecos estridentes y repetidos de una carcajada satánica.

Mefistófeles de aquella situación calamitosa, él se multiplicaba, corría, atizaba la discordia, excitaba el descontento, señalaba el pecado, aumentaba la tentación, sostenía las malas causas, comentaba las más insignificantes acciones, interpretaba los hechos más sencillos, acusaba sin vacilar, atacaba sin compasión, combatía en todos los terrenos y de todas maneras; era, en fin, la antorcha exterminadora próxima á incendiar cuanto alcanzaban sus ojos.

Solo le faltaba un elemento inapreciable.

El caballero le buscaba incesantemente.

Aquel elemento era Daniel.

Ignoraba el sitio donde aquel pudiera ocultarse, y esto le desesperaba.

Sabía, como todos, la reciente evasión de Bernardo, y comprendía que, sin duda ninguna, su cooperación podía poner término á su empresa.

Sin embargo, su propósito le venía dando un mal resultado, porque nuestro paje no se ofrecía jamás á su vista.

No era extraño, porque los cuidados de su señora le impedían de todo punto pensar en otra cosa que en su salvación.

Y en verdad que Ildaura necesitaba de este desvelo.

Su posición era crítica y difícil; tanto, que por instantes hacía que su zozobra aumentase.

El conde D. Vela no había vuelto á verla, pero sobradamente preveía ella que no podía tardar en reaparecer, para proseguir la lucha comenzada.

Sabía por experiencia que aquel hombre no reparaba en los peores medios con tal de conseguir lo que se proponía, y á cada rumor, á cada incidente, á cada paso que escuchaba, pensaba la triste prisionera verle entrar, para pedirle, para arrebatárle su honra.

Ante tal idea temblaba, y consideraba más imperiosa la necesidad de un auxilio.

¿Pero quién se le prestaría?

¿Dónde se encontrarían los únicos que podían acudir á socorrerla?

¿Cuáles serían sus medios á la sazón?

¿Cuál su suerte?

Lo desconocido, lo ignorado, abrumaba aún más si era posible que la misma realidad, el alma de aquella pobre mujer.

Sin embargo, las horas pasaban, y D. Vela no parecía.

Solo el carcelero entró alguna que otra vez; pero sin pronunciar una sola frase, y únicamente para ver si á su prisionera le hacia falta alguna cosa.

—¿Qué hará el privado?—pensaba muchas veces.

Era bien sencillo.

El privado, sin dejar de pensar en ella incesantemente, no tenia en aquellos momentos tiempo para otra cosa que no fuera el cumplimiento de la terminante orden del monarca.

Desde el alcázar regresó á su palacio, y dispuso que sus hombres espíasen sin tregua ni descanso, tanto la casa de la Judería cuanto la hostería de la Estrella de Oro, durante las horas que faltaban, para dar una categórica contestacion á D. Ordoño.

Pasó el tiempo, y con él la impaciencia del favorito, que no creia posible la realizacion de lo que constituia para él un grande empeño.

Creia imposible que llegase á tener de nuevo en su poder á aquel enemigo terrible de su dicha, de su tranquilidad, de su poder.

Al caer la tarde del dia siguiente, sus espías se le presentaron.

—¿Qué ocurre?—les preguntó.

—Nada de nuevo,—contestó el que llevaba al parecer la direccion del asunto.

—¿En la Judería?...

—Siguen habitando las personas que sabeis.

—¿Salió alguno?

—Como de costumbre.

—¿Se dirigió?

—Á la hostería de la Estrella de Oro.

—¿Qué hizo en ella?

—Entró por la puerta principal, y estuvo en las habitaciones altas como un cuarto de hora.

—¿Despues?...

—Volvió á salir, dirigiéndose de nuevo á la Judería.

—¿Qué gente se hospeda en la Estrella de Oro?

—Gente de poco más ó menos.

—¿Forasteros?

—Sí, señor; algunos pretendientes, muchos soldados, y un cazador de fieras que llegó antes de ayer.

—¿No habeis observado algo de particular en toda esa gente?

—Nada; todos entran y salen sin ninguna reserva, prueba evidente...

—¿De qué?

—De que nada tienen que temer.

—¿Pero ese hombre?

—¿El cazador de fieras?

—No; el de la Judería.

—Vos direis.

—¿Á quién busca en la hostería?

—Señor conde... si liemos de atenernos á lo que malas lenguas han dado en decir...

—¿Qué dicen?

—¡Oh!... Cosas que en nada favorecen á maese Ortuño, que tiene una mujer jóven y bonita...

—Necedades. ¿Ese hombre?...

—Podrá llevar otro objeto; pero por mi parte puedo aseguraros que no logramos descubrir otra cosa que lo dicho.

—¿Es decir, que nada más adelantaremos?

—Me parece que no.

—En tal caso, que se sitúe uno de vosotros delante de la hostería; que observe lo que buenamente pueda, y los demás que se retiren luego.

—Está bien, señor conde.

—Podeis marchar.

—¿La Judería?...

—Ninguno hace falta en ella.

—¿Volveremos?

—Mañana.

Aquella gente salió de la estancia.

D. Vela se dirigió en pos del último al alcázar.

El rey le esperaba.

Aquel dia se le figuraba interminable.

Al ver al favorito, respiró.

¿Seria mensajero de buenas nuevas?

CAPÍTULO LVIII.

En que Daniel se dispone á hacer una de las suyas.

Antes de hacer una pregunta á su privado, procuró el rey comprender por el semblante de aquel el éxito que su comision habia alcanzado. Sin embargo, la impasibilidad del conde lo impedia, porque su rostro era el espejo fiel de la insensibilidad de su alma.

D. Ordoño temblaba.

Sus augurios iban tomando tal imperio en su corazon, que poco á poco realizaban en él una metamórfosis inconcebible.

No era débil, y sin embargo, estaba completamente subyugado.

Era confiado por naturaleza, y á la sazón de todo dudaba.

No era cobarde, y con razon se hubiera podido decir que tenia miedo.

¡Miedo!... ¿Pero de qué? ¿Era tal vez de aquel guerrero ilustre cuyas victorias se contaban por el número de sus batallas? No. D. Ordoño á nadie le cedia en arrojo; y en campo cerrado y con el acero desnudo, bien podia competir con los mejores adalides de aquellos tiempos.

¿Era acaso que temiese una traicion de aquel cuyo exterminio procuraba? Tampoco. Sabia sobradamente que el del Carpio solo podia luchar con armas iguales, y jamás poniendo en juego las maquinaciones tenebrosas de un infame.

El miedo de D. Ordoño, su temor, su impaciencia, consistian en que á pesar de todo, comprendia la buena causa de su contrario. Consistia en que alcanzaba fria é imparcialmente el prestigio de que el infante gozaba entre la nobleza, el ejército y el pueblo. Consistia en que todas sus

esperanzas, todo su porvenir, todos sus esfuerzos iban á estrellarse, á desaparecer, á desvanecerse como el humo ante la presencia de aquel hombre, conmoviendo los ánimos, levantando el estado, reduciendo su historia, su reinado, su vida, á un periodo de fatigosa monarquía, triste, pequeño, cubierto de sombras, manchado de sangre, rico en desmanes, en miserias y en torpezas.

Este era su miedo; esta su impaciencia.

Su porvenir, antes alegre, risueño, grato, era ahora triste, nebuloso, sombrío.

Las generaciones futuras no verían en él, una vez vencido, al rey clemente, grande, justo, sino al pequeño tirano, al hombre sin fé, sin hidalguía, sin corazón, que inmolaba á sus víctimas sin perdonar jamás á aquellos que le ofendieron, entregando en cambio las riquezas, los honores, el poder á los que impiamente le engañaron.

D. Ordoño se sublevaba ante este pensamiento; su orgullo no soportaba semejante prueba.

Cuando se lanzaba tras estas deducciones, su juicio se perdía, su criterio se extraviaba, y su alma, templada por lo comun y tranquila, ansiaba la destruccion, pedía lo más cruel que pedirse puede.

En tales pensamientos se hallaba sumergido, cuando el conde apareció en su cámara.

—Y bien,—le dijo en son de interrogatorio, y no pudiendo por su aspecto adivinar lo que acontecía.

—Estais servido, señor;—le contestó el privado.

—El del Carpio...

—Se oculta de una manera impenetrable.

—¡Por Santiago!... ¿No habeis sabido de él?

—Mis noticias se reducen hoy á lo que ayer tuve el honor de manifestaros.

—Es decir...

—Que cuanto entonces os participé, continúan siendo aventuradas conjeturas.

—Bien está. Vos creéis...

—Que no ha salido de Oviedo; uno de los hombres que visitan la hostería, ha notado que entran y salen en ella gentes un tanto sospechosas.

—¿Amigos de Bernardo?

—Si no amigos, por lo menos parciales.

—¿Y no habeis averiguado el objeto con que van allí?

—No me ha sido posible. Solo sé que suben á las habitaciones de la casa, y en ellas, en su interior, permanecen por algun tiempo.

—Eso es ya un dato.

—Pero no tan seguro como yo desearia.

—Pues bien; acabemos de una vez. Sabeis lo que quiero; dejemos algo á la ventura, pero acabemos con esta incertidumbre, que de todo es lo peor.

—Á eso venia; á recibir por última vez vuestras instrucciones.

—Persisto en lo que os dije. La suerte está echada, y no debo retroceder.

—En ese caso...

—Esta noche, á la hora en que ya los habitantes de la ciudad se han recogido, á eso de las doce, os apoderareis con el posible sigilo de esa casa. Si el del Carpio está en ella, hareis lo que os ordené. Despues, me dareis cuenta de lo ocurrido.

—Se cumplirá cual lo decis, señor.

—Pues no perdaís el tiempo. Las horas corren, y yo estoy con sobrada impaciencia.

El conde salió.

En la escalera encontró al jefe de la guardia, á quien encargó que sin tardanza y con el mayor secreto, hiciese que se le presentara hasta una veintena de soldados de confianza. En seguida llamó á uno de sus buenos servidores, y le instruyó respecto de lo que habia de hacer, á fin de llevar á feliz término la empresa.

Despues, hizo él mismo sus preparativos, cual si se dispusiese á entrar en un combate.

Pasaron las horas.

Entre tanto, el paje bajaba al salon donde los bebedores concurrentes á la Estrella de Oro se reunian.

Ocupó el mismo sitio que la noche anterior, y esperó.

Su acompañante el futuro aprendiz de cazador de fieras no tardó en aparecer.

Sorprendióle á nuestro paje su manera de vestir aquella noche, pues más que á una conferencia ó á departir amigablemente algunos momentos, parecia dispuesto á entrar en batalla. Sin embargo, guardó silencio, y evitó enterarse por de pronto de aquel extraño capricho.

—Dios le guarde, maestro;—díjole á Daniel en el momento de llegar.—Puntual sois por vida mia.

—El que está acostumbrado á esperar á sus piezas desde la salida

hasta la postura del sol, no debe llegar tarde á beber una azumbre al lado de un amigo. Eh, compadre Ortuño,—gritó despues;—vacía el mejor de tus cántaros, que vengo dispuesto á gastar alegremente los buenos escudos que encierra mi bolsa. Conque veamos, compañero; ¿persistís en dedicaros á mi industria?

—¡Y vaya si persisto!... Como yo tenga seguridad de que el negocio merece la pena, os aseguro á fé de quien soy que ha de andar listo el que quiera ganarme en el oficio.

—Pues es cosa corriente. Ahora nos acercaremos á mi habitacion, que está en esta misma casa, y podreis ver la manera de hacer estas cosas, calculando de una vez si os conviene.

Llegó en esto el bueno de Ortuño, y sirvió lo que se le habia pedido. Continuaron charlando, hasta que el servidor del conde D. Vela dijo á su interlocutor que seria conveniente despachar y dejar terminado aquel negocio, toda vez que él debia ocuparse aquella noche de otros que en gran manera le interesaban.

—¡Oh!...—le contestó el paje;—si tan árduos son y el tiempo os falta, dejemos para otro dia lo que á nuestro proyecto incumbe.

—Son árduos, teneis razon; pero no se ha de quedar para mañana lo que hoy puede quedar corriente.

—Como gustéis; pero yo sentiria... y mucho más, si se trata... porque al fin y al cabo, yo encuentro en vos esta noche algo así... raro...

—¡Ja, ja, ja!... ¿Raro, decís?

—Sí, francamente.

—Explicad del todo vuestra idea.

—Es bien sencilla; anoche no vestiais de una manera tan marcial, tan...

—¡Ya lo creo! Como que anoche no era lo probable tener que andar á cintahazos...

—Y esta noche...

—¡Psit!... todo pudiera suceder.

—Os advertiré, camarada, que yo sirvo para todo; y que las personas á quienes tengo aficion, pueden contar con mi brazo, mi cabeza y mi bolsa; así pues, si considerais que os puedo ser útil, hoy por tí, mañana por mí, y Cristo con todos.

—Se os agradece la buena voluntad; pero el lance es de esos en que un amigo no puede servir de mucho. Trátase de un negocio, en el cual deberá sobrar gente.

—¡Ah!... en ese caso nada he dicho.—Daniel pronunció con la ma-

yor naturalidad estas palabras, sin embargo de que le asaltaba en aquel momento un vivísimo acceso de curiosidad. Sin saber por qué, sospechaba que la empresa á que aquel hombre iba á dedicarse estaba unida á la historia cuyo desenlace con tanto afan buscaba.

El deseo de conocerla creció, y ya no era solo el empeño de saber de Ildaura con alguna certidumbre el que le guiaba á tratar á su reciente conocido de la manera que se habia propuesto, sino la necesidad imperiosa de averiguar á lo que aquel iba dispuesto. En su consecuencia, Daniel se levantó, é invitó al otro á que le siguiera.

—Pronto despacharemos,—le dijo;—la cosa se reduce á explicaros la forma del oficio.

—Pues guiad, que yo os juro poner en él mis cinco sentidos.

De esta manera, uno detrás de otro, subieron una escalerilla, que precisamente guiaba al departamento de nuestro paje.

CAPÍTULO LIX.

La señal.

Cuando la conciencia, subyugada por uno y otro delito, por un remordimiento eterno, llega á establecer esa lucha pertinaz y continua entre la tendencia, el hábito que impele hácia todo lo malo, y el temor de llegar demasiado pronto al término que por fin toca el criminal, el espíritu decae; el miedo se desarrolla en gigantes proporciones; el pensamiento se oscurece; el cálculo se extravía, y la existencia se convierte en un débil leño que se agita en las dudas de un mar embravecido. Siente el hombre la necesidad, la conveniencia acaso de obrar con energía para salvarse ó para contrariar por de pronto el mal influjo de su estrella, y sin embargo, otro móvil dirige á distinto punto sus acciones, otra fuerza superior las contiene, dando por resultado esta vacilacion un efecto contrario al que se habia propuesto.

Alcanza que un crimen más en lo porvenir pudiera cambiar su situacion del momento, y no obstante, el recuerdo de su pasado le enerva é imposibilita para saltar una vez más el abismo.

La conciencia, aun en los más feroces delincuentes, ha ejercido por lo comun una influencia más directa, más eficaz que la idea de castigo que la justicia humana puede imponer.

Lo que el corazon, el sentimiento, la vergüenza, la cobardía ó el remordimiento no logra contener, á duras penas lo contiene la justicia de los hombres.

El favorito del rey era el mejor y más palpable ejemplo de esta verdad.

Ante la dilapidacion del tesoro; ante las persecuciones que se atrevió á desplegar contra los primeros nobles del reino; ante la inaudita insolencia de convertir al país en patrimonio suyo; ante el alarde, en fin, de inmoralidad que de muchos años venia haciendo con sentimiento de propios y extraños, D. Vela levantaba orgulloso la cabeza, respondia con desden insolente, y saboreaba aquella osadia como prenda que el cielo concedia á muy pocos. Ni le asombraba el porvenir que tales excesos le podian reservar, ni aminoraba por esto su fausto, su ostentacion, su sibaritismo.

Suyo era el mundo, y de él disponia á su antojo.

Era el verdadero rey, y sacrificaba sin miramiento alguno á sus vasallos.

Favorito como todos los favoritos, cínico y despreocupado como la inmensa mayoría de ese castigo de los reyes y deshonra de los estados, á quienes denominan *cortesanos*, lo que él queria eran medros y beneficios, á costa del monarca, y de los desgraciados pueblos.

Los régios alcázares están muy elevados.

Sus paredes son gruesas.

La atmósfera es pesada.

El tiempo vuela.

Los jefes supremos de una república, ni pueden ver la miseria de sus súbditos, ni oir sus clamores, ni pensar en los elementos que un dia tras otro preparan la desaparicion de una dinastía.

Tal era la situacion del conde algun tiempo atrás.

En el momento á que nos referimos, pensaba de otra manera, sentia otra cosa.

Dijimos que tenia miedo, y era verdad.

Tenia miedo de derramar más sangre.

El primer crimen de este género lo cometió por un mandato expreso, y no lo sentia.

El segundo, le tuvo algunos instantes preocupado.

El tercero, le aterraba.

Detrás del último, presentia su entera é irremediable perdicion.

Pero no era tiempo de evitar el mal.

Él habia conducido las cosas á aquel extremo.

Tal vez sin su influencia, aquella violenta, aquella terrible situacion no existiria.

Si D. Ordoño no hubiera perdido el objeto en que por amor ó capricho se fijara; si Ildaura hubiese continuado viéndole; si por compasion

ó afecto hubiese conquistado su confianza, en aquellos momentos la vida de Bernardo no peligraría, no estaría el reino amenazado más que nunca, y D. Ordoño no hubiera perdido su tranquilidad, tornándose de blando y apacible en violento y sanguinario.

D. Vela no podía retroceder, y no obstante, le faltaba llegado el momento, decision para obrar.

Provocado el conflicto, temblaba ante sus consecuencias.

Su poder, el temor que aún contenía á los pueblos, estaba sin duda pendiente del primer acto ostensible, del primer abuso, del primer escándalo.

Por otra parte, lo que como amenaza podía surtir en Ildaura un efecto que él para su pasion descaba, llevado á la realidad, era un nuevo motivo de odio, una nueva dificultad, un imposible más que iba á interponerse entre los dos.

En tal estado las cosas, el conde no podía sino cerrar los ojos, lanzarse al peligro, jugar el todo por el todo, y esperar los acontecimientos que inmediatamente debían acosarle, tal vez destruirle.

Ya decidido á arrostrar el riesgo, no quiso que el rey le acusara de tardío, y en este concepto dictó las órdenes que juzgó oportunas para que la empresa tuviera el más seguro éxito.

Determinó que los soldados del rey se colocasen en sitios convenientes, y ordenó al jefe que los mandaba lo que en la Estrella de Oro debía hacer.

Á una señal suya debían entrar y apoderarse del infante.

En los momentos precisamente en que Daniel guiaba hasta su cuarto al servidor del conde, rodeaban la hostería de maese Ortuño.

Nadie se apercibió de ello.

Nuestros dos cazadores de fieras llegaron á la habitacion en que había de verificarse el arreglo.

Al entrar en ella, el infante se encontraba en su departamento.

—¿Es este vuestro aposento?—preguntó á Daniel su acompañante.

—El mismo.

—Pues despachemos.

—Al momento.

—Vuestros lazos...

—Cogieron la fiera.

—¿La cogieron?

—Sin duda.

—¿Cómo?...

—Mirad.

Y antes de terminar la frase, Daniel, por medio de un movimiento rápido, brusco, impensado, tenia á su compañero tendido en tierra, sujeto, imposibilitado de poderse mover, y sorprendido hasta más no poder por aquella violenta acometida.

—¡Por Santiago!...—gritó con desesperada rabia procurando desasirse.

—Quieto, ó por quien soy que os clavo mi daga hasta la empuñadura.

Bernardo acudió al ruido, y no supo por de pronto explicarse aquella escena.

—¡Oh!... ¿Qué es esto, Daniel, qué ocurre?

—Poca cosa, señor; me dedico á la caza, y acabo de coger en mis redes una gran pieza.

—Obras de una manera que no entiendo. ¿Ese hombre?...

—Es el guardian de una hermosa dama á quien yo necesito ver al momento.

—Mentis; yo no guardo á nadie.

—No lo creais, señor; vereis qué pronto confiesa sus fechorías; sabe más de lo que pensais, y acaso nos sirva mejor aún de lo que él puede calcular.

—¿Tal vez es?...

—El confidente del conde D. Vela; el guardian de la persona á quien buscamos; el instrumento de nuestros disgustos.

—¡Oh!... Acaso te equivocas...

—No, no, señor; estoy seguro de lo que digo; retiraos, si gustais, y dejadme, os lo ruego, ajustar cuentas con este buena alhaja.

El infante, comprendiendo que si habia algun fondo de verdad en lo que su servidor decia podia ser conveniente el dejarle obrar con entera libertad, se volvió de nuevo á su aposento á esperar el resultado de aquel incidente.

—Veamos;—prosiguió Daniel sin abandonar á su víctima, y haciéndole sentir la presion de sus acerados dedos.—Si eres razonable, es posible que todo al fin se arregle, y que no pierdas tanto como tú te figuras. ¿Qué habeis hecho de Ildaura?

—No sé por quién preguntais.

—Lo primero no mentir, compadre.

—Lo primero, ¡vive Dios! seria no usar de traiciones cobardes para apoderarse de un hombre que cuerpo á cuerpo...

—¡Pobrecito! ¿Y qué crees que conseguirías teniéndome enfrente de tí?

—Coseros á estocadas, y algo más de que os librais, por vuestra infame felonía.

—No tanto, cordero mio, no tanto; ni tú darías un paso sin que yo te atravesara el pecho, ni esto sucedería necesitando yo que me cuentes lo que saber necesito. Conque así, deja á un lado las digresiones y contesta, si no quieres ir á visitar á Lucifer antes de tiempo. Por otra parte, no creo imposible el que seamos amigos, pues conozco tu situación con el privado, y yo la puedo mejorar en gran manera; no siempre cuando se ronca se duerme, y yo he oído de tus labios mismos más de lo que fuera necesario. Tendrás oro, seguridades para lo porvenir, poco trabajo, y mucho más que me reservo, con tal de que quieras variar de dueño y servir...

—¿Á quién?

—Á Bernardo del Carpio.

—¡Á Bernardo del Carpio!...—exclamó el soldado haciendo un esfuerzo por incorporarse.

—Sí, al mismo.

—¿Está aquí?

—Le has visto hace un momento.

—¿Y decis que yo puedo estar á su servicio?

—Disfrutando lo que siempre disfrutaron sus buenos servidores.

—¡Hum!...—murmuró.—No os creo; porque si esto sucediera, no sería difícil...

—Acaba.

—El que yo aceptase vuestra promesa.

—Lo que te digo es la verdad; y tanto, que en esta bolsa que pende de mi cinto tienes una cantidad mayor que la que pudieras ganar sirviendo toda tu vida á ese miserable. Además, ¿creerías una palabra del infante?

—Eso, desde luego.

—Señor,—exclamó Daniel;—¿quereis tomaros la molestia de contestar á este bergante?

El del Carpio apareció de nuevo.

—Si cumple lo que juzgo que va á ofrecer, desde hoy le nombro alcaide de mi castillo de Saldaña.

—Pero esa fortaleza...—objetó el soldado.

—Será mia antes de un mes.

—Ya lo oyes. ¿Qué decides?

—Todos conocen la fuerza y el valor de vuestra palabra. Comprendo que el conde calificará de traicion lo que voy á hacer; pero es lo cierto que yo estaba decidido á abandonar su casa.

—Cierto; eso me consta, —dijo Daniel.

—Desde este momento estoy á vuestro servicio.

—Seguridades es lo que yo necesito á mi vez.

—Las tendreis.

—¿Te he preguntado?...

—Una cosa muy secundaria á la que voy á deciros. Yo os demostraré de la manera más patente que estoy dispuesto á seros leal.

—¿De la manera más patente?

—Sí.

—¿Cuál?

—Salvando á los dos la vida.

—¡Por Santiago!—prorumpieron Bernardo y Daniel, sin comprender lo que aquellas palabras significaban.

—Os dije la verdad.

—¡Nuestra vida! ¿Quién ósaria amenazarla?

—El rey.

Quedaron mudos de sorpresa.

Daniel desconfió de la buena fé de aquel hombre.

Bernardo terminó aquella nueva fisonomía del diálogo con una sonrisa.

—¿Sabe D. Ordoño que yo estoy aquí?

—Sí, lo sabe.

—¿Quién puede habérselo dicho?

—D. Vela.

—¿Y el privado á su vez?...

—Lo ha descubierto por sus agentes. La calle de la Judería está perfectamente espiaa, y de ella se ha dirigido aquí más de una vez un hombre...

—¡Tiene razon, por Santiago!—rugió el paje levantándose y dejando en libertad al soldado, que tambien se enderezó con ademan tranquilo y nada hostil, lo cual probaba, ó que no mentia, ó que espiaa una ocasion en que vengar la ofensa que habia recibido.—Tiene razon; ¡torpe de mí que no lo habia previsto! Sin embargo, es un indicio poco seguro el que cuentas, para asegurar que nuestra vida corre graves riesgos. Eso merece probarse, y...

—Os lo voy á probar.

—¿Cómo?

—Rogándoos á vos, señor, que os asomeis á una ventana y observeis lo que debe pasar en la plaza.

El infante no se hizo repetir la indicacion.

Las puertas estaban ya cerradas.

El vecindario, recogido.

La hostería, desierta.

La noche, enteramente oscura, lóbrega.

Apenas Bernardo sacó la cabeza, cuando su semblante reveló á Daniel que algo extraordinario acontecia.

—Ese hombre tiene razon,—murmuró.

—Qué habeis visto?

—Un gran número de soldados que al parecer sitian la casa. Ahora se agrupan delante de nuestra puerta...

—¿Pero qué intentan? ¿Qué quieren?—interrogó el paje con rostro demudado y tembloroso.

—Quieren lo que ya os dije; vuestra vida.

—¡Cobardes! ¿Creen tan sencillo conseguir su infame objeto?

—Sí; lo creen, porque esperan encontraros desapercibidos.

—¿Conoces su plan?

—Tan bien como ellos mismos.

—Explicalo; pero pronto, en dos palabras.

—Consiste en guardar las puertas de esta casa, y en sorprenderos dentro de ella. La órden es proponeros ante todo que os entregueis al rey, y si lo rechazais...

—Acaba.

—Exterminaros.

—¡Bien, por Dios!...

—Es decir,—preguntó Daniel,—que no hay salida...

—Por ninguna parte.

—Yo la encontraré. ¡Por vida mia, que no es justo el que esperemos aquí, no la espada de un caballero, sino los puñales de veinte asesinos!

—Decis bien, y eso sería lo más acertado.

—¿Pero qué piensas hacer?

—Vais á verlo.

Y el paje deshizo en un momento las camas, rasgó las sábanas, é hizo con ellas una cuerda bastante larga para llegar á la calle desde la altura del piso en que se encontraba.

—¿Dónde está Ildaura?—preguntó, ínterin que acababa su maniobra.

—En mi casa.

—Lo sospechaba.

—¿Írá allí el conde?

—De seguro.

—Pues á ella nos vas á guiar en este momento.

—Daos prisa, pues esas gentes solo esperan cierta señal para llegar hasta aquí.

—Eso, lo veremos.

Entretanto, Bernardo se vestía su armadura de guerra, y ceñía una magnífica espada y una bien templada daga, regalo todo del paje.

Este hizo otro tanto que su señor, y ambos se encontraron bien pronto en disposición de recibir al enemigo.

—¿Por dónde han de subir?

—Por aquí,—contestó el nuevo servidor señalando la escalera que conducía, no á la puerta principal de la hostería, sino á la que á ellos servía de entrada.

—Magnífico;—dijo el paje.—Cuando lleguen se encontrarán la jaula. Ortuño,—gritó en seguida desde la puertecilla de su cuarto.

—Aquí me teneis,—contestó el hostelero presentándose inmediatamente.

—¿Sabes lo que ocurre?

—No, señor.

—Tu casa va á ser asaltada muy pronto.

—¿Asaltada decis?

—Ni más ni menos.

—¿Pero por quién?

—Por los soldados del rey, que deben á toda costa apoderarse de nosotros.

—¡Jesus mil veces!

—Pero como no estamos dispuestos á esperarles, porque á nada conducirá este encuentro, hemos resuelto...

En aquel momento se oyó un silbido ténue y lejano.

Á su sonido, que nada significaba ni podía significar para el que no estuviere en el secreto, el servidor del privado dijo á sus nuevos señores:

—Todo es inútil; la señal ha sonado, y dentro de un instante estareis frente á frente de vuestros enemigos. El conde D. Vela ha mandado principiar el ataque, y D. Ordoño estará contemplando desde el alcázar la manera de portarse sus soldados.

CAPÍTULO LX.

El último esfuerzo.

Las dos puertas de la hostería se abrieron como por encanto al sonar la seña hecha por el favorito.

No habia tiempo que perder.

Las pisadas y el rumor de los soldados llegaron de una manera sobrado perceptible á oídos de los que arriba estaban.

Por medio de una evolucion rápida, ligera como el pensamiento, colocó Daniel á Ortuño fuera de la habitacion, diciéndole á la vez:

—Entreten á esas gentes lo posible, y en último resultado, déjales subir.

En seguida cerró las dos puertas, colocando delante de ellas, ayudado de sus compañeros de peligros, cuantos trastos encontró á mano.

Hecha esta operacion, volvióse á su señor, que aparentaba mayor calma y tranquilidad que nunca, y le dijo:

—Comprendo, señor, que el momento supremo se aproxima.

—Tienes razon, Daniel; pero nuestras vidas les van á costar muy caras.

—Es que yo no quiero que murais tan pronto. El cielo se encargará de abrirnos un camino que los hombres nos niegan. Decidme; ¿qué tiempo creéis que se puede defender este cuarto del ataque que se prepara?

—Conforme la gente que suba.

—Son veinte hombres;—respondió el servidor del privado.

—En ese caso... bien podremos resistir media hora.

—¿Pero y vos solo?

—La mitad.

—Creo que somos cuando menos, dos;—objetó de nuevo el soldado.

—Bien;—prosiguió Daniel.—Con esas seguridades, yo respondo de todo.

—¿Pero qué intentas?

—Pronto lo sabreis. Cumplid vuestra palabra ganando el tiempo posible y procurando que no toquen á vuestra piel, que en cuanto á mí, ya vereis lo que pienso hacer.

Al pié de la escalera se oía la voz de Ortuño y las réplicas de los soldados.

Por la otra escalerilla se oía tambien un rumor creciente.

Daniel se asomó á las ventanas que daban á la plaza; es decir, á las de la habitacion de su señor.

Dos soldados guardaban aquella parte.

Acto continuo abrió una de las de su cuarto.

La calle, por aquel otro lado, estaba desierta.

Un golpe sonó en la puerta.

Nadie contestó.

El antiguo servidor de D. Vela, espada en mano y con no poca sangre fria, se colocó delante de ella.

En la otra exclamó una voz tan fuerte como imperiosa:—En nombre del rey, abrid.

El mismo silencio.

Bernardo del Carpio se colocó tambien enfrente de ella.

Daniel aseguraba los girones de las sábanas á la ventana; un segundo despues, tocaba el suelo y emprendia una carrera diabólica, merced á sus ágiles piernas.

Los golpes se repitieron con fuerza en ambas puertas.

Por una y otra parte se impacientaban.

—Señor,—murmuró el soldado dirigiéndose al del Carpio.—Creo que aún es tiempo. Haced lo que vuestro compañero; huid.

El infante contestó con una sonrisa señalando á una y otra puerta.

Los cerrojos acababan de saltar.

Dos grupos como de diez hombres cada uno, aparecieron detrás de aquel muro de mesas y banquetas.

Al ver aquellas dos figuras inmóviles, tranquilas, terribles, se detuvieron.

—¿Qué quereis? ¿Á quién buskais?—preguntó con entera calma el infante.

—Buscamos,—contestó el que capitaneaba á los hombres del rey,— á Bernardo del Carpio.

—Yo soy.

—En ese caso vais á seguirnos.

—¿Dónde?

—Á la presencia de vuestro soberano.

—¿Se acuerda de mí D. Ordoño? ¡Es muy extraño! Yo pensaba que despues de doce años de cautiverio, habria perdido hasta la última idea de mi persona.

—Yo no sé si de vos se acuerda. He recibido sus órdenes y os las comunico.

—Está bien. Si á eso se reduce vuestra mision, podeis en mi nombre contestar al rey, que debiendo salir en el instante de Oviedo, negándole como desde este instante le-niego mi homenaje, y teniendo desplegada al aire mi bandera, no me es posible acceder á su deseo, y que por lo tanto, no le-veré sino en el campo de batalla, al frente de mis ginetes y peones.

—No puedo hacer lo que quereis.

—¿No?—replicó Bernardo como sorprendido.

—La orden es terminante, y debeis seguirnos al alcázar.

—Os equivocais; estuve en él mucho tiempo bien á pesar mio, para desear volver.

—Mirad que esa porfía puede promover un empeño...

—Que dará por resultado el derramar alguna sangre, sin que por ello alcance vuestro rey su objeto.

—Os equivocais.

—Nunca.

—Me veré en la necesidad de cumplir mi comision, mal de vuestro grado.

—Lo sentiré por vos y por vuestros soldados. Ó D. Ordoño olvida quién soy yo, ó vosotros no me conoceis.

—Solo sé que debeis entregar vuestra espada.

—¿Y quién de vosotros llegará á recogerla?

—Yo.

—Probad.

—En el momento.

Á una señal, los muebles que defendian la entrada rodaron.

Los soldados dieron un paso.

—Por última vez, rendíos al rey.

—Por última vez, no avanceis si estais bien con vuestra vida.

Los soldados avanzaron más.

Chocaron los aceros.

—Á ellos.—Gritó el jefe de aquella turba, cayendo con furia sobre el infante.

Y desde aquel momento se empeñó la lucha.

Lucha desigual y terrible.

Lucha en que diez espadas amenazaron á la vez el pecho de un solo hombre.

Bernardo volvió á aparecer el mismo de otros tiempos.

Con la ligereza del corzo, con la intencion del tigre, con la fiera del leon, se volvió contra sus adversarios descargando mandobles y estocadas tan tremendas, multiplicadas y certeras, que en breve mancharon de sangre el pavimento.

Aún no principiaba el combate, y dos víctimas yacian por el suelo con el estor de la agonía.

Su espada brillaba como el relámpago y heria como el rayo.

Radiante la pupila, dilatados los labios, erguida la cabeza, levantado el pecho, extendido el brazo derecho y enclavadas é inmóviles sus piernas, sin avanzar ni retroceder una línea, podia decirse que su espada atraia y manejaba todas á la vez, y á un tiempo mismo, las de sus contrarios.

Cual si estuviese imantada, cual si estuviese dotada de una irresistible fuerza de atraccion, confundia en un solo molinete las de los demás, haciendo que se dirigiesen á un mismo punto todas aquellas armas, manejadas por expertas y distintas manos.

Su compañero tambien se portaba con gran valor y buena suerte.

No obstante, agobiado por el número, y no siendo tan ducho como el infante en el manejo de la espada, retrocedió insensiblemente hasta colocarse al lado del guerrero.

—No temas,—le dijo este.—Con un pequeño esfuerzo verás cómo estos cobardes desaparecen.

Al terminar la frase hendia otro cráneo y atravesaba el brazo derecho del jefe de aquellos soldados asesinos.

—¡Ira de Dios!—ahulló al ver que su sangre corria.—Acabad de una vez, ó ¡por Satanás que el que con vida quede será ahorcado!

—Ya lo veis,—exclamó el infante;—os empeñásteis en que yo os

acribillase á estocadas, y lo conseguís. Dentro de pocos instantes no quedará uno solo de vosotros.

—Lo veremos;—rugió su contrario animando á los otros, que se lanzaron sobre los dos combatientes como lobos hambrientos.

Todo cálculo se olvidó.

Lo que allí se necesitaba era matar, y las gentes del rey, más que en defenderse, pensaban en la manera de herir.

La lucha fué haciéndose más y más sangrienta, y el desenlace se acercaba, á tenor que el cansancio, la ira y el empeño crecían.

Seis hombres estaban ya fuera de combate, y aún los dos sostenedores de aquella inicua y desigual pelea, no habían recibido el más ligero rasguño.

Esto les daba mayor brio, y se reanimaban, creyendo que el cielo sostenía su causa.

Las gentes del rey llegaron á comprender lo mismo.

Dos heridos más tuvieron que retirarse de la refriega; y era lo lógico que á aquel paso siguieran los demás el mismo camino.

En aquella empresa titánica llevaban á pesar de su número la peor parte.

Unidos ya Bernardo y su nuevo servidor, los demás hicieron lo mismo, agrupándose, confundiéndose y procurando derribar á sus temibles adversarios.

Bernardo comprendió la idea, y dió algunos pasos atrás, apoyándose en una de las paredes de la habitación.

El otro hizo lo mismo.

Sus enemigos se vieron en la necesidad de seguir aquella evolucion, pero desbaratando el semicírculo que habían formado y colocándose en línea, único recurso que les quedaba.

Esto colocaba á los del rey en peor situacion.

Persuadidos de que las espadas no podían obrar con la eficacia que el caso requería, apelaron á otro medio.

Hicieron uso de las ballestas.

Aquel nuevo sistema dió un resultado fatal para el del Carpio.

El primer disparo hizo volar su espada en dos pedazos.

El guerrero quedó por breves instantes indefenso, y pudiéramos decir con razon, que á merced de sus enemigos.

Daga en mano, y con una maestría y serenidad incomparables, á duras penas conseguía parar el diluvio de golpes que le asestaban.

Una alegría satánica iluminó todos aquellos rostros pálidos y desencajados por el cansancio é incertidumbre del combate.

Creían llegada la hora de terminarle.

Creían ser dueños de aquel hombre potente, invencible, invulnerable.

Desarmado é incapaz de sostener la lucha contra tantos, ya le veían, ya soñaban verle rendirse á merced de sus acometedores.

Confiados adelantaban y reunían todas sus fuerzas, todo su brio, toda su audacia, para acabar de una vez.

Pero se engañaban.

Bernardo del Carpio, aquel caudillo insigne, terror de las taifas agarenas, vencedor en cien batallas, nunca vencido al frente de sus tercios, y conocido y reputado como el mejor capitán de su tiempo, no era hombre que se dejaba dominar de tan sencilla manera.

Calculando su fuerza y espiondo la ocasión, procuraba la forma de restablecer otra vez la igualdad, si no en el número, á lo menos en las armas.

Así fué, que cuando más seguros creían ver el éxito de la jornada, hé aquí que el del Carpio da un salto de pantera, clava con una mano la daga en el pecho del que más cerca tenía, arrebatándole con la otra del cinto una pesada maza, de la cual se iba á servir de una manera funesta.

En efecto; con auxiliar tan poderoso, ya la lucha llegó al último límite.

La resistencia fué imposible; y los soldados aturdidos, temerosos, aterrados, principiaron á ceder.

Ni las amonestaciones y amenazas de su jefe; ni el exterminio y matanza de sus compañeros; ni el miedo del castigo que les esperaba, fueron suficientes á mantener un valor ya perdido por el terror que se apoderó de sus pechos.

Veían en Bernardo el genio de las armas, la sombra perceptible, pero impalpable, á la cual ni se podía herir, ni se lograba vencer. Comprendieron que todo esfuerzo era inútil, y por instinto, todos á la vez decidieron abandonar aquel lugar sangriento, teatro de su derrota, de su vergüenza.

Un momento más, y dos hombres solos contra veinte, encerrados en un estrecho círculo, reducidos á un pequeño espacio, habrían dado cima á una empresa increíble, digna de la fantasía, del delirio de un loco, pero incomprensible y rara por sus condiciones.

Un momento más, y Bernardo adquiriría un nuevo laurel; realizaría otra hazaña, grande, increíble, como la mayor parte de las que en otra época alcanzara.

El pánico se declaró.

El combate siguió paso á paso.

Por algunos segundos se sostubo en la escalera.

Luego prosiguió en la planta baja.

Por último, llegaron á la puerta.

Nuestros dos héroes acosaban ya á los fugitivos.

Estos solo pensaban en su salvacion.

Pero hé aquí que otro contratiempo se les presenta.

Al salvar el dintel para ganar la plaza, una tropa de ginetes extraordinamente ataviados y armados hasta los dientes, les cierra el paso, dejando en la calle misma otros cinco ó seis heridos, que ni en defenderse pensaron.

El vecindario estaba conmovido con el ruido de las armas y el clamor de los soldados.

Las ventanas se abrian, y la plaza se llenaba de curiosos que buscaban la explicacion de lo que estaba sucediendo.

Nadie se daba razon de aquella escandalosa é impensada ocurrencia, atribuyéndola unos á un motin promovido por el ejército, y otros á una simple pendencia suscitada por los bebedores concurrentes á la hostería de la Estrella de Oro.

Entretanto que estos comentarios se hacian, y que cada cual charlaba á su manera, Bernardo del Carpio montaba á caballo, y seguido de todos los suyos, se dirigia á la puerta más inmediata de la ciudad.

Poco despues, y ya próximos al campo, dijo á Daniel que era preciso esperar un poco antes de salir de la capital.

—¿Pues qué ocurre, señor?—preguntó el paje.

—Ildaura está en Oviedo, y no es posible dejarla á merced de nuestros enemigos.

—Sigamos, señor, si otra cosa no deseais, que en cuanto á mi señora, tan segura está como nosotros mismos.

—Acaso tú...

—Debais suponer que yo no olvidaria lo que constituye una sagrada obligacion.

—Es decir...

—Que mi señora está cerca de nosotros, guardada por hombres de mi confianza, y de un valor á toda prueba.

La más viva expresion de gratitud se pintaba en los ojos del infante.

Daniel era para él la prenda más inapreciable que despues de su amada tenia sobre la tierra.

Tranquilo por completo, gracias á la prevision de Daniel, picó es-

puelas á su brioso corcel y dejó la ciudad que tan malos recuerdos grababa en su corazon.

Corrieron por espacio de media hora, al cabo de la cual y en medio del silencio de la noche, llamaron la atencion del infante las pisadas de otros corceles y las voces de muchos hombres que al parecer les precedian.

—¿Qué gente será esa?—preguntó á su antiguo paje.

—Pronto lo sabremos.

Y sonó el agudo sonido de un silbato, al cual contestó el precipitado galope de un caballo.

—¿Arnaldo?—gritó Daniel.

—El mismo, señor.

—¿La gente?

—La teneis á cuatrocientos pasos.

—¿Hay novedad?

—Ninguna.

—¿La señora?

—Os espera con la mayor impaciencia.

—Ya lo ois, infante. Avancemos, que por ahora nada hay que temer, gracias al cielo.

Y tras estas palabras todos se lanzaron á la carrera.

CAPÍTULO LXI.

A Saldaña.

Al ciarear el día, una lucida tropa como de cien ginetes, marchaba acelerada, pero en buen orden, por la dilatada llanura.

Á la cabeza podian distinguirse, un guerrero apuesto y de noble figura, un bizarro caballero de negros ojos y retorcido mostacho, y un pajecillo jóven y hermoso como el sueño de los amores.—Llegado que hubieron á un valle alegre y frondoso, todos hicieron alto.

El caballero que caminaba al lado del pajecillo, volvió grupas, y se adelantó al escuadron.

—Nuestra vida nómada y aventurera,—dijo,—va desde hoy á terminar. Hafsúm no será para vosotros más que un sueño. Ya no sois los bandidos precisados á ocultarse en el seno de los bosques; sino un tercio levantado á mis expensas, para sostener la más noble, la más justa de todas las causas.

Soldados: saludad á vuestro caudillo; saludad al infante Bernardo del Carpio.

La tropa prorumpió en vivas aclamaciones.

La bandera de Saldaña tremoló al aire.

La insurreccion, el levantamiento del reino, la guerra civil, contaba allí su punto de partida.

Pronto se alzarían cien pueblos para reclamar sus libertades y pedir la caída del hombre funesto que, sin temor de ningún género, labraba la ruina del Estado.

Al rededor de la enseña que Bernardo del Carpio levantaba, no tardarian en agruparse los espíritus más turbulentos.

En pos de estos, irian acudiendo cuantos tuvieran que vengar propias injurias, que á decir verdad, no eran los menos.

El rey Ordoño no habia calculado mal; solo que, efecto de sus mismos temores, habia equivocado los medios.

Una transaccion honrosa, no solo no le hubiera perjudicado, sino que hubiera puesto su nombre muy alto, toda vez que hallaba la manera de practicar en gran escala, y recayendo en un guerrero insigne, aquella gran máxima que nunca debieran olvidar los reyes: «No siempre es grande el monarca que castiga; pero jamás deja de serlo el que perdona.»

D. Ordoño cambió uno por otro los caminos que para la resolucion de aquel problema se le ofrecian, y desgraciadamente para él, eligió el peor.

Los reyes no son infalibles.

Lo peor es que han de aceptar determinadas consecuencias, como las aceptaria el último ciudadano.

Muy en breve la conducta del privado, la actitud del rey, los trabajos de los nobles descontentos, y la predisposicion de los pueblos, debian dar los resultados que todos sin excepcion creian.

El escuadron se puso de nuevo en marcha.

Dos dias despues daba vista al castillo de Saldaña, guarnecido y custodiado por tropas reales.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

Capítulos.	Páginas.
PRIMERO. . . La expiacion.	5
II. . . . Doña Luz.	11
III. . . . De cómo mandaba el rey y gobernaba el privado.	20
IV. . . . Una impresion.	24
V. . . . Revelaciones.	35
VI. . . . La cita.	45
VII. . . . Algunos datos indispensables para esta verídica historia.	50
VIII. . . . La prision.	55
IX. . . . Hafsum.	60
X. . . . En el que se demuestra que la punta de un venablo puede cortar bruscamente el mejor de los argumentos.	65
XI. . . . La torre de Santiago.	71
XII. . . . El regreso.	80
XIII. . . . Lo inesperado.	84
XIV. . . . Explicaciones.	97
XV. . . . Deducciones.	106
XVI. . . . La emboscada.	110
XVII. . . . La aparicion.	117
XVIII. . . . En el que se demuestra que más hace el que quiere que el que puede.	121
XIX. . . . Medidas preventivas.	129
XX. . . . En el que se ve que Daniel principia á aguzar el ingenio.	136
XXI. . . . La tormenta.	159
XXII. . . . De cómo calculaba el infante, y se preparaba Daniel.	160
XXIII. . . . La promesa.	165
XXIV. . . . El asunto principia á complicarse.	169
XXV. . . . La visita.	174
XXVI. . . . Incidentes.	179
XXVII. . . . La asonada.	186
XXVIII. . . . La evasion.	193
XXIX. . . . Las pesquisas	201
XXX. . . . La llegada.	206
XXXI. . . . De cómo un pájaro se atrevió á dejar su nido.	213
XXXII. . . . Propósitos de una reina.—Preliminares de una batalla.	221
XXXIII. . . . El pergamino.	226
XXXIV. . . . Presentimientos.	231
XXXV. . . . Un golpe de mano.	239
XXXVI. . . . De lo que entretanto acontecia en la corte.	245
XXXVII. . . . Victoria por D. Ordoño.	247
XXXVIII. . . . El encuentro.	251
XXXIX. . . . El hombre propone.	255
XL. . . . Un enemigo tenaz.	262
XLI. . . . La incertidumbre.	265

Capítulos.	Páginas.
XLII.	Misterio. 268
XLIII.	El regreso. 277
XLIV.	El empeño del rey. 282
XLV.	El veterano. 289
XLVI.	Era tarde. 298
XLVII.	El aviso. 303
XLVIII.	El meson. 312
XLIX.	Sobre la pista. 316
L.	Preocupaciones.—Andrés. 320
LI.	Precauciones. 330
LII.	La cacería nocturna. 335
LIII.	El amante. 339
LIV.	El marido. 347
LV.	Daniel demuestra que durmiendo se oye tanto como despierto. 353
LVI.	La sentencia. 366
LVII.	En que se dan al lector algunos detalles muy del caso para nuestra historia. 370
LVIII.	En que Daniel se dispone á hacer una de las suyas. 375
LIX.	La señal. 380
LX.	El último esfuerzo. 388
LXI.	Á Saldaña. 396

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

- 1.^a *El embozado que poco antes se dirigia á la plaza Real, volvió á entrar en su casa, llevando en los brazos una mujer desmayada.* Página 7.
- 2.^a *La lucha fué ligera, pero terrible.* Pág. 65.
- 3.^a *¿Dormis, Sabiniano?—Preguntó en voz muy baja.* Pág. 161.
- 4.^a *El rey Ordoño I.* Pág. 219.
- 5.^a *¡Y tal me preguntais sabiendo cuánto os amo!* Pág. 276.
- 6.^a *¿Sois vos el llamado Hafsum?—El mismo, infante.* Pág. 353.

DANIEL,

LA CORTE DEL REY ORDOÑO.

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL

DANIEL,

ó

LA CORTE DEL REY ORDOÑO.

FUND. MEXICANA

101	102	103	104	105	106	107	108	109	110	111	112	113	114	115	116	117	118	119	120	121	122	123	124	125	126	127	128	129	130	131	132	133	134	135	136	137	138	139	140	141	142	143	144	145	146	147	148	149	150	151	152	153	154	155	156	157	158	159	160	161	162	163	164	165	166	167	168	169	170	171	172	173	174	175	176	177	178	179	180	181	182	183	184	185	186	187	188	189	190	191	192	193	194	195	196	197	198	199	200
-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----

LA CORTE DEL REY ORDOÑO.

LA CORTE DEL REY ORDOÑO.

LA CORTE DEL REY ORDOÑO.

DANIEL,

ó

LA CORTE DEL REY ORDOÑO.

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL

DE

DON EMILIO DE ALCARÁZ.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.

Imprenta de M. Tello, EDIRON, calle de Preciados, núm. 86.

1864.

DANIEL

LA CORTE DEL REY ORDOÑO

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON EMILIO DE ALCARAZ

TOMO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO.

Trasformacion.

Tres meses eran pasados desde que Bernardo del Carpio salió de la corte, y la trasformacion del país era completa.

Los excesos de su consejero el conde D. Vela no reconocian límites; sus escándalos habian llegado á un extremo fabuloso, y su carácter se habia hecho como nunca insoportable, desde el momento en que para su desgracia descubrió la evasion de Ildaura, y la indigna traicion de su confidente.

D. Vela se precipitaba más rápidamente que nunca en la pendiente que guiaba á su infortunio.

Las dilapidaciones, el comercio de los empleos y cargos públicos, su mala estrella en los asuntos de fuera y dentro del reino, y cuanto en una palabra sucedia, todo era obra suya, de su ambicion, de su cinismo, de su torpeza.

Para que nada faltase, para que no existiese una clase á quien aquel hombre no infriese un insulto, no hiciese una ofensa, la Iglesia fué objeto de la atencion general por causa suya, recibiendo uno de esos golpes crueles, que ni se olvidan, ni se remedian, ni se perdonan.

Denunciado el obispo Athaulfo de un caso muy feo, del pecado nefando, por cuatro esclavos de la iglesia compostelana, dió el privado parte al rey, aconsejándole al mismo tiempo que, siendo de necesidad el desarrollo de la política de represion, y siendo aquel un asunto de terrible trascendencia para los ministros del Señor, se hacia indispen-

sable un castigo ejemplar, portentoso, que dejase un eterno precedente para los que no delinquieran, y un terror duradero para los que derechos caminaban á semejantes delitos.

Comprendió el rey que al conceder al favorito lo que pretendia realizaba una accion meritoria á los ojos de Dios, y le dió plenas facultades para que con arreglo á su conciencia obrara. Sin tener en cuenta sus antecedentes, sus virtudes, su santidad, el obispo fué citado y hecho venir á la córte para responder por sí á la acusacion.

Antes de ir á ver al conde, celebró el santo sacrificio de la misa; y despues, vestido de pontifical, se fué á casa del ministro.

Lo que á este le debiera infundir respeto, le exasperó.

Creyó que aquella presentacion, con semejante forma, era un alarde que él en manera alguna debia consentir.

La discusion se mantuvo templada por parte del obispo.

Violenta, iracunda, descompuesta, por parte del favorito.

El resultado fué sentenciar al santo varon á ser sacrificado por un toro bravo al dia siguiente, y en presencia del pueblo.

Cumplióse el mandato, y la historia nos cuenta lo que en él aconteció.

El valiente animal se lanzó á la víctima que se le ofrecia.

Athaulfo, por toda resistencia, por todo escudo, por única defensa, hizo la señal de la cruz.

Ante este signo, el animal bajó la cabeza, se aproximó con mansedumbre al sacerdote, y su fiereza se trocó en una actitud humilde é inofensiva.

El prelado tocó los cuernos, que con asombro universal quedaron en sus manos.

Ante esta señal irrecusable de la justicia divina, y de lo injusto y feroz de la sentencia dictada, la indignacion de los circunstantes llegó á su colmo, y sabe Dios lo que pudiera pasar, si el mismo obispo no aplacara los ánimos y diera tregua al furor del pueblo.

Atacada de una manera tan inaudita la idea religiosa; herido ese altísimo principio, tan respetable y arraigado en nuestro pueblo; escarnecida la que entonces como ahora constituia la base fundamental de nuestra sociedad y de nuestros más sagrados derechos, fácilmente puede calcularse el efecto que produciria aquel nuevo atentado del hombre más repulsivo, odioso y tirano.

Pero no bastaba esto.

Su destino debia oscurecerse más y más

Las nubes debian agruparse por completo sobre la cabeza de aquel dictador insoportable.

Los negocios exteriores estaban mucho peor, si peor cabia, que los interiores, y téngase en cuenta que estos teuian convertido el estado en un caos, en un desórden irremediable.

Mahomad, rey de Córdoba, se disponia á enviar sus ejércitos contra Toledo, del cual estaba encargado á la sazón Lobo, hijo de Muza, por mandato de su padre. Advertido de la derrota sufrida en Alvelda, Lobo quiso á todo trance hacer alianza con D. Ordoño, toda vez que por este medio podia contar con un refuerzo de soldados valientes y aguerridos.

Mandó emisarios á D. Vela, y se entabló la negociacion, efecto de las grandes ofertas que á la avaricia del favorito se hacian.

Inclinó el ánimo de D. Ordoño, que se resistia y con razon á ayudar en aquella ni en ninguna otra empresa al enemigo que acababa de ocasionarle el derramamiento de la sangre y el oro de sus vasallos; y contra el ánimo del rey, y á pesar de la oposicion de la nobleza, poco despues salieron para Toledo, en cuya plaza entraron con grande contentamiento de sus habitantes, hasta diez mil soldados cristianos, la mayor parte asturianos y navarros.

Noticioso Mahomad de las fuerzas enemigas, luego que llegó á las inmediaciones de Toledo, resolvió no exponerse á un contratiempo, y para ello intentó dar un golpe de mano, en el cual la astucia sustituyera con ventaja al poder de las armas.

Al efecto preparó una celada en Guadacelete, arroyo situado cerca de Villaminaya, muy á propósito para el objeto.

Tomadas las convenientes precauciones, él en persona al frente de unas fuerzas insignificantes, se presentó delante de la ciudad en actitud de provocar á la pelea.

Los de dentro, engañados por el número de sus contrarios, que al parecer ignoraban las fuerzas superiores que dentro de los muros se encerraban, salieron con gran confusion y gritería á recoger cómodamente una victoria que de tan buena manera se presentaba.

Mahomad principió una hábil retirada acosado por sus contrarios, que cansados al fin de perseguirle pensaron retirarse.

Pero en aquel momento, y de improviso, se encontraron rodeados de enemigos que les estrecharon por el frente y por la espalda, produciendo una carnicería espantosa, resultando de ella ocho mil cristianos muertos.

Á la vez que esto sucedía, los normandos recorrían todas las marinas de España, poniendo fuego á cuanto á su paso encontraban.

Los campos de Navarra fueron talados.

Destruída casi en su totalidad la provincia de Álava.

Mérida se levantó, y el desórden y la confusion campearon triunfantes por todas partes.

El reino, cual un solo hombre, contemplaba con indignacion el cuadro que á sus ojos se ofrecia. Consideraba sus instituciones vacilantes, en grave riesgo su libertad, vendida su independendia, y dudaba entre dejar que su furor se desbordase arrollándolo todo, ó consentir que se desplomase la república para perecer con ella.

Uno tras otro, los nobles iban retirando su homenaje.

El descontento cundia.

La reaccion se acercaba.

Los diqués que la política, las prescripciones legales y el respeto superior imponen, se rompian.

El pueblo murmuraba.

Bien pronto sabria amenazar.

El trono no estaba seguro en sus cimientos.

En la superficie, solo se notaba esa calma absoluta, pesada, sofocante, que hace presentir la tormenta.

En el fondo, se veian las señales evidentes de lo que muy pronto debia suceder.

La hidra revolucionaria absorbía y quebrantaba la propiedad, la familia, las instituciones, los más santos derechos; y ya en su primer vértigo de locura y desenfreno, soñando con la embriaguez del triunfo, pletórico de venganza, el pueblo en masa, semejante á la furia del averno, se consideraba á si mismo pobre, miserable, sin tesoros que gastar, sin ciudades que defender, puesto que todo ello se consumia al contacto de impuras manos, que solo anhelaban la riqueza y engrandecimiento de unos cuantos miserables.

Entonces, siguiendo el curso de su delirante sueño, aquel mismo pueblo juzgaba que debia empuñar con una mano la tea devastadora, y con la otra el sable ensangrentado hasta la guarnicion. Ya en tal estado creia verse lanzado á la arena, y jadeante de cansancio, harto de incendio, abrumado por el desórden y el asesinato, llegar mudo, aterrador, indeciso, á detenerse ante el trono del monarca, fijando en él sus grandes y fascinadores ojos, y marcando al fin ese movimiento traidor del tigre, al querer arrojarse sobre su presa.

El trono tenia entonces una existencia condicional, problemática.

Las instituciones perecian impiamente.

Los más leales consejeros del monarca rehuian emitir la más insignificante opinion.

La córte asustada, conmovida, irresoluta, declinaba todas las consecuencias de los sucesos sobre la sagrada cabeza del rey, y formando un solo cuerpo, sin atreverse á declarar en alta voz su indecision, ni á adoptar por otra parte medidas y recursos que pudieran atajar el mal, huia en tropel, arrastrando en su seguimiento consejo, ejército, todo en fin, lo que podia contribuir á sostener bien ó mal la ruinosa constitucion del Estado.

De tal manera, en tan cobarde forma abrieron libre y ancho campo á la dictadura del favorito, que se rodeó á su vez de unos cuantos atrevidos y miserables, hombres oscuros, sin antecedentes, sin nombre, que cercando á D. Ordoño, y colocando una barrera insuperable entre él y las clases privilegiadas, vinieron más tarde, y á un tiempo mismo, á provocar esa lucha tenaz entre la corona y la democracia, y á enaltecer y crear la democracia cortesana.

Aquella córte digna, formal, grave por su fisonomía, sus costumbres, su tradicion, se convirtió poco á poco en una córte ridícula y repugnante, peor que la de todas las antiguas y modernas repúblicas, en la cual á nadie se preguntaba su origen, ni su nacimiento, ni su deseo, aceptando de una manera incondicional al primero que se acercaba, con tal de que supiera ser desleal y llevar al régio alcázar las costumbres más groseras y licenciosas de la última clase del populacho.

Efecto de esta dislocacion funesta, vino á realizarse por completo un movimiento más funesto aún.

Los vicios sociales, la más asquerosa corrupcion, los crímenes más atroces, no partieron ya de *abajo á arriba*, defecto fácil de corregir, sino de *arriba á abajo*, mal imposible de remediar.

La corrupcion no nacia del pueblo.

La enseñaba, la imponia aquella nueva córte estúpidamente sibarítica.

El pueblo á su vez, ansioso de novedades, aceptaba gozoso cuanto se le concedia; pasando, para alcanzarlo con más amplitud, sobre la cabeza de sus ciegos y momentáneos legisladores, que, incapaces é imposibilitados en todas sus condiciones, ni se ocupaban de evitar la consumacion de interminables y feos delitos, ni pensaban jamás en castigarlos.

La *soberania nacional* (como dirian hoy nuestros honrados políticos) era absoluta.

Sin embargo, la revolucion no se contenia.

El momento habia pasado.

No quedaba límite posible donde conseguir que hiciera alto.

Quería, necesitaba devorar al mismo que con su torpeza la habia desencadenado.

Las ideas más bellas, los argumentos más ingeniosos, las protestas más aceptables, las frases eternas, usadas por todos los hombres, para todas las situaciones, en todas las épocas, y con mayor insistencia en las más desastrosas; aquellas frases de «justicia, rectitud, moralidad,» eran pronunciadas al par que se hacinaban las víctimas sacrificadas á la ambicion; que se vendia la patria por un puñado de oro; que se entregaban á vil precio al enemigo, la honra, la sangre, la hacienda de los mejores ciudadanos.

CAPÍTULO II.

La corte de doña Munia.

Presentada á grandes rasgos la situacion del país en los momentos en que reanudamos nuestra historia, fácil es por demás comprender cuál seria la situacion especial de cada uno de nuestros personajes.

El rey, completamente abstraído, y profundamente afectado por la atmósfera que le rodeaba, por los riesgos que á cada paso descubria, ya no acertaba ni aun á ser enérgico. Olvidaba sus deberes como soberano, y entregaba la dinastía al furor de sus enemigos.

El favorito, en cambio, jugaba el todo por el todo.

Comprendiendo que su cabeza era la prenda que terciaba en aquella partida, desplegaba todos sus recursos y se decidía á luchar desesperadamente. Semejante al general que al considerar perdida una batalla, junta sus reservas, apiña sus escuadrones, y se lanza sobre los contrarios con los ojos cerrados, sin calcular el número, por la necesidad solo de morir matando, así el favorito, cansado ya de ceder al destino, agrupaba todos sus elementos, y de una vez los lanzaba sobre el pueblo y sobre la nobleza.

El destierro, la prision, el oro, las dignidades, todo alternaba y se confundia.

El resultado era algunos desagradecidos más, y algunas consideraciones menos.

El agraciado olvidaba el favor.

El ofendido pensaba en su venganza.

La reina era el verdadero protagonista de aquel drama.

Únicamente ella, por amor á su esposo, por interés de sus pueblos, calculaba la verdad de lo que pasando estaba, y ponía de su parte lo indecible para aminorar, para decrecer, para evitar, si la ocasion se ofrecía, el mal que á todos amenazaba.

Desierta por lo comun la cámara del rey, era la suya el centro de reunion, el núcleo de los nobles que aún conservaban un puro y leal instinto monárquico, y un amor fiel y desinteresado á la dinastía.

Allí se veía siempre al conde Sabiniano, al consecuente Helbrando, al taciturno D. Santos, á muchos militares que aún querían á su pobre patria, á los artistas más distinguidos, á un paje de doña Munia, conocido por su agudo ingenio, que le concedía visos de poeta é insulas de hombre ilustrado, y á cuantos en fin, querían trabajar en pro de la buena causa, del resto de los patricios abandonada.

La cámara de doña Munia albergaba á los que de buena fé pensaban.

Como mantenedores de la doctrina santa, del principio saludable, de la práctica y constitucion legítimas, aun cuando totalmente separados, inadvertidos, y poco considerados por el rey, distinguíanse entre los hondos y revueltos pliegues de tan enmarañada, confusa y desastrosa politica, aquellos pocos hombres, verdaderamente leales, ardientes, llenos de fé y abnegacion, sin otro deseo, ni otro norte, ni otras aspiraciones que sacar á salvo la averiada nave del Estado, sin contar para ello con otras fuerzas que las suyas, ni otro elemento que su valor, ni más ayuda que su patriotismo.

Ellos no querían el favor ageno, ni riqueza, ni honores, ni plato en el último festin de aquella corte de opulentos bandidos.

No querían asiento en aquella agonizante bacanal.

No buscaban participacion en aquel postrer espectáculo, donde acaso se ocultaba para siempre el brillante sol de las antiguas y más gloriosas tradiciones.

Ellos, distintos de todos los demás, marchando por opuesto camino, honradamente pensando, querían el triunfo de la verdadera idea, la realizacion de su hermoso delirio.

Buscaban la conservacion de su rey, de su patria, de su hidalguía.

Se despojaban de la grandeza y de los honores que de derecho eran suyos, con tal de disponer, cual laboriosos obreros de la noche, aun á riesgo de perder por ello su cabeza, la salvacion de su honor y las libertades de su patria.

¡Sueño todo! Aquella resolucion heroica y generosa habia de costar

mucha sangre, para ver al fin que aquel mal tratado edificio se hundia; que aquel reino se consumia en su propia impotencia.

No obstante, los trabajos continuaban, extendiéndose lo posible, difundiendo constantemente sus doctrinas, y poniendo en práctica una propaganda activa y provechosa.

En el momento á que nos referimos, la tertulia de la reina era más brillante que nunca.

Hablábase en ella de los asuntos del dia, refiriendo cada cual lo que habia podido hacer.

—Observo, señores,—decia D. Santos,—que en medio de este caos en que nos agitamos, en medio de la impaciencia que á todos nos consume, la fuerza, la accion, la marcha de los acontecimientos se paraliza, mientras que el extravio y la despótica presion del conde y sus parciales predomina con más imperio que nunca.

—Eso consiste,—contestó el conde Sabiniano,—en que han logrado distraer por un momento al pueblo con la concesion de libertades hasta hoy desconocidas en nuestra patria.

—Y tan inconvenientes y perniciosas, como infames los que las han puesto en práctica;—añadió Helbrando.

—¡Oh!... No creais que este es un mal tan grande;—murmuró la reina, que hasta entonces se limitó á escuchar.—La revolucion puede ciertamente acabar con el maléfico influjo del privado. Puede principiari por ahí, es verdad; ¿pero dónde habrá de parar? ¿Cuál será su término? Teneis razon; lo presente, asusta; pero lo desconocido... ¡ay!... lo desconocido es terrible.

—No tanto, señora,—se apresuró á decir D. Santos, que comprendió la idea de la reina.—No tanto, que nuestro pueblo sabe guardar respeto al soberano, y una vez conseguido el principal objeto, volverá á ser tan dócil y sumiso como antes lo fué.

—Acaso os engañais; vuestro buen deseo os hace considerar las cosas de una manera muy agradable. El pueblo puede ser sumiso; pero no cuando por cansancio se impacienta. ¿Qué opinais, Sabiniano?

—Yo, señora, comprendo cuanto quereis decir; es más; alcanzo cuanto pensais; pero lealmente os aseguro que no creo que la violencia del pueblo llegue nunca hasta el trono.

—Es decir...

—Que entre el quietismo que hoy observo y la revolucion...

—¿Qué preferis?

—La segunda, señora.

—¡Vos tambien!

—Sí, doña Munia; yo tambien, y con toda mi alma, os lo juro.

Los ojos del conde despidieron un fuego sombrío.

Sus pupilas revelaron lo que por su espíritu pasaba.

Luego continuó:

—La prefiero, señora, porque de la revolucion ha de nacer la luz. La prefiero, porque de ella ha de brotar el castigo de ese miserable. La prefiero, porque ella ha de servir de leccion provechosa á vuestro esposo. Me direis que con ella viene por tierra hasta la última idea de lo existente; me direis que con ella la nacion entrará en un camino enteramente nuevo; me direis que ante nuestros ojos se extenderán horizontes dilatados y desconocidos que nos llevarán á un régimen que hoy no podemos prever. Todo es verdad; pero no olvidéis que con las revoluciones viene la reaccion; que con ellas viene la satisfaccion de la mayoría de vuestros súbditos; que de sus vaivenes, de sus profundas y formidables convulsiones se forman la extincion de los vicios añejos y la aceptacion de los sistemas nuevos, fecundos y ricos de esperanza. Con nuevas aspiraciones y hombres nuevos, el país puede esperar, y el monarca puede regir. En países como el nuestro, es preciso extirpar enteramente la mala semilla; y para conseguirlo, falta... con franqueza os lo diré; falta un bautismo de sangre; pero formal, imponente, solemne.

—¡Oh!... Me asustais;—exclamó doña Munia cubriéndose el rostro con las manos.

—Lo sé; pero yo debo deciros hasta mi último, mi más recóndito pensamiento. Bien sabeis, señora, que nunca fuí sanguinario. Apto para el consejo, más que para la guerra y sus estragos, siempre sostuve, y con ventaja, que la política debia caminar detrás, muy detrás de la administracion. Pero cuando la primera ha subyugado á la segunda; cuando la intriga, la miseria, la ambicion ha cerrado hasta el más pequeño de los caminos que guian á la prosperidad; cuando la envidia, el egoismo, la personalidad han hecho que el escándalo se desborde, que la corrupcion nos invada, que la inmoralidad nos absorba, lo repito; la justicia popular debe igualarnos, y purificar á los que resten del contagio producido por aquellos que desaparezcan.

Los circunstantes escuchaban atónitos las valientes frases del conde Sabiniano.

Sus rostros, sin excepcion, revelaban que su tendencia era la tendencia de todos.

Así lo expresaron uno tras otro.

Solo el paje de doña Munia, el chispeante Odoario, guardó silencio.

—Y bien,—le interrogó su señora;—¿qué opinas tú de lo que mis nobles dicen? ¿Difieres acaso de sus opiniones?

—Señora... pocos años tengo para tratar tan árdulos y delicados asuntos.

—Sin embargo, los suple vuestro talento,—dijeron algunos caballeros.

—Veamos,—prosiguió la reina;—veamos de qué manera siente mi paje respecto de esta cuestion.

—¡Ah!... Si yo os hubiera de decir como siento...

—¿Y por qué no?

—Porque tal vez no perdonariais mi atrevimiento.

—Si ligeramente apreciabas estas cosas, creeria que no te fijabas lo bastante en lo que á mí me interesa. Pero si con razones apoyabas tu opinion, se respetaria, por extraviada que ella fuera.

—Sí, sí,—repetieron todos, dando aquel incidente un giro más agradable á la conversacion.

—Vamos,—dijo el paje como acentuando la dificil situacion.—Ya que la reina lo manda y vosotros lo deseais, diré una cosa.

—¿Cuál es?

—Que yo no he entrado á comparar lo que más ó menos puede venir; que yo no he formado mi opinion por cábalas y deducciones de alta política, porque no la veo tan clara como desearia; que mis sentimientos, mis impulsos, son únicamente hijos de mi corazon. Me guia el amor á mis señores. Ahora bien; ¿creeis que el presentimiento de un corazon tan puro como leal puede marcar la eleccion del mejor camino?

—Es indudable.

—Pues entonces, ved; en este pergamino, escrito por mí hace pocos momentos, encontrareis la verdadera expresion de mi alma.

Y al decir esto alargaba al noble que más cerca tenia, un pergamino doblado en cuatro partes.

Su mano temblaba.

Sus ojos buscaban los de doña Munia, temiendo que con aquel acto cometeria una inconveniencia, por la cual pedia un perdon anticipado.

—Léenos tú mismo,—exclamó doña Munia con cierto aire de curiosidad.

—Es una composicion de poco mérito; pero alusiva al asunto de que se trata.

—Buena debe ser, siendo obra vuestra;—dijo el conde Sabiniano, que en muchas ocasiones pudo y supo apreciar el talento del paje.

—Leed, leed,—prorumpieron los circunstantes, alentados por la reina.

El paje desdobló el pergamino, y con voz entrecortada, pero que gradualmente se fué animando hasta la exaltacion, recitó los siguientes versos, á los cuales hemos dado hoy una forma hasta cierto punto más agradable, á trueque de que con ella hayan perdido gran parte del sabor de su época.

Decian así:

«¿Ves esas tierras que á tus piés se extienden,

ricas en bosques y fecundos prados,

pedestal de ciudades populosas,

orgullo de los Césares, encanto

del universo entero, porque entero

sus pueblos entre sí las disputaron?

¡Esa es tu España! La infeliz matrona;

el rico imperio; el pueblo desdichado,

mártir eterno de opresion funesta;

patrimonio fatal de cien tiranos.

¡Mirale!... Brote el llanto de tus ojos;

tu patria deja, si vivir honrado

pretendes; ¡mirale!... ¡Mira ese pueblo!...

¡Esclavo se formó... y aún vive esclavo!

¿Ves esos hombres de tranquila frente,

de negros ojos y membrudos brazos?

¿Crees que en sus venas nuestra sangre corre?

¿Piensas que por vencer á sus contrarios

llevarán sus corceles y peones

á sangrientos combates? ¡Insensato!...

Esos hombres que ves, solo conservan

la forma de otras razas que pasaron;

Vive la forma, el corazon no vive;

en el torpe placer encenagados;

débiles y cobardes, como corzos

huyen á la mirada de un... villano,

que roba el cetro y al monarca insulta

su nombre y honra sin piedad rasgando.

¡Tal ese pueblo es! ¡Tal es su sino!

El trono de sus reyes vió manchado
de roja sangre; un favorito impuro
deshizo su bandera en cien pedazos;
miró á sus hijos en tormento horrible;
fué presa de asquerosos cortesanos,
amantes licenciosos de una reina
cuya corona rueda entre oro y fango;
de una reina maldita, á quien *fortuna*
aquí por torpe ley apellidamos,
y silencio guardó; sufrió su afrenta;
lo escrito ha de cumplirse; encadenados
vivan sus hijos; ese hermoso pueblo,
perezca poco á poco devorado.
¡No vive Roma en él! ¡No hay aquí un Bruto!...
Vive el César no más, con sus esclavos.

¡Huyamos! Esta atmósfera envenena;
ruje la bacanal; crece el estrago;
hierva sangre en las copas; rojo el cielo,
tambien con sangre señaló las manos
del favorito audaz: se acerca el dia;
¡maldito está!... ¡Por compasion... huyamos!

Lo que no hacen los hombres, lo hará el cielo;
si ya su honor perdieron los hispanos;
si ya el rubor hasta su faz no llega;
si tienen ¡ay! el corazon llagado
por torpe corrupcion, á su destino
nuestro pueblo dejemos entregado.

¡Viva el César en él! Pero no olvide
que su impureza al fin ha despertado
una sombra, que tétrica y sangrienta
se esconde entre los pliegues de su manto.»

La lectura de estos renglones terminó, y sin embargo, ninguno de los circunstantes rompió el silencio.

Hubiera podido decirse que todos los proyectos, los cálculos, el odio de tanto y tanto enemigo implacable del favorito, cedían, aminoraban, palidecían, ante la expresion que el paje favorito de la reina Munia habia impreso en aquel pergamino.

Todos sentian dentro de su corazon, en el alma, un deseo infinito de destruir el poder de D. Vela; pero ninguno hasta entonces habia avanzado hasta santificar todos los medios con tal de llegar al fin. El paje principiaba en la difamacion, para terminar en el asesinato.

Cuando hierven las ideas; cuando una muchedumbre inmensa fragua y prepara en secreto un acontecimiento gigantesco, de incalculable trascendencia, la idea más pequeña, más leve al parecer, rueda y se aumenta fabulosamente, convirtiéndose de una cosa sencilla en un accidente importante y necesario.

Todos comprendieron, al oir la lectura del paje, la variacion que iba á sufrir la situacion del conde.

Todos vieron el nuevo camino que ante aquel empeño se abria.

Despues de señalar la víctima de una manera tan terminante, el puñal asesino tardaria poco en aparecer.

Doña Munia fué la primera que habló.

—¿Sabes, Odoario, que lo que has escrito es grave, muy grave?

—Lo sabia, señora; perdonadme si he sido indiscreto...

—Nunca creí, te lo aseguro, que tu imaginacion jóven, ardiente, fogosa, te extraviase hasta semejante extremo. En fin, ya lo hiciste, y me consuela cuando menos el pensar que los arrebatos del poeta no contagiarán al hombre de corazon, al hombre sensato, que debe comprender cuán expuesto es seguir un camino que está á una distancia infinita de la justicia, de la equidad.

—Permitid, señora, que una vez acusado, me defienda. El que por su amor al rey sacrificaria su honra; el que por amor á su patria daria hasta la última gota de su sangre, no debe mentir. Una vez expresada su opinion, debe sostenerla.

—¡Odoario!... ¿Pretenderias?...

—Sí, señora; pretendo demostrar que mis sentimientos no se oponen á la justicia, á la honradez, sino que lejos de eso, la honradez y la justicia exigen poner el posible coto á unos atentados tan añejos é inauditos, que apenas los comprenderán las generaciones venideras.

Los caballeros escuchaban atónitos las palabras de Odoario.

Doña Munia no acertaba á comprender en su servidor semejante valentía y desenfado.

—¿Dices,—le interrumpió,—que tus doctrinas tienen por fundamento un principio justo?

—Creo que sí.

—Explicalo.

—Si haré, si me lo permitis. No hay en España uno tan solo que no recuerde con horror y pronuncie con miedo la memoria y el nombre de D. Vela. Consejero cínico y desleal, político descreído, amigo traidor, hijo desnaturalizado, marido infame, todos apreciamos en lo que valen sus condiciones, públicas y privadas; todos sin excepcion sabemos lo que ese hombre es.

Sus delitos son tantos como los actos de su vida.

Sus tenebrosas maquinaciones se pueden calcular por el número de sus pensamientos.

Él engaña al rey; vende al país; agota las arcas del erario; enagena las mercedes; contrata los cargos públicos, y consume, en fin, cuantas resoluciones escandalosas pudieran ocurrirse al último de los hombres más miserables.

El reino entero le aborrece. La corte le odia tambien. Nobles y pecheros, todos se levantan para protestar con tanta energía como razon, contra el arbitrario y maldito gobierno de ese hombre.

No obstante, ya le veis. Altivo, orgulloso, satisfecho, los insultos los paga con desdenes, y las asechanzas las castiga con un rigor inaudito.

La justicia no puede nada contra su eterna inviolabilidad.

El rey le concede su favor hoy como ayer, ayer como siempre.

Ahora bien, señora; cuando la patria se hunde; cuando la riqueza pública desaparece; cuando la corrupcion, el vicio cunde de una manera espantosa, corroyendo el corazon de la familia, infiltrándose hasta en la última clase social, ¿no debe procurarse un remedio pronto, eficaz, enérgico? ¿No debe procurarse con más razon aún, cuando sabemos que este foco de perdicion y de abominable desórden reside en un solo corazon, en el alma de un solo hombre, causa de la lamentable perdicion de un pueblo entero?

—¡Odoario!

—¡Oh!... no os quepa duda, señora. Todo esto es verdad, como lo es que cuando ese mismo hombre llega á ser invulnerable para la justicia; superior á la voluntad de los nobles; temible para los vasallos; necesario, indispensable para el rey aunque su amor le pierda... entonces... ¡oh! entonces todo se debe aceptar, con tal de que ese obstáculo desaparezca.

—Pero nunca, Odoario, por medio de un crimen.—Exclamó doña Munia con cierta exaltacion hija de los sentimientos exageradamente nobles y excesivamente santos que presidian siempre á sus actos, que se arraigaban más cada dia en su corazon.

—Siento decíroslo, señora; el diferir de vuestra opinion, es para mí un martirio horrible; pero cuando para salvarnos de una ruina, de una catástrofe inevitable, solo queda un recurso, debe aceptarse sin vacilar, sin discutir siquiera. El tiempo es en tal caso inapreciable, y delincuente es el que no sabe ó no quiere aprovecharlo.

—¡Ah!... decid á mi paje, nobles señores, el error en que se agita. Decidle que un caballero, á pesar de esos riesgos que imagina, no debe, no puede descender á adoptar ciertos recursos, buenos tan solos...

Doña Munia se contuvo. En la fisonomía de todos aquellos leales amigos vió pintado el efecto que produjeron las palabras de Odoario.

Tal fué lo que comprendió en ellos, que un presentimiento doloroso y amargo se apoderó de su espíritu.

Doña Munia, por amor á su esposo, por amor á su reino, ansiaba como el que más la caida del conde; para ella trabajaba, y en ayudar á sus parciales empleaba todos sus elementos y recursos. Pero doña Munia veía una señal sangrienta, y se detenía trémula de emocion, llena de espanto.

En la intriga podía gastar sus fuerzas.

El crimen no era cosa que ella podía comprender, que ella podía ni siquiera presentir.

No obstante, el crimen llegaba á grandes pasos.

Aquel alarde hecho en presencia de una reina, de un crecido número de hombres que con ardiente anhelo deseaban la ruina del favorito; aquel alarde, ostentacion franca y leal de un jóven, ciego adorador de la monarquía, defensor entusiasta del trono, unido á sus reyes por un doble lazo de amor y agradecimiento, debía abrir las válvulas al mas irresistible desbordamiento, matando los más grandes principios de la justicia, allanando el camino á la maldad política.

Doña Munia quiso desvanecer en lo posible aquella atmósfera que de improvisose creaba dentro de su misma cámara, sin continuar una discusion tan difícil como peligrosa.

En su consecuencia, intentó dar nuevo rumbo á las ideas, distrayendo la atencion, que á su pesar se fijaba más de lo necesario en el incidente iniciado por su paje.

—Ya veis, conde Sabiniano, —dijo. —La situacion del rey es triste, muy triste. Los nobles le abandonan, el descontento crece, y la insurreccion toma respetables proporciones, sin que aquí se proyecte nada que pueda contenerla, y sin conseguir por nuestra parte nada para calmarla.

—El calmarla, es imposible, señora. El genio que la sustenta y la dirige, vale mucho, para que la córte pueda contrariarle.

—¡Oh!... ¿tal fé teneis en el prestigio del infante?

—Y tanta, por desgracia.

—¿Por desgracia decís,—interrogó D. Santos,—cuando por sí solo puede él acabar con el comun enemigo?

—No consiste en eso. Bernardo del Carpio desea la destruccion del privado, y aspira á la vez á la desgracia del reino. El trono...

—Teneis razon,—prosiguió doña Munia.—El trono tiene en ese guerrero un contrario fatal. ¡Desgraciado de D. Ordoño, el dia en que las armas del infante entrasen en Oviedo victoriosas!

Aquí llegaban de su conversacion, cuando el tapiz de una de las puertas se corrió, oyéndose á continuacion estas palabras: «El rey.»

Todos se levantaron, pintándose en sus semblantes cierta señal de extrañeza.

Doña Munia avanzó algunos pasos.

El rey entró.

Su aspecto, su ademan, revelaban la trasformacion que venia sufriendo.

Su palidez, su frente arrugada y un tanto marchita, la nerviosa tension de sus labios, la leve, pero muy perceptible inclinacion de su cabeza; todo, en una palabra, se reunia, para ocultar la arrogante figura de aquel rey, poco antes tan feliz y respetado, presentando la del hombre abrumado por la desgracia y rodeado de incertidumbres, de ansiedad, de penas.

Al entrar en la cámara de su esposa miró á todos los individuos que componian su pequeña córte, saludándoles con afabilidad y con cierta expresion que revelaba una agradable sorpresa.

—Pláceme vuestra compañía, amada esposa;—dijo á continuacion, dirigiéndose á la reina.—Veo con placer que os rodeais de buenos servidores, y esto dice muy alto cuánto es vuestro acierto é inmejorable instinto.

—Gracias, señor, por vuestro justo elogio hácia estos valientes y fieles caballeros. La cámara de vuestra esposa no puede contener jamás sino á los sostenedores más decididos de D. Ordoño.

—Lo sé, lo sé,—exclamó el rey sentándose á la vez, y señalando á los demás el sitio que antes ocupaban.—De que nos aman no abrigo yo la menor duda, y por esta razon no vacilaré en someter hoy á su juicio la situacion de los negocios públicos. Todos sabeis, señores, las angustias porque el reino pasa, tanto por las complicaciones que surgen en

el exterior, cuanto por las defecciones que en mi misma casa encuentro. Todos sabeis que mis pueblos arden en pequeñas discordias, que al fin, si no las corregimos en buen tiempo, se convertirán en una verdadera rebelion, cuyo desenlace no es posible prever. Pues bien; en este estado las cosas, vuestro rey os pregunta: ¿qué partido se debe tomar? ¿cuál es el más oportuno camino?

Todos por el momento callaron.

D. Ordoño fijaba tenazmente la vista en el conde Sabiniano, que de intento bajaba la suya, rehuendo una contestacion que, despues de todo, envolvía una grave responsabilidad.

—¿Ninguno de vosotros encuentra una respuesta para mí? Veamos, conde Sabiniano; vos, tan sábio y prudente en los consejos, ¿nada veis que pueda enmendar el trastorno en que vuestra patria está sumida?

Estas frases, acompañadas de una epigramática sonrisa, hicieron que el interpelado satisficiera los deseos del rey, con la ruda y entera franqueza de que él hacía gala en semejantes ocasiones.

—Sí, señor; conceptúo que todo es posible, cuando para ello existen firme voluntad y buen caudal de recursos. Si á esto se une el deseo de acertar, las más difíciles empresas pueden trocarse en ligerísimas tareas.

Todos esperaban con creciente ansiedad la solucion que había de dar el conde Sabiniano á una polémica tan interesante como inesperada.

—¿Decis que existen esos medios?

—Sin duda alguna.

—¿Y creéis que no tendré las condiciones y el deseo que son necesarios para acabar y resolver las cosas de la manera conveniente?

—Señor... no puedo, no debo dudar de lo que tanto vuestro interés cuanto el amor á vuestros pueblos os imponen.

—En tal caso, decid qué rumbo hay que seguir.

—Dos.

—¿Cuáles son?

—Para ahogar la rebelion que, iniciada en Saldaña, se propagará muy pronto á todos vuestros dominios, es indispensable hoy, por desgracia, apelar á las armas.

—¿Cuál es el otro?

—El que conduce á desvanecer por completo el descontento que cunde por todo el reino.

—¿Para eso?...

—No os queda otro recurso que variar vuestro consejo, alejando de vuestro lado...

—¿Á quién?

—Al conde D. Vela.

Un movimiento de admiracion explicó el efecto que las arrogantes y francas palabras del conde Sabiniano produjeron en la asamblea. Nadie hubiera sido capaz de pronunciarlas ante D. Ordoño.

Todos creyeron que con ellas se despertaria la indignacion del rey. Se equivocaron.

Este no hizo la más pequeña demostracion de descontento.

En su profundo conocimiento del carácter de aquel noble, lejos de considerarlas como una salida impensada, le hacia esperar aquella leal manifestacion.

—Está bien, conde. Y vosotros, señores,—prosiguió dirigiéndose á los otros,—¿encontrais ajustada á mis intereses y á los del reino la opinion que acabais de escuchar?

Todos indicaron de una manera muy significativa su absoluto y completo asentimiento.

En el acto D. Ordoño hizo recaer la conversacion en asuntos más generales é indiferentes.

Sin embargo, en su cabeza bullia un nuevo plan de gobierno.

La expresion de aquellos nobles, fraccion que por entonces representaba la verdadera nobleza, la verdadera tradicion, el verdadero símbolo de aquella maltratada monarquía, acababa de imprimir un nuevo rumbo á las cosas públicas. La balanza debia inclinarse hácia lo que real y verdaderamente podria aún salvarle.

¿Lo alcanzaria D. Ordoño?

CAPÍTULO III.

El deseo del rey.

Crecia la preocupacion del rey.

La angustia del privado era cada vez más intensa en el fondo de su alma.

Su cinismo exterior, la insolencia que á la faz de los otros desplegaba, era solo un antifaz con que ocultaba una existencia entera de terror, de incertidumbre.

D. Ordoño iba calculando, aunque lenta y trabajosamente, que su presentimiento era una verdad.

La estrella de su porvenir estaba fija en Saldaña. Allí tambien veria clavada la rueda de su anterior fortuna.

¿Cómo rasgar aquella espesa niebla que envolvía y ocultaba su porvenir?

Era necesario acabar.

Los nobles no habian mentido.

Solo las armas, solo un esfuerzo material, grande, muy grande, podia resolver aquella insostenible y violenta situacion.

Su resolucion estaba adoptada.

D. Vela no pensaba en este asunto de distinta manera.

Sin embargo, reconociéndose él mismo móvil principal de cuanto acontecia, causa innegable del estado en que los pueblos se encontraban, elemento imprescindible que aumentaba y promovía los disturbios que España lamentaba, no se atrevia á indicar al monarca una

nueva campaña, que perdida, seria la completa ruina del país; y en su consecuencia, se reducía á esperar la marcha de los sucesos.

Esto era fatal.

Su fortuna de un lado, y de otro la satisfaccion de una sangrienta venganza, el logro de un ardiente deseo, que siempre se alejaba al juzgarle más próximo y seguro, le desesperaban.

Ildaura, era su eterno sueño.

Bernardo, su más cruel pesadilla.

D. Ordoño no se ocupaba hacia algun tiempo de la primera, fijo como lo estaba sin cesar, en el segundo.

En tal estado se encontraban uno y otro, cuando D. Ordoño determinó tratar de las cuestiones políticas con el privado, marcándole el camino que resueltamente debía seguir, desde el momento.

La vez primera que despues de su visita á la cámara de doña Munia entró aquel en la suya, le habló de esta manera:

—¿Sabeis, conde, que nuestros asuntos empeoran de dia en dia?

—Sé que son graves algunos de ellos, señor. Las complicaciones en el exterior aumentan contra nuestro deseo, y una parte de la guerra general que afecta á los otros estados nos aflige en mucha parte.

—¿Y sabeis que aun peor que en el exterior están en el interior nuestros negocios?

—Los descontentos se aprovechan de todo, y de todo hacen tambien un arma para atacarnos.

—¿Y sabeis, conde, que delante de nosotros se presenta ya un ejército rebelde considerable, con tal número de soldados, de nobles, de ilustres caudillos, que es capaz de poner al nuestro en un aprieto llegada la ocasion?

—¡Oh! tanto como eso...

—¿Y sabeis,—prosiguió imperturbable el rey, que más que á la conservacion de mi corona toca á mi honra el contener y poner á raya esos desmanes?

—Lo comprendo, señor. Pero tened en cuenta...

—Solo quiero tener en cuenta, que es necesario acabar con todo esto de una vez. Si cuanto os acabo de decir sabeis, disponeos á destruir ese foco de revolucion y anarquía, dejando á salvo la honra y el nombre de vuestro rey.

D. Vela comprendió lo que el monarca iba á significar.

Su deseo debía realizarse, y quiso, puesto que la ocasion se presentaba, adelantarse á una orden, que él mejor que nadie estaba ganoso

de obedecer. En su consecuencia, le faltaba tiempo para satisfacer una tendencia que no se había atrevido á iniciar.

—Comprendereis, señor, que cuando la necesidad lo dicte, ó cuando el rey lo mande, mi sangre, mi fortuna, todo cuanto cumple á un servidor leal, sabré sacrificarlo en aras de mi patria, en pro de quien me ha dado la posicion y el valimiento que inmerecidamente disfruto.

—¡Bien! porque todo eso espero de vos, voy á deciros muy pocas palabras. Necesito que inmediatamente reunais mis huestes, y marcheis sobre el castillo de Saldaña. En él se debe establecer un cerco formal, y sin pronto auxilios, caerá en poder de los rebeldes. Su ejército, como sabeis, es numeroso, y temo que las consecuencias sean fatales.

—Se hará como decís.

—Pero tened en cuenta que no me basta la salvacion de esa fortaleza; tened en cuenta que no busco la retirada de las fuerzas enemigas: lo que yo quiero, lo que es indispensable, es su total exterminio; lo que yo anhelo, es ver en mi poder á Bernardo del Carpio.

—Le tendreis, ó perderé yo la vida.

—Pues prevenidlo todo; mañana, al ocultarse el sol, quiero que mis ginetes y peones marchen á combatir la rebelion.

Poco más hablaron el rey y el favorito.

El segundo salió á prevenir cuanto para la inmediata expedicion juzgó indispensable.

El primero procuró buscar en el lecho, el sueño que sus disgustos y vigiliass le negaban.

El conde durmió. Pero de una manera tan febril, tan inquieta, que la crónica nos ha revelado despues que doña Luz se enteró de sus secretos proyectos más de lo conveniente, deduciendo de ellos tantas y tantas cosas, que sospechó que el sitio donde su amante debia encontrarse era el castillo de Saldaña, y por estos y otros indicios que no son del caso, dedujo tambien que la persona á quien aquel en su primera entrevista con ella se refiriera, no era otro que Bernardo del Carpio.

Es lo cierto que enamorada ó imprudente, ignorando la razon que aquel tenia para guardar respecto de su amor un silencio por demás prolongado, la noble dama determinó procurarse por sí misma noticias de lo que de su amante era.

Corrieron las horas.

Como á las diez de la mañana, cuando el conde daba sus últimas órdenes para emprender la campaña, recibió un mensaje del rey.

Acto continuo se presentó en el alcázar.

La côrte estaba reunida.

Los reyes ocupaban el trono.

El monarca dió cuenta del motivo de aquella sesion.

Quería que todos oyeran de sus labios la empresa que iba á acometer, y así lo hizo.

La aprobacion fué unánime.

Entonces D. Ordoño se dirigió á D. Vela, que al lado del trono se encontraba.

—¿Teneis dispuesto cuanto os he prevenido?

—Las tropas, señor, podrán partir á vuestra primera órden.

—Pues no os detengais. Cada momento que se pierda puede sernos fatal.

Á estas palabras todos se dispusieron á retirarse; pero antes de que lo hicieran, un empleado de palacio anunció en alta voz la llegada de un guerrero, procedente de Saldaña, que pedía llegar hasta el rey.

—¡De Saldaña!—repitió D. Ordoño maquinalmente, á la vez que en el semblante de los demás se pintaba la curiosidad más viva.—Que pase; guíadle sin tardanza á mi presencia.

Un instante despues, un guerrero perfectamente armado, de apuesto continente, de facciones puras y correctas, en lo poco que permitía distinguir la poblada y luenga barba que cubría casi en la totalidad su rostro, se acercó hasta el trono.

Ninguno le conoció.

Solo D. Vela creyó adivinar algo, que sin embargo no se explicaba, á traves de aquellos ojos negros y chispeantes.

—¿Quién sois?—preguntó el rey.

—Un enviado del infante Bernardo del Carpio,—respondió el mensajero con voz segura y breve.

—¿Y desde cuándo un rebelde se atreve á dirigir mensajes á su rey?

—Desde que hay nobles á quienes es preciso pedir cuenta de sus actos, y nobles que ante el rey quieren justificar su conducta. Por lo demás, yo, señor, cumplo mi cometido, que tal es mi deber.

—Hablad.

—El muy alto y poderoso infante Bernardo del Carpio, cuyo padre fué villanamente asesinado en el castillo de Luna, deseando buscar el desagravio que nadie hasta hoy le concedió, ha levantado á sus expensas un ejército. Para obrar con independendencia y segun sus ideas de justicia; para vengar á la vez el ultraje que ha recibido yaciendo encerrado doce años sin motivo ni razon en las prisiones de este alcázar, niega home-

naje al rey. Y finalmente, para satisfacer su honra y su linaje, ofendido por el *villano* comportamiento de un noble, malsin y cobarde, raptor de doncellas, ladrón del honor ajeno, le cita y emplaza en el lugar que se le designe, para probarle con sus armas que noble no es el que no obró con nobleza.

—¿Quién es ese noble?

—El conde D. Vela.

—¡Él!

—¡Sí! Esto me mandó repetir á presencia del reino entero el infante Bernardo del Carpio.

El asombro era general.

El privado estaba lívido de coraje.

Quiso contestar, pero el rey se lo impidió.

—Decid á vuestro señor,—exclamó despues procurando contenerse,—que el rey Ordoño le desprecia, disponiéndose á castigar sin tardanza su osadía. En cuanto al conde, decid al del Carpio que hoy mismo, al frente de mis soldados, saldrá á buscarle y á probar en el campo de batalla, que ni tales palabras le intimidan, ni el valor de que hace alarde le impone. Ahora, partid, y abandonad inmediatamente la ciudad.

Dicho esto, los reyes pasaron á sus habitaciones, seguidos del privado.

Los cortesanos formaron corrillos, procurando averiguar quién era aquel guerrero desconocido.

Este por su parte, se dirigió á la hostería de la Estrella de Oro.

Á poco salió otra vez de ella, montó á caballo, y á toda brida se dirigió á Saldaña.

—¡Ah!...—murmuraba.—¿Conque irán sobre nosotros cuantas fuerzas tenga el rey disponibles? Tanto mejor. De todas maneras, cuantos más soldados, más cintarazos.

Corrieron las horas.

Á la caída de la tarde, un lucido ejército desfilaba por delante de los balcones del alcázar real. En ellos se distinguia al rey, que saludaba á sus valientes soldados, animándoles con afectuosas y paternales demostraciones.

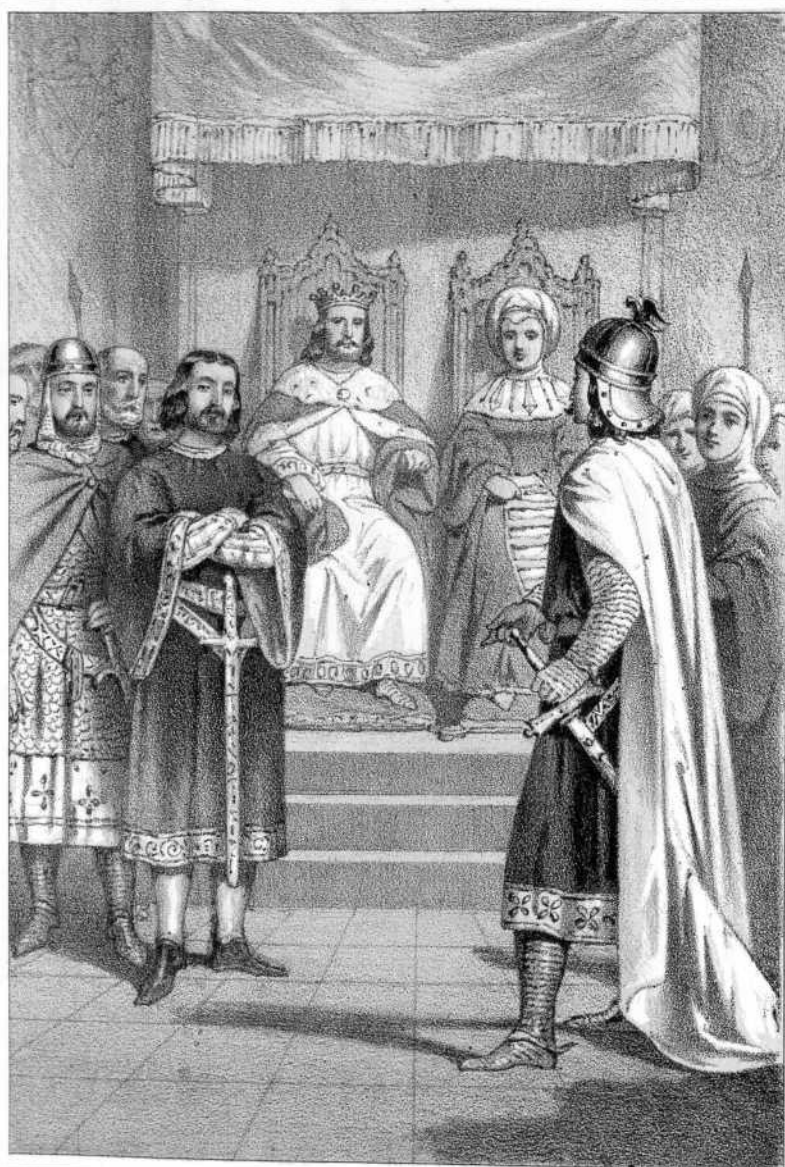
El ejército abandonó la ciudad.

Á su cabeza marchaba D. Vela.

La salida de toda aquella gente dejaba una gran inquietud en don Ordoño.

Á D. Vela le proporcionaba la realizacion de su deseo.

Lámina 7^a



J. Gebrian dib^o y lit^o

Litiberica Madrid.

Esto me mandó repetir á presencia del reino entero
el infante Bernardo del Carpio.

Sin embargo, ¿quién podría prever lo que en adelante habia de ocurrir?

¿Quién alcanzaba á penetrar en los misteriosos arcanos del porvenir? Ninguno de los dos.

Solo el tiempo podia demostrar lo que á cada cual estaba reservado.

Entretanto, tanto el monarca quanto su favorito tenian el indisputable derecho de formar las cábalas y combinaciones que su preocupada imaginacion les sugiriese.

CAPÍTULO IV.

La primera victoria.

El castillo de Saldaña se elevaba solitario y sombrío sobre una empinadísima eminencia cubierta de cenicientas rocas.

La llanura que le rodeaba y que á poco se perdía por entre las crecientes ondulaciones en un terreno áspero y lleno de malezas que terminaba en la falda de otros montes, preliminares, digámoslo así, de una extensa y muy accidentada cordillera, era tan triste como aquel gigante de granito; tan solitaria como grande su aridez.

Ni un arbusto, ni un arroyo, ni una flor se distinguían en todos sus contornos.

Ni la Providencia quiso ser más pródiga con aquella olvidada y felizmente pequeña comarca, ni la mano del hombre intentó darle lo que Dios al parecer le había negado.

Enfrente del castillo, como á diez tiros de ballesta, se levanta otra torre, en lo antiguo llamada del Vijía, compuesta de un solo cuerpo, y rodeada de una débil y reducida muralla, en gran parte destruida.

La fortaleza que dió el título de conde de Saldaña al padre de Bernardo del Carpio, se componía de unos fortísimos y dilatados muros flanqueados por cuatro torres inaccesibles.

En el centro se levantaba un cuerpo principal, capaz de contener hasta cuatro mil guerreros.

Á todo ello daba entrada una bóveda, á cuyo final se encontraba el puente levadizo, que cortaba un foso ancho y profundo.

Esta fortaleza ostentaba el estandarte real.

En sus murallas y orgullosas almenas se distinguían algunos soldados de D. Ordoño.

En la torre del Vijía no había ni centinelas ni banderas. En cambio, entrando en su recinto, se podía contemplar un espectáculo curioso é imponente.

Aquel pequeño reducto guardaba en su seno hasta seis mil guerreros entre ginetes y peones, todos en brillante pié de guerra, y dispuestos á entrar en combate á la primera señal.

Ocultos en aquel sitio hacia algun tiempo, si bien era conocida su existencia, era desconocido su número en todo el contorno, incluso de los habitantes del castillo.

Aquel era el ejército de Bernardo del Carpio.

Sus filas engrosaban á cada momento, gracias á los mensajes que continuamente marchaban en todas direcciones.

Los tres cuerpos de la torre estaban ocupados, el primero por Ildaura, el segundo por Bernardo, y el tercero por los nobles que poco á poco iban llegando.

En el momento á que nos referimos, los dos amantes departían sobre sus asuntos para lo por venir.

—Sí, Ildaura;— decía el del Carpio prosiguiendo en su ya comenzada plática. La terminacion de nuestras penas ha de llegar. Es conveniente cuanto acabo de decirte. Eres sola; tu padre murió peleando á mi lado en la memorable batalla de Clavijo; te confié á mi cuidado, y aun cuando nuestra conciencia está tranquila respecto á la pureza de nuestro amor, otros sagrados deberes que el cielo impuso al caballero, mandan que cese semejante estado. Nuestra union se celebrará en el castillo de Saldaña.

—Bien, amado mio; cuanto quieras se hará. Lo que yo deseo es tan solo que te ocupes con preferencia de las cosas de la guerra. De ellas depende tu porvenir, tu vida acaso.

—¡Oh!... está tranquila. Nuestras fuerzas son hoy respetables. El estado del reino nos da superioridad sobre los de Oviedo. Solo falta un punto fuerte y poderoso para resguardarnos, y ese es precisamente el que ves desde aquí. En el momento en que Daniel regrese daremos el asalto, y el castillo será nuestro.

—Dios te oiga, Bernardo, y ayude tu buena causa.

En aquel momento, el guerrero que salió de la capital algunas horas antes que el ejército del rey, llegó á la puerta de la torre.

Los centinelas le dejaron pasar.

Despues se presentó en la estancia donde los dos amantes se encontraban.

—¡Daniel!—exclamaron al verle.

—El mismo.

—Pero apenas habrás descansado en la ciudad.

—Los instantes precisos para desempeñar mi comision, y adquirir algunas noticias de todo punto necesarias.

—¿Y bien?—preguntó el infante.

—Todo lo hice cual lo deseábais vos.

Y punto por punto refirió cuanto le habia acontecido.

El del Carpio se estremecía de coraje.

—¡Conque me desprecia el rey!—prorumpió luego que el paje terminó su narracion.—¡Conque pretende castigarme con tan insolente arrogancia! ¡Conque ni aun se me concede el medir como bueno mis armas con las de ese villano D. Vela! ¡Oh!... yo les diré quién soy: yo les recordaré de lo que es capaz Bernardo del Carpio. ¡Un ejército!... bien: prefiero acabar de un solo golpe.

Y esto diciendo se levantó, y seguido de Daniel, que tanto ó más que su señor ardia en deseos de venganza, dió á los suyos la señal de marchar, cabalgando él el primero.

—Á las armas,—gritó despues con voz ronca.—Á las armas, y arro-
jemos del castillo de Saldaña á ese puñado de hombres que solo por nuestra voluntad le guardan.

Al pronunciar la última palabra, ya marchaba el infante hácia la fortaleza.

Hombres y caballos, nobles y pecheros, capitanes y soldados, todos se mezclaron y confundieron en confuso tropel, cada cual ansioso de esgrimir sus armas, y ocupando diligentes sus respectivos sitios.

En breves minutos avanzaban en buen orden dispuestos al asalto.

Imponente era la acompasada marcha de aquellos temibles guerreros, dando al aire las señoriales banderas, empuñando sus armas en medio de un silencio sepulcral, interrumpido solo por el eco repetido de sus múltiples pisadas.

Llegaron al castillo.

Los centinelas dieron la señal de alarma.

El ejército que avanzaba no se detuvo ni un instante.

Las escalas colgaron bien pronto de los muros.

El asalto comenzó.

Trabada la pelea, nada ven ni el infante ni Daniel.

Unó solo es su objeto: subir, subir siempre, y saciar en parte una venganza por mucho tiempo contenida.

Rodaban por todas partes los más atrevidos combatientes.

Sucedíanse sin tregua ni descanso los unos á los otros, y se doblaban y gemían las escalas bajo el peso de tanto guerrero.

Chocaban las armas; repetíanse menudeando los golpes; corría la sangre á torrentes, y el ¡ay! de los moribundos aumentaba el horror de tan porfiada lucha.

La victoria estaba indecisa. En medio del estruendo, se oye una voz que todo lo domina, y va á perderse en el fondo de los montes.

«Victoria por el del Carpio:» dijo aquella voz. «Victoria,» repitió el eco de las montañas del uno al otro confin.

«El Carpio y á ellos,» contestó otra voz no menos robusta é imponente que la primera. «Á ellos... á ellos...» gritó el eco á lo lejos.

Dos guerreros aparecieron de súbito en lo alto de la muralla por opuestos lados.

El infante tremolando en la siniestra mano su bandera, y blandiendo con la diestra formidable hacha de guerra que esparcía la muerte en su rededor, sucumbiendo un enemigo en cada golpe.

Daniel, tintos en sangre sus armas y vestidos, infundiendo pavor á cuantos se acercaban y haciendo morder la tierra á los más esforzados.

Tan rudo ataque consternó á la guarnicion del castillo, que en desórden y desconcierto, procuraba acudir á todas partes, faltándole tiempo para la defensa.

Cada cual combatía por su cuenta, sin direccion de sus jefes, y ocupando los puntos donde el peligro era más visible. Resistieron, sin embargo, con denuedo y bizarría, alentados por el instinto de la propia conservacion.

Á vista de dos solos guerreros que hacían frente á considerables fuerzas, diezmando sus filas, se concentran, se unen y atacan.

Rodean al infante y cercan á Daniel por todas partes; aséstanlos furibundos golpes, y sus vidas corren grave riesgo.

¡Qué importa el número ante aquellos dos hombres de alma no comun y sin igual brio!

Matan, hieren, destrozan cuanto se opone á su paso, y ya se ve á sus piés dilatada barrera de cadáveres.

Retroceden aquellos, sigue el asalto, se generaliza el combate en el interior, y en breves momentos quedan dueños los del Carpio de la fortaleza, huyendo despavoridos los que apenas pueden salvar sus vidas.

CAPÍTULO V.

Impaciencia.

Diffícilmente tenían tiempo de llegar á su destino las tropas reales, y ya en Oviedo se esperaban noticias, con una inquietud indecible.

El rey, por una parte, deseaba vivamente tener conocimiento de cuanto en Saldaña fuera ocurriendo, pues de ello dependia ó la paz y el sosiego de sus reinos, con la seguridad de su trono, ó una guerra sin tregua ni descanso, cuyo término era imposible adivinar.

Y decimos imposible, porque si bien el rey tenia aún algunos amigos, el del Carpio contaba por su parte con un número cada vez mayor de descontentos.

Esto en cuanto á D. Ordoño, pues no solo él era el impaciente en aquel momento.

Una hermosa dama pasaba los dias en la mayor angustia, esperando por instantes saber el resultado de cierto encargo confiado á dos hombres que salieron para Saldaña á la vez que el conde D. Vela.

Esta dama era doña Luz.

Doña Luz, en quien cada dia hacia más sensacion el recuerdo de su amante.

Aquella mujer, por un arcano incomprensible, tal vez porque la ingratitud hace nacer en muchas ocasiones el cariño, ó porque impresionada fuertemente, no podia desechar de sí la imágen del hombre que, á decir verdad, abusaba de su paciencia cuando menos, amaba al paje, hasta el extremo de no ser ya el despecho el que dictaba sus pesquisas: dictábanlas los celos; ese dolor sordo y prolongado que va poco á poco

lacerando el corazon, hasta el punto de embotar sus sentimientos y destruir una tras otra todas sus fibras.

¡Olvidada! ¡Escarnecida una mujer tan jóven, tan noble, tan hermosa! ¡Olvidada, cuando su alma se abría á una pasion tal vez única y grande, sacrificando por ella hasta el último quilate de su honor!

Esto era lo que tenia su espíritu en una sobreexcitacion sin igual.

El verdadero amor de una mujer, es como el leon herido en el desierto; ¡ay si sacude al aire su melenal nada es bastante á servirle de obstáculo.

Los dias pasaban, y en cada uno de ellos la dama dejaba volar una esperanza.

Por fin, los mensajeros volvieron.

D. Sancho estaba en Saldaña. Ellos le habian visto acompañando á una dama muy hermosa.

Un rayo que cayera á los piés de doña Luz no hiciera el efecto de aquella noticia.

¡Él con otra mujer!

¡Él despreciando su amor!

Ella podia resignarse al olvido; pero no podia resistir el desprecio.

Pálida y desfallecida dejóse caer en un sillón.

La reaccion fué terrible.

Á la razon sustituyó el extravío.

Al cariño, el destello de un odio mortal.

—¡Ah!...—repetia muchas veces en sus accesos de delirio, con esa variedad de ideas que se nota en un cerebro enfermo y calenturiento.—

¿Por qué me engañó? ¿Por qué sus labios mintieron un amor que no podia sentir? ¡Miserable! Su propósito era burlarse; su farsa tenia por objeto una traicion. ¡Y yo, yo que creí sus mentidas protestas, dejándome

arrastrar por un sentimiento hasta ahora desconocido! ¡Desdichada de mí!—Y de sus ojos corria un mar de lágrimas ardientes.—¡Ah!...—

proseguia:—yo no he tenido amantes; seco y marchito mi pobre corazon en fuerza de no hacerlo sentir... he buscado un calmante á este

martirio eterno; yo he escuchado los suspiros de cien galanes; he visto las miradas de los guerreros más apuestos de la córte; he contemplado á mis piés á los más brillantes caballeros, á los más renombrados caudillos... y nada he sentido aquí; mi pecho ha permanecido mudo á sus

protestas, indiferente á sus deseos, frio á sus tiernas palabras; solo por él habia sentido ese movimiento que regenera nuestro ser en una hora.

Por él, solo por él sentí aumentarse mi existencia en dos dias, has-

ta tal punto, que llegué á imaginarme dichosa. ¡Y era mentira! El fantasma de mis sueños caía roto desde su pedestal, dejando ante mi vista el primer doloroso desengaño envuelto en un insulto, en una risa sarcástica que me parece que llega á mis oídos.

Estas y otras muchas semejantes eran las reflexiones que de continuo se hacia la dama, viendo pasar las horas llena de impaciencia y de temores.

Tal era su situacion desde el dia en que comprendió la infidelidad del paje. Noches de insomnio; dias de amargura; pesares, recelos, todo, en fin, cuanto hace perder la cabeza y el sosiego, asaltaba á la infeliz mujer, que más que de otra cosa, era digna de lástima.

Pero si el dolor tenia allí su guarida, no era menor la que se le ofrecia en el castillo de Saldaña.

Despues del asalto, y cuando ya dispersos los del rey abandonaron la fortaleza, Daniel entró en la misma habitacion que ocupaba algunos años antes en vida del padre de su señor, arrojándose rendido y trastornado en un lecho que en la misma encontró.

El sueño embargó su espíritu.

No obstante, en aquel cerebro volcánico brillaban rodando cien ideas.

En sus continuos choques, la fiebre vino á excitar mucho más aquel delirio.

Daniel soñó.

¡Pero qué sueño!

Mil fantasmas cuya memoria se perdía en el trascurso del tiempo, se destacaban una por una para formar una historia triste, muy triste.

Ante los cerrados ojos de Daniel, se extendían y agitaban sin orden ni concierto multitud de fantasmas, que en formas raras y caprichosas le explicaban una existencia entera de dolor.

Tenia miedo, miedo por la primera vez en su vida.

La figura que antes que las demás pasaba ante su apagada pupila, era Ildaura.

Ildaura, con el cabello tendido, desordenado sobre su espalda desnuda, sueltos sus vestidos, la mirada errante, entreabierta la dilatada boca, señalando con el dedo á un hombre de sombrío aspecto y ademán terrible.

Corría en pos de él dando gritos de horror, entre los cuales le pareció á Daniel escuchar el nombre de Bernardo.

Pero el hombre de feroz aspecto seguía su camino sin mirarla siquiera.

Ildaura pedia entonces con voces lastimeras su honra perdida, su nombre mancillado, mientras que el hombre le devolvía por única respuesta una mirada de desprecio.

Ante esta mirada, Ildaura lanzaba un grito agudo y penetrante, y luego una carcajada histérica y nerviosa, cayendo sin sentido á los piés de su verdugo, implorando compasion en medio de su arrebatado de locura.

Y pasaba la primera vision.

En pos de ella, aparecía un anciano ciego y miserable, velado su rostro por una luenga barba, y cubierto su cuerpo estenuado con humildes vestidos.

Este anciano caminaba con paso inseguro, extendiendo sus manos adelante, y exhalando gemidos de dolor.

Detrás de él, silencioso y con el cuidado del tigre, se alcanzaba á ver un desconocido de torva mirada y repugnante figura.

El anciano, rendido de fatiga, se dejaba caer en un lecho cercano al sitio donde se encontraba; el desconocido se acercaba entonces haciéndole beber un brebaje preparado por sus manos. Á los pocos momentos, el viejo se revolvía dando gritos atroces, espirando en seguida entre el mayor de todos los tormentos.

Sin detenerse, aparecía otra figura.

Era esta una hermosísima doncella.

Un ser que solo puede concebir la cabeza de un loco, en la fuerza de su extravío.

Un conjunto de belleza y candor, que solo cabe en un ángel, ó en la fantasía y ensueños del espíritu.

El cielo sin duda depositó en ella todos los tesoros de su gracia, todo el poder de su infinita grandeza; su tersa frente blanca como la espuma de los mares, se destacaba sobre un fondo de ébano formado por sedosos rizos más negros que la noche.

Dos ojos rasgados, tiernos como el suspiro del amante, dulces como la palabra de una madre, y suaves como el perfume de las flores, venían á demostrar que bien puede unirse el fuego á los ampos de la nieve.

Una boca fresca y vírgen como la pudorosa sensitiva, servía de prisión á una sarta de perlas, iguales, pequeñas y uniformes, que probaban al resaltar sobre sus labios rojos, que hermanan dulcemente, sin robarse un átomo de su hermosura, el clavel encarnado de la pradera, con la blanca azucena de los bosques.

Las torneadas y mórbidas formas delineadas con la mayor pureza, hacían sentir no solo el encanto que produce el conjunto de lo bueno y lo bello, sino también ese no sé qué arrebatador y ardiente, que despierta el deseo con toda su impaciencia y su vigor. La figura de aquella mujer, podía servir de ideal á las más bellas ilusiones.

Su andar era leve como el vuelo de la mariposa, y su talle ondulante como el lirio, y gentil como la palma del desierto, se mecía con lánguido abandono al cruzar su camino.

Contemplóla el paje con éxtasis infinito, y á sus delgados labios asomó una sonrisa de felicidad; absorto y sumido como estaba en aquella especie de letargo profundo, alargó los brazos para detenerla, pero la peregrina imagen huyó.

Tras sus huellas apareció otro hombre, que al parecer la espiaba cuidadoso.

La joven se detuvo para mirar al paje.

El hombre se acercó.

Y cuando ella se aproximaba á su vez á depositar un beso en la frente de su amante, el agudo acero de un asesino la hirió en el corazón, cayendo al suelo inundada en su sangre.

Un sacudimiento nervioso cortó el curso del ensueño fatal.

Daniel dió un grito de horror.

De un salto cruzó de un lado al otro de la estancia, y...

—¡Miserable!—rujió cogiendo el brazo de una persona que encontró á su lado.

—¡Daniel!—exclamó el infante Bernardo, que él era el que acababa de penetrar en la estancia de su paje.

—¡Ah! ¿sois vos, señor?—dijo enjugando el frío sudor que bañaba su frente, y procurando en lo posible serenarse.

—¿Qué tienes? ¿Qué sucede?

—¡Ah señor!.. Qué sueño tan horrible! Vos no sabeis, no sabeis qué fantasmas he visto cruzar ante mis ojos.

—Te juro, Daniel, que el estado de tu espíritu me dió miedo.

—Ya pasó, gracias al cielo.

—¿Mas qué soñabas?

—¡Oh!.. apenas os lo podré explicar. La excitación de mi cerebro ha hecho que se reproduzcan en un espantoso desorden todas las desdichas, todas las penas, todas las aflicciones que en torno nuestro ha hecho brotar el infame conde D. Vela.

—¡Siempre ese hombre!

—Siempre. ¿Á quien sino á él debemos la mayor parte de nuestros infortunios?

—Tienes razon. Pero lo hecho no tiene remedio, y ya solo nos resta pensar en la hora de la justicia. El instante se acerca, y acaso más pronto de lo que nosotros mismos pensamos.

—¿Tal creéis, señor?

—Es indudable. Nuestra situacion es hoy ventajosa; el ejército se aumenta; los nobles acuden afanosos á ofrecernos sus espadas; un poco más, y el rey Ordoño quedará solo, sin amigos, sin servidores, sin defensa, y...

—Todo eso puede ser verdad. Pero ¡ay!... que hasta entonces, temo que el influjo de ese hombre ha de sernos fatal.

—¿Por qué?

—No me lo preguntéis, señor, porque en vano trataria de explicarlo. Mi corazon lo presiente; mi alma, sin saber por qué, lo adivina.

—Permaneces aún bajo la presion de tu maldito sueño. Tranquilízate, y procura olvidar esas imágenes, hijas, Daniel, de la fiebre. Luchemos con fé, porque, te lo repito, nuestro verdadero triunfo está muy cerca.

—Adelante, y que Dios oiga nuestros votos.

Aquí llegaban, cuando uno de los vijías dió la señal de alarma.

—¿Qué puede ser?—Murmuró el del Carpio disponiéndose á salir.

—Sin duda el ejército real que se aproxima;—contestó Daniel siguiendo á Bernardo.

Ildaura venia á la sazón á buscarles.

Los tres se dirigieron á las murallas, en las cuales se reunieron los nobles y soldados que encerraba el castillo.

Todos los ojos estaban fijos en el camino que conducia á la capital.

En él, y marchando hácia la fortaleza, se distinguia un lucido y numeroso ejército.

Daniel no se equivocó.

Era el del rey.

Los tercios ocuparon la llanura, formando un semicírculo delante de Saldaña.

Poco despues se formó el campamento.

Levantáronse miles de tiendas en las cuales se distinguian multitud de banderas con las armas de España.

En el centro de tan vistoso panorama se destacó una de tantas tiendas, cuya magnificencia llamó desde el primer momento la atencion de los sitiados.

Un estandarte sobradamente conocido ondeó en lo alto, y en derredor, á guisa de gran guardia, formó una fuerte hilera de ginetes y peones.

Allí debia guarecerse el jefe del ejército, el conde D. Vela.

Al ocultarse el sol, todo en el campamento estaba en órden, y dispuesto de manera que á la primera señal pudieran las tropas entrar en combate.

En el castillo, todo siguió de la misma manera y en igual forma que antes estaba.

No se notó más extraordinario que la colocacion de algunos soldados en un lienzo de muralla de la torre donde Bernardo tenia su departamento, y no por esta razon, sino porque aquella parte era la más susceptible de sorpresa.

La velada fué aquella noche un poco más duradera que de costumbre.

Ildaura procuraba enterarse de los riesgos que su amante podia correr en tales circunstancias.

Los demás caballeros, moradores del castillo, departian acerca de la próxima derrota de las armas del rey, proponiendo cada uno á su vez el medio que juzgaba más eficaz para conseguirlo.

Despues, cada cual se retiró á su aposento.

Más tarde, á excepcion de Ildaura, Bernardo y Daniel, todos dormian.

En el campamento todos velaban.

Los de Saldaña se consideraban completamente seguros.

Los sitiadores no se fiaban tanto, soñando á cada paso con una salida, en la cual los otros no habian pensado.

CAPÍTULO VI.

La defensa.

La toma del castillo de Saldaña por las gentes de Bernardo del Carpio, se supo casi instantáneamente en la capital.

El efecto que produjo en el ánimo del pueblo no es fácil de explicar.

El golpe que con tal noticia recibió D. Ordoño fué terrible.

Cuenta la crónica, que perdido el valor que antes tenía, cobarde y medroso por la fuerza de sus preocupaciones, perdió al saberlo el sentido, sufriendo despues el primer ataque de una enfermedad que andando el tiempo debía llevarle al sepulcro.

Doña Munia y sus amigos estuvieron muchas horas en la mayor consternacion, y á duras penas lograron hacerle comprender que aquel resultado era el más natural, atendidas las fuerzas de que disponia el del Carpio, y las muy escasas que guarnecian el castillo. Sin embargo de estas reflexiones, y de las risueñas esperanzas que trataban de hacerle concebir respecto á la pronta terminacion de los disturbios que se lamentaban, ello es lo cierto que desde entonces la salud del rey principió á decaer, haciéndose su carácter más sombrío, concentrado y taciturno de lo mucho que ya lo era.

Pasaban los días, y crecia su impaciencia.

Quería muchas veces partir él mismo y ponerse á la cabeza de su ejército. Otras calculaba que seria mejor y más eficaz mandar sobre Saldaña hasta el último de sus soldados.

Y así, en tan locos y descabellados planes, esperaba aquel rey, antes

brioso y acertado, y á la sazón impotente y torpe, á que el sangriento drama que se preparaba llegase á una solución que de todas maneras debía ser funesta.

Primero el amor, la afición á aquella repugnante figura de su reinado, al conde D. Vela, y luego la necesidad de servirse de él, precipitaron á D. Ordoño en un caos, en un abismo, del cual era imposible que sacara ilesa su corona.

Pasaban días y días, y ninguna satisfactoria nueva llegaba.

Al contrario; á cada momento se recibían en la cámara real las misivas de los nobles que declaraban la guerra al soberano, fundando todos, sin excepcion, sus quejas en las notorias y escandalosas injusticias cometidas por su privado.

¿Pero era bastante retirarle el favor que disfrutaba para que diera fin la rebelión? No. La fuerza superior que la guiaba, residía en el del Carpio, y á este, más que sus resentimientos y su odio hacía D. Vela, le animaba el mortal rencor que profesaba al monarca. No era al privado, sino al rey, á quien aquel insigne caudillo dirigía sus ataques, que no podían cesar hasta que se derrumbase el trono. De manera, que lo dicho por los nobles, lo que á veces el del Carpio indicaba, no era más que un pretexto, una excusa, en la cual D. Ordoño no creía ni por un instante.

Mientras que de esta manera sufría D. Ordoño las consecuencias de su debilidad respecto de D. Vela, este procuraba por todos los medios posibles satisfacer al rey, asegurar de nuevo su posición y seguridad, y alcanzar la realización del sueño que absorbía su vida entera.

La rendición del castillo, el exterminio del infante y la posesión de Ildaura constituían todo su afán, todo su desvelo.

Á este fin se rodeaba de los mejores capitanes, y sin cesar oía el dictámen de todos, á fin de escoger el más seguro para alcanzar su objeto.

Muchos medios se ocurrieron, pero siempre luchaban con una dificultad insuperable. ¿Qué gente encerraba Saldaña?

¿Sería prudente dar desde luego el asalto, ó convendría continuar el cerco?

Esto era lo que se discutía, y lo que no acertaba á resolver ninguno.

Los más experimentados guerreros, entre los que se distinguían al conde Porcello, célebre en la corte, tanto por su valor y pericia cuanto por su obesidad, toda vez que era, según la tradición, el guerrero más gordo de su época; al bizarro y entendido Witesindo, sin igual en los

consejos militares, y á muchos otros cuyos nombres no son del caso, no se atrevían á otra cosa que á exponer su opinion, pero partiendo siempre del principio que era indispensable conocer las fuerzas del enemigo.

Para esto parecia lo más natural continuar el cerco hasta que, ya sin esperanzas los sitiados de recibir víveres y refuerzos, se viesen en la necesidad imprescindible de hacer una salida, en cuyo caso sabria cada cual á qué atenerse.

Pero esto para el conde era insoportable.

Ignoraba el tiempo que el cerco duraria, y su deseo no podia admitir semejante espera.

En su consecuencia manifestó á sus capitanes que preferia á aquellas dilaciones el asalto.

Porcello, Witesindo y algunos otros, hicieron las objeciones más oportunas.

D. Vela, y á su vez algunos impacientes, les combatieron.

Quedó por fin resuelto el atacar el castillo.

Era, no obstante, lo peor que podian hacer.

Seis mil hombres, entre ellos los irresistibles foragidos que acaudillaba el antiguo paje, esperaban á los ocho mil soldados del rey, parapetados detrás de unos muros sobrado fuertes, con una ciega confianza en la victoria, y en una posicion poco menos que inexpugnable.

Al asomar la aurora, D. Vela movió sus huestes.

En las murallas de Saldaña no se distinguían ni aun los centinelas.

Los sitiadores llegaron al pié del castillo sin encontrar la más leve resistencia.

Esto, lo juzgaron los más expertos como de mal agüero.

—¿Qué os parece?—preguntó D. Vela al gordo Porcello.

—¡Hum!...—contestó el interpelado, elevando sus mofletudos carrillos de una manera muy significativa.—Me parece mal, muy mal, enteramente mal.

—¿Creeis?...

—Que se nos prepara un rato endiablado.

—¿Y vos, Witesindo?

—Yo... yo no me fio mucho de Bernardo del Carpio.

—¿Prefeririais?...

—¡Voto á mi panza! Preferiria ver formadas sus tropas, coronados los muros de soldados, porque así... así á lo menos recrearia uno la vista.

—Pues al fin esto no tiene remedio, y es preciso acabar.

—¡Voto á Lucifer!... Eso ya lo sabemos.

—¿Creeis que el asalto seria preferible en el caso en que nos encontramos?...

—Por todas partes, D. Vela, por todas partes; pues mejor para nosotros será cuanto más se dividan los de adentro.

—Convenido.

—¿Podemos principiar?

—Al punto.

En media hora se formó un anillo perfecto, que poco á poco fué estrechando la fortaleza. Las dos hileras que le componian tocaron á la muralla.

Seguia en ellas el abandono más completo.

Echáronse las escalas.

Igual quietud.

Dióse la señal del asalto.

El mismo silencio.

Los soldados reales treparon.

Algunos de ellos se colocaron de pié sobre la muralla.

Entonces todo cambió de aspecto.

Un grito unánime, retumbante, atronador resonó en toda la línea, y cada uno de los que atacaban se encontró enfrente de sí un enemigo que acero en mano, impaciente, sediento de sangre y de victoria, trababa la pelea, resuelto á morir, pero jamás á abandonar su puesto.

La lucha se empeñó de una manera indecible.

Las estocadas se daban y recibian sin interrupcion.

Los heridos llenaban ya una gran parte del interior de la muralla. De esta rodaban tambien centenares de soldados.

El privado notó el órden del combate.

—¡Diablo!...—murmuró;—ahí existen mayores fuerzas de lo que yo creia.

—La defensa es general;—contestó Witesindo.

—¡Voto á mi panza! No es solo general, sino ventajosa,—gritó Porcello.—En buen negocio nos metimos. Mirad, mirad qué modo de acuchillar á nuestros soldados; ved cómo esos cobardes les hacen rodar hasta el abismo. ¡Vive el cielo, conde D. Vela, que no va á quedar ttere con cabeza!

—Esperad; esperad.

—¡Qué he de esperar, por el alma de mi abuela! ¡Qué he de esperar! ¿No veis que nos desbaratan el ejército si esto continúa un solo instante más?

D. Vela seguía con pupila radiante y fatigoso anhelo los más insignificantes movimientos de las fuerzas, y los más pequeños detalles de la acción. Parecía que su alma, su vida, estaba pendiente de aquella impremeditada suerte de armas.

—Por los cuernos de Lucifer, D. Vela,—insistió Porcello,—mandad retirar nuestro ejército; mirad que es fácil... ¡Ah! ya no es tiempo, ¡vive Dios! ya no es tiempo, retroceden, y en breve se declarará la derrota.

En efecto, retrocedían.

D. Vela, con los otros capitanes, se lanzó entonces á la pelea.

Animando todos con sus voces y denodados esfuerzos á los soldados, lograron que el asalto se repitiera hasta tercera vez.

¡Empeño inútil!

En todos los encuentros fueron vencidos los de Oviedo, declarándose por último en dispersion.

Pero hé aquí que cuando abandonan los muros creyendo encontrar su salvación en la huida, bájense los puentes, ábrense las puertas de la fortaleza, y descienden á toda brida á la llanura hasta doscientos ginetes guiados por Daniel, que acuchilla y destroza una gran parte de enemigos.

Cada cual de los que quedaron buscó su salvación en las quebraduras de la montaña, contándose entre ellos á nuestros conocidos D. Vela, Porcello y Witesindo.

Sentado este precedente, el desenlace de aquella campaña se comprendía con gran facilidad.

CAPÍTULO VII.

Despues del asalto.

Witesindo se dirigió por un sendero desconocido para él, que lo condujo á través de un intrincado bosque, hasta una pequeña plazoleta rodeada de arbustos.

Allí detuvo á su corcel, cubierto ya de espuma, y tomó él mismo aliento, pues á decir verdad, le faltaba.

—¡Ira de Dios!—dijo secando su rostro bañado de sudor.—¡Tal ejército en Saldaña! Por Santiago que aún lo estoy dudando, no obstante haber abandonado el castillo. Pero señor, no lo comprendo; ¡en tan poco tiempo semejantes fuerzas!... Ó efectivamente el rey y el conde están locos, ó á mí mismo me va faltando el juicio.

Aquí llegaba de sus reflexiones, cuando el galope de algunos caballos llamó su atencion, haciéndole aplicar el oido.

Efectivamente, por el ruido de los herrajes cada vez más cercano, se conocia que tambien se internaban en el bosque.

De pronto detuvieron su carrera, y Witesindo nada más oyó.

Disponiase á cabalgar de nuevo y á seguir su camino, cuando no ya el ruido de corceles, sino las pisadas de algunos hombres, le hicieron volver la cabeza hácia la parte opuesta á donde estaba.

—¡Conde!—exclamó.

—¡Sois vos!—Dijo el que á la sazón entraba en la plazoleta.

—¡Vive Dios!—añadió un tercer personaje que á duras penas podia pasar por entre dos viejas encinas.

—¡Vosotros aquí, señores!

—Lo mismo que vos, Witesindo; lo mismo que vos.

—Pero y nuestros soldados, nuestros capitanes, ¿dónde están?

—Nuestros soldados y nuestros capitanes; eso pregunto yo; ¿sabeis vos qué ha sido de ellos?

—Por mi nombre, conde D. Vela, os juro que la asechanza de Bernardo y nuestra impremeditacion, no tiene igual.

—Lo que yo juro, Witesindo,—añadió Porcello, que él era el tercer personaje,—es que nos han acuchillado de lo lindo, y que para conclusion, puede que el rey...

—¿Qué?—preguntaron los otros dos con marcada ansiedad.

—Puede que el rey nos haga colgar bonitamente de una cuerda, por haber perdido una partida que debió ser enteramente nuestra.

—¡Oh!...—murmuró Witesindo rechinando los dientes de coraje; tendrá razon el rey si hace lo que decis, porque solo á nosotros nos sucederia todo esto.

—¿Y pensais volver á Oviedo?

—Yo, señores, os aseguro que no sé lo que he de hacer. Mi vergüenza delante de D. Ordoño no dejaria lugar á la disculpa, y esto...

—Esto es muy duro, teneis razon.

—¿Y vosotros?

—Por mi parte, respondió D. Vela, era de vuestro mismo parecer; pero me encontraba rodeado de dudas é incertidumbre.

—Y con razon,—prosiguió Porcello;—en cuanto á mí, como nada tengo ya que hacer aquí, y como no me pertenece ni el honor de una victoria, ni la humillacion de una derrota, me vuelvo á mi casa resuelto á no ocuparme por más tiempo del castillo de Saldaña.

—¡Porcello!

—Ni más ni menos que lo que os digo.

—No sereis capaz de tal accion.

—¿Pero qué hemos de hacer aquí nosotros?

—Muy sencillo; reorganizar la gente que podamos, y volver á nuestro puesto para cumplir las órdenes del rey.

—Nuestros soldados...

—Buscarán á sus jefes, y en breve los tendremos reunidos.

—Lo considero inútil.

—Lo será; pero vos no podeis partir.

—¿Que no puedo?

—No.

—¿Estais en vuestro juicio?

—Sí; y por eso os lo vuelvo á repetir.

—¿Pero qué falta puedo yo hacer á vuestro lado?

—La que hace siempre un valiente guerrero como vos, en un caso como el nuestro.

—Pues yo os digo...

—Vos me decís que quedareis á nuestro lado.

—Pero si yo no quiero seguir esta campaña.

—¿Y qué razón teneis para ello?

—¡Razon! ¡Razon!... ¿Quereis que os la diga?

—Sin duda que lo quiero.

—Pues bien, la sabreis; que desde que empezamos nuestra lucha con el hijo del conde de Saldaña, no hemos tenido ni un solo lance que haya dejado de ser una derrota. Que la fortuna no está jamás de nuestra parte, y que cuando menos lo pensemos nos cogerá en su ratonera y nos hará pasar la pena negra.

—¡Porcello!

—No hay Porcello que valga; si entonces se acuerda de lo que yo con su padre hacia en otros tiempos, querrá desquitarse, y pardiez que no le faltará volúmen donde verificarlo.

—Pardiez, Porcello, estais loco.

—No, que llevo razon.

—Decís cosas impropias en un valiente.

—Es que por lo mismo que lo soy, sentiré morir colgado de un alcornoque.

—¡Temeis á la muerte!

—Sí la temo. He conservado hartó tiempo mi panza para no tenerla cariño; así, pues...

—Así, pues, vais á dejaros de niñadas y á hacer que vuelvan los buenos tiempos á fuerza de cintarazos.

—Pero...

—No más peros; busquemos á nuestros soldados, y á Saldaña de nuevo; allí hemos de encontrar nuestra fortuna.

—Si yo renuncio...

—Á partir á Oviedo.

—Estais equivocado.

—Ya lo veremos más despacio. Entretanto, tomad por este lado del bosque y llevad al campamento á cuantos de los nuestros encontréis. Veamos ahora, Witesindo; ¿creeis que podamos asaltar en adelante la fortaleza?

—No, D. Vela; eso es punto menos que imposible.

—Entonces, ¿de qué medio quereis que nos valgamos?

—De la astucia.

—Decis bien; exponernos á otro descalabro, seria imprudente; una sorpresa nos puede hacer dueños del castillo, y dejarnos con honra á los ojos del rey y del reino entero.

—Para hacer lo que queremos, lo más esencial es la cautela.

—La tendremos, vive Dios; así, pues, en vez de reunirnos en el campamento, nos instalaremos en este mismo bosque hasta el momento preciso...

—Es lo más acertado.

—Ya lo ois, Porcello; aquí es donde hemos de conducir nuestras gentes.

—¿Eso es lo resuelto?

—Sí.

—Pues manos á la obra, que el tiempo se pierde, y nuestros soldados se alejarán si no nos encuentran.

Y cada cual por su lado empezaron á recorrer las cercanías, encontrando, como previsto lo habian, á los hombres de armas que salieran ilesos del combate.

Poco á poco fueron acudiendo todos á la plazoleta que ya conocemos, de manera que al cerrar la noche habia un pequeño ejército reunido en el bosque.

Un tanto tranquilos, y algo más animados, los tres jefes se retiraron á un lado para resolver de qué manera habian de dar fin á su empresa, pues les parecia, y con razon, que despues de lo acaecido, Bernardo no temeria un asalto, para el cual se necesitaban hombres y concierto, y no era lo más lógico que unas huestes tan cruelmente derrotadas contasen ni con lo uno ni con lo otro.

De los ocho mil soldados, tres mil habian quedado en el campo de batalla.

La leccion era bien dura.

La precipitacion del conde costaba mucha sangre y mucha vergüenza.

CAPÍTULO VIII.

En que se demuestra que D. Vela era buen mercader de conciencias.

Las últimas sombras de la noche se disipaban.

El alba principiaba á clarear.

La puerta del castillo de Saldaña se abrió.

Dos soldados soñolientos aún, sin armas ni aparato visible que demostrase su profesion, salieron de él, dirigiéndose al llano.

Cada uno de ellos ostentaba una cuerda que en varios dobleces pendia de sus hombros.

Durante el camino entablaron el siguiente diálogo:

—Pues señor,—dijo el uno.—¿Sabes que voy creyendo que tienes algo de brujo?

—Si te empeñas en ello, acabaré yo mismo por creerlo.

—¿Y cómo no, cuando ni el trabajo ni el insomnio te dominan, mostrándote siempre fuerte y contento, mientras nosotros podemos apenas soportar la vida que venimos arrastrando de algun tiempo á esta parte?

—¡Vaya unos mandrias que tiene á su servicio el infante Bernardo! Si él te oyera...

—Sería más razonable que tú, al menos. ¿Porque tú seas de hierro quieres que los demás lo seamos?

—No soy sino de carne y hueso como vosotros. La diferencia consiste en una sola cosa.

—En que tienes pacto con Satanás, por más que lo niegues.

—Déjate de vulgaridades y oye la verdad.

—Veamos; ya te escucho.

—Yo tengo afición á las armas; la vida de movimiento cuadra á mi carácter; en mí todo es espontáneo. Luego, cuando contemplo la bravura de nuestro señor y le veo combatir como el último de sus soldados, con la arrogancia de un leon, invencible en la lucha y generoso con el vencido, es cosa que me arrebatara, y daría por él mi vida entera.

—¿Luego en tí todo es entusiasmo?

—Tú lo has dicho.

—Pues yo te juro que sirvo por necesidad, y que mi cuerpo pertenece á quien mejor me pague.

—Esa es cabalmente la diferencia que existe entre nosotros. Yo serviría al infante aunque solo me diera un pedazo de pan.

—Cada cual con su tema, y vamos andando.

—Dices bien. Y ahora ocupémonos en recoger leña para nuestro rancho, porque si llegamos tarde al castillo habrás de perder tu ración de vino.

—Y tú la tuya.

—Tanto me importa.

Nuestros dos soldados habían dirigido sus pasos por la parte de la montaña que daba frente á la torre del Norte de la fortaleza.

Ocupábanse en formar dos abultados haces del ramaje seco y demás arbustos y leña que no ofrecía gran resistencia á sus robustos puños.

De vez en cuando oíaseles algun chiste en ese lenguaje natural y franco que se usa en los campamentos.

—Estoy pensando, que cuando el conde D. Vela huía del castillo, iría bufando como los gatos.

—Y fué lo mejor que pudo hacer por su vida; porque si Daniel le llega á atrapar, de seguro que le clava con su daga en alguno de los torreones, y le da la muerte que dábamos nosotros á las comadreas cuando éramos muchachos.

—¡Cuánto me hubiera alegrado verle hacer guiños y enseñar los dientes con la risa del conejo!

—¿Pues y aquel señor tan barrigudo, con las piernas tan cortas, que dicen que es el segundo del conde? ¡Vaya una polvareda que iba levantando con el trote que llevaba! Aquel sí que bufaría de lo lindo.

—¡Qué buenos cintarazos podían dársele en el adrómen, vulgo barriga!

—Abdómen, hombre, abdómen; no sé cuándo has de aprender á hablar.

—Lo mismo me importa á mí que sea abómen, que panza ó buche.

Y te juego lo que quieras á que siempre hago blanco en él, aunque esté de perfil, á sesenta pasos.

Estas y otras chanzonetas servian de comidilla á nuestros jocosos soldados mientras hacinaban la leña para guisar el rancho que otros compañeros preparaban en el castillo.

Dos hombres espiaban sus acciones á muy corta distancia, y sonreian al oir sus ocurrencias, si bien su sonrisa tenia más de sardónica que de natural.

El uno era el conde D. Vela.

El otro, Porcello, que se mordía los labios al oir aquella manera de honrar su memoria.

La ocasion les presentó los dos soldados de que nos ocupamos, y decidieron sorprenderlos y apoderarse de ellos, con el intento de ganarlos á toda costa y que les sirviesen de instrumentos en sus designios.

Así convenido, y cuando aquellos estaban más descuidados, sin pensar ni remotamente que pudieran tener tan cerca los soldados del rey, se precipitaron sobre ellos espada en mano, cortándoles toda retirada, sin quedarles otro medio que entregarse prisioneros.

Conducidos al campamento enemigo, separaron á los dos camaradas, á fin de que entre ellos no hubiese comunicacion ni inteligencia alguna.

Pocos momentos despues se les interrogó individualmente por D. Vela, en los siguientes términos:

—¿Quién eres?—dijo al uno.

—Un soldado de las huestes del infante Bernardo, á quien dé Dios larga vida.

—Afecto demuestras á tu señor

—No tanto como se merece.

—Satisfecho debe estar con servidores cual tú.

—Cumpro con mi deber, y nada más.

—Es deber del que manda premiar los buenos servicios que se le prestan, y yo creo que tú lo mereces.

—En mi humilde condicion, no me creo digno de que el infante fije en mí su mirada.

—Yo pienso de distinta manera, y acaso no faltaria quien asegurara tu suerte con tal de que ejecutases las órdenes que te se dieran.

—Yo no obedezco más órdenes que las de mi señor.

—¿Y si no volvieses á su lado?

—Me resignaria con mi suerte; pero á nadie más serviria.

El conde comprendió por la entereza del soldado, que no se daria á

partido. No queriendo gastar en vano un tiempo para él precioso, resolvióse á abordar la cuestion de frente, sin ambages, ni rodeos, para saber en último término á qué debia atenerse.

—Préstame tu atencion,—dijo,—y decide tú mismo de tu suerte futura. La estrella de tu señor se eclipsará muy pronto. Cercana está su ruina, y con él caerán todos sus parciales.

—Si fuese así por desgracia, no ha de faltarle un hombre adicto que le sirva de rodillas.

—¿Y ese hombre eres tú?

—Yo mismo, señor conde, si se me da libertad.

—Libre eres desde este momento, con tal de que me sirvas.

—Ya he tenido el honor de deciros que sirvo solo al infante.

—¿Es irrevocable tu determinacion?

—Vos lo habeis dicho.

—En este supuesto son inútiles las ofertas que pudiera hacerte, y que bastarian á satisfacer tu ambicion.

—Inútiles, porque tampoco soy ambicioso.

—Eres un soldado modelo.

—Gracias por vuestra lisonja.

—Por ahora habrás de resignarte á seguir prisionero.

—Bien está.

El leal servidor, comprendió que se le queria comprar á buen precio haciendo de él un traidor. Su honradez rechazó las proposiciones de don Vela.

Este, por su parte, se persuadió al momento de que el hombre con quien se las habia no era de los que se venden por un puñado de oro.

Así, pues, intentó ver si era más afortunado con su otro prisionero.

Al efecto trasladóse al lugar dónde se le custodiaba, y en breves y terminantes palabras le ofreció una buena cantidad con su proteccion si se ponia á su servicio, ó una mazmorra por los dias de su vida si rechazaba su oferta.

Aquel hombre, que solo conocia el interés, pues ya tenia dicho momentos antes que pertenecia á aquel que mejor le pagaba, encontró un medio de medrar, en las ofertas del conde; y opuesta una débil resistencia con la idea de aparentar algo de honrado que le recomendase al que trataba de ganarlo, aceptó el papel que se le cometia.

D. Vela se convenció de que era un bribon consumado, pero solo hombres de su jaez podian servir á sus designios.

Ya convenidos en la venta, pues que no otro nombre puede dar-

se á aquel odioso pacto, preguntó el conde cuándo entraria de faccion.

—Pasado mañana;—contestó aquel miserable.

—Pues bien,—replicó D. Vela,—pasado mañana á mitad de la noche colocarás esta escala que te entrego, en el muro de la fortaleza por la parte del rastrillo. Lo demás corre de mi cuenta. Hasta entonces has de ser mudo á las preguntas que hacétese puedan acerca de tu compañero si se notase su falta. Responderás en todo caso que te adelantaste al regresar al castillo, é ignoras su paradero.

Dicho esto, ocultó el soldado la escala, y recibiendo algunas monedas del conde, marchó á la fortaleza, cargando al paso el haz de leña que habia abandonado al ser detenido.

CAPÍTULO IX.

Los emisarios.

En los momentos en que el favorito concertaba la manera de apoderarse por sorpresa del castillo, dos hombres descendían de la montaña dirigiéndose al campamento del ejército real.

Uno y otro guardaban silencio, lanzándose de vez en cuando una mirada que podía interpretarse fácilmente.

Aquellos hombres estaban encargados de una misión, ignorando, no obstante, los medios de que podían valerse para cumplirla bien y lealmente.

—Callando no adelantaremos gran cosa,—dijo al fin el más impaciente.—Nos vamos acercando, y á estas fechas no sabemos cuál será el mejor partido.

—Pues yo lo veo muy fácil.

—Dichoso tú; lo que es por mi parte te aseguro que estoy completamente á oscuras.

—No lo extraño, porque tú no debes estar muy fuerte en estos negocios.

—Por eso quiero que dirijas el cotarro.

—Es lo más derecho.

—Pues veamos qué piensas hacer.

—Muy sencillo. Pienso ver al conde D. Vela.

—¿Al conde?

—Exactamente.

—¿Para qué?

—Para que él mismo autorice nuestra comision.

—No lo entiendo.

—Yo sí.

—Explicate.

—¿Qué recurso encuentras tú para que podamos penetrar en ese maldito castillo de Saldaña, donde con trabajo aciertan á remontarse las águilas.

—Ninguno; por mi parte ya te dije...

—Pues bien, por la mia no veo otro que el de incorporarnos al ejército, esperar un asalto, y ya dentro, mientras que los unos pelean, procuramos...

—¡Magnífico!

—Pero para esto es preciso que nuestra presencia en el campo del rey se justifique. Si furtiva y cautelosamente buscamos el amparo de las tropas, pudieran descubrirnos, tomarnos por espías y...

—Detente, no prosigas; conozco el fin que alcanzariamos.

—Ese fin es precisamente el que debemos evitar. Pero aún hay más.

—¿Más?

—Sí, por cierto.

—Sepamos.

—Supon que se da el asalto.

—Supongo.

—Firúrate que ya estamos dentro.

—Me lo figuro.

—¿Crees que solo con esto sabremos dónde se encuentra esa mujer?

—¡Hombre!... No se me habia acurrido.

—El castillo es grande.

—Muy grande.

—Yo le conozco poco.

—Y yo nada.

—Esa dama estará muy recogida durante la pelea.

—Es natural.

—Por lo tanto, lo que más fácilmente encontraremos será...

—¿Qué?

—Algun indiscreto centinela, que nos descubrirá, hará que se apoderen de nosotros...

—Cesa, cesa. Tambien por este lado veo dónde vamos á parar.

—Te aseguro que la comision que nos dió doña Luz es peliaguda.

—Sin embargo...

- ¿Qué?
- Todo puede arreglarse.
- ¡Quiéralo Dios!
- Tengo aquí una idea...
- Precisamente la que á mí me falta.
- Si se realiza...
- Probemos.
- Es muy sencilla.
- Ya te escucho.
- Vas á ir al castillo de Saldaña.
- ¿Yo?
- Ni más ni menos.
- ¿Has perdido el juicio?
- No por cierto.
- ¡Al castillo de Saldaña!
- Es el único camino.
- ¡Pero tú me quieres mal!
- Muy lejos de eso.
- ¡Si me descubren!...
- Te ahorcan.
- ¡Pues es una friolera!
- ¿Pero si no te descubren?...
- Entonces...
- Tenemos hecho el negocio.
- ¿Pero cómo quieres que yo esté allí sin que suceda un fracaso?
- De la manera más natural.
- ¡Diablo con tu naturalidad!
- Sin embargo, es tal como te lo digo.
- En el castillo...
- Harás poco más ó menos lo mismo que yo voy á hacer en el campamento.
- Voy...
- Á servir al infante Bernardo.
- ¡Ah!... ya caigo.
- Si te admite, como te admitirá, entre sus soldados, estudias la fortaleza.
- La aprenderé de memoria.
- Averiguas el departamento de la dama.
- Punto por punto.

—Retienes bien sus entradas y salidas.

—¿Y una vez hecho todo esto?

—Esperas mi señal, que será el canto del gallo.

—Entonces...

—Entonces, si todo esto está corriente, contestas con una señal igual, hecha desde el punto que presente más fácil acceso. Acudo á él, y punto redondo.

—Si me falta algun dato...

—Entonces esperamos al siguiente dia. Pero procura que esto último no suceda, pues el golpe dependerá probablemente del golpe que intente dar el conde D. Vela.

—Pues señor, está corriente.

—En ese caso...

—Partiré cuando quieras.

—Ahora mismo.

—Si antes de todo eso se me presentara una buena ocasion...

—La aprovechas, por vida del diablo. Si puedes encontrar nueva vaina para tu puñal y buscarme luego en el campamento, tanto mejor; no desperdicies la coyuntura.

—Ea; pues manos á la obra.

—¿Estás decidido?

—De medio á medio.

—En ese caso no perdamos un solo instante; tú al castillo de Saldaña, y yo al campamento de D. Vela.

—No hay más que hablar.

—Mucho cuidado, porque en este asunto arriesgamos...

—Casi nada.

—Poco más ó menos...

—El que adornen el árbol más cercano, ó la almena más alta del castillo.

Poco despues se separaron.

El uno se dirigió á Saldaña.

El otro pedia audiencia una hora más tarde en la tienda del favorito.

D. Vela le mandó esperar.

En aquel momento concertaba con sus capitanes la manera de apoderarse de la fortaleza.

Al fin decidieron que se diera el golpe de mano á la noche siguiente.

Acto continuo los jefes se retiraron, y el hombre entró.

—¿Quién eres?—Le preguntó el privado examinándole de una sola ojeada.

—Un pobre diablo, señor.

—¿Qué objeto te trae á mi campo?

—Os lo diré, si quereis...

—Desde luego.

—Como en este mundo todos trabajan por cuenta propia á excepcion de los desgraciados que como yo trabajan comunmente por la agena, ocurre que mientras que vos combatis al del Carpio por hombre y por guerrero, otras personas quieren combatir por mujeres y por hermosas.

—No te entiendo.

—Dentro de la fortaleza no se encierran solo feroces soldados.

—¿Pues?...

—Albérzanse tambien damas muy bellas, que por desgracia han despertado en otras un odio mortal, inextinguible.

—¿Será cierto?

—Y tanto lo es, que mi viaje desde Oviedo aquí no reconoce otra causa que el de quitar á mi señora el estorbo que más le incomoda en el mundo.

—¿Y la dama que á tu señora le hace tan mal tercio está en Saldaña?

—Precisamente.

—¿Sabes que ahí dentro no hay más que una mujer?

—Precisamente; eso es lo que hace que yo no me equivoque ni arriesgue un golpe en vago.

—¿Sabes quién es?

—Poco más ó menos...

—La amada de Bernardo del Carpio

—Tanto monta.

D. Vela se estremecía á cada palabra que aquel hombre pronunciaba.

Á no dudar, se trataba del objeto que amaba él mismo más que á su vida.

¿Pero qué maquinacion era aquella?

¿Quién podia desear la desaparicion de Ildaura?

¡Ah!... ¡qué idea cruzó por la mente del conde!

¡Qué pensamiento vino á iluminar su cerebro!

El rey amaba á aquella mujer.

La côrte se apercibió en otro tiempo de este devaneo.

La reina lo sabia.

El amor que profesaba á su esposo, estaba por esta razon contrariado. Doña Munia estaba celosa, horriblemente celosa.

La órden dada á aquel hombre emanaba de una mujer.

Aquella mujer, no habia remedio, aquella mujer era doña Munia.

¡Doña Munia!

Aquel ángel de virtud, era á los ojos del malvado conde el asesino de su amada.

—Es decir,—prosiguió,—que tu mision se reduce...

—Ya tuve la honra de indicároslo. Se reduce á ganar algun oro...

—Por medio de un crimen.

—¡Ah, señor!... los tiempos son tan malos, y tantas las obligaciones...

—¿Y para conseguir tu objeto necesitas venir á mi campo?

—Esperaba que dariais en breve el asalto, y me prometia aprovechar la ocasion de subir con vuestros soldados.

—¡Miserable!

—Señor...

—¿Sabes que estoy tentado de hacer lo que tu atrevimiento merece?

¿Has creido que yo puedo patrocinar tan inauditos crímenes? ¡Oh!... vas á partir á Oviedo escoltado por dos hombres de mis tercios, y ¡ay de tí... si persistes en tus inícuos planes!

El asesino permaneció imperturbable.

—Siento,—contestó con el mayor aplomo,—que no sea de vuestro agrado la comision que aquí me trae... Podeis hacer conmigo lo que se os antoje; pero tened en cuenta que no por eso evitareis lo que ha de suceder.

—¡Que no lo evitaré!

—No, señor conde.

—¡Oh!... eso lo veremos.

—Nada más fácil. Dentro de Saldaña hay un compañero mio. Si mañana á la media noche no hago yo cierta señal al pié de los muros, él...

—Acaba.

—Dará el golpe por sí solo.

—¡Maldicion!!... pero yo lo evitaré; ahora mismo sabrá el del Carpio el peligro que amenaza á esa dama.

—La hará guardar, teneis razon. ¿Pero respondeis de que entre los hombres que la custodien no estará el mio?

—¡Tienes razon, vive el cielo! Está perdida, perdida...

—Lo siento por ese interés que demostrais.

—¡Villanos! ¿Y quién no se interesa por la vida de una mujer indefensa?

—Teneis razon. Yo tambien me opondria á una cosa tan ruin, si en vuestra situacion me encontrase. Pero ¡ay!... estos tiempos, estos tiempos son tan malos...

D. Vela recapacitó.

El egoismo que aquel malvado demostraba le hizo juzgar por su corazon el ageno.

Pensó lo más acertado.

Tal vez el interés alcanzaria lo que no habian de conseguir ruegos ni amenazas.

—Hasta cierto punto,—continuó como si hablara consigo mismo,—es natural. ¡Los ricos pagan tan caras estas cosas!

—Oh!... sí;—prorumpió el otro brillando en sus ojos la codicia.—Se nos han hecho ofrecimientos verdaderamente régios.

—¿Estais al servicio de esa persona?

—Á su servicio, no.

—Pues...

—Damos este golpe, y nos lo paga.

—En tal caso, perdoneme, que anduvo torpe.

—¿Torpe, señor conde?

—Sin duda alguna. Si el oficio vuestro es este....

—Únicamente.

—Se expone á que yo compre vuestro puñal á mi vez.

—¡Oh!...—exclamó aquella especie de instrumento de la perversidad, cayendo en una cosa en que á decir verdad no habia pensado.—Casi, casi teneis razon; pero se paga muy caro, y vos no teneis interés....

—¿En salvar á esa dama?

—Justamente.

—¿Y si estuvieras en un error?

—Entonces...

—Entonces... hablaríamos.

—Tal vez. En fin... vos podeis indicarme...

—Fija el precio tú mismo.

—¿Por dejarla... intacta?

—No por eso precisamente.

—¿Deseais?...

—Solo que varíes tu plan, sirviendo á la vez á la persona que te ocupa.

—De suerte...

—Que puedes ganar dos veces.

—Veamos.

—Tu víctima puede morir, y puede desaparecer para siempre. Lo primero no lo consentiré yo. Lo segundo, puede satisfacer á sus enemigos.

—¿Pero cómo conciliar?...

—El asesinato puede convertirse...

—¿En qué?

—En un rapto.

—¡Ya!... Vos querriais...

—Lo que no es de tu incumbencia, pero que puede proporcionarte ventajas incalculables.

—¿Y vos responderiais de que el secreto?...

—Permaneceria eternamente guardado para todos, menos para tí.

—Y además...

—Te ofrezco doble cantidad de la que te propones ganar.

—Tentadora es la oferta.

—En tí está el realizarla.

—No es lo mismo un rapto que...

—Todo se reduce á que tengais más tiempo y más ruido.

—Pues bien, señor conde...

—¿Aceptas?

—Acepto. ¿Se dará pronto el asalto?

—Muy pronto.

—Necesito corceles.

—Los tendrás.

—Una escala.

—Tambien.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Pues manos á la obra.

CAPÍTULO X.

La noche.

Todo aquel día se pasó en la más completa calma.

Los restos del ejército real permanecían entre el enmarañado bosque donde se situó después del combate.

Nada se notaba que pudiera poner en cuidado al del Carpio, que ya se preparaba á mandar exploradores para saber á qué atenerse.

Al siguiente, ya próximo á oscurecer, estaban reunidos en la torre del Norte Bernardo, Ildaura y Daniel.

El primero miraba á su amada con un éxtasis infinito, cogida entre las suyas una de sus manos, que besaba con frecuencia.

La segunda departía tranquila con entrambos, si bien por intervalos cruzaba sus mejillas una lágrima.

—¡Oh!...—decía,—¡cuánto habrás sufrido, pobre Bernardo, cuánto habrás sufrido!

—No hablemos del pasado, Ildaura; hartas penas han agobiado nuestros espíritus, para que no tratemos hoy de aminorarlas. Ahogemos nuestros recuerdos, si no con placeres que hoy son imposibles, al menos con empresas que ocupen nuestra mente y que borren las nubes que empañan nuestra alegría.

Aquí llegaban nuestros interlocutores, cuando uno de sus capitanes se presentó en la puerta.

—¿Qué nuevas?—preguntó el del Carpio.

—Nada buenas á lo que entiendo, infante. Nuestro hombre no parece,

y otra vez me he cerciorado de que en las cercanías hay soldados del rey. Si una traicion...

—¡Callad, callad! En el Carpio no puede haber traidores.

—Y yo creo que os engaÑais,—replicó un tercero, acercándose á los dos anteriores.

—¿Qué motivos teneis, señores, para dudar de mis soldados?

—Motivos... ninguno, á la verdad; pero lo que os decimos es cierto. No sé qué objeto ha de tener la estancia de esas tropas en estas cercanías.

—¡Tropas! ¡Tropas llamais á algunos hombres de armas que acaso sean restos del destrozado ejército de Oviedo!

—Sin embargo...—empezó á decir Daniel.

—Si fuera eso tan solo, poco importaria, señor; pero hay más, y ese es justamente lo que vos ignorais.

—Pues acabad.

—Son muchos los soldados que rodean el castillo.

—¡Muchos!

—Sí; y se conoce, no obstante que procuran ocultarse en las quebraduras y espesos bosques de estos contornos.

—Pero...

—No es esto solo; esos soldados tienen tambien sus jefes.

—¿Y quiénes son?

—Acaso D. Vela y sus parciales;—exclamó Daniel.

—¿Estais en vuestro juicio?

—Tanto, que yo mismo no há mucho he visto de lejos á uno de ellos.

—¿A cuál?

—Al conde Porcello.

—¿Estas seguro de lo que dices?

—Segurísimo.

—¿Lo veis, señor, lo veis?—exclamaron los otros, hiriendo el suelo con las conteras de sus espadas.—Cuando os decimos que algo se intenta contra la fortaleza...

—Intento inútil, caballeros. Concedo que el rey forme traidores proyectos; pero el Carpio... el Carpio será tan solo mio.

—¡Cuidado!...

—Tenedlo vosotros de colocar bien los centinelas en las murallas, y dejad lo demás al tiempo.

Y dicho y hecho; partieron á presenciar por sí mismo los relevos, dejando poco despues los muros para dar cabida al descanso.

La bocina del vigía tocó la queda.

Eran las once de la noche, hora en que se sumia la fortaleza en un profundo silencio.

Cada cual se recogió en su departamento.

Solo quedaron los ballesteros, paseando por los baluartes en que hacian su guardia respectiva.

Uno de ellos, el que velaba en la plataforma de la torre del Mediodía, en vez de pasear, miraba á pié firme y con singular fijeza al campo.

De tiempo en tiempo y por entre las quebraduras del terreno cruzaban multitud de sombras que volvian á perderse en la oscuridad.

—¡Diablo!—murmuró el centinela despues de esperar gran rato.—Mucho tardan, y temo...

En aquel momento un agudo maullido, al parecer de un gato montés, cruzó el espacio que mediaba entre el monte y la fortaleza.

Al mismo tiempo, y por el lado opuesto, sonó el canto de un gallo, que fué instantáneamente repetido por otro.

Todo volvió á quedar en silencio.

Á nadie llamó la atencion aquel incidente, en la forma tan sencillo é insignificante.

El centinela, sin embargo, dió un sacudimiento nervioso.

—¡Ah!...—murmuró de una manera imperceptible.—Ahí están ya.

Á la vez desdoblaba una escala, asegurándola en la muralla.

Á poco las cuerdas se fueron estirando, y no tardó en aparecer al nivel del muro la cabeza de un hombre.

—Sin novedad,—añadió el ballestero.—Podeis subir; pero cuidado con hacer el menor ruido.

El hombre saltó á la plataforma.

Despues subieron otro y otros, hasta llenarse aquel pequeño recinto de soldados armados hasta los dientes, y seguidos de D. Vela y sus amigos.

—Pronto,—dijo el conde.—¿El departamento de los hombres de armas?

—Aquel es.

Y el centinela señaló una puerta.

—Pues á él, Porcello; tomad la mitad de nuestra gente.

El conde partió.

—¿El del infante?...

—Aquel otro.

—Pues seguidme, y cuidado con la más ligera imprudencia.

La plataforma quedó otra vez sola.

Los dos pelotones de hombres armados se acercaron á los departamentos que el centinela designara.

Al mismo tiempo dos hombres se deslizaban silenciosos y rápidos en el aposento ocupado por Ildaura.

—Aquí es,—dijo uno de ellos.

—Pues adelante, por Barrabás,—murmuró el otro.

Mientras que estos distintos movimientos se verificaban; interin los unos se ocupaban de sorprender á la guarnicion y los otros aprovechaban el momento de arrebatarse indigna y cobardemente á una mujer, en la habitacion de Daniel ocurría lo siguiente:

Las ventanas caían á la plataforma por donde los soldados del rey ascendían.

Á espaldas del mismo departamento habia una gran nave ocupada por sus antiguos bandoleros, soldados á la sazón de Bernardo del Carpio, y tan disciplinados por la cariñosa energía de Daniel, que á duras penas se encontrarían semejantes en el ejército regular.

El paje no estaba completamente dormido.

Al oír el maullido del gato, nada receló. Pero el canto del gallo, repetido por otro inmediatamente, le hizo fijar un poco su atención.

Las pequeñas causas producen á veces los grandes efectos.

Por leves detalles, puede juzgarse una gran cosa.

En el castillo no habia gallos.

En las cercanías difícilmente se distinguía una choza.

¿Qué podía ser?

Daniel no esperó más.

Receloso y desconfiado como él lo era, el pensar que aquello podía ser origen de alguna asechanza, y el saltar de la cama, fué obra de un segundo.

Se acercó á una de las ventanas, y observó.

La noche estaba oscura.

El aire norte azotaba su rostro.

Debajo, hacía el ángulo derecho de los dos que en aquel sitio formaba la muralla, creyó percibir un ligero rumor.

Á poco más, y acostumbrada su vista á la oscuridad, se le figuró que distinguía confusamente algunos bultos.

¿Sería preocupacion suya?

Las sombras se pusieron en movimiento con dirección á la parte que su señor habitaba.

¿Seria tambien una ilusion óptica?

Preciso era saber la verdad.

Ciñóse espada y daga, y acercándose á la galería que su gente ocupaba,—Arriba,—dijo á los soldados,—y procurad no hacer el más leve ruido.

En dos minutos todos se encontraron de pié y armados.

En aquel instante, un movimiento confuso, extraño, prolongado, llegó hasta él.

—¡Diablo!...—murmuró quedando inmóvil de asombro.—Parece que abajo sucede algo de extraordinario.

Y presto más atencion.

Repitióse el ruido.

Creció la confusion.

Se percibieron voces distintas y sonoras.

Daniel creyó conocer la del infante, que le llamaba.

—No hay duda,—exclamó dando un salto hácia la puerta, á la cual todos sus hombres se lanzaban en tropel en seguimiento de su jefe.—No hay duda; algo ocurre en el castillo.

Ya iba á salvar el dintel, cuando uno de los servidores más leales de Bernardo apareció, lívido el semblante y desnudo el acero.

—Pronto, pronto, Daniel,—gritó al divisar al paje.—Corred á la torre, y sacad á Ildaura del castillo.

—¡Á ella! ¿Y por qué?

—El infante lo ordena.

—¿Pero qué sucede? ¿Qué pasa?

—Que estamos vendidos; que los soldados del rey están dentro de Saldaña; que va á principiar una lucha sangrienta, desigual, exterminadora. La mayor parte de nuestra gente está encerrada en las torres, efecto de la sorpresa y actividad del enemigo, y solo nos quedan algunos soldados con que poder atender á los primeros momentos. Yo he logrado llegar hasta aquí, sabe Dios cómo, y... pero oid; el combate se ha empeñado; corro á mi puesto; volad á vuestra vez, si quereis cumplir las órdenes de nuestro señor.

—¡Que si quiero!... ¡Ira de Dios!... ¿Pues no he de querer? Lo que yo no quisiera es salir del castillo; lo que me desespera, es dejar en tales momentos al infante. ¡Por mi nombre! ¡Digna manera de atacar á valientes soldados!

—Por Dios, Daniel. Ved que el tiempo corre, y que acaso á estas horas el infante necesita de mi espada.

—¡Oh!... sí; acudid á la pelea. Y vosotros,—prosiguió dirigiéndose á sus gentes,—seguid la mitad á ese guerrero, teniendo en cuenta que si el castillo se pierde, no quiero encontraros con vida. Vosotros,—dijo á la otra mitad,—me seguireis á mí.

Dicho esto, se lanzó á la escalera con la velocidad del pensamiento.

Al salir á la explanada, hirió su vista una luz rojiza, viva, chispeante, producida por el sin número de teas que los soldados del rey habian encendido.

El número de los que asaltaban la fortaleza era prodigioso.

Llena estaba la muralla por aquella parte, y aun seguian subiendo.

Daniel rujía de coraje.

Sin embargo, debia cumplir el mandato de su señor.

Los enemigos se aglomeraban delante del departamento que aquel ocupaba.

Á la puerta de las cuadras destinadas á la guarnicion habia grandes guardias.

Daniel pasó con los suyos por entre aquel torbellino.

Llegó al sitio que á Ildaura desde el primer momento se le destinara.

Las puertas estaban de par en par abiertas.

Entró.

El desórden en que lo encontró todo, le hizo sentir una opresion angustiosa.

No habia nadie.

Desesperado, loco, febril, llamó; dió voces, corrió hasta el último rincon.

Nada.

En aquel momento dos hombres se acercaban á la muralla.

Á la luz de las teas se les podia distinguir perfectamente.

Uno de ellos aseguró una escala.

El otro descendió con la posible rapidez por ella.

Este último llevaba en sus brazos una mujer.

Uno de los soldados de Daniel se apercibió de lo que ocurría.

—Capitan, capitan;—gritó con toda la fuerza de sus pulmones.—Venid, venid sin tardanza.

Daniel llegó.

El hombre que arrebatava á la dama, pisaba ya el suelo.

El otro se disponia á bajar á su vez.

—¿Qué quieres?—Preguntó el paje al que con tanto afan le llamaba.

—Mirad aquel hombre.

Daniel le vió.

—¿Y bien?

—Es uno de los que se llevan á la señora.

—¡Oh!...—rujió lanzándose al que se le señalaba, y cuya fisonomía quedó con solo aquel instante grabada en la memoria del paje para no borrarse jamás.

Pero era tarde.

El emisario de doña Luz estuvo fijo en cuanto acontecia.

Al ver que su compañero ganaba tierra; al oir las voces que el soldado daba llamando á su capitan; al notar la presencia de este, y al advertir que se dirigia hácia aquella parte, se apoderó de una de las cuerdas de la escala y se arrojó, más bien que bajó por ella.

Dos corceles les esperaban.

Cuando el servidor de Bernardo se dispuso á descender en su seguimiento, se oyó una carcajada satánica y el galopar de dos caballos.

Se alejaban.

Ildaura, por un efecto de su aciago destino, volvía á encontrarse en poder de sus enemigos.

En Saldaña habitaba de nuevo el genio del mal.

Bernardo tendria que soportar aquel rudo golpe.

Daniel se veía otra vez sumido en los dolores que á costa de su vida hubiera querido evitar.

Aplanado, vencido por aquella contrariedad terrible, aún permanecía en la muralla buscando con desencajados ojos los fantasmas que ya no le era posible distinguir, cuando otro soldado se le presentó mostrándole dos objetos que Daniel tomó en sus manos.

Consistian en un puñal y un pergamino.

El paje desdobló el segundo.

Á la luz de una tea leyó.

Su contenido era el siguiente:

«Venganza de una mujer ofendida.»

La reaccion fué completa.

Esas frases acompañadas de un puñal, no significaban un raptor, sino un asesino.

El cerebro de Daniel ardía.

Sus sienes parecia que iban á estallar.

Su cabeza no podia coordinar la multitud de ideas que á ella se aglomeraban.

Un zumbido extraño y terrible le quitaba la facultad de oír; un velo rojizo, sangriento, le imposibilitaba para distinguir lo que en torno suyo pasaba.

Rodaba todo ante sus ojos; crispábanse sus manos; erizábase horriblemente su cabello, y presa de un vértigo fatal, ni acertaba á moverse, ni podia articular una frase.

De pronto nótese en él un movimiento nervioso, convulsivo.

—¡Mi sueño!...—grita.—¡Mi sueño!...—Y aquel hombre, aquel valiente, aquel héroe en las batallas, preocupado á su vez y vencido por un azar que se hizo sin poderlo evitar superior á sus fuerzas, lanza un grito de terror y cae sin conocimiento, como herido por una exhalacion, entre sus soldados.

CAPÍTULO XI.

Cuatro pinceladas á un cuadro sombrío.

Pasadas dos horas, en Saldaña reinaba al parecer la más completa calma.

No obstante, en aquella triste noche se habia verificado la mayor y más inicua de todas las traiciones, la más negra felonía.

Cuatro mil foragidos, que bien merece este nombre quien tal hace, habian sorprendido villana y cobardemente á los descuidados moradores de la fortaleza.

Incapaces de luchar en campo abierto, á la luz del día, se aprovecharon de las sombras de la noche, compraron á un miserable, escalaron los muros, encerraron á una gran parte de la guarnicion, é intentaron conseguir por la astucia lo que por el valor y la razon no podian.

Pero donde acaba la justicia de los hombres, principia la justicia de Dios.

Aquella lucha titánica estaba resuelta.

El destino no podia torcer su curso.

La estrella del privado maldito se eclipsaba.

D. Vela estaba ya fuera de la ley comun para todos los hombres.

La figura colosalmente repugnante de aquel siglo, era una especie de excepcion de la raza humana.

Una generacion entera, fuerte, valiente, jóven, tenia dictada la sentencia.

La carrera de aquel hombre insigne por la maldad, célebre por el cinismo, grande por los escándalos, debía parar allí, debía terminar con el mismo estruendo que había comenzado.

Vencido en el campo de batalla, estaba perdido en el ánimo del rey.

Perdido en el ánimo del rey, moralmente estaba muerto.

Pero entretanto... ¡cuánta sangre y cuántas lágrimas causaba!

¡Oh reyes, reyes!... ¡Hasta cuándo ha de presidir el destino de los pueblos la omnimoda voluntad de vuestros privados!

¡Hasta cuándo la equidad y la justicia, esas purísimas vírgenes, ese regulador de las conciencias, esa antorcha que alumbra la honradez y la virtud de todos y cada uno de los ciudadanos, han de estar á merced del primero que quiere insultarlas!

Los pueblos no son vuestra herencia, vuestro patrimonio.

Los pueblos no son el capital que os deja un padre cariñoso para que á vuestro capricho le derrocheis.

Los pueblos son un legado santo, una prenda sagrada que vuestras respectivas constituciones ponen en vuestras manos; una familia dilatísima que necesaria ó voluntariamente se entrega á vuestro cuidado y administracion, no para que la obligueis á la tirana voluntad, al insolente capricho de vuestros amigos; no para que de ellos forméis premios y recompensas que dar á esa turba de cortesanos ignorantes, vanos y despreciables, que chupan vuestra sangre y la de los pueblos con un ansia famélica, siendo á su vez incapaces de arrojar á los que tan inícuamente despojan, las migajas de sus espléndidos banquetes; sino para que acudais solícitos á sus justos deseos; para que amoldeis vuestras equitativas y prudentes concesiones á sus necesidades; para que lleneis sus exigencias con ese cariño paternal, con ese afecto entrañable, con ese desvelo incesante que un padre debe prodigar á sus hijos.

De otra manera, las más fuertes y florecientes monarquías se gastan.

Los reyes más esclarecidos se desprestigian.

Los tronos más firmemente levantados se derrumban.

¿Y no será triste que un monarca, su grandeza, su inviolabilidad, desaparezcan por un traidor, por un egoísta, por un miserable?

¡Ah!... ¡si los reyes comprendieran esta verdad!

Si supieran que el ídolo del pueblo lo es siempre aquel que al pueblo se dirige hablándole su lenguaje, sintiendo con él, queriéndole, si-



J. Cobrian dib^o y lit^o

Lit Iberica Madrid.

D.^a Munia.

guiendo sus vicisitudes, apreciando sus amistades, aliviando sus desgracias, conciliando sus disgustos, calmando sus pasiones; entonces los reyes serian lo que deben ser. Entonces no legarian á sus hijos la amargura, el hastío, la desconfianza que imprime su mando supremo, y acaso acaso, andando el tiempo y aumentando en torpeza y en descuido, la destruccion de una dinastía, la desaparicion absoluta de sus derechos, la pérdida de todo aquello que aun á costa de su existencia misma quisieran conservar.

CAPÍTULO XII.

En que se reanuda el hilo de nuestra verídica historia.

Pero inútilmente nos proponemos regenerar el mundo.

Dicen con razon que todo pobre es fundador de obras pías.

Nuestros abuelos nos dieron estas cosas tales como ellas son, y de la misma manera las dispondremos nosotros para nuestros nietos.

Siempre ha sucedido lo mismo segun cuentan; con la diferencia de que en algunos casos, el pueblo, el verdadero pueblo, ese que por lo comun sufre y calla, se ha encargado de pintar á grandes rasgos nuevas situaciones, variando la escena, y cambiando de cómicos.

En estos dolorosos trances, tampoco los favoritos pierden, tampoco pierden los malos consejeros.

El que suele perder en esos casos es el rey.

Verdad que el rey no gana nunca, y sabido se está, que por regla general, pierde el que no gana.

Las consecuencias que producen los favoritos reales, son funestas siempre.

En los momentos á que nos referimos, el castillo de Saldaña era un ejemplo de esta triste realidad.

No era la sangre, ni el estruendo de las armas, ni la destruccion que la guerra lleva consigo la que colocaba á sus habitantes bajo una presion mortal.

Hay heridas que no se curan con una victoria; pesares que no puede aumentar una derrota; dolores que superan á todas las emociones, á todos los acontecimientos materiales.

En una pequeña estancia, alumbrada por una sola lámpara, cuya luz despidе un pálido resplandor, suave, triste, melancólico, se ven dos hombres en una situación muy análoga, aunque en actitud distinta.

El uno sentado en un sillón, con la frente inclinada, pálido, entornados los ojos, abstraído de la manera más completa.

Es Bernardo del Carpio.

El otro tendido en un lecho, sin sentido, aletargado, espirante á juzgar por las señales de su rostro demudado, cadavérico.

Es Daniel.

Por intervalos hace un movimiento brusco, pero débil, y algunas frases entrecortadas salen de sus labios.

En esta situación pasan las horas.

Sobre la mesa que está colocada al lado del infante, hay un pergamino y un puñal.

Al lado, una pequeña jarra, que contiene un líquido color topacio, que de vez en cuando y en pequeñas dosis introduce en la boca á Daniel.

Al rayar el alba, este principió á volver en sí.

Sus mejillas se colorearon ligeramente.

Sus ojos se entreabrieron.

Bernardo seguía velando al lado de su cabecera.

Daniel lanzó un profundo y angustioso suspiro.

—Señor,—dijo con débil voz;—¿vos aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué velais de esa manera? ¿Qué sueños horribles me han agitado?... ¡Ah!... ¡Ya recuerdo! ¡Ya recuerdo! ¡Cuán desgraciado sois!

Una especie de gemido exhaló aquel pecho que solo encerraba ardiente cariño para su señor.

—¡Miserables!... ¡Y aún vivo!...

—Silencio, Daniel. Olvídalo todo; calma tu espíritu; procura recobrar tu fuerza y brio. Luego... luego... buscaremos la compensación necesaria á nuestras penas.

—¡Oh!... yo bien quisiera; bien quisiera hacer lo que decis. Pero... me falta valor. ¡Tanto luchar! ¡Resistir con tal valor; con tal perseverancia! ¡Vive Dios!... ¿Para qué?...

—Prosigamos, Daniel. Hagamos otro esfuerzo. El cielo quizá quiere probarnos.

—¡Oh!... imposible. Siento que mi espíritu desfallece; las fuerzas me abandonan; dudo... y la duda en mí debe ser la muerte. Luego... estos presentimientos, estos sueños...

—¿Pero qué sueños, Daniel? Tú me asustas.

—No queráis saberlos.

—Sí; no quiero que seas presa de una fascinación cruel. No quiero que te preocupes de esa manera triste y perjudicial para todos. Dices que la preocupación á veces mata, y tienes razón; por lo mismo, debes dominarla, vencerla. Corazón te sobra, y lo que extraño en tí...

—¡Esos sueños, señor, esos sueños horribles me destroran el alma! ¡Si supiérais! ¡Si supiérais cuántas veces los contemplo.... Veo pasar á vuestro padre; á Ildaura; á otra desdichada... ¡Ira de Dios!... Dejad que desahogue mi furor; dejadme saciar en la sangre de ese hombre maldito, causa de nuestros tormentos. Sí, infante; yo no puedo resistir por más tiempo el ansia que me devora; seguid en hora buena el camino que emprendido habeis; pero por Dios, dejadme seguir el mío, que me siento arrastrado á una cosa que todas mis fuerzas no bastan á resistir.

—¡Daniel, Daniel!

—Perdonadme, señor; pero una mancha de sangre está siempre ante mis ojos; una sombra terrible de venganza camina delante de mí, y me arrastra, y me lleva, sin que yo acierte á evitarlo. Se cumplirá el destino; yo os juro que haré pagar bien caros los dolores que agobian nuestras almas.

—Es decir, Daniel, que nada para tí significa; es decir, que yo no ejerzo en tí dominio alguno. Me ves sufrir cual tú; ves que mis días huyen como los tuyos, envueltos en amargura, y aún crees que tus penas superan á las mías.

—Vos, señor, lleváis un nombre heróico; á Bernardo del Carpio le toca sufrir y resignarse, haciendo á sus enemigos una guerra que puede soportar. Pero yo, ¡desdichado! que solo vivo de mis pobres y escasas ilusiones; yo que veo deshechos mis ensueños, no por intrigas contra las cuales no hay defensa, ni por motivos que me pongan á la altura de un rey; sino por maquinaciones infames, por el vil puñal de un asesino... ¡Ah, señor! Conmigo no rezan las lanzas ni los escudos; á mí me basta mi daga de plebeyo, y quiero hacer la guerra á mi manera; hierro por hierro; vida por vida; hé aquí mi deseo, señor; mi deseo que quiero cumplir, y que cumpliré, por quien soy.

—El dolor te extravía.

—Es la paciencia la que me falta. Dadme vuestra licencia.

—¿Para qué?

—Para vengar á mi señora.

—¿Pero sabes de quién?...

—¡Oh! Sí, lo sé.

—¿Acaso D. Vela?...

—No, señor; no es el conde.

—¿Quién es pues entonces?

—Una mujer, ya lo habeis visto.

Daniel señalaba el pergamino.

—¿Y tú crees?...

—¡Oh!... Sí, lo creo.

—Di su nombre, Daniel; su nombre...

—El dia de la venganza.

—Hasta entonces...

—No saldrá de mis labios.

—¿Y tú te ensañarias aunque así fuese?...

—Hay mil medios de vengarse de un enemigo que por naturaleza es débil; más aún que la muerte, hace sufrir el remordimiento, la expiacion...

—¿Y tú tienes el medio?...

—Infalible y seguro.

—¿Cuál es?

—No puedo decíroslo.

—¡Siempre secretos!

—Jamás tuve ninguno para vos.

—Dime entonces...

—¡Imposible!

—¿Qué piensas en tal caso hacer?

—Marchar á Oviedo sin detenerme ni siquiera un dia.

—¡Ay, Daniel!... Yo pensé que amabas más al del Carpio.

—Suya es toda mi sangre; mi vida entera le pertenece, así como son suyos mi sosiego, mi tranquilidad, mi dicha. Pero tengo un deber sagrado que llenar, un solemne juramento que cumplir, y los juramentos hechos en presencia de la muerte...

—Parte á Oviedo, Daniel; ya cada cual tenemos un destino, una mision, que aun cuando dolorosa... debemos acabar; mi desgracia ha llegado hasta tí; mi estrella ha cubierto la tuya de celajes oscuros; véncela, Daniel; lucha cual gladiador contra la suerte; si pierdes en la lucha, si mi fatalidad, que te persigue, te arrastra al precipicio, demostrarás al menos que aprendiste de Bernardo á tener corazon.

—¡Oh!... Gracias, señor; esas palabras me demuestran la justicia de

mi empeño. ¡Y cómo no, cuando veis que he perdido mi mejor ilusion, la prenda que más queríamos!

—Tú la amabas, Daniel; ¡cuánto la amaba yo!

De los ojos del infante, á la vez que de los de Daniel, rodaron dos gruesas lágrimas.

Al fin continuó.

—Guarda silencio; seca tus ojos; sepamos tambien apagar silenciosos hasta el último latido de nuestro corazon. Somos huérfanos, Daniel, huérfanos en todo; pero yo te juro que de hoy más sabré soportar el rubor, la muerte, la deshonra, sin lanzar un ¡ay! que me avergonzaria, siendo un laurel para mis contrarios. Dios nos ha dado fuerzas para sufrir esta cadena de desgracias; el dia de la justicia está cercano; entonces... entonces, si no hallamos remedio á nuestros males, tendremos el consuelo de juzgar á nuestros enemigos.

—Juzguemos como querais á los vuestros; pero dejadme, por piedad, que yo juzgue á los míos.

—Puedes cuando te plazca poner por obra tus planes.

—¡Cuánto os lo agradezco!

—Pero ten presente que en Oviedo no se perdonaria al que fué paje y hoy es predilecto amigo de Bernardo del Carpio.

—Confío en Dios, señor; confío en su misericordia, y descanso como siempre en su justicia.

—Pues adelante, Daniel: sigue tu propósito, pero procura volver muy pronto á Saldaña.

—¡No he de volver, cuando á nadie más que á vos tengo en el mundo! Y ambos se separaron, partido el corazon de pena.

Aquellos dos hombres, grandes por excelencia, lloraban en el fondo de su alma sus injustas desgracias.

CAPÍTULO XIII.

El regreso.

Un tanto repuesto, aunque siempre intranquilo, Daniel montó á caballo, y salió de Saldaña dirigiéndose á Oviedo.

Macilento era su porte; á tenor que avanzaba, se aglomeraban más y más tristes ideas en su mente.

Aquel mismo camino, los árboles, las flores silvestres que adornaban sus laderas, habian sido no hacia mucho testigos de su felicidad.

Pocos días antes, y por aquel mismo camino que cruzaba lleno de angustia, cabalgaba alegre al lado de Ildaura y su señor. ¡Ah!... La memoria de sus dichosos días pasaba en tropel ante sus ojos, haciendo rodar por sus mejillas una lágrima hirviente de dolor.

Ya ni amor, ni esperanza, ni porvenir que le sonriera.

Tristes recuerdos de venturas pasadas, hojas marchitas del estío abrasador, penas sin cuento que agitaban el alma, era el único patri-monio que restaba á Daniel.

Por fin divisó allá á lo lejos á Oviedo.

¡Á Oviedo! ¡Cuánto no sufrió Daniel al verle!

La ciudad que tanto le sonreía, mansion donde encontrara en medio de peligros y de afanes su más suprema dicha, ya no le reservaba sino lágrimas y tristeza; cuanto de risueño y encantador allí encontrara, cuantos objetos le eran antes queridos, se trocaban entonces en amargos tormentos que desgarraban su pobre corazon.

Entró en la ciudad, y dirigió sus pasos como por instinto, á su antigua morada de la calle de la Judería.

Nuevos recuerdos se le representaron en tropel.

Bajo el nicho de una Virgen, en aquel rincón que formaba la calle, había oído la dulcísima voz de su señora orando por el objeto de su amor.

Más lejos, en la pequeña casa que habitaba el mancebo, había respirado mucho tiempo aquella mujer á quien tanto amaba, temerosa de que la descubriesen los espías que observaban la puerta... ¡Ah!... Entonces Daniel tenía personas fieles que le amasen, su leal Ortuño estaba allí acechando á los espías, dispuesto á todo, y esperando tan solo una señal.

Ahora... ¡Cuánta amargura y cuánta soledad rodeaban al mancebo!

Ni sus ojos encontraban un objeto querido, ni su alma una dulce emoción.

Mil angustiosos suspiros brotaban de su pecho, y alguna lágrima empañó más de una vez su brillante pupila.

Llamó por último á la puerta, y uno de los antiguos bandoleros bajó á abrir.

—¡Dios nos asista!—exclamó al ver el descolorido semblante de Daniel.—¡Dios nos asista y nos socorra! ¿Sois vos mismo, señor? ¿sois vos?

—¿Á qué vienen esas admiraciones? ¿No me estas viendo?

—¡Oh! Es que estais muy variado; es que cualquiera os tomaria por vuestra sombra; ¡qué pálido, qué asombrado, qué!...

—Bien, déjate de eso ahora;—dijo Daniel subiendo la escalera y encerrándose en su aposento.

En él estuvo hasta el oscurecer.

Á esta hora la puerta se volvió á abrir, apareciendo el jóven, cubierto con un manto tan negro como la noche, y más pálido que nunca el semblante. Como en otras ocasiones, ostentaba una luenga y rizada barba negra que le desfiguraba de una manera pasmosa.

Salió á la calle, y con pausada marcha, aunque sin titubear un momento, se dirigió al alcázar real.

Sentado estaba el rey D. Ordoño, apoyada en la mano la mejilla, y dando vueltas en su mente á proyectos del mayor interés.

Nada sabia aún de lo acaecido en Saldaña, y esta incertidumbre en que el silencio de D. Vela le tenia, era por sí sola bastante á desesperarle.

El conde Sabiniano tampoco le daba noticia alguna.

El rey no sabia á qué atribuir tanta reserva.

Examinaba cuidadoso los rostros de sus cortesanos; pero en todos veia la misma impasibilidad.

D. Ordoño tenia miedo de preguntar.

Podia aquella campaña decidir de su suerte futura, y la nueva de una derrota seria para él un golpe fatal.

En su consecuencia resolvió esperar resignado los acontecimientos.

Un oficial de palacio se presentó en aquel momento en la puerta de la cámara.

—Señor,—dijo;—un caballero que, segun dice, acaba de llegar de Saldaña, solicita hablaros.

El rey no pudo ocultar la fuerte impresion que en él hicieron las palabras de su servidor.

—¡Viene de Saldaña!... que entre; guíadle hasta mi presencia sin demora.

Y Daniel entró á poco en la cámara del soberano.

—¿Os envia el conde D. Vela?—preguntó al verle.

—Nadie me envia,—respondió lacónicamente el paje.

—¿Cuál es entonces vuestra mision? ¿Á qué venis?

—Á traeros noticias de Saldaña.

—En ese caso, hablad; ¿qué ocurre allí de nuevo? ¿Llegó el conde D. Vela?

—Sí, llegó.

—En ese caso, algo de notable habrá sucedido.

—Ha sucedido más de lo que podeis figuraros.

—En Saldaña...

—Han sido derrotados vuestros tercios.

—¡Santo Dios! ¿Qué decís? ¡Derrotados!—exclamó Ordoño demudado, con el corazon oprimido, sin atreverse á creer lo que escuchaba.—¡Derrotados!...—repitió.

—Por cuatro veces, señor.

—¡Ah!... lo que decís no es posible; mis soldados son valientes; entendidos mis capitanes, y... ¡Vive Dios, que para dar fé á vuestras palabras, necesitaria conocerlos! Yo no he visto segun creo vuestro rostro; estais en presencia del rey, y permanecéis embozado; descubrios; descubrios, y acabemos de una vez.

—Heme aquí, señor.

—¡Cielos!... ¡Un rebelde!

—Señor...

—¡El emisario de Bernardo del Carpio!

—El mismo, sí; pero os ruego que no deis publicidad á mi nueva misiva; os suplico, por interés de todos, que no reveleis mi presencia en Oviedo.

—¡Por interés de todos! ¡Vive Dios que me extrañan vuestras palabras, cuando pienso hacer con vos lo mismo que con el traidor que aquí os envia!

Y esto diciendo, D. Ordoño, acaso por desconfianza, colgaba en su cinto la espada que en una mesa próxima tenia.

—Más calma, señor rey.

—Silencio, os digo.

—Ved que con la precipitacion que mostrais, nada adelantaremos.

—¡Oh!... con ella sabré mostrar á mis enemigos la pena que reservo á los traidores.

—¿Y salvareis con mi muerte vuestra corona?

—¡Mi corona!...

—Sí, la corona que en nombre de mi señor vengo á ofreceros.

—¡Miserable!... ¡Tras la ofensa el insulto!

—No, D. Ordoño. Nadie trata de insultaros; en cuanto á ofenderos... vos sabreis mejor que yo si merece esta calificacion lo hecho por el infante. Esta, señor, es cuestion de conciencia. Oidme si gustais, pues os repito que al bien del reino importa, y tambien á la tranquilidad de quien me envia. Cuatro asaltos se dieron al castillo de Saldaña. En los cuatro, la sangre corrió á torrentes. Por una y otra parte se combatió con irresistible brio; pero la suerte hizo que los defensores de la fortaleza triunfasen, alejando de sus muros al enemigo que la asediaba.

—Mi ejército...

—Levantó el cerco.

—¡Cobardes!

—Se han batido como leones. Faltos de fuerza para rendir al guerrero, la astucia suplió á las armas, y encontraron...

—Acabad.

—La forma de vencer al hombre.

—No os entiendo.

—Yo os lo explicaré. El del Carpio tenia consigo una joya más preciada que su castillo, más deseada que su valor; más interesante que su vida.

—Esa prenda...